

TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

TRADUCCIÓN DE

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

PREMIO NACIONAL DE LAS LETRAS 2012

Tucídides (c.460-c.395 a. C.), miembro de una familia aristocrática ateniense, participó personalmente en la llamada guerra del Peloponeso, que enfrentó a atenienses y espartanos entre el 431 y el 404 antes de Cristo. Sobre la base de su propia experiencia, se propuso escribir la crónica del conflicto, iniciando una nueva forma de historia, que no sólo se muestra exigente en establecer la verdad de los acontecimientos que narra, sino que los sitúa en su contexto, con un realismo político que le permite exponer crudamente la lógica del imperialismo de los vencedores. El relato llega a su máximo interés en la parte final de la obra, dedicada a la expedición de los atenienses a Sicilia, en que denuncia las incompetencias y las traiciones que condujeron a un desastre final, en una narración de innegable grandeza, que llevó al gran historiador británico Macaulay a sostener que se trataba, no sólo del más grande libro de historia de todos los tiempos, sino de la «cima del arte humano».



Tucídides

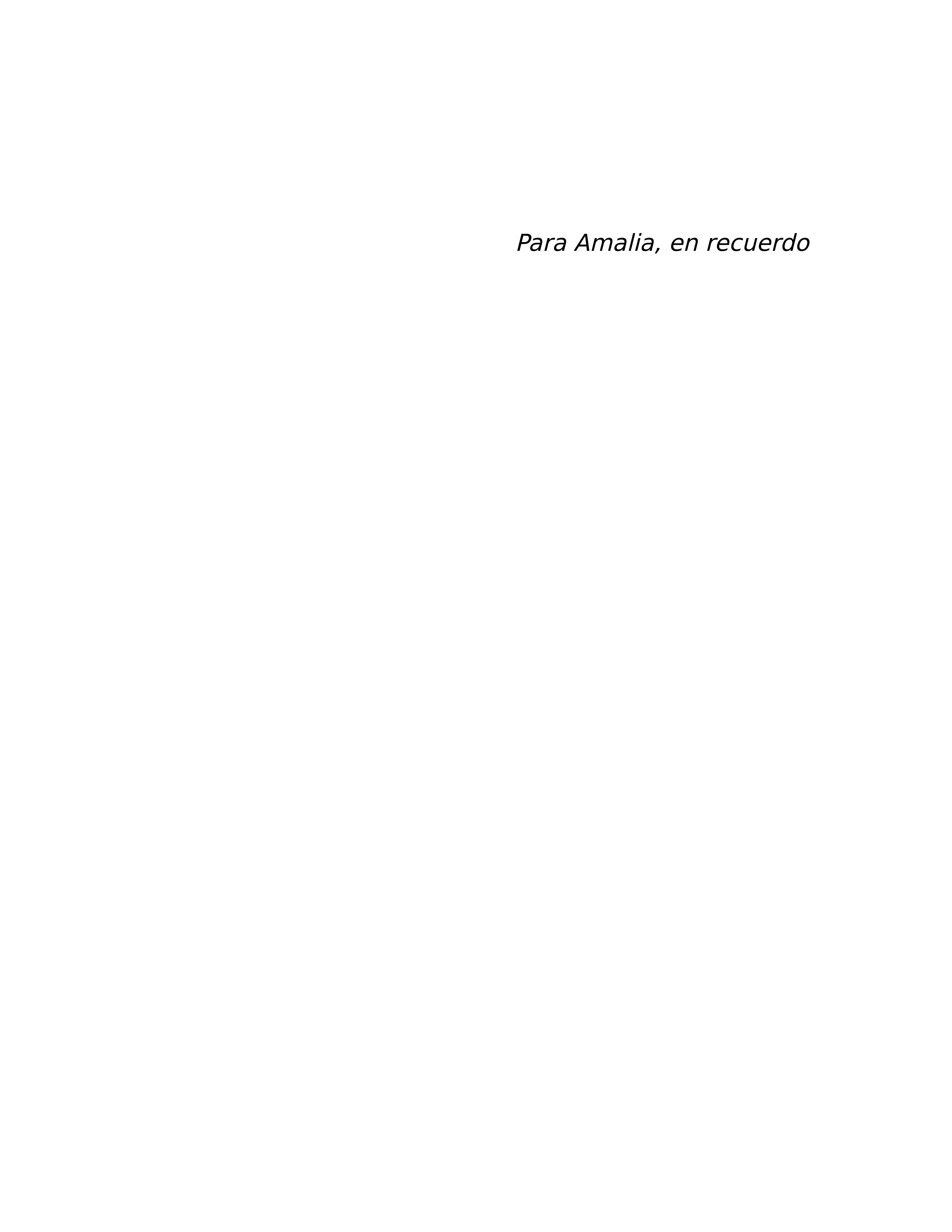
Historia de la guerra del Peloponeso

ePub r1.0
Titivillus 30.03.17

Título original: Ιστορία του Πελοποννησιακού Πολέμου
Tucídides, 404 a. C.
Traducción e introducción: Francisco Rodríguez Adrados

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Para Amalia, en recuerdo

INTRODUCCIÓN

Ω φίλος, εἰ σοφὸς εἶ, λάβε μ'ἐς χέρας, εἰ δέ γε πάμπαν
νῆϊς ἔφυς Μουσέων, ῥίψον ἃ μὴ νοέῃς.
εἰμὶ γὰρ οὐ πάντεσσι βατός, παῦροι δ'ἀγάσαντο
Θουκυδίδην Ὀλόρου, Κεκροπίδην τὸ γένος.

Epigrama anónimo (Antología Palatina, IX, 583)

¡Oh amigo! Si eres inteligente, cógeme en tus manos; pero si por entero eres ignorante de las Musas, arroja lejos lo que no entiendes. No soy accesible a todos: pocos son los que admiran a Tucídides, hijo de Oloro, ateniense de nación.

I. VIDA DE TUCÍDIDES

1. La familia de Tucídides. Primera juventud

De la vida de Tucídides no conocemos muchos datos, y de ellos los más seguros son los que en diversos pasajes de su obra nos transmite él mismo. Además de esta fuente de información contamos con algunas otras, ante todo la biografía que escribió un cierto Marcelino, autor también de un comentario a Tucídides no conservado, y otras dos biografías más, aparte de referencias sueltas de diversos autores de época romana. Pero en estas fuentes, la tradición

auténtica tomada de los eruditos de Alejandría (Dídimo sobre todo) se mezcla con narraciones fantasiosas e inducciones precipitadas de pasajes del mismo Tucídides. En Marcelino concretamente hay cosas de muy varia procedencia mezcladas en desorden, y posiblemente hay que contar con refundiciones sucesivas que llegan a la primera época bizantina, en que se suele situar al gramático a quien atribuyen la obra los manuscritos.

El único dato valioso que poseemos para fechar el nacimiento de Tucídides es que en el año 424, en que fue estratego, había de contar por fuerza más de treinta años, o sea que el nacimiento es anterior al año 454. No debió de tener lugar muchos años antes, porque, si no, no se comprendería bien que Tucídides se dejara influenciar en una medida tan grande por los gustos literarios reinantes en Atenas en los primeros años de la guerra del Peloponeso, en que las figuras de Gorgias y la sinonimia de Pródico hacían furor entre los jóvenes. Cuando, tras de perder el contacto con Atenas durante veinte años por causa de su destierro, Tucídides escribió su obra (o la mayor parte de ella), lo hizo todavía bajo la influencia de aquellas corrientes.

Pertenecía Tucídides por su nacimiento a la más elevada aristocracia ateniense. El padre de Tucídides, Oloro, tiene el mismo nombre que el príncipe tracio con cuya hija casó Milcíades, el vencedor de Maratón; y que los antiguos no inventaron a la ligera un parentesco ilustre[1] se demuestra porque sabemos que la tumba de Tucídides[2] estaba entre las de la familia de Cimón (el hijo de Milcíades y destacado político aristocrático en los años subsiguientes a las guerras médicas). Además, él mismo dice (IV, 105) que tenía arrendada a perpetuidad (sin duda por herencia) la explotación de las minas de oro de Escapta Hila, en Tracia, y que gozaba allí de gran influencia. También con el político Tucídides, hijo de Melesias, tenía seguramente parentesco

nuestro historiador; en cambio no es verosímil que lo tuviera con los Pisistrátidas, como afirman algunos antiguos. El interés que tienen todos estos detalles es que garantizan que Tucídides no es un historiador improvisado, sino que por tradición familiar estaba versado en la cosa pública ateniense y tenía motivos para conocer de cerca la prehistoria de la guerra del Peloponeso, en que tanta parte tuvieron Cimón y Tucídides, el hijo de Melesias, La tradición militar y política de la aristocracia ateniense nunca se hundió ante la marea democrática; de ella salieron incluso algunos de los más significativos nombres de la democracia (Clístenes, Pericles, etc.). Nacido de tal familia y en un ambiente en que la política era la principal ocupación del ciudadano, no podía Tucídides desinteresarse por ella.

Si por estos motivos parece Tucídides como nacido para ser un testigo excepcional de su época, mayor importancia tienen aún las circunstancias de su vida. Su niñez y primera juventud ven los días venturosos en que Atenas, en paz con Esparta y Persia, y colocada a la cabeza de un gran imperio, llega al apogeo de su prosperidad comercial, de su poderío militar, de su libertad política sin el desenfreno demagógico posterior. Al tiempo, por el cultivo de las artes y de las letras, comienza a convertirse en «la escuela de Grecia», como el mismo Tucídides dice. La coincidencia en él de una gloriosa tradición familiar aristocrática y de la admiración por el político demócrata —Pericles—, que conducía al pueblo ateniense en los días dorados de su juventud, es lo que, posiblemente, hizo que Tucídides no pudiera ser nunca un hombre de partido, en el sentido estrecho de la palabra. Es significativo de su amplitud de miras, que sabe ver tanto las ventajas del gobierno aristocrático como las del democrático e igualmente los abusos de ambos[3]; admira tanto a Esparta como a Atenas, y, sobre todo, su ideal es un hombre cuya política es la inversa de la de su tío Cimón: Pericles.

2. Destierro de Tucídides. Fin de sus días

Tucídides toma parte en la guerra del Peloponeso al lado de Atenas; su primera misión destacada —y la última— es en el año 424, cuando fue nombrado estratego o general; esto implica que ya antes había servido en el ejército. Pero no sólo conoció personalmente el aspecto militar de la guerra, tanto desempeñando un papel importante como otros secundarios; también conoció otros aspectos menos gloriosos. Él mismo sufrió la peste que asoló a Atenas el año 430, cuando el hacinamiento de la población del Ática en el casco urbano por causa de la invasión peloponesia motivó o facilitó el nacimiento de la epidemia (II, 52). Allí pudo presenciar esa descomposición moral, peor que la enfermedad misma, que tan bien describe (II, 53). Y, sobre todo, cuando, siendo estratego, aunque acudió precipitadamente desde Tasos con sus naves, no llegó a tiempo de salvar Anfípolis de la inesperada incursión de Brásidas el año 424 (cf. IV, 104-106), el pueblo ateniense, deseoso de descargar en alguien sus iras, y tal vez impulsado por el famoso demagogo Cleón, le condenó al destierro o quizá a una muerte de la que se salvó en el exilio. Veinte años duró éste (V. 25), o sea, hasta el fin de la guerra del Peloponeso. Sin embargo, es fácil que Tucídides no volviera a Atenas en virtud de la amnistía general entonces promulgada, porque hay noticia de una ley especial aprobada el año 404, a propuesta de Enobio, para el regreso de Tucídides[4]. Éste no debió de morir muchos años después de esta fecha, aunque sí algunos, pues toda o la mayor parte de su obra está escrita después del fin de la guerra, como veremos. Por una serie de razones, parece seguro que no pudo llegar a ver el resurgimiento de la liga

marítima ateniense bajo Conón, a partir del año 394. Tampoco sabemos cómo ni dónde murió: los autores antiguos vacilan entre Atenas y Tracia y hablan de muerte violenta, pero en circunstancias divergentes.

Lo más interesante de todo esto es que, como el mismo Tucídides dice, pudo seguir con mayor tranquilidad el curso de la guerra, tanto o más en lo que se refiere a los peloponesios que en lo concerniente a los atenienses (V, 26). Sus palabras dan a entender claramente que estuvo en territorio peloponesio. Antiguos y modernos, basándose en su conocimiento de la topografía de ciertas ciudades, como Siracusa, sientan sobre su vida en esta época determinadas hipótesis que no vale la pena discutir. En su posesión de Escapta Hila debió de pasar, sin embargo, buena parte de este largo período de su vida. Después de acabada la guerra, pudo enterarse en Atenas de la política interna de la ciudad durante sus años de ausencia. El hecho es que su experiencia y conocimientos salieron ganando; como entre la aristocracia y la democracia, Tucídides está (en cierto modo solamente) entre Esparta y Atenas. Un historiador de su contextura no podía sino salir ganando con las circunstancias azarosas de su vida.

II. PRESUPUESTOS PARA LA HISTORIA DE TUCÍDIDES

1. Comparación de Tucídides con los logógrafos y Heródoto

Hemos contado lo poco que sabemos de la vida de Tucídides desde un punto de vista que la refiere a las favorables circunstancias que ofreció para satisfacer una vocación como la suya: tan pronto como estalló la guerra, nos dice (I, 1), vio la importancia que iba a tener y comenzó a escribir su historia o, más verosímilmente, a acopiar datos

para hacerlo algún día. Pero para poder ver cómo se cumple esta vocación en su obra conviene examinar previamente el punto de que había de partir y los presupuestos con que, como hombre de su época, había de contar.

La primera observación que hay que hacer es que el escribir una obra de historia contemporánea era cosa insólita (la guerra del Peloponeso, 431-404, se desarrolló toda ella durante la vida de Tucídides). Es más: cuando, al comenzar la guerra del Peloponeso, Tucídides planeó su obra, ni siquiera había sido publicada la *Historia* de Heródoto, culminación de la historiografía jónica, que, sin embargo, no pasa de las guerras médicas. Tampoco había visto la luz la *Atthis* o *Historia Atica* de Helánico de Mitilena, también dentro de esta misma tradición, y que incluía la historia de Atenas hasta la guerra del Peloponeso. Sin embargo, como al redactar su obra Tucídides conoce —y critica— estas dos, haremos ver brevemente las diferencias entre uno y otro tipo de historia, prescindiendo ya de lo dicho arriba sobre el carácter de historia contemporánea que tiene la obra, de Tucídides.

El interés histórico se nota ya en la poesía épica poshomérica, el llamado Ciclo, que organiza la leyenda en sentido cronológico. La *Teogonía* de Hesíodo procede de esta misma tendencia. Pero lo único que se establece aquí es un nexo de sucesión, y el interés continúa centrándose en conservar la gloria de los héroes (κλέα ἀνδρῶν) y dioses. Absolutamente igual ocurre con los logógrafos, herederos en prosa (más o menos poetizada) de esta tradición «histórica». Todavía Heródoto escribe (I, 1) «para que no pierdan su brillo las hazañas de los griegos y los bárbaros». Las únicas novedades son que el espíritu curioso de los jonios de esta era de grandes navegaciones, añade a las cosas dignas de memoria las costumbres extrañas de los diversos pueblos y la descripción de sus países; y, además, que hay un primer

comienzo de ingenuo racionalismo en Hecateo y Heródoto. Pero continúa dominando el interés por lo mítico. En consecuencia, los logógrafos escribían Genealogías, Cronologías, Fundaciones de ciudades, disertaciones etnológico-geográficas (con datos históricos) sobre diversos pueblos. Sólo las guerras médicas, consideradas tan gloriosas como las antiguas leyendas[5], merecieron el honor de ser relatadas por Heródoto más de cincuenta años después de su fin. Y Helánico le imitó escribiendo su *Historia Atica* —del modelo de las usuales— unos años más, aunque sin llegar al presente. Pero ni siquiera Heródoto logró crear una historia de concepción moderna. La ordenación de los acontecimientos es en ella temporal y local, sin rastros de una lógica interna de los mismos. Su única explicación del acontecer histórico es de orden religioso. Cuando el orden humano es alterado por el excesivo poder de un hombre o un pueblo, los dioses lo restablecen a la corta o a la larga. Éste es el significado de la «envidia» de los dioses.

Con estos antecedentes podemos ver qué inmensa distancia hay entre Tucídides y Heródoto. En siglos podría evaluarse[6]. La *Historia* de Tucídides no es la historia de un pasado mítico o asimilado al mito, contada para eternizar glorias; es la historia de un presente glorioso y miserable a la vez, contada por su valor ejemplar. No es la envidia de los dioses el motor del acontecer histórico, sino, en su lugar, la lógica interna de los hechos y las acciones y reacciones de la psicología y la inteligencia humanas. La crítica y la imparcialidad constituyen la clave del método histórico. Esto —en sustancia— en cuanto al contenido; en cuanto a la forma, veremos luego que la diferencia no es menor.

Ahora bien: los logógrafos y Heródoto procedían del mundo jónico, y Tucídides era un ciudadano ateniense. Debemos observar brevemente qué puntos de apoyo pudo

encontrar un ateniense del siglo v para una renovación tan radical como consciente.

2. Tucídides y el espíritu ateniense

En primer lugar hay que contar con la esencia misma del espíritu ático de este siglo. No es el mito, sino el presente, lo que interesaba en Atenas. Tampoco atraían a los espíritus la geografía, etnología ni ciencia natural en general, sino el hombre en cuanto ser social: su conducta en la vida privada —la moral— y pública —la política—, aunque una y otra no estuvieron nunca bien delimitadas. El único género poético que floreció en Atenas —que lo creó—, el teatro, es el más «real» de todos; en suma, es la conducta y el alma humanas lo que estudia en sus míticos personajes. El único poeta ático fuera del teatro, Solón, trata temas morales y políticos. Si del resto de la elegía griega sólo se ha salvado Teognis es porque al tratar estos mismos temas fue adoptado por Atenas. En manos de un ateniense, Sócrates, la filosofía dejó los temas naturales y se dedicó al estudio de los morales y políticos. El nuevo género en prosa que creó Atenas, la oratoria, es por esencia, político y judicial. En esta misma línea está el paso, en manos de Tucídides, de la historia legendaria y etnográfica de Heródoto, presidida por la intervención divina, a la historia contemporánea y política de Tucídides, presidida por la acción y el pensamiento humanos.

3. Tucídides y los sofistas

Otro de los «puntos de apoyo» que buscamos es sin duda el movimiento sofístico[7]. En lo externo (estilo) su influjo es

innegable, y ello hace verosímil que también en la ideología de Tucídides se hallen rasgos sofísticos. Los sofistas, jonios apátridas atraídos por Atenas en la época de su mayor esplendor, tienen un ideal practicista y se dedican a la instrucción política (incluida la retórica) de la juventud. Claro está que su practicismo iba mucho más lejos que el de los atenienses tradicionales. Además, lo fundamentaban racionalmente mediante una crítica relativista de la tradición. Como otro gran ateniense, Sócrates —tan diferente por lo demás—, Tucídides cree en el poder supremo de la razón: aquél, como factor moral; éste, como factor político e histórico, y además, como única arma para descubrir la verdad histórica. Classen[8] da una curiosa y extensa relación de pasajes en que Tucídides habla del poder histórico de la inteligencia (γνώμη, σύνεσις); su oponente, la τύχη o fortuna, no tiene un significado religioso, sino que representa simplemente los factores no sujetos a cálculo[9]. Pero, como Sócrates, Tucídides es absolutamente opuesto al relativismo; su obra quiere ser un κτῆμα ἐς ἀεί (I, 22), una conquista definitiva de validez paradigmática. Además, si con ayuda de la razón lucha contra la tradición histórica, creándose un método riguroso —como Sócrates—, es para superarla en una doctrina más absoluta que aquélla. Y, por otra parte, si Tucídides rechazaba con los sofistas (y contra Sócrates) la moral como criterio para juzgar los hechos sociales y políticos[10], tampoco aceptaba el antimoralismo y la irreligión a que llegaron algunos de aquéllos: la pérdida de la moral y de la fe en los dioses son síntomas de corrupción (II, 53; III, 82).

Un rasgo sofístico muy definido es el estudio de τὸ εἰκός, «lo congruente o verosímil», como fundamento de la crítica histórica. La llamada Arqueología[11], por ejemplo, está construida casi toda sobre este principio, que tanta difusión

había de alcanzar en la oratoria judicial. Los sofistas lo utilizaron, entre otras cosas, en sus disquisiciones sobre el origen de la cultura. Pero es característico de Tucídides que en dicho pasaje no llega a tocar este tema.

También en cuanto al pensamiento propiamente dicho tiene a veces Tucídides precedentes sofísticos. Basta con citar el más importante: la doctrina de la fuerza como factor político decisivo, tal como se manifiesta, sobre todo, en el célebre diálogo de Melos (V, 85 y sigs.).

En la estructura misma del pensamiento de Tucídides, tan frecuentemente desarrollado a base de antítesis, hay influencia sofística innegable. Pero esto se verá mejor en su reflejo en el estilo.

En suma: los puntos de contacto con los sofistas, en ninguna manera casuales, están en el interés político, en ciertas coincidencias de fondo y en cuestiones de método y de forma. Pero Tucídides pretende hacer verdadera ciencia y ha de apartarse de su relativismo y su diletantismo. Compárese, si no, la oración fúnebre de Pericles con el *Epitafio* de Gorgias.

4. Tucídides y la ciencia natural

Aún hay seguramente un tercer punto de arranque del pensamiento de Tucídides: el representado por los filósofos naturales y los médicos jonios. Esto puede parecer extraño y se puede querer explicar el cientifismo de Tucídides como desarrollo personal del racionalismo sofístico. Y no hay duda de que esto es en parte cierto y de que la parcial coincidencia entre Sócrates y Tucídides depende del espíritu de su patria. Pero hay ciertos puntos de contacto significativos con el pensamiento de Anaxágoras, Demócrito e Hipócrates. Veamos.

El anecdotario transmitido por los antiguos pone a Tucídides en relación con Heródoto, Antifón, Anaxágoras y Pericles. Al oír leer a Heródoto un pasaje de su historia en Olimpia, Tucídides habría sentido su vocación de historiador; por otra parte, nos es presentado como discípulo de Antifón y de Anaxágoras y como compañero de Pericles cuando ambos recibían las enseñanzas del segundo. Anécdotas como éstas tienen un dudoso valor histórico; pero conservan con frecuencia una significación ideal. Si Antilo dice (Marcelino, 22) que fue discípulo de Anaxágoras, «por lo cual, como consecuencia de sus enseñanzas, fue considerado como un ateo apacible», esto quiere decir simplemente que se veía un fondo de coincidencia entre ambos[12]. Así como en Anaxágoras el espíritu, una vez puesto el caos en movimiento, le deja actuar sólo conforme a sus propias leyes, en Tucídides no hay intervención de ninguna providencia divina (que tanto echaban de menos Sócrates y Platón en Anaxágoras, cf. *Fedón*, 97 B y sigs.), y la historia es un encadenamiento de circunstancias materiales y de hechos humanos. Del mismo modo que Anaxágoras negaba la divinidad del sol y de la luna, Tucídides sonríe ligeramente ante los oráculos y los presagios (como el eclipse de luna de VII, 50). De igual forma se ha sostenido[13] la influencia de Demócrito, cuya filosofía atomística es la primera que de una manera clara establece el concepto de la ley natural, concepto llevado por Tucídides a los hechos humanos. Pero, sobre todo, son Hipócrates y su escuela quienes mayor influjo ejercen sobre él. La medicina es la primera ciencia natural que se desprende de la filosofía, y su importancia como modelo es enorme. Todos los socráticos están llenos de ejemplos tomados de su dominio e influidos fuertemente por ella[14].

En el tratado *Sobre la medicina antigua* (fechado generalmente hacia el año 430), se prescribe un método

empírico que parte de la observación de los hechos, pero al tiempo racional, capaz de clasificar las enfermedades y de penetrar por inducción en las causas de la salud y la enfermedad. Éste es, exactamente, el método tucidídeo. Se trata allí de dar un pronóstico basado en los «síntomas»; aquí de deducir las causas de los hechos sucedidos mediante la experiencia y el raciocinio. La genial distinción de Tucídides entre las «causas» (αἰτίαι) y «pretextos, motivos ocasionales» (προφάσεις)[15] de la guerra, responde a la distinción hipocrática entre «causa» y «síntomas» de la enfermedad. Las explicaciones en el *Sobre los aires, aguas* y *lugares* acerca de la influencia del νόμος (género de vida, condiciones naturales del país, etc.) sobre la φύσις o carácter físico y moral de los pueblos (transmitido luego por herencia), recuerdan la exposición de Tucídides, en el Libro I, del carácter respectivo de espartanos y atenienses en relación con su historia. Finalmente, la célebre formulación del *Sobre la enfermedad sagrada* (la epilepsia) de que todas las enfermedades son igualmente humanas e igualmente divinas, tiene, como se ha observado varias veces, un cierto sabor anaxagórico y tucidídeo. Por lo demás, es sabido que la escelda hipocrática está influida por Demócrito.

Nadie puede extrañarse de la adopción de los principios de una ciencia natural por una ciencia del espíritu. En la Antigüedad podemos señalar la influencia de la medicina en los socráticos, ya aludida; inversamente, el concepto del Cosmos nace de trasponer al mundo natural una concepción nacida en el estudio del mundo moral[16]. En los tiempos modernos podemos citar la influencia del positivismo y el darwinismo en la Historia y la Lingüística. Pero, además, Tucídides se hallaba en circunstancias favorables para recibir las influencias de que hablo: Anaxágoras perteneció al círculo de Pericles, por el que tan gran admiración siente

Tucídides; Demócrito nació y vivió en Abdera, ciudad próxima a la residencia tracia de Tucídides; y en cuanto a Hipócrates, hay que señalar el interés médico que demuestra Tucídides en su famosa descripción de la peste de Atenas y en su conocimiento del vocabulario médico contemporáneo[17].

5. Composición de la obra: avance logrado y presupuestos para el mismo

Si grande es el esfuerzo espiritual que supone la obra tucidídea como contenido de ideas y principios metódicos, dado que apenas si como estímulos y puntos de apoyo diversos podemos contar los factores hasta aquí enunciados que ofrecían una posibilidad de superación de la obra de Heródoto, no menor es el paso que Tucídides tuvo que dar desde el punto de vista de la forma externa de su obra.

En cuanto a la composición, Heródoto había organizado su Historia en torno a los conflictos entre Oriente y Occidente, que culminan en las guerras médicas. Pero la historia de Persia da pretexto, cada vez que este país se pone en contacto con otro, a largas disertaciones histórico-etnológicas que rompen el hilo de la narración. En Tucídides, las pocas desviaciones de la línea general de la obra están en el Libro I, que sirve de introducción, y tienen su clara justificación: la «Arqueología» y el pasaje sobre los tiranicidas (I, 20) dan un ejemplo de método histórico; la «Pentecontaetia» o historia de los cincuenta años que van de las guerras médicas a la del Peloponeso, sirve para explicar la génesis del imperialismo ateniense. El carácter eminentemente científico de la obra de Tucídides condenaba además todo rasgo anecdótico y episódico, al contrario de toda la historiografía anterior. Tucídides podía contar

solamente con el modelo de la prosa doctrinal o científica de los sofistas y filósofos jonios, de los que sólo conocemos los escritos hipocráticos, que no alcanzan gran rigor de composición. Pero, sobre todo, la historia necesita unos procedimientos de composición peculiares, y así Tucídides es el primero que basa su obra en una exacta cronología de los acontecimientos (cf. I, 97, su crítica de Helánico, que no procede así). Además, un elemento de primordial importancia en la composición de la obra de Tucídides son los discursos, que más que la realidad de lo dicho en una determinada circunstancia dan al lector una orientación sobre las fuerzas en juego en aquel momento. En Heródoto, los pocos discursos que hay son especies de charlas de mucha menor importancia. Hubo, pues, Tucídides de acudir a la praxis misma de los oradores de Atenas —es el hecho de ser él mismo ateniense lo que le hará introducir este elemento en su Historia— y a la incipiente retórica de Gorgias y Antifón. Hemos de decir en conjunto que también en lo relativo a la composición, a los estímulos recibidos de los sofistas y filósofos jonios hay que añadir que en la obra de Tucídides se refleja de una manera clara el espíritu de Atenas. Fue en esta ciudad donde surgieron por primera vez obras extensas de una composición equilibrada y armónica. Piénsese, si no, en los géneros literarios creados por Atenas: el teatro, el diálogo platónico y, en realidad, la oratoria; y compárense desde este punto de vista con Homero y Heródoto. Es la misma tendencia a la unidad armónica, maciza y visual que da vida al Partenón, a la estatuaria ática o a la teoría de la ideas de Platón. Claro está que en este terreno Tucídides, que representa un gran avance, no es aún una culminación.

6. Tucídides como creador de la prosa ática

Mayor aún es el avance que había que lograr en lo relativo al estilo y la lengua. La historiografía anterior, gustosa del mito y la anécdota, adoptó el estilo lento y difuso del cuento popular a base de parataxis y de cierto ornamento poético. La misma parataxis y estilo difuso domina en la prosa científica jónica. Tucídides, cargado de ideas, se creó un estilo «austero», como señalaran ya los antiguos. Algún elemento, sobre todo el uso de la antítesis, que tan bien convenía a su pensamiento, lo tomó de los sofistas. Igualmente es cierto que les imitó en una serie de figuras de dicción y de lenguaje: la parisosis, la aliteración, etcétera. Pero aquí la causa es otra. Tucídides fue uno de los hombres que tomaron sobre sus hombros la inmensa carga de crear la prosa literaria ática. El autor anónimo de la *Constitución de Atenas*, atribuida falsamente a Jenofonte, y el orador Andócides (con otros autores perdidos), le acompañaron en esta labor. Su resultado lo veremos más adelante. Aquí sólo quiero señalar las dificultades y los puntos de apoyo con que contaban. El ático no había tenido cultivo literario en prosa y había que imitar la prosa jónica, que no había, por lo demás, alcanzado una disciplina sintáctica grande. No nos damos cuenta nosotros, los modernos, de la hazaña que constituye el disciplinar la lengua hablada, en la que el gesto, los presupuestos comunes, la entonación, etc., sustituyen a la mayoría de los nexos sintácticos de subordinación, hasta lograr una prosa literaria capaz de la exposición de ideas abstractas[18]. Si se piensa bien esto, se disculpará la oscuridad de expresión de algunos discursos de Tucídides. Frente al anacoluto procedente de la lengua conversacional, tan frecuente, y a la torpeza en el manejo de los períodos de oraciones, Tucídides lucha por hacer la claridad apoyándose en las figuras de dicción inventadas por los sofistas y retóricos

extranjeros que trataban de crear en Atenas una oratoria artística. Pero algunos de estos elementos iban mal al espíritu ático y serio de Tucídides; y de entre ellos, sobre todo, el consistente en dividir los períodos en pequeños miembros de frase.

III. HISTORIA Y POLÍTICA EN TUCÍDIDES

1. Análisis de la Historia de Tucídides

Situados Tucídides y su obra en su coyuntura histórica y en el ambiente espiritual de su tiempo, podemos ahora intentar una exposición de conjunto del pensamiento histórico y político de nuestro autor, prescindiendo de su origen. Reseñamos primero brevemente la organización de la obra de Tucídides.

El Libro I, como queda dicho, es una introducción. Tras la afirmación de que la guerra que va a narrar es la mayor de todas las sucedidas anteriormente, el autor hace un recorrido por la historia primitiva de Grecia, que le da ocasión para exponer y ejemplificar sus ideas sobre la crítica histórica. A continuación viene el conflicto entre atenienses y corintios en Corcira, motivo ocasional de la guerra; las subsiguientes deliberaciones en Esparta, sobre todo los discursos de los corintios y de los atenienses, nos dejan ver la verdadera «causa», o sea, el choque inevitable entre el creciente poderío ateniense y la antigua hegemonía espartana. Seguidamente se nos cuenta el origen y crecimiento del poderío ateniense hasta llegar al momento presente. El libro se cierra con el discurso de Pericles aceptando la guerra y justificando de nuevo la política ateniense; propone al mismo tiempo un plan de guerra: no luchar con el enemigo en tierra firme, pues la superioridad

naval, económica y de organización de Atenas podrá con él a la larga. Este discurso es completado por otro de Pericles en el Libro II, en el cual, a la justificación interna del imperialismo ateniense se une el elogio de su moderación y de su significado espiritual.

A partir de este libro, hasta el IV inclusive, se nos cuentan en cada libro las campañas de tres años (431-423). Es de destacar la narración de la peste de Atenas (II, 47-54), en que muere Pericles, con lo cual se abre paso a la decadencia de Atenas y a la conducción de la guerra en un sentido contrario al de Pericles (y Tucídides): Atenas se embarca en una política aventurera. Sin embargo, obtiene un éxito en la toma de Pilos, siendo hechos trescientos prisioneros a los lacedemonios. Éstos logran el desquite en la expedición de Brásidas contra las colonias de Atenas (IV, 78 y sigs.) en Tracia. Muy interesantes ideológicamente son los pasajes en que se cuentan los estragos morales de la peste de Atenas (II, 53), el cansancio de la guerra (II, 59), el problema de las luchas civiles (desarrollado a propósito de Corcira, III, 82-83) y los problemas internos del imperialismo (duelo oratorio Cleón-Diódoto, III, 37 y sigs.). En el Libro V se da cuenta de la paz de Nicias (421 a. C.) y del período no enteramente pacífico que siguió hasta la reanudación de las hostilidades. A propósito de la conquista de Melos se expone ampliamente la teoría de la fuerza y la conveniencia como factores determinantes de la historia (V, 84 y sigs.). Los Libros VI y VII cuentan la desastrosa aventura ateniense en Sicilia; el duelo oratorio Nicias-Alcibíades desarrolla las dos tesis contrarias sobre la política exterior de Atenas. Ésta se desvía cada vez más de los tiempos de Pericles, ideal de Tucídides; y algo análogo ocurre con la política interior. El Libro VIII trata de la reanudación de las hostilidades y narra, sobre todo, la guerra naval de atenienses y peloponesios (ayudados ahora por los persas) en el Egeo, y el golpe de

estado oligárquico en Atenas. En medio de estos acontecimientos del año 411 se interrumpe bruscamente la narración.

2. La historia como ciencia de leyes

Veamos ahora cuál era la concepción de la historia en Tucídides[19]. Decíamos que lo que narraba eran hechos contemporáneos de valor, por decirlo así, paradigmático y dependientes del juego de fuerzas materiales y humanas. Ahora bien: lo decisivo es que Tucídides no cuenta el presente por extender a él un interés histórico general suyo, sino que, al revés, su interés por el presente —por la política— le lleva a escribir la historia del mismo: la verdad histórica le servirá para descubrir la verdad política. Es algo perfectamente natural en un ciudadano ateniense del siglo v el interés por los problemas del estado; pero le falta, en absoluto, un sentido histórico relativo como el nuestro, y para él su relato es una conquista definitiva (κτῆμα ἐς αεί) y cree que lo humano (κατὰ τὸ ἀνθρώπινον) es que los hechos que él cuenta se repitan y, dado su relato, puedan preverse (I, 22). La misma afirmación hace (II, 48) respecto a la peste por él descrita; este paralelo entre hechos naturales y hechos históricos nos convence de que para Tucídides la historia es una ciencia de leyes. El pasado le interesa en cuanto puede explicar el presente (por eso cuenta la historia de la Pentecontaetia): por sí mismo no le interesa, y su obra comienza con la afirmación de que los sucesos antiguos son de poca importancia. Cuando quiere reconstruirlos, se imagina el imperio de Minos o el de Agamenón según el modelo del de Pericles. Y en cuanto al futuro, se lo figura también análogo al presente. Se ha hablado de una «destemporalización[20]». Esta falta de sentido histórico es

común a todos los griegos (y romanos: sólo Tácito es, hasta cierto punto, una excepción). Platón, en su *República* y en sus *Leyes*, excluye la idea de la historia lo mismo al tratar de su constitución ideal que de las reales; lo más a que llega es a establecer una alternación regular de estas últimas. Igual le ocurre a Aristóteles, que cuando Alejandro inicia una revolución política radical en el mundo antiguo, sigue pensando en su *Polítíca* según los moldes tradicionales. La historiografía antigua se divide toda en dos líneas (dejando aparte los logógrafos y analistas, que representan una historia en embrión): la de los retóricos, con la historia considerada como *opus maxime oratorium* (Teopompo, Éforo, Livio, Dión Casio, etc.), y la de los militares y políticos que escriben memorias sobre hechos en que han intervenido o de los cuales han vivido cerca (Tucídides, Jenofonte, Filisto, Ptolomeo, Polibio, César, etc.). De ellos, sólo Tucídides y Polibio supieron adentrarse en la médula del acontecer histórico y sacar lecciones eternas. Porque hay que insistir aquí en que nuestro exacerbado sentimiento histórico, que procede del liberalismo y del romanticismo del siglo XIX y no existía aún en la época del Renacimiento (que creyó resucitar la antigua Roma), ni en la del barroco (que llenó de remiendos disonantes todos los monumentos artísticos anteriores), ni en el siglo XVIII (que creyó en el progreso indefinido), aunque tiene el mérito de haber logrado por primera vez la construcción de una historia científica del pasado, ha exagerado al señalar las diferencias entre las distintas edades, y no siempre es propicio a reconocer valor intemporal a lo que, como la Historia de Tucídides, lo tiene eterno.

3. El método histórico en Tucídides

No basta, sin embargo, con decir que la Historia es la ciencia de las leyes del acontecer político para definir su concepto en Tucídides. Al comienzo de su obra hace ver que los acontecimientos del pasado son sujetos de historia al igual que los del presente; pero los deja de lado alegando una razón metodológica: dificultad de reconstruir el pasado; y una razón de fondo: poca importancia de las fuerzas en conflicto, lo que confirma con un estudio de la demografía y de los recursos materiales de la época homérica. Por tanto, podemos añadir una segunda nota a nuestra definición: la historia se preocupa sobre todo por los conflictos entre grandes estados y sus causas. Estas causas son para Tucídides las que estudiaremos más adelante. Pero antes hemos de señalar que la Historia así definida —como ciencia — precisa de un método; el propio Tucídides es consciente de ello cuando nos expone su programa (I, 22). Este programa rechaza la historia «poética» y propugna la crítica histórica, cuyo descubrimiento («una de las más maravillosas manifestaciones de la historia del espíritu», Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums*, III^{2}, 212) es en lo esencial obra suya. Si el racionalismo de Tucídides en general, y en particular su teoría de «lo natural», tiene raíces sofísticas, es Tucídides quien, tras antecedentes esporádicos, aplica estos elementos con fines de crítica constructiva. La crítica histórica gana también ahora un doble apoyo en la cronología y la geografía, estudiadas sistemáticamente. Para nosotros, su cronología —basada en la distinción en cada año del invierno y el verano, y luego «cuando grana la espiga», «en la vendimia», etc.— no es suficientemente precisa; su geografía a veces contiene errores[21]. Pero una y otra constituyen un verdadero avance. Otro avance es el que representa su aprecio de los documentos auténticos, que Tucídides reproduce en varias ocasiones, si bien la

comparación con las inscripciones demuestra que no llega a la literalidad de la copia.

Fundamento y base de todo el método histórico, tucidídeo es la imparcialidad. Su obra hace sobre nosotros un efecto directo, y la personalidad del autor procura ocultarse lo más posible. Sin embargo, las líneas generales de su pensamiento son fáciles de reconocer. No juzga por el éxito (cf. II, 65 sobre Pericles y su política y sobre la aventura de Sicilia; IV, 39 sobre la toma de Pilos por Cleón). Procura evitar todo prejuicio. Es capaz de admirar a Brásidas, su enemigo. Ve las virtudes y defectos lo mismo en Esparta que en Atenas. Censura por igual a aristócratas y demócratas a propósito de las revueltas de Corcira (III, 82). Pero, en el fondo, siempre juzga. Condena, por ejemplo, a Cleón y a los cuatrocientos; admira la política de Pericles. ¿Es esto parcialidad o no? Aquí está el problema. Probablemente la única solución es la que ha aceptado la posteridad: que tenía razón.

4. Factores del acontecer histórico. Moral y Política. Psicología

Otros principios básicos del método histórico de Tucídides sólo pueden ser comprendidos partiendo de su concepción del acontecer histórico, sobre la que ya se ha adelantado algo antes. Lo que le interesa a Tucídides ante todo son las causas, que sabe distinguir de los motivos accidentales y descubrir por inducción. Estas causas están en el juego complicado de «las fuerzas que gobiernan la sociedad griega, ideas, pasiones, riquezas, circunstancias materiales y morales[22]». Las fuerzas morales que, defendidas por los dioses, eran el motor de la historia en Solón y Heródoto, han desaparecido de ésta. No es que Tucídides no les dé

importancia; la decadencia moral, como vimos, es un elemento de decadencia política. Es más: hay innegable simpatía por tesis presentadas en este sentido por los tebanos o los melios, pero no por ello son consideradas menos ineficaces. Sencillamente, Tucídides separó radicalmente la esfera de la política de la de la vida privada, limitando a esta última el papel de la moral, aunque ciertos excesos tengan repercusión política secundariamente. Esto a nosotros no nos resulta tan extraño; pero es evidente que esta teoría tiene raíz sofística y no sólo se opone a Solón y Heródoto, sino también a los socráticos. Un solo ejemplo: Tucídides admira profundamente a Arquelao de Macedonia (II, 100), que para los socráticos (cf. Platón, *Gorgias*, 471, A-D) es el ejemplo de toda abominación. ¿Por qué? Tucídides le admira por sus realizaciones políticas y se desinteresa por los crímenes que cometió para subir al trono; Platón es incapaz de separar moral y política. Platón, al querer identificar moral y política, vida privada y vida pública, es el polo opuesto de Tucídides. Y, sin embargo, estos dos máximos y opuestos representantes del pensamiento político griego tienen como atenienses los rasgos comunes de que hablábamos arriba.

Las fuerzas activas en la historia son, según Tucídides, unas materiales y otras espirituales. No desprecia en modo alguno las primeras; así, recuenta cuidadosamente los recursos de atenienses y peloponesios al comenzar la guerra (primer discurso de Pericles). Pero su especialidad es el estudio de las fuerzas espirituales, esto es, de la psicología humana. En esto se asemeja a un contemporáneo suyo coincidente con él en muchas cosas: Eurípides.

El papel de la inteligencia es para él, ya lo vimos, decisivo en la historia. Junto a ella, la audacia constituye la segunda condición de éxito (II, 4o). Más detenidamente hay

que estudiar su psicología individual, nacional y humana en general.

La psicología individual no le interesa más que como elemento significativo en la acción política. La importancia que atribuye a los «héroes», como diríamos nosotros, es grande. Véase, por ejemplo, I, 138, sobre Temístocles; II, 65, sobre Pericles; III, 36, sobre Cleón; VI, 15, sobre Alcibíades. También la psicología nacional es importante para Tucídides: véase el maravilloso discurso de los corintios en el Libro I, donde se describe la psicología de Esparta y Atenas. Pero, sobre todo, es la psicología humana en general lo que le interesa. Conoce la volubilidad de las multitudes (II, 65; IV, 28; VI, 63; VIII, 1), el pánico repentino de los ejércitos, el desenfreno que acompaña a las guerras civiles (III, 22-23), el cansancio de la guerra y el afán de echar la culpa a alguien tras las primeras desilusiones (II, 65). Sin embargo, ya hemos visto que lo que interesa a Tucídides fundamentalmente son los conflictos entre las grandes potencias. Veamos, pues, las leyes de estos conflictos, leyes basadas en la manera de ser de los hombres.

5. Leyes de los grandes conflictos internacionales

Las ideas de Tucídides están expuestas, sobre todo, en una serie de discursos, de los cuales se desprenden fácilmente. Los principales de estos discursos han sido ya mencionados arriba. También es importante el diálogo de atenienses y melios en el Libro V. Expongamos un esquema de dichas ideas siguiendo, sobre todo, a Mme. de Romilly[23].

El imperialismo de Atenas, y cualquier otro en general, está sometido, en primer lugar, a una ley política. El país que tiene un imperio es detestado por sus súbditos, y, por tanto, no tiene otro remedio que defenderse manteniéndolos

bajo el yugo, o sucumbir (II, 63; III, 37; III, 16, etc.). Esto, siempre que se trata de una dominación no consentida, como es el caso —Tucídides lo dice expresamente— de la de Atenas. Los golpes y contragolpes aumentan progresivamente, y se puede fijar una curva de evolución del imperialismo.

La segunda ley del imperialismo es psicológica. La naturaleza del hombre no se contenta nunca con lo que tiene y ambiciona cada vez más (II, 61; IV, 17; IV, 65; VI, 11, etc.).

Ahora bien: estas dos tendencias existentes en la humana naturaleza pueden conducir al éxito o al desastre. Ello depende de que la política exterior sea prudente o imprudente. La multitud no es capaz de sabiduría y contención: recuérdese lo dicho antes sobre su versatilidad y apasionamiento. Hombres como Cleón o Alcibíades son igualmente imprudentes y apasionados, y además halagan al pueblo. El discurso de Diódoto contra Cleón (III, 42 y sigs.) es la mejor exposición de este punto de vista; véase también VI, 15, sobre Alcibíades. Lo que hace falta es un conductor inteligente (de ahí el papel que en la *Historia* de Tucídides desempeña la inteligencia) que sepa conducir a la multitud haciéndola creer que es ella la que manda, y este hombre es Pericles (II, 65). Al morir Pericles, la γνώμη o razón deja de gobernar la política de Atenas para dejar paso a la ὀργή o apasionamiento. De ahí el fracaso. Pericles tenía razón al hacer frente a Esparta, y sus planes de una victoria sin brillantez y a la larga, gracias a la mayor capacidad de resistencia de Atenas, eran exactos. El porvenir demostró que Pericles no se engañó al valorar muy alto el poderío de Atenas. Pero sus sucesores fueron de error en error, lanzando al pueblo de aventura en aventura. E incluso, la más desastrosa de ellas, la de Sicilia, pudo haber sido un éxito con una mejor dirección (cf. II, 65 fin).

Queda la tercera ley, la más importante y que afecta a todos los Estados; es una ley filosófica que tiene su origen en la sofística. El más fuerte impone su voluntad, sobreponiéndose siempre en la práctica a la idea de la justicia, que sólo actúa ante rivales de igual poder. El más fuerte busca únicamente su conveniencia (τὸ συμφέρον). Es en el diálogo de Melos donde más crudamente se expone este principio, presente por lo demás en toda la obra y atribuido a la ἀνθρωπεια φύσις, la naturaleza humana. Aquí está la raíz del conflicto entre Esparta y Atenas. Esparta veía el constante crecimiento del poderío ateniense, que *forzosamente* había de volverse contra ella cuando se produjera la desigualdad de fuerzas. *No podía* hacer otra cosa que luchar contra Atenas. Y Atenas *no podía* hacer otra cosa que aumentar la opresión de su imperio y acrecentarlo.

Esta formulación brutal tiene, sin embargo, en Tucídides una atenuación. Esta atenuación está contenida en el célebre discurso fúnebre pronunciado por Pericles en honor de los muertos del primer año de la guerra. Se ve también comparando sus palabras con las de Cleón y Alcibíades, tan semejantes por lo demás en muchos aspectos. La Atenas de Pericles mantiene la moderación en todo lo posible, es menos injusta de lo que su fuerza le permite. Y, sobre todo, tiene en sí misma un ideal del estado que concede al ciudadano una libertad e independencia mayores que en ninguna parte, y un ideal del hombre —cultura sin relajación— que la hacen la escuela de Grecia y dan sentido a la lucha. En todo el discurso está presente la contraposición con Esparta. Esto es lo que hace de Pericles el héroe de Tucídides frente a sus sucesores, que no tienen en común con él ni la conciencia de lo que defienden ni sus dotes de gobernante. Sólo les queda como lazo de unión la ambición. Tucídides no la censura; pero no es para él suficiente.

IV. TUCÍDIDES COMO ESCRITOR

1. Cuestión crítica previa

Previamente conviene tratar con brevedad una cuestión que ha hecho correr mucha tinta, quizá demasiada: la relativa al origen de la *Historia* de Tucídides. Hay que partir del hecho de que se trata de una obra inacabada, interrumpida bruscamente en medio del relato. Parece además[24] que el libro VIII y el V presentan rastros de faltarles una revisión final. Pero se ha abusado mucho de este carácter de inacabada de nuestra obra para, en el fondo, imponer desde fuera a Tucídides concepciones estilísticas extrañas a él. Sin embargo, lo decisivo es que, partiendo de aquí, se han querido encontrar en la obra de Tucídides rastros de amplios retoques de la mano de un editor y, sobre todo, se ha tratado de separar dentro de la historia de Tucídides «estratos» antiguos y modernos y deducir en consecuencia la evolución de su pensamiento.

En autores de múltiples obras y larga actividad intelectual, como Platón y Aristóteles, esto se ha hecho con éxito lisonjero gracias al empleo de criterios tanto estilísticos como internos. En Tucídides los primeros no tienen éxito (salvo en lo arriba indicado), y de los segundos sólo son decisivos los casos que demuestran que un pasaje dado excluye el conocimiento en el momento de su redacción de acontecimientos posteriores a una cierta fecha. Algunos raros ejemplos se han citado de los primeros libros, pero la mayor parte de las veces se ha exagerado; dichos pasajes, en principio, son de redacción antigua (antes de 404). Pero en esos mismos libros hay muchos pasajes indudablemente posteriores al año 404. ¿Cómo conocer los límites de lo antiguo y lo reciente? Lo que unos consideran decisivo para fechar un pasaje entero o incluso un libro, otros creen que se

refiere a una extensión de texto mucho menor. Se han introducido luego los criterios de análisis del pensamiento: «esto no pudo pensarse antes de tal fecha», o «si Tucídides hubiera conocido lo que vino después, no hubiera pensado así». Por lo general se trata de afirmaciones subjetivas y se incurre constantemente en el círculo vicioso para demostrar lo que previamente se quería demostrar[25]. Prescindiendo de matices, en general en toda esta escuela se suele afirmar que Tucídides consideró primeramente causa de la guerra los conflictos de Corcira y Potidea, explotados por los corintios, que eran rivales de los atenienses comercialmente; sólo después habría llegado a la conclusión de que era el miedo espartano al aumento del poderío ateniense lo que provocó la guerra. Al principio Tucídides pretendió sólo hacer una narración imparcial de la guerra; luego se convirtió en un «ético del estado». Finalmente es ante los ataques al imperialismo de Pericles tras la guerra cuando Tucídides se hizo ferviente partidario suyo.

Es característico que después de plantear el problema Ullrich[26], han sido principalmente los sustentadores del análisis en partes independientes de los poemas homéricos quienes más se han distinguido en el análisis de partes de cronología distinta en Tucídides[27]; así, Kirchhoff[28], Wilamowitz[29], Schwartz[30]. Nada tiene de particular que al retroceso actual de esta teoría en los estudios homéricos acompañe el de la correspondiente relativa a Tucídides. No sólo se han rectificado las exageraciones de Schwartz[31] y las falsas interpretaciones de Pohlenz[32] sobre los discursos como criterio de separar capas[33], por no hablar de exageraciones aún mayores[34], sino que hay una reacción unitaria: después de Meyer[35] se han expresado en este sentido, entre otros, Patzer[36] y Finley[37]. Sin embargo, dos de las últimas obras importantes sobre Tucídides, las ya

citadas de Schmid y Romilly, son aún analíticas, aunque con la mayor prudencia.

No es posible exponer aquí detenidamente los argumentos de uno y otro bando. En todo caso, la tesis analítica ha aportado muchos elementos nuevos para una valoración mejor de Tucídides, y no se puede negar la existencia del problema. Sin embargo, una cosa es evidente: que los pasajes decisivos para conocer el pensamiento histórico y político de Tucídides son posteriores al año 404, cosa bien lógica por lo demás. Y aunque hay en la obra seguramente rastros de redacciones o notas anteriores, no es posible en general hacer la separación ni, por tanto, penetrar en la evolución ideológica y estilística de Tucídides. Y, consecuentemente, la obra de Tucídides tiene una notable unidad y rigor de composición si se prescinde de la introducción que constituye el Libro I. Esto se ve, sobre todo, comparando Tucídides con Heródoto. Por lo demás, hay que recordar que la división en libros no remonta a Tucídides mismo.

2. Los discursos de Tucídides. Carácter dramático de su historia

Un estudio literario de la obra de Tucídides se encuentra antes que nada con la necesidad de tomar posición ante los discursos. Éstos son la verdadera culminación de la obra; en ellos se condensa el pensamiento del autor y están muy cuidados estilísticamente. La gran, importancia que Tucídides concede a los discursos está en relación con el papel que la oratoria tenía en la vida pública ateniense. Sin embargo, en la época de Tucídides no existía procedimiento alguno para recogerlos a la letra, ni era costumbre publicarlos, como se hacía posteriormente: además, muchos

de los que figuran en su historia fueron pronunciados en circunstancias en las cuales es, sumamente inverosímil que nadie tomara nota de ellos por escrito. En consecuencia, el mismo Tucídides (I, 22) dice que pone en boca de los oradores las palabras que más apropiadas le parecían para el caso. La moderna investigación ha llegado a la conclusión de que los discursos de Tucídides, más que la verdad histórica —las palabras realmente pronunciadas en cada caso—, pretenden expresar la verdad política, esto es, poner al descubierto los verdaderos motivos del comportamiento de los personajes o estados, o los verdaderos puntos de vista que en el fondo se contraponen; algunas veces es dudoso que razonamientos tan sinceros como los que atribuye Tucídides a sus personajes pudieran exponerse en público.

Pero no sólo es ideológico el valor de los discursos de Tucídides, sino también dramático. Se ha llegado a hablar del carácter trágico de la historia de Tucídides[38], y, sin con ello querer convertir este rasgo en el esencial, hay que reconocer que existe en él. Recuérdese, si no, el gran torneo de discursos del Libro I cuando se discute en Esparta sobre la paz y la guerra; o el que precede a la expedición a Sicilia; o los discursos simplemente antitéticos, tan frecuentes; o, alejándonos ya un poco del tema, el diálogo de Melos.

Porque no sólo en los discursos resplandece este carácter trágico, sino en toda la obra. Todo el relato de la expedición a Sicilia se ha comparado en su técnica con una tragedia; y no es dudoso que la tragedia ática haya ejercido notable influencia en Tucídides. Recordemos también el patetismo de ciertas narraciones, como la de la salida de los plateenses burlando el cerco peloponesio (III, 22 y sigs.), o la descripción de las últimas luchas de Corcira (cf. sobre todo IV, 46 y sigs.).

Lo que más vigor da a estos y otros pasajes tucidídeos semejantes es la falta de comentarios. Tucídides posee el

arte verdaderamente dramático de poner ante el lector los acontecimientos en toda su inmediatez, desapareciendo él, en apariencia, de la escena. Nunca dice todo lo que quiere expresar; siempre deja que el lector descubra él mismo una parte. Sólo Tácito puede en esto comparársele.

La concisión, la elevación (σεμνότης decían los antiguos), el carácter directo, la falta del elemento anecdótico y pintoresco son, en efecto, las principales características de Tucídides. Aunque teórico de la historia y descubridor de esta nueva posición, nunca repite incesantemente su pensamiento a la manera de Polibio. Sus afirmaciones no suelen estar hechas taxativamente más que en un solo pasaje, o al menos siempre hay uno decisivo junto a otros secundarios Por ejemplo, la caracterización del pueblo ateniense no está hecha más que un pasaje, el discurso del Libro I, ya comentado, y, sin embargo, el carácter impulsivo y emprendedor de esta ciudad de que allí se habla, se trasluce, por ejemplo, en el origen de la fortificación de Pilos (IV, 4) o de la empresa de Sicilia (VI, 24). Tucídides no es un escritor para ser leído rápidamente; cada afirmación suya hay que tenerla en cuenta en el conjunto de la obra.

3. Tres rasgos del arte de Tucídides: concisión, carácter directo, simplificación

La falta de lo anecdótico y pintoresco (salvo rara excepción), de lo individual, pudiéramos decir, donde se ve mejor es en la caracterización de los héroes de la obra[39]. Son éstos más bien tipos generales de humanidad que individuales. Pericles es el gobernante ideal, Cleón, el demagogo. Son raros los rasgos más personales, y la etopeya a manera de Lisias falta completamente. También falta la descripción física, por ejemplo. Lo que le interesa es

la manera de pensar y proceder de sus héroes en cuanto tiene de humana en general. Esto es muy griego y sobre todo muy ático. Los personajes de la tragedia, sin duda han ejercido sobre Tucídides una notable influencia en calidad de modelos.

Además de la seriedad del pensamiento tucidídeo, con el que tan íntimamente está relacionada la parte formal de la obra, no hay duda de que al logro de las características de que hablamos contribuye también el espíritu sintético del arte ático, que tiende a la simplificación sin llegar al esquema, para dejar ver mejor las líneas fundamentales. Es lo mismo que ocurre en la obra en lo relativo a los problemas teóricos de imperialismo. El libro de Mme. de Romilly demuestra muy bien en sus dos primeros capítulos cómo Tucídides, para poder abarcarlos mejor, simplifica los hechos al narrar el comienzo de la guerra (dejando de lado incidentes secundarios) y al presentar el problema del imperialismo en sí, esto es, en el alma humana, tomando sólo por encima sus implicaciones económicas y de política interna.

4. Sintaxis y estilo de Tucídides: rasgos principales

El estudio del estilo y de la sintaxis de Tucídides[40] nos lleva también a las mismas consecuencias sobre su posición espiritual. Pero, además, aquí Tucídides se encontraba, como vimos, ante el problema gravísimo de escribir una obra densa y profunda en una prosa apenas existente; y, por otra parte, las ayudas con que en esta tarea podía contar estaban con frecuencia en contradicción con su íntima manera de ser. Este solo planteamiento de la cuestión muestra el extraordinario mérito de Tucídides y explica que aquí no obtuviera un triunfo completo, pues no llegó a crear

una obra insuperada luego, como ocurre en lo relativo al pensamiento.

Hay que hacer, sin embargo, una reserva antes de estudiar el problema más despacio. Cuando Tucídides escribe la mayor parte de su *Historia*, o sea, después del año 404, existía ya una prosa periódica, aunque sin exceso de subordinación, y libre de los artificios gorgianos y sofísticos. Lisias nos lo demuestra. Lo que ocurre es que cuando consideramos la prosa de Tucídides como casi una creación, nos referimos al hecho de que cuando Tucídides, tras veinte años de ausencia de Atenas (424-404), vuelve a su ciudad patria, es incapaz de desprenderse del estilo que estaba de moda en su juventud —los artificios aludidos— y de asimilarse la periodización regular a que se había llegado durante su ausencia. Así pues, estilística y lingüísticamente, la obra de Tucídides nació ya anticuada; y como apenas se conservó rastro de prosa arcaica griega, ya los antiguos no supieron bien cómo clasificar la de Tucídides ni, muchas veces, cómo entenderla; Dionisio de Halicarnaso (Περὶ Θουκιδίδου) llega a creer que busca adrede lo contrario del uso normal para distinguirse.

Podemos señalar los siguientes rasgos sintácticos y estilísticos[41]:

1. Usos sintácticos poco frecuentes posteriormente. Por ejemplo, uso irregular del artículo; frecuencia del presente histórico; τοῦ μή con infinitivo = «para que no». Y, sobre todo, abuso de la expresión nominal: abstractos con régimen en lugar de verbos[42]; perífrasis consistentes en un verbo convertido en auxiliar[43] con su complemento; abuso de los participios, que hacen algunos pasajes verdaderamente intraducibles; frecuente sustantivación de adjetivos, participios e infinitivos.

2. Faltan los períodos cortos y ritmados a la manera de Trasímaco (que actuó en Atenas después del año 424);

faltan también los períodos largos, pero bien estructurados, de época posterior. Tampoco se hallan en Tucídides con frecuencia construcciones paratácticas a la manera de los escritores jonios. En general, maneja períodos largos, pero con notoria inhabilidad.

3. En efecto, hay gran frecuencia de expresiones parentéticas y también de anacolutos, ya como falta de paralelismo entre los miembros de una misma frase[44], ya, en los casos más extremos, como interrupción absoluta de la construcción y comienzo en mitad de ella de otra nueva.

4. Empleo constante de expresiones antitéticas, ya en uso paralelo, ya en uso opositivo. A veces (es lo menos frecuente) hay responsión exacta de palabras entre los dos miembros. El gusto de Tucídides por la antítesis llega a hacerle introducir añadidos innecesarios para obtener una construcción antitética[45], o bien este mismo deseo ocasiona construcciones violentas[46]. Como se sabe, todo esto son reminiscencias de Gorgias. También se encuentran rastros de la sinonímica de Pródico, llegando a verdaderos juegos de palabras[47].

5. Contradicción íntima de estos rasgos

¿Cómo se comprende esta multiplicidad de elementos? Por la siguiente combinación de circunstancias:

a) Arcaísmo, debido a haberse ausentado Tucídides de Atenas antes del año 424. Así, los primeros usos sintácticos de 1 y la inhabilidad de construir períodos de 2. El abuso de la expresión nominal y de las construcciones antitéticas depende de esto sólo parcialmente.

b) Influjo sofístico antes de 424. De aquí las notas señaladas en 4, que, como acabamos de ver, constituyen

también una especie de puntales para la arquitectura de la frase.

c) Influjo del fondo de la obra. Tucídides quiere escribir una obra científica y no de entretenimiento (I, 22). La densidad de pensamiento trae como consecuencia la concisión y la búsqueda de la expresión abstracta. De ahí las notas últimas de I y también las de 4, y, a veces, el anacoluto de 3. Pero Tucídides no podía admitir totalmente las artificiosas figuras retóricas gorgianas, que para él son sólo una ayuda y una moda. Si es gorgiano en el detalle, no lo es en el conjunto.

Éstos son los contradictorios factores que crean el original y fuerte estilo y sintaxis de Tucídides. Se ha dicho de él que es una παλίντονος ἁρμονία, una armonía de contrarios. Nada de particular tiene que ya Cicerón (*Or*., 30; *Brut*., 66), hombre criado en las letras griegas y que hablaba y escribía el griego igual que el latín, hable de su oscuridad. En general, podemos decir que la frase de Tucídides es fuertemente sintética en conjunto porque abarca un grupo de ideas, cada una de las cuales podría ser desarrollada con amplitud; pero también fuertemente analítica en su distribución, porque cada parte y cada término descomponen ese grupo complejo y hasta sugieren todos los matices de la idea aislada[48]. Para decirlo con Cicerón[49]: «Tan grande es la abundancia de hechos, que alcanza casi al número de palabras; tan apropiadas y concisas sus palabras, que no se sabe si da brillo a las cosas con el estilo o a las palabras con el pensamiento».

6. La lengua de Tucídides

El estudio de la lengua en sus aspectos de fonética, morfología y vocabulario, en que apenas puedo entrar

aquí[50], confirma las afirmaciones expuestas arriba. La riqueza morfológica, incluyendo varios usos desechados en general por la prosa ática, se ha revelado por lo común como reliquia de una lengua más fluida de lo que posteriormente permite el uso ático. Esto se debe tanto a la ausencia de Tucídides de Atenas a partir del año 424, como a una falta de disciplina de la prosa de Tucídides que también remonta a la misma causa. Rosenkranz ha probado que la mayor parte de los llamados «jonismos» de Tucídides son compartidos por los áticos arcaicos y son usos áticos luego eliminados. Algún raro jonismo y poetismo queda, sin embargo, como no podía ser menos en una prosa incipiente que se forma al lado de una prosa jónica ya desarrollada y de una lengua poética muy difundida. Sobre todo, cuando hay posibilidad de elegir entre dos formas fonéticas o morfológicas, prefiere aquella que coincide con el uso jónico, para evitar en lo posible el provincianismo[51]. Por otra parte, el carácter abstracto y sintético de la expresión de Tucídides, le ha llevado a crear un gran número de sustantivos abstractos y de verbos compuestos. Pero también en el terreno del vocabulario hay algún influjo (no grande) jónico y poético, este último seguramente para seguir el ejemplo de Gorgias. Otras veces ciertas palabras de Tucídides, que luego reaparecen en el griego helenístico, tal vez pertenezcan al fondo popular del ático.

V. LA TRADICIÓN DE TUCÍDIDES

1. Tucídides y la posteridad

Ya hemos dicho antes que en la Antigüedad Tucídides no alcanzó verdadera comprensión en su significado ideológico

y científico. Encontró inmediatamente dos enemigos: la escuela de Sócrates y la de Isócrates. Tanto en Platón como en Isócrates se han querido hallar polémicas encubiertas con Tucídides; pero mucho más importante que esto es que el espíritu de ambas escuelas era completamente opuesto al de Tucídides. Ya hemos hablado arriba del profundo contraste entre las concepciones políticas de Tucídides y las de Platón. Si para Tucídides la función del hombre de gobierno es engrandecer su ciudad en todos los sentidos, para Platón consiste en hacer mejores a los ciudadanos. Por no haberlo logrado, Temístocles, Cimón y Pericles —los héroes de Tucídides— son condenados en el *Gorgias*. Tanto la escuela socrática con sus gobiernos ideales, como los epicúreos con su despreocupación política y los estoicos con su cosmopolitismo y su moralismo, no podían admitir la filosofía histórica de Tucídides.

Sin embargo, más decisiva fue —contra lo que podría pensarse desde un punto de vista moderno— la oposición de la escuela de Isócrates. Fue éste en realidad el fundador del humanismo, que luego fue desarrollado en Roma. En política, Isócrates es partidario de la unión de los griegos contra Persia. En literatura y estilo, de la oratoria epidíctica o de exhibición y de un estilo derivado de ella: el basado en el período largo y bien estructurado y en la evitación del hiato. En educación y cultura, su punto de vista es considerar las bellas letras y la filosofía como conocimientos necesarios para la formación del espíritu, pero nunca absorbentes y únicos, como ocurre en Platón, por ejemplo. Todos estos rasgos son contrarios a Tucídides. La historia que escriben dos discípulos de Isócrates, Eforo y Teofrasto —y luego sus continuadores—, es retorizante (Isócrates es el gran iniciador de la retorización de la literatura antigua a partir de su época), poco cuidadosa en sus métodos y de poca visión histórica. Es un elemento cultural más, y las

enseñanzas que se piden de ella son más bien el elogio o censura moral de los protagonistas de la Historia.

Este tipo de Historia se divulgó mucho y cerró la comprensión al sustentado por Tucídides. La única historia no retórica fue, como vimos, la literatura constituida por las Memorias de militares y políticos. Esta literatura rara vez carece de una secreta intención apologética, y, sobre todo, no suele distinguirse por una concepción filosófica de la historia. Hay, sin embargo, una gran excepción, y lo curioso es que no parece grandemente influida por Tucídides: Polibio, espíritu gemelo suyo. Sin embargo, menos atento al estudio de la psicología humana e influido por su época, pone su atención predominantemente en la organización militar y las instituciones de los pueblos protagonistas de la historia. Además, llega al concepto de Historia Universal e incluso sienta algunas leyes de la misma.

Por tanto, la influencia que ejerció Tucídides en la Antigüedad es casi exclusivamente de orden estilístico, y en una introducción de este tipo no nos interesa mucho. Consiste en un cansancio ocasional de la retórica isocrática, algo así como en la puesta de moda de los prerrafaelistas entre nosotros. Sobre todo en el siglo I a. de C. debió de tener bastante fuerza esta corriente, cuyos principales representantes son para nosotros Salustio y Lucrecio. Cicerón y, sobre todo, Dionisio de Halicarnaso (en su incomprensivo estudio «Sobre Tucídides»), polemizan contra esta corriente, anteponiendo Demóstenes a Tucídides. Posteriormente, Tucídides fue uno más entre los autores imitados por los aticistas; sobre su interpretación hubo en los siglos I, II y IV una literatura bastante abundante. Los historiadores, como Dión Casio, Apiano y Amiano Marcelino, fueron los más influidos; pero, en general, su prestigio era muy grande, aunque, como digo, desde el punto de vista ideológico su influencia fue pequeña.

En época moderna ha sido ésta también menor de lo que cabría esperar. Los humanistas —así, por ejemplo, Stephanus en unos dísticos elegíacos que encabezan su edición— elogian principalmente su imparcialidad y veracidad. Esto es característico. También lo es el que dos escritores como Maquiavelo y Nietzsche, cuyas concepciones (aunque distintas entre sí) están próximas a las de Tucídides y que tenían un conocimiento directo de la Antigüedad, no parecen depender gran cosa de él[52].

Un mayor aprecio de Tucídides se nota en Lipsio, que en su *De doctrina civili* dice de él que «aunque no escribió cosas ni muchas ni muy grandes, quizá haya ganado la guirnalda sobre los que han escrito muchos y muy importantes sucesos históricos». Pero sobre todo fue el filósofo inglés Hobbes, autor de una traducción inglesa de nuestro autor (1676), el que primero llegó a una verdadera valoración de Tucídides cuando escribió en la «Introducción» que era «el historiador más político que nunca escribiera». Claro que lo que más movía a Hobbes a traducir a Tucídides era el considerarle un defensor del régimen monárquico por sus ataques a los excesos democráticos y su admiración por Pisístrato y el régimen personal de Pericles. En historiadores como Macaulay, Niebuhr y Ranke, su influencia ha sido muy grande; y es característico en un autor como el nuestro, que también ha despertado el interés de los hombres de acción[53] y de los de diversas especialidades. Destaquemos a este respecto la obra del economista alemán Roscher sobre la vida, obra y época de Tucídides[54], y la traducción al griego moderno por el político Venizelos, que rigió los destinos de Grecia en la época de la primera guerra mundial[55].

De la perenne actualidad de Tucídides es también muestra la comparación que varias veces se ha hecho entre la guerra del Peloponeso y las dos guerras mundiales; cf. los

trabajos de Bethe, Déonna, Thibaudet y Lord citados en la bibliografía.

2. Manuscritos de Tucídides. Escolios

Sólo vamos a dar una idea general sobre estas cuestiones porque nuestra traducción no se basa en un texto original, sino en el establecido por Hude.

Las dificultades que presenta la interpretación de Tucídides, y ciertos rasgos arcaizantes de su lengua, han provocado desde antiguo el nacimiento de muchas variantes —por falsa interpretación o por regularización—; ya Estrabón (pág. 374) las notaba incluso en pasajes (IV, 45, 2; VI, 8, 7) en que no las presentan nuestros manuscritos. Tal vez a esto se deba el que ninguno de ellos sea de calidad excepcional. Los fragmentos de Tucídides descubiertos en papiros no tienen, por otra parte, un gran valor para ayudar a constituir el texto. Sin embargo, las líneas generales de la cuestión están claras.

Hay dos familias, cuyos principales representantes son: de la una, C (*Laurentianus plut*., 69, 2, s. XI) y G (*Monacensis*, 228, s. XIII); y de la otra, B (*Vaticanus*, 126, s. XI), A (*Cisalpinus* o *Italicus*, hoy *Parisinus suppl. Gr*., 255, s. XII), E (*Palatinus Heidelbergensis*, 252, s. XI), F (*Augustanus Monacensis*, 430, s. XI), y M (*Londinensis*, 10727, s. XI). Los más importantes son B y C, que sólo en el siglo XIX se vio que eran superiores a los demás. Los arquetipos de una y otra familia son manuscritos en minúscula; tal vez uno y otro remonten a un arquetipo común en mayúscula, del siglo V o VI d. C. Hoy se considera mejor la tradición de C que la de B. En cuanto a los manuscritos españoles de Tucídides, son recientes, y aunque están apenas estudiados, no es de creer ofrezcan nada de particular[56].

Nuestros manuscritos principales contienen escolios cuyo mayor valor consiste en las paráfrasis de ciertos pasajes difíciles. El principal interés está dedicado a las particularidades del estilo de Tucídides, enfocadas desde el punto de vista de la práctica retórica aticista. Como suele suceder en estos casos, es difícil separar los escolios de edad bizantina de los más antiguos, que parecen basarse en un comentario a Tucídides; La Sudia nos informa de que a nuestro autor se le dedicaron varias obras exegéticas. En época anterior a las fuentes de los escolios (s. I y II d. de C.), sin embargo, debió trabajarse de un modo más concienzudo y científico sobre nuestro autor, a juzgar por un fragmento de Oxirrinco de un comentario a Tucídides. Ya Dídimo (s. I a. de C.) le había dedicado su atención, y de ello quedan huellas en la biografía de Marcelino que nos transmiten los manuscritos y de la que hemos hablado al comienzo de estas páginas.

3. Ediciones de Tucídides

La edición princeps de Tucídides fue publicada en Venecia por el famoso impresor Aldo Manucio en el año 1502; al año siguiente salieron a luz los escolios. Una nueva edición apareció el año 1506 en Florencia (Junta) y otra, en 1540, en Basilea (Herwagen; cuidada por Camerarius). Sin embargo, el autor de la edición que durante más tiempo dio la pauta fue el humanista francés Henricus Stephanus (Henri Estienne), París, 1564; hay una reedición de 1588. No se sabe bien qué manuscritos se utilizaron en estas ediciones; Stephanus afirma que estableció el texto basándose en varios códices. Estas ediciones del Renacimiento no son nunca científicas, y los estudiosos del Norte intentaron continuamente mejorar el texto aportando nuevos

manuscritos (desde fines del s. XVII). Así Hudson (Oxford, 1696), Duker y Wase (Amsterdam, 1731), Gottleber, Bauer y Beck (Leipzig, 1790-1804), Gail (París, 1807), Poppo (Leipzig, 1821-38), Bekker (Berlín, 1821), Göller (Leipzig, 1826). Fue la segunda edición de Immanuel Bekker, sin embargo (Berlín, 1832), la que estableció por primera vez un texto verdaderamente crítico, basado sobre todo en el manuscrito B. Además del método crítico, que es lo principal, Bekker aportó nuevos manuscritos. La edición de Poppo es importante por su amplio comentario. En fecha posterior aparecieron nuevas ediciones, cuya mayor importancia estriba también en los comentarios: la de Krüger (Berlín, 1846-1847), con un comentario breve, pero sustancioso y exacto; la de Böheme (Leipzig, 1856), de carácter más bien escolar, y la de Classen (Berlín, 1862-1876), de amplísimo comentario. Estas ediciones comentadas han alcanzado varias reediciones, en las que han sido mejoradas: la de Poppo, por Stahl; la de Böhme, por Widmann, y la de Classen, por Steup. Citemos también la edición, sin comentario, de Haase (París, 1840). Finalmente, llegó la edición de C. Hude (Leipzig, Teubner. 1898-1901), que es, aun hoy día, considerada como la mejor, y que es la que sigo yo en mi traducción. En ella, como se dijo antes, se sigue de preferencia el códice C. La edición de H. S. Jones (Oxford, Clarendon Press, 1900) es, en lo fundamental, semejante a aquélla; la revisión de J. E. Powell (1942) no afecta más que al aparato crítico. Estas ediciones son las que marcan la pauta en época moderna: citemos también, por la importancia que tuvieron en su época, dos ediciones fragmentarias que sólo se refieren a los Libros I y II: la de Schöne (Berlín, 1874) y la de Croiset (París, 1886). Digamos, para acabar, que posteriormente a estas ediciones se ha trabajado mucho en la crítica del texto de Tucídides, por lo que todas ellas, incluida la de Hude, están hoy día un tanto

anticuadas; pero en una simple traducción no acompañada de una edición del texto griego, no podíamos por menos de atenernos a una de las ediciones existentes.

4. Traducciones de Tucídides

La primera traducción de Tucídides que logró durante mucho tiempo una amplia difusión fue la del humanista italiano Lorenzo Valla, que la hizo por encargo del papa Nicolás V, al que se la entregó en 1452, tras dos años de trabajo[57]. Esta traducción no se publicó, sin embargo, hasta 1528. Alcanzó varias reediciones, retocada constantemente: así, por ejemplo, Stephanus la hizo acompañar a su edición. Sirvió también de base a muchas traducciones a idiomas modernos. No se sabe a ciencia cierta el manuscrito de que procede, por lo que es aprovechable para la crítica del texto de Tucídides. Se trata de una versión muy elegantemente escrita y, en general, bastante correcta.

Para que el lector pueda juzgar, doy a continuación la traducción por Valla de II, 1 (corregida por Stephanus):

> Hinc iam initium sumit inter Athenienses Peloponnensesque et utrorum socios bellum, quod et nullo inuicem commercio citra caduceatorem et nulla ex quo coepit intermissione gestum est: ordine scriptum ut singula quaeque aestate atque hyeme sunt acta. Nam quatuordecim quidem annos tricennalia foedera, quae post debellatam Euboeam inita fuerant, durauerunt: quintodecimo autem anno, sub Chryside tunc apud Argos duodequinquagesimum sacerdotii annum agente, et Aenesio apud Spartam Ephoro et Pythodoro iam alterum mensem Atheniensibus praesidente, sexto mense a pugna apud Potidaeam commisa, ineunte uere,

> Thebanorum quidam paulo pluses trecentis, ducibus Boeotiorum primoribus, Pythangelo Phylidae et Diemporo Onetoridae *filio*, primum circa somnum cum armis ingressi sunt Plataeam Boeotiae, Atheniensium sociam.

Sin embargo, no es ésta la más antigua traducción de Tucídides. Este honor corresponde a una traducción parcial al aragonés conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid, de que luego hablaremos. Pero además sabemos de una traducción latina de Tucídides que Eneas Silvio[58] vio en 1435 en la sacristía de San Pablo de Londres.

A continuación doy una lista de las más importantes traducciones de Tucídides al latín y a las lenguas occidentales, con excepción del español, que trataré aparte:

Traducciones al latín:

Aemilius Portus, Frankfurt, 1594[59]; F. Haase, París, 1840.

Traducciones al francés:

Claude de Seyssel, París, 1527; Nicolas Perrot, señor d'Ablancourt, París, 1670; P. Ch. Levesque, París, 1795; J. B. Gail, París, 1808; A. F. Didot, París, 1833; J. A. Buchon, París, 1840; Ch. Zévort, París, 1869; E. A. Bétant, París, 1873; J. Voilquin, París, 1948[60].

Traducciones al inglés:

Thomas Hobbes, Londres, 1676; S. T. Bloomfield, Londres, 1829; Arnold, Londres, 1829; H. Dale, Londres, 1849; Jowett, Oxford, 1881; Chr. Foster Smith, Londres-Nueva York, 1919-1923.

Traducciones al alemán:

J. D. Heilmann, Lengo, 1760 (reeditada por Güthling^2, 1926); G. Böhme, Berlín, 1851, Dr. Wahrmund, Stuttgart,

1864.

Traducciones al italiano:

F. Di Soldo Strozzi, Venecia, 1545; G. Desideri, Roma, 1789-1790; anónima, Florencia, 1835; A. Payron, Turín, 1862.

Traducciones al griego moderno:

E. Venizelos, Oxford, 1940.

La traducción más al día en cuanto a ciencia y estilo es, sin duda, con bastante diferencia, la inglesa de Foster Smith. Por varios conceptos se deben destacar junto a ella la latina de Haase, la francesa de Bétant, la inglesa de Jowett y la griega de Venizelos. Pero es sobre todo a las ediciones comentadas de que he hablado (junto a ellas puede ponerse la traducción de Arnold, que se acompaña de un comentario) a las que hay que acudir para dar una traducción correcta en lo posible.

5. Tucídides en España

No existe en España ninguna edición original ni completa de Tucídides ni tampoco ninguna traducción a la altura de nuestro conocimiento actual del autor. Ni siquiera tenemos buenos manuscritos de Tucídides. Pero en cambio, nuestra Biblioteca Nacional guarda en su Sección de Manuscritos la más antigua traducción de Tucídides (*Matritensis*, 10801): una traducción de los discursos al aragonés de hacia el año 1384, proveniente de la Biblioteca del marqués de Santillana. No podemos decir quién fuera su autor[61]. Sin embargo, este manuscrito debió de ser por todas las señas uno de los que se hicieron por orden de Juan Fernández de Heredia, gran maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén,

hombre de vasta cultura que residió largo tiempo en la corte papal de Avignon. Seguramente la traducción es del griego Demetrio Talodique, que tradujo para él otras varias obras; pero es lo más seguro que el erudito griego (como sabemos en el caso de las *Vidas paralelas*, de Plutarco) se limitara a hacer una traducción al griego moderno y hubiese un segundo traductor que pasara el texto al aragonés. Como quiera que ello sea, esta traducción es bastante buena, desde luego mejor, a mi ver, que la de Diego Gracián, de la que luego hablaremos, lo que se notaría mejor si se modificara la puntuación y el vocabulario.

Como muestra doy el pasaje II, 35, comienzo de la oración fúnebre de Pericles:

> Todos los rectoricos que en los tiempos passados loaron la uirtud de los que fueron muertos por el bien de lur tierra loaron el ordenador de aqueste honorable común sepellimiento. Et ansi paresce que sea suficient que assi como ellos eran uirtuosos no de paraulas mas de fechos assi nos con obra deuemos mostrar lurs honores por tal que las uirtudes de tales honbres no podrien seyer dichas por la sçiencia de uno solo car imposible es que lo que por uno solo es dicto sea creydo de todos speçialment quanto alguno enuidioso se piensa que lo mas sea dicto fuera de la uerdat la cual cosa aviene por enuidia o por que huye mas famosas uirtudes que no son en el los cuales no creyen mas de lo que huyen de otros sino tanto quanto el es suffiçient a fazer empero algunas uegadas tales como aquestos si huyen las cosas con affecion por uentura les parece mas uerdat que lo que ellos saben mas pues que a todos los antiguos plazio la la (*sic*) ordenaçion del que lo ordeno me conuiene segun la dicta hordenacion. Et dezir razonablement tanto que sea uso plazer et honor et primerament començare…

La traducción clásica española es la de Diego Gracián, secretario del emperador Carlos V, a quien dedicó su obra (Salamanca, en casa de Ioan de Canova, 1564). Ésta fue reeditada en la Biblioteca Clásica (1889) «con la traducción enmendada», a lo que puedo ver únicamente modernizando ciertas expresiones anticuadas. Esta traducción está, desde luego, hecha directamente desde el griego, o al menos no depende de la de Valla, la más divulgada en la época y sensiblemente mejor; porque sin emitir juicio sobre las demás traducciones del griego del autor (sobre todo de Jenofonte, Salamanca, 1552, y las *Moralia* de Plutarco, Alcalá, 1542), ésta es realmente muy mala. Es imposible recorrer una sola página sin encontrar varios errores graves de traducción; y, además, la construcción y el estilo (difuso y deslavazado) son absolutamente opuestos a los de Tucídides. Y si en su día esta traducción se podía calificar de mala, hoy no merece ni casi siquiera el nombre de traducción. Para que no parezca que rebajo una obra que goza de cierto prestigio para ensalzar la mía, citaré una sola página, la misma que antes: el comienzo de la oración fúnebre de Pericles. Pongo en cursivas las faltas graves de traducción, que pueden comprobarse consultando el mismo pasaje en mi versión:

> Muchos de aquellos que antes de ahora han hecho oraciones en este mismo lugar *y asiento*, alabaron en gran manera *esta costumbre antigua de elogiar delante del pueblo* a aquellos que murieron en la guerra, mas a mi parecer, las solemnes exequias que públicamente hacemos hoy, son la mejor alabanza de aquéllos, que por sus hechos las han merecido. Y también me parece *que no se debe dejar al albedrío de un hombre solo que pondere* las virtudes y loores de tantos buenos guerreros, *ni menos dar crédito a lo que dijere, sea o no buen orador*, porque es muy difícil moderarse en los

> elogios, *hablando de cosas de que apenas se puede* tener firme y entera opinión de la verdad. Porque si el que oye tiene buen conocimiento del hecho y quiere bien a aquel de quien se habla, *siempre* cree que se dice menos en su alabanza de lo que deberían y él querría que dijesen; y por el contrario, el que no tiene noticia de ello, le parece, por envidia, *que todo lo que se dice de otro, es superior a lo que alcanzan* sus *fuerzas y poder*. Entiende cada oyente *que no deben elogiar a otro por haber hecho* más que él mismo hiciera, estimándose por igual, y *si lo hacen* tiene envidia y no cree nada. Empero, porque de mucho tiempo acá, está admitida y aprobada esta costumbre, y se debe así hacer, me conviene, por obedecer a las leyes, ajustar cuanto pueda mis razones a la voluntad y parecer de cada uno de vosotros, comenzando por…

Para que no pueda pensarse que hemos escogido un pasaje buscado expresamente para probar nuestro aserto citaremos al azar tres errores gravísimos. En I, 9 se traduce ἰσθμοῦ) («del Istmo de Corinto») por «del estrecho de mar que llaman Istmo» (¡!). En II, 47, se traduce οἱ Λακηδαιμόνιοι…, τὰ δύο μέρη… εἰσέβαλον εἰς τὴν Αττικήν («los peloponesios… invadieron el Ática con los dos tercios de sus tropas») por «los Peloponenses… entraron… en territorio del Ática por dos partes». En IV, 120 y sigs., llama constantemente Sicione (ciudad doria del Peloponeso) a Esciona (colonia ateniense de Tracia), con las consecuencias que para el relato pueden suponerse. El traductor no tenía la preparación filológica ni histórica necesaria.

Aparte de esta traducción no conozco ninguna otra en español, salvo de referencia. En el discurso de Segalá titulado «El renacimiento helénico en Cataluña» (Barcelona, 1916), pág. 14, se habla de que «Manuel Antonio Meliá y Rivelles dio a la estampa el Tucídides traducido al español

con notas». Se desprende del contexto que el autor es valenciano y la obra del siglo XVI o XVII; pero no he podido dar con ella. Nicolás Antonio, en su Biblioteca Hispana Nova I, pág. 676, habla de «Los ocho libros de Tucídides Atheniense», traducidos por Juan de Castro Salinas en un manuscrito que se guarda en la biblioteca del noble belga Joannes Gislenius Bultelius, según Nicolás Sanderus, *Bibliotheca Belgica manuscrita*, pág. 285. Igual referencia da Apraiz en sus *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España* (Madrid, 1874), pág. 125; y la reproduce Rubio, *Classical Scholarship in Spain* (Washington, 1934), pág. 56, añadiendo que el manuscrito en cuestión se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid. Yo al menos no he podido encontrarlo.

En época moderna se han hecho en España tres ediciones parciales de Tucídides, todas de carácter escolar. La primera en orden cronológico es de Luis Enríquez, S. J. (Madrid, 1944) y abarca solamente el discurso fúnebre de Pericles y la peste de Atenas. Tiene una amplia introducción bien al día, un análisis del discurso y extensas notas gramaticales. La segunda, de don José Manuel Pabón (Madrid, 1946), comprende el Libro II y se distingue por el comentario gramatical claro y exacto en todo momento. La tercera, por Félix Huerta Tejada (Burgos, 1946), es la más amplia, pues es una selección de todo Tucídides en dos pequeños volúmenes, pero también es la más parca en el comentario.

6. La traducción presente

Nuestra traducción sigue constantemente una edición de Tucídides, sin introducir variante alguna. Únicamente en las notas hemos señalado alguna vez las dificultades del texto seguido, que es el de Hude. Se va haciendo necesaria una

nueva edición de Tucídides, pues en los últimos cincuenta años han aparecido muchos trabajos parciales sobre puntos concretos, cuyos resultados merecen ser recogidos; pero, en tanto no se haga esto, hemos tenido que contentarnos con la edición de Hude, que es, entre las existentes, la que merece más confianza.

De las dos maneras que existen[62] de traducir un autor griego, a saber, la que procura «modernizar» su estilo, y la que tiende, por el contrario, a mantener en lo posible el del original, me he decidido sin vacilar por esta última. No se me ocultan las críticas a que puede dar lugar esta decisión, ni tampoco que hace al autor así traducido menos accesible. Pero hacer una traducción como, por ejemplo, la francesa de Voilquin, recientemente publicada, que (aparte de errores de traducción) corta sistemáticamente con puntos colocados al azar todo párrafo un poco extenso, elimina sin excepción los anacolutos e irregularidades de expresión, oculta en lo posible el constante juego de antítesis, y desarrolla con independencia los pensamientos que están apenas esbozados en el texto traducido, me parece traicionar el original. Claro está que no es posible reproducir en español todos los matices del estilo de Tucídides, y algunos, aun pudiendo reproducirse, han por fuerza de suavizarse; así, por ejemplo, las antítesis y anacolutos. Pero, de todas formas, si he respetado los períodos largos, construidos de una manera un poco mecánica y que exigen del lector un esfuerzo a la vez de análisis y de síntesis para seguirlos exactamente, o también ciertas expresiones sintácticamente irregulares u otras demasiado concisas, en las que hay que esforzarse para desentrañar el pensamiento del autor, piénsese que la misma sensación de dificultad y oscuridad la sentían ya ante nuestro autor Cicerón y Dionisio de Halicarnaso. Tucídides no es un autor para ser leído a la ligera, sino más bien para ser meditado despacio; cada

palabra y cada pasaje deben atraer la atención del lector para comprender el espíritu del historiador griego, que no suele repetirse ni dar otras aclaraciones que las que se deducen del contexto.

Para ayudar al lector en lo relativo a las dificultades de orden histórico y geográfico, la presente traducción va acompañada de notas concisas a pie de página, mapas parciales que completan uno de Grecia y que contienen todos los nombres geográficos mencionados por nuestro autor, y un índice de nombres propios, que facilita la búsqueda de los nombres geográficos en los mapas.

Unas palabras hay que decir todavía respecto a la transcripción en español de los nombres propios griegos. He seguido el principio tradicional de pasarlos por el latín, esto es, de darles primero la ortografía latina y dar después a la ortografía latina la forma que adopta en español. Los casos que presentan alguna dificultad son los siguientes[63]:

Si la sílaba penúltima es larga, lleva el acento; si no, lo lleva la antepenúltima.

La φ se transcribe por *f* y no por ph (Focea); la θ, por *t* y no por *th* (Tucídides); la ξ, por *j*; la κ por *c* (Cécrope); la χ por *c* ante *a*, *o, u* (calcídeos) y por *qu* ante *i, u* (Quíos). De las vocales, la υ se transcribe por i (Eritras), salvo en diptongo; la η y ω no se distinguen de la ε y o, respectivamente. El diptongo ει da *i* (Idómena), οι da *e* (Enoe) y αι también *e* (Enianes). Sin embargo, ει ante vocal da *e* (Carneo). Respecto a la transcripción del final de palabra, las de la primera declinación acabadas en η terminan en -*a* (Palena); las de la segunda declinación (en griego terminados en -ος) acaban en español en -o (Corinto); cuando el nombre propio griego es plural, se le da la forma correspondiente del plural castellano, regla que también se aplica en la primera declinación (Atenas). Para las palabras de la tercera declinación en oclusiva se toma como base de transcripción

el acusativo de singular, acabándolas en *-e*, como si se tratara de un acusativo latino (Paquete y no Paques). Sin embargo, en nombres que ya tienen tradición española, me permito desviaciones de estas normas rígidas; así, Samos y no Samo (nombres de islas); Darío, Cartago, etcétera. Para evitar, además, una posible pronunciación errónea simplifico sistemáticamente las geminadas (Pela). En cuanto a los étnicos griegos y bárbaros procuro adaptarlos en lo posible al español. Me aparto del acento latino en casos en que en español existe ya otra costumbre o en que no es posible determinarlo.

Para terminar, advirtamos que los paréntesis cuadrados [] señalan las glosas introducidas tardíamente en el texto y que Hude elimina del mismo.

7. Bibliografía tucidídea

Una parte de ella ha sido mencionada ya; pero aquí quiero dar una lista por orden alfabético de autores de aquellas obras más importantes, descartando las ya anticuadas. Naturalmente, la lista tiene sólo carácter selectivo. En las obras con varias ediciones se cita la última.

ABBOT, G. F.: *Thucydides. A Study in Historical Reality*, Londres, 1925.

ALY, W.: *Form und Stoff bei Thucydides*, Rh. M., 1928, 361-383.

BABELON, J.: *Alcibiade*, París, 1935.

BELOCH, J.: *Die attische Politik seit Perikles*, Leipzig, 1884.

— *Die grosse athenische Expedition nach Sicilien*, en *Griechische Geschichte*, II, 2, 290-311, Estrasburgo, 1916.

BENDER, G. F.: *Der Begriff der Staatsmannes bei Thucydides*, Würzburg, 1938.

BETHE, E.: «Athen und die peloponnesische Krieg im Spiegel des Weltkrieges», *N. Jhb.*, 1917, 73-87.

BLASS, F.: *Die attische Beredsamkeit*, I, Leipzig, 1887 (2.ª ed.). 203-244.

BODIN, L.: *Thucydide et la Genèse de son œuvre*, R. E. A., 1912, 1-40.

BOGNER, H.: *Thucydides und das Wesen der altgriechischen Geschichtssreibung*, Berlín, 1939.

BÖHME, G., y WIDMANN, S.: *Thucydides* (edición comentada), Leipzig, 1894-1898 (5.ª y 6.ª ed.).

BRUNS, J.: *Das literarische Porträt der Griechen*, Berlín, 1896.

CIWLINSKI, L.: *Quaestiones de Tempore quo Thucydides priorem historias suae partem composuerit*, Gnesen, 1873.

— *Ueber die Entstehungsweise des zweiten Theiles der thuk. Geschichte*, Hermes, 1877, 25-87.

CLASSEN, J., y STEUP, J.: *Thucydides* (edición comentada), Berlín, 1900-1922 (3.ª y 4.ª ed.).

COCHRANE, Ch. N.: *Thucydides and the science of history*, Oxford, 1929.

CORNFORD, F. M.; *Thucydides mythistoricus*, Londres, 1907.

CROISET, A.: *Thucydide, livres I et II* (edición comentada), París, 1884.

— *Histoire de la littérature grecque*, IV, París, 1910-1921. (3.ª ed.), 87-172.

DAVID, J.: *Rapport sur l’État présent des Études relatives à Thucydide. Actes du Congrès de Strasbourg de l’Association Guillaume Budé*, París, 1939, 64-80.

DELBRÜCK, H.: *Die Strategie des Pericles*, Berlín, 1890.

DEONNA, W.: *L’éternel présent: Guerre du Péloponnèse et guerre mondiale*, R. E. G., París, 1922.

EHLERT, J.: *De verborum copia Thucydidea quaestiones selectae*, Berlín, 1887.

ESSEN, M. H. N. VON: *Index Thucydideus*, Berlín, 1887.

FERGUSON, A. S.: *Greek Imperialism*, Boston y Nueva York, 1913.

— *The athenian expedition to Sicily*, en *The Cambridge Ancient History*, V, 282-311, Cambridge, 1927.

FERRABINO, A.: *L'impero ateniese*, Turín, 1927.

FINLEY, J. H.: *Thucydides*, Cambridge Mass., 1942.

— «The unity of Thucydides History», *H. S. C. Ph.*, Suppl., vol. I, 1940, 255-298.

FISCHER, F.: *Thucydidis reliquiae in papyris et membranis Aegyptiacis servatae*, Leipzig, 1913.

FREIXAS, A.: *Tucídides y las inscripciones*, Buenos Aires, 1937.

GEFFCKEN, J., *Griechische Literaturgeschichte*, I, Heidelberg, 1926, 289-304.

GIRARD, J.: *Essai sur Thucydide*, París, 1884.

GOMME, A. W.: *A historical commentary on Thucydides*, I, Oxford, 1945.

GROSSKINSKI, A.: *Das Pragramm des Thucydides*, Berlín, 1936.

GRUNDY, B.: *Thucydides and the History of his Age*, Londres, 1911 (2.ª ed., Oxford, 1948).

HATZFELD, J.: *Alcibiade*, París, 1940.

HENDERSON, B. W.: *The great war between Athens and Sparta. A companion to the military History of Thucydides*, Londres, 1927.

HOFFMANN, O.: *Geschichte der griechischen Sprache*, Berlín, 1916 (2.ª ed.), págs. 44 y sigs.

HUDE, C.: *Thucydidis de bello Peloponnesiaco libri VIII* (texto griego), ed. maior. Leipzig, Teubner, 1913 y 1925 (2.ª ed.).

— *Thucydidis de bello Peloponnesiaco libri VIII* (texto griego), ed. minor, Leipzig, Teubner, 1930 y 1933 (2.ª

ed.).
— *Scholia in Thucydidem*, Leipzig, 1927.
JÄGER, W.: *Paideia, I*, 393-430, «Tucídides como pensador político», México, 1946 (2.ª ed. española).
JONES, H. S., y POWELL, J. E.: *Thucydides* (texto griego), Oxford, 1940.
KIRCHHOFF, A.: *Thucydides und sein Urkundenmaterial. Ein Beitrag zur Entstehungsgeschichte seines Werkes*, Berlín, 1895.
KOLBE, W.: *Thucydides im Lichte der Urkunden*, Stuttgart, 1930.
KROMAYER, J., y VEITH, G.: *Schlachten-Atlas zur antiken Kriegsgeschichte*, IV, fasc. 2, Berlín, 1926.
LANGE, E.: *Thucydides und die Parteien, Philologus*, 1894, 616-651.
LAQUEUR, R.: *Forschungen zu Thucydides*, Rh. M., 1937, 316-358.
LORD, L. E.: *Thucydides and the world war*, Cambridge Mass., 1945.
MARCHANT, E. C.: *Thucydides, Books I, II, III, VI, VII* (edición comentada), Londres, 1893-1905.
MATHIEU, G.: «Isocrate et Thucydide», *Rev. Phil.*, 1918, 122-129.
MEYER, E.: *Forschungen sur alten Geschichte*, II, Halle, 1898, 269-436.
— *Thucydides und die Entstehung der wissenschaftlichen Geschichtssreibung*, Viena, 1913.
MOMIGLIANO, A.: «La composizione della Storia di Tucidide», *Mem. delta Reale Accademia delle Scienze di Torino*, II, 1930, 1-48.
NESTLE, *W.: Thucydides und die Sophistik, N. Jhb.*, 1914, 648-685.

NORDEN, E.: *Die antike Kunstprosa*, I Leipzig, 1898 (4.ª ed., 1923), 95-101.

PATZER, H.: *Das problem des Geschichtsschreibung des Thucydides und die Thucydidische Frage*, Berlín, 1937.

POHLENZ, M.: «Thucydidesstudien», *G. G. A.*, 1919, 95-138; 1920, 56-83.

— «Thucydides und wir», *N. Jhb. für Paed.*, 1920, 57-82.

— «Die Thukydidische Frage im Lichte der neueren Forschung», *G. G. A.*, 1936, 281-300.

POPPO, E. F., y STAHL, J. M.: *Thucydidis de bello Peloponnesiaco libri octo* (edición comentada), Leipzig, 1875-1889.

REGENBOGEN, O.: *Thucydides als politischer Denker*, Hum. Gymn., 1933, 2-25.

ROMILLY, J. DE: *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947.

Ros, J.: *Die* μεταβολή *(Variatio) als Stilprinzip des Thucydides*, Paderborn, 1938.

ROSCHER, W. H.: *Leben, Werk und Zeitalter des Thucydides*, Gotinga, 1842.

ROSENBERG, A.: «Thucydides und die Parteien in Athen», *N. Jhb.*, 1915, 205-223.

ROSENKRANZ: *Der lokale Grundton und die persönliche Eigenart in der Sprache des Thucydides*, I. F., 1930, 127-178.

SCHADEWALDT, W.: *Die Geschichtsschreibung des Thucydides*, Berlín, 1929.

SCHMID, W.: *Thucydides*, en *Geschichte der griechischen Literatur*, de Schmid-Stählin, I, V, 2, 2, 1-123, Munich, 1948

SCHWARTZ, E.: *Das Geschichtswerk des Thucydides*, Bonn, 1919 (2.ª ed., 1929).

SMITH, C. F.: *Thucydides* (texto griego y traducción inglesa), Londres, 1919-1923.

STREBEL, H. G.: *Wertung und Wirkung des Thucydidischen Geschichtswerkes in der griech.-röm. Literatur*, Erlangen, 1935.

TAEGER, F.: *Thucydides*, Stuttgart, 1935.

THIBAUDET, A.: *La campagne avec Thucydide*, París, 1922.

ULLRICH, F. W.: *Beiträge zur Erklärung des Thucydides*, Mamburgo, 1846.

WILLAMOWITZ-MÖLLENDORF, U. VON: Diversos artículos en *Hermes*, 1877, 326-367; 1900, 553-561; 1902, 308-310; 1908, 578-618; 1925, 297-300.

— *Aristoteles und Athen*, Berlín, 1893.

— *Das Bilndnis zwischen Sparta und Athen, S.P.A.W.*, II, 1919, 934-957.

VENIZELOS, E.: ΘΟΥΚΥΔΙΔΟΥ ΙΣΤΟΡΙΑΙ ΚΑΤΑ ΜΕΤΑΦΡΑΣΙΝ (traducción al griego moderno), Oxford, 1946 (2.ª ed.).

NOTA A LA EDICIÓN DE 1984

Han aparecido dos nuevas ediciones críticas de Tucídides, por desgracia incompletas: la de O. LUSCHNAT, de los libros I-II (Leipzig, Teubner, 1954), y la de J. DE ROMILLY, de los libros I, II y VI-VII (París, Belles Lettres, 1958, 1962 y 1963).

Respecto a traducciones nuevas, citemos la alemana de Peter Landman (Zurich, Artemis Verlag, 1960). Sobre la traducción aragonesa del *Matritensis* 10801, cf. ahora el libro de LUIS LÓPEZ MOLINA, *Tucídides romanceado en el siglo XV*, Madrid, 1960 (anejos del Bol. de la Real Academia Española, V). Se ha publicado un segundo volumen del comentario a Tucídides de GOMME: *A historical Commentary on Thucydides. The ten years war* (Books II-III), y un tercero (Books IV-V, 24), Oxford, 1956.

Cf., además, algunos nuevos libros sobre nuestro autor:

ADCOCK, F. E.: *Thucydides and his History*, Cambridge University Press, 1963.

KLEINLOGEL, A.: *Geschichte des Thukydidestextes im Mittelalter*, Berlín, De Gruter, 1965 (cf. antes, no recogido en la bibliografía de arriba:

V. BARTOLETTI: *Per la storia del testo di Tucidide*, Florencia, Sansoni, 1937).

ROMILLY, J. DE: *Histoire et raison chez Thucydide*, París, Belles Lettres, 1956.

STAHL, H. P.: *Thukydides und die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess*, Munich, Beck, 1957.
WEIDAUER, K.: *Thukydides und die hippokratische Schriften*, Heidelberg, 1954.
También mi *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.

ADDENDA A LA EDICIÓN DE 2002

ADDENDA A LA INTRODUCCIÓN

Después de tantos años transcurridos desde que escribí la «Introducción» a este libro, es normal intentar una puesta al día. Pues los estudios y publicaciones sobre el historiador ateniense han crecido y crecen a diario. Pienso que lo dicho en la Introducción puede continuar siendo útil al lector hoy en día, pero no está de más recoger las principales novedades bibliográficas sobre el tema. Y algunas opiniones mías.

Ello se hace de dos maneras. Por una parte, doy, a continuación de estos *Addenda*, una bibliografía selectiva, toda posterior a la fecha en que acaba la recogida en las ediciones anteriores. Hace también referencia a bibliografías más extensas.

Por otra parte, pretendo dar aquí una idea de lo más importante de dichos libros y trabajos. La verdad es que los temas son muy repetitivos y que, en general, no ofrecen novedades radicales. Aun así, conviene dejar constancia de las adhesiones o repudios de varias tesis expuestas en mi Introducción. Y algunos puntos de vista nuevos. Los libros y artículos son citados por el nombre del autor y la fecha, el detalle puede encontrarse en la nueva bibliografía que sigue.

Antes de hablar de los estudios desde puntos de vista históricos, literarios y de pensamiento, menciono las nuevas ediciones, traducciones y comentarios.

Tras la edición teubneriana de C. Hude (1898-1901 y muchas reediciones), seguida por mí, y la de H. S. Jones-J. E. Powell en la colección oxoniense, repetidamente reeditada desde 1942, han surgido las nuevas ediciones de J. de Romilly y continuadores en la colección Budé, la de O. Luschnat (sólo de los Libros I y II), la de L. Canfora (que retoca levemente la de Jones-Powell) y la de G. B. Alberti, que es excelente. Añado en la nueva bibliografía varios estudios de crítica textual. Y tienen interés para Tucídides diversos estudios gramaticales sobre el ático en general, que no cito aquí.

Ha sido importante el movimiento de las nuevas traducciones: en mi *Addenda* a la bibliografía puede verse cómo en español, después de la mía, que fue la primera después de la de Diego Gracián de 1564, han aparecido nada menos que cuatro. Y pueden verse también nuevas traducciones en diversas lenguas.

Y disponemos ahora de una concordancia (la de Schrade, 1998) y diversos e importantes comentarios, sobre todo el de Gomme-AndrewesDover y el de Strassler. Son obras de gran empeño que son muy útiles para mejor seguir e interpretar a nuestro autor.

Recojo a continuación algunos temas y opiniones críticas de varios estudiosos de nuestro autor citados en los *Addenda* a la bibliografía. Cito siempre por el nombre y el año. Y me gustaría añadir una orientación general.

Aunque con frecuencia los mismos temas son comunes a varios autores modernos y las posiciones se repiten, hay que distinguir, creo, entre los historiadores y los filólogos. Aunque con frecuencia coinciden en temas y opiniones, otras veces hay una diferencia. Para los historiadores

Tucídides es simplemente una fuente como otra cualquiera, una fuente sometida a crítica. Para los filólogos es un científico y un pensador, a más de un escritor. Alguien que somete a examen la realidad, interpreta, juzga y deduce leyes generales.

Pero antes de hacer la revisión de esta nueva bibliografía, organizándola por temas y autores, quiero aludir al menos a mis publicaciones sobre Tucídides y su ambiente político y literario aparecidas después de la primera edición de este libro. Pues la reflexión sobre el mismo, así como sobre los trágicos, los sofistas y los presocráticos, está en la base de estudios míos posteriores. No puedo detallar aquí su contenido, que refleja mis ideas sobre Tucídides y la historia, el pensamiento y la literatura de su época. Alguna breve cosa diré al final, sin embargo.

De entre estos trabajos míos destaco los tres libros citados en la bibliografía. En el primero, de 1966, Tucídides es tratado muy especialmente en el capítulo sobre «El pragmatismo político» (págs. 398-403). En el segundo, de 1997, son especialmente importantes los capítulos sobre «Literatura y teoría política» (págs. 41-59) y «Tucídides y el pragmatismo político» (págs. 243-250), reexamen del tema en una fecha posterior. En el tercer libro, también de 1997, la historia de la democracia ateniense es puesta en paralelo con la de regímenes más o menos próximos en época posterior. Es la predecesora y el modelo de todos ellos.

Otra cosa que me parece importante hacer previamente es dar una idea del libro de Alsina (1981), porque da una visión general de las líneas en que se mueve la investigación (la anterior a la primera edición de este libro y la posterior hasta 1981).

Es, efectivamente, un libro importante sobre todo por exponer lo más notable de la bibliografía inglesa, alemana y francesa. Véase, por ejemplo, págs. 39 y sigs., sobre el

carácter tardío de la Arqueología; págs. 40 y sigs., sobre la metodología de Tucídides; págs. 42 y sigs., sobre los discursos; págs. 47 y sigs., sobre el influjo hipocrático; págs. 55 y sigs., sobre el poder y «la verdadera causa» de la guerra; págs. 62 y sigs., sobre el influjo de Tucídides en Hobbes y Maquiavelo; págs. 75 y sigs., sobre el imperio ateniense y la «naturaleza humana»; págs. 82 y sigs., sobre la contemporaneidad de Tucídides (paralelo de la guerra del Peloponeso y la guerra mundial y de la derrota de Atenas y las dos de Alemania); págs. 88 y sigs., sobre las ideas de Flashar, que ve la oración fúnebre como condena de Pericles; págs. 90 y sigs., sobre la cronología de la redacción de la obra (desde la idea de Schwartz de que Tucídides pasó de una tesis inicial según la cual Corinto fue responsable, a una final, tras la derrota en Sicilia, según la cual la responsable fue Esparta); pág. 99, sobre la impopularidad del imperio y el intento de Ste Croix de justificarlo; pág. 102, sobre casos de parcialidad de Tucídides (según A. S. Vlachos); pág. 113, crítica de que no se intente comprender a Tucídides dentro de las coordenadas de su tiempo; pág. 118, sobre el hecho de que los historiadores estudien en Tucídides lo que realmente sucedió y los filólogos las leyes de la Historia; pág. 123, bibliografía de que lo que domina en la concepción de Tucídides es la idea de que la historia es irracional; pág. 129, sobre la expresión de lo universal en Tucídides, la cuestión de si admite un progreso y su modernidad; págs. 156 y sigs., sobre el análisis del golpe de 411 (sin conclusiones decisivas); págs. 267 y sigs., opiniones de los diversos críticos modernos; págs. 325 y sigs., sobre la cuestión tucidídea: Schwartz, Pohlenz, Schadewaldt, Grosskinsky (según éste, el proemio y programa de I, 22, habrían sido escritos tras el año 404, también la Arqueología y muchos más).

Y con esto paso a enumerar algunos temas importantes tratados en la bibliografía tucidídea.

Un tema especial, para los filólogos al menos, es el de cómo concibe Tucídides el acontecer histórico y cuál es la intención de su historia. Cito algunas de las publicaciones sobre este tema, con objeto de completar lo que dije en el capítulo III de la Introducción, «Historia y política en Tucídides».

Mme. de Romilly (1990) ha insistido en su idea sobre la historia como ciencia de leyes basadas en la naturaleza humana y en la conveniencia. Se critica a sí misma diciendo que en sus libros anteriores no se fijó lo suficiente en el tema de la colonización. Hace ver ahora que las amistades y rivalidades entre las ciudades coloniales y las demás no son por los vínculos de parentesco, sino por las conveniencias (Corcira, Potidea, Sicilia, etc.). Insiste en el tema de la naturaleza humana y de que los atenienses, en sus palabras, se mostraron más justos de lo que su poder les permitía; salen de ahí reglas de sabiduría práctica. Las previsiones generales, aunque no se realicen, tienen un significado histórico. Tucídides ayudó a fundar, así, las ciencias del hombre.

En este tema de la necesidad como motor, en Tucídides, de la política y la historia insiste Orwin (1994). Presenta como sigue la posición de Tucídides: en el gran debate en Corinto antes de la guerra, en el Libro I, los representantes de Atenas hablaron del poder de la necesidad; Esparta, pese a sus pretensiones de antigua piedad, dependía también de ella. En política exterior la necesidad es la verdadera fuerza, es preciso por ello una dosis de hipocresía. La derrota se debe no a la impiedad, sino al faccionalismo. La mejor conducta, por ello, es la que lleva a la seguridad y el provecho: una inversión de lo que usualmente se dice. Los

discursos de Diódoto y Hermócrates no contradicen esta tesis, la expanden.

Sin embargo, tras la seguridad, el honor y el provecho son los factores que más atraen. En cuanto al *hamártema*, más que retribución divina de la injusticia es error, no otra cosa.

Así también, para Jung (1991), la guerra del Peloponeso es simplemente un conflicto entre dos poderes: la grandeza es la causa del conflicto; habla de su necesidad y su fundamento en la *anthropeía physis*, la naturaleza humana. *Hamartánein* es, otra vez, simple error de cálculo, la justicia sólo opera entre iguales. Hay un *anágke*, una necesidad de «mantener el poder».

Sin embargo, en unos pocos pasajes la *hybris* es sobrepasar los límites religiosos (en el episodio de los hermocópidas y en el de la batalla de Denon). Pero se trata de descripciones en que se sigue la terminología popular.

Esa fuerza que opera en la historia sin tener en cuenta la cual nada se comprende va unida en Tucídides con mucha frecuencia con las palabras *paraskeué*, «preparación» (104 veces), *y paraskeuázw*, «preparar», nos recuerda Allison (1988). O sea, no se trata de la fuerza bruta, sino de la fuerza organizada, racional.

En el fin práctico de la obra, lograr enseñanzas para el futuro a partir de la recurrencia de los hechos humanos, insistió Erbse (1961), es posible, por el hecho de la recurrencia de lo humano. Esta recurrencia fue estudiada desde un punto de vista particular por Milman Parry (1957): el de la oposición de *logos*, «palabra, pensamiento», y *ergon*, «acción». Es especialmente importante en los primeros libros y, sobre todo, en la descripción de la peste y los dos discursos de Pericles que la encuadran.

Para Tucídides, el *logos* es valioso e importante en la medida en que tiene una relación directa con la realidad:

ergon sin *logos* es confuso y sin sentido. Pero el *logos* sin *ergon* queda en futilidad, vana esperanza, irracionalismo. Lo trágico está en la incapacidad, en último extremo, del hombre para comprender el mundo. Y que la oración fúnebre, que presenta al mundo como dominable por el *logos*, es seguida del fenómeno irracional de la peste. Se introduce así el tema del irracionalismo en la concepción de Tucídides de que se hablaba en la Introducción (IV, 2, «Carácter dramático de su historia»).

En todo esto hay un acuerdo más o menos general entre los intérpretes. Pero tiene relación, de una manera o de otra, con el tema de en qué medida el relato de Tucídides se ajusta a la realidad, en qué otra la conforma de acuerdo con sus interpretaciones. En esto hay, a veces, una discusión bastante viva.

Por ejemplo, Cogan (1981) parte de que Tucídides, en I, 22, promete programáticamente el mismo rigor en el tratamiento de los hechos y en los discursos. Cree que son fundamentalmente exactos y que «procuran la ruta más directa para la comprensión de su interpretación de la guerra». El libro no habla tanto de ésta como de cómo la vio Tucídides. Y sólo al final destaca especialmente el papel de las individualidades.

También cree en su exactitud fundamental Turasiewicz (1995): Tucídides no podía escribir la oración fúnebre como totalmente ficticia, ha elaborado un texto con sus propios principios y las grandes ideas de Pericles.

En relación con este tema habría que tocar el de la composición de la obra: cómo y cuándo fueron compuestas las diferentes partes, si presenta o no una unidad estructural. Y el papel en ella no sólo de los discursos, también de diversos excursos. Y el tema de si está completa o no, de sus posibles lagunas.

El antiguo afán de la crítica alemana por establecer las fases de redacción de la obra de Tucídides va cediendo por causa de la escasez de los resultados seguros: la tendencia general es a colocar la redacción de la mayor parte de ella después de 404, en que Tucídides llegó a Atenas. Es en esta perspectiva, tras la derrota de Sicilia y la derrota final, en la que hay que situar la admiración de Tucídides por Pericles y su idea de que son los errores de sus continuadores, Cleón y Alcibíades sobre todo, los que causaron la derrota. Cleón siguió una política agresiva que exacerbó a Esparta e impidió una paz a tiempo; Alcibíades no paró hasta romper la paz de Nicias y lanzó a Atenas, imprudentemente, a la conquista de Sicilia. Pero también se equivocó la Asamblea de Atenas, que quitó el mando a Alcibíades, un hombre capaz pese a sus errores.

En la última parte de su obra, han observado varios críticos, Tucídides ha atribuido un peso decisivo a la intervención de diversas personalidades y a la fortuna (pero ésta ya intervino con la prematura muerte de Pericles). Las leyes de la historia pesan menos aquí que el personalismo y la fortuna. Véase, entre otros, Nicolai (1996).

Por otra parte, la obra de Tucídides quedó inacabada y en esto ha insistido mucho Erbse (1989); también habla de la valoración de Alcibíades en los términos que he presentado arriba. Si Tucídides hubiera tenido tiempo quizá podría haber retocado su teoría de la historia como ciencia de leyes y enseñanza para el gobernante.

Hoy se tiende a hallar en Tucídides, dentro de esta limitación, una unidad de composición. Así, en el caso de Rawlings (1981). Para él, como para otros varios críticos, la mayor parte es posterior a 404, aunque antes hubiera borradores. Describe en realidad dos guerras simétricas de diez años cada una; sin el conocimiento de la segunda malamente habría podido escribirse la primera. Hay, pues,

unidad, como ya habían propuesto Patzer y Finley. Los Libros I y VI son introducciones a ambas guerras que incluyen prólogos.

Para este autor, la búsqueda de la antigüedad de la redacción de ciertos pasajes ha oscurecido la visión de la construcción total, que está prevista en I, 22. Hay también correspondencias en los episodios que están calculados para hacer comprender otros pasajes: el de Pausanias y Temístocles alude a Alcibíades, el de Cilón es el presupuesto necesario para los intentos espartanos de que Pericles fuera expulsado de Atenas, la descripción de Sicilia hace ver el error que fue esa campaña, el episodio de los tiranicidas ilustra los errores de los relatos orales, etc. Y Tucídides presenta las diferencias entre las dos guerras: a Pericles y Nicias se opone Alcibíades; el enemigo está primero centrado en Esparta, luego en Sicilia; la unidad que había en Atenas es sustituida por el faccionalismo.

En el carácter unitario de la obra insiste igualmente Ferrara (1995-1996). Estudios sobre los excursos llevan a la misma conclusión sobre la sabia disposición del total: anticipaciones, ecos, paralelos. Así, el de Tsakmakis (1995). Los momentos del pasado presentados en Tucídides en sus excursos no hacen sino presentar la Atenas contemporánea como parte de un proceso histórico que viene de lejos. Son aquéllos a que he aludido. La descripción de Sicilia o el tiranicidio que dio muerte a Hiparco ejemplifican falsas decisiones. Y otros excursos tan importantes como la Arqueología y la Pentecontaetia son igualmente narraciones ejemplares. La primera justifica la decisión de Tucídides de escribir la guerra del Peloponeso; la segunda hace ver que la decisión de los espartanos de lanzarse a la guerra fue una necesidad histórica.

Así, los temas de la unidad y de la composición de la obra llevan una vez más al tan central de las causas de la guerra,

que ya he tocado. Es el tema del libro de Ste Croix (1972). Para él, los responsables inmediatos de la guerra fueron los espartanos, que rompieron la tregua (aunque ellos se concibieran a sí mismos como luchando para detener a Atenas). La causa última fue la democracia imperial que se desarrolló desde 461.

Pero Pericles no intentó un imperio terrestre. Sin embargo, no podía dar marcha atrás sin dar la impresión de miedo y debilidad.

En fin, todo esto se enlaza con las discusiones en torno a la posición política del propio Tucídides. Ya se conoce su desdén e irritación, dependiente también de causas personales bien conocidas, contra un demagogo irracional como Cleón y contra un aventurero como Alcibíades, por más que admirara sus dotes militares, demostradas en la batalla de Cícico, y lamentara la conspiración que le privó del mando en Sicilia. Pero causa problema a algunos intérpretes su admiración por Pericles y por las causas que éste defiende en la oración fúnebre; cf., por ejemplo, A. Comamala (1995): hay, por lo demás, quienes tienen reservas hacia esta interpretación, así H. Flashar (1969) y S. Hornblower (1987). Y al lado su aprobación del régimen de los Cinco Mil en el año 411.

Es fácil, pienso, que Pericles, al final de la guerra y tras tantos desastres, se convirtiera para Tucídides en un ideal perdido. Y que para él el régimen de los Cinco Mil fuera algo así como un mal menor después del naufragio de la democracia. Una especie de complicidad con él, como propone L. Canfora (1988), no parece creíble. Siempre estuvo contra la *stasis*, siempre favoreció un sistema moderado, una *krasis*; cf. Sancho (1994). Y un examen de todo el problema en G. Donini (1969) y Hornblower (1987) se puede ver más abajo.

Son filólogos los más de los críticos citados arriba; en ciertos puntos, críticos e historiadores coinciden. Querría terminar estas breves páginas aludiendo a uno de los principales representantes de la visión historicista, que no toca el tema de la teoría política que está más o menos claramente, según los pasajes, expuesta en su obra, pero otras veces incide en los mismos temas ya tratados; me refiero a S. Hornblower (1987).

Su interés principal es, por supuesto, el de Tucídides como fuente histórica: en qué medida refleja o no refleja la realidad de lo sucedido. Por ejemplo, en lo relativo a los discursos, Hornblower vacila entre lo que cree que es retóricamente apropiado y lo que piensa que fue dicho realmente. Compara pasajes de Tucídides y otros de la *Rhetorica ad Alexandrum* (que es del siglo IV) para sugerir que una buena parte de los discursos es mera retórica. Cf. también J. C. Iglesias Zoido (1995). Pero él mismo admite (pág. 53) que hay algunos discursos que tienen el aire de ser «lo que realmente se dijo»; por ejemplo, en el Libro I, el intercambio entre atenienses y espartanos tras la batalla de Sibota. Hay discursos arraigados en los hechos y otros característicamente tucidídeos.

En cuanto al uso de los datos: la envoltura retórica no quita verdad. Para Hornblower el juicio es favorable, en última instancia, en lo relativo a las fuentes escritas y otras.

Trata de presentar los influjos que Tucídides ha recibido. Señala (pág. 115) el uso del lenguaje usual allí donde el contexto le confiere un *pathos* especial. El influjo de lo trágico y poético no viene de Heródoto, llega a ambos. Ciertos pasajes, como en III, 113, el conocimiento de la derrota del ejército auxiliar de los ampraciotas o el diálogo de Melos, parecen textos trágicos (pág. 121). Y reconoce que el hecho de que Tucídides sea «impatient with philosophical theory» no quiere decir que no experimente su influencia.

Ahora bien, no me parecen especialmente acertadas las propuestas de Hornblower en este terreno: la coincidencia con Platón en el tema de la inversión de valores en la *stasis* es un tema demasiado general. Lo único que hay de común es la reacción contra los excesos de la democracia y contra la *stasis* subsiguiente. Comunidad específica con Sócrates, como Hornblower propone (pág. 129), tampoco creo que exista, ni con la «ética optimista» de Demócrito (pág. 136). Pienso que en publicaciones mías arriba citadas está tratado este tema en forma más realista.

También trata Hornblower, desde su punto de vista, temas de composición y estructura literaria: el Libro V está sin terminar, también para él, y faltan párrafos que habrían debido incluirse, tal el ostracismo de Hipérbolo y otros elementos; el Libro VIII es un fragmento; en los Libros I y II hay elementos tempranos (Oropos como súbdita de Atenas), pero lo relativo a la carrera militar de Arquelao sólo puede haber sido escrito tras el año 400; el elogio de Alcibíades en los Libros II y VI viene de sus éxitos en Cícico, como dije arriba. Hornblower cree que Tucídides comenzó a escribir sobre la guerra arquidámica antes de 411, el Libro VIII sería posterior, los Libros VI y VII tras 413.

Cada vez más se inclina Tucídides a aceptar el influjo de los individuos (Cleón, Alcibíades, Hermócrates…) en la historia; otros autores arriba citados coinciden en lo mismo. Y en el Libro VIII hace su más explícito juicio político, el relativo a la revolución de 411. Hornblower reconoce la admiración de Tucídides por una democracia «orderly oligarchic» (cf. págs. 160 y sigs.); creo que habría que matizar esto.

A todo esto, Hornblower añade juicios históricos propios (pág. 165): si la democracia fue estable en Atenas es porque fue una democracia imperial. Cree, también él, que el deseo de enriquecimiento de los políticos y las querellas

personales dañaron más a Atenas que desastres como el de Sicilia.

Como se ve, Hornblower añade a una visión historicista una toma de posición frente a temas como el de las causas de la guerra, la democracia de Atenas y la fiabilidad de las afirmaciones y relatos de Tucídides en cada caso.

Yo querría añadir puntos de vista míos que he defendido en publicaciones mencionadas arriba. El primero es el de la estabilidad política de la democracia ateniense, pese a la tensión que siempre hubo entre un sector más conservador y otros que insistían en la igualdad y la ayuda al pueblo. Ahora bien, la idea del imperio, que se consideraba merecido por Atenas desde muchos puntos de vista y que era el sostén económico de la democracia, trajo también consecuencias desfavorables.

Una, la doble moral de una ciudad que tenía democracia para el interior e imperialismo para el exterior: he comparado el imperio británico. Otra, la desestabilización interna desde el momento en que, bajo la presión de la guerra, los intereses particulares de unos y otros fueron más fuertes que los intereses comunes. De ahí la *stasis*, la contrarrevolución y todo el desastre. Y más si se mezclaron las razones demasiado humanas de que he venido hablando.

Pericles no quiso romper la tregua de treinta años, pero quería hacerla compatible con un engrandecimiento progresivo de Atenas. Esto llevó a Esparta a la guerra. Pericles la aceptó creyendo que podía ganarla con ayuda de la superioridad económica y naval de Atenas. Creó para ello la estrategia adecuada, pero se equivocó, no era fácil la guerra corta contra Esparta y sus aliados. Y algo inesperado, su propia muerte, rompió su esquema. Lo rompieron más, con su política aventurera, sus sucesores. Así es como yo veo las cosas.

Las víctimas fueron Atenas y su democracia. En Tucídides puede verse todo esto: la actuación de Esparta y la de Pericles, los errores de sus sucesores, la consecuencia que fue el hundimiento gradual de todo. Y su agarrarse, como última esperanza, al ideal de la oligarquía moderada y a la creencia de que podría haber ayudado un general como Alcibíades si se le hubiera dejado. Todo destrozado por la irracionalidad del *demos*.

La obra de Tucídides ha ejercido un influjo decisivo en el pensamiento político posterior: ya hablé de Maquiavelo y Hobbes. Sobre este tema se ha escrito mucho últimamente; me contento con referirme a la bibliografía citada por Alsina y a obras citadas en los *Addenda* a la bibliografía, sobre todo P. Demont (1996), que hace ver cómo la descripción de la peste de Atenas por Tucídides es la inspiradora de *La peste* de Camus: la peste no afecta tan sólo a los cuerpos, también a las almas.

Querría añadir que la traducción de Tucídides que aquí se ofrece ha sido cuidadosamente revisada.

ADDENDA A LA BIBLIOGRAFÍA (1984-2012)

La bibliografía que sigue está destinada a completar la que doy en las anteriores ediciones de este libro. Es selectiva, como ya he dicho; recoge solamente lo más importante, sobre todo en el campo de la historia, la literatura y el pensamiento. Prescinde de estudios muy monográficos. Está en la base del estudio que precede, que suplementa y pone al día la Introducción del libro original, aquí recogida también.

1. Ediciones

ALBERTI, G. B., Roma, Istituto Poligrafico, tres vols., 1972-2000.
CANFORA, L., Turín, Einaudi, 1966 (con traducción).
LUSCHNAT, O., Leipzig, Teubner, 1954 (sólo Libros I y II).
ROMILLY, J. DE, BODIN, L., y WEIL, R., París, Les Belles Lettres, 1953-1972 (con traducción).
RUSTEN, J. S., *Thukydides*, Oxford-Nueva York, 2009.

2. Traducciones

Español:
ALSINA, J., Madrid, Guadarrama, 1976 (fragmentaria).
CONEJERO, V., Barcelona, 1988.
GUZMÁN, A., Madrid, Alianza, 1989.
ROMERO, F., Madrid, Cátedra, 1988.
TORRES ESBARRANCH, J. J., Madrid, Gredos, 1990.

Catalán:
BERENGUER, J., y BALASCH, R., Barcelona, 1953-1982.

Francés:
ROMILLY, J. DE, BODIN, L., y WEIL, R., en su edición, *vid. supra*.
ROUSSEL, D., París, 1966 (reimpr. París, 2000).

Italiano:
CANFORA, L., y otros, en la edición de Canfora, *vid. supra*.
MOGGI, M., Milán, 1984.
MORESCHINI, C., Turín, 1963.

Alemán:

LANDMAN, G. P., Munich, 1973.

3. Comentarios, léxicos, texto, estilo

ALLAN, R. J., «Sense and sentence complexity: sentence structure, sentence connection and tense-aspect as indicators of narrative mode in Thucydides' Histories», *The language of Literature*, Leiden, 2007, págs. 93-121.

DEWALD, C., *Thucydides' war narrative: a structural study*, Berkeley, 2005.

GOMME, A. W., ANDREWES, A., y DOVER, K. J., *A historical Commentary on Thucydides*, Oxford, 1945-1981.

HORNBLOWER, S., *A Commentary on Thucydides*, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1991-1996 (inacabado).

KLEINLOGEL, A., *Geschichte des Thukydidestextes im Mittelalter*, Berlín, 1965.

IGLESIAS ZOIDO, J. C., «El sistema de engarce narrativo de los discursos de Tucídides», *Talia dixit*, núm. 1, 2006, págs. 1-28.

LUGINBILL, R. D., «The Thukydidean element in the speeches of the Mytilenian debate: History 3.37-48», *Akroterion*, núm. 51, 2006, págs. 21-42.

MARR, J., *Interpolation in Tucydides*, Leiden, Brill, 1995.

MÜLLER, F. L., *Das Problem der Urkunden bei Thukydides*, Stuttgart, Steiner, 1997.

RUSTEN, J. S., *The Peloponnesian War, Book II*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

SCHRADE, C., *Concordantia Thucydidea*, Hildesheim, Olms-Weidmann, 1998.

STRASSLER, R. B., *The Landmark Thucydides: a comprehensive Guide to the Peloponnesian War*, Nueva York, Free Press, 1996.

4. Estudios

4.1. Generales

ALSINA, J., «Tucídides», en *Anthropos*, supl. 20, págs. 55-64.
PLÁCIDO, D., FORNIS, C., y CASILLAS, J. M., *La guerra del Peloponeso*, Anejos de *Tempus*, vol. 3, Madrid, Ediciones Clásicas, 1998.
RENGAKOS, A., y TSAKMAKIS, A. (eds.), *Brill's Companion to Thucydides*, Leiden, 2006.

4.2. Libros y estudios monográficos

ADCOCK, A., *Thucydides and his History*, Cambridge, 1963.
ADRADOS, F. R., *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, Revista de Occidente, 1966 (varias reediciones con el título *La democracia ateniense). — Democracia y literatura en la Atenas clásica*, Madrid, Alianza, 1997. — *Historia de la democracia*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.
ALBERTI, G., «Puntualizzazioni tucididee», *Boll. Class*., núm. 25, 2004 Ser. 3a 25, págs. 111-120. — «Riflessioni filologiche di un vecchio tucidideo», *Prometheus*, núm. 36, 2010, págs. 277-279.
ALLISON, J. W., *Power and Preparedness in Thucydides*, Baltimore, John Hopkins University, 1988.

ALSINA, J., *Tucídides. Historia, ética y política*, Madrid, Rialp, 1981.

ANDREWES, A., «Thucydides and the cause of war», *CQ*, núm. 9, 1959, págs. 223 y sigs.

BEARZOT, C., «L'uso dei documenti in Tucidide», *L'uso dei documenti nella storiografia antica*, Nápoles, 2003, págs. 265-314.

BERTOLI, M., «La guerra giusta in Tucidides: argomenti giuridici, argomenti religiosi», *Aevum*, núm. 83, 2009, págs. 7-30.

BIRASCHI, A. M., *Tradizioni epiche e storiografia. Studi su Erodoto e Tucidide*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989.

BIRGALIAS, N., «Le nomos chez Hérodote et Thucydide», *Le législateur et la loi dans l' Antiquité*, Caen, 2003, págs. 63-75.

BLECKMANN, B., «Alkibiades und die Athener im Urteil des Thukydides», *HZ*, núm. 282, 2006, págs. 561-583.

BONELLI, G., «Tucidide: impegno conoscitivo e distanziamiento autoriale», *AC*, núm. 71, 2002, págs. 51-63.

BOER, W. DEN, *Progress in the Greece of Thucydides*, Oxford, 1996.

BRADEN, D. W., «The popularity of the Athenian Empire», *Historia*, núm. 9, 1960, págs. 257 y sigs.

CAGNAZZI, S., *La spedizione ateniese contro Melo*, Bari, 1983.

CANFORA, L., *Tucidide. L'Oligarca imperfetto*, Roma, Editori Reuniti, 1988. — *Tucidide tra Atena e Roma*, Roma-Salerno, 2005.

CAWKWELL, G. L., «Thucydides' judgement of Periclean Strategy», *YCS*, núm. 24, 1975, págs. 53 y sigs. — *Thucydides and the Peloponnesian War*, Londres, Routledge, 1997.

CENTANNI, M., «Thuc. 8, 21 ss.: Atene-Samo-Atene, prove tecniche di rivoluzione», *Samo: storia, letteratura, scienza*, Pisa, 2004, págs. 293-304.

CLIFFORD, O., *The Humanity of Thucydides*, Princeton, 1994.

COGAN, M., *The Human Thing: the speeches and prinviples of Thucydides' History*, Chicago, 1981.

COMAMALA, A., «La exculpación de Pericles por Tucídides: comentario de cinco discursos», *EC*, núm. 108, 1995, págs. 7-20.

CONNOR, W. R., *Thucydides*, Princeton, 1984.

DEININGER, G., *Der Melier-Dialog*, Erlangen, 1939.

DEMONT, P., «La peste, un inédit d'Albert Camus, lecteur de Thucydide», *A&A*, núm. 42, 1996, págs. 137-154.

DEVOTO, J. G., «The Athenian retreat from Syracusa», *AHAB*, núm. 16, 2002, págs. 61-69.

DÍAZ TEJERA, A., «Relevancia dialéctica de Tucídides en el recitado», *Habis*, 1973, págs. 9 y sigs.

DONINI, G., *La posizione di Tucidide verso il governo dei cinquemila*, Turín, 1969.

DOVER, K. J., «Tucydides as History and as Literature», *History and*

Theory, núm. 22, 1953, págs. 84 y sigs.

DIESNER, H.-J., *Wirtschaft und Gesellschaft bei Thukydides*, Halle, 1956.

DOENT, E., «Plato and Thukydides», *Festschrift G. Dobesch*, Viena, 2004, págs. 1378-143.

ERBSE, H., «Zur Geschichtsbetrachtung des Thukydides», *Antike und Abendland*, núm. 10, 1961, págs. 19 y sigs.
— *Thukydides-Interpretationen*, Berlín, De Gruyter, 1989.

FERRARA, G., «Caratteristiche della Storia di Tucidide», *AIIS*, núm. 13, 1995-1996, págs. 9-19. FLASCHAR, H., *Der*

Epitaphios des Perikles, Heidelberg, 1969, págs. 44 y sigs.

FOSTER, E., *Thucydides, Pericles and Periclean imperialism*, Cambridge, 2010.

FROMENTIN, V. *et alii*, «La réception de Thucydide, de l'Antiquité au XIXe siècle», *Anabases*, núm. 5, 2007, págs. 240-244.

GOLFIN, E., «Thukydide avait-il une conception cyclique du temps?», *DHA*, núm. 29, 2003, págs. 35-56.

GREENWOOD, E., *Thucydides and the shaping of History*, Londres-Cambridge, 2008, págs. 15-28.

GROSSIVIANN, G., *Politische Schlagweirter aus der Zeit des Peloponnesischen Krieges*, Basilea, 1950.

HALLIWELL, F. S., «Thukydides, Pericles and Tragedy», *Dioniso*, núm. 1, 2002, págs. 62-77.

HEITSCH, E., *Geschichte und Personen bei Thukydides: eine Interpretation des achten Buches*, Berlín, 2007.

HERTER, H. (ed.), *Thukydides*, Darmstadt, 1968.

HORNBLOWER, S., *Thucydides*, Baltimore, 1987.

— «Thukydides and the Athenian βουλή», *Essays in honour of P. J. Rhodes*, Swansea, 2009, págs. 251-264. — *Thucydides and Pindar: historical Narrative and the world of epinikian poery*, Oxford, 2004.

HUART, P., *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide*, París, 1968.

HUNTER, V., *Thucydides the artful reporter*, Toronto, 1973.

IGLESIAS ZOIDO, J. C., *La argumentación en los discursos deliberativos de Tucídides y su relación con la normativa retórica del siglo*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1995. — «Paradigma y entimema: el ejemplo histórico en los discursos deliberativos de Tucídides», *Emerita*, núm. 65, 1997, págs. 109-122.

JUNG, V., *Thukydides und die Dichtung*, Frankfurt, Peter Lang, 1991.

KAGAN, D., *The Archidamian War*, Cornell, 1974.

KAKRIDIS, J. Th., *Der thukydideische Epitaphios*, Munich, 1961.

LANG, M. L., «Thukydidean thought», *Mnemosyne*, núm. 55, 2002, págs. 200-203.

LENDLE, O., «Die Auseinandersetzung des Thukydides mit Hellanikos», *Hermes*, núm. 92, 1964, págs. 129 y sigs.

LOSADA, L. A., *The Fifth Column in the Peloponnesian War*, Leiden, 1972.

LUGINBILL, R. D., Thukydides on Peloponnesian strategy at Pylos, *AJAH*, núm. 3-4, 2004-2005, págs. 39-57.

LUSCHNAT, O., «Thukydides», *RE*, Suppl. 12, 1976, cols. 1147 y sigs.

MÉAUTIS, G., *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1964.

MEIGGS, R., *The Athenian Empire*, Oxford, 1972.

MILMAN PARRY, A., *Logos and Ergon in Thucydides*, Cambridge Mass., 1957.

MEYER, C., *Die Urkunden im Geschichtswerk des Thukydides*, 2.ª ed., Munich, 1970.

MOGGI, M., «Demos in Erodoto e in Tucidide», *Popolo e potere nel mondo antico*, Pisa, 2005, págs. 11-24.

MONTEPAONE, L. (ed.), *Tucidide nella storiografia moderna*, Nápoles, Morano, 1994.

MURARI, F., «Thucydide et l'assemblée sur Pylos (IV 26-28)», *AHB*, núm. 17, 2003, págs. 127-148.

NICOLAS, W., «Thukydides und die Perikleische Machtpolitik», *Hermes*, núm. 124, 1996, págs. 264-281.

ORTOLÀ GUIXOT, A., «Breu noticia sobre la "qüestió tucidídia"», *Faventia*, núm. 25, 2003, pp. 37-68.

ORWIN, C., *The Humanity of Thucydides*, Princeton, 1994.

PAPADOPOULOS, J. K., «The ancient wall of Athens: reality or myhth?», *Opuscula (SIAR)*, núm. 1, 2008, pp. 31-46.

PRITCHETT, W. K., *Thukydides’ Pentekontaeteia and other Essays*, Amsterdam, Gieben, 1995.

RAWLINGS, H. H., *The Structure of Thucydides’ History*, Princeton, 1981.

REINHARDT, K., «Thukydides und Machiavelli», *Vermächtniss der Antike*, págs. 184 y sigs.

ROMILLY, J. DE, *La construction de la vérité chez Thucydide*, París, Juillard, 1990.

SANCHO ROCHER, L., «Stasis y krasis en Tucídides», *Habis*, 1994, págs. 41-69.

STE CROIX, G. E. M. DE, *The Oriels of the Peloponnesian War*, Londres, 1972.

SCHNEIDER, C., *Information und Absicht bei Thukydides*, Gotinga, 1974.

STAHL, H.-P., *Thukydides: die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess*, Munich, 1966.

TSAKMAKIS, A., *Thukydides und die Vergangenheit*, Tubinga, Narr, 1995.

THURASIEWICZ, R., «Pericles funeral oration in Thucydides and its interpretation», *Eos*, núm. 83, 1995, págs. 33-41.

VLACHOS, A. S., *Partialité chez Thucydide*, Atenas, 1970.

WEIDAUER, K., *Thukydides und die hippokratische Schriften*, Hidelberg, 1953.

WESUAKE, H. D., *Individual in Thucydides*, Cambridge, 1968.

— *Studies in Thucydides and Greek History*, Bristol, 1989.

WILSON, J. B., *Pylos 425 B*. C., Londres, 1979.

WOODHEAD, A. G., *Thucydides and the nature of power*, Cambridge, Mass., 1970.

LIBRO I

1. Tucídides el ateniense relató la guerra entre los peloponesios y los atenienses describiendo cómo lucharon unos contra otros, y se puso a ello apenas fue declarada por considerar que iba a ser grande y más famosa que todas las anteriores; se fundaba en que ambos bandos estaban en muy buena situación para ella gracias a sus preparativos de todas clases, y en que veía que el resto de los griegos se aliaba a uno u otro partido, unos inmediatamente y otros retrasando el momento. Pues fue éste, efectivamente, el mayor desastre que haya sobrevenido a los griegos y a una parte de los bárbaros, y, por así decirlo, a la mayoría de los hombres. Los sucesos anteriores a éstos, y los aún más antiguos, me resultó imposible, en verdad, conocerlos exactamente debido al largo tiempo transcurrido; pero a juzgar por los indicios en que tengo confianza cuando miro lo más lejos posible, no creo que fueran de importancia ni en cuanto a las guerras ni en cuanto a lo demás.

2. Porque es evidente que la que ahora se llama Grecia no está habitada de modo estable hace mucho tiempo, sino que antes ha habido emigraciones, y todos los pueblos abandonaban con facilidad su territorio ante la invasión de gentes cada vez más numerosas. Como no había comercio y no tenían relaciones libremente unos con otros ni por tierra ni por mar, y, por otra parte, cada pueblo cultivaba su tierra sólo en la medida indispensable para vivir de ello, y no tenía sobra de recursos ni plantaba vides y olivos (ya que no se

sabía cuándo vendría otro a quitarles lo suyo, y más que no tenían murallas), y, por último, como estimaban que en cualquier parte conseguirían la comida diaria indispensable, emigraban sin dificultad, y debido a ello no eran poderosos ni por el tamaño de sus ciudades ni por sus recursos en general. Y precisamente la tierra mejor sufrió continuamente cambios de habitantes, a saber: la que ahora se llama Tesalia y Beocia, la mayor parte del Peloponeso, excepto Arcadia, y de la restante, las regiones mejores; pues a causa de la bondad de la tierra el poder de algunos se hacía mayor, y ocasionaba luchas internas por las cuales eran destrozados los pueblos, y al tiempo quedaban más expuestos a los ataques de las tribus extrañas. El Ática al menos, que permanecía sin discordias desde muy antiguo por la pobreza de su suelo, la habitaron siempre los mismos hombres. Y he aquí una prueba decisiva de mi opinión de que las otras regiones no crecieron tanto a causa de las migraciones: los hombres más poderosos de aquellos que eran expulsados del resto de Grecia por la guerra o los disturbios civiles se refugiaban junto a los atenienses, por considerarlos firmemente establecidos, y haciéndose ciudadanos, ya desde antiguo hicieron aumentar la población de la ciudad, hasta el punto de que los atenienses enviaron más tarde colonias a Jonia pensando que el Ática no era suficiente para ellos.

3. Es para mí otra prueba importante de la debilidad de los antiguos, lo que sigue: antes de la guerra de Troya, es claro que Grecia no hizo nada en común; y me parece que ni siquiera recibía ella entera ese nombre[1], sino que antes de Helen, el hijo de Deucalión, no existía en absoluto, y asimismo, que los griegos recibían el nombre de los diferentes pueblos en que estaban divididos (el más extenso, el Pelásgico); mientras que cuando Helen y sus hijos se hicieron poderosos en la Ftiótide y los demás los

llamaban a las otras ciudades en su auxilio, comenzaron todos a llamarse griegos[2] debido a estas relaciones; pero, sin embargo, no pudo este nombre imponerse en mucho tiempo en todas partes. Es Homero sobre todo quien lo prueba, pues aunque vivió mucho después de la guerra de Troya, en ninguna parte denominó así a la totalidad ni a ningunos otros que a los ftiotas de Aquiles, que fueron los primeros «helenos», sino que los llama en sus epopeyas dánaos, argivos y aqueos. Ni siquiera dijo «bárbaros», ya que los griegos, a mi parecer, aún no estaban diferenciados en un solo nombre opuesto a aquél. Así pues, aquellos griegos desunidos, esto es, los repartidos en ciudades y que comprendían los unos el lenguaje de los otros, que más tarde fueron así llamados todos juntos, no hicieron nada en común antes de la guerra de Troya debido a su debilidad y falta de relaciones entre sí. Y esta expedición la hicieron juntos porque ya eran más navegantes.

4. Minos fue el más antiguo de los que conservamos recuerdo que se hizo con una escuadra y, dominando la mayor parte del mar de Grecia, ejerció su poder en las Cícladas y fue el primer colonizador de las más de ellas, expulsando a los canos y estableciendo como jefes a sus propios hijos. Y, como es lógico, limpió el mar de piratas en la medida que pudo para que le llegaran mejor los tributos.

5. La explicación está en que antiguamente los griegos y los bárbaros del litoral y las islas, una vez que empezaron a relacionarse por mar unos con otros, se dedicaron a la piratería bajo el mando de los hombres más poderosos, que buscaban su propio provecho y medios de vida para los más débiles: y cayendo sobre comunidades que carecían de murallas y vivían distribuidas en aldeas, las saqueaban y sacaban de allí los más de sus recursos, pues esta manera de proceder no producía aún vergüenza, sino que más bien procuraba un poca de gloria; esto se puede ver todavía hoy

por algunas gentes del continente, que se glorían de hacerlo bien, así como por los poetas antiguos, que preguntan siempre de igual modo a los navegantes que llegan a tierra si son piratas, con lo que se supone que ni aquéllos a quien se pregunta niegan la profesión, ni los que quieren enterarse la reprueban. También por tierra hacían rapiñas unos contra otros. Hasta hoy día, en una gran parte de Grecia se vive a la manera antigua, a saber: entre los locrios ozolos, los etolios, acarnanios y aquella parte del continente. Y a estos continentales les ha quedado como señal de aquella antigua vida de rapiña, el llevar armas continuamente.

6. De igual forma, todos los griegos llevaban armas a causa de que vivían en lugares sin protección y de que los viajes de unas comunidades a otras no eran seguros, y se acostumbraran a la vida con armas como los bárbaros. Estas partes de Grecia que viven todavía así son una prueba de costumbres semejantes de antaño que se extendían a todos. Entre aquellos griegos primitivos, fueron los atenienses los primeros que dejaron las armas y llegaron a una mayor suavidad de costumbres y un género de vida más muelle. E incluso no hace mucho tiempo que los más viejos entre los ricos de Atenas dejaron de usar, como muestra de este refinamiento, quitones de lino y de llevar un bucle de pelo de la cabeza levantado con sujetadores de oro de forma de cigarras; por lo mismo también a los ancianos jonios, a causa del parentesco, les duró mucho tiempo este atavío. Los lacedemonios fueron los primeros que usaron vestidos sencillos y de la moda actual, y fue entre ellos donde los ricos primero adoptaron en todo lo demás un género de vida casi igual al de la multitud. Fueron también los primeros en practicar ejercicios físicos y en frotarse con grasa al tiempo de la gimnasia, desnudándose en público. Antiguamente, en cambio, los atletas luchaban incluso en los juegos olímpicos con taparrabos, y no han pasado muchos años desde que

dejaron de hacerlo; y aún hay algunos bárbaros, sobre todo asiáticos, entre los cuales hay competiciones de pugilato y lucha y lo hacen con taparrabos. Se podría mostrar que los antiguos griegos tenían otras muchas costumbres semejantes a las de los actuales bárbaros.

7. Por otra parte, las ciudades que fueron fundadas recientemente, y, por ser mejores ya las circunstancias de la navegación, tuvieron mayor abundancia de dinero, eran construidas en la misma costa, y cerraban los istmos con murallas con el fin de facilitar el comercio y de tener protección contra los vecinos; mientras que las antiguas, tanto las continentales como las insulares, fueron fundadas más bien lejos del mar a causa de la piratería, que duró mucho tiempo (pues se robaban no sólo los unos a los otros, sino también a los que, no siendo marinos, vivían en la costa), y hasta hoy día están construidas en el interior.

8. Y no eran menos piratas los isleños, que eran carios y fenicios, pueblos que colonizaron las más de las islas. Una prueba de ello: cuando durante la guerra del Peloponeso Delos fue purificada por los atenienses[3] y fueron abiertas las tumbas de los muertos que había enterrados en la isla, más de la mitad resultaron ser carios, reconocidos por el tipo de armas enterradas con ellos y por la manera que aún tienen de enterrar. Mas cuando fue creada la escuadra de Minos, hubo más facilidad de navegar de una ciudad a otra (pues los malhechores de las islas fueron expulsados por él cuando colonizó la mayoría de ellas), y los que habitaban junto al mar, al adquirir más riquezas, comenzaron a vivir con más seguridad e incluso algunos construyeron murallas, como gentes que se hacían más ricas de lo que eran antes; pues por el deseo de ganancias los menos fuertes toleraban el imperio de los que lo eran más, y los más poderosos, sobrados de recursos, convertían en vasallas las ciudades

más pequeñas. Posteriormente, hallándose ya los griegos en estas circunstancias, hicieron la expedición contra Troya.

9. Yo creo que Agamenón organizó la expedición porque era más poderoso que sus contemporáneos y no porque los pretendientes de Helena, a cuyo frente fue, estuvieran obligados por el juramento prestado a Tindareo[4]. Dicen también aquellos de los peloponesos que han recogido por tradición de sus antepasados recuerdos más precisos, que primero Pélope, creándose un gran poder debido a las muchas riquezas que trajo de Asia al venir a un pueblo pobre, dio su nombre al país a pesar de que era extranjero; y que después sus descendientes reunieron aún mayores dominios. Pues Euristeo murió en el Ática a manos de los Heráclidas, y al ser Atreo hermano de su madre y haberle confiado aquél, cuando partió con la expedición, el mando de Micenas y de su imperio a causa del parentesco (Atreo estaba desterrado por su padre por la muerte de Crisipo), dicen que cuando Euristeo no regresó tomó Atreo el poder real, dado que así lo deseaban los de Micenas por miedo a los Heráclidas, y que además se consideraba que Atreo tenía capacidad para ello y se había conciliado al pueblo de Micenas y al de cuantos territorios gobernaba Euristeo; y los pelópidas se hicieron más poderosos que los perseidas[5]. Yo creo que Agamenón, que recibió esta herencia, y que además era más fuerte que los demás en cuanto a la marina, pudo reunir la expedición y la llevó a término, no tanto por complacencia de los participantes como por miedo. Pues es claro que él mismo llegó con el mayor número de naves y que además prestó algunas a los arcadios, como lo cuenta Hornero, si es esto prueba suficiente. Y, además, en el pasaje de la herencia del cetro dice de él que «es señor de muchas islas y de todo Argos»; y no habría podido dominar otras islas que las vecinas (que no serían muchas), siendo de tierra firme, si no hubiera tenido una escuadra. Por esta

misma expedición se debe conjeturar cuáles eran las circunstancias del tiempo anterior a ella.

10. Por otra parte, no tendría uno un buen indicio para desconfiar de que la expedición no fue tan grande como dicen los poetas y mantiene la fama, si se basara en que Micenas era pequeña o en que tal ciudad de las de entonces ahora parece de poca importancia; pues si se despoblara la ciudad de los lacedemonios y quedaran los templos y las plantas de las construcciones, me imagino que andando el tiempo los venideros dudarían mucho de su fuerza comparándola con su fama —y, sin embargo, habitan las dos quintas partes del Peloponeso y tienen la hegemonía de todo él y de muchos aliados de fuera; pero como la ciudad no está construida formando unidad, ni tiene templos ni edificios lujosos, sino que está constituida por aldeas a la manera antigua de Grecia, aparecería inferior—; mientras que si les pasara esto mismo a los atenienses, los venideros conjeturarían apoyándose en el aspecto de la ciudad, que su fuerza era doble de la real. No es por tanto lógico desconfiar ni mirar más la apariencia de las ciudades que su fuerza, sino que hay que pensar que aquella expedición fue mayor que todas las anteriores, pero inferior a las de ahora, si también en esto hemos de creer al poema de Homero, que es natural que, como poeta, la adornara engrandeciéndola, y, sin embargo, aparece aun así inferior. Pues de las mil doscientas naves, dice que las de los beocios eran de ciento veinte hombres, y las de Filoctetes, de cincuenta, indicando, según creo, las mayores y las menores; al menos no se trata en el Catálogo de las Naves del tamaño de las otras. Que todos eran al tiempo remeros y guerreros, lo muestra al tratar de las naves de Filoctetes, pues llama arqueros a todos los remeros. Y es de suponer que no navegaran con ellos muchos pasajeros, fuera de los reyes y de los jefes principales, dado sobre todo que iban a atravesar el mar con

los equipos de guerra y que no tenían navíos con puentes, sino, a la manera antigua, dispuestos más bien a lo pirata. Resulta, sacando el término medio entre las naves mayores y menores, que no fueron muchos para haber sido enviados en común por toda Grecia.

11. La causa estaba no tanto en la falta de hombres como en la carencia de dinero; pues por falta de víveres reunieron un ejército menor, con no más tropas que las que pudieran vivir del país mientras luchaban, y una vez que después de llegar vencieron en batalla (es evidente, pues si no no hubieran construido la fortificación del campamento[6]), es claro que ni siquiera entonces utilizaron todo su poder, sino que se dedicaron al cultivo del Quersoneso y a la piratería por falta de víveres. Por lo cual precisamente los troyanos, al estar dispersos los griegos, resistieron por la fuerza los diez años del sitio, siendo suficiente enemigo para los que quedaban en cada relevo. En cambio, si los griegos hubieran llegado con abundancia de provisiones y hubieran hecho sin interrupción la guerra todos juntos sin dedicarse a la agricultura ni a la piratería, habrían tomado Troya con menos tiempo y trabajo, acampando junto a ella y cercándola. Mas, a causa de la pobreza, los acontecimientos anteriores a éstos eran de poca monta, y estos mismos, que tuvieron más renombre que los de antes, se demuestra por los hechos que fueron inferiores a la fama y a la tradición que, debido a los poetas, se ha impuesto acerca de ellos.

12. En efecto, incluso después de la guerra de Troya, Grecia sufría todavía migraciones y eran fundadas ciudades en ella, de modo que no podía quedar en calma y crecer; pues la vuelta de los griegos de Troya, al suceder después de mucho tiempo, ocasionó muchos cambios, y con frecuencia se produjeron luchas civiles en las ciudades, y siendo desterrados a consecuencia de ellas algunos, fundaban otras nuevas. Por ejemplo, los actuales beocios, a los sesenta años

de la toma de Troya, fueron expulsados de Arne por los tesalios y poblaron la Beocia de hoy, que antes se llamaba tierra cadmea (ya anteriormente estaba en este país una parte de ellos, algunos de los cuales marcharon contra Troya), y los dorios se apoderaron del Peloponeso en unión de los Heráclidas a los ochenta años. Cuando tras mucho tiempo al fin Grecia entró en una paz estable y ya no sufría migraciones, envió fuera colonias, y los atenienses colonizaron Jonia y las más de las islas, mientras que los peloponesios colonizaron la mayor parte de Italia y Sicilia y algunos lugares del resto de Grecia. Todas estas colonias fueron fundadas después de la guerra de Troya.

13. Al hacerse Grecia más poderosa y adquirir aún más riquezas que antes, surgieron en general en las ciudades tiranías, pues los ingresos crecían (antes había monarquías hereditarias con atribuciones limitadas), y Grecia comenzó a equipar escuadras y a ocuparse más del mar. Se dice que los corintios fueron los primeros que innovaron el arte naval, dejándolo muy cerca del estado actual; y que fue Corinto el primer lugar de Grecia donde se construyeron trirremes. Y también se sabe que un constructor de naves corintio, Aminocles, hizo cuatro navíos para los samios; fue unos trescientos años antes del final de la guerra del Peloponeso[7] cuando Aminocles fue a Samos. La batalla naval más antigua que conocemos fue una de los corintios contra los corcirenses: hasta la misma fecha pasaron desde entonces doscientos sesenta años. Y es que Corinto, por estar en el Istmo, fue siempre plaza comercial, pues antiguamente los griegos, tanto los de dentro como los de fuera del Peloponeso, se comunicaban unos con otros más por tierra que por mar, a través del territorio de aquéllos, y eran poderosos por su riqueza, como lo demuestran incluso los poetas antiguos, pues calificaron al país de rico[8]. Una vez que los griegos fueron más navegantes, se deshicieron

los corintios de los piratas procurándose navíos, y convirtiendo su ciudad en un centro de tráfico terrestre y marítimo, la hicieron poderosísima gracias a sus ingresos. Los jonios poseyeron una escuadra mucho más tarde, en el tiempo de Ciro, primer rey de los persas, y de su hijo Cambises, y, en lucha con Ciro, tuvieron durante algún tiempo el dominio sobre el mar que los baña. Y así, Polícrates, que fue tirano de Samos en la época de Cambises, gracias al poder que tenía por su escuadra, hizo vasallas otras varias islas y tomó y consagró a Apolo Delio Renea[9]; y los foceos fundaron Marsella[10] y vencieron a los cartagineses en batalla naval[11].

14. Éstas eran, pues, las escuadras más poderosas. Pero éstas mismas, que existieron muchas generaciones después de la guerra de Troya, es cosa averiguada que tenían pocos trirremes y estaban formadas por pentecóntoros y demás navíos largos, como las escuadras de aquel tiempo[12]. Sin embargo, poco antes de las guerras médicas y de la muerte de Darío[13], que reinó sobre los persas después de Cambises, tuvieron muchos trirremes los tiranos de Sicilia y los corcirenses: éstas fueron las últimas escuadras dignas de mención que hubo en Grecia antes de la expedición de Jerjes. Pues los eginetas y atenienses y todos los demás las tenían pequeñas, y las más de ellas se componían de pentecóntoros; fue en fecha tardía cuando Temístocles persuadió a los atenienses, que estaban luchando con los eginetas, coincidiendo con que se esperaba ya la invasión bárbara, a construir las naves con que lucharon, y éstas aún no tenían puentes a través de toda la extensión del navío.

15. Tales fueron las escuadras griegas antiguas y las posteriores. Con todo, lograron poderío los que mediante ellas buscaron ingresos de dinero y el dominio sobre otros, pues en sus expediciones navales se apoderaban de las islas, sobre todo los que no tenían un territorio

suficientemente extenso. En cambio nadie emprendía una guerra por tierra que pudiera ser para algunos origen de poderío, sino que todas las que tenían lugar eran las de cada ciudad con sus vecinas, y los griegos no emprendían expediciones a tierra extraña lejos del territorio propio para la conquista de otras ciudades. La explicación está en que no se habían formado alianzas en torno a las ciudades mayores, y ni siquiera éstas hacían expediciones comunes en plano de igualdad, sino que más bien los vecinos guerreaban aisladamente unos contra otros. Fue principalmente para la guerra de los calcídeos y los eretrieos, que tuvo lugar hace mucho tiempo[14], cuando el resto de Grecia se dividió para aliarse con uno u otro bando.

16. Así pues, a cada pueblo le sobrevinieron diversos impedimentos para crecer, y gracias a ello Ciro, cuyo poderío iba en aumento, emprendió con las fuerzas persas una expedición contra los jonios, sometió a Creso[15] y el territorio entre el río Halis y el mar, y se apoderó de las ciudades del continente; y Darío más tarde se apoderó también de las islas[16], triunfando sobre ellas gracias a la escuadra fenicia.

17. Por su parte, los tiranos que había en las ciudades griegas, mirando sólo por su interés —tanto en lo relativo a su propia persona como al engrandecimiento de su familia —, gobernaban las ciudades exponiéndose a los menores peligros posibles, y no hicieron nada digno de mención, salvo algún hecho de guerra contra sus vecinos. Por todos estos motivos Grecia estuvo reducida durante mucho tiempo a no hacer nada brillante en común y a que sus ciudades todas carecieran de audacia emprendedora.

18. Mas después que los tiranos de Atenas y del resto de Grecia, que también había tenido este régimen durante mucho tiempo, fueron (al menos los más de ellos, los últimos que hubo, y con excepción de los de Sicilia) derrocados por

los lacedemonios (pues Laconia, aunque después que la poblaron los dorios, que ahora la habitan, sufrió luchas civiles durante más tiempo que los otros lugares de que tenemos referencia, sin embargo desde muy antiguo tuvo buen gobierno y siempre estuvo libre de tiranos, pues han pasado unos cuatrocientos y pocos más años hasta el fin de la guerra del Peloponeso desde que los lacedemonios tienen el mismo régimen de gobierno, y gracias al poder que lograron por ello ordenaron a su gusto incluso los regímenes de las otras ciudades), después de la expulsión de Grecia de los tiranos, como decía, a los pocos años tuvo lugar la batalla de los medos y los atenienses en Maratón[17]. Y al décimo año después de ella vinieron de nuevo a Grecia los bárbaros con la gran expedición con intención de someterla. Cuando amenazó este gran peligro, los lacedemonios se pusieron al frente de los griegos, que se coaligaron, pues su poderío era superior; y los atenienses, al avanzar los medos, decidieron abandonar la ciudad, se embarcaron recogiendo sus bienes, y así se hicieron marinos. Luego que rechazaron juntos a los bárbaros, no mucho después los griegos que se habían librado del rey[18] y los que habían luchado juntos contra él, se dividieron en dos bandos, a favor de los atenienses y de los lacedemonios; pues éstos eran los dos Estados más poderosos, ya que los unos eran fuertes por tierra y los otros por mar. Y durante un poco de tiempo duró la alianza; pero después lacedemonios y atenienses tuvieron discordias y lucharon, ayudados por sus aliados, unos contra otros, y las ciudades del resto de Grecia que aún eran neutrales se agruparon ya junto a uno u otro de estos bandos. De modo que desde las guerras médicas hasta la del Peloponeso, ya estando en paz, ya guerreando un bando contra el otro o contra los aliados propios que hacían defección, los lacedemonios y los atenienses se prepararon

perfectamente para la guerra y adquirieron más experiencia al hacer su adiestramiento en medio de peligros.

19. Los lacedemonios estaban al frente de sus aliados sin tenerlos sometidos al pago de tributo y cuidándose tan sólo de que se gobernaran por el sistema oligárquico, en forma ventajosa para ellos, mientras que los atenienses estaban al frente de los suyos después que con el tiempo se habían apoderado de las naves de las ciudades aliadas, excepto de las de Quíos y Lesbos, y habían impuesto a todas tributos. Y la fuerza militar de ellos solos fue en esta guerra mayor que la vez que más poder hubieran tenido en unión de sus aliados intactos.

20. Esto es lo que he averiguado sobre los acontecimientos del tiempo antiguo, para cuya aceptación son difíciles de hallar pruebas terminantes, pues los hombres aceptan unos de otros sin pruebas e indistintamente las tradiciones de los sucesos antiguos, aunque sean de su propio país. La mayoría de los atenienses, por ejemplo, cree que Hiparco fue muerto siendo tirano por Harmodio y Aristogitón[19], y no saben que Hipias, que era el mayor de los hijos de Pisístrato, ostentaba el mando, que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos, y que sospechando Harmodio y Aristogitón en aquel mismo día e instante que algo había sido delatado a Hipias por sus propios conjurados, le respetaron, dándole ya por enterado; pero queriendo antes de ser presos realizar una hazaña y luego ya correr el peligro que les amenazaba, mataron a Hiparco, al que encontraron junto al llamado Leocorion[20], organizando la procesión Panatenaica. Otras muchas cosas de hoy día y no olvidadas por el tiempo las creen también erróneamente los demás griegos[21], como que los reyes de los lacedemonios no echan cada uno un voto, sino dos, y que tienen una «compañía de Pitana[22]», que no existió jamás. Tan carente de molestias es para los más la búsqueda

de la verdad y con tanta preferencia se vuelven hacia lo primero que se presenta.

21. Sin embargo, no se equivocaría el que creyese que las cosas que conté, a juzgar por las pruebas citadas, eran así poco más o menos, y no diese fe más bien a lo que han cantado acerca de ellas los poetas, adornándolas para engrandecerlas, ni a lo que los logógrafos escribieron, tendiendo más a lo agradable de oír[23] que a la verdad; cosas sin pruebas y las más llevadas al terreno de la fábula de una forma increíble por el mucho tiempo que hace que sucedieron; ni se equivocaría pensando que han sido descubiertas por mí, a partir de los indicios más claros, de una manera satisfactoria para ser antiguas. Y esta guerra, aunque los hombres mientras luchan creen siempre que la presente es la mayor, y cuando dejan de hacerlo admiran más las antiguas, si se la considera a partir de los hechos mismos, mostrará, a pesar de todo, que fue mayor que aquéllas.

22. En cuanto a las cosas que dijeron los de cada bando en sus discursos cuando iban a emprender la guerra o estaban ya en ella, resultaba difícil recordar la literalidad de lo que se dijo, tanto a mí mismo de lo que oí, como a los que me lo comunicaron tomándolo de alguna otra fuente; en mi obra están redactados del modo que cada orador me parecía que diría lo más apropiado sobre su tema respectivo, manteniéndome lo más cerca posible del espíritu de lo que verdaderamente se dijo; y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda la exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno.

Para una lectura pública, la falta de color mítico de esta historia parecerá un tanto desagradable; pero me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de la de las cosas que alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil. Pues es una adquisición para siempre y no una obra de concurso que se destina a un instante.

23. De las guerras anteriores las más importantes fueron las médicas, y, sin embargo, tuvieron una solución rápida en dos batallas navales y dos terrestres. La duración de esta guerra, en cambio, fue de mucho tiempo, y aconteció que en ella Grecia sufrió desastres mayores que otros cualesquiera acaecidos en igual espacio de tiempo; pues nunca habían sido tomadas y dejadas sin habitantes tantas ciudades, unas por los bárbaros, otras por los mismos griegos luchando unos contra otros (hay algunas incluso que al ser tomadas cambiaron de habitantes), ni había habido tantos destierros y muertes, unas en la guerra y las otras por las luchas civiles. Y cosas que antes contaba la tradición, pero que raramente eran confirmadas por los hechos, resultaron verosímiles; así en lo relativo a los terremotos, que afectaron a un territorio muy extenso y fueron al mismo tiempo muy violentos; eclipses de sol, que sucedieron con más frecuencia de lo que se recordaba de los tiempos pasados; y grandes sequías en algunos pueblos, y hambres procedentes de ellas, y la peste, que no fue la que menos daño hizo y aniquiló a una parte de la población; estas cosas todas se lanzaron contra Grecia acompañando a esta guerra. La iniciaron los atenienses y los peloponesios al rescindir el tratado de paz por treinta años que concertaron después de la toma de Eubea[24]. Las causas y las divergencias por las cuales lo rescindieron, las doy antes de empezar, para que nadie tenga que investigar un día por qué tuvo lugar entre

los griegos una guerra tan grande. Creo, a saber, de acuerdo con la causa más verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, les forzaron a luchar; mientras que las explicaciones que se daban públicamente eran las que cada bando ofrecía, pretendiendo que por ellas había quebrantado el tratado y entrado en guerra.

24. Epidamno es una ciudad que está a la derecha según se entra en el mar Adriático; son sus vecinos los taulantios, un pueblo ilirio. La fundaron los corcirenses, pero el fundador fue Falio, hijo de Eratóclides, corintio, de los descendientes de Heracles, que fue traído de la metrópoli, según la costumbre antigua[25]. La poblaron también algunos corintios y dorios en general. Andando el tiempo, Epidamno se hizo muy fuerte y populosa; pero después de muchos años, según se dice, de discordias internas, fue destrozada a consecuencia de una guerra contra los bárbaros vecinos, y perdió la mayor parte de su poderío. Y últimamente, antes de esta guerra, el partido popular expulsó a los aristócratas, que pasando al ataque con ayuda de los bárbaros hacían rapiñas por mar y tierra a costa de los de la ciudad. Éstos, cuando se vieron en situación difícil, enviaron embajadores a Corcira, su metrópoli, pidiendo que no contemplaran con indiferencia su ruina, sino que reconciliasen con ellos a los desterrados y acabaran con la guerra que promovían los bárbaros. Esto es lo que pidieron sentándose en el templo de Hera como suplicantes. Pero los corcirenses no admitieron la súplica, sino que los despidieron sin que consiguieran nada.

25. Dándose cuenta los de Epidamno de que no podían esperar ninguna ayuda de Corcira, no hallaban medio de solucionar su situación, y, enviando mensajeros a Delfos, preguntaron al dios si debían entregar la ciudad a los corintios, considerándolos fundadores, e intentar lograr de

ellos alguna ayuda. Aquél les contestó que la entregaran y que les dieran la hegemonía. Los de Epidamno, así pues, fueron a Corinto y, de acuerdo con el oráculo, entregaron la colonia a los corintios, mostrándoles que su fundador era de Corinto y dándoles a conocer la respuesta del oráculo; y les pidieron que no les dejaran perecer indiferentes, sino que les ayudasen. Los corintios se comprometieron a la ayuda, en parte por ser cosa justa, pues consideraban que la colonia era tan suya como de los corcirenses, y además por odio contra estos últimos, porque aunque eran colonia suya no les tenían consideración, pues ni en las fiestas comunes[26] les concedían los privilegios acostumbrados, ni daban las primicias de los sacrificios a un corintio[27], como las otras colonias, sino que los despreciaban, y eran tan ricos en aquel tiempo como los más ricos de los griegos y por su preparación guerrera incluso más poderosos, y además a veces se jactaban de ser muy superiores en lo relativo a la marina, a semejanza de los feacios, fumosos por sus naves, los cuales habían habitado antes Corcira[28]; razón por la cual se cuidaban más de incrementar su escuadra, y eran poderosos por mar, pues poseían ciento veinte trirremes cuando comenzaron la guerra.

26. Los corintios, pues, que estaban quejosos por todas estas cosas, enviaron con gusto su ayuda a Epidamno, disponiendo que fuera allí a quedarse como habitante todo el que así lo quisiese, y enviando una guarnición de ampraciotas, leucadios y corintios. Marcharon a pie hasta Apolonia, que era colonia de los corintios, por miedo a los corcirenses, no fueran a ser estorbados por ellos si hacían el viaje por mar. Pero los corcirenses, cuando se enteraron de que los colonos y la guarnición se dirigían a Epidamno, y de que su colonia se había entregado a los corintios, se indignaron, y haciéndose al punto a la mar con veinticinco naves, y luego con otra escuadra, ordenaron con malas

palabras a los de Epidamno que dejaran entrar a los desterrados —pues los desterrados de Epidamno habían ido a Corcira alegando el recuerdo de los sepulcros de sus antepasados[29] y el parentesco que les unía, cosas que hicieron valer para que les restituyeran a su ciudad—, y que despidieran la guarnición y los colonos que les mandaron los corintios. Los de Epidamno no les hicieron caso, y los corcirenses avanzaron contra ellos con cuarenta naves y con los desterrados, con intención de restituirles a su ciudad. Acamparon junto a la misma, y proclamaron que aquellos de los de Epidamno que así lo quisiesen, y con ellos los extranjeros, podían salir sin sufrir daños: y que si no lo hacían, los tratarían como enemigos. Como no obedecieron los corcirenses pusieron sitio a la ciudad, que está situada en un istmo.

27. En tanto, los corintios, al llegar de Epidamno mensajeros diciendo que estaban sitiados, prepararon una expedición y, simultáneamente, anunciaron públicamente el envío de una colonia a Epidamno bajo estas condiciones: que fuera el que quisiera, disfrutando todos de igual condición jurídica; y que si alguno no quería ir inmediatamente, pero deseaba ser miembro de la colonia, que se quedara dando como caución cincuenta dracmas corintias[30]. Fueron muy numerosos tanto los que se embarcaron como los que depositaron el dinero. Pidieron además a los megarenses que les escoltaran con algunas naves, por si los corcirenses les impedían navegar; y aquéllos se dispusieron a escoltarlos con ocho naves, y los cefalenos de Pala, con cuatro. También se las pidieron a los epidaurios, que dieron cinco; los de Hermiona dieron una; los de Trozene, dos; los leucadios, diez; y los ampraciotas, ocho. Además pidieron dinero a los tebanos y a los de Fliunte, y naves sin tripulación y dinero, a los eleos; y los

propios corintios, por su parte, equiparon treinta naves y tres mil hoplitas.

28. Mas en cuanto los corcirenses se enteraron de los preparativos, fueron a Corinto en unión de embajadores lacedemonios y sicionios, que tomaron como acompañantes, y exigieron que los corintios retiraran la guarnición y los colonos que tenían en Epidamno, porque no poseían ningún derecho sobre la ciudad. Y si presentaban alguna reclamación en contra, se manifestaban dispuestos a someterse a un arbitraje en el Peloponeso ante las ciudades que convinieran ambas partes, y a que quedaran por dueños de la colonia aquellos de quienes se sentenciara que era; también estaban dispuestos a someter el asunto al oráculo de Delfos. Mas no consentían que los atacaran; y afirmaban que, si no hacían caso, ellos mismos se verían obligados, al acudir a la violencia los corintios, a buscarse por propio interés amigos que no deseaban, distintos de los actuales. Los corintios les respondieron que deliberarían si ellos retiraban de Epidamno las naves y los bárbaros; pero que no estaba bien que hasta tanto los de Epidamno sufrieran un asedio mientras ellos se sometían a arbitraje. Respondieron los corcirenses que obrarían de este modo si también ellos retiraban a los suyos de Epidamno, y que también estaban dispuestos a que unos y otros permanecieran donde estaban; pero que hubiera tregua mientras tenía lugar el arbitraje.

29. Sin embargo, los corintios no hicieron caso de nada de esto, sino que una vez que tuvieron a su gente embarcada y que se presentaron los aliados, enviaron por delante un heraldo para que declarara primero la guerra a los corcirenses, se hicieron a la mar con setenta y cinco naves y dos mil hoplitas[31], y se dirigieron a Epidamno para luchar con los corcirenses; eran jefes de la escuadra, Aristeo, hijo de Pélico; Calícrates, hijo de Calias, y Timánor, hijo de

Timantes; y de la infantería, Arquetimo, hijo de Euritimo, e Isárquidas, hijo de Isarco. Cuando se hallaban en Action, promontorio del territorio de Anactorion, donde está el templo de Apolo, a la entrada del golfo de Ampracia, los corcirenses les enviaron en una lancha un heraldo para que les conminase a no ir contra ellos, y al tiempo, después de poner baos nuevos a las naves viejas para dejarlas en estado de navegar, y de reparar las otras, comenzaron a embarcarse. Y una vez que el heraldo no les trajo ninguna palabra de paz de parte de los corintios, y que sus naves, que eran ochenta (pues había cuarenta y tres bloqueando Epidamno) tuvieron la tripulación completa, se hicieron a la mar, dispusieron las naves en línea de combate y trabaron batalla; y vencieron completamente los corcirenses, echando a pique quince naves corintias. En el mismo día sucedió que sus tropas que sitiaban Epidamno lograron la capitulación mediante un acuerdo consistente en que los de la ciudad guardaran prisioneros a los corintios hasta que se decidiera alguna otra cosa, y entregaran a los demás extranjeros[32].

30. Acabada la batalla, los corcirenses levantaron un trofeo en Leucimna, promontorio de Corcira, y mataron a los prisioneros que hicieron, excepto los corintios, que guardaron en prisión. En adelante, una vez que los corintios y sus aliados se retiraron derrotados con la escuadra hacia su patria, los corcirenses quedaron por dueños de todo aquel mar, y haciendo una incursión contra Léucade, la colonia corintia, devastaron una parte del territorio e incendiaron Cilena, el puerto de los eleos, porque habían proporcionado a los corintios naves y dinero. Y durante la mayor parte del período que siguió a la batalla dominaban el mar y con sus incursiones causaban daños a los aliados de los corintios, hasta que éstos, ya avanzado el verano, viendo que sus aliados sufrían pérdidas, enviaron una escuadra y un ejército

y acamparon en Action, junto a Quimerion, promontorio de Tesprotia, para servir de protección a Léucade y a las demás ciudades amigas. A su vez, los corcirenses acamparon en Leucimna con su infantería y estacionaron allí su escuadra. Y no se atacaron los unos a los otros, sino que permanecieron frente a frente, y ya en el invierno cada bando se retiró hacia su patria.

31. Durante todo el año que sucedió a la batalla y el siguiente, los corintios, llevando con indignación su guerra contra los corcirenses, se dedicaron a construir naves y a equipar una escuadra con el mayor entusiasmo, reuniendo remeros del mismo Peloponeso y atrayéndoselos con buenas soldadas del resto de Grecia. Al enterarse los corcirenses de sus preparativos, se atemorizaron y decidieron ir a Atenas, y, haciéndose aliados de los atenienses, intentar lograr de ellos alguna ayuda, pues no tenían tratado alguno con ninguna ciudad griega y no se habían sumado a la alianza encabezada por Atenas ni a la de Esparta. Los corintios, al enterarse, fueron también ellos a Atenas para negociar, a fin de que la escuadra de los atenienses, agregándose a la de los corcirenses, no les impidiera poner fin a la guerra según sus deseos. Se reunió la Asamblea Popular y las dos embajadas se expresaron en sentidos opuestos. Los corcirenses hablaron así:

32. «Es justo, ¡oh atenienses!, que los que sin que se les deba un beneficio grande vienen a otro, como lo hacemos nosotros ahora, a pedir alianza, hagan ver primero, a ser posible, que piden una cosa útil, y si no, al menos no perjudicial, y además que guardarán una gratitud inalterable; y si no llegan a poner en claro nada de ello, es justo que, si no tienen éxito, no lo tomen a mal. Es así como los corcirenses nos han enviado, creyendo que, junto con la petición de alianza, os podemos ofrecer con garantía las cosas citadas. Nuestra política, sin embargo, ha sido no sólo

inconciliable a vuestro juicio con nuestra actual petición, sino también perjudicial para nuestros propios intereses de hoy en día. Pues hasta hoy por voluntad propia no nos hemos aliado con nadie, y ahora venimos a pedir precisamente esto, y además estamos solos por igual razón en nuestra guerra actual con los corintios. Y ha cambiado nuestra apreciación de la que antes se llamaba prudencia nuestra —el no correr peligro en la alianza con extraños por la manera de pensar de otro—, y que ahora resulta ser imprevisión y debilidad. Efectivamente, en la batalla naval que ha tenido lugar rechazamos solos a los corintios; pero una vez que se han lanzado contra nosotros con mayores medios, obtenidos del Peloponeso y del resto de Grecia, y que vemos que somos incapaces de triunfar sólo con nuestras propias fuerzas, y que además es grande el peligro si quedamos bajo su poder, no tenemos más remedio que pediros socorro a vosotros y a cualquier otro, y se nos debe perdonar si, no de resultas de una conducta indigna, sino de reconocer un error, emprendemos algo contrario a nuestra anterior despreocupación.

33. Si escucháis nuestras palabras, nuestra petición será para vosotros una buena oportunidad en muchos respectos: lo primero porque socorreréis a una ciudad atacada injustamente y que no hace mal a otros; después porque, acogiendo a quienes corren un peligro gravísimo, será la mejor forma de procuraros su agradecimiento con una acción que sea un testimonio de eterna recordación; y, finalmente, porque tenemos una escuadra mayor que todas, a excepción de la vuestra. Y considerad qué éxito es más excepcional y más desconsolador para el enemigo que el que la potencia cuya alianza hubierais valorado en mucho dinero y gratitud se presente espontáneamente, entregándose a sí misma sin peligro ni gasto, y además procurándoos fama de magnanimidad ante la multitud, el

agradecimiento de los que vais a socorrer, y un mayor poderío militar; cosas que todas a un tiempo a pocos se les han ofrecido en toda la Historia, así como son pocos los que al pedir una alianza se presentan dando a los que piden ayuda no menos seguridad y fama de la que ellos han de recibir. Y si alguno de vosotros cree que no tendrá lugar la guerra, en la que os podríamos ser útiles, se equivoca y no se da cuenta de que los lacedemonios están deseosos de guerra por el miedo que os tienen, y de que los corintios, que poseen gran influencia junto a ellos y os son hostiles, intentan conquistarnos previamente con vistas a emprender el ataque contra vosotros, para que no estemos juntos contra ellos por nuestro odio común y no falle de antemano una de estas dos cosas: o hacernos daño o fortalecerse ellos mismos. Nuestro papel es, por tanto, estar vigilantes, ofreciéndoos nosotros la alianza y aceptándola vosotros, y tramar asechanzas contra ellos los primeros en vez de contestar a las suyas.

34. Por otra parte, si los corintios dicen que no es justo que aceptéis como aliada a una colonia suya, que se enteren de que toda colonia, cuando es bien tratada, honra a su metrópoli, y cuando es ultrajada, cambia de conducta; pues los colonos son enviados no para ser esclavos de los que se quedan, sino sus iguales. Y que nos ultrajaron, es claro: cuando les invitamos a un arbitraje acerca de Epidamno, quisieron satisfacer sus reclamaciones por la guerra y no por la justicia. Sea para vosotros una señal lo que hacen con nosotros, sus parientes, para que no os dejéis engañar por ellos, y cuando os lo pidan no les ayudéis en forma alguna; pues el que tenga menos remordimientos de haber sido complaciente con sus enemigos, es el que más seguro pasará la vida.

35. Ni siquiera quebrantaréis el tratado con los espartanos si nos aceptáis como aliados, ya que nosotros no

lo somos de ninguno de los dos bandos. Pues en él se dice que será permitido que las ciudades griegas que no sean miembros de ninguna alianza se agreguen a quienes quieran. Y sería monstruoso que los corintios pudieran tomar tripulación para sus naves de los que están aliados con ellos y además del resto de Grecia, y sobre todo de vuestras ciudades vasallas, y que a nosotros no nos dejaran obtener recursos de la alianza en que ellos están incluidos, ni de la ayuda procedente de ninguna otra parte; asimismo lo sería que si os dejáis convencer por lo que pedimos, lo consideraran un agravio: mucho mayor es la queja que tendremos contra vosotros si no os convencemos, pues en ese caso nos rechazaréis aunque corremos peligro y no os somos hostiles, y no sólo no seréis obstáculo para los corintios que lo son para vosotros y nos atacan, sino que dejaréis que tomen fuerzas de vuestro imperio; y no debéis dejarles que lo hagan, sino o impedir que vayan con ellos los mercenarios procedentes del territorio de vuestra soberanía, o enviarnos también a nosotros una ayuda en la medida en que os convenzamos, con preferencia a todo la de socorrernos aceptándonos públicamente como aliados. Son muchas, como dijimos al comienzo, las ventajas que os hacemos ver, y la mayor, que nuestros enemigos son los mismos —lo que es la mayor garantía de fidelidad—, y no débiles, sino capaces de causarnos daños si estamos solos. Es más: cuando se os ofrece una alianza con un poder marítimo y no terrestre, la enajenación de tal aliado no os puede ser indiferente, sino que debéis, o bien, y es lo mejor, no dejar que ningún otro tenga naves de guerra, si podéis, o, si no, tener como amigos a los más fuertes en este aspecto.

36. Y el que crea que esto es conveniente, pero tema romper la tregua a causa de ello al dejarse convencer, sepa que su miedo, al estar acompañado de fuerza, ha de aterrorizar más a sus enemigos, y que su confianza si no

acepta la alianza, al ir acompañada de debilidad, va a estar menos libre de temor ante unos rivales poderosos; y además, que no está ahora deliberando tanto acerca de Corcira como de Atenas, y que no toma en su favor las mejores precauciones cuando cuidándose sólo del presente vacila en asegurarse para la guerra que va a venir y que casi está ya presente, un país que como amigo y como enemigo tiene importancia decisiva. Pues está situado muy oportunamente para la navegación costera a Sicilia e Italia, a propósito para no dejar que una escuadra venga de allí en ayuda de los peloponesios, y para escoltar flotas de aquí a allá, y por lo demás presenta muchas ventajas. Haciendo un breve resumen, considerando el asunto en conjunto y en detalle, la razón que sigue es suficiente para que os persuadáis a no abandonarnos: los griegos tienen tres escuadras de importancia, la nuestra, la vuestra y la corintia; si dejáis que de ellas se junten dos cuando los corintios nos conquisten adelantándosenos, lucharéis por mar al tiempo con los corcirenses y con los peloponesios; mientras que si nos recibís en alianza podréis luchar contra ellos con nuestras naves a más de las vuestras».

De este modo hablaron los corcirenses; y los corintios a continuación, de este otro:

37. «Ya que los corcirenses aquí presentes han hablado no sólo de que debéis aceptarles como aliados, sino de que les hacemos agravio y son atacados sin motivo, es forzoso que antes de pasar adelante tratemos de ambos puntos, para que de antemano consideréis con más seguridad de juicio nuestra reclamación y rechacéis fundadamente su petición.

Dicen que por prudencia jamás han aceptado la alianza de nadie; pero esta política la siguieron para obrar como malvados y no para salvaguardar su buena conducta, pues no querían tener ningún aliado testigo de sus crímenes ni

avergonzarse al reclamar su ayuda; y, además, su ciudad, situada en un lugar que se defiende por sí solo, les hace jueces de los daños que causan en vez de proceder de acuerdo con unos tratados, pues apenas mandan sus barcos a los puertos de sus vecinos y en cambio reciben en el suyo con frecuencia a los otros, que entran por necesidad. Y esa hermosa falta de alianzas no la ponen por delante para no atacar injustamente a otros con una coalición, sino para atacarles ellos, solos y para ejercer violencia allí donde tienen fuerza, obtener ventajas fraudulentas donde escapan a la atención pública, y no tener que avergonzarse si se anticipan a otro en apoderarse de algo; y, sin embargo, si fueran hombres honrados, como dicen, cuanto más inconquistables fueran para los demás, tanto más claramente deberían mostrar su buena condición ofreciendo y aceptando estipulaciones justas.

38. Mas, en verdad, no observan esta manera de proceder ni con los demás ni con nosotros, sino que, siendo nuestros colonos, han estado siempre alejados de nosotros, y ahora nos hacen la guerra diciendo que no les enviamos para sufrir malos tratos. Nosotros por nuestra parte afirmamos que no les establecimos en colonia para que nos ultrajaran, sino para tener la hegemonía sobre ellos y ser tratados con el respeto conveniente. Pues las demás colonias nos honran, y son nuestros colonos los que más nos quieren; es claro, pues, que si somos gratos a los más, no es lógico que a éstos solos no lo seamos, y que no organizamos contra ellos una expedición insólita sin que nos hayan agraviado en forma también poco común. Y aunque estuviéramos en un error, sería honroso para ellos ceder ante nuestra cólera, y para nosotros reprobable usar de la fuerza contra su moderación; mas al contrario, por la insolencia y libertad que les da su riqueza han cometido contra nosotros muchas otras faltas, y ahora, después que no se anexionaron Epidamno, que es

nuestra, cuando atravesaba dificultades, la conquistan y retienen por la fuerza cuando vamos nosotros a ayudarla.

39. Dicen también que quisieron primero someterse al arbitraje; mas es justo que no sea escuchado el que lo reclama cuando tiene la ventaja y encontrándose seguro, sino el que procede justamente, tanto en los hechos como en las palabras, antes de emprender la lucha. Éstos, en cambio, no hicieron su especiosa oferta de arbitraje antes de sitiar la ciudad, sino cuando se dieron cuenta de que nosotros no se lo íbamos a consentir; y aquí han venido, no sólo culpables de su conducta de allí, sino pretendiendo que vosotros, no decimos ya que os aliéis con ellos, sino que seáis sus cómplices y que les admitáis en vuestra alianza una vez que están reñidos con nosotros; ellos, que debían haber venido cuando en mayor seguridad estaban y no cuando nosotros estamos agraviados y ellos corren peligro, ni cuando vosotros, que no obtuvisteis provecho de su fuerza, les habéis de socorrer y habiendo estado apartados de sus faltas vais a ser culpables ante nosotros igual que ellos, sino que debían haber asociado hace tiempo sus fuerzas con las vuestras y así ahora tener iguales éxitos o fracasos.

40. Que venimos con acusaciones pertinentes y que los corcirenses son violentos y ambiciosos, ha quedado claro; de que no obraríais con justicia aceptando su alianza, os enteraréis. Pues si se dice en el documento de la tregua que las ciudades no inscritas allí se alíen con quien quieran, no se refiere el pacto a las que se alíen para dañar a otras, sino al que necesite seguridad sin privar a nadie de su amistad y al que no traiga la guerra en vez de la paz a los que le acepten por aliado, mientras sean prudentes: cosa que ahora os ocurriría si no nos escucharais; pues no sólo os convertiríais en auxiliares de los corcirenses, sino también en enemigos nuestros, en vez de disfrutar de un tratado de

paz. Porque es forzoso que si vais con ellos nos defendamos de los corcirenses sin excluiros a vosotros. Y sin embargo es lo justo que, a ser posible, no os suméis a ninguno de los dos bandos, y si no, que por el contrario os unáis con nosotros contra ellos —pues tenéis concertada una paz con los corintios, mientras que con los corcirenses jamás tuvisteis ni una corta suspensión de hostilidades en guerra—; y, asimismo, que no implantéis la costumbre de acoger como aliados a los que desertan de otro; pues nosotros tampoco votamos en contra vuestra cuando desertaron los samios de vuestra alianza[33], estando el resto de los peloponesios dividido sobre si debían ayudarles, sino que públicamente sostuvimos que cada ciudad tenía derecho a castigar a sus aliados cuando faltaran a su deber. Porque si os aliáis con los malvados y les ayudáis, aparecerán aliados vuestros no inferiores en número que se pasarán a nosotros, y resultará que habéis implantado la costumbre en perjuicio vuestro más que en el nuestro.

41. Éstas son las pretensiones que tenemos respecto a vosotros, válidas de por sí según las costumbres griegas, y además os traemos la siguiente exhortación y petición de una conducta agradecida, que, sin seros tan hostiles que busquemos vuestro daño, ni tan amigos como para tener relaciones cordiales, afirmamos que debe sernos dispensada ahora en correspondencia. Cuando ha tiempo teníais pocas naves de guerra para luchar contra los eginetas, aceptasteis veinte de los corintios; y este favor y el relativo a los samios, el que por nosotros no les ayudaran los peloponesios, os valió la victoria sobre los eginetas y el castigo de los samios; y tuvieron lugar ambos hechos en ocasiones tales en las que los hombres, volviéndose contra sus rivales, más se despreocupan de todo lo que no sea la victoria; pues consideran amigo al que les ayuda aunque antes les haya sido hostil, y enemigo al que les hace frente aunque sea

amigo, ya que hasta los intereses propios los sirven peor a causa del deseo de la victoria que entonces sienten.

42. Considerad estas cosas, enteraos los jóvenes de ellas por los viejos, y resolveos a ayudarnos de igual modo que os ayudamos; y no penséis que proponemos una cosa justa, pero que la conveniente, si llegáis a entrar en guerra, es otra. Porque la conveniencia se añade casi siempre a la resolución en que menos errores se cometen, y la inminencia de la guerra, con la cual los corcirenses os atemorizan y os incitan a obrar mal, aún es incierta; y no es admisible que incitados por ella os busquéis una enemistad descubierta ya y no futura con los corintios, sino que es más prudente hacer desaparecer alguna parte de la desconfianza existente desde antes a causa de los megarenses[34] —pues un favor más reciente, al llegar con oportunidad, puede hacer perdonar una ofensa mayor aunque sea más pequeño— y no dejarse arrastrar porque ofrezcan una gran alianza naval; pues el no agraviar a los que son iguales que uno es mayor garantía que el satisfacer la ambición en medio de peligros, incitados por lo que se ofrece a la vista momentáneamente.

43. Nosotros, pues, hemos venido a caer dentro de la regla que sentamos en Esparta, que cada uno castigue a sus aliados, y ahora pretendemos lograr esto mismo de vosotros y que no nos perjudiquéis con vuestra resolución después de haberos beneficiado con la nuestra. Pagadnos en igual moneda y daos cuenta de que ésta es la ocasión en que más amigo es el que ayuda y más enemigo el que se pone en contra. Y a los corcirenses aquí presentes no les admitáis como aliados sin escucharnos, ni les ayudéis en su injusto proceder. Si obráis así, cumpliréis con vuestro deber y resolveréis lo más ventajoso para vosotros mismos».

44. Así hablaron los corintios. Los atenienses, una vez que oyeron a ambos bandos, en la primera Asamblea de las dos que celebraron atendieron a las razones de los corintios

no menos que a las de los corcirenses; mas en la última resolvieron, cambiando de opinión, no establecer con los corcirenses una alianza que estipulara los mismos amigos y enemigos —porque si los corcirenses les exigían atacar con ellos Corinto por mar, quedaría roto su tratado de paz con los peloponesios—, pero concertaron con los corcirenses una alianza defensiva para proteger sus territorios en el caso de que alguien atacara Corcira o Atenas o a los aliados de estas ciudades; pues se pensaba que la guerra contra los peloponesios había de tener lugar de todos modos, y querían no abandonar a los corintios Corcira con su gran escuadra, sino dejarles chocar unos contra otros lo más posible, para, si hacía falta, entrar en guerra una vez debilitados los corintios y los demás que poseían escuadra. Y además pensaban que la isla estaba situada muy oportunamente en la ruta costera de Italia y Sicilia.

45. Por estas razones aceptaron como aliados los atenienses a los corcirenses, y poco después, al marcharse los corintios, les enviaron diez naves como ayuda; las mandaban Lacedemonio, hijo de Cimón, Diótimo, hijo de Estrómbico, y Proteas, hijo de Epicles. Les ordenaron no luchar contra los corintios, a no ser que navegaran hacia Corcira o alguna posesión suya y fueran a desembarcar; y que en ese caso se lo impidieran con todas sus fuerzas. Les dieron estas órdenes para no quebrantar la paz. Y llegaron a Corcira las naves áticas.

46. También los corintios, por su parte, una vez que tuvieron hechos sus preparativos, navegaron hacia Corcira con ciento cincuenta naves. Eran diez de los eleos, doce de los megarenses, diez de los leucadios, veintisiete de los ampraciotas, una de los anactorienses, y noventa de los propios corintios. Cada ciudad tenía sus jefes, y los de los corintios eran Jenóclides y otros cuatro. Y una vez que viniendo de Léucade llegaron a la costa continental que está

enfrente de Corcira, anclaron en Quimerion, en Tesprotia. Se trata de un puerto encima del cual hay una ciudad llamada Efire, situada lejos del mar, en la región del puerto de Elea[35], en Tesprotia. Cerca de ella desemboca en el mar la laguna Aquerusia; el río Aqueronte, que corre a través de Tesprotia, desemboca en ella y le da nombre; también corre allí el río Tiamis, que limita Tesprotia y Cestrina, y entre uno y otro río se eleva el cabo Quimerion. En aquel punto del continente anclaron, pues, los corintios y acamparon.

47. Los corcirenses, por su parte, cuando se enteraron de que venían, embarcaron su gente en ciento diez naves, que mandaban Milcíades, Esímides y Euríbato, y acamparon en una de las islas que llaman Sibotas; las diez naves áticas estaban con ellos. Su infantería se hallaba en el promontorio de Leucimna, con mil hoplitas de los zacintios que habían ido en su ayuda. También los corintios tenían en el continente muchos auxiliares bárbaros, pues las gentes de esta parte del continente son amigas suyas desde siempre.

48. Una vez que los corintios tuvieron hechos sus preparativos, tomaron víveres para tres días y se hicieron a la mar de noche desde Quimerion, con intención de librar batalla, y al amanecer divisaron las naves de los corcirenses, que estaban en alta mar y navegaban contra ellos. Cuando se vieron los unos a los otros, se alinearon frente a frente: junto al extremo derecho de los corcirenses, las naves áticas, y el resto de la línea lo ocupaban ellos mismos con las naves distribuidas en tres divisiones, cada una de las cuales mandaba uno de los tres almirantes. Así se alinearon los corcirenses. En la escuadra corintia, por otro lado, los megarenses y ampraciotas ocupaban el extremo derecho; en el centro estaban los otros aliados, separados unos de otros, y el ala izquierda la ocupaban los mismos corintios con las mejores naves, haciendo frente a los atenienses y al ala derecha de los corcirenses.

49. Una vez que unos y otros levantaron las banderas de señales, trabaron batalla y comenzaron la lucha; llevaban las dos escuadras muchos hoplitas, arqueros y lanzadores de dardos en los puentes, pues aún estaban equipados con cierta impericia[36], a la manera antigua. Era violenta la batalla, aunque no tanto por la táctica empleada, y más bien se asemejaba a una lucha terrestre; pues cuando hacían chocar los barcos unos contra otros, se separaban con dificultad debido al gran número y desorden de las naves, y a que confiaban más para la victoria en los hoplitas de los puentes, que entraban en lucha cuando las naves quedaban quietas; y no había roturas de línea[37], sino que luchaban con valor y fuerza más que con pericia. Por todas partes había un gran tumulto, y la batalla naval era desordenada; en ella, las naves áticas se acercaban a las corcirenses cuando estaban en apuro en algún lugar, y atemorizaban a los contrarios; pero no comenzaban la lucha, pues los almirantes respetaban las órdenes de los atenienses. El extremo derecho de los corintios era el que estaba en mayor dificultad, pues los corcirenses, con veinte naves, los pusieron en fuga, y persiguiéndolos ya dispersos llegaron a tierra firme y a su campamento, y desembarcando quemaron sus tiendas abandonadas y se apoderaron del botín. En este lado, pues, eran vencidos los corintios y sus aliados, y los corcirenses triunfaban; pero allí donde estaban los propios corintios, en el ala izquierda, triunfaban con gran diferencia, pues a los corcirenses a causa de la persecución les faltaban veinte naves, de un número ya inferior. Mas los atenienses, al ver apurados a los corcirenses, comenzaron a ayudarles más decididamente ya, primero absteniéndose de embestir con sus naves a otras; pero cuando claramente sobrevenía la fuga y los corintios atacaban, entonces todos se pusieron en acción y nada quedó ya exceptuado, sino que se hizo

inevitable que los corintios y los atenienses se atacaran recíprocamente.

50. Cuando la fuga tuvo lugar, los corintios no remolcaron con maromas los cascos de las naves que habían inutilizado, sino que pasando entre ellas se volvieron contra las tripulaciones, más para matar enemigos que para hacer prisioneros, y mataban sin darse cuenta a sus aliados, al no saber que los del ala derecha habían sido vencidos; pues como había muchas naves de ambas partes y ocupaban una gran extensión de mar, no podían conocer con facilidad, una vez que trabaron batalla, quiénes vencían y quiénes eran vencidos[38], ya que fue ésta la batalla de griegos contra griegos que superó a todas las anteriores por el número de naves que tomaron parte. Una vez, pues, que los corintios persiguieron a los corcirenses hasta tierra, volvieron la atención a sus barcos inutilizados y a sus muertos, y pudieron hacerse con los más y llevarlos a Sibota, donde había acudido como auxiliar el ejército terrestre de los bárbaros; Sibota es un puerto desierto de Tesprotia. Una vez que hicieron esto, se reunieron de nuevo y bogaron en dirección a los corcirenses. Éstos se dirigieron a su vez hacia ellos con las naves que estaban en condiciones de navegar y las que les quedaban[39], en unión de las naves áticas, temiendo que intentaran desembarcar en su isla. Era ya tarde y habían cantado el peán como para lanzarse al ataque, cuando los corintios, de repente, comenzaron a remar hacia atrás al ver que se acercaban veinte naves de los atenienses, que éstos habían enviado como refuerzo después de las diez, temiendo que, como ocurrió, los corcirenses fueran vencidos y sus diez naves fueran pocas para ayudarles.

51. Al ver, pues, los corintios los primeros dichas naves y conjeturar que venían de Atenas, y no el número que veían, sino más, se retiraron. Los corcirenses, por el contrario, no

las divisaban, pues venían de una dirección que no podían ver, y se extrañaban de que los corintios remaran hacia atrás, hasta que algunos las vieron y dijeron que venían de allí unas naves. Entonces se retiraron ellos también (pues oscurecía ya), y los corintios dieron media vuelta y perdieron el contacto. Así se separaron unos de otros, y la batalla naval acabó al llegar la noche. Y cuando los corcirenses estaban estacionados en Leucimna, estas veinte naves de Atenas, que mandaban Glaucón, hijo de Leagro, y Andócides hijo de Leógoras[40], pasando a través de las naves destrozadas y los cadáveres, llegaron al campamento poco después de ser divisadas. Los corcirenses temieron que fueran enemigas (pues era ya de noche), pero luego las reconocieron y anclaron.

52. Al día siguiente, las treinta naves áticas y las corcirenses que estaban en disposición de navegar se hicieron a la mar y se dirigieron hacia el puerto de Sibota[41], en el que estaban anclados los corintios, queriendo saber si estaban dispuestos a luchar. Pero éstos llevaron sus naves de tierra a alta mar y permanecieron inmóviles, con la intención de no trabar batalla voluntariamente, pues veían que se habían sumado al enemigo naves frescas venidas de Atenas, y que, en cambio, ellos sufrían muchos entorpecimientos, tanto por lo relativo a la custodia de los prisioneros como a que no había posibilidad de hacer reparaciones en un lugar desierto; su principal pensamiento era el de cómo podrían volver a Corinto, pues temían que los atenienses no les dejaran marcharse, juzgando que ya estaba roto el tratado de paz.

53. Decidieron, pues, embarcar a algunos hombres sin caduceo[42] en una lancha y enviarlos a los atenienses para hacer una prueba. Los enviaron, y hablaron así: «Atenienses, faltáis a vuestros compromisos comenzando la guerra y quebrantando el tratado; pues nos impedís vengarnos de

nuestros enemigos empuñando las armas. Si tenéis intención de impedirnos navegar contra Corcira o a cualquier otro sitio que queramos y quebrantáis el tratado, aprisionadnos a nosotros los primeros y tratadnos como enemigos[43]». Esto es lo que dijeron; y los del ejército de los corcirenses que lo oyeron, pidieron a gritos que al instantes los cogieran y los mataran; pero los atenienses contestaron en los siguientes términos: «No comenzamos la guerra, ¡oh peloponesios!, ni quebrantamos el tratado, sino que hemos venido a ayudar a nuestros aliados los corcirenses; así pues, si queréis navegar en alguna otra dirección, no os lo impedimos; pero si os dirigís contra Corcira o alguna de sus posesiones, no lo toleraremos, si podemos evitarlo».

54. Ante esta respuesta de los atenienses, los corintios se prepararon para la vuelta a su ciudad y levantaron un trofeo en Sibota la del continente; y los corcirenses recogieron las naves averiadas y los cadáveres que se hallaban próximos, llevados por la corriente y el viento que, soplando de noche, los había dispersado por todas partes, y levantaron a su vez un trofeo en Sibota la de la isla[44] como vencedores. Unos y otros se atribuían la victoria por estas razones: los corintios, porque fueron vencedores en la batalla hasta la noche, hasta el punto de recoger la mayor parte de sus naves averiadas y de sus muertos, y porque tenían un número de prisioneros no inferior a mil y habían hundido unas setenta naves; y los corcirenses, porque habían inutilizado unas treinta naves y recogido las naves averiadas y los muertos de la proximidad cuando llegaron los atenienses, y, además, porque el día anterior los corintios se habían retirado ante ellos remando hacia atrás al ver las naves áticas, y no salieron a su encuentro desde Sibota una vez que llegaron los atenienses; por todas estas razones levantaron un trofeo. De este modo cada bando creía ser vencedor.

55. Los corintios, en su crucero de regreso, tomaron mediante un engaño Anactorion, que está en la boca del golfo de Ampracia —era de ellos y de los corcirenses en común—, dejaron allí colonos corintios y se retiraron hacia su ciudad; y de los corcirenses prisioneros vendieron trescientos, que eran esclavos[45], mientras que los otros doscientos cincuenta los guardaron como prisioneros con muy buen trato, para atraerse mediante ellos a Corcira una vez que se repatriaran[46]; pues resultaba que los más de ellos eran, por su influencia, los primeros de su ciudad. De este modo salió felizmente Corcira de la guerra contra los corintios, y las naves de los atenienses se retiraron de la isla. Éste fue el primer motivo que tuvieron los corintios para entrar en guerra contra los atenienses, a saber, que en medio de la tregua lucharon en batalla naval contra ellos al lado de los corcirenses.

56. Inmediatamente después de esto tuvieron lugar también entre los atenienses y peloponesios las siguientes divergencias, que contribuyeron a la guerra. Como los corintios estaban tratando de vengarse de los atenienses, éstos, imaginando su enemistad, dispusieron que los potideatas, que habitan en el istmo de la península de Palena y eran colonia de los corintios y aliados suyos sometidos a tributo, derribaran la muralla que da a Palena[47] y les dieran rehenes, y que despidieran a los inspectores y en adelante no recibieran a los que anualmente les enviaban los corintios, pues temían que hicieran defección persuadidos por Perdicas y los corintios, y que sublevaran al tiempo a los demás aliados de Tracia.

57. Éstas fueron las medidas que de antemano tomaron respecto a los potideatas, inmediatamente después de la batalla naval de Corcira; pues los corintios estaban ya públicamente enemistados con ellos, y Perdicas, el hijo de Alejandro, rey de los macedonios, se había convertido en

enemigo después de haber sido antes aliado y amigo (se hizo enemigo porque los atenienses concertaron alianza con su hermano y Derdas[48], que luchaban juntos contra él). Lleno de temor, envió Perdicas embajadores a Esparta para procurar que estallase la guerra entre los atenienses y los peloponesios, y se concilió a los corintios con intención de hacer sublevarse a Potidea; y exhortaba a los calcideos[49] y botieos a sublevarse ellos también, pues pensaba que si tuviese por aliados a estos pueblos, vecinos suyos, con su ayuda podría hacer mejor la guerra. Al enterarse de esto los atenienses y querer anticiparse a la defección de las ciudades, dieron instrucciones a sus almirantes —pues estaban a punto de enviar treinta naves y mil hoplitas al país de Perdicas bajo el mando de Arquéstrato, hijo de Licomedes, y otros cuatro— de que tomaran rehenes de los potideatas, derribaran la muralla y ejercieran vigilancia sobre las ciudades vecinas para que no hicieran defección.

58. Los potideatas enviaron embajadores a los atenienses para que los persuadieran, si podían, a no tomar ninguna medida severa contra ellos, y también se dirigieron a Esparta en compañía de los corintios para procurarse una ayuda por si fuera necesaria; y una vez que, después de largas negociaciones, no lograron de Atenas nada satisfactorio, sino que a su pesar se hicieron a la mar las naves enviadas contra Macedonia y contra ellos mismos, y que los magistrados de los lacedemonios les prometieron que si los atenienses atacaban Potidea invadirían el Ática, entonces precisamente, en esta coyuntura favorable, hicieron defección formando alianza con los calcideos y botieos. Y Perdicas persuadió a los calcideos a que abandonaran y destruyeran sus ciudades del litoral y se trasladaran a Olinto e hicieran fuerte esta única ciudad. A los que abandonaron sus ciudades les dio para que las

cultivaran mientras duraba la guerra contra los atenienses, tierras suyas en torno al lago de Bolba, en Migdonia.

59. Trasladaron, pues, su residencia destruyendo las ciudades, y se prepararon para la guerra; y, en tanto, las treinta naves de los atenienses llegaron a Tracia y se encontraron con que Potidea y las otras ciudades se habían sublevado ya. Los almirantes, pensando que con las fuerzas que tenían era imposible luchar contra Perdicas y las ciudades rebeldes, se dirigieron hacia Macedonia, adonde habían sido enviados primero, y comenzaron a luchar en unión de Filipo y los hermanos de Derdas, que habían avanzado desde el Norte con un ejército.

60. En tanto, los corintios, viendo que Potidea se había sublevado y que las naves áticas estaban en Macedonia, temiendo por la ciudad y considerando como propio el peligro que aquélla corría, enviaron voluntarios alistados de entre sus mismos ciudadanos y algunos de los otros peloponesios que atrajeron con ofertas de soldada, en total mil seiscientos hoplitas y cuatrocientos soldados de infantería ligera. El general era Aristeo, hijo de Adirnanto —y es por su amistad por lo que fueron los más de los voluntarios de Corinto—; pues había sido siempre amigo de los potideatas. Estas tropas llegaron a Tracia cuarenta días después de la defección de Potidea.

61. También a los atenienses les llegó rápidamente la noticia de que se habían rebelado las ciudades, y cuando se enteraron de que los de Aristeo iban en su socorro, enviaron contra las ciudades rebeldes dos mil hoplitas atenienses y cuarenta naves, con Calias, hijo de Caliades, y otros cuatro como jefes. Llegados a Macedonia se encontraron con los mil anteriores, que acababan de tomar Terme y sitiaban Pidna, y acampando también frente a la ciudad tomaron parte en el sitio; pero luego, como Potidea y la llegada de Aristeo requerían su presencia, se avinieron por imperio de las

circunstancias a un acuerdo y alianza con Perdicas, partieron de Macedonia, y llegando a Beroa y de allí a Estrepsa, y habiendo hecho una intentona contra la ciudad sin tomarla, marcharon por tierra contra Potidea con tres mil hoplitas atenienses y además muchos aliados y seiscientos jinetes de los macedonios de Filipo y Pausanias; al mismo tiempo, setenta naves navegaban a lo largo de la costa. Avanzaron lentamente y al tercer día llegaron a Gigono y acamparon.

62. Los potideatas y los peloponesios de Aristeo, por su parte, acamparon en el istmo del lado de Olinto, esperando a los atenienses, y establecieron un mercado fuera de la ciudad[50]. Los aliados habían elegido general de toda la infantería a Aristeo, y de la caballería a Perdicas, pues éste había abandonado en seguida a los atenienses y luchaba con los potideatas, habiendo dejado a Iolao al frente de su reino. El plan de Aristeo era que su ejército vigilara a los atenienses en el istmo, por si atacaban, y que los calcideos y los aliados de fuera del istmo[51] y los doscientos, jinetes de Perdicas permanecieran en Olinto, y cuando los atenienses avanzaran contra los de Potidea, marcharan en su ayuda por la espalda y cogieran a los enemigos en medio de los dos ejércitos. Mas por su parte Calias, el general ateniense, y sus compañeros enviaron hacia Olinto a los jinetes macedonios y a unos pocos de sus aliados para que impidieran a los de allí venir como refuerzos, y ellos mismos levantaron el campo y avanzaron hacia Potidea. Y cuando llegaron a la entrada del istmo y vieron al enemigo preparándose para la lucha, tomaron posiciones también ellos y poco después trabaron batalla. El ala de Aristeo y las tropas escogidas corintias y de otras ciudades que estaban en torno suyo, pusieron en fuga a los que estaban frente a ellos y avanzaron persiguiéndoles durante un largo trecho, mientras que el resto del ejército de potideatas y

peloponesios fue vencido por los atenienses y se refugió en la muralla.

63. Al volver Aristeo de la persecución, cuando vio el resto de su ejército vencido dudó en qué dirección se arriesgaría, si hacia Olinto o hacia Potidea; mas al cabo decidió reunir a los suyos en un espacio lo más reducido posible y romper el cerco corriendo para penetrar en Potidea; y entró por el rompeolas de la muralla[52] a través del mar, recibiendo proyectiles arrojadizos y con dificultad, perdiendo unos pocos hombres y salvando a los más. En tanto, los auxiliares de los potideatas que habían de venir de Olinto —pues dista unos sesenta estadios y se puede ver desde Potidea— avanzaron un poco con intención de ir en su ayuda cuando empezó la batalla y fueron levantadas las banderas de señales, y los jinetes macedonios se colocaron enfrente para impedírselo; pero cuando la victoria fue con toda rapidez de los atenienses y fueron arriadas las banderas de señales, se retiraron de nuevo a la muralla y los macedemonios fueron al encuentro de los atenienses; y así ningún bando pudo contar en la batalla con la caballería. Después de ésta, los atenienses levantaron un trofeo y devolvieron sus muertos a los potideatas, concediendo una tregua; y murieron pocos más de cuatrocientos de los potideatas y sus aliados, y ciento cincuenta atenienses con su general Calias.

64. Los atenienses entonces construyeron un muro paralelo a la muralla del lado del istmo y montaron guardia, mientras que la parte que mira a Palena no estaba bloqueada con muro, pues no creían ser lo bastante numerosos para montar guardia en el istmo y pasar a Palena y construir otro muro, por miedo a que al dividirse les atacasen los potideatas y sus aliados. Mas al enterarse los atenienses que se habían quedado en la ciudad de que Palena no estaba cercada, enviaron más tarde mil

seiscientos hoplitas atenienses con Formión, hijo de Asopio, por general; éste llegó a Palena y partiendo de Afitis condujo el ejército hacia Potidea, avanzando poco a poco y devastando al mismo tiempo el país; y como nadie salía a su encuentro, construyó un muro frente a la muralla del lado de Patena; y de este modo Potidea comenzó a sufrir ya un sitio formal por ambos lados y al mismo tiempo por mar mediante las naves que la bloqueaban.

65. Y Aristeo, al ver sitiada la ciudad y no tener ninguna esperanza de salvación si no venía alguna ayuda del Peloponeso o sucedía alguna otra cosa imprevista, aconsejó a los defensores que todos, excepto quinientos, estuvieran en observación del viento para escapar por mar, a fin de que duraran más los víveres, y se ofrecía a ser él de los que se quedaran; y en vista de que no logró persuadirlos, queriendo tomar las medidas mejores después de aquélla y hacer de modo que las cosas de fuera marcharan lo mejor posible, salió por vía marítima, burlando el bloqueo de los atenienses. Permaneció en el país de los calcideos y, además de ayudarles en otras acciones guerreras, mató a muchos sermilios tendiéndoles una emboscada junto a su ciudad, y entabló negociaciones con los peloponesios en demanda de ayuda. Y Formión, por su parte, una vez completadas las obras del cerco de Potidea, se dedicó a arrasar la Calcídica y la Bótica[53] y tomó algunas ciudades.

66. Éstos eran los nuevos motivos de queja que habían surgido para los atenienses y peloponesios, a saber, para los corintios contra los atenienses, que éstos sitiaban Potidea, que era colonia suya, con soldados corintios y peloponesios dentro de ella, y para los atenienses contra los peloponesios, que habían hecho sublevarse a una ciudad aliada y tributaria suya y fueron y lucharon abiertamente contra ellos en unión de los potideatas. Pero todavía no había estallado

oficialmente la guerra, sino que aún duraba la paz, pues los corintios hicieron estas cosas por sí solos.

67. Sin embargo, una vez que quedó sitiada Potidea, los corintios no se dieron punto de reposo, pues había dentro soldados suyos y además temían por la ciudad; y en seguida llamaron a Esparta a los aliados y, yendo ellos mismos, acusaron a los atenienses de que habían roto la tregua y hacían agravio al Peloponeso. Y los eginetas, que no enviaron delegados públicamente por miedo a los atenienses, pero sí ocultamente, eran, junto con ellos, los que principalmente incitaban a la guerra, diciendo que no eran independientes conforme al tratado de paz. Entonces los lacedemonios convocaron a todos los aliados que pretendían ser lesionados en sus derechos por los atenienses, y, celebrando su acostumbrada Asamblea[54], les invitaron a hablar. Hubo otros varios que tomaron la palabra y presentaron cada uno sus motivos de queja, entre ellos los megarenses, que expusieron varias desavenencias de importancia, y, sobre todo, que no eran admitidos en contra del tratado de paz en los puertos del imperio de Atenas ni en el mercado ático. Y los corintios, tomando la palabra los últimos después de dejar que los otros excitaran primero a los lacedemonios, hablaron así:

68. «La confianza que reina en vuestra vida pública y vuestro trato privado, ¡oh lacedemonios!, os hace más desconfiados para con los demás cuando hablamos; y a ello debido observáis una conducta prudente, pero tenéis un mayor desconocimiento de los asuntos externos. De esta forma, aunque con frecuencia os hemos anunciado los daños que íbamos a sufrir de parte de los atenienses, no os convencíais de lo que os exponíamos cada vez, sino que más bien sospechabais que hablábamos impulsados por nuestras divergencias particulares; y por ello habéis convocado a estos nuestros aliados no antes de que suframos daños, sino

después que estamos en el terreno de los hechos; y nos es debido tanto como a los que más que hablemos ante ellos, puesto que somos los que tenemos mayores motivos de queja, ya que los atenienses nos infieren ultrajes y vosotros nos abandonáis.

Si los atenienses atacaran injustamente a Grecia, con disimulo, haría falta que os lo mostráramos como a quienes no lo saben; pero en estas circunstancias, ¿para qué gastar palabras si veis a algunas ciudades griegas esclavizadas, que los atenienses traman insidias contra otras, sobre todo contra nuestros aliados, y que desde hace mucho se preparan para si hay guerra? Pues si así no fuera, no retendrían Corcira a despecho nuestro después de haberse apoderado de ella, ni habrían puesto sitio a Potidea; ciudades de las cuales la una está muy bien situada para utilizarla como punto de apoyo en la región de Tracia, mientras que la otra habría proporcionado a los peloponesios una gran escuadra.

69. Y de esto los culpables sois vosotros, que primero les dejasteis fortificar su ciudad al acabar las guerras médicas, después levantar los Muros Largos[55], y desde entonces hasta ahora habéis estado quitando la independencia no sólo a los que ellos esclavizan, sino también en estos momentos ya a vuestros aliados; pues no es el que esclaviza el que en realidad lo hace, sino el que puede impedirlo y no se preocupa de ello, sobre todo si pretende para sí la gloria de ser el libertador de Grecia. Con dificultad nos hemos reunido ahora, y ni ahora en términos claros. Pues deberíamos investigar no ya si nos agravian, sino cómo nos defenderemos, puesto que ellos se han resuelto y actúan, y avanzan ya sin tardarse contra los que aún no hemos tomado una decisión. Y sabemos de qué manera atacan los atenienses a los demás y cómo lo hacen poco a poco. Tienen menos audacia ahora que creen que pasan inadvertidos por

vuestra falta de perspicacia; mas cuando se den cuenta de que estando enterados no prestáis atención, se pondrán en acción con toda energía. Pues sois los únicos de los griegos, ¡oh lacedemonios!, que seguís una política de paz y no defendéis a nadie con vuestro poder, sino con la intención de hacerlo algún día; y vosotros solos no cortáis el fortalecimiento de los enemigos cuando comienza, sino cuando se duplica. Y sin embargo se decía que merecíais confianza, siendo así que vuestra fama resulta superior a las obras; pues nosotros mismos sabemos que los menos llegaron al Peloponeso desde los confines del mundo antes de que vuestras fuerzas les salieran al encuentro como era justo; y ahora resulta que no hacéis caso de los atenienses, que no están lejos, como aquéllos, sino al lado, y en vez de atacarles vosotros preferís defenderos de ellos cuando os ataquen y poneros en peligro luchando contra los que entonces serán mucho más poderosos que vosotros. Y, sin embargo, sabéis que los bárbaros sufrieron las más de sus derrotas por su propia culpa y que nosotros hemos salido indemnes frente a los atenienses muchas veces ya más por sus errores que por vuestra ayuda; pues las esperanzas puestas en vosotros han causado varias veces la ruina de los que no tomaron sus precauciones por confiar. Y ninguno de vosotros piense que decimos todo esto por enemistad y no como queja: pues la queja se refiere a los amigos que obran mal por error, y la acusación a los enemigos que cometen desafueros.

70. Por otra parte, creemos que tenemos tanto derecho como el que más a censurar a otros, debido principalmente a que están en juego importantes intereses nuestros, de los cuales parece que no os dais cuenta, como tampoco parecéis reflexionar sobre cuál es el carácter de los atenienses, contra quienes habéis de luchar, y cuán diferentes, en absoluto, son de vosotros; puesto que son

amigos de novedades y rápidos en hacer planes y en poner en práctica lo que deciden, mientras que vosotros lo sois en conservar lo que tenéis, no proyectar nada nuevo y no hacer ni lo más indispensable. Por otra parte, son audaces hasta por encima de sus fuerzas, arrostran los peligros hasta contra la prudencia, y en ellos tienen buena esperanza; mientras que lo propio de vosotros es hacer cosas inferiores a vuestras fuerzas, no confiar ni en los razonamientos más firmes y creer que nunca os habéis de ver libres de las dificultades. Y además son prontos en el obrar, mientras que vosotros siempre lo demoráis, y aficionados a salir de su país, mientras que vosotros lo sois grandemente a permanecer en él; pues piensan ellos que saliendo quizá adquieran algo, y vosotros que con ello perderíais hasta lo que tenéis. Cuando vencen a los enemigos son los que más explotan el éxito, y, vencidos, los que menos pierden. Y además utilizan sus cuerpos en la defensa de su patria como si fueran de extraños, y la inteligencia en hacer algo por ella, considerándola posesión propia como lo que más; y cuando no consiguen lo que se han propuesto, consideran que pierden una cosa propia, y que en cambio, cuando poniéndose en acción adquieren algo, realizan poco respecto a lo que ha de ser; y si acaso fracasan al intentar alguna cosa, se proponen en cambio otros proyectos y así compensan la pérdida. Son en verdad los únicos en quienes es lo mismo el tener una cosa y el esperar la realización de las que proyectan, debido a que ponen rápidamente en práctica sus decisiones. A lo largo de toda la vida, en medio de trabajos y peligros, se afanan en estas cosas y apenas disfrutan de lo que tienen por hacer continuamente nuevas adquisiciones y porque no llaman día de fiesta a ninguna otra cosa que al cumplimiento del deber, y desgracia al ocio carente de ocupaciones y no a la actividad laboriosa; de manera que uno diría bien si afirmara resumiendo que han

nacido para no tener paz ellos mismos ni dejar que la tengan los demás, diría bien.

71. A pesar de que tenéis enfrente una ciudad con estas cualidades, ¡oh lacedemonios!, os demoráis y no os dais cuenta de que la paz es lo más útil para los que proceden justamente con su poder, sólo mientras dejan ver que en su intención están dispuestos a no dejarse atropellar; por el contrario, vosotros obráis con justicia bajo el principio de no maltratar a nadie ni exponeros a sufrir daños en vuestra propia defensa. Apenas si vivierais junto a una ciudad igual que la vuestra, lo lograríais; pero en las presentes circunstancias vuestra política respecto a los atenienses es anticuada, como hemos demostrado. Es preciso, pues, aprender nuevas cosas, como los perfeccionamientos de un oficio: para una ciudad en paz, es lo mejor la tradición inalterada; pero los que se ven obligados a muchas empresas necesitan frecuentes cambios de táctica. Es ésta la razón de que la política ateniense se haya remozado más que la vuestra, debido a su mucha experiencia. Acabe aquí vuestra lentitud; en adelante, ayudad a los potideatas y a los demás, como prometisteis, invadiendo el Ática rápidamente a fin de no entregar a sus mayores enemigos a unas gentes amigas y de igual sangre, y de no hacernos buscar a los demás, por desesperación, otra alianza; porque al hacerlo no obraríamos mal ni ante los dioses por los que juramos, ni ante los hombres inteligentes: pues no rompen un tratado los que se pasan a otros por ser dejados solos, sino los que no socorren a quienes son sus aliados por juramento. Mas si queréis ser activos, permaneceremos a vuestro lado; pues, en ese caso, al cambiar de alianza no obraríamos piadosamente ni podríamos hallar otros más amigos. Reflexionad bien ante estas cosas y procurad no estar a la cabeza de un Peloponeso menor del que os dejaron vuestros padres».

72. Así hablaron los corintios. Y los atenienses, al enterarse de estos discursos —pues aconteció que había desde antes en Esparta una embajada suya para otros asuntos—, decidieron que debían hablar ante la Asamblea lacedemonia, no para defenderse de las acusaciones que les hacían las ciudades, sino para mostrar respecto a la cuestión en conjunto que no debían tomar una resolución precipitada, sino pensarla más despacio. Al mismo tiempo querían exponer el poderío de su ciudad, y recordar a los viejos lo que sabían e informar a los jóvenes de lo que ignoraban, pensando que, gracias a sus palabras, se inclinarían a la paz en vez de a la guerra. Se presentaron, pues, ante los lacedemonios y dijeron que también ellos querían hablar ante su Asamblea, si no había nada que lo impidiera. Aquéllos les dieron permiso para hacerlo, y los atenienses comparecieron ante la misma, y hablaron así:

73. «Nuestra embajada tenía por fin no una discusión con vuestros aliados, sino los negocios que nos encomendó nuestra ciudad; pero al enterarnos de que se nos difamaba en gran manera, hemos venido aquí no para contestar a las acusaciones de las ciudades —pues no sois jueces adecuados de las palabras que pudiésemos pronunciar nosotros y ellos—, sino para que no toméis una mala resolución, escuchando fácilmente a vuestros aliados en asuntos de importancia, y además porque deseamos mostrar en relación con toda la campaña de difamación que se ha organizado contra nosotros, que no sin razón tenemos lo que poseemos, y que nuestra ciudad es digna de consideración.

¿Para qué vamos a hablar de cosas muy antiguas, de las cuales son testigos los relatos tradicionales más que los ojos de los que han de escucharlas? En cambio, es forzoso que hablemos de las guerras médicas y de otras cosas que vosotros conocéis, aunque causen un tanto de enfado al ser alegadas constantemente. Pues en verdad, cuando

estábamos empeñados en dichas guerras, peligrábamos beneficiando a otros, y ya que participasteis de la realidad de ese beneficio, no se nos debe dejar de admitir toda palabra que lo recuerde, si trae algún provecho. Y no expondremos estas cosas tanto para pediros perdón como para dar testimonio y mostrar contra qué ciudad lucharéis si no reflexionáis bien. Afirmamos que en Maratón nosotros solos luchamos los primeros contra los bárbaros, y que cuando volvieron más tarde, al no poder defendernos en tierra nos embarcamos todos y participamos en la batalla de Salamina, lo que impidió que aquéllos devastaran el Peloponeso haciendo incursiones navales contra todas las ciudades sucesivamente, pues hubierais sido incapaces de ayudaros unos a otros contra tantas naves. Los mismos bárbaros dieron el mejor testimonio de ello: cuando fue vencida su escuadra se retiraron con la mayor parte del ejército, considerando que su fuerza ya no era la misma.

74. Y siendo así que esto ocurrió de dicha forma y que quedó demostrado que la salvación de los griegos dependió de la escuadra, nosotros aportamos los tres elementos más valiosos, a saber, el mayor número de naves, el mejor almirante y el ardor bélico más pronto a la acción: poco menos de las dos terceras partes de las cuatrocientas naves; Temístocles como almirante, que fue el que más parte tuvo en que la batalla naval se librara en el estrecho, que es clarísimamente lo que salvó la situación, y a causa de ello fue el extranjero que os visitó a quien más honores tributasteis; y el ardor bélico que mostramos fue el más audaz, puesto que al ver que nadie nos ayudaba por tierra, pues todos nuestros vecinos estaban ya esclavizados, nos resolvimos a salir de nuestra ciudad y destruir nuestros bienes, y ni aun así abandonar a todos los aliados que quedaban ni hacernos inútiles para ellos dispersándonos, sino embarcarnos y lanzarnos al peligro y no sentir despecho

porque no nos hubierais ayudado antes. Por tanto, afirmamos que no nos prestasteis más ayuda de la que vosotros recibisteis. Pues cuando temisteis por vosotros mismos más que por nosotros (ya que cuando aún estábamos en salvo no comparecisteis), vinisteis en nuestro auxilio desde ciudades indemnes y para poder vivir en ellas en adelante, mientras que nosotros pusimos nuestra parte en salvaros y salvarnos partiendo de una ciudad que ya no existía y corriendo peligro por la misma aunque respecto a ella quedaban pocas esperanzas. Si por el contrario nos hubiéramos pasado antes a los medos temiendo, como otros, por nuestro país, o si después no nos hubiéramos atrevido a embarcarnos considerándonos perdidos, no hubieran tenido necesidad de reñir una batalla naval contra vosotros, que no teníais naves suficientes, sino que las cosas les hubieran salido sin dificultad, como querían.

75. ¿No somos dignos, ¡oh lacedemonios!, de que no se nos envidie tanto por los griegos el imperio que poseemos, en gracia a nuestro ardor, decisión y lucidez de entonces? Pues en verdad, lo adquirimos no por la fuerza, sino al no querer vosotros permanecer en lucha contra los restos de los bárbaros, y venir a nosotros los aliados y convertirnos en sus hegemones a su petición. Por la fuerza misma de las circunstancias nos vimos obligados en seguida a transformar su organización hasta llegar al estado de hoy, sobre todo por miedo, luego por la honra que ello nos daba y, finalmente, por el provecho que obteníamos; y no nos parecía ya ser cosa segura correr peligro dejándolos en libertad una vez que nos habíamos hecho odiosos a los más, algunos incluso habían sido sometidos después de hacer defección, y vosotros ya no erais amigos como antes, sino que estabais llenos de sospechas y divergencias (tanto, que los desertores se hubieran pasado a vosotros); y no se ve mal en

nadie que tome las medidas oportunas cuando se trata de peligros decisivos.

76. De igual modo vosotros, ¡oh lacedemonios!, tenéis la hegemonía de las ciudades del Peloponeso después que las habéis organizado políticamente según vuestra conveniencia[56]; y si en aquella ocasión hubierais conservado la hegemonía durante todo el tiempo y en ella os hubieseis atraído odios como nosotros, estamos bien seguros de que hubierais llegado a ser para los aliados no menor motivo de queja que nosotros, y de que os hubierais visto obligados a establecer una dominación fuerte o correr peligro vosotros mismos. Por tanto, no hemos hecho nada digno de extrañeza ni fuera de la naturaleza humana al aceptar un imperio que se nos daba y no abandonarlo cediendo a los tres motivos más fuertes: la honra, el miedo y el interés; dado, por otra parte, que en esto no hemos sido los primeros, sino que siempre ha sido normal que el más débil sea reducido a la obediencia por el más poderoso, y que además creemos ser dignos de ello, y a vosotros mismos os lo parecíamos hasta que ahora, calculando vuestros intereses, utilizáis el lenguaje de la justicia, que ninguno, siéndole posible adquirir algo por la fuerza, ha tomado en consideración rehusando por ello una ventaja. Y son dignos de alabanza los que, llevados por la humana naturaleza a imperar sobre otros, sean más justos de lo que corresponde a sus fuerzas. Pues creemos que si otros tomaran nuestro imperio, harían ver muy bien nuestra moderación, mientras que a nosotros nos ha envuelto incomprensiblemente la difamación a causa de nuestra suavidad de gobierno.

77. Y así, se piensa que somos amigos de pleitos, nosotros que nos hallamos en desventaja en los juicios relativos a acuerdos comerciales[57] en que somos parte contra nuestra aliados, y que vemos sus pleitos ante nuestros tribunales con las mismas leyes que usamos para

nosotros mismos. Ninguno de ellos repara en la causa por la cual no se reprocha esto a los que tienen un imperio en alguna otra parte y son menos moderados que nosotros con sus súbditos: es que los que pueden usar de la violencia no necesitan ya someterse a juicio. Nuestros aliados, en cambio, acostumbrados a tratar con nosotros de igual a igual, si resultan perjudicados en algo en contra de su opinión de que no debía ser así, ya sea a causa de nuestra manera de pensar o de nuestra fuerza, procedente del imperio, no nos quedan agradecidos de no perder la mayor parte, sino que llevan más a mal el no tenerlo todo que si haciendo de mano caso omiso de la ley buscáramos por las claras nuestro interés; pues en ese caso ni ellos mismos negarían que es preciso que el más débil ceda ante el poderoso. Al parecer, los hombres se indignan más de sufrir injusticias que malos tratos, pues piensan que lo uno es un abuso en una situación de igualdad y lo otro una fuerza mayor desde una situación de superioridad. Cosas peores sufrieron de parte de los persas, por ejemplo, y las soportaron, mientras que nuestro imperio parece difícil de llevar, y con razón: pues el presente es siempre duro para los sometidos. Así vosotros, si nos vencieseis y tomaseis el mando, pronto perderíais la buena disposición con que os habéis encontrado debido al miedo que nos tienen, si es que vais a seguir siendo ahora de la misma manera de pensar que dejasteis traslucir cuando durante poco tiempo tuvisteis la hegemonía en la lucha contra los persas, pues vuestras costumbres dentro de vuestro territorio son distintas de las de los demás, y, por si fuera poco, los que salen fuera no siguen ni éstas ni las que son propias del resto de Grecia.

78. Deliberad pues con calma pensando que no se trata de asuntos pequeños, y no os metáis vosotros mismos en una situación difícil dejándoos persuadir por opiniones y quejas de otros. Pensad antes de hallaros en guerra cuántas

posibilidades de error hay en los planes que se hacen sobre ella, pues suele las más de las veces prolongarse y convertirse en cuestión de azar, de cuyo secreto distamos igual unos que otros y no se sabe en qué sentido de los dos tendría lugar la decisión. Cuando los hombres entran en guerra, se entregan lo primero a la acción, que debería ponerse en marcha lo último, y cuando sufren dificultades recurren ya a los razonamientos. Nosotros, pues, que ni hemos caído aún en este error ni os vemos en él a vosotros, os exhortamos a que mientras unos y otros tenemos aún libertad para las buenas resoluciones, no quebrantéis el acuerdo ni violéis los juramentos y resolváis las diferencias por vía legal conforme al tratado; y, en caso contrario, pondremos por testigo a los dioses por quienes juramos, e intentaremos defendernos de vosotros, los iniciadores de la guerra, siguiendo el camino por el que nos hayáis llevado».

79. Así hablaron los atenienses. Y una vez que los lacedemonios oyeron a los aliados sus acusaciones y a los atenienses lo que dijeron, hicieron retirarse a todos y se pusieron a deliberar ellos solos sobre la situación presente. Las opiniones de los más llevaban a lo mismo: que los atenienses obraban ya contra el tratado y que había que declararles la guerra inmediatamente; mas Arquidamo, su rey, que tenía fama de inteligente y prudente, se adelantó y habló de esta manera:

80. «Yo mismo tengo experiencia de muchas guerras ya, ¡oh lacedemonios!, y veo a algunos de vosotros de igual edad, que tienen motivos para no desear la guerra por inexperiencia, cosa que les podría suceder a los más, ni tampoco por creerla provechosa y segura. Podréis observar que ésta sobre la que ahora deliberamos no sería pequeña, bien considerada; pues nuestro poder es de calidad semejante al de los peloponesios y demás vecinos[58], y nos es posible ir prontamente a cualquier comarca; pero contra

unos hombres cuyo país está lejos, y además tienen gran experiencia del mar y están muy bien provistos de todo lo demás, dinero de los particulares y del estado, naves, caballos, armas y número de hombres cual no lo hay en ninguna otra región griega, y además tienen muchos aliados tributarios, ¿cómo se puede emprender ligeramente la guerra contra gente así y en qué hemos de confiar para darnos prisa a ello sin tener hechos los preparativos? ¿En la escuadra? Pero somos inferiores; y si nos adiestramos y hacemos también nosotros nuestros preparativos, pasa el tiempo. ¿O en el dinero? Pero en esto tenemos aún mayor inferioridad y ni contamos con él en el tesoro público ni es fácil aportarlo[59] de los recursos privados.

81. Mas quizá alguno tendrá confianza en que les somos superiores en armamento y número, de suerte que podemos devastar su territorio haciendo incursiones. Sin embargo, ellos tienen otro territorio sobre el que imperan y se procurarán por mar lo que necesiten. Y si intentamos que sus aliados les abandonen, tendremos que ayudarles con una escuadra, ya que casi todos son isleños. ¿Cuál será, pues, la clase de guerra que haremos? Porque si no les vencemos con una armada o les privamos de los ingresos con que mantienen en servicio su marina, sufriremos grandes fracasos. Y ya en estas circunstancias ni siquiera está bien hacer la paz, sobre todo si quedamos como los principales iniciadores de la disensión; pues no debemos dejarnos llevar por la esperanza de que la guerra acabará pronto si devastamos su territorio. Más bien temo que se la dejemos a nuestros hijos: tan de esperar es que los atenienses, dado su orgullo, ni se hagan esclavos de su territorio ni se asusten de la guerra como bisoños.

82. Tampoco os aconsejo que dejéis con indiferencia que causen perjuicios a nuestros aliados y que no les sorprendáis cuando tramen asechanzas, sino que no empuñéis las armas

todavía pero les mandéis enviados y les presentéis quejas sin amenazarles demasiado con la guerra ni hacerles ver que se lo consentiremos, y mientras tanto hagáis vuestros preparativos, tanto mediante la atracción de aliados, griegos y bárbaros, si podemos procurarnos en alguna parte una nueva fuerza naval o económica —pues no se nos debe reprochar a los que somos atacados por los atenienses que nos atraigamos para salvarnos no sólo griegos, sino también bárbaros—, como desarrollando al mismo tiempo nuestros propios recursos. Y si atienden a nuestras embajadas, mucho mejor; pero si no, es preferible atacarles bien preparados pasados dos o tres años, si nos parece. Y quizá cuando vean ya nuestros preparativos y nuestras palabras concordantes con ellos, cederán más fácilmente, ya que tendrán aún su territorio sin devastar y deliberarán acerca de riquezas existentes y aún no destruidas; pues no debéis considerar su territorio sino como un rehén que tenéis, y ello tanto más cuanto mejor esté cultivado; debéis respetarle el mayor tiempo posible y no poner a los atenienses en trance de desesperación y hacer que sean así más difíciles de vencer. Porque si devastamos su territorio aún no convenientemente preparados, incitados por las acusaciones de nuestros aliados, tened cuidado no sea que pongamos al Peloponeso en una situación más deshonrosa y desesperada; pues es posible dar satisfacción a las quejas de las ciudades y los individuos, mientras que no sería fácil acabar honrosamente una guerra que emprendiéramos todos juntos a causa de unos pocos y que no es posible saber cómo se desarrollará.

83. Y nadie considere cobardía el que no ataquemos rápidamente a una sola ciudad siendo nosotros muchos. Pues ellos tienen no menos aliados, que les pagan tributo, y la guerra, sobre todo la de hombres de tierra adentro contra marinos, no consiste tanto en las armas como en el dinero, que hace inútiles las armas. Procurémonoslo, pues, primero

y no nos dejemos mover antes de hacerlo por las palabras de nuestros aliados; y ya que somos los que tendremos en buena o mala parte casi toda la responsabilidad de las consecuencias de la declaración de guerra, preveamos tranquilamente algunas de ellas.

84. No os avergoncéis tampoco de la lentitud y demora, que es lo que más se nos reprocha; pues si os dais prisa, al atacar sin preparación, tardaréis más en acabar, y además habitamos una ciudad siempre libre y gloriosa[60]. Este rasgo de carácter es sin duda prudencia inteligente; pues gracias a él somos los únicos que no nos propasamos en los éxitos y cedemos menos que otros a los infortunios, no nos dejamos mover por el placer producido por los que nos incitan con su adulación a los peligros contra nuestro modo de pensar, y si alguno nos mueve a la acción mediante acusaciones, tampoco nos dejamos persuadir dolidos por ello; pues gracias a nuestra prudencia somos valientes en la guerra y de buen consejo: lo primero, porque el honor es una parte de la prudencia y el valor a su vez lo es del honor; y lo segundo, porque nos educamos demasiado rudamente para despreciar las leyes, y con demasiada disciplina y severidad para desobedecerlas; de tal modo que no censuramos de palabra con perfección —demasiado entendidos en cosas inútiles— los preparativos del enemigo y en la práctica obramos con una no tan grande[61]; y que además juzgamos que la manera de ser de los demás es semejante a la nuestra, y que los casos de azar que sobrevienen no se pueden prever con razonamientos. Siempre nos preparamos pensando en enfrentarnos con enemigos que han hecho bien sus planes; pues no se deben poner las esperanzas en los posibles errores de aquéllos, sino en que nosotros mismos hayamos tomado perfectamente las precauciones; y hay que pensar en que un hombre no difiere mucho de otro y es el más fuerte el que se educa con mayor severidad[62].

85. No abandonemos, pues, estos principios que nos dejaron en herencia nuestros padres y que nosotros hemos mantenido siempre con provecho propio, ni decidamos precipitadamente en una breve porción de día sobre muchas vidas, riquezas, ciudades y honor, sino con calma; pues podemos hacerlo así más que otros gracias a nuestras fuerzas. Enviad embajadores a Atenas acerca de Potidea; enviadlos también acerca de los agravios que nuestros aliados dicen que han sufrido, tanto más que están dispuestos a someterse a arbitraje: no es justo atacar primero como a un malhechor al que a ello está dispuesto. Y al mismo tiempo, preparaos para la guerra. Porque esto es lo mejor que podéis decidir y lo más temible para el enemigo».

De esta manera habló Arquidamo; y adelantándose el último Esteneladas, que era entonces éforo, dijo así:

86. «No entiendo el largo discurso de los atenienses; pues aunque se alabaron mucho a sí mismos, en ninguna parte dijeron que no hacen agravio a nuestros aliados y al Peloponeso; y, sin embargo, si se portaron bien en aquella ocasión contra los persas y ahora mal con nosotros, son dignos de un castigo doble por haberse convertido de buenos en malos. Nosotros, por el contrario, somos los mismos entonces y ahora, y, si somos prudentes, no toleraremos que nuestros aliados sean maltratados ni nos tardaremos en vengarlos; pues ellos no se tardan en sufrir calamidades. Porque otros tienen dinero, naves y caballos, pero nosotros tenemos valientes aliados que no se debe entregar en manos de los atenienses, como tampoco se debe resolver las diferencias con arbitrajes y negociaciones, puesto que no es de palabra como somos maltratados, sino que es necesario vengarlos rápidamente y con todas nuestras fuerzas. Y ninguno diga que nosotros los agraviados debemos deliberar, sino que es más justo que deliberen detenidamente los que van a hacer el agravio.

Votad pues la guerra, ¡oh lacedemonios!, conforme a la dignidad de Esparta, no traicionemos a nuestros aliados y marchemos por el contrario contra los culpables».

87. Diciendo ésto puso a votación el asunto, como éforo que era, ante la Asamblea de los lacedemonios. Aseguró Esteneladas que no percibía cuál de los dos clamores era mayor (pues votan gritando y no con piedras de voto), y queriendo que ellos se inclinaran más a la guerra al manifestar su opinión claramente, dijo: «Que aquellos de vosotros, ¡oh lacedemonios!, que piensen que el tratado ha sido violado, se levanten y vayan a aquel lugar —mostrándoles un lugar determinado—, y los que no opinen así, al otro lado». Se levantaron y repartieron en dos grupos, y resultaron muchos más los que pensaban que el tratado había sido violado. Y llamando a sus aliados les dijeron que era su opinión que los atenienses faltaban a sus compromisos, y que querían llamar a todos los aliados y hacer una votación a fin de emprender la guerra tras una deliberación conjunta, si les parecía bien. Regresaron ellos a sus respectivas ciudades tras conseguir esto, y después lo hicieron los embajadores atenienses, una vez que trataron del asunto a que venían. Esta decisión de la Asamblea tuvo lugar en el año catorce[63] desde el comienzo de la tregua de treinta años que se pactó después de la guerra de Eubea.

88. En realidad, los lacedemonios decidieron que la tregua había sido rota y era necesaria la guerra, no tanto persuadidos por las palabras de sus aliados como por el temor de que los atenienses creciesen en poder, pues veían que tenían ya sometida la mayor parte de Grecia.

89. Los atenienses llegaron a las circunstancias en que prosperaron del modo siguiente. Una vez que los persas se retiraron de Europa vencidos por mar y por tierra, y que de entre ellos fueron destrozados los que huyeron por mar a Micala, Leotíquides, el rey de los lacedemonios, que

mandaba a los griegos que lucharon en Micala, se retiró a su país con los aliados del Peloponeso; mientras que los atenienses y los aliados de Jonia y el Helesponto, que se habían rebelado ya contra el rey, se quedaron y sitiaron Sesto, que ocupaban los persas, y después de pasar allí el invierno la tomaron, retirándose los bárbaros; después de esto, se dispersaron desde el Helesponto en dirección a sus respectivas ciudades. Los magistrados de Atenas, en tanto, una vez que los bárbaros marcharon del país, trajeron del lugar donde los habían puesto a salvo[64] a los niños y mujeres y los bienes transportables de los atenienses, y se dispusieron a reedificar la ciudad y las murallas; pues sólo una muy pequeña parte del recinto fortificado estaba en pie y la mayoría de las casas se habían derrumbado, quedando indemnes sólo unas pocas, en las que se instalaron los persas principales.

90. Mas los lacedemonios, dándose cuenta de lo que iba a pasar, vinieron en embajada, en parte porque ellos mismos habrían visto con gusto que ni los atenienses ni ningún otro pueblo tuviera murallas, pero sobre todo porque sus aliados les impulsaban a ello y tenían miedo de su numerosa escuadra, que antes no lo era tanto, y del ardor que habían desplegado en las guerras médicas. Les pedían, pues, que no construyeran murallas, sino que por el contrario cuantos fuera del Peloponeso tenían en pie sus recintos fortificados, los demolieran al tiempo que ellos, sin mostrar a los atenienses su intención y sospechas, sino alegando que si volvieran los bárbaros no tendrían un lugar fortificado donde apoyarse, como ahora lo habían hecho en Tebas; y afirmaron que el Peloponeso era un lugar de retirada y una base de operaciones suficiente para todos. Mas los atenienses, por consejo de Temístocles, despidieron al punto a los lacedemonios que les hicieron esta proposición, diciendo que les enviarían embajadores acerca de la cuestión de que

hablaron; y Temístocles les aconsejó que le enviaran a él mismo a Esparta y que eligieran, además de él, otros embajadores; pero que no los mandaran inmediatamente, sino que esperaran hasta tanto que levantaran la muralla lo suficiente para defenderse desde la altura más indispensable; y que trabajaran en ella todos juntos, no respetando ningún edificio particular ni público del que pudieran sacar alguna utilidad para la construcción, sino cogiendo toda clase de materiales. Después de darles estas instrucciones y decirles que él se ocuparía de lo demás en Esparta, partió. Llegado a Esparta, no se presentaba a los magistrados, sino que dejaba pasar el tiempo y buscaba pretextos. Y cuando alguien que desempeñaba algún cargo público le preguntaba por qué no se presentaba a los magistrados, decía que esperaba a sus compañeros de embajada, pero que por una dificultad se habían retrasado, aunque esperaba que llegarían en seguida y se extrañaba de que no estuvieran ya allí.

91. Los que oían a Temístocles le creían por ser amigo de Esparta; pero cuando llegaban testigos presenciales y hacían claramente la acusación de que las murallas estaban siendo construidas y ganaban ya altura, no encontraban forma de ponerlo en duda. Dándose cuenta él, les invitó a que no se dejaran engañar con palabras y enviaran a algunos de sus conciudadanos de confianza que les dieran noticias fidedignas después de ver la realidad. Marcharon pues unos enviados, y Temístocles a su vez mandó otros en secreto a los atenienses para tratar de los primeros, a fin de que les retuvieran en la forma menos ostensible posible y no les dejaran marchar antes de regresar ellos —pues ya se habían unido a él sus compañeros de embajada, Abrónico, hijo de Lísides, y Arístides, hijo de Lisímaco, que le anunciaron que las murallas eran ya utilizables—; pues temía que los lacedemonios no les dejaran irse cuando se

enteraran de la verdad. Retuvieron, pues, los atenienses a los enviados como se les encargó y Temístocles se presentó ante los lacedemonios, y fue entonces cuando claramente dijo que su ciudad estaba ya fortificada de suerte que reunía condiciones para mantener a salvo a sus habitantes, y que si los lacedemonios o los aliados querían ir a ellos con alguna embajada, que fueran en adelante haciéndose la cuenta de que se dirigían a un pueblo que conocía lo que era conveniente para sí mismo y lo que lo era para todos; pues cuando los atenienses resolvieron que era preferible evacuar la ciudad y embarcarse, se atrevieron a ello sin contar con la opinión de los lacedemonios, y en cuantas cosas habían deliberado en unión de ellos se había visto que no eran inferiores a nadie en capacidad de juicio. Opinaban por tanto ahora que era preferible que su ciudad tuviera murallas y que esto había de ser más ventajoso para los ciudadanos en particular y para todos los aliados; pues no era posible deliberar en la Asamblea de los aliados con autoridad igual o semejante si no se poseía una defensa de guerra parecida a la de los demás. Afirmó que, en consecuencia, era preciso que o todos integraran la alianza careciendo de murallas o que pensaran que lo que los atenienses habían hecho estaba bien.

92. Los lacedemonios no dejaron ver su indignación al oírle —pues oficialmente no habían mandado embajadores para impedirles la obra, sino para aconsejar al pueblo ateniense, y además eran muy amigos del mismo Temístocles en aquel tiempo por su valor contra los persas—, pero lo llevaron a mal sin dejarlo ver, al no conseguir su deseo. Y los embajadores de ambas ciudades regresaron a su patria sin presentar reclamación alguna.

93. De esta manera amurallaron su ciudad los atenienses en poco tiempo, y la construcción deja ver todavía hoy que se hizo apresuradamente; pues las hiladas inferiores están

formadas por piedras de todas clases, y en algunos sitios no labradas, sino según llevaban cada una, y fueron incluidas muchas columnas funerarias y mármoles trabajados para otros fines. Porque el recinto amurallado fue ensanchado en todas direcciones, y debido a ello echaron mano de cualquier cosa para ir más de prisa. También les persuadió Temístocles a que amurallasen lo que faltaba del Pireo (se había empezado ya antes, durante el año en que fue él arconte de Atenas), pues consideraba que el lugar era de utilidad gracias a sus tres puertos naturales[65] y que al haberse los atenienses convertido en marinos tendrían grandes ventajas para adquirir poder —pues fue el primero que se atrevió a decir que debían dedicar sus esfuerzos al mar—; y al punto puso su parte en la iniciación de la empresa. Por su consejo construyeron el espesor de muralla que aún ahora se ve en torno al Pireo: las piedras las llevaban dos carros, uno de cada lado, y dentro de la muralla no había ni grava ni tierra, sino que consistía en grandes piedras cortadas en forma rectangular y unidas por fuera unas a otras con grapas de hierro sujetas con plomo. La altura se dejó aproximadamente a la mitad del primitivo proyecto; pues Temístocles quería alejar con el espesor y la altura de la muralla los ataques del enemigo, y pensaba que para guarnición bastaría con pocos hombres y los menos útiles, y que los demás se embarcarían. A las naves, en efecto, dedicaba casi toda su atención, por ver, según yo creo, que el paso a Grecia del ejército del Rey era más fácil por mar que por tierra; y pensaba que el Pireo era más útil que la ciudad del interior y exhortaba con frecuencia a los atenienses a que si alguna vez eran derrotados en tierra, bajaran a él y embarcándose hicieran frente a todos los enemigos. De este modo, inmediatamente después de la retirada persa los atenienses construyeron las murallas e hicieron sus otras fortificaciones.

94. En tanto fue enviado desde Esparta como general de los griegos Pausanias, hijo de Cleómbroto, con veinte naves del Peloponeso; y partieron con él los atenienses con treinta naves y otras muchas del resto de los aliados. Se dirigieron contra Chipre y se apoderaron de su mayor parte, y luego contra Bizancio, que ocupaban los persas, y la pusieron sitio y tomaron.

95. Mas resultando Pausanias ya en el mando de esta expedición demasiado duro, todos los demás griegos se lo llevaron a mal, y sobre todo los jonios y los que habían sido últimamente liberados del Rey. Y dirigiéndose repetidas veces a los atenienses les pedían que aceptaran el mando sobre ellos por su parentesco de raza, y que no sufrieran a Pausanias cuando se propasara. Los atenienses aceptaron sus proposiciones y se resolvieron a no tolerar los desmanes de aquél y a resolver las demás cuestiones como creyeran ellos más conveniente. En tanto, los lacedemonios hicieron regresar a Pausanias para juzgarle de lo que llegaba a su conocimiento, pues los griegos que iban a Esparta le acusaban de muchas injusticias, y aquello parecía más una imitación de la tiranía que el mando de un general. Y aconteció que coincidiendo con su llamada los aliados se pasaron a los atenienses por odio contra él[66], con excepción de los soldados del Peloponeso. Llegado a Esparta, tuvo que rendir cuentas de sus injusticias contra individuos particulares, pero en las acusaciones de más importancia fue absuelto: se le acusaba principalmente de relaciones con los persas, y parecía cosa muy clara. A Pausanias ya no le enviaron como jefe, pero sí a Dorcis y otros con un ejército no muy grande; y los aliados ya no les concedieron el mando. Ellos al verlo se volvieron y los lacedemonios ya no enviaron a ningunos otros posteriormente, pues temían que los que salían del país se corrompieran, como habían observado en Pausanias, tenían

deseos de quedar libres de la guerra contra los persas, y pensaban que los atenienses eran capaces de asumir el mando y estaban entonces en buenas relaciones con ellos.

96. Tomando, pues, el mando los atenienses de esta forma por voluntad de los aliados por el odio que tenían a Pausanias, señalaron las ciudades que debían aportar dinero para la guerra y las que debían aportar naves; el motivo oficial era vengarse de lo sufrido arrasando la tierra del Rey. Fue entonces cuando los atenienses establecieron la magistratura de los helenotamías[67], que recibían el tributo[68]; pues así fue llamada la contribución de dinero. El primer tributo que se estableció fue de cuatrocientos sesenta talentos, y el tesoro se guardaba en Delos, en cuyo templo se celebraban las Asambleas.

97. En un principio tenían los atenienses la hegemonía sobre aliados independientes y que deliberaban con ellos en Asambleas generales; y entre la guerra del Peloponeso y las médicas realizaron las siguientes empresas guerreras o diplomáticas, empresas que tuvieron lugar enfrentándose los atenienses contra los bárbaros o contra sus propios aliados cuando se insubordinaban o contra aquellos de los peloponesios con que chocaban en cada una de ellas. La razón de que yo las haya escrito y haya hecho esta digresión es que ninguno de mis predecesores trató de este punto y escribieron o la historia griega anterior a las guerras médicas, o las mismas guerras médicas; mientras que estas cosas el propio Helánico, que las trató de pasada en su *Historia ática*, las abordó con brevedad y sin rigor cronológico; además, esta digresión muestra de qué forma fue fundado el imperio ateniense.

98. Primeramente, bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades, los atenienses tomaron tras un asedio Eón la del Estrimón, que ocupaban los persas, y esclavizaron a sus habitantes[69]; después tomaron Esciros, la isla del mar

Egeo, que habitaban los dólopes, y la colonizaron. También tuvieron una guerra sin ayuda de los demás pobladores de Eubea contra los habitantes de Caristo, y por fin se avinieron a un acuerdo. Más tarde lucharon contra los naxios, que se les sublevaron[70], y los sometieron tras un asedio. Ésta fue la primera ciudad aliada que fue esclavizada contra lo estatuido, mas luego también lo fueron las demás una a una.

99. Junto a otras que había, las causas más importantes de las rebeliones eran la falta de dinero para el tributo y de naves, y en algunos casos la deserción, pues los atenienses eran rigurosos en el cobro y al aplicar medios de coacción extremos resultaban insoportables a gentes que no querían sufrir malos tratos ni estaban acostumbradas a ello. Había también otros motivos por los cuales los atenienses desempeñaban el mando con menos complacencia ya por parte de los aliados, y por ellos no hacían las expediciones con igualdad de fuerzas y les era fácil someter a los revoltosos: cosas de las cuales tuvieron la culpa los propios aliados; pues por esta su mala disposición para las expediciones militares, los más de ellos, a fin de no salir de su país, se impusieron contribuir con dinero en cantidad suficiente en vez de enviar naves, y la marina de los atenienses aumentaba con el dinero que los aliados aportaban, mientras que éstos cuando se rebelaban se encontraban sin preparativos militares e inexpertos en la guerra.

100. Después de todo esto tuvieron lugar las batallas naval y terrestre del río Eurimedonte entre los atenientes y sus aliados, y los persas; en el mismo día triunfaron en una y otra los atenienses bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades, apresaron algunos trirremes de los fenicios y destruyeron unos doscientos en total. Más tarde los tasios se les sublevaron[71] por diferencias acerca de los puertos comerciales y la mina[72] situados en la zona de Tracia, que

está enfrente de ellos, de que obtenían beneficios. Los atenienses marcharon con sus naves contra Tasos, vencieron en batalla naval y desembarcaron; y por entonces enviaron mil colonos de sus ciudadanos y de sus aliados para colonizar el lugar entonces llamado Los Nueve Caminos y ahora Anfípolis, y se apoderaron de Los Nueve Caminos, que habitaban los edonos; pero al avanzar hasta el interior de Tracia fueron destrozados en Drabesco de Edonia por los tracios unidos, para quienes la fundación de la colonia era una amenaza.

101. En tanto los tasios, una vez vencidos en batalla y sitiados, llamaron en su auxilio a los lacedemonios y les pidieron que les ayudaran invadiendo el Ática. Lo prometieron aquéllos sin que se enteraran los atenienses, y estaban dispuestos a ello, pero se lo impidió un terremoto que tuvo lugar[73], coincidiendo con el cual, por otra parte, se les sublevaron, retirándose al Itoma[74], los hilotas y los periecos de Turia y Etea. Los más de los hilotas eran descendientes de los antiguos mesenios esclavizados; razón por la cual todos los sublevados fueron conocidos como «los mesenios». Los lacedemonios estaban, pues, en guerra contra los del Itoma; y en tanto los tasios al tercer año de asedio capitularon ante los atenienses, destruyendo las murallas, entregando las naves, aceptando que se les fijase la cantidad que debían dar inmediatamente y pagar como tributo en adelante, y renunciando al continente y a la mina.

102. Los lacedemonios, al prolongarse la guerra contra los del Itoma, llamaron en su ayuda a los atenienses entre otros aliados, y vinieron bajo el mando de Cimón con no pocas tropas. La principal razón de llamarles es que tenían fama de ser buenos para el asalto de obras fortificadas, y el asedio, que se prolongaba mucho, tenía precisión de esto, pues si no hubiera sido por ello habrían tomado el lugar por la fuerza. Fue en esta expedición cuando por primera vez se

hizo manifiesto el desacuerdo entre los lacedemonios y los atenienses, pues los lacedemonios, en vista de que no tomaban la fortaleza, temiendo la audacia e inquietud de los atenienses y considerándolos además extraños, los despidieron a ellos solos de entre los aliados, no fuera que si se quedasen tramaran alguna maquinación persuadidos por los del Itoma; mas no manifestaron su sospecha, sino que dijeron que ya no los necesitaban. Pero los atenienses se dieron cuenta de que no los despedían con buena intención, sino porque habían tenido alguna sospecha, y tan pronto como se marcharon, como se lo tomaron a mal y no estaban dispuestos a aguantar esto a los lacedemonios, dejaron la alianza que habían hecho con ellos contra los persas y se aliaron con los argivos, enemigos suyos, y unos y otros hicieron una alianza privada con los tesalios.

103. Los del Itoma, en tanto, al llegar el décimo año y no poder resistir ya más, capitularon ante los lacedemonios con la condición de salir del Peloponeso bajo la protección del acuerdo convenido, y no volver nunca a él; y que si alguno regresara y fuera detenido, pasara a ser esclavo del que le apresara. Ya antes de esto había para los lacedemonios un oráculo pítico que decía que «dejaran marchar al suplicante del Zeus del Itoma». Salieron, pues, del país con sus hijos y mujeres, y los atenienses los acogieron, por odio ya contra los lacedemonios, y los establecieron en Naupacto, que habían tomado hacía poco a los locrios ozolos, de quienes era. También los megarenses se hicieron aliados de los atenienses, separándose de los lacedemonios porque los corintios les hacían la guerra por una cuestión de fronteras. Los atenienses pusieron guarniciones en Megara y Pegas, construyeron para los megarenses los Muros Largos de Megara a Nisea[75], y pusieron tropas suyas para guarnecerlos. Es éste el principal motivo de que naciera en los corintios su terrible odio contra los atenienses.

104. En tanto el libio Inaro, hijo de Psamético, rey de los libios vecinos de Egipto, comenzando por Marea, la ciudad que está al norte de Faro, sublevó contra el rey Artajerjes la mayor parte de Egipto[76] y, constituido en jefe, llamó junto a sí a los atenienses. Éstos, que estaban en Chipre en una expedición militar con doscientas naves suyas y de sus aliados, fueron allí, abandonando Chipre, y remontando el Nilo desde el mar y haciéndose dueños del río y de las dos terceras partes de Menfis, emprendieron la lucha contra la tercera, que se llama Fortaleza Blanca; allí se hallaban los persas y medos que habían buscado refugio y los egipcios que no se habían sublevado.

105. También tuvo lugar una batalla naval entre los atenienses, que habían desembarcado en Halieis, y los corintios y epidaurios, y vencieron los corintios. Más tarde los atenienses riñeron batalla naval junto a Cecrifalia con una escuadra peloponesia, y vencieron los atenienses. Y después de esto estalló una guerra entre ellos y los eginetas y tuvo lugar una gran batalla naval junto a Egina entre los eginetas y los atenienses, junto con los aliados de cada uno, y vencieron los atenienses, y apresando setenta naves de los eginetas, desembarcaron y pusieron sitio a su ciudad bajo el mando de Leócrates, hijo de Estrebo. Entonces los peloponesios, queriendo ayudar a los eginetas, enviaron a Egina trescientos hoplitas que antes habían ayudado a los corintios y epidaurios, y los corintios ocuparon las alturas de Gerenia[77] y bajaron al territorio de Megara con sus aliados, creyendo que los atenienses no podrían ir en auxilio de los megarenses por tener un gran ejército en Egina y en Egipto, y que si les ayudaban, tendrían que retirarse de Egina. Mas los atenienses no tocaron el ejército que sitiaba Egina[78], sino que los viejos y los jóvenes, que se habían quedado en la ciudad, llegaron a Megara bajo el mando de Mirónides. Y después de una batalla indecisa con los corintios, ambos

bandos se separaron y los dos creyeron no haber llevado la peor parte en la batalla. Los atenienses, que, a pesar de todo, lograron un triunfo mayor, levantaron un trofeo cuando se retiraron los corintios; y éstos, cubiertos de reproches por los viejos que habían quedado en la ciudad, hicieron sus preparativos y, yendo unos doce días después, se dispusieron a levantar a su vez un trofeo en señal de que también ellos habían vencido. Mas los atenienses marcharon a su encuentro desde Megara, mataron a los que levantaban el trofeo y vencieron a los demás en batalla.

106. Los corintios se retiraron vencidos y una parte no pequeña, empujada por el enemigo y errando el camino, se metió en una posesión de un particular que tenía un gran foso cercándola y carecía de salida. Los atenienses, al darse cuenta, les cerraron el paso por delante y, colocando en círculo la infantería, lapidaron a todos los que entraron, cosa que fue un mal golpe para los corintios. Y el grueso de su ejército se retiró hacia su ciudad.

107. Por estos tiempos[79] comenzaron a construir los atenienses los Muros Largos que llegaban hasta el mar, tanto el de Falero como los de Pireo. Y habiendo realizado los foceos una expedición militar contra el país de los dorios[80] —la metrópoli de los lacedemonios—, concretamente contra Beón, Citinion y Erineon, en la que tomaron una de estas ciudades, los lacedemonios fueron en ayuda de los dorios al mando de Nicomedes, hijo de Cleómbroto —que iba en lugar de Plistoanacte, hijo de Pausanias, que aún era menor de edad—, con mil quinientos hoplitas suyos y diez mil de los aliados; y una vez que obligaron a los foceos a devolver la ciudad, se retiraron. Y los atenienses estaban dispuestos a cortarles el paso por mar, haciendo que su escuadra diera la vuelta al Peloponeso, en el caso de que quisieran atravesarlo por el golfo de Crisa; mas tampoco les parecía seguro pasar por Gerenia por tener los atenienses ocupadas Megara y

Pegas, pues Gerenia es difícil de cruzar y tenía una guarnición ateniense, y se habían dado cuenta de que también por aquel sitio les iban a cortar el paso. Decidieron, pues, quedarse en Beocia y ver de qué manera podrían pasar al Peloponeso con mayor seguridad. Por otra parte, algunos atenienses les invitaban a dirigirse a su ciudad con la esperanza de que derrocarían la democracia y detendrían la construcción de los Muros Largos. Pero los atenienses marcharon contra ellos con todas sus fuerzas, mil argivos y los contingentes de los demás aliados, en total catorce mil hombres. Hicieron esta salida creyendo que los lacedemonios no sabían por dónde pasar al Peloponeso, y además por sospechar que trataban de derrocar la democracia. También llegaron al campo ateniense en virtud de alianza jinetes tesalios, que durante el combate se pasaron a los lacedemonios.

108. Y vencieron los lacedemonios y los aliados en la batalla, que tuvo lugar en Tanagra de Beocia[81], habiendo muchas pérdidas por ambas partes. Los lacedemonios se dirigieron a la ciudad de Megara, y después de talar los árboles volvieron a su país; y los atenienses a los sesenta y dos días de la batalla emprendieron una expedición contra los beocios al mando de Mirónides, y venciéndolos en batalla en Enófita se adueñaron de Beocia y Fócide, demolieron las murallas de Tanagra, tomaron como rehenes a los cien hombres más ricos de los locrios opuntios y terminaron sus Muros Largos. Por otra parte, después de esto los eginetas capitularon ante los atenienses[82], destruyendo sus murallas, entregando las naves, y comprometiéndose a pagar tributo en adelante. Y, además, los atenienses, al mando de Tólmides, hijo de Tolmeo, costearon el Peloponeso e incendiaron el arsenal de los lacedemonios[83], tomaron Calcis, ciudad de los corintios, y vencieron en batalla a los sicionios en un desembarco.

109. En tanto, continuaban en Egipto los atenienses y sus aliados, y la guerra tuvo para ellos muchas alternativas. Primero los atenienses eran dueños de Egipto y el Rey envió al persa Megabazo con dinero a Esparta, con el fin de convencer a los lacedemonios a que invadieran el Ática y alejar así a los atenienses de Egipto. Pero como vio que el plan no le salía bien y el dinero se gastaba en vano, envió a Egipto a Megabizo, hijo de Zopiro, con un gran ejército, el cual, una vez llegado, venció en batalla a los egipciós y sus aliados y expulsó del territorio de Menfis a los griegos y, por fin, los redujo a la isla Prosopitis[84] y los tuvo allí cercados un año y seis meses, hasta que, secando el canal y desviando a otra parte el agua, dejó en seco las naves y la mayoría de la isla, convertida así en parte del continente, y, pasando el canal a pie, la ocupó.

110. De este modo se perdió la causa de los griegos[85], que habían luchado durante seis años, y unos pocos de los muchos que eran se pusieron a salvo en Cirene, atravesando Libia, mientras que los más murieron. Y de nuevo Egipto quedó sometido al Rey con excepción de Amirteo, el rey de los pantanos; a éste no le pudieron dominar debido a la gran extensión de la zona pantanosa y a que, además, los habitantes de los pantanos son los más belicosos de los egipcios. Inaro, el rey de los libios, que fue el organizador de este movimiento de Egipto, fue apresado a traición y empalado. Por otra parte, cincuenta trirremes que fueron a Egipto procedentes de Atenas y de los otros aliados para el relevo, llegaron a tierra junto al brazo de Mendes sin saber nada de lo ocurrido, y casi todas las naves fueron destrozadas por la infantería, que las atacó desde tierra, y la escuadra fenicia, que lo hizo desde el mar, mientras que las menos huyeron.

111. En tanto Orestes, el hijo del rey tesalio Equécrates, desterrado de Tesalia, persuadió a los atenienses a que le

restauraran, y los atenienses avanzaron hasta Fársalo de Tesalia en unión de los beocios y foceos, sus aliados. Y eran dueños del país en no alejándose mucho de sus campamentos —pues los jinetes tesalios les cerraban el paso —, pero no tomaron la ciudad ni les salió bien ninguna otra cosa de las que motivaron la expedición, sino que se retiraron con Orestes sin tener éxito. No mucho después[86] de esto, mil soldados atenienses se embarcaron en las naves estacionadas en Pegas, que ocupaban, navegaron a lo largo de la costa hasta Sición bajo el mando de Pericles, hijo de Jantipo, y, desembarcando, vencieron en batalla a los sicionios que les salieron al encuentro. E inmediatamente tomaron consigo tropas aqueas y, dando la vuelta al Peloponeso, hicieron una expedición contra Eníadas de Acarnania y la pusieron sitio, aunque no la tomaron, sino que regresaron a su país.

112. Tres años después[87], los peloponesios y los atenienses concertaron un tratado de paz por cinco años. Los atenienses se abstuvieron de guerrear c6ntra los griegos y organizaron una expedición contra Chipre, bajo el mando de Cimón, con doscientas naves propias y de los aliados. De ellas sesenta se dirigieron a Egipto reclamadas por Amirteo, el rey de los pantanos, y las demás pusieron sitio a Cition. Mas como murió Cimón e hizo su aparición el hambre, se retiraron de Cition[88], y a la altura de Salamina de Chipre riñeron batalla naval y terrestre al tiempo con los fenicios chipriotas y cilicios y, venciendo en ambas, emprendieron el regreso a Atenas y con ellos las naves que volvieron de Egipto. Después de estas campañas, los lacedemonios emprendieron la llamada Guerra Santa, y apoderándose del templo de Delfos se lo entregaron a los delfios, y a su vez más tarde, cuando aquéllos se retiraron, los atenienses hicieron una expedición y, apoderándose de él, se lo entregaron a los foceos.

113. Algún tiempo después[89] de esto, los atenienses, en vista de que los desterrados beocios eran dueños de Orcómeno, Queronea y algunos otros lugares de Beocia, hicieron una expedición contra estas ciudades enemigas al mando de Tólmides, hijo de Tolmeo, con mil hoplitas propios y los contingentes de los aliados. Y habiéndose apoderado de Queronea y vendido como esclavos a sus habitantes, se retiraron, dejando una guarnición. Mas en Coronea, y mientras iban de marcha, les atacaron los beocios desterrados de Orcómeno y con ellos los locrios, algunos deterrados de Eubea y todos los demás del mismo bando; y venciendo en batalla mataron a parte de los atenienses e hicieron prisioneros a otros. Evacuaron entonces los atenienses toda Beocia, concertando un tratado de paz con la condición de recuperar los prisioneros. De este modo los desterrados beocios regresaron a sus ciudades, y ellos y todos los demás recuperaron la independencia.

114. No mucho después de esto[90], Eubea se rebeló contra los atenienses. Y cuando ya había pasado a ella Pericles con un ejército ateniense, le anunciaron que Megara se había sublevado, que los peloponesios estaban a punto de invadir el Ática y que la guarnición ateniense había sido aniquilada por los megarenses, con excepción de los que se refugiaron en Nisea; los megarenses se habían sublevado atrayéndose la alianza de los corintios sicionios y epidaurios. Pericles, en consecuencia, llevó su ejército rápidamente de Eubea al continente. Y a continuación los peloponesios penetraron dentro del Ática hasta Eleusis y Tría bajo el mando de Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios; y sin avanzar más allá emprendieron el regreso a su país. Los atenienses entonces pasaron de nuevo a Eubea bajo el mando de Pericles y se apoderaron de toda ella, adueñándose del territorio de Hestiea después de

expulsar a sus habitantes y reorganizando políticamente el resto en virtud de una capitulación.

115. Poco después se retiraron de Eubea y concertaron con los lacedemonios y sus aliados un tratado de paz por treinta años, devolviendo Nisea, Pegas, Trozena y Acaya, pues éstos eran los territorios peloponesios que tenían en su poder.

Seis años más tarde[91] estalló una guerra por Priena entre los samios y los milesios; y los milesios, que llevaban la peor parte en la guerra, fueron a Atenas y acusaron a los samios. Les ayudaban algunos samios que querían cambiar la constitución. Fueron, pues, los atenienses a Samos con cuarenta naves, e implantaron la democracia, tomaron rehenes de los samios, a saber, cincuenta niños y cincuenta hombres, los pusieron en seguridad en Lemnos y se retiraron de Samos, dejando una guarnición. Mas algunos samios que no esperaron su llegada y huyeron al continente, concertaron una alianza con los hombres más influyentes de la isla y con Pisutnes, hijo de Histaspes, sátrapa de Sardes, y alistando unos ochocientos hombres en calidad de tropas auxiliares, pasaron de noche a Samos. Primero atacaron al partido popular y se apoderaron de la mayoría de sus miembros, y luego libertaron furtivamente a los rehenes de Lemnos y se rebelaron contra Atenas, entregando a Pisutnes la guarnición ateniense y los magistrados[92] que estaban en la isla, y preparándose inmediatamente a realizar una expedición contra Mileto. También los bizantinos se unieron a su sublevación.

116. Al enterarse los atenienses, se dirigieron a Samos con sesenta naves, de las cuales dieciséis no entraron en acción, pues algunas de ellas habían marchado a Caria a vigilar las naves fenicias, y las demás, a Quíos y Lesbos a pedir ayuda; con las otras cuarenta y cuatro naves lucharon los atenienses al mando de Pericles y otros nueve almirantes

junto a la isla Tragia contra setenta naves samias, de las cuales veinte eran transportes militares —pues todas ellas venían de Mileto—, y vencieron los atenienses. Más tarde les llegaron de Atenas como refuerzo cuarenta naves, y de Quíos y Lesbos veinticinco; y desembarcando y venciendo con las tropas de tierra, pusieron sitio a la ciudad con tres muros, y a la vez desde el mar. Sin embargo, Pericles, con sesenta naves de las que allí anclaban, marchó rápidamente a Cauno de Caria, pues llegaron informes de que unas naves fenicias navegaban contra ellos; porque Esteságoras y otros habían salido de Samos con cinco naves para llamar a la escuadra fenicia.

117. Entonces los samios hicieron una salida repentina con sus naves y, lanzándose contra la escuadra ateniense del bloqueo, que carecía de protección[93], destruyeron las naves de vigilancia, vencieron en batalla a las que les salieron al encuentro, y se hicieron dueños del mar que baña su isla durante catorce días, haciendo entrar y salir lo que querían. Mas al regresar Pericles con sus naves, quedaron bloqueados. Y a continuación vinieron de Atenas como refuerzo cuarenta naves al mando de Tucídides[94], Hagnón y Formión, y veinte al mando de Tlepólemo y Anticles, y de Quíos y Lesbos, treinta. Los samios riñeron una corta batalla naval; pero no pudiendo resistir sucumbieron al asedio y se rindieron, destruyendo las murallas, dando rehenes, entregando las naves, y comprometiéndose a pagar a plazos el dinero gastado. También los bizantinos se avinieron a continuar siendo súbditos de Atenas como antes.

118. No muchos años después de esto tuvieron lugar los acontecimientos ya citados, o sea las guerras de Corcira y Potidea y los demás incidentes que vinieron a ser motivos de la guerra del Peloponeso. Todas estas luchas de los griegos entre sí y contra los bárbaros, se desarrollaron durante unos cincuenta años que van de la retirada de Jerjes al comienzo

de la guerra del Peloponeso, en los cuales los atenienses consolidaron su imperio y alcanzaron gran fuerza. Y los lacedemonios, aunque se daban cuenta de ello, no se lo estorbaban sino en corta medida, y permanecieron en paz la mayor parte del tiempo, pues ya antes eran lentos para entrar en guerra, a no ser que se vieran obligados, y entonces se lo impedían además luchas intestinas[95]; esto hasta que la fuerza de los atenienses aumentó visiblemente y comenzaron a subyugar a sus aliados, pues entonces ya no lo consideraron soportable, sino que decidieron que debían actuar con decisión y arruinar, a ser posible, la potencia ateniense emprendiendo esta guerra.

Habían votado, pues, los lacedemonios que el tratado de paz había sido violado y que los atenienses faltaban a sus compromisos, y mandaron enviados a Delfos a preguntar al dios si sería conveniente para ellos declarar la guerra. Él les respondió, según se dice, que vencerían si luchaban con todo su poder, y aseguró que él mismo les ayudaría invocado o no invocado.

119. Y convocando de nuevo a los aliados pusieron a votación si se debía declarar la guerra. Llegaron los delegados de los aliados, se reunió la Asamblea, y después de haber dicho los demás lo que quisieron, los más acusando a los atenienses y pidiendo la guerra, los corintios, que ya antes habían pedido a cada ciudad en particular que votara la guerra, presentes allí también y tomando la palabra los últimos, hablaron así:

120. «No debemos censurar a los lacedemonios, ¡oh aliados!, porque no hayan votado ellos mismos la guerra y ahora nos reúnan a nosotros para ello. Pues los hegemones deben cuidar de los asuntos comunes a la vez que se cuidan de los suyos propios, ya que también son honrados por todos con preferencia a los demás. Ahora bien: cuantos de nosotros han tenido relaciones antes de ahora con los

atenienses, no necesitan que se les advierta que se pongan en guardia contra ellos; pero los que viven más al interior y no en las rutas marítimas, deben saber que si no ayudan a los del litoral, les será más difícil la exportación de los productos agrícolas y la llegada de los que el mar a su vez da a la tierra; y deben ser jueces diligentes de lo que ahora decimos como de cosas que les conciernen, y tener la seguridad de que si abandonan los intereses de la costa, un día el peligro llegará hasta ellos, y de que ahora están deliberando acerca de ellos mismos tanto como acerca de nosotros. Por lo cual no deben vacilar en emprender la guerra renunciando a la paz; pues es propio de hombres prudentes conservar la paz si no son ultrajados, y de hombres valerosos, trocar la paz en guerra al serlo, y en circunstancias favorables llegar a un acuerdo, dejando ya la guerra, y no envanecerse con su fortuna en ésta ni dejarse ultrajar por lo agradable de la tranquilidad de la paz; pues el que vacila a causa de este agrado es al que más pronto se le arrebata la dulzura de la inactividad, por la que vacila, mientras que el que se ensoberbece en la guerra por su buena fortuna, no piensa que se deja envanecer con una temeridad traicionera. Pues así como muchas decisiones erróneas salieron bien porque dieron con un enemigo aún más irreflexivo, muchas más todavía que se consideraban bien tomadas dieron con vergüenza un resultado contrario, porque ninguno hace sus planes y los pone en práctica con igual confianza, sino que hacemos nuestros cálculos en seguridad mientras que en la acción fallamos por miedo.

121. Nosotros, por el contrario, declaramos la guerra ultrajados y con motivos de queja suficientes, y cuando nos hayamos vengado de los atenienses, la depondremos a tiempo. Y hay muchas razones para que venzamos: primero, que somos superiores en número y en experiencia bélica; luego, que todos cumplimos por igual las órdenes y

equiparemos una escuadra, que es la fuerza de Atenas, con los recursos de que disponemos cada ciudad y con el dinero de Delfos y Olimpia; pues si hacemos un empréstito podemos con una soldada mayor quitar a Atenas sus remeros extranjeros. Porque la potencia ateniense es comprada más que propia; mientras que a la nuestra no le ocurre esto, ya que consiste más en guerreros que en dinero. Con una victoria naval es de esperar que sucumban; y si hacen aún frente, nos ejercitaremos también nosotros durante más tiempo en el arte naval, y cuando les igualemos en práctica, les venceremos sin duda con el valor; pues lo bueno que tenemos por naturaleza no podrían adquirirlo ellos mediante la enseñanza, mientras que la ventaja en conocimientos técnicos que poseen la podemos adquirir mediante el ejercicio. Y aportaremos dinero para tener para ello, pues sería lastimoso que los aliados de los atenienses no se cansaran de pagar tributo para su propia esclavitud, y nosotros, en cambio, no gastáramos para salvarnos a nosotros mismos a la vez que nos vengamos de nuestros enemigos, y para que no nos arrebaten nuestro dinero y se nos maltrate con su ayuda.

122. Tenemos además otros medios para ganar la guerra: hacer sublevarse a los aliados de los atenienses, que es la mejor manera de privarles de sus ingresos, que son su fuerza; construir fortificaciones en su territorio; y otras cosas que uno no podría prever ahora: pues una guerra no se desarrolla en modo alguno bajo leyes fijas, sino que saca de sí misma la mayor parte de los expedientes oportunos a las circunstancias; y por esta razón el que se comporta en ella desapasionadamente es más fuerte, y el que se apasiona respecto a la misma sufre grandes fracasos.

Consideremos además que si se tratara de diferencias por la frontera de los respectivos territorios entre algunas ciudades en particular y un enemigo de igual fuerza, la cosa

sería tolerable; pero la realidad es que los atenienses son dignos rivales de todos nosotros juntos, y aun más poderosos si se nos considera a cada ciudad aisladamente; de modo que a no ser que los diversos pueblos y ciudades nos defendamos de ellos todos juntos y con un plan unitario, nos subyugarán sin dificultad al encontrarnos divididos. Y aunque a alguno le duela oírlo, sepa que la derrota no nos traerá otra cosa que la esclavitud pura y simplemente: el solo hecho de que se enuncie esta posibilidad y que tantas ciudades puedan sufrir calamidades a mano de una sola, es una vergüenza para el Peloponeso; pues si ocurriera así, se pensaría que o lo sufríamos con justicia o lo tolerábamos por cobardía y nos mostrábamos inferiores a nuestros padres, que libertaron a Grecia, mientras que nosotros ni siquiera conservamos este estado para nosotros mismos, sino que dejamos que una ciudad ocupe el papel de tirano al tiempo que pretendemos derrocar a los de las diversas ciudades. No podemos concebir que esta manera de proceder esté libre de una de las tres mayores calamidades, estupidez o cobardía o abandono. Pues no es escapando de ellas como habéis llegado a ese desprecio por los atenienses, causa de perdición para muchos que de arruinar a tantos ha recibido el nuevo nombre de locura[96].

123. ¿Para qué reprobar lo pasado en mayor medida de lo que es útil para las circunstancias presentes? En cambio, es preciso que nos preocumos por el futuro buscando salida a la situación actual —pues es herencia de nuestros antepasados el lograr éxitos a fuerza de trabajos— y que no cambiemos nuestra manera de ser porque ahora les aventajéis un poco en riqueza y fuerza —porque no es justo que lo que se adquirió con la pobreza se pierda con la riqueza—, sino que vayamos a la guerra confiados por muchos motivos, ya que el dios lo ha mandado y ha prometido que nos ayudará, y el resto de Grecia luchará con

nosotros, ya por miedo, ya por conveniencia. Y no tomaréis la iniciativa en violar el tratado de paz, que el dios al ordenaros luchar declara ya violado, sino que, por el contrario, lo defenderéis al verlo violado; pues no quebrantan una paz los que se defienden, sino los que atacan los primeros.

124. Por todo ello, ya que por todas partes que se mire os está bien entrar en guerra y que nosotros os exhortamos a ello en interés de todos, si es cierto que la mayor garantía está en que los estados o los particulares tengan los mismos intereses, no os tardéis en socorrer a los potideatas, que son dorios y sitiados por jonios, situación inversa a la de antes, y en procurar la libertad de los demás, pues no es ya aceptable que, mientras esperamos, los unos suframos ya daños y a los otros les ocurra lo mismo poco después si se llega a conocer que nos reunimos, pero no nos atrevemos a defendernos; por el contrario, ¡oh aliados!, pensad que habéis llegado a un caso de necesidad extrema y además que nuestros consejos son los mejores, y votad la guerra sin temer el peligro del momento, sino deseando la paz más duradera procedente del mismo —pues la paz se establece con firmeza mediante la guerra, mientras que es mucho más peligroso no entrar en guerra renunciando a aquélla—. Considerando que la ciudad tirano que se ha instaurado en Grecia se ha instaurado igual para todos, ya que sobre algunos impera ya y sobre los demás proyecta hacerlo, subyuguémosla lanzándonos al ataque, vivamos sin peligro en adelante, y libertemos a los griegos que ahora están esclavizados». Así hablaron los corintios.

125. Los lacedemomos, después que oyeron la opinión de todos, hicieron votar a los aliados presentes uno tras otro, tanto a las ciudades mayores como a las menores; y la mayoría votó la guerra.

Pero, una vez decidida, no podían emprenderla inmediatamente no estando preparados, y resolvieron que cada uno se procurara lo que necesitara y que no hubiera demora. Sin embargo, mientras se equipaban con lo que precisaban pasó casi un año hasta que invadieron el Ática y entraron en guerra de un modo declarado.

126. En este tiempo enviaron embajadores a Atenas para presentar reclamaciones a fin de tener el mejor pretexto posible para hacer la guerra si no les atendían. Primero enviaron embajadores los lacedemonios, y exigieron que los atenienses desterraran a los sacrílegos[97] contra la diosa. El sacrilegio consistía en esto: Cilón fue un antiguo ateniense, vencedor en los juegos olímpicos, noble y poderoso; estaba casado con una hija de Teágenes de Megara, que era en aquel tiempo tirano de Megara. En una consulta al oráculo que Cilón hizo en Delfos, el dios le respondió que en la mayor fiesta de Zeus se apoderara de la Acrópolis de Atenas. Él, tomando tropas de Teágenes y convenciendo a sus amigos, en cuanto llegaron las fiestas olímpicas del Peloponeso se apoderó de la Acrópolis con intención de implantar la tiranía, pensando que aquélla era la mayor fiesta de Zeus y que además tenía relación con él, que había vencido en los juegos de la misma; pues ni el propio Cilón se paró a considerar ni el oráculo dejó ver si se había dicho la mayor fiesta del Ática o de algún otro sitio (pues los atenienses tienen las Diasias, que son conocidas como la mayor fiesta de Zeus Miliquio, que se celebra fuera de la ciudad y en la que todo el pueblo hace muchos sacrificios, pero no con víctimas, sino con ofrendas incruentas del país), sino que creyendo que acertaba puso mano al asunto. Mas los atenienses, al darse cuenta, corrieron todos contra ellos desde los campos y les pusieron sitio. Pasado el tiempo, los atenienses, cansados del asedio, se marcharon casi todos, encomendando a los nueve arcontes el sitio y la dirección de

todo el asunto del modo que mejor les pareciera, con plenitud de poderes; pues entonces los nueve arcontes estaban encargados de la mayor parte de los asuntos públicos. En tanto, los que estaban sitiados con Cilón se hallaban en aprieto por falta de víveres y agua. En consecuencia, Cilón y su hermano huyeron furtivamente; y los otros, como estaban en un trance apurado y algunos morían de hambre, se sentaron como suplicantes en el altar[98] de la Acrópolis. Mas los atenienses que se habían encargado de la guardia les hicieron retirarse de él, y al ver que se les morían en el templo, bajo promesa de que no les harían ningún mal, se los llevaron y los mataron; e incluso acabaron con algunos que al pasar se sentaron en los altares de las augustas diosas[99]. A consecuencia de esto, tanto ellos como sus descendientes[100] fueron considerados sacrílegos y profanadores de la diosa. Desterraron los atenienses a aquellos sacrílegos, y los desterró también más tarde el lacedemonio Cleómenes en unión de una facción ateniense[101]; no sólo desterraron a los vivos, sino que desenterraron los huesos de los muertos y los arrojaron lejos de la frontera; sin embargo, regresaron posteriormente, y su descendencia aún vive en la ciudad.

127. Estos sacrílegos son los que los lacedemonios exigían que se expulsara, vengando a los diosas como primera providencia, según ellos, y en realidad porque sabían que Pericles, hijo de Jantipo, estaba implicado en el sacrilegio por parte de su madre[102], y pensaban que si era desterrado sería más favorable para ellos la política de los atenienses. Sin embargo, no confiaban tanto en que le sucediese esto como en desacreditarle ante el pueblo sugiriendo que la guerra estallaría a causa, en buena parte, de su desgracia[103]; pues como hombre que era el más influyente de su época y que estaba al frente de la política ateniense, se oponía en todo a los lacedemonios y no

consentía en que se cediese, sino que incitaba a los atenienses a la guerra.

128. Exigieron a su vez los atenienses que los lacedemonios desterraran a los culpables del sacrilegio de Ténaron, pues los lacedemonios habían hecho salir una vez del templo de Poseidón a unos suplicantes hilotas y, llevándoselos, los mataron; motivo por el cual creen que les sobrevino el gran terremoto de Esparta. Y exigieron también que desterraran a los culpables del sacrilegio de Atena Calcieco[104], que fue de este modo. Después que el lacedemonio Pausanias fue hecho regresar por los espartanos de su puesto de mando en el Helesponto, y que una vez juzgado fue absuelto, ya no fue enviado oficialmente; pero él, particularmente, llegó al Helesponto con un trirreme de Hermiona, según decía para hacer la guerra contra los medos, pero en realidad para llevar a cabo negociaciones con el Rey como ya lo había intentado antes, pues deseaba el imperio sobre Grecia. El primer servicio que había prestado al Rey fue con el motivo siguiente, dando así comienzo a su intento. Cuando en su anterior estancia en el Helesponto, después de la retirada de Chipre, tomó Bizancio, que ocupaban los medos y entre ellos algunos parientes y familiares del Rey, que fueron hechos prisioneros, le devolvió al Rey estos prisioneros a escondidas de los demás aliados; oficialmente, se fugaron. Ponía en práctica su plan en inteligencia con Gongilo de Eretria, a quien confió Bizancio y los prisioneros. Despachó, pues, a Gongilo con una carta suya en la que se decía lo siguiente, según se descubrió más tarde: «Yo Pausanias, generalísimo de Esparta, queriendo hacerte un favor, te devuelvo estos hombres que hice prisioneros, y te propongo, si te parece bien, casarme con tu hija y someterte Esparta y el resto de Grecia. Creo tener poder suficiente para lograrlo en inteligencia contigo. Si esto te conviene, envía al mar un

hombre fiel para que en adelante tratemos por intermedio de él». Esto decía la carta.

129. Como a Jerjes le gustó la carta, envió al mar a Artabazo, hijo de Farnaces, ordenándole encargarse de la satrapía de Dascilion[105], haciendo cesar a Megabates, que la gobernaba antes, y encomendándole una carta de respuesta para enviarla rápidamente a Pausanias a Bizancio y mostrarle el sello[106]; y le ordenó además que si Pausanias le comunicaba alguna cosa acerca de sus asuntos, que la pusiese en práctica del modo mejor y más fiel. Una vez llegado Artabazo hizo todo lo demás como se le había dicho, y envió la carta. Su respuesta era la siguiente: «Así dice el Rey a Pausanias: el favor relativo a los hombres que me salvaste en Bizancio, al otro lado del mar, será siempre recordado en mi Casa como si estuviera escrito; y me son gratas tus propuestas. Que ni el día ni la noche te retarden de modo que dejes de cumplir alguna de tus promesas, y que no sean dificultadas por el gasto de oro y plata o el número de tropas que exijan, si es necesario que se presenten en algún sitio; por el contrario, y en unión de Artabazo, hombre de calidad, que te he enviado, ocúpate con confianza de mis asuntos y de los tuyos de la forma que sea más honrosa y mejor para los dos».

130. Cuando Pausanias recibió esta carta, él, que ya antes era tenido en gran consideración por los griegos a causa de su mando en Platea, se ensoberbeció mucho más y no fue ya capaz de vivir de la forma acostumbrada entre los suyos, sino que salió de Bizancio vestido con atavíos persas, y cuando atravesaba Tracia le servían como guardias de corps medos y egipcios, se hacía servir manjares persas, y no podía ocultar sus intenciones, sino que por pequeños indicios delataba lo que, según su pensamiento iba a hacer después en mayor escala. Se hacía difícilmente accesible y adoptaba un carácter tan violento contra todos igualmente

que ninguno podía acercársele, lo que motivó principalmente que los aliados se inclinaran al lado de los atenienses.

131. Al tener noticia de ello, los lacedemonios, que ya la primera vez le habían llamado por estos mismos motivos, cuando por segunda vez, saliendo con la nave de Hermiona sin ordenarlo ellos, se veía que tramaba estos planes, y, expulsado por la fuerza de Bizancio por los atenienses, no volvió a Esparta, sino que se estableció en Colonas de Troade y se le denunció ante ellos de que estaba tratando con los bárbaros y no se quedaba allí para nada bueno, ya no se detuvieron, sino que los éforos le enviaron un heraldo con una escitala[107] y le ordenaron que siguiera al heraldo, y que si no, los espartanos le declaraban la guerra. Él, queriendo no despertar ninguna sospecha y confiando en hacer fracasar la acusación mediante el soborno, regresó a Esparta por segunda vez. Por lo pronto, fue puesto en prisión por los éforos —pues pueden hacer esto con el rey—; pero luego logró salir y se sometió a ser juzgado por los que quisieran examinar el caso.

132. Y los espartanos, tanto sus enemigos como la ciudad entera, no tuvieron ningún indicio manifiesto de que pudieran fiarse para castigar con seguridad de acierto a un miembro de la familia real y que en el presente desempeñaba el cargo de rey (pues era regente por Plistarco, hijo de Leónidas, que aún era menor de edad y de quien era primo); pero por sus arbitrariedades e imitación de los bárbaros daba lugar a muchas sospechas de que no quería mantenerse dentro de la constitución vigente, y se fijaron en todo lo demás por si se había comportado alguna vez sin atención al orden tradicional, y sobre todo en que se había atrevido a hacer grabar por su cuenta el siguiente dístico en el trípode que dedicaron los griegos en Delfos como parte de honor de los despojos de los medos:

El general de los griegos, una vez que destrozó el ejército persa,
Pausanias, dedicó a Febo esta ofrenda[108].

Los lacedemonios inmediatamente hicieron raspar del trípode el dístico y grabaron los nombres de las ciudades que vencieron juntas a los bárbaros, y dedicaron así la ofrenda; sin embargo, ya entonces pensaron todos que aquello era una arbitrariedad de Pausanias, y cuando vino a encontrarse en la situación arriba referida se vio mucho más claro que había hecho una cosa concordante con su actual modo de pensar. También se enteraron de que tramaba algo con los hilotas, y así era en verdad, pues les prometía la libertad y la ciudadanía si se sublevaban, ayudándole, y llevaban a término, en unión con él, su plan. Pero ni aun así dieron fe a algunos delatores hilotas ni se decidieron a tomar una resolución grave acerca de él, debido al modo de obrar con que suelen tratarse a sí mismos, consistente en no precipitarse a decidir un castigo irremediable contra un espartano sin pruebas convincentes; hasta que, según se dice, el que iba a llevar a Artabazo la última carta dirigida al rey, un hombre de Argilo[109] que había sido en un tiempo su amante y le era muy fiel, le delató, pues tuvo miedo al considerar que ninguno de los mensajeros que le habían precedido había regresado, y, haciendo un sello falso para que si se equivocaba en sus sospechas o si Pausanias le acusaba de haber alterado algo no lo conociese, abrió la carta y halló que estaba escrito que le mataran, dándole la razón en su pensamiento de que se incluía algo semejante.

133. Al mostrarles la carta, los éforos quedaron más convencidos; pero queriendo oír por sí mismos a Pausanias hablar del asunto, se ideó un ardid, y el mensajero marchó a Ténaron como suplicante y dispuso una choza dividida en dos por un tabique, en la parte interior de la cual ocultó a

algunos éforos; y cuando llegó Pausanias y le preguntó el motivo de haberse convertido en suplicante, sucedió que el mensajero se quejó de lo que había escrito acerca de él y descubrió todo lo demás con detalle, a saber, que nunca le había puesto en peligro en sus servicios de mensajero con el Rey y recibía como premio la muerte, como casi todos sus servidores; y también se descubrió cómo Pausanias reconocía estas cosas y le exhortaba a no encolerizarse por lo sucedido, le daba confianza para salir [del templo] y le pedía que partiera inmediatamente y no estorbara las negociaciones; con lo cual se enteraron de todo claramente.

134. Los éforos, habiendo escuchado con detalle, se fueron; pero, enterados ya con certeza, intentaron aprisionarle en la ciudad. Se dice que cuando iba a ser detenido en la calle vio el rostro de uno de los éforos que se acercaba, y se dio cuenta de su intención, mientras que otro, con un movimiento de cabeza imperceptible, le señaló por amistad el templo de Atena Calcieco, y hacia allí corrió y se les escapó, pues el recinto sagrado estaba cerca. Y entrando en una pequeña construcción que pertenecía al templo, a fin de no quedar incómodamente al sereno, descansó. Mas ellos, aunque por de pronto se quedaron atrás en la persecución, quitaron más tarde la techumbre del edificio y aguardando un momento en que estaba dentro, e impidiéndole la salida, pusieron obstáculos ante las puertas y le asediaron por hambre haciendo guardia fuera. Cuando iba a morir allí dentro según estaba prisionero, dándose cuenta le sacaron aún vivo del templo y, una vez fuera, murió inmediatamente[110]. Estuvieron a punto de arrojarle al Céadas[111], donde suelen arrojar a los malhechores; pero luego decidieron enterrarle allí cerca. Sin embargo, el dios de Delfos mandó más tarde a los lacedemonios trasladar la sepultura al lugar donde murió (y ahora yace a la entrada del recinto sagrado, según está allí escrito en unas estelas

funerarias) y que dieran a Atena Calcieco dos cuerpos a cambio de uno, considerando su acción un sacrilegio. Ellos hicieron dos estatuas de bronce y las dedicaron a cambio de Pausanias.

135. Los atenienses, pues, considerando que el mismo dios veía aquello como un sacrilegio, exigieron a su vez a los lacedemonios que desterraran a los culpables. Es de notar que los lacedemonios habían enviado embajadores a Atenas acusando a Temístocles de participación en la traición de Pausanias, según descubrieron en sus investigaciones sobre éste, y pidiendo que le castigaran de igual modo. Los atenienses les atendieron, y en unión de los lacedemonios, que estaban dispuestos a participar en la persecución, partieron de Atenas unos enviados con la orden de perseguirle a cualquier parte que huyese; pues se hallaba desterrado por el ostracismo y vivía en Argos, aunque viajaba por el resto del Peloponeso.

136. Mas Temístocles, advertido a tiempo, huyó del Peloponeso a Corcira, de cuyos habitantes era bienhechor[112]. Sin embargo, los corcirenses dijeron que no se atrevían a protegerle enemistándose con lacedemonios y atenienses, y fue llevado por ellos a la parte del continente que está frente a su isla. Y perseguido por los encargados de hacerlo, según se enteraban de por dónde iba, viéndose en un apuro se vio obligado a refugiarse en la casa de Admeto, el rey de los molosos, que era enemigo suyo. No estaba Admeto en casa, pero Temístocles suplicó a su mujer, y ella le aconsejó sentarse en el hogar con el hijo de ambos. Cuando no mucho después llegó Admeto, le descubrió quién era y le exhortó a no vengarse de él ahora que estaba desterrado porque se le hubiera opuesto en una petición a los atenienses[113]; pues en el presente podía perderle uno mucho más débil que Admeto, y lo noble era vengarse de los iguales en situación de paridad. Y que además él se le había

opuesto en una petición y no en la salvación de su vida, mientras que Admeto, si le entregaba, le quitaría la vida; y le dijo quiénes y por qué le perseguían.

137. Admeto le escuchó y le hizo levantarse con su propio hijo en brazos, lo que constituía la más eficaz forma de súplica; y cuando no mucho después llegaron los lacedemonios y atenienses y reclamaron a Temístocles insistentemente, no se lo entregó, sano que le dio una escolta que le condujo a pie al otro mar, a Pidna, la capital de Alejandro, pues quería ir a ver al rey de Persia. Halló allí un barco de carga que partía hacia Jonia, y embarcando en él fue llevado por un temporal al campamento de los atenienses que sitiaban Naxos. Atemorizado, descubrió al capitán quién era —pues los de la nave no lo sabían— y por qué estaba desterrado, y le amenazó con que si no le salvaba diría que le llevaba por soborno; añadió que lo más seguro era que nadie desembarcara hasta que se pudiese reanudar la navegación, y que si le hacía caso le recompensaría conforme a su merecimiento. El capitán hizo como le dijo, y anclando en alta mar un poco retirado del campamento durante un día y una noche, llegó por fin a Éfeso. Temístocles le gratificó con dinero —pues una cantidad que había puesto en seguridad le llegó en seguida de Atenas, enviada por sus amigos, así como de Argos—, e internándose en el interior en compañía de uno de los persas del litoral, envió una carta al rey Artajerjes, hijo de Jerjes, que reinaba desde hacía poco: «Vengo a encontrarte yo, Temístocles, el griego que más perjuicios ha causado a vuestra Casa durante el tiempo en que me vi obligado a defenderme de tu padre, que me atacaba, y muchos más beneficios aún cuando aquél se retiraba en una situación peligrosa, mientras que yo estaba en seguridad. Se me deben favores (anotaba el oportuno aviso de que se retirase, enviado a Jerjes desde Salamina, y el hecho de que por él no

se destruyesen los puentes, cosa que falsamente se atribuía[114]). Y ahora vengo perseguido por los griegos por mi amistad para contigo, y puedo hacerte grandes beneficios. Quiero esperar un año y luego contarte en persona el fin de mi venida».

138. El Rey, según se dice, se maravilló de sus intenciones, y le invitó a obrar como anunciaba. Temístocles, en el tiempo que se tomó, adquirió el conocimiento que pudo de la lengua persa y de las costumbres del país; y presentándose al Rey al cabo de un año, se hizo influyente junto a él y más poderoso que cualquier griego lo había sido antes, a causa del renombre que ya tenía y de las promesas que le daba de hacer a Grecia su esclava, y a causa sobre todo de dar pruebas de que era manifiestamente inteligente. Porque Temístocles, que había probado de forma convincente la fuerza de su entendimiento natural, era digno de ser admirado por ello de forma excepcional y más que cualquier otro; pues era así por sagacidad nativa y sin haber aprendido antes o después[115] nada que la aumentara; y era el mejor para juzgar las situaciones que se presentaban con la menor deliberación y el más acertado en conjeturar respecto a las futuras en todo lo posible lo que iba a suceder. Además, era capaz de exponer claramente lo que tenía entre manos, nunca dejaba de formarse un juicio satisfactorio sobre lo que aún no había experimentado, y preveía muy bien las cosas más o menos ventajosas que todavía estaban en lo incierto. Y por decirlo todo de una vez, era el más apropiado por la excelencia de su natural y la brevedad de sus preparativos para improvisar lo que hiciera falta. Murió de enfermedad; pero algunos dicen que se envenenó voluntariamente pensando que era imposible cumplir al Rey lo que le había prometido. Su tumba está en Magnesia de Asia, en la plaza; pues gobernaba este territorio, por haberle entregado el Rey Magnesia como pan,

tributando cincuenta talentos al año; Lampsaco como vino (pues pasaba por la ciudad más rica en vino de las de entonces), y Miunte como carne[116]; pero sus parientes dicen que sus huesos fueron transportados a su patria por orden suya y que fueron enterrados en el Ática a escondidas de los atenienses, pues no estaba permitido, por estar desterrado acusado de traición. Así acabaron Pausanias el lacedemonio y Temístocles el ateniense, los griegos más famosos de su tiempo.

139. Tales fueron, pues, las cosas que los lacedemonios exigieron y a su vez les fueron exigidas en la primera embajada respecto al destierro de los sacrílegos; mas luego fueron varias veces a Atenas, y exigían que los atenienses levantaran el sitio de Potidea, concedieran la independencia a Egina, y, sobre todo, con la mayor claridad manifestaban que si los atenienses derogaban el decreto sobre los megarenses, no habría guerra; en él se decía que no utilizaran los puertos del imperio ateniense ni el mercado ático. Pero los atenienses ni les atendían en lo demás ni derogaban el decreto, alegando que los megarenses habían extendido el cultivo hasta dentro de la tierra sagrada y de la no amojonada[117] y que acogían a los esclavos fugitivos. Por fin llegaron de Esparta los últimos embajadores, Ramfio, Melesipo y Agesandro, y como no dijeron ninguna de las cosas de antes, sino que «los lacedemonios quieren que haya paz, y la habrá si devolvéis la independencia a los griegos», los atenienses, convocando una reunión de la Asamblea Popular, expusieron sus opiniones ante ella y decidieron deliberar sobre toda la situación creada para contestarles.

Se adelantaron primero a hablar otros muchos, cuyas opiniones estaban divididas, diciendo ya que la guerra era necesaria, ya que el decreto no fuera obstáculo para la paz, sino que lo derogasen; hasta que, adelantándose Pericles,

hijo de Jantipo, el primero de los atenienses en aquel tiempo y el más capaz para la palabra y la acción, les aconsejó lo que sigue:

140. «Continúo ateniéndome siempre a la misma opinión de no ceder ante los peloponesios, ¡oh atenienses!, aunque sé que los hombres no hacen la guerra con igual disposición de ánimo que la que tienen cuando se dejan decidir a ella, y que cambian de opinión según los acontecimientos. Pero veo que también ahora os tengo que aconsejar cosas parecidas y semejantes, y considero justo que aquellos de vosotros que se dejen persuadir, defiendan nuestra común manera de pensar si tenemos algún fracaso o que, en otro caso, no se atribuyan inteligencia si tenemos éxito; pues sucede a veces que el curso de los acontecimientos se desarrolla en forma no menos imprevisible que los planes del hombre, razón por la cual solemos culpar a la fortuna de cuanto sucede contra lo previsto.

Ya antes era evidente que los lacedemonios maquinaban contra nosotros, y ahora lo es más que nunca; pues habiendo propuesto nosotros que ambas partes sometan a arbitraje sus diferencias y que en tanto cada una conserve en su poder lo que tiene, ni nos han exigido someternos a arbitraje, ni ofreciendo nosotros hacerlo así lo aceptan, sino que prefieren satisfacer sus quejas con la guerra y no con discusiones, y ahora han venido dando ya órdenes y sin hacer acusaciones, pues exigen que levantemos el sitio de Potidea, concedamos la independencia a Egina, y deroguemos el decreto megárico, y estos últimos que han llegado nos piden que devolvamos la libertad a los griegos. Ninguno de vosotros piense que haría la guerra por un motivo fútil si no derogamos el decreto megárico, que pretenden con la mayor insistencia que si fuera derogado no estallaría la guerra, ni dejéis dentro de vosotros mismos la acusación de que entrasteis en guerra por una cosa

pequeña, pues esta pequeña cosa comprende en sí la reafirmación y prueba de vuestra política, ya que, si accedéis a ella, al punto os darán otra orden de más importancia, pensando que les atendisteis en esto por miedo; mientras que si corroboráis vuestra política, les haréis ver claramente que deben, por el contrario, trataros como a iguales.

141. Así pues, decidid ahora mismo obedecer antes de sufrir daños o luchar, cosa que estimo preferible, dispuestos a no ceder ni ante un pretexto grande ni ante uno pequeño, y a no poseer con miedo lo que es nuestro. Pues la exigencia grande y la pequeña impuesta a otros por sus iguales, sin atenerse a arbitraje, significan igualmente la esclavitud.

Enteraos oyéndome con atención de que no seremos inferiores en lo que toca a los recursos militares de cada bando. Los peloponesios trabajan con sus manos y no tienen dinero ni en poder de los particulares ni en el de los estados, y además carecen de experiencia en guerras largas y de ultramar, a causa de hacerla unos contra otros durante breve tiempo, debido a su pobreza. Hombres como éstos no pueden equipar naves ni enviar fuera muchas veces grandes ejércitos, ya que en este caso están distantes de sus dominios y encima gastando de sus recursos, y además con el mar cerrado; y son las reservas en dinero más que las contribuciones extraordinarias las que sostienen las guerras. Además, los que trabajan con sus manos están más dispuestos a luchar con sus cuerpos que con su dinero, pues tienen confianza en que los primeros podrán sobrevivir a los peligros, mientras que no consideran seguro que el segundo no se gaste antes de tiempo, sobre todo si, como es lo natural, la guerra se prolongase más de lo que esperan; pues los peloponesios y sus aliados tienen fuerza para hacer frente en una batalla a todos los griegos unidos, pero no son capaces de hacer la guerra contra una organización militar

diferente, ya que no disponen de una Asamblea permanente para poner en práctica con energía un plan, y que teniendo todos igual voto y no siendo de igual estirpe[118], cada uno se afana por lo que le interesa, situación en la que suele no llevarse nada a término. Pues, en efecto, los unos quieren ante todo tomar venganza, y los otros infligir el menor daño posible a sus propiedades. Y cuando al cabo del tiempo se reúnen, examinan algún asunto de interés común en una pequeña fracción de tiempo, mientras que durante casi todo él negocian sus asuntos privados y cada uno piensa que no va a sufrir daños por su falta de atención, sino que le corresponde a algún otro tomar medidas en su interés, de modo que, al pensar de esta forma cada uno por su parte, no se dan cuenta de que los intereses comunes todos juntos se echan a perder.

142. Y, sobre todo, les será obstáculo su escasez de dinero, pues sufrirán demoras al procurárselo con dificultad; y las oportunidades que ofrece una guerra no esperan. Tampoco, en verdad, se debe tener miedo a que hagan fortificaciones en el Ática, ni a su marina. Pues aun en la paz es difícil que una ciudad de igual poder lo lleve a término, y mucho menos en territorio enemigo y estando nosotros por nuestra parte tan fortificados como puedan estarlo ellos; y aunque construyan un fuerte, podrán dañar una parte del país con incursiones y acogiendo a esclavos fugitivos, pero no bastará para impedir que nosotros, mediante expediciones navales, nos fortifiquemos en su país y que nos defendamos con la escuadra, que es nuestra fuerza. Porque, a pesar de todo, la guerra naval nos da más experiencia en la terrestre que la que a aquéllos les da la terrestre en la naval. Y no lograrán con facilidad hacerse expertos en el arte naval; pues ni vosotros siquiera, que habéis ejercitado este arte desde las mismas guerras médicas, lo habéis llevado aún a la perfección. ¿Cómo, pues, gentes labradoras

y no marineras, y que además ni siquiera podrán adquirir práctica por estar bloqueadas permanentemente por muchas naves, podrían hacer algo de provecho? Pues contra unas pocas que les bloquearan podrían arriesgarse dando confianza a su inexperiencia con el número; pero al tener cerrado el mar por muchas, no se moverán, y al no ejercitarse se harán más inexpertos y por lo mismo más inactivos. El arte naval, en efecto, es una técnica como cualquier otra, y no admite ser aprendida como cosa accesoria en cualquier ocasión, sino que, por el contrario, exige no tener junto a sí ninguna otra cosa accesoria.

143. Y si tomando prestado dinero de Delfos u Olimpia intentaran con una soldada mayor quitarnos los marineros extranjeros, sería esto cosa grave si no pudiéramos hacerles frente embarcándonos nosotros y nuestros metecos; pero la verdad es que esto nos es dado y que, sobre todo, tenemos ciudadanos por pilotos, y el resto de nuestras tripulaciones es más numeroso y mejor que el de toda Grecia reunida. Además, ninguno de los extranjeros aceptaría con peligro propio ser desterrado de su patria[119] y luchar en unión de ellos por percibir una gran soldada por pocos días con menor esperanza de salvación.

Tal o semejante me parece ser la situación de los peloponesios, mientras que la nuestra creo que carece de los defectos que reprochamos a aquéllos y que tiene otras grandes ventajas que no admiten comparación. Si avanzan por tierra contra nuestro territorio, nosotros navegaremos contra el suyo, y no serán cosas equivalentes que una parte del Peloponeso sea devastada y que lo sea el Ática entera: ellos no podrán adquirir a cambio otra tierra sin lucha, mientras que nosotros tenemos muchas posesiones en las islas y en el continente; pues el imperio del mar es una cosa decisiva. Mirad: si fuéramos isleños, ¿quiénes serían más inexpugnables? Pues bien, es preciso que os hagáis ahora

una idea semejante a dicha situación, y abandonando la campiña y las casas, defendáis el mar y la ciudad; y, además, que no os confiéis, indignados por la suerte de las primeras, a una batalla decisiva contra los lacedemonios, superiores en número —porque si vencemos tendremos que luchar otra vez con un número no inferior de ellos, y si somos derrotados, perderemos encima nuestros aliados, que son nuestra fuerza, pues no dejarán de organizar expediciones contra ellos, si no somos capaces de defenderlos—, ni lloréis por las casas ni la campiña, sino por los hombres; pues estas cosas no nos procuran hombres, sino que son los hombres quienes nos las procuran. Y si confiara en persuadiros, os invitaría a salir de la ciudad para destruirlas vosotros mismos y mostrar a los peloponesios que no les obedeceréis por vuestro interés por ellas.

144. Muchas otras razones puedo exponer que dan esperanza de que salgamos vencedores si os decidís a no adquirir nuevas posesiones durante la guerra y a no atraeros peligros arrostrados voluntariamente; pues temo más a nuestros errores que a la estrategia del enemigo. Pero éstas las expondré en otro discurso cuando estemos en guerra[120]; ahora debernos despachar a los embajadores, respondiendo de este modo: que dejaremos que los megarenses utilicen nuestro mercado y puertos, si los lacedemonios no decretan expulsiones de extranjeros[121] que nos alcancen a nosotros o a nuestros aliados —pues ni lo uno ni lo otro está prohibido en el tratado de paz—; que devolveremos a las ciudades su libertad, si cuando concertamos el tratado la tenían, y siempre que ellos permitan a las suyas gobernarse libremente, no según sus conveniencias, sino según las de cada una de ellas conforme a su deseo; y que, finalmente, nos sometemos a arbitraje de acuerdo con el tratado y no comenzaremos la guerra, pero nos defenderemos de los que la comiencen. Ésta es la

respuesta justa y a la vez digna de nuestra ciudad; pues hay que convencerse de que la guerra es necesaria —y cuanto más voluntariamente la aceptemos, menos dispuestos estarán nuestros enemigos al ataque— y de que de los mayores peligros resultan para las ciudades y los individuos los mayores honores. Nuestros padres, por ejemplo, hicieron frente a los persas, y aunque no dispusieron de tantos recursos como nosotros, sino que incluso abandonaron lo que tenían, rechazaron a los bárbaros y llevaron nuestra prosperidad al estado presente, más por cálculo que por buena suerte y gracias a una audacia superior a su fuerza; y no debemos quedar detrás de ellos, sino defendernos por todos los medios de nuestros enemigos y procurar entregar esta prosperidad a nuestros descendientes no disminuida».

145. Así habló Pericles. Y los atenienses, juzgando que les aconsejaba lo mejor, aprobaron su proposición y contestaron a los lacedemonios según su manera de pensar, esto es, cuanto dijo en detalle y en resumen que no atenderían ninguna imposición, pero que estaban dispuestos a aceptar una decisión arbitral respecto a las acusaciones bajo un plano de igualdad, conforme al tratado. Los lacedemonios partieron hacia su país, y ya no volvieron más embajadores.

146. Éstas fueron las acusaciones y las divergencias de ambos bandos antes de la guerra, y comenzaron inmediatamente después de los sucesos de Epidamno y Corcira. Sin embargo, durante el tiempo que duraron, continuaron sus relaciones y se visitaban sin heraldos, aunque no sin desconfianza; pues lo ocurrido constituía la invalidación del tratado y un motivo de guerra.

LIBRO II

1. Comienza aquí ya la guerra entre atenienses y peloponesios y los aliados de cada bando, durante la cual ya no mantuvieron relaciones sin intervención de heraldos y lucharon sin interrupción una vez entrados en ella; la he contado por orden cronológico según ocurrían los sucesos cada verano y cada invierno[1].

Catorce años duró el tratado de paz, que se concluyó después de la toma de Eubea; hasta que a los cuarenta y ocho años de la consagración en Argos[2] de la sacerdotisa Crisis, siendo éforo en Esparta Enesio y quedándole a Pitodoro todavía dos meses de arcontado en Atenas, a los dieciséis meses de la batalla de Potidea, al comienzo de la primavera[3], pocos más de trescientos tebanos mandados por los beotarcas[4] Pitángelo, hijo de Fílidas, y Diémporo, hijo de Onetóridas, entraron armados, a la hora del primer sueño, en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses. Les invitaron a ir y les abrieron la puerta algunos plateenses, a saber, Naúclides y sus partidarios, que querían matar a sus rivales para conquistar el poder y hacer que la ciudad se pasara a los tebanos. Llevaron a cabo esta negociación por intermedio de Eurímaco, hijo de Leontíadas, un tebano muy influyente; pues los tebanos, previendo que iba a haber guerra, se decidieron a apoderarse de antemano de Platea, que siempre estaba en malas relaciones con ellos, mientras aún permanecían en paz y no había comenzado oficialmente

la guerra, razón por la cual pasaron inadvertidos más fácilmente al entrar, ya que no se había montado guardia. Hicieron alto en armas en la plaza y no escucharon a los que les habían traído cuando les exhortaron a entrar en acción inmediatamente y dirigirse a las casas de sus rivales, sino que, por el contrario, decidieron lanzar proclamas conciliatorias y procurar más bien atraer la ciudad a un acuerdo amistoso —y anunció el heraldo que los que quisieran hacerse aliados de los tebanos, conforme a la tradición de todos los beocios, se presentaran armados ante ellos—, pues pensaban que de esta manera la ciudad se les pasaría fácilmente.

3. Los plateenses, al darse cuenta de que los tebanos estaban dentro y de que la ciudad había sido tomada repentinamente, atemorizados y creyendo que habían penetrado muchos más —pues no les habían podido ver por entrar de noche—, se decidieron a un acuerdo y permanecieron en tranquilidad, aceptando sus proposiciones, tanto más que no cometieron actos de violencia contra nadie. Pero mientras llevaban a cabo estas negociaciones, se enteraron de que los tebanos no eran muchos, y pensaron que si les atacaban les vencerían con facilidad, pues la mayoría de los plateenses no querían hacer defección de los atenienses. Decidieron, pues, realizar el intento, y se reunieron perforando las paredes medianeras, a fin de que no se les viera ir por las calles; colocaron en éstas carros sin los animales de tiro para que sirvieran de barricada, y tomaron las demás disposiciones según parecía de utilidad cada medida ante la situación presente. Y una vez que los preparativos estuvieron hechos conforme a las disponibilidades, aguardaron el momento en que aún era de noche y ya despuntaba el día, y salieron de las casas contra los tebanos, a fin de no atacarles en pleno día cuando estuvieran ya más animosos, y de que no se

hallaran en igualdad de condiciones con ellos, sino que, por el contrario, atemorizados en la noche, estuvieran en inferioridad ante su conocimiento de la ciudad. Se lanzaron al punto al ataque y rápidamente llegaron a las manos.

4. Los tebanos, al darse cuenta de que habían sido engañados, se agruparon e intentaron rechazar los ataques en los lugares donde sobrevenían. Por dos o tres veces los deshicieron; mas luego, al atacar los plateenses tumultuosamente y lanzarles al mismo tiempo las mujeres y esclavos desde las casas piedras y tejas, acompañadas de griterío y clamor, y como se añadía que había caído una gran lluvia durante la noche, se atemorizaron, y volviendo la espalda emprendieron la fuga a través de la ciudad, la mayoría de ellos desconociendo, en medio de la oscuridad y el barro, las salidas por donde podían salvarse —pues estos sucesos ocurrían a fin de mes—,[5] y seguidos de unos perseguidores que las conocían perfectamente y trataban de evitar que escaparan por ellas; de forma que muchos perecieron. Uno de los plateenses cerró la puerta por donde habían entrado y que era la única que estaba abierta, sirviéndose a manera de pasador de la punta de un dardo para sujetar el cerrojo, de forma que tampoco por allí quedó libre la salida. Perseguidos los tebanos por la ciudad, murieron los más; otros salieron por una puerta desierta rompiendo el cerrojo, sin ser vistos, con un hacha que les dio una mujer[6], más no fueron muchos, pues pronto se dieron cuenta los plateenses; y otros perecían dispersos por las distintas partes de la ciudad. Pero la mayoría, y precisamente los que se mantenían más agrupados, se metió en un edificio que estaba adosado a la muralla y cuya puerta se encontraba abierta, creyendo que la puerta del edificio lo era de la muralla y que había una salida directa hacia fuera. Al ver los plateenses que no tenían salida, deliberaron sobre si les quemarían sin más incendiando el

edificio, o qué otra cosa harían con ellos. Por fin, aquéllos y los demás tebanos que quedaban vivos errando por la ciudad, convinieron con los plateenses en entregarse con sus armas sin condiciones. Ésta fue la fortuna de los tebanos que entraron en Platea.

5. Y los demás, que estaba fijado que se presentaran con su ejército completo todavía de noche, por si los que habían entrado hallaban alguna dificultad, corrieron en su ayuda, pues además durante la marcha les dieron la noticia de lo ocurrido. Platea dista de Tebas setenta estadios[7], y la lluvia que cayó de noche hizo que fueran más despacio, pues el río Asopo llevaba mucha agua y no era fácil de vadear. Y como caminaban entre la lluvia y pasaron con dificultad el río, llegaron tarde, cuando ya sus soldados habían perecido los unos y estaban prisioneros los demás. Al enterarse los tebanos de lo ocurrido, comenzaron a hacer un plan de ataque contra los plateenses que estaban fuera de la ciudad —pues había en los campos gentes y diversos útiles y enseres, como es lógico en una calamidad imprevista sobrevenida en plena paz—, queriendo que los que cogieran prisioneros les sirvieran de rehenes por sus conciudadanos que estaban dentro, si acaso habían quedado algunos prisioneros. Éstos eran sus planes; mas los plateenses, sospechando, mientras aún ellos estaban deliberando, que ocurriría algo semejante, y temiendo por los que estaban fuera, enviaron a los tebanos un heraldo, diciendo que habían cometido una acción impía intentando conquistar su ciudad en plena paz; y les conminaron a que no usaran la violencia fuera de la ciudad, porque afirmaban que, si no, también ellos matarían a sus soldados prisioneros; y que si se retiraban de su territorio, se los devolverían. Esto es lo que dicen los tebanos, y aseguran que lo confirmaron por juramento; mientras que los plateenses no admiten haber prometido devolverlos inmediatamente, sino en el caso de

que llegaran a un acuerdo después de celebrar negociaciones. Como quiera que sea, los tebanos se retiraron del territorio sin causar daños; y los plateenses, una vez que metieron dentro lo que tenían en el campo, mataron al punto a los prisioneros. Eran éstos ciento ochenta, entre ellos Eurímaco, con quien habían negociado los traidores.

6. Una vez que hicieron esto, enviaron a Atenas un mensajero y devolvieron sus muertos a los tebanos en virtud de una tregua, y además acondicionaron la ciudad según les parecía oportuno ante aquellas circunstancias. Tan pronto como a los atenienses les fueron anunciados los sucesos de Platea, detuvieron a cuantos beodos había en el Ática y enviaron un heraldo a Platea, mandándole decir que no tomaran ninguna medida violenta contra los tebanos que tenían prisioneros antes de que también ellos deliberaran sobre los mismos; pues no se les había notificado que estaban ya muertos, ya que el primer mensajero había salido de Platea al tener lugar la entrada de los tebanos, y el segundo cuando acababan de ser vencidos y hechos prisioneros, y no tenían ninguna noticia posterior. De este modo los atenienses, por ignorancia, enviaron aquel mensaje; y el heraldo cuando llegó encontró a los tebanos ejecutados. A continuación los atenienses hicieron una expedición a Platea e introdujeron víveres, dejaron una guarnición, y se llevaron a los hombres inútiles con las mujeres y los niños.

7. Una vez que tuvo lugar la acción de Platea y quedó roto ante la vista de todos el tratado, los atenienses comenzaron a prepararse para la guerra, y comenzaron a prepararse también los lacedemonios y sus aliados; ambos bandos se dispusieron a enviar embajadores al rey de Persia y a otros países bárbaros —a cualquier sitio de donde unos u otros esperaban lograr alguna ayuda—, y a hacer aliadas a

cuantas ciudades estaban fuera de su influencia. Los lacedemonios ordenaron a los que habían tomado su partido en Sicilia e Italia, que construyeran doscientas naves, distribuyendo su construcción según la importancia de las ciudades, para que se añadieran a las que tenían en Grecia y pensando que en total resultarían quinientas naves; les ordenaron además que les procuraran una cierta suma de dinero, permaneciendo en paz por lo demás y dejando que los atenienses entraran en sus puertos con una sola nave mientras tenían lugar estos preparativos. Los atenienses, por su parte, pasaron revista a sus aliados y enviaron embajadas sobre todo a los lugares que están en torno del Peloponeso, Corcira, Cefalenia, Acarnania y Zacinto, considerando que, si llegaban a serles firmemente adictos, podrían derrotar al Peloponeso cercándolo.

8. Ni unos ni otros tenían planes modestos, sino que ponían en la guerra todos sus esfuerzos, y era natural; pues todos cuando comienzan una guerra se entregan a ella con mayor ímpetu, y en aquella ocasión había en el Peloponeso y en Atenas una juventud numerosa que por inexperiencia entraba de buen grado en la guerra. El resto todo de Grecia estaba en angustiosa espera ante el encuentro de las ciudades más poderosas. Se contaban muchas profecías, y los adivinos recitaban numerosos oráculos en las ciudades que iban a luchar y en las demás. Además, Delos sufrió un terremoto poco antes de esto, no habiendo padecido ningún otro desde que recuerdan los griegos. Se decía y opinaba que era un presagio de lo que iba a acontecer; y a cualquier otra cosa semejante que sucedía se prestaba gran atención. La simpatía de las gentes estaba con mucha diferencia a favor de los lacedemonios, tanto más que decían que su intento era libertar a Grecia. Los particulares y las ciudades estaban dispuestos a ayudarles en lo que pudieran; y cada uno creía que el éxito era dificultado en tanto que no estaba

él presente. Tanta indignación tenían los más contra los atenienses, los unos porque querían librarse del imperio y los otros porque temían ser reducidos a la condición de vasallos.

9. Éstas eran las fuerzas y los proyectos con que emprendieron la lucha. Y cada bando entró en guerra con las ciudades que siguen. Los aliados de los lacedemonios eran: todos los peloponesios de dentro del Istmo, excepto los argivos y aqueos (estos últimos tenían buenas relaciones con ambos bandos; los de Pelena fueron los únicos aqueos que lucharon al principio al lado de los lacedemonios, haciéndolo luego todos), y fuera del Peloponeso, los megarenses, beocios, locrios, foceos, ampraciotas, leucadios y anactorienses. De éstos procuraban barcos los corintios, megarenses, sicionios, pelenenses, eleos, ampraciotas y leucadios; caballería, los beocios, foceos y locrios; y las demás ciudades, infantería. Éstos eran los aliados de los lacedemonios; y los de los atenienses, los quiotas, los lesbios, los plateenses, los mesenios de Naupacto, la mayoría de los acarnanios, los corcirenses, los zacintios y las demás ciudades que eran tributarias en las siguientes regiones: la costa de Caria, los dorios vecinos de los carios, Jonia, el Helesponto, el litoral de Tracia y las islas que se extienden hacia el Oriente hasta el Peloponeso y Creta, excepto Melos y Tera. De entre estos aliados procuraban barcos los quiotas, los lesbios y los corcirenses, y los demás, infantería y dinero. Éstos eran los aliados de unos y otros, y sus preparativos para la guerra.

10. Los lacedemonios, inmediatamente después de los sucesos de Platea, dieron orden en el Peloponeso y los demás territorios aliados de que las ciudades equiparan un ejército y tuvieran dispuestos los víveres para una expedición militar, siendo su intención invadir el Ática. Cuando cada ciudad tenía hechos sus preparativos, los dos

tercios del ejército de cada una se reunían en el Istmo en el tiempo señalado. Y una vez, que estuvo concentrado todo el ejército, Arquidamo, el rey de los lacedemonios que era el jefe de esta expedición, convocando a los generales de todas las ciudades y a los jefes principales y más considerados, les arengó de esta forma:

11. «Peloponesios y aliados: nuestros padres hicieron muchas expediciones militares dentro y fuera del Peloponeso, y los más viejos de nosotros no carecen de experiencia guerrera; sin embargo, jamás hemos hecho una expedición con más fuerzas que éstas; pero aunque los que emprendemos la campaña seamos muchos y valientes, también es verdad que marchamos contra una ciudad muy poderosa. Es, pues, justo que no quedemos por peores que nuestros padres ni por inferiores a nuestra propia fama. Porque Grecia entera está pendiente de esta empresa y nos dedica su atención, deseando por odio a los atenienses que llevemos a efecto nuestros planes. Es preciso, pues, aunque algunos crean que nos ponemos en marcha con un gran ejército y que hay firme garantía de que el enemigo no nos atacará en batalla, que no por esto marchemos menos preparados, sino que, por el contrario, el jefe y el soldado de cada ciudad espere siempre correr peligro en lo que a él concierne; pues son inciertas las cosas de la guerra y los ataques tienen lugar por lo regular de forma repentina y violenta; y muchas veces un ejército menor lleno de miedo se ha defendido mejor contra fuerzas superiores por estar desprevenidas por desprecio. En tierra enemiga se debe hacer la guerra con el corazón animoso, pero también tomar precauciones en la acción como si se tuviera miedo; pues de este modo los soldados podrán tener más valor para avanzar contra el enemigo y más garantías en caso de ser atacados. Y tampoco vamos nosotros contra una ciudad impotente para defenderse, sino contra una preparada perfectamente

en todos conceptos; de forma que hay que esperar firmemente que nos disputarán una batalla, si no se han puesto en marcha ahora que aún no hemos llegado, al menos cuando nos vean en su territorio arrasándolo y destruyendo sus propiedades; porque todos se indignan de ver con sus ojos y ya presente una calamidad imprevista que les acaece; y los que menos razonan son los que más fácilmente entran indignados en acción. Y es natural que los atenienses hagan esto más que los otros, ellos que se glorían de imperar sobre los demás y de arrasar su territorio y no ver arrasado el propio. Pensando, pues, que avanzáis contra una ciudad tan poderosa y que vais a lograr para vuestros antepasados y vosotros mismos una fama muy grande para bien o para mal, según el resultado de la empresa, seguid por donde os guíen poniendo la disciplina y la vigilancia por encima de todo, y aceptando estrictamente las órdenes; pues lo más bello y de más garantía es ver que un gran ejército obedece a una sola disciplina».

12. Así diciendo y disolviendo la reunión, envió Arquidamo primeramente a Atenas a Melesipo, un espartano, por si los atenienses cedían más que antes al ver que ya estaban en camino. Mas los atenienses no le recibieron en la ciudad ni en la Asamblea, pues había triunfado con anterioridad una proposición de Pericles de no admitir ningún heraldo o embajada de los lacedemonios, una vez puestos en marcha. Le despidieron, pues, sin escucharle, y le ordenaron que estuviera fuera de la frontera en el mismo día; y le hicieron saber que en el futuro los lacedemonios enviaran embajadas, si querían, una vez que se retiraran a su país. Enviaron con Melesipo una escolta para que no se comunicara con nadie. Y el heraldo, una vez que estuvo en la frontera e iba a separarse, pronunció estas palabras antes de partir: «Este día será para los griegos el comienzo de grandes infortunios». Una vez que llegó al

campamento y se convenció Arquidamo de que los atenienes no cederían aún en nada, se puso ya en marcha con el ejército y avanzó hasta su territorio. Y los beocios le suministraron su contingente y la caballería para que participaran en la campaña, y con las tropas que les quedaban se dirigieron a Platea y procedieron a arrasar el territorio de esta ciudad.

13. Mientras los peloponesios se estaban reuniendo aún en el Istmo y se hallaban en camino, antes de que invadieran el Ática, Pericles, hijo de Jantipo, general de los atenienses en unión de otros nueve, al darse cuenta de que iba a tener lugar la invasión, sospechando que tal vez, por ser huésped de Arquidamo, éste, queriendo hacerle un favor particular, respetaría sus tierras y no las arrasaría, o que podría suceder esto por orden de los lacedemonios y para su difamación —del mismo modo que por su causa invitaron a los atenienses a expulsar a los sacrílegos—, proclamó ante los atenienses en la Asamblea que Arquidamo era su huésped, pero que no había llegado a serlo para mal de la ciudad, que hacía donación de sus tierras y casas para que fueran propiedad pública en el caso de que el enemigo no las arrasara igual que las de los demás, y que no surgiera por este motivo ninguna sospecha contra él. Y sobre la situación presente les hizo las mismas exhortaciones de siempre: que se prepararan para la guerra y metieran dentro las cosas que tenían en el campo; pero que no salieran a reñir batalla, sino que guardaran la ciudad, refugiándose en ella y pusieran a punto la escuadra —que era su fuerza—, y no dejaran de la mano lo relativo a sus aliados, pues decía que de éstos procedía su poderío y que la mayoría de las victorias se lograban con un plan inteligente y con abundancia de dinero. Les exhortó a tener ánimo, ya que cada año entraban en la ciudad, sin contar con los otros ingresos, unos seiscientos talentos del tributo de los aliados,

y que en la Acrópolis[8] se guardaban todavía entonces seis mil talentos en plata acuñada —la mayor cantidad fue de nueve mil setecientos, de los cuales se había gastado parte en los Propileos de la Acrópolis, los otros edificios[9] y el sitio de Potidea—; y además no menos de quinientos talentos en oro y plata sin acuñar en ofrendas privadas y públicas, en los utensilios sagrados utilizados en las procesiones y juegos, en despojos de los persas y cosas semejantes. Añadía todavía una cantidad no pequeña procedente de los demás templos, de la cual podrían hacer uso, así como, si carecían absolutamente de todo recurso, de la propia estatua de la diosa con las chapas de oro que la rodean[10]; hizo saber que la estatua tenía cuatrocientos talentos de oro puro, y que todo él era desmontable. Dijo que si lo utilizaban como recurso de salvación, debían reponer una cantidad no inferior. De este modo les animó en cuanto a la parte económica; y dijo además que tenían trece mil hoplitas sin contar los de los fuertes y los dieciséis mil que guardaban las murallas; pues hasta este punto eran elevados los efectivos de la guarnición en los primeros tiempos cuando el enemigo hacía una incursión, reunido entre los jóvenes, los viejos y los metecos que eran hoplitas; y ello debido a que el muro de Falero tenía treinta y cinco estadios hasta el casco de la ciudad; mientras que la parte del casco que estaba guarnecida, era de cuarenta y tres estadios —pues no lo estaba un segmento del mismo, el comprendido entre el Muro Largo[11] y el de Falero—; los Muros Largos hasta el Pireo, de cuarenta estadios, y de ellos estaba guarnecido el exterior; y, por fin, el recinto fortificado del Pireo y Muniquia era un total de sesenta estadios y lo que estaba guarnecido la mitad. Enumeró, además, mil doscientos jinetes, comprendidos los arqueros de a caballo, mil seiscientos arqueros y trescientos trirremes en estado de navegar. Éstas eran las fuerzas de los atenienses, y ninguno de sus

componentes era inferior a estos datos cuando estaba a punto de tener lugar la incursión y fueron movilizadas. Añadió además Pericles otras cosas que solía decir para convencer al pueblo de que ganarían la guerra.

14. Los atenienses al oírle le obedecieron e hicieron entrar del campo a sus hijos y mujeres y los enseres domésticos en general que utilizaban en el campo, e incluso el maderamen de sus propias casas, que se llevaron; y transportaron a Eubea y las islas cercanas sus ovejas y animales de tiro. Llevaron con dolor la evacuación porque la mayoría de los atenienses había por lo general vivido siempre en el campo.

15. Desde antiguo había sido ésta una característica de los atenienses más que de cualesquiera otros; pues desde Cécrope y los demás reyes hasta Teseo[12], la población del Ática estuvo siempre repartida en ciudades con sus Pritaneos[13] y magistrados, y cuando no temían ningún peligro no acudían al rey para consultar con él, sino que cada ciudad se gobernaba por sí sola y decidía por sí misma. E incluso alguna vez guerrearon contra el rey algunas poblaciones, como los habitantes de Eleusis bajo el mando de Eumolpo contra Erecteo. Mas cuando Teseo subió al trono, como era a más de inteligente poderoso, además de organizar en otros conceptos el territorio, eliminó los Consejos y magistraturas de las demás ciudades y las unificó con la ciudad actual, designando un solo Consejo y un solo Pritaneo; y obligó a todas las poblaciones a que, aun continuando cada una habitando su propio territorio como antes, tuvieran a la sola Atenas por capital; la cual, al contarse todos como pertenecientes a ella, fue entregada por Teseo a sus sucesores convertida en una gran ciudad. Y en memoria de esto todavía hoy los atenienses celebran a expensas públicas las fiestas Sinecias[14] en honor de la diosa. Hasta entonces la ciudad era lo que ahora es

Acrópolis y la parte que está bajo ella y orientada al Sur principalmente. He aquí una prueba: en la propia Acrópolis están el templo de Atena[15] y los de otros dioses, y los de fuera de ella están construidos con preferencia en dicha parte de la ciudad, así el de Zeus Olímpico, el de Apolo Pítico, el de la Tierra y el de Dionisos de Limna, donde se celebran las más antiguas fiestas dionisíacas[16] el doce del mes Antesterión, según la costumbre de los jonios, descendientes de los atenienses, que aún perdura. Otros varios templos antiguos están situados en esta zona. Los habitantes de entonces utilizaban para las ceremonias más importantes, por estar cerca, la fuente llamada Eneacruno[17] por haberla dado esta disposición los tiranos y que antes, cuando tenía los manantiales al descubierto, era llamada Calírroe; y todavía hoy, por la tradición antigua, se acostumbra a usar su agua para las ceremonias que preceden a las bodas y en los demás ritos sagrados. Y por este hecho de haber sido habitada antiguamente, la Acrópolis es llamada hoy día Polis[18] por los atenienses.

16. A causa, pues, de esta larga costumbre de vivir con autonomía fuera de Atenas, aun después de establecida la unidad, la mayoría de los atenienses de los tiempo antiguos y de los posteriores hasta hoy han nacido y vivido en el campo por esta tradición; por ello llevaron a término la evacuación en unión de toda su familia con dificultad, dado sobre todo que hacía poco que, después de las guerras médicas, habían recobrado sus posesiones; y se entristecían y soportaban mal el abandonar sus casas y sus templos, que habían sido los suyos tradicionales desde la época de la antigua constitución, así como el estar a punto de cambiar su género de vida y de hacer algo que significaba tanto como abandonar cada uno su ciudad.

17. Y una vez que llegaron a la capital, pocos eran los que poseían casas o tenían acogida entre amigos o

parientes, mientras que los más se establecieron en los lugares inhabitados de la ciudad y en los templos todos de los dioses y los héroes, excepto la Acrópolis, el Eleusinion y algún otro que estaba bien cerrado; y el Pelárgico, como era llamado[19], situado al pie de la Acrópolis, que estaba sometido a la maldición de que no se habitara allí, y lo prohibía también un fin de verso de un oráculo pítico que decía «es mejor que el Pelárgico esté sin utilizar», a pesar de todo fue invadido por el apremio del momento. Y me parece a mí que el oráculo se cumplió de forma inversa a la que creía la gente, esto es, que no acontecieron a la ciudad las desgracias por aquella ocupación impía, sino que la necesidad de la ocupación vino por la guerra, que no mencionó el oráculo cuando previó que el Pelárgico no sería poblado para bien. Se instalaron también muchos en las torres de las murallas y en donde podía cada cual, pues no cabían juntos en la ciudad, sino que más tarde vivieron en el espacio entre los Muros Largos, repartiéndoselo, y en la mayor parte del Pireo. Simultáneamente, los atenienses dedicaban su atención a la guerra, reuniendo aliados y preparando una expedición de cien naves contra el Peloponeso. Los atenienses, pues, estaban en esta fase de sus preparativos.

18. En tanto, el ejército de los peloponesios llegó en su avance a Énoe, por donde planeaban hacer la incursión, y éste fue el primer punto del Ática que alcanzó. Se detuvieron y se dispusieron a atacar las murallas con ingenios de asalto y por cualquier otro procedimiento, pues Énoe estaba fortificada por estar en la frontera del Ática y Beocia y los atenienses la utilizaban como fortaleza cuando había guerra. Comenzaron, pues, a preparar el asalto, y en unas y otras cosas perdieron algún tiempo en torno a Énoe. La mayor responsabilidad de ello se la cargaban a Arquidamo, pues se le culpaba de ser poco activo en la

preparación de la guerra y favorable a los atenienses, ya que no exhortaba al ejército a luchar con entusiasmo; y una vez que éste se reunió, se le acusaba de la detención en el Istmo y de la lentitud en la marcha, pero sobre todo de la detención en Énoe; pues los atenienses entre tanto continuaban metiendo dentro sus bienes, y pensaban los peloponesios que si hubieran atacado con presteza aún los hubieran sorprendido a todos fuera, a no haber mediado la lentitud de Arquidamo. Tal era el origen de la indignación que sentía el ejército contra Arquidamo mientras permanecía inactivo. Mas él, esperando, según se dice, que los atenienses, al tener todavía intacta su campiña, cederían y vacilarían en consentir que fuera arrasada, persistía en su actitud...

19. Sin embargo, una vez que después de atacar Énoe y probar toda clase de medios no pudieron tomarla, y que los atenienses no enviaron heraldos, levantaron el campo de allí, y a los ochenta días aproximadamente de los sucesos de Platea, en el centro del verano, y cuando el trigo estaba en su madurez[20], penetraron en el Ática bajo el mando de Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Y primero acamparon y arrasaron el territorio de Eleusis y la llanura de Tría, y pusieron en fuga a la caballería ateniense junto a los arroyos llamados Ritos; luego avanzaron a través de Cecropia, teniendo a mano derecha el monte Egaleo, hasta que llegaron a Acarnas, el mayor de los llamados demos[21] del Ática, y deteniéndose en él hicieron un campamento y, permaneciendo allí mucho tiempo, se dedicaron a devastar el país.

20. Se dice que el plan de Arquidamo al permanecer en Acarnas con el ejército ordenado como para una batalla y no bajar a la llanura en aquella incursión, era el siguiente: esperaba que los atenienses, que poseían una juventud numerosa y estaban más preparados que nunca para la

guerra, quizá salieran a hacerle frente y no consintieran que la campiña fuera arrasada. Así pues, una vez que no le salieron al encuentro en Eleusis y la llanura de Tría, acampó en Acarnas para probar si salían a su encuentro; pues no sólo el lugar le parecía a propósito para acampar, sino que creía que los acarnienses, que constituían gran parte de la población de Atenas (eran tres mil hoplitas), no consentirían que su territorio fuera devastado, sino que incitarían a todos a la batalla. Y pensaba que si en aquella incursión los atenienses no les salían al encuentro, en adelante podría con menos peligro arrasar la llanura y llegar a la misma ciudad, puesto que los acarnienses, privados de sus bienes, no tendrían tanto ánimo para luchar por el territorio de otros y se produciría una división de opiniones. Con esta intención permanecía Arquidamo en Acarnas.

21. Los atenienses, en tanto, mientras el ejército estaba en Eleusis y la llanura de Tría, conservaban alguna esperanza de que no se acercaría más, acordándose de cuando Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, después de entrar en el territorio del Ática hasta Eleusis y Tría con un ejército peloponesio, catorce años antes de esta guerra, se retiró sin avanzar más (razón por la cual fue desterrado de Esparta bajo la acusación de haberse dejado persuadir a retirarse mediante el soborno); mas cuando vieron al ejército de Acarnas, a sesenta estadios de la ciudad, no consideraron la cosa tolerable, sino que al ser arrasada la campiña ante sus ojos, cosa que nunca habían visto los jóvenes al menos, y ni aun siquiera los viejos, excepto durante las guerras médicas, les pareció algo terrible, como es natural; y todos, y sobre todo los jóvenes, querían salir a su encuentro y no tolerarlo. Se dividieron en bandos y sostenían una gran disputa; los unos exhortándoles a salir y los otros no dejándoles. Los adivinos recitaban oráculos para todos los gustos, según como cada

cual quería escucharlos. Y los acarnienses, pensando que eran una parte no pequeña de los atenienses, al ser devastada su campiña, eran los que más incitaban a la salida. La ciudad estaba muy agitada y los atenienses se hallaban indignados contra Pericles, y no recordaban nada de lo que antes les aconsejaba, sino que le injuriaban porque, siendo general, no les sacaba a luchar, y le creían culpable de todo lo que les ocurría.

22. Pericles, al verlos exasperados por la situación presente y con intenciones que no eran las mejores, seguro de que tenía razón en no hacer una salida, no convocaba la Asamblea ni otra reunión ninguna, a fin de que no cometieran algún error al reunirse, procediendo con ira y sin prudencia, y custodiaba la ciudad y la tenía todo lo tranquila que podía. Sin embargo, hacía salir continuamente destacamentos de caballería para que las avanzadas del ejército no se lanzaran contra los campos próximos y causaran daños; y en Frigias tuvo lugar una batalla ecuestre entre una tropa de caballería ateniense, acompañada de los tesalios, y la caballería beocia; en ella los atenienses y tesalios no llevaron la peor parte, hasta que al ayudar los hoplitas a los beocios, huyeron; murieron algunos tesalios y atenienses, pero el mismo día los recogieron sin mediar tregua. Los peloponesios levantaron un trofeo al día siguiente. Esta ayuda de los tesalios la recibieron los atenienses en virtud de la antigua alianza; se presentaron en su ayuda jinetes de Larisa, Fársalo [Pirasia], Kranón, Girtón y Feras. Sus jefes eran: de Larisa, Polimedes y Aristonus, perteneciente cada uno a uno de los partidos, y de Fársalo, Menón; también los otros tenían un jefe por ciudad.

23. En tanto los peloponesios, como los atenienses no salieron contra ellos para reñir batalla, levantaron el campo de Acarnas y arrasaron algunos otros demos situados entre

el Parnés y el monte Brileso[22]. Mientras aún estaban en su territorio, los atenienses hicieron zarpar para costear el Peloponeso las cien naves que habían equipado; embarcando en ellas mil hoplitas y cuatrocientos arqueros; eran los jefes Cárcino, hijo de Jenotimo; Proteas, hijo de Epiclés, y Sócrates, hijo de Antígenes. Zarparon con estas fuerzas y comenzaron a navegar a lo largo de la costa, mientras que los pelopenesios, después de permanecer en el Ática el tiempo que les duraron los víveres, se retiraron a través de Beocia, pero no por donde hicieron la invasión; y al pasar por Oropo arrasaron la comarca llamada Graica[23]. Llegados al Peloponeso, se dispersaron, dirigiéndose a sus ciudades respectivas.

24. Una vez que se retiraron, los atenienses establecieron puestos de guardia para ejercer vigilancia por tierra y por mar, en la forma en que proyectaban montar guardia durante toda la guerra, y decidieron apartar mil talentos del dinero de la Acrópolis, declarándolos intangibles y no gastarlos, sino hacer la guerra con el resto; y establecieron la pena de muerte para el que propusiera o pusiera a votación tocar este dinero para alguna otra cosa que no fuera para defenderse si el enemigo se lanzase contra la ciudad con una escuadra; con esta cantidad decidieron dejar en reserva anualmente los cien mejores trirremes y con ellos sus trierarcos, decididos a no utilizar ninguno de ellos para ninguna otra cosa que para hacer frente al peligro citado al tiempo que con el dinero, si fuera preciso.

25. En tanto, los atenienses que navegaban alrededor del Peloponeso con las cien naves, y con ellos los corcirenses que habían ido como refuerzo con cincuenta naves, y algunos otros de sus aliados de aquella región, además de causar otros daños en su crucero, desembarcaron en Metona de Laconia y atacaron las murallas; se trataba de una ciudad mal fortificada y sin habitantes[24]. Pero en aquella comarca

se encontraba Brásidas, hijo de Télide, un espartano, como jefe de una guarnición, y al enterarse marchó con cien hoplitas en socorro de los de la ciudad. Pasando a través del ejército ateniense, que estaba disperso por los campos y vuelto hacia las murallas, penetró en Metona, y perdiendo pocos de los suyos en la incursión, salvó la ciudad y fue alabado en Esparta por este rasgo de audacia, el primero de la guerra. Los atenienses levantaron el campo y continuaron su navegación costera, y deteniéndose en Fía de Élide arrasaron la campiña durante dos días y derrotaron en batalla a trescientos hombres escogidos de los eleos de los de la llanura de Élide y de los de allí mismo de los alrededores. Mas como se levantara un fuerte viento y las naves fueran bamboleadas en aquel lugar carente de puerto, la mayoría se embarcó en ellas y doblaron el cabo llamado Ictis[25], llegando al puerto de Fía, y en tanto los mesenios y algunos otros que no pudieron embarcarse, avanzaron por tierra y tomaron Fía. Más tarde las naves, al llegar allí, les recogieron y se hicieron a la mar, abandonando la ciudad, pues se había ya presentado el grueso del ejército eleo. Los atenienses costearon hacia otros lugares y se dedicaron a devastar el país.

26. Por entonces los atenienses despacharon treinta naves a la región de Lócride, llevando como segundo fin proteger Eubea; el almirante era Cleopompo, hijo de Clinias. Éste, por medio de algunos desembarcos, arrasó ciertas partes del litoral, conquistó Tronion, tomando rehenes de sus habitantes, y derrotó en batalla en Álope a los locrios que acudieron en socorro.

27. En el mismo verano, los atenienses, además, expulsaron de Egina a los eginetas, tanto a los hombres como a los niños y mujeres, acusándoles de que eran de los principales promotores de la guerra; y, por otra parte, era manifiestamente más seguro ocupar Egina, que está

próxima al Peloponeso, enviando colonos atenienses. Y así, pues, enviaron poco después a la isla a los pobladores. Los lacedemonios concedieron a los eginetas expulsados habitar Turea y cultivar su territorio; ello a causa de su enemistad con los atenienses y porque les habían ayudado cuando el terremoto y la sublevación de los hilotas. El distrito de Turea es frontero de Argos y Laconia, extendiéndose hasta el mar. Allí se establecieron algunos de ellos, mientras que los demás se dispersaron por el resto de Grecia.

28. En el mismo verano, al comienzo de un mes[26], fecha en la que únicamente parece ser posible que ocurra esto, el sol se eclipsó después de mediodía y luego redondeó su disco de nuevo, después de quedar semejante a la luna menguante y de dejarse ver algunas estrellas.

29. En el mismo verano los atenienses hicieron próxeno[27] y mandaron a buscar, después de haberle tenido por enemigo, a Nimfodoro, hijo de Pites, un abderita con cuya hermana estaba casado Sitalces y que tenía mucha influencia ante él; procedieron así queriendo que se hiciera aliado suyo el rey de los tracios, Sitalces, hijo de Teres. Este Teres padre de Sitalces, fue el que hizo la gran monarquía de los odrisas mayor que el resto de Tracia; pues hay también una gran porción de Tracia que es independiente. Este Teres no tiene ninguna relación con Tereo, el que tomó como mujer a la ateniense Procne, hija de Pandión, ya que ni siquiera fueron éstos naturales de Tracia, sino que el primero vivió en Daulia, en la actual Fócide, que entonces poblaban los tracios, y en este mismo país llevaron a cabo las mujeres la muerte de Itis[28] (y muchos poetas, al mencionar al ruiseñor le llaman «el ave de Daulia»); y es natural que Pandión concertara la boda de su hija con alguien que vivía tan cerca, a fin de ayudarse mutuamente, y no entre los odrisas y con uno que estaba a muchos días de camino. Teres, pues, que ni siquiera tiene igual nombre, fue el primer

rey importante de los odrisas. A su hijo Sitalces es a quien trataban de hacer aliado suyo los atenienses, queriendo que les ayudara a tomar los lugares de la costa de Tracia y a derrotar al propio Perdicas. Yendo, pues, a Atenas Nimfodoro, concluyó la alianza con Sitalces e hizo ateniense a Sádoco, el hijo de aquél; prometió además acabar la guerra de Tracia, pues persuadiría a Sitalces a enviar en ayuda de los atenienses un ejército tracio compuesto de caballería e infantería ligera. Atrajo además a Perdicas al partido de los atenienses y persuadió a éstos a que devolvieran a aquél Terma; e inmediatamente Perdicas se sumó a la campaña contra los calcídeos, uniéndose a Formión y los atenienses. De este modo se hicieron aliados de los atenienses Sitalces, hijo de Teres, rey de los tracios, y Perdicas, hijo de Alejandro, rey de los macedonios.

30. En tanto, los atenienses que continuaban costeando el Peloponeso con las cien naves, tomaron la plaza corintia de Solion y se la entregaron a los palerenses para que ellos solos de entre los acarnanios poblaran la ciudad y la campiña; y tomando además por la fuerza Ástaco, que estaba bajo la tiranía, de Enarco le desterraron e incorporaron la ciudad a su confederación. Además, se atrajeron sin batalla a la isla de Cefalenia, navegando hasta allí; está situada frente a Acarnania y Léucade, y en ella hay cuatro ciudades: Pala, Cranios, Sama y Prona. No mucho después las naves regresaron a Atenas.

31. En el otoño del mismo año los atenienses todos juntos y acompañados de los metecos, hicieron una incursión contra el territorio de Megara, bajo el mando de Pericles, hijo de Jantipo. Y cuando los atenienses que con las cien naves daban la vuelta al Peloponeso —pues se hallaban ya en Egina en su viaje de regreso—, se enteraron de que los de la ciudad estaban en Megara con todo el ejército, fueron hacia ellos y se les unieron. Éste fue el mayor ejército ateniense

que se reunió nunca, pues la ciudad estaba aún en la cima de su poder y todavía no había sufrido la peste. Sólo los atenienses eran unos diez mil hoplitas (además tenían los tres mil de Potidea), y avanzaron con ellos no menos de tres mil metecos y además un gran cuerpo de soldados armados ligeramente. Una vez que arrasaron la mayor parte del territorio de Megara, se retiraron. Hubo también más adelante en esta guerra otras incursiones anuales de los atenienses en el territorio de Megara, tanto de la caballería como del ejército completo, hasta que Nisea fue tomada por los atenienses.

32. Además, al final de este verano[29], los atenienses fortificaron y convirtieron en plaza fuerte Atalanta, la isla de la Lócride Opuntia, a fin de que piratas procedentes de Opunte y el resto de Lócride no causaran daños en Eubea. Éstas son las cosas que sucedieron durante este verano después de la retirada del Ática de los peloponesios.

33. En el invierno siguiente, Enarco el acarnanio, queriendo ser restaurado en Ástaco, persuadió a los corintios a que le repusieran mediante una expedición naval con noventa naves y mil quinientos hoplitas, y él mismo procuró como ayuda algunos mercenarios; los jefes del ejército eran: Eufámidas, hijo de Aristónimo, Timójeno, hijo de Timócrates, y Eúmaco, hijo de Crisis. Partieron y le restauraron, y queriendo atraer a su bando algunos lugares del resto del litoral de Acarnania, lo intentaron, y al fracasar emprendieron el regreso. Al pasar se detuvieron en Cefalenia, y en un desembarco en el territorio de los cranios fueron traicionados por este pueblo y perdieron algunos hombres al atacarles de improviso los cranios; reembarcaron con dificultad y volvieron a su patria.

34. En el mismo invierno los atenienses, siguiendo la costumbre tradicional, hicieron las ceremonias fúnebres en honor de los que primero habían muerto en esta guerra,

procediendo del modo siguiente: Exponen durante tres días los huesos[30] de los muertos en una tienda que instalan, y cada uno lleva al suyo la ofrenda que quiere; y cuando tiene lugar el entierro, diez carros transportan las cajas, que son de ciprés, cada una de una tribu[31]; los huesos de cada uno de los muertos están en la caja de la tribu a que pertenecía. Además se lleva un féretro vacío y cubierto en honor de los desparecidos que no hayan sido hallados y recogidos. Acompañan al entierro los que lo desean de los ciudadanos y extranjeros, y las mujeres de la familia se hallan junto a la tumba llorando. Los entierran en el sepulcro público, que está en el más hermoso arrabal de la ciudad[32] y donde siempre entierran a los muertos en guerra, excepto los de Maratón, pues considerando excepcional su valor, los enterraron allí mismo. Y una vez que los cubren de tierra, un ciudadano elegido por la ciudad que sea considerado hombre de talento y que sea el primero en la estimación pública, pronuncia en su honor el elogio apropiado; y después de esto, se retiran. Así llevan a cabo el entierro; y a lo largo de toda la guerra, cuando se presentaba la ocasión, seguían esta costumbre. En honor de estos primeros muertos fue elegido para hablar Pericles, hijo de Jantipo, y una vez que llegó el momento oportuno, avanzando desde el sepulcro a una tribuna que se había hecho muy elevada, a fin de que pudiera ser oído por la multitud a la mayor distancia posible, habló así:

35. «La mayoría de los que han pronunciado discursos en este lugar elogian al que añadió a la costumbre tradicional esta oración fúnebre, por ser hermoso que fuera pronunciada en honor de los soldados muertos en la guerra que reciben sepultura. A mí, en cambio, me parecería suficiente que, ya que han sido de hecho unos valientes, les honráramos también de hecho, de la manera que veis ahora mismo en esta ceremonia fúnebre celebrada públicamente;

y que la aceptación del heroísmo de muchos no dependiera peligrosamente de un solo hombre, que puede hablar bien o menos bien. Pues es difícil expresarse con justeza en circunstancias en que la creencia en la verdad queda apenas asegurada. Y es que el oyente que ha sido testigo de los hechos y lleva buena voluntad, quizá crea que aquel heroísmo es expuesto como inferior a lo que quiere y sabe, mientras que el que los desconoce puede creer por envidia, al oír algo superior a su natural, que se exagera. Porque los elogios de otro son soportables en la medida en que cada uno cree que es capaz de hacer algo de lo que oyó; pero los hombres, por envidia de lo que está por encima de ellos, no lo creen. Mas ya que los antiguos juzgaron que este discurso era oportuno, es preciso cumplir la ley e intentar satisfacer en todo lo posible el deseo y la expectación de cada cual.

36. Comenzaré por nuestros antepasados, pues es justo y hermoso al mismo tiempo que en esta ocasión se les ofrezca el honor del recuerdo. Porque fueron ellos quienes, habitando siempre este país hasta hoy día mediante la sucesión de las generaciones, nos lo entregaron libre gracias a su valor. Son merecedores de encomio y aún más lo son nuestros padres, puesto que se adueñaron, no sin trabajo, del imperio que tenemos, a más de lo que habían heredado, y nos lo dejaron a nosotros los hombres de hoy juntamente con aquello. Y el imperio, en su mayor parte, lo hemos engrandecido nosotros mismos, los que vivimos todavía, y sobre todo los de edad madura; y hemos hecho a la ciudad muy poderosa en la guerra y en la paz en todos los aspectos. Mas de entre estas cosas dejaré a un lado las empresas guerreras con que adquirimos cada una de nuestras posesiones e igualmente el que hayamos rechazado valerosamente a enemigos bárbaros y griegos, pues no quiero extenderme sobre ello ante gentes que ya lo conocen; y mostraré, en cambio, lo primero, la política

mediante la cual llegamos a adquirirlas, y el sistema de gobierno y la manera de ser por los cuales crecieron, y pasaré después al elogio de nuestros muertos, pues creo que en la ocasión presente no es inadecuado que estas cosas sean expuestas, y es conveniente que todo este concurso de ciudadanos y extranjeros las escuche.

37. Tenemos un régimen de gobierno que no envidia las leyes de otras ciudades, sino que más somos ejemplo para otros que imitadores de los demás. Su nombre es democracia, por no depender el gobierno de pocos, sino de un número mayor; de acuerdo con nuestras leyes, cada cual está en situación de igualdad de derechos en las disensiones privadas, mientras que según el renombre que cada uno, a juicio de la estimación pública, tiene en algún respecto, es honrado en la cosa pública; y no tanto por la clase social a que pertenece[33] como por su mérito, ni tampoco, en caso de pobreza, si uno puede hacer cualquier beneficio a la ciudad, se le impide por la oscuridad de su fama. Y nos regimos liberalmente no sólo en lo relativo a los negocios públicos, sino también en lo que se refiere a las sospechas recíprocas sobre la vida diaria; no tomando a mal al prójimo que obre según su gusto, ni poniendo rostros llenos de reproche, que no son un castigo, pero sí penosos de ver. Y al tiempo que no nos estorbamos en las relaciones privadas, no infringimos la ley en los asuntos públicos, más que nada por un temor respetuoso, ya que obedecemos a los que en cada ocasión desempeñan las magistraturas y a las leyes, y de entre ellas, sobre todo a las que están legisladas en beneficio de los que sufren la injusticia, y a las que por su calidad de leyes no escritas, traen una vergüenza manifiesta al que las incumple[34]. Y además nos hemos procurado muchos recreos del espíritu, pues tenemos juegos y sacrificios anuales y hermosas casas particulares, cosas cuyo disfrute diario aleja las preocupaciones; y a causa del gran

número de habitantes de la ciudad, entran en ella las riquezas de toda la tierra, y así sucede que la utilidad que obtenemos de los bienes que se producen en nuestro país no es menos real que la que obtenemos de los demás pueblos.

39. En lo relativo a la guerra diferimos de nuestros enemigos en lo siguiente: tenemos la ciudad abierta a todos y nunca impedimos a nadie, expulsando a los extranjeros, que la visite o contemple —a no ser tratándose de alguna cosa secreta de que pudiera sacar provecho un enemigo al verla—, pues confiamos no tanto en los preparativos y estratagemas como en nuestro vigor de alma en la acción; y en lo referente a la educación, hay quienes desde niños buscan el valor con un fatigoso entrenamiento, mientras que nosotros, aunque vivimos plácidamente, no por eso nos lanzamos menos a aquellos peligros que estén en relación con nuestra fuerza. He aquí una prueba: los lacedemonios no organizan expediciones por sí solos contra nuestro territorio, sino en unión de todos sus aliados, mientras que nosotros, cuando avanzamos contra otros, las más veces les vencemos con facilidad en batalla, aunque son gentes que se defienden luchando por sus bienes; y con nuestras fuerzas reunidas jamás ha entablado combate ningún enemigo, a causa tanto de la importancia que damos a la marina, como de que algunos de los nuestros son enviados con varias finalidades a diversos puntos del imperio; pero si nuestros enemigos luchan en algún sitio con una parte de nuestras fuerzas, en caso de victoria sobre algunos de nosotros, se jactan de que todos hemos sido rechazados, y en el de derrota, de que han sido vencidos por la totalidad. Y a pesar de todo, si queremos correr peligros con tranquilidad de espíritu y no con el ejercicio de trabajos penosos, y no con leyes, sino con costumbres de valentía, queda a nuestro favor que no sufrimos con antelación por las contrariedades

futuras, que cuando vamos a su encuentro nos encontramos no inferiores en audacia a los que viven continuamente con dureza, y que por estos motivos y otros más aún nuestra ciudad es digna de admiración.

40. Pues amamos la belleza con poco gasto y la sabiduría sin relajación; y utilizamos la riqueza como el medio para la acción más que como motivo de jactancia, y no es vergonzoso entre nosotros confesar la pobreza, sino que lo es más el no huirla de hecho. Por otra parte, nos preocupamos a la vez de los asuntos privados y de los públicos, y gentes de diferentes oficios conocen suficientemente la cosa pública; pues somos los únicos que consideramos no hombre pacífico, sino inútil, al que nada participa en ella, y además, o nos formamos un juicio propio o al menos estudiamos con exactitud los negocios públicos, no considerando las palabras daño para la acción, sino mayor daño el no enterarse previamente mediante la palabra antes de poner en obra lo que es preciso. Pues tenemos también en alto grado esta peculiaridad: ser los más audaces y reflexionar además sobre lo que emprendemos; mientras que a los otros la ignorancia les da osadía, y la reflexión, demora. Sería justo, por el contrario, considerar como los de ánimo más esforzado a aquellos que mejor conocen las cosas terribles y las agradables, y que no por ello rehuyen los peligros. Y en cuanto a nobleza de conducta, diferimos de la mayoría en que no adquirimos amigos recibiendo beneficios, sino haciéndolos; pues el que ha hecho el favor está en situación más firme para mantenerlo vivo por la amistad que le debe aquél a quien se lo hizo, mientras que el que lo debe tiene menos garantía, ya que sabe que ha de devolver el buen comportamiento no como haciendo un beneficio, sino como pagando una deuda. Y somos los únicos que sin poner reparos hacemos

beneficios no tanto por cálculo de la conveniencia como por la confianza que da la libertad.

41. En resumen, afirmo que la ciudad entera es la escuela de Grecia, y creo que cualquier ateniense puede lograr una personalidad completa en los más distintos aspectos y dotada de la mayor flexibilidad, y al mismo tiempo el encanto personal. Y que esto no es una exageración retórica, sino la realidad, lo demuestra el poderío mismo de la ciudad, que hemos adquirido con este carácter; pues es Atenas la única de las ciudades de hoy que va a la prueba con un poderío superior a la fama que tiene, y la única que ni despierta en el enemigo que la ataca una indignación producida por la manera de ser de la ciudad que le causa darlos, ni provoca en los súbditos el reproche de que no son gobernados por hombres dignos de ello. Y como hacemos gala con pruebas decisivas de una fuerza que no carece de testigos, seremos admirados por los hombres de hoy y del tiempo venidero sin necesitar para nada como panegirista a Homero ni a ningún otro que con sus epopeyas produzca placer de momento, pero cuya exposición de los hechos desmienta la verdad, sino teniendo suficiente con obligar a todos los mares y tierras a ser accesibles a nuestra audacia, y con fundar en todas partes testimonios inmortales de nuestras desgracias y venturas[35]. Fue por una ciudad así por la que murieron éstos, considerando justo, con toda nobleza, que no les fuera arrebatada, y por la que todos los que quedamos es natural que queramos sufrir penalidades.

42. Por estas razones me he extendido en lo relativo a la ciudad, mostrándoos que no luchamos por una cosa igual nosotros y los que no poseen a su vez nada de esto, y demostrando con pruebas la verdad del elogio de aquéllos en cuyo honor hablo ahora. He expuesto ya la parte más importante de él; pues mis encomios en honor de la ciudad son aquellos de los cuales la han hecho digna los méritos de

éstos y de otros hombres semejantes, y no hay muchos griegos cuyo elogio, como el de éstos, sea proporcionado a sus hechos. Y me parece que el fin que estos soldados han tenido demuestra el mérito de un hombre como primer indicio y como confirmación final. Pues, en efecto, a los que son inferiores en las demás cosas, es justo que se les tenga en cuenta lo primero el valor guerrero en defensa de la patria, ya que oscureciendo lo malo con lo bueno fueron más útiles en beneficio público de lo que perjudicaron como particulares. Ninguno de éstos flaqueó poniendo delante el goce de la riqueza que le estaba reservado, ni retardó el peligro por la esperanza de su pobreza de que podría enriquecerse todavía si quedaba indemne, sino que considerando más deseable que estas cosas el castigo del enemigo, y juzgando además que éste era el más hermoso de los peligros, decidieron, arriesgándose a él, castigar al enemigo y privarse de aquellos bienes, confiando a la esperanza la incertidumbre del éxito, y atreviéndose, en cambio, al obrar, a confiar en sí mismos para lo que ya estaba ante sus ojos. Consideraron, pues, en el trance mismo de la lucha, que se debía sufrir la muerte antes que salvarse huyendo, y evitaron una fama vergonzosa, sostuvieron la lucha al precio de la vida, y en un breve instante de azar, en la culminación de su gloria y no de su miedo, murieron.

43. Tales fueron éstos, como era digno de la ciudad; y es necesario que los demás deseen tener ante el enemigo una decisión más firme y no se contenten con tenerla menos audaz, no limitándoos a considerar su utilidad a través de un discurso; la cual se podría exponer largamente ante vosotros —que la conocéis igual de bien—, con sólo explicar las ventajas que hay en defenderse del enemigo; por el contrario, debéis adquirir esa firme decisión contemplando cada día el poderío de la ciudad y haciéndoos amantes de él, y pensando cuando os parezca que es grande, que lo

fundaron unos hombres audaces, conocedores del deber y que obraban con honor, los cuales, cuando fracasaban en algún intento, no se creían autorizados a privar a la ciudad de su valor, sino que la entregaban el más bello tributo; pues dando sus vidas por el interés común, recibían para sí mismos una alabanza inmortal y la más gloriosa tumba: no tanto el lugar en que yacen, como aquella otra en que queda a perpetuidad su gloria, hecha inmortal en el corazón de todos los hombres en el momento de la palabra o de la acción. Pues la tierra entera es la tumba de los hombres ilustres y no está indicada tan sólo por la inscripción de las columnas sepulcrales en el país propio, sino que aun en el extraño vive en cada hombre un recuerdo no escrito grabado más en el corazón que en algo material. Emuladles, pues, y pensando que su libertad es su felicidad y su valor su libertad, no os angustiéis en exceso por los peligros de la guerra, pues no son los infortunados, que no tienen esperanza de ventura, quienes deben con más razón ser liberales de su vida, sino aquéllos cuya vida está expuesta aún al peligro del cambio en sentido contrario y para quienes mayor es la diferencia si sufren un fracaso. Porque para el hombre con dignidad es más doloroso el daño sufrido por cobardía que la muerte sin sufrimiento que viene en medio de la plenitud del vigor físico y de la esperanza común.

44. Por ello no os compadezco ahora a vosotros sus padres, cuantos estáis presentes, sino que intentaré consolaros; pues criados en medio de toda clase de adversidades sabéis que la buena fortuna pertenece a los que reciben, como éstos ahora, la muerte más hermosa, al tiempo que vosotros recibís el dolor, y a aquéllos para quienes el destino dispuso que obtuvieran la felicidad y luego la muerte. Sé que es cosa difícil el persuadiros de ello, ya que mil veces tendréis ocasión en las venturas de los

otros para recordarles, puesto que también vosotros en otro tiempo os gloriabais de ellos; pues el dolor no surge por las cosas agradables de que uno es privado sin haberlas probado, sino por aquello que le es arrebatado cuando estaba acostumbrado a ello. Sin embargo, debéis mostrar valor ante la esperanza de otros hijos, los que aún tenéis edad para engendrarlos; pues los que nazcan serán para algunos un consuelo por los ya muertos, y además esto será útil a la ciudad por dos lados, porque no se despoblará y por la seguridad de que serán causa; pues no es posible que tomen una resolución equitativa y justa los que no corren el peligro arriesgando sus hijos como los demás. Y los que habéis traspuesto la juventud, pensad que la parte de vuestra vida en que fuisteis felices es vuestra mayor ganancia, y que esta otra será breve, y consolaos con la gloria de vuestros hijos. Porque el deseo de honores es la única cosa que no envejece, y en la parte inútil de la vida no es el lucrarse lo que más gusta, como algunos dicen, sino el recibir honores.

45. Por otra parte, preveo una dura lucha para los hijos o hermanos de los muertos que me oís; pues todos suelen alabar al muerto, y apenas si con un exceso de mérito podríais ser considerados no digo ya iguales, sino ligeramente inferiores a ellos. Porque los vivos están sujetos a la envidia de sus enemigos, mientras que lo que no estorba es honrado con una benevolencia que carece de rivalidad. Y si debo hacer también una mención de la virtud de las mujeres que desde ahora quedarán viudas, con una breve indicación lo diré todo. Vuestra gran gloria consistirá en no ser inferiores a vuestra condición natural, y en que entre los hombres haya sobre vosotras las menores conversaciones posibles en buena o mala parte.

46. He dicho yo también, cumpliendo la ley, lo que era del caso, y los que enterramos han recibido ya los honores

funerarios; y por su parte, la ciudad criará a expensas públicas hasta la juventud a sus hijos, ofreciendo una útil corona a los muertos y a los sobrevivientes de estos Juegos[36]; y es que en la ciudad que propone mejores premios al valor es donde hay mejores soldados. Y ahora, una vez que habéis hecho las lamentaciones funerarias en honor cada uno de su familia, marchaos».

47. De esta forma se celebró el entierro en este invierno; y pasado el mismo, acabó el primer año de la guerra del Peloponeso. Apenas comenzó la buena estación, los peloponesios y sus aliados invadieron el Ática con los dos tercios de sus tropas, al mando, igual que antes, de Arquidamo, rey de los lacedemonios; y haciendo alto se dedicaron a arrasar la campiña. Y cuando no llevaban aún muchos días en el Ática, comenzó por primera vez a propagarse entre los atenienses la famosa epidemia[37], que se dice que ya antes había sobrevenido en muchos lugares, por ejemplo en Lemnos y en otras partes, aunque una epidemia tan grande y un aniquilamiento de hombres como éste no se recordaba que hubiera tenido lugar en ningún sitio; pues al principio los médicos, por ignorancia, no tenían éxito en la curación, sino que precisamente ellos morían en mayor número porque eran los que más se acercaban a los enfermos, ni tampoco ningún otro remedio humano; y fue inútil suplicar en los templos y recurrir a los oráculos y medios semejantes, y, finalmente, las gentes desistieron de usarlos vencidas por el mal.

48. Comenzó, éste primeramente, según se dice, en Etiopía, que está al sur de Egipto, y luego bajó a Egipto y Libia y a la mayor parte del imperio del Rey. En Atenas surgió de repente, y donde primero atacó a la gente fue en el Pireo, hasta el punto que dijeron que los peloponesios habían envenenado los pozos, pues todavía no había allí fuentes. Después llegó a la ciudad del interior, y la

mortandad fue ya mucho mayor. Acerca de este mal pueden decir médicos y profanos, según la opinión de cada cual, a consecuencia de qué es de creer que surgiera y las causas que opine que tuvieron por efecto una epidemia tan grande; yo, por mi parte, describiré cómo sucedió y expondré los datos cuyo examen podría dar elementos de juicios, por la experiencia anterior, en caso de que sobrevenga otra vez; porque yo mismo estuve enfermo y vi a otros muchos atacados por la enfermedad.

49. Aquel año, según la opinión común, fue muy saludable en cuanto a las demás enfermedades, y si uno tenía de antes alguna, todas acabaron en ésta. A los otros, por el contrario, sin que hubiera un motivo especial y en estado de salud, les sobrevenían fuertes calenturas, que atacaban a la cabeza, y enrojecimiento y ardor en los ojos; y los órganos interiores, a saber, la garganta y la lengua, se llenaban al punto de sangre y dejaban salir un aliento distinto del normal y fétido; a continuación de estos síntomas, se presentaban estornudos y ronquera, y poco después, el malestar bajaba al pecho, acompañado de una tos violenta, y cuando se localizaba en el estómago, lo trastornaba y se sucedían todos los vómitos de bilis de que hablan los médicos, acompañados de grandes sufrimientos; y a los más les sobrevenían fuertes arcadas espasmódicas, a unos al cesar los síntomas anteriores y a otros no mucho después. El cuerpo, tocándolo por fuera, no estaba febril en exceso ni tampoco pálido, sino un poco enrojecido, amoratado y lleno de pequeñas ampollas y de llagas, mientras que las partes interiores ardían hasta tal punto, que los enfermos no resistían que se les cubriera con himationes[38] ni vestidos de lino muy finos, ni ninguna otra cosa que estar desnudos, y que querrían arrojarse al agua fría. E incluso muchos enfermos mal vigilados lo hicieron, arrojándose a los pozos, atacados por una sed insaciable; y

la mucha y la poca bebida surtían iguales efectos. Sin cesar tenían encima la imposibilidad de descansar y el insomnio. Y el cuerpo, durante el tiempo en que llegaba a su punto culminante la enfermedad, no quedaba postrado, sino que, contra lo que pudiera esperarse, resistía a la enfermedad, de forma que o bien morían a los siete o nueve días, los más por efecto de la fiebre, pero conservando aún algún vigor, o si se libraban, al bajar la enfermedad al intestino y producirse en él una gran ulceración y sobrevenir además una diarrea incoercible, los más perecían más tarde por efecto de la debilidad. Porque el mal, que primeramente se fijaba en la cabeza, bajaba a través de todo el cuerpo, empezando por arriba, y si alguno libraba en lo relativo a las partes principales, quedaba inválido por la localización del mal en las partes extremas, pues la enfermedad atacaba a los órganos genitales y a los dedos de las manos y pies, y muchos sanaban después de perder estas partes del cuerpo y algunos incluso los ojos. A otros, inmediatamente después de la curación, les sobrevenía pérdida completa de la memoria, y no se reconocían ni a sí mismos ni tampoco a sus parientes.

50. Nada más natural que ello, porque como la índole de la enfermedad sobrepasó a todo lo que pueda decirse, cayó sobre cada hombre con más violencia de la que tolera la naturaleza humana, y sobre todo por lo que sigue mostró que no era uno de los males ordinarios: aunque había muchos muertos sin enterrar, las aves y cuadrúpedos que se alimentan de cadáveres, o no se acercaban a ellos, o si los gustaban perecían. La prueba es que se produjo una falta absoluta de dichas aves, y no se las veía ni junto a muerto alguno ni en ninguna otra circunstancia; los perros, por vivir con el hombre, eran los que mejor permitían la observación de lo que sucedía.

51. Tales fueron en conjunto las características de la epidemia, dejando muchas otras particularidades extrañas según que en cada uno presentaba una forma diferente respecto a otro. Y ninguna de las enfermedades comunes hacía estragos por aquel tiempo; pues cualquiera que se presentaba acababa en este mal. Los unos morían sin ser atendidos, y otros muy cuidados. Y no fue hallado ni un solo remedio, por así decir, con cuya aplicación se aliviara la enfermedad (pues lo que venía bien a uno a otro le perjudicaba), y ningún hombre se mostró capaz de resistirla, fuera fuerte o débil, sino que el mal hacía presa en todos en general, cualquiera que fuese su género de vida. Pero lo más terrible de todo el mal era la falta de ánimo que se producía cuando uno se daba cuenta de que estaba enfermo —pues entregando su espíritu a la desesperación se abandonaban a él mucho más y no intentaban resistirle—, así como que, infectándose unos al atender a otros, morían como ovejas; esto es lo que causaba mayor mortandad, pues si no querían por miedo acercarse los unos a los otros, morían solos, y muchas familias desaparecieron por falta de quien les atendieran; y si se acercaban, perecían, sobre todo los que hacían alarde de valor, ya que por su sentimiento del honor no se preocupaban de sí mismos y entraban en casa de sus amigos, a pesar de que finalmente hasta los familiares abandonaron la costumbre de las lamentaciones por los muertos, vencidos por el exceso de infortunio. Y, sin embargo, eran los que habían escapado de la enfermedad los que más compadecían al que moría y al enfermo, porque conocían aquello de antemano y ellos tenían ya confianza; pues la epidemia no atacaba al mismo hombre dos veces hasta matarle. A ello debido eran felicitados por los demás, y ellos mismos, por la alegría del momento, tenían para el porvenir cierta vana esperanza de que ya nunca iban a morir de ninguna otra enfermedad.

52. La evacuación de los campos a la ciudad aumentaba el sufrimiento de los atenienses, y sobre todo el de los propios refugiados, sumándose al mal presente porque como no había casas, sino que vivían en la buena estación en chozas angostas, la mortandad tenía lugar en circunstancias anormales, ya que, incluso, los cadáveres yacían unos sobre otros en el momento de la muerte, y enfermos medio muertos se arrastraban por las calles y en torno a todas las fuentes, llevados por su deseo del agua. Los templos en que se habían instalado estaban llenos de cadáveres de los que morían allí; pues como la violencia del mal era extraordinaria, los hombres, no sabiendo qué hacerse, dieron en despreciar por igual las leyes divinas y humanas. Todos los ritos antes seguidos para enterrar fueron trastornados, y enterraban como cada cual podía. Muchos incluso acudieron a impíos modos de enterrar por falta de las cosas necesarias, a causa de que ya se les habían muerto muchos parientes: iban a las piras de otros, adelantándose a los que las habían apilado, y unos ponían encima su muerto y prendían fuego, mientras que otros echaban desde arriba el suyo cuando se estaba quemando otro y se iban.

53. Además, la epidemia fue para la ciudad el comienzo de un mayor desprecio por las leyes. Pues la gente se atrevía más fácilmente a lo que antes encubría cuando lo hacía para satisfacer su gusto, ya que veían que era repentina la mudanza de fortuna entre los ricos que morían de repente y los pobres que nada poseían antes y al punto eran dueños de los bienes de aquéllos. De esta forma querían lograr el disfrute de las cosas con rapidez y con el máximo placer, pues consideraban efímeras tanto las riquezas como la vida. Y ninguno tenía decisión para pasar trabajos por lo que se consideraba una empresa noble, pensando que no se sabía si perecería antes de lograrlo; sino que se tuvo por noble y útil lo que era placentero ya de por sí y lo que resultaba

provechoso para su consecución de cualquier modo que fuera. Ningún respeto a los dioses ni ley humana les retenía, pues por un lado consideraban indiferente el ser o no ser piadosos, ya que veían que todos sin distinción perecían, y por otro, ninguno esperaba sufrir el castigo de sus crímenes viviendo hasta que se hiciese justicia, sino que creían que un castigo mucho mayor, ya votado, estaba suspendido sobre sus cabezas, y que antes de su ejecución era natural que gozaran un poco de la vida.

54. Ésta era la catástrofe que había sobrevenido a los atenienses, que estaban por ella en situación apurada, ya que la población perecía dentro de la ciudad y fuera era arrasada la campiña. En medio de esta desgracia recordaban, como era propio del caso, esta profecía que los antiguos afirmaban que había sido recitada hacía mucho tiempo: «Vendrá la guerra promovida por los dorios y con ella la peste». Había habido una discusión a propósito de que los antiguos, al citar la profecía, no habían dicho «peste», sino «hambre[39]», y ante las circunstancias presentes triunfó, como es lógico, la opinión de que se había dicho «peste». Y si alguna vez tiene lugar otra guerra con los dorios después de ésta y llega a presentarse el hambre, sin duda que recitarán la profecía en esta forma, como es natural. También citaron aquellos que lo conocían el oráculo dado a los lacedemonios, cuando al preguntar ellos si debían entrar en guerra el dios les respondió que si luchaban con todo su poder obtendrían la victoria y que él mismo les ayudaría, invocado o no invocado. Llegaban, pues, a la conclusión de que los hechos respondían a este oráculo; pues la epidemia comenzó inmediatamente después de la invasión de los peloponesios[40]. Y, lo que es digno de notarse, no se propagó al Peloponeso, sino que se encarnizó sobre todo contra Atenas y en segundo lugar contra las más

populosas de las otras ciudades. Hasta aquí lo relativo a la epidemia.

55. Entre tanto, los lacedemonios, una vez que arrasaron la llanura[41], penetraron en la comarca llamada Paralia[42], hasta Laurión, donde los atenienses tienen sus minas de plata; y primero devastaron esta región por donde mira al Peloponeso, y luego por la parte que está orientada en dirección a Eubea y Andros. Y Pericles, que también entonces era general, mantenía el mismo plan de que los atenienses no les salieran al encuentro, como en la incursión anterior.

56. Mientras los peloponesios estaban aún en la llanura y antes que pasaran a la región litoral, Pericles preparó una expedición de cien naves contra el Peloponeso, y una vez que todo estuvo dispuesto se hizo a la mar. Llevaba cuatro mil hoplitas en las naves de guerra y cuatrocientos jinetes en buques de transporte acondicionados para los caballos, que habían sido construidos entonces por primera vez aprovechando las naves de guerra viejas; con ellos participaban en la expedición los de Quíos y Lesbos, con cincuenta naves. Cuando se hizo a la mar esta flota ateniense, dejó a los lacedemonios en el litoral del Ática. Llegados a Epidauro, en el Peloponeso, arrasaron la mayor parte del territorio y lanzando un ataque contra la ciudad creyeron poder tomarla, pero no tuvieron éxito. Se alejaron, pues, de Epidauro y devastaron los territorios de Trozena, Halieis y Hermiona; todas estas ciudades están en el litoral del Peloponeso. Luego zarparon de aquellos lugares, llegaron a Prasias, ciudad marítima de Laconia, devastaron parte de su campiña y tomaron y destruyeron la ciudad misma. Una vez que hicieron estas cosas, emprendieron el regreso a Atenas. Y ya no encontraron a los peloponesios en el Ática, pues se habían retirado.

57. Durante el tiempo en que los peloponesios estuvieron en el territorio de los atenienses y éstos hicieron su expedición naval, la epidemia causaba estragos entre ellos, tanto en la flota como en la ciudad, hasta el punto de que se dijo que los peloponesios habían salido antes del país por miedo a la enfermedad cuando se enteraron por los esclavos fugitivos de que se propagaba en Atenas y observaron al mismo tiempo que los atenienses quemaban sus muertos. En esta incursión fue cuando más tiempo permanecieron en el Ática, y arrasaron todo el territorio; pues estuvieron en el Ática unos cuarenta días.

58. Durante el mismo verano, Hagnón, hijo de Nicias, y Cleopompo, hijo de Clinias, compañeros de Pericles en el generalato, se hicieron cargo del ejército que aquél había mandado, y emprendieron una expedición contra los calcídeos de Tracia y contra Potidea, que aún estaba sitiada; y una vez llegados utilizaron contra Potidea ingenios de asalto e intentaron tomarla por todos los medios. Pero ni la toma de la ciudad ni lo demás fue el éxito que correspondía a los preparativos; pues sobreviniendo la epidemia puso en grave apuro a los atenienses también allí, causando mortandad en el ejército, hasta el punto de que los soldados atenienses que ya estaban allí enfermaron por contagio del ejército de Hagnón, habiendo tenido buena salud hasta entonces. Formión y sus mil soldados ya no estaban en Calcídica. Emprendió, pues, Hagnón con su escuadra la vuelta a Atenas, después de haber perdido mil cincuenta hoplitas, de cuatro mil, en unos cuarenta días; y los soldados venidos anteriormente se quedaron y continuaron el asedio de Potidea.

59. Después de la segunda incursión de los peloponesios, los atenienses, al ver que su territorio había sido arrasado por segunda vez y que tenían sobre sí la enfermedad y la guerra a la vez, cambiaron de manera de pensar y

consideraron a Pericles culpable por haberles persuadido a entrar en guerra y haber caído por su causa en los infortunios presentes, y deseaban llegar a un acuerdo con los lacedemonios, por lo que les enviaron unos embajadores, sin lograr resultado. Y como ya no sabían qué partido tomar, atacaban por todos lados a Pericles pero éste, viendo que sufrían mal la situación presente y hacían todo lo que él había previsto, convocó la Asamblea (pues aún era general), y quiso animarles y, quitándoles la ira, llevarles a un estado de ánimo más apaciguado y carente de miedo; se adelantó, pues, y habló así:

60. «Esperaba vuestra ira contra mí, pues percibo sus causas y por ello he convocado la Asamblea, a fin de refrescaros la memoria y reprocharos el que sin razón os indignéis contra mí y no podáis soportar las desgracias. Porque yo creo que es más útil para los particulares una ciudad próspera en su conjunto que otra que disfrute buena fortuna en lo que respecta a cada uno de los ciudadanos, pero esté decaída como totalidad; pues un hombre cuyos asuntos personales marchan bien, no por ello deja de perecer en unión de su ciudad cuando aquélla es destruida, mientras que el infortunado se salva mucho mejor en una ciudad de próspera fortuna. Así pues, puesto que una ciudad es capaz de sobrevivir a las desgracias de sus miembros, mientras que cada uno de ellos no puede hacerlo con las de aquélla, es imprescindible que todos la defiendan y no hagan lo que ahora vosotros, que conturbados por desgracias familiares desatendéis la salvación de la comunidad, y me consideráis culpable a mí que os persuadí a entrar en guerra y a vosotros mismos que fuisteis de igual opinión. Y, sin embargo, os encolerizáis contra un hombre como yo, que creo no ser inferior a nadie en conocer lo que es necesario y explicarlo, a más de amante de la ciudad e inasequible al soborno; pues el que conoce bien esas

necesidades y no las expone claramente, es igual que si no le hubieran venido al pensamiento; el que posee ambas cosas, pero es desafecto al estado, no podría hablar con igual interés; y si tiene también esta cualidad, pero se deja corromper por el dinero, vendería todo sólo por éste. De modo que si os dejasteis persuadir por mí a entrar en guerra, creyendo que en alguna medida dichas cualidades me eran propias más que a otro, no es razonable que ahora se me acuse de mal proceder.

61. Porque, en verdad, los que pueden elegir y por lo demás gozan de prosperidad, es estúpido que entren en guerra; pero si era necesario o bien ceder inmediatamente ante otros y convertirse en sus súbditos, o bien arriesgarse y sobrevivir, el que hubiera huido del peligro, hubiese sido más censurable que el que lo arrostró. Yo soy el mismo y no me desautorizo; mientras que vosotros cambiáis, ya que os ha acontecido que cuando estabais sanos y salvos os dejasteis persuadir, y ahora que os llegó la desgracia os arrepentís; y que en la debilidad de vuestra inteligencia, mi argumentación no os parece justa, debido a que el dolor le llega ya a cada uno en tanto que aún falta la demostración del beneficio común, y que al sobrevenir hace poco un importante cambio de circunstancias, vuestro ánimo para resistir aquello a que os decidisteis, es pequeño. Es que lo repentino, inesperado y que sucede sin posibilidad de cálculo, esclaviza el entendimiento, cosa que os ha ocurrido sobre todo en lo relativo a la epidemia. Y, sin embargo, es necesario que hombres que viven en una ciudad importante y que se han educado en costumbres dignas de ella, quieran arrostrar las mayores desgracias y no oscurecer su fama (pues las gentes consideran igualmente justo inculpar al que por cobardía es inferior a su fama y al que osadamente busca una que no le corresponde), sino buscar la salvación

de la comunidad, haciéndose insensibles a las desgracias personales.

62. Y en cuanto al temor a que las fatigas de la guerra sean muchas y no por ello tengamos mayor éxito, deben bastar para vosotros aquellas palabras con que otras muchas veces os mostré que no teníais razón al desconfiar de su resultado; pero además os voy a indicar otra cosa, de la que me parece que ni vosotros mismos os habéis dado nunca cuenta de que podéis disponer de ella para la magnificencia de vuestro imperio; ni yo tampoco la alegaría por tener cierta jactancia el atribuírsela, si no os viera decaídos, contra lo que sería natural. Es que creéis que imperáis solamente sobre vuestros aliados, y yo os declaro que de los dos elementos de que manifiestamente se puede sacar partido, la tierra y el mar, sois los dueños de uno de ellos todo entero, en la medida en que ahora lo utilizáis y en una mayor si queréis; y no hay nadie, ni el Rey ni ningún otro pueblo de los actuales, que os lo impida si navegáis con las fuerzas navales que tenéis. De forma que esta fuerza se manifiesta muy superior a la utilidad de las casas y los campos, que creéis algo grande cuando os veis privados de ellos; y no es razonable dolerse por ellos en vez de despreciarlos, considerándolos un huerto y un ornamento de vuestra riqueza comparados con aquel dominio, y de pensar que la libertad, si la salvamos esforzándonos por ella, con facilidad recuperará aquellos bienes, mientras que para los que obedecen a éstos, hasta lo que poseen suele disminuirse; y en vez, finalmente, de resolveros a no mostraros en ambos puntos inferiores a vuestros padres, que se apoderaron del imperio con fatigas y sin heredarlo de nadie, y, por si fuera poco, después de conservarlo os lo entregaron a vosotros (y es más humillante el que una cosa sea arrebatada a los que la tienen que el que aquellos que tratan de adquirirla fracasen), y a ir al encuentro del

enemigo no sólo con orgullo, sino también con desprecio[43]. Porque la jactancia puede nacer hasta en un cobarde por efecto de una ignorancia afortunada, mientras que el desprecio sólo nace en el que piensa sobrepasar en inteligencia al enemigo, como nos ocurre a nosotros. La inteligencia, por la conciencia de superioridad que da, hace más firme la audacia, estando neutral la fortuna, y confía menos en la esperanza, cuya verdad es indemostrable, y más en el razonamiento, que es la base de una previsión más segura.

63. Y es natural que salgáis en defensa del honor que se tributa a la ciudad debido al mando que ejerce, ya que todos os gloriáis de él, así como también que no huyáis de las fatigas o, en otro caso, tampoco busquéis los honores; y además, que no penséis que lucháis por una sola cosa, impedir que vuestra libertad se convierta en esclavitud, sino también por evitar la pérdida de vuestro imperio y el peligro resultante de los odios que os atrajisteis en el mando. Ni siquiera os es posible deponerlo, si es que alguno en la hora presente, temeroso, lo propone por pacifismo, dándoselas de hombre de bien, pues lo habéis convertido ya en una tiranía, cosa cuya consecución se considera injusta, pero el renunciar a ella, peligroso. Gentes como ésas arruinarían rápidamente una ciudad si persuadieran a otros o si vivieran en alguna parte independientes y bajo su propia soberanía, pues el pacifismo no halla salvación si no está alineado al lado de la acción, y una esclavitud sin peligros no es propia de una ciudad imperial, sino de un estado vasallo.

64. Vosotros, pues, no os dejéis engañar por tales ciudadanos ni os indignéis contra mí, con quien vosotros mismos estuvisteis de acuerdo en entrar en guerra, aunque los enemigos en sus incursiones hayan hecho lo que era lógico que hicieran no queriendo vosotros someteros a ellos, y aunque además se haya sumado fuera de nuestros

cálculos esta epidemia, única cosa inesperada que ha ocurrido. Sé que en parte a causa de ella soy más odiado, y no con justicia, a no ser que cuando tengáis éxitos contra lo esperado me los atribuyáis a mí; pues es preciso sufrir con la resignación de algo inevitable las cosas enviadas por la divinidad y con valor las que vienen de los enemigos, ya que ésta era la costumbre que tenía esta ciudad, y hay que evitar que se interrumpa en vosotros. Y sabed que Atenas tiene entre todos los hombres la gloria mayor por no ceder ante las desdichas y haber gastado en la guerra el mayor número de vidas y dinero; y que posee el más grande poderío de los que han existido hasta ahora, del cual quedará entre los venideros hasta la eternidad, aun en el caso de que en alguna ocasión decaiga nuestro poder —pues todas las cosas nacieron para disminuir—, el recuerdo de que hemos sido los griegos que han dominado sobre mayor número de griegos, de que hemos afrontado las mayores guerras contra coaliciones enemigas y contra ciudades aisladas, y de que hemos habitado una ciudad riquísima en toda clase de recursos y muy populosa. Sin embargo, el pacifista censurará estas cosas, mientras que el que quiere hacer algo grande también él, tratará de igualarlas, y el que no las posee, las envidiará. El ser odiados y mal vistos en la propia época, por lo demás, les ha sucedido a todos cuantos se atrevieron a imperar sobre otros; pero el que recibe la envidia por mayores motivos, ése es el que acierta en su cálculo, pues el odio no dura mucho, mientras que el esplendor del momento, que es gloria imperecedera para el futuro, perdura. Buscad vosotros desde ahora mismo con vuestro ardor la gloria futura y el honor del momento y lograd así ambas cosas, y no tratéis con los lacedemonios ni les dejéis ver que soportáis difícilmente las penalidades actuales, porque aquellos que menos se afligen en su espíritu ante las desgracias y mejor las hacen frente

con la acción, éstos son los mejores entre las ciudades y los hombres».

65. Con palabras como éstas intentaba Pericles en su discurso hacer cesar a los atenienses en su indignación contra él y apartar su pensamiento de las calamidades presentes. Ellos se dejaron convencer oficialmente por sus palabras, y ya no enviaron más negociadores a Esparta y se dispusieron con más ardor para la guerra; pero cada uno en particular se afligía por lo sucedido: el pueblo, porque disponiendo inicialmente de menos riquezas, había sido despojado de las mismas, y los poderosos, porque siendo dueños de bellas posesiones de casas y costosas instalaciones en el campo, las habían perdido; y todos, porque, y era lo principal, estaban en guerra en vez de estar en paz. Sin embargo, ni unos ni otros cesaron en su resentimiento contra Pericles antes de condenarle a una multa. Y no mucho después, como suele hacer la muchedumbre, le eligieron general y le confiaron todo el poder, pues ya miraban con mayor indiferencia sus intereses particulares, por los cuales estaban abatidos, y creían que era el más útil para lo que necesitaba la ciudad toda; porque durante todo el tiempo que, en la paz, estuvo al frente de la ciudad, la conducía con moderación y la guardaba con seguridad, y bajo su mando se hizo muy poderosa; y una vez que estalló la guerra, es evidente que en esta misma coyuntura previó su fuerza. Sobrevivió a su comienzo dos años y seis meses, y cuando murió, se reconoció mejor el acierto de sus planes de guerra; pues afirmaba que los atenienses vencerían si se mantenían a la defensiva, atendían debidamente a la escuadra y no hacían nuevas conquistas durante la guerra ni exponían la ciudad al peligro; pero ellos hicieron todo lo contrario, y además se lanzaron, por ambiciones e intereses particulares, a muchas otras empresas que, en opinión común, caían fuera de los

fines de la guerra, con perjucio para sí mismos y para sus aliados; empresas que si tenían éxito eran un beneficio más bien para individuos particulares, y que si no lo tenían eran para la ciudad una fracaso militar. La causa era que Pericles, que poseía gran autoridad por su prestigio e inteligencia y era inaccesible manifiestamente al soborno, contenía a la multitud sin quitarle libertad, y la gobernaba en mayor medida que era gobernado por ella; y esto, debido a que no hablaba de acuerdo con su capricho para buscarse influencia por medios indignos, sino que, gracias a su sentido del honor, llegaba a oponerse a la multitud, Así pues, cuando se daba cuenta de que los atenienses, ensoberbecidos, tenían una confianza injustificada, con sus palabras los contenía, atemorizándolos, y cuando sin razón temían, les devolvía la confianza. Y era aquello oficialmente una democracia; pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano. Por el contrario, los políticos que le sucedieron, que tenían entre sí aproximadamente la misma influencia y buscaban llegar a ser cada uno el primero, cambiaron de conducta hasta el punto de entregar el gobierno al pueblo, siguiendo sus caprichos. Por ello cometieron los atenienses otros muchos errores, como suele suceder en una ciudad grande y con un imperio, y entre ellos, sobre todo, la expedición a Sicilia, que fue un fracaso no tanto por un error de cálculo respecto al poder de aquellos contra quienes iba, como porque los que la enviaron no tomaron las disposiciones más provechosas para los que partieron, sino que, a causa de las difamaciones de que individuos particulares hacían objeto a otros por obtener la jefatura del partido popular, debilitaron las fuerzas del ejército, y por vez primera promovieron disturbios por causa de los asuntos públicos. Una vez que los atenienses fueron derrotados en Sicilia con la mayor parte de la escuadra y del resto de sus fuerzas, y que en la ciudad estaban ya empeñados en luchas

civiles, a pesar de todo resistieron diez años a los enemigos de antes, a los de Sicilia que les ayudaban, a la mayoría de sus propios aliados, que habían hecho defección, y a Ciro, hijo del Rey, que se unió más tarde a sus enemigos y que proporcionaba a los peloponesios dinero para su escuadra; y no cedieron antes de ser derrotados por su propia culpa, a causa de las rivalidades internas en que cayeron. Tanta razón tenía Pericles en que la ciudad, siguiendo sus planes, hubiera podido con toda facilidad vencer en la guerra a los peloponesios solos.

66. Este mismo verano los peloponesios y sus aliados hicieron una expedición a la isla de Zacinto, que está situada frente a Élide; es una colonia de los aqueos del Peloponeso[44], y era aliada de los atenienses. En las naves iban mil hoplitas lacedemonios, y como almirante, el espartano Cnemo. Desembarcaron y arrasaron la mayor parte del territorio; pero como los habitantes no se rindieron, emprendieron el regreso.

67. Al final de aquel mismo verano el corintio Aristeo, los embajadores de los lacedemonios Aneristo, Nicolao y Protodamo; el tegeata Timágoras y el argivo Pólide, que iba sin misión oficial[45], en un viaje a Asia para visitar al Rey con intención de persuadirle a que les procurara dinero e interviniera a su lado en la guerra, fueron primeramente a entrevistarse con Sitalces, el hijo de Teres, en Tracia, pues querían convencerle, si podían, para que abandonase la alianza de los atenienses y marchara en socorro de Potidea, que asediaba un ejército ateniense; y además querían ir con su ayuda, como se habían propuesto, a entrevistarse con Farnaces, hijo de Farnabazo[46], que les enviaría al Rey. Pero Learco, hijo de Calímaco, y Aminíades, hijo de Filemón, embajadores atenienses que casualmente se hallaban en la corte de Sitalces, solicitaron de Sádoco, hijo de Sitalces, que se había hecho ateniense, que se los entregase, a fin de que

no llegaran hasta el Rey y causaran perjuicios a Atenas en la medida de sus fuerzas. Se dejó él convencer, y, haciéndolos aprisionar por algunas de sus gentes que envió con Learco y Aminíades, cuando caminaban a través de Tracia en busca del barco en que iban a atravesar el Helesponto, ordenó que se los entregaran a aquéllos, que se hicieron cargo de ellos y los llevaron a Atenas. Una vez que llegaron, temiendo los atenienses que Aristeo se les escapara y les causara aún más daños, puesto que ya antes de este suceso era evidente que era el culpable de todo lo ocurrido en Potidea y en el litoral de Tracia, los mataron a todos el mismo día sin juzgarlos y aunque querían hablar, y los arrojaron a un barranco, considerándose con derecho a defenderse con los mismos procedimientos que habían puesto en práctica antes que ellos los lacedemonios al matar y arrojar a unos barrancos a los comerciantes de Atenas y de sus aliados que habían hecho prisioneros mientras costeaban el Peloponeso en barcos mercantes; pues en el comienzo de la guerra los lacedemonios mataban como enemigos a todos los que aprisionaban en el mar, tanto a los que luchaban al lado de los atenienses como a los neutrales.

68. En aquel tiempo mismo, al fin del verano, los ampraciotas, con sus tropas y muchos bárbaros que movilizaron, hicieron una expedición contra Argos de Amfiloquia y el resto de Amfiloquia. Su odio contra los argivos comenzó a nacer por el motivo siguiente: Amfíloco, hijo de Amfiareo, fue quien, al regresar a su país después de la guerra de Troya y disgustarle el estado de cosas de Argos[47], colonizó Argos de Amfiloquia (y el resto de Amfiloquia), en el golfo de Ampracia, y la llamó Argos con igual nombre que su patria; y esta ciudad era la mayor de Amfiloquia y la que más poder tenía. Pero estos argivos, muchas generaciones después, bajo el peso de numerosas calamidades, hicieron venir como nuevos pobladores a los

ampraciotas, vecinos de Amfiloquia; y fue entonces cuando, por influjo de los ampraciotas que se les agregaron, adquirieron su actual dialecto griego, mientras que el resto de los anfiloquios son bárbaros[48]. Mas con el tiempo los ampraciotas expulsaron a los argivos y se hicieron dueños ellos solos de la ciudad; y al ocurrir esto, los anfiloquios se pusieron bajo la protección de los acarnanios, y, llamando ambos pueblos en su ayuda a los atenienses, que les enviaron treinta naves al mando de Formión, una vez que llegó éste, tomaron por la fuerza Argos y vendieron a los ampraciotas como esclavos, estableciéndose juntos allí los anfiloquios y los acarnanios. Fue después de esto cuando se estableció la alianza entre atenienses y acarnanios. En cuanto a los ampraciotas, habían cobrado ya antes su odio contra los acarnanios a consecuencia de que les vendieron como esclavos; y después, durante la guerra, organizaron esta expedición a base de sus propias tropas, de los caones, y de algunos de los otros bárbaros vecinos; y dirigiéndose a Argos se adueñaron del territorio, pero como no pudieron tomar por asalto la ciudad, se retiraron y se dispersaron por naciones. Estas cosas son las que ocurrieron en el verano.

69. En el invierno siguiente los atenienses enviaron en torno al Peloponeso veinte naves con Formión como almirante, el cual, estableciendo su base en Naupacto, mantuvo vigilancia para que nadie saliera ni entrara en Corinto y el golfo de Crisa[49]: enviaron además otras seis naves hacia Caria y Licia al mando de Melesandro, a fin de que recogieran el tributo en aquella región y no dejaran que los barcos piratas de los peloponesios, gracias a sus bases de allí, estorbaran la navegación de los mercantes que venían de Fasélide, Fenicia y aquella parte del continente. Pero Melesandro murió al hacer una expedición al interior de Licia con un ejército formado por atenienses procedentes de

las naves y por aliados suyos, y perdió una parte del ejército, pues fue vencido en batalla.

70. Durante este mismo invierno los potideatas, al no poder ya resistir el asedio, en tanto que, por el contrario, las incursiones de los peloponesios en el Ática en forma alguna hacían a los atenienses levantar el cerco, y que, por otra parte, se les habían acabado las provisiones y algunos (entre otras muchas cosas que habían sucedido con alimentos que hacía tomar la necesidad) habían probado carne humana, en estas circunstancias hicieron proposiciones de paz a los generales atenienses a cuyo cargo estaba la lucha contra ellos: Jenofonte, hijo de Eurípides; Heliodoro, hijo de Aristóclides, y Fanómaco, hijo de Calímaco. Las aceptaron éstos, viendo el mal estado del ejército en un lugar de clima inhóspito, y en consideración a que Atenas había gastado ya dos mil talentos en el asedio. Se rindieron, pues, los potideatas con las condiciones siguientes: salir de la ciudad ellos con sus hijos, mujeres y servidores con un himation (y las mujeres con dos) y con una cantidad fija de dinero para el camino. Salieron, pues, bajo la garantía del acuerdo dirigiéndose a Calcídica y adonde podía cada uno; y los atenienses hicieron reproches a sus generales porque concertaron el acuerdo sin contar con ellos (pues pensaban que se habrían podido apoderar de la ciudad a discreción), y más tarde enviaron colonos atenienses a Poticlea y la poblaron. Éstas son las cosas que acaecieron en el invierno, y así acabó el segundo año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

71. En el verano siguiente los peloponesios y sus aliados no hicieron incursión alguna en el Ática, sino que marcharon contra Platea bajo el mando de Arquidamo, rey de los lacedemonios; y éste, dando orden de hacer alto al ejército, se disponía a arrasar la campiña, mas los plateenses le enviaron al punto embajadores, y hablaron así: «¡Oh

Arquidamo y lacedemonios!, no hacéis cosa justa ni digna de vosotros ni de vuestros padres al invadir el territorio de Platea; pues Pausanias, el hijo de Cleómbroto, un lacedemonio, una vez que libertó a Grecia de los persas en unión de los griegos que quisieron arrostrar con él el peligro de la batalla que tuvo lugar en nuestro territorio, después de celebrar en el ágora de Platea un sacrificio en honor de Zeus Eleuterio[50] y convocar a todos los aliados, concedió a los plateenses el derecho de vivir independientes habitando su territorio y su país, y de que nadie organizara jamás una expedición contra ellos injustamente con intención de esclavizarlos; así como que, en caso contrario, los aliados les ayudaran en la medida de sus fuerzas. Estos privilegios nos concedieron vuestros padres como premio al valor y ardor bélico que mostramos en aquellos peligros, y vosotros hacéis lo contrario: pues os presentáis para esclavizarnos en unión de los tebanos, nuestros mayores enemigos. Poniendo por testigos a los dieses invocados entonces en el juramento, así como a los dioses de vuestros antepasados y a nuestros dioses locales, os conminamos a que no causéis daños en el territorio de Platea ni quebrantéis los juramentos, y nos dejéis vivir independientes como Pausanias consideró justo».

72. Así hablaron los plateenses; y Arquidamo, tomando la palabra, dijo: «Decís cosas de justicia, ¡oh plateenses!, si obráis de acuerdo con vuestras palabras. Como os lo concedió Pausanias, sed independientes y ayudad a libertar a aquellos otros que, participando en los peligros de que hablasteis, prestaron el juramento y están ahora bajo el dominio de los atenienses, y al deseo de cuya liberación y de la de los demás deben su origen un ejército y una guerra tan grandes. Cumplid, pues, el juramento, de preferencia participando en esta liberación; y si no, permaneced en paz viviendo en vuestro territorio, cosa a que ya antes os hemos

exhortado, y no estéis al lado de ninguno de los dos bandos, sino recibid a ambos como amigos, pero con fines de guerra a ninguno. Esto nos bastará». Así habló Arquidamo; y los embajadores de los plateenses, después de oír sus palabras, entraron en la ciudad, y una vez que informaron al pueblo de lo tratado respondieron que les era imposible hacer lo que les pedía sin contar con los atenienses —pues sus hijos y mujeres se hallaban junto a ellos—, y que temían incluso por la ciudad entera, no fuera que al retirarse ellos, los atenienses se presentasen y no les dieran su consentimiento, o los tebanos intentaran tomar de nuevo la ciudad, dado que quedarían comprometidos por juramento a dejar entrar a ambos bandos. Arquidamo les habló así, dándoles ánimo: «Entregadnos a nosotros los lacedemonios vuestra ciudad y vuestras casas, y dadnos noticia de las fronteras de vuestro territorio, de vuestros árboles con su número, y de cualquier otra cosa que se pueda expresar en número; y vosotros retiraos adonde queráis mientras dura la guerra, y una vez que pase os devolveremos lo que hayamos recibido. En tanto, lo tendremos en depósito, cultivando la tierra y llevándoos una renta que os sea suficiente».

73. Los plateenses, después de oírles, entraron de nuevo en la ciudad, y una vez que deliberaron en unión del pueblo respondieron que querían comunicar primero a los atenienses lo que les proponían y obrar de acuerdo con ello si lograban persuadirles; y hasta tanto les pidieron que les concedieran una tregua y no arrasaran los campos. Arquidamo se comprometió a una tregua por un número de días dentro del cual era razonable que regresaran los enviados, y no devastaba la campiña. Y los embajadores de los plateenses, una vez que se presentaron ante los atenienses y deliberaron en unión de los mismos, regresaron anunciando a los de la ciudad lo siguiente: «Los atenienses afirman, ¡oh plateenses!, que ni en el tiempo pasado, desde

que nos hicimos sus aliados, nos han abandonado en ninguna ocasión cuando se nos quería hacer agravio, ni ahora tampoco permanecerán indiferentes, sino que nos ayudarán en la medida de sus fuerzas. Y os piden en nombre de los juramentos que hicieron vuestros padres, que no toquéis para nada la alianza».

74. Ante estas manifestaciones de los mensajeros, los plateenses decidieron no traicionar a los atenienses, sino soportar la contemplación de la devastación de los campos, si era preciso, y cualquier otra calamidad que sobreviniera; y que no saliera nadie más, sino contestar desde la muralla que les era imposible acceder a lo que proponían los lacedemonios. Una vez que dieron la contestación, Arquidamo invocó el testimonio de los dioses y héroes locales, diciendo así: «Dioses y héroes todos los que protegéis la tierra de Platea, sed testigos de que en ningún modo con injusticia, sino porque los plateenses han faltado primero a lo jurado, hemos venido contra este país, en el que nuestros padres, invocando vuestra ayuda, vencieron a los medos, y que vosotros hicisteis favorable a los griegos para la lucha. Tampoco ahora, si tomamos una decisión, obraremos injustamente: pues habiéndoles hecho muchas proposiciones razonables, no tenemos éxito. Y consentid, en castigar por la injusticia a los que la han comenzado, y en que tengan éxito en el castigo los que lo aplican conforme a la equidad».

75. Después de tomar así a los dioses por testigos, puso su ejército en pie de guerra. Primero cercaron la ciudad con una empalizada hecha con los árboles que cortaron, para que nadie saliera, y luego comenzaron a formar un terraplén frente a la ciudad[51], esperando que pronto la tomarían trabajando en él un ejército tan numeroso. Cortaron, pues, troncos en el Citerón y construyeron un vallado a ambos lados del terraplén, entrecruzando los troncos para que

hicieran de paredes, a fin de que el terraplén no se desparramara mucho. Llevaron a él fagina, piedras y tierra, y cualquier otra cosa que pudiera ser útil echar. Estuvieron construyendo el terraplén setenta días y setenta noches sin interrupción, divididos en turnos, de forma que unos llevaban materiales y otros dormían o comían; y los xenagos[52] de los lacedemonios y los jefes de cada ciudad obligaban al ejército a trabajar. Los plateenses, en tanto, viendo que el terraplén crecía, construyeron un muro de madera, y colocándolo encima del suyo[53] por la parte frente a la cual los peloponesios formaban el terraplén, lo rellenaron de ladrillos que cogían de las casas cercanas. La trabazón estaba formada por las tablas, a fin de que la construcción, al elevarse, no fuera endeble; y tenía como protección pieles sin curtir y curtidas, a fin de que los operarios y las maderas no fueran alcanzadas por dardos incendiarios y estuvieran en seguridad. Se elevaba mucho la altura de la muralla, y el terraplén se elevaba a su vez frente a ella no más despacio. Entonces los plateenses discurrieron lo siguiente: abrieron un boquete en la parte de la muralla frente a la cual caía el terraplén, y comenzaron a meter dentro la tierra.

76. Mas los peloponesios se dieron cuenta, y echando barro en zarzos de caña los arrojaban al lugar vaciado, para que no se desparramase y fuera sacado como la tierra. Los plateenses, al ser atajados gracias a este procedimiento, cesaron en aquel trabajo, pero haciendo una mina desde la ciudad, y calculando para llegar bajo el terraplén, comenzaron otra vez a sacar la tierra, y durante mucho tiempo pasaron inadvertidos a los de fuera, de modo que éstos, aunque echaban tierra, adelantaban menos al serles sacada desde debajo la tierra del terraplén y hundirse éste siempre sobre la parte vaciada. Mas temiendo los plateenses no poder ni aun así hacer frente, unos pocos que eran, a

muchos, idearon esta nueva estratagema: dejaron de hacer la gran construcción de encima de la muralla, y de ambos lados de la misma se dedicaron desde dentro a construir, partiendo de la muralla baja[54], una en forma de media luna, con la convexidad hacia la ciudad, a fin de que si era tomada la muralla grande[55], sirviera ésta de obstáculo y fuera preciso que los enemigos construyeran contra ella otro terraplén, y al penetrar dentro tuvieran dobles dificultades y fueran vulnerables desde más direcciones. Al tiempo que elevaban el terraplén, los peloponesios acercaban ingenios a la ciudad[56]; uno, que al ser colocado sobre el terraplén derribó gran parte de la construcción y atemorizó a los plateenses, y otros, en otras partes de la muralla, que los plateenses intentaban desviar hacia arriba echándoles lazos; y atando con largas cadenas de hierro grandes vigas por ambos extremos a dos grúas que estaban colocadas en la muralla y salían hacia fuera de ella, las elevaban atravesadas[57] cuando el ariete iba a lanzarse contra algún punto, y soltaban la viga dejando libres las cadenas y sin sujetarlas con las manos, y aquélla, cayendo con fuerza, rompía el extremo de la cabeza del ariete.

77. Después de esto, los peloponesios, como los ingenios no eran de utilidad y los plateenses construían frente al terraplén las obras de defensa, juzgando que era imposible tomar la ciudad con los medios de ataque que empleaban, se dispusieron a rodearla de obras fortificadas. Sin embargo, decidieron probar primero si podían incendiar la ciudad, que no era grande, con ayuda del viento; pues ideaban toda clase de procedimientos por ver si podían someter Platea sin gastos y sitio. Transportando haces de leña, los arrojaban desde el terraplén primeramente al terreno situado entre la muralla y el mismo, y cuando rápidamente se llenó, gracias a la abundancia de brazos, los amontonaban además en las otras partes de la ciudad a que podían alcanzar desde la

altura, y arrojando azufre y pez inflamados prendieron fuego a la leña. Se formó una llama tan grande que nadie había visto hasta aquella ocasión ninguna igual, al menos producida artificialmente; porque algunas veces en las montañas, las ramas, frotadas por el viento unas con otras, hacen que a consecuencia de ello brote espontáneamente fuego y llama. Fue este incendio muy grande y faltó poco para que causara la ruina de los plateenses, que habían escapado a los demás peligros; pues no era posible aproximarse a una gran parte de la ciudad, y si se hubiera presentado un viento en dirección a ella, cosa que esperaban los enemigos, no se hubieran librado los plateenses. Pero, por el contrario, se dice que sucedió lo siguiente: que sobrevino mucha lluvia y tormenta que apagó la llama, y así se despejó el peligro.

78. Los peloponesios, una vez que fallaron también este golpe, dejando allí en Platea parte del ejército, despidieron la mayoría y comenzaron a cercar con un muro la ciudad, repartiéndose el terreno por ciudades todo alrededor; y a uno y otro lado del mismo quedaba una zanja allí donde sacaban el barro para los ladrillos. Una vez que, en la época de la aparición de Arturo[58], quedó acabada toda la obra, se retiraron con el ejército y se volvieron a sus ciudades respectivas, dejando una guarnición para la mitad de la muralla; la otra mitad, la guardaban los beocios. Los plateenses habían evacuado a Atenas con anterioridad los niños y mujeres y los viejos y todos los hombres inútiles; y sufrían el asedio, habiendo sido dejados allí, trescientos plateenses, ochenta atenienses, diez mujeres y otros cien hombres[59] que se destinaban a la preparación de los alimentos. Éstos eran en total los plateenses cuando comenzaron a sufrir el asedio, y no había dentro de la muralla nadie más, ni esclavo ni libre. De este modo quedó formalizado el sitio de Platea.

79. En el mismo verano, y coincidiendo con la expedición contra Platea, los atenienses, con dos mil hoplitas de tropas propias y doscientos jinetes, hicieron una expedición contra los calcídeos de Tracia y los botieos, en la época en que maduraba el grano; tenía el mando Jenofonte, hijo de Eurípides, en unión de otros dos; y llegando junto a Espartolo de Bótica[60], destruyeron la cosecha. Parecía incluso que se les iba a pasar la ciudad gracias a algunos que lo negociaban desde dentro; pero los que no lo querían así mandaron emisarios a Olinto, y vinieron de allí hoplitas y un ejército[61] para hacer de guarnición; y habiendo hecho ésta una salida desde Espartolo, los atenienses se dispusieron a reñir batalla al pie mismo de la ciudad. Los hoplitas calcídeos, y con ellos algunas tropas auxiliares, fueron derrotados por los atenienses y volvieron a Espartolo; pero la caballería y la infantería ligera de los calcídeos vencieron a la caballería y a la infantería ligera de los atenienses, que tenían unos pocos peltastas[62], procedentes de la comarca llamada Crúside. Apenas había tenido lugar la batalla acudieron como refuerzos, desde Olinto, otros peltastas. Y la infantería ligera de Espartolo, al verlo, llena de ánimo por los que se les unían y porque antes no había sido vencida, atacó de nuevo a los atenienses, en unión de la caballería calcídica y los refuerzos; y los atenienses se retiraron en dirección a las dos compañías que habían dejado con los bagajes. Y cuando atacaban, los calcídeos retrocedían; pero cuando se retiraban, atacaban y lanzaban dardos. Además, la caballería calcídica, aproximándose por el sitio oportuno, cargaba, contribuyendo en gran medida a atemorizar a los atenienses, gracias a lo cual los calcídeos les pusieron en fuga y les persiguieron durante largo trecho. Se refugiaron los atenienses en Potidea y, recogiendo los muertos en virtud de una tregua, se retiraron a Atenas con lo que quedaba del ejército; y murieron trescientos cuarenta

de ellos, con todos los generales. Los calcídeos y botieos levantaron un trofeo y recogiendo sus muertos se separaron, dirigiéndose a sus respectivas ciudades.

80. En este mismo verano, no mucho después de estos acontecimientos, los ampraciotas y caones, queriendo apoderarse de toda Acarnania y apartarla de los atenienses, persuadieron a los lacedemonios a equipar una escuadra con las fuerzas navales de la Confederación, y a enviar a Acarnania mil hoplitas; pues decían que si hacían en unión suya una expedición con naves e infantería simultáneamente, como los acarnanios de lejos del mar no podrían ir en socorro, se apoderarían fácilmente de Acarnania y se adueñarían de Zacinto y Cefalenia, y los atenienses ya no tendrían, como antes, la posibilidad de dar la vuelta por mar al Peloponeso; y que había incluso esperanzas de tomar Naupacto. Los lacedemonios les atendieron y enviaron inmediatamente los hoplitas y a Cnemo, que aún era almirante, con muy pocos barcos, y dieron a la escuadra orden de navegar con toda rapidez hacia Léucade. Los corintios apoyaban más que nadie a los ampraciotas, que eran colonia suya. Así pues, la escuadra de Corinto, Siciona y las ciudades de esta región, estaba siendo equipada, y la de Léucade, Anactorion y Ampracia esperaba, ya en Léucade, habiendo llegado antes. Por su parte, Cnemo y los mil hoplitas que iban con él, una vez que hicieron la travesía pasando inadvertidos a Formión, que era el almirante de las veinte naves atenienses que ejercían vigilancia en torno a Naupacto, inmediatamente comenzaron a preparar la expedición terrestre. Disponía como tropas griegas de los ampraciotas, anactorienses y leucadios, y de los mil peloponesios que había traído; y, además, de algunos bárbaros. En primer lugar, de mil caones sin rey, que mandaban, turnándose anualmente, Fotio y Nicánor, de la familia que tenía el poder. En unión de

los caones hicieron la expedición los tesprotios, que no tenían rey. A los molosos y a los atintanes los mandaba Sabilinto, que era regente por el rey Tárupe, que todavía era niño, y a los paraveos Oredo, su rey. Con los paraveos marchaban mil orestas, sobre los que reinaba Antíoco, pues éste los había puesto a disposición de Oredo. Además, Perdicas envió a escondidas de los atenienses mil macedonios, que llegaron tarde. Con este ejército se puso en marcha Cnemo sin esperar a la escuadra procedente de Corinto, y a su paso por el territorio de Argos destruyeron Limnea, poblado sin murallas. Llegaron después a Estrato, la mayor ciudad de Acarnania, creyendo que, si tomaban ésta primero, las demás se les pasarían con facilidad.

81. Y los acarnanios, viendo que había invadido su territorio un gran ejército, y que además el enemigo se presentaría al tiempo con sus naves, no salieron a su encuentro, sino que cada pueblo organizó la defensa de sus propios territorios, y mandaron enviados a Formión pidiéndole que les ayudara; pero aquél dijo que no podía dejar sola a Naupacto cuando iba a zarpar de Corinto una escuadra. En tanto, los peloponesios y sus aliados se repartieron en tres cuerpos de ejército y marcharon contra la ciudad de Estrato, a fin de acampar cerca y, si no convencían con palabras a sus defensores, hacer una intentona contra la muralla. Y los caones y los demás bárbaros avanzaban ocupando el centro; a su derecha marchaban los leucadios, anactorienses y sus aliados, y a la izquierda, Cnemo y los peleponesios y ampraciotas; distaban mucho unos de otros, y a veces ni siquiera se veían. Los griegos avanzaban en formación y manteniéndose en guardia, hasta que acamparon en un lugar apropiado; mientras que los caones, confiados en sí mismos y como eran considerados muy valientes por los habitantes de aquella región del continente, no se

detuvieron para establecer un campamento, y, avanzando con ímpetu con los demás bárbaros, creyeron que tomarían la ciudad al primer ataque y la acción sería de ellos solos. Pero reconociéndoles los de Estrato cuando aún estaban en marcha, y pensando que si los vencían mientras estaban solos, los griegos ya no les atacarían, como lo harían en otro caso, pusieron emboscadas en torno a la ciudad, y cuando estuvieron cerca, saliendo a su encuentro desde ella y desde los lugares en que estaban escondidos, les atacaron. Atemorizándose los caones, fueron muertos muchos de ellos, y los otros bárbaros, al verles retirarse, no hicieron frente, sino que emprendieron la fuga. Ninguno de los dos campamentos griegos se dio cuenta de la batalla, porque sus aliados se habían adelantado mucho y los griegos habían creído que se daban prisa para establecer un campamento. Pero cuando los bárbaros se echaron encima en su fuga, les prestaron protección y, reuniendo los campamentos, permanecieron allí durante el día, ya que los de Estrato no les atacaron de cerca porque aún no habían ido en su ayuda los demás acarnanios, sino que les disparaban con hondas desde lejos y les ponían en aprieto, pues no era posible dar un paso sin armas[63]. Los acarnanios pasan, en efecto, por ser los más hábiles en este arte.

82. Una vez que se hizo de noche, Cnemo se retiró apresuradamente con el ejército hacia el río Anapo, que dista de Estrato ochenta estadios, y al día siguiente recogió los cadáveres en virtud de una tregua, y como estaban a su lado por amistad los eníadas, se retiró a su territorio antes de que llegaran los refuerzos enemigos. Desde allí cada cual marchó a su ciudad. En tanto, los de Estrato levantaron un trofeo por la batalla contra los bárbaros.

83. Por su parte, la escuadra de Corinto y de los demás aliados del golfo de Crisa[64], que debía ir en ayuda de

Cnemo para que no acudieran como refuerzos los acarnanios del interior, no llegó, sino que se vio obligada por los mismos días de la batalla de Estrato a librar combate contra Formión y las veinte naves atenienses que estaban de vigilancia en Naupacto. Porque Formión aguardó a que se hallaran navegando a lo largo de la costa fuera del golfo, queriendo atacarles en alta mar[65]. En cambio, los corintios y sus aliados no navegaban con intención de librar batalla, sino dispuestos más bien a llevar a cabo una expedición contra Acarnania, y no creyendo que los atenienses se atrevieran a entrar en batalla con veinte naves contra las cuarenta y siete de ellos; sin embargo, cuando vieron que iban a su encuentro a lo largo de la costa (también ellos navegaban junto a tierra), y cuando más tarde, al disponerse a hacer la travesía de Patras de Acaya al continente que está enfrente, con dirección a Acarnania, descubrieron que los atenienses venían a su encuentro desde Cálcide y el río Eveno, y aunque anclaron de noche[66], no les pasaron inadvertidos; entonces fue cuando se vieron obligados a librar batalla en medio del golfo[67]. Los almirantes eran los que de cada ciudad se había nombrado, siendo Macaón, Isócrates y Agotárquidas los de los corintios. Dispusieron los peloponesios sus naves en un círculo todo lo grande que pudieron hacerlo sin dejar posibilidad de romper la línea, poniendo las proas hacia fuera y las popas hacia adentro, y colocando dentro las embarcaciones ligeras de transporte que venían con ellos y los cinco trirremes más marineros, a fin de que salieran fuera desde cerca en el caso de que el enemigo atacase por algún punto.

84. Los atenienses, por su parte, alinearon sus naves de a una en fondo y comenzaron a navegar en círculo alrededor de los peloponesios, y les reducían a una pequeña extensión, pasando siempre muy cerca y haciendo creer que atacarían inmediatamente; pero Formión les había

prevenido que no emprendieran el ataque hasta que él diera la señal. Confiaba en que no duraría la formación de los peloponesios como si fuera la de un ejército de infantería en tierra firme, y en que, por el contrario, las naves chocarían unas con otras y las embarcaciones de transporte ocasionarían desorden, y, además, en que si soplaba del golfo el viento, que acostumbra a levantarse al amanecer, y al cual esperaba navegando en torno al enemigo, éste no tendría punto de reposo; pensaba además que estaba en su mano iniciar el ataque cuando quisiera, ya que sus naves eran más marineras y que en dicho momento sería muy oportuno hacerlo. Así pues, cuando se levantó el viento y las naves peloponesias, que estaban ya reducidas a un pequeño espacio, fueron puestas en desorden por las dos causas de trastorno que simultáneamente les sobrevinieron, a saber, el viento y las embarcaciones de transporte, y cada nave chocaba con otra y trataban de separarlas con los varales, y como además, al gritar y lanzarse advertencias recíprocas e injurias, no oían ni las órdenes ni a los jefes de remeros, y cual gente inexperta, no pudiendo sacar los remos del agua por estar la mar revuelta, eran causantes de que las naves no obedecieran apenas a los timoneles, fue entonces y en estas circunstancias cuando Formión dio la señal, y los atenienses atacaron y hundieron primero una de las naves insignia y destrozaban luego las demás en las zonas por donde pasaban; y lograron que ninguno de los peloponesios, a causa del tumulto, se dispusiera a la defensa, y que huyeran a Patras y Dima de Acaya. Los atenienses les persiguieron, y después de apresar doce naves y matar a la mayor parte de su tripulación, se dirigieron a Molicrion, y una vez que levantaron un trofeo en Río[68] y consagraron una nave a Poseidón[69], regresaron a Naupacto. También los peloponesios se dirigieron inmediatamente a lo largo de la costa desde Dima y Patras a Cilena el puerto de guerra de

los eleos, con las naves que les quedaron, y, por otra parte, Cnemo y las naves de los leucadios, que debían reunirse con las anteriores, llegaron a Cilena desde Léucade después de la batalla de Estrato.

85. Los lacedemonios enviaron a Cnemo como consejeros a Timócrates, Brásidas y Licofrón, y les ordenaron que se prepararan para una batalla naval mejor dirigida, y que no se dejaran cerrar el paso por unas pocas naves. Pues pensaban —más que otra cosa porque era la vez primera que se empeñaban en batalla naval— que había allí un gran absurdo, y creían que su escuadra no era tan inferior, sino que había habido falta de energía, pues no comparaban la habilidad marinera de los atenienses, que venía de lejos, con su corta práctica. Les enviaron, pues, indignados. Una vez llegados, en unión de Cnemo pidieron más naves a cada ciudad, y pusieron las que tenían en disposición de librar combate. También Formión mandó enviados a Atenas para que dieran cuenta de los preparativos, anunciaran la victoria que habían alcanzado y pidieran que le enviaran rápidamente el mayor número posible de naves, porque todos los días había posibilidad de reñir combate naval. Los atenienses le enviaron veinte naves, pero ordenaron al que las mandaba que fuera primero a Creta, pues Nicias, un cretense de Gortina, que era huésped público[70] suyo, les había persuadido a que hicieran una expedición naval contra Cidonia, prometiendo que haría que esta ciudad se pasase a su bando, de enemiga que era; les hizo ir por prestar un servicio a los habitantes de Policna, que era vecina de Cidonia. Partió el almirante ateniense hacia Creta, y en unión de los de Policna se dedicó a arrasar el territorio de Cidonia, y a causa tanto de las tempestades como de la falta de viento[71], permaneció allí no poco tiempo.

86. En tanto, los peloponesios de Cilena, mientras los atenienses estaban retenidos en Creta, marcharon a lo largo

de la costa dispuestos a presentar batalla, hasta Panormo de Acaya, donde había ido en su ayuda el ejército terrestre de los peloponesios. También Formión se puso en marcha costeando hasta Río de Molicrion[72], y ancló al oeste del mismo con las veinte naves con que había combatido. Este Río era amigo de los atenienses, mientras que el otro, el del Peloponeso, está en la costa de enfrente, y distan uno de otro unos siete estadios de mar, siendo ésta la entrada del golfo de Crisa. Los peloponesios, por su parte, después que vieron a los atenienses hacerlo, anclaron en Río de Acaya, que dista no mucho de Panormo, donde estaba su infantería. Y durante seis o siete días estuvieron anclados frente a frente, perfeccionando su adiestramiento y preparando la batalla, teniendo decidido los peloponesios no salir fuera de los Ríos al mar libre, por temor ante el fracaso anterior, y los atenienses, no entrar en el estrecho, pensando que la batalla naval librada en pequeño espacio era favorable a los peloponesios. Pasado este tiempo, Cnemo, Brásidas y los demás almirantes de los peloponesios, queriendo dar rápidamente la batalla antes de que llegara algún refuerzo de Atenas, convocaron primero una reunión de los soldados[73], y viendo que los más de ellos estaban asustados y con poco entusiasmo, les dieron ánimos y hablaron así:

87. «La batalla naval que ha tenido lugar, ¡oh peloponesios!, no da una justificación razonable para el temor, si es que alguno de vosotros tiene miedo por su causa a la que va a tener lugar. Porque hubo en ella falta de preparativos y no navegábamos para entrar en batalla, sino más bien para hacer una expedición naval; y sucedió, además, que muchas cosas dependientes del azar se nos pusieron enfrente, y también, en parte, nos perdió la inexperiencia, ya que era la primera vez que reñíamos batalla naval. De suerte que la derrota no sobrevino por

nuestra cobardía, ni es justo que nuestro espíritu, que no fue derrotado por la fuerza, sino que posee cualidades para un resultado contrario, se debilite de resultas de esta desgracia; más justo es, por el contrario, pensar que a veces los hombres sucumben por la mala fortuna, pero que, en cuanto al espíritu, son siempre los mismos los que están en pie; y también lo es pensar que si somos cobardes en alguna acción, al poseer el valor, no podremos justificarnos razonablemente poniendo como pretexto la inexperiencia. Vuestra inferioridad en la experiencia, además, es menor que vuestra superioridad en el valor; y su ciencia naval, que es lo que más teméis, si va acompañada de valor, se acordará en el peligro de poner en práctica lo que aprendió; pero sin presencia de espíritu ninguna habilidad técnica tiene fuerza ante los peligros. Porque el miedo quita la buena memoria, y la habilidad sin valor nada aprovecha. Poned, pues, como contrapeso frente a su mayor experiencia vuestra mayor audacia, y frente a vuestro temor por la derrota, el hecho de que entonces os hallabais desprevenidos. Tenemos como ventajas el gran número de naves y el reñir la batalla naval junto a una tierra amiga, en presencia de nuestros hoplitas; pues las más veces, la victoria es de los más numerosos y mejor preparados. En consecuencia, no hallamos ni un solo motivo por el cual sería verosímil que pudiéramos ser derrotados; incluso nuestros errores pasados nos darán ahora una enseñanza. Atended, pues, animosamente a vuestro cometido, tanto los timoneles como los marineros, no abandonando el puesto que a cada uno sea encomendado. Nosotros, por nuestra parte, no prepararemos la batalla peor que los almirantes de antes y no daremos a nadie pretexto para ser cobarde; y si acaso alguno quiere serlo, será castigado con la pena correspondiente, mientras que los valientes serán recompensados con los premios al valor que merezcan».

88. Tal fue la arenga que dirigieron a los peloponesios sus jefes. Y Formión, preocupado también por el pánico de sus soldados, y dándose cuenta de que, formando grupos, tenían miedo al número de las naves enemigas, quiso reunirlos y darles ánimo también ahora. Porque anteriormente siempre les preparaba el ánimo, diciendo que no había una multitud de naves tan grande —caso de que navegara contra ellos— a la que no debieran hacer frente, y desde hacía mucho los soldados habían tomado entre sí mismos la decisión de no ceder, ellos atenienses, ante ningún número de naves de los peloponesios; mas entonces, al notarles Formión desalentados ante lo que veían, quiso recordarles que tuvieran valor, y reuniendo a los atenienses habló así:

89. «Os he convocado, ¡oh atenienses!, por veros atemorizados por el gran número de enemigos, y porque no considero justo que tengáis pánico por cosas que no son de temer. Pues, en primer lugar, los peloponesios equiparon ese gran número de naves y no uno igual al nuestro porque han sido vencidos y ni ellos mismos creen ser iguales a nosotros; y, por otra parte, pasando a hablar de lo que más les anima a atacarnos, a saber, que el valor es inseparable de ellos, la verdad es que no tienen confianza por ningún otro motivo, sino porque teniendo éxito las más veces por su habilidad en lo que toca a la infantería, creen que también en la cosa naval harán igual. Pero, como es lógico, será ésta una ventaja a nuestro favor, si es que hay alguna para ellos en aquello otro, ya que en nada nos superan en presencia de espíritu, sino que por ser cada uno de nuestros dos pueblos más experimentado en un respecto, es en él más animoso. Los lacedemonios, que están al frente de los peloponesios, llevan al peligro a la mayoría contra su voluntad, por interés de su propio buen nombre, pues si no jamás se atreverían a luchar de nuevo por mar después de haber sido vencidos

con gran ventaja. No temáis, pues, su audacia. Mucho mayor y más real es el miedo que les dais, no sólo porque habéis vencido antes, sino también porque piensan que no les haríais frente si no fuerais a llevar a cabo algo digno de vuestra gran superioridad[74]. Pues los que tienen fuerzas equivalentes o superiores, como estos peloponesios, atacan confiados más en la fuerza que en el valor, mientras que los que lo hacen partiendo de una situación de gran inferioridad, y además sin verse obligados a ello, se arriesgan por su parte con una gran firmeza de espíritu. Por haber pensado esto el enemigo, nos tiene más miedo por nuestra conducta poco normal que por nuestra preparación, que ya de por sí, era de esperar que tuviéramos. Son muchos los ejércitos que han sucumbido ante un número inferior por ser bisoños, y a veces también por falta de audacia; cosas de ninguna de las cuales participamos nosotros. No daré voluntariamente la batalla en el golfo, ni entraré en él, porque sé que su angostura no conviene a unas pocas naves bien adiestradas y más veloces contra muchas sin práctica. No es posible, en efecto, lanzarse como es debido a embestir si no se ve a los enemigos desde lejos, ni tampoco retirarse a tiempo si se es acosado; ni son posibles las roturas de línea ni las maniobras de virar en redondo[75], cosas que son propias de las naves más veloces, sino que sería inevitable que la batalla naval se convirtiera en de a pie, y en esta coyuntura triunfan las naves más numerosas. De estas cosas yo tendré cuidado en lo posible; vosotros permaneced disciplinadamente junto a las naves, y acatad estrictamente las órdenes —tanto más que estamos anclados frente a frente a corta distancia—; poned en la acción por encima de todo la disciplina y el silencio, cosa que es oportuna para la mayor parte de las acciones guerreras, y en una batalla naval tanto como donde más, y rechazad al enemigo como corresponde a vuestra anterior

victoria. Será decisiva la batalla, pues de ella depende el hacer perder a los peloponesios la esperanza del poder naval, o el hacer a los atenienses más inmediata la preocupación por el mar. Os recuerdo de nuevo que habéis vencido a la mayoría de estos enemigos; y el ánimo de los vencidos no acostumbra a ser el mismo al repetir la lucha».

90. Ésta fue la arenga que a su vez pronunció Formión. Y los peloponesios, en vista de que los atenienses no iban contra ellos navegando hacia el golfo y el estrecho, queriendo llevarlos hacia dentro aun contra su voluntad, se hicieron a la mar con el alba y se pusieron en marcha disponiendo las naves de cuatro en cuatro, según estaban ancladas, llevando a la cabeza a lo largo de la costa y en dirección al interior del golfo la división de la derecha[76]; en ella colocaron las veinte naves más ligeras, a fin de que si acaso Formión pensaba que se dirigían contra Naupacto y se ponía en marcha hacia allí a lo largo de la costa para proteger la ciudad, no se escaparan los atenienses a su ataque mediante la fuga, poniéndose fuera del alcance de su línea, sino que estas naves les cortaran la retirada. Y Formión, como ellos esperaban, temiendo por la plaza, que estaba sin guarnición, al verles hacerse a la mar se puso a navegar a lo largo de la costa, embarcando a su gente contra su voluntad y precipitadamente; y al tiempo se puso en marcha paralelamente la infantería de los mesenios[77]. Al ver los peloponesios que los atenienses costeaban en columna de una nave tras otra y que ya estaban dentro del golfo y junto a la costa, que era lo que más deseaban, volviendo de repente las proas a una señal, cada nave se puso a navegar de frente contra los atenienses con toda la velocidad que podía; y esperaban apresar todas las naves. Pero de entre ellas las once que iban en cabeza escaparon a la línea de los peloponesios y a su maniobra logrando alcanzar la parte ancha del golfo, en tanto que los

peloponesios dieron caza a las demás y las empujaron hacia tierra en su huida, poniéndolas fuera de combate; y además mataron a todos los atenienses que no se salvaron a nado. Por fin echaron cables y remolcaron algunas de las naves ya sin tripulación (habían cogido ya una con ella), mientras que los mesenios que fueron a defenderlas, llegando al mar con sus armas y subiendo a los puentes les arrebataron otras, luchando cuando ya se las llevaban.

91. Así pues, en este encuentro vencieron los peloponesios y destrozaron las naves atenienses; y sus veinte naves de la división de la derecha intentaron dar caza a las once naves atenienses que escaparon de la maniobra hacia la anchura del golfo. Se refugiaron éstas en Naupacto, tomándoles la delantera, y anclando con la proa hacia el mar junto al templo de Apolo, se dispusieron a defenderse si los peloponesios se dirigían hacia la tierra contra ellos. Mas aquéllos, cuando al fin llegaron, cantaron el peán como vencedores sin interrumpir la marcha, y una nave leucadia se puso a perseguir a mucha distancia de las demás a la nave ateniense que faltaba. Había por casualidad un barco de transporte anclado en alta mar, y la nave ática se adelantó y le dio la vuelta y embistió a la nave leucadia según la perseguía en medio de un costado, hundiéndola. Cundió el miedo entre los peloponesios al ocurrir esta pérdida ni esperada ni previsible, y además, como se daban a la persecución desordenadamente, por estar victoriosos, algunas naves hundieron los remos en el agua y se detuvieren en su marcha —cosa poco oportuna estando anclados enfrente de los atenienses y a poca distancia— porque querían esperar al grueso de la flota, en tanto que algunas otras encallaron en los bajos fondos por desconocimiento de los lugares.

92. Cuando los atenienses vieron esto, se llenaron de audacia y a una voz de mando se lanzaron con griterío

contra ellos. Y los peloponesios, a causa de los errores cometidos y del desorden en que se encontraban, después de hacer frente un breve espacio dieron la vuelta hacia Panormo, punto de donde habían partido. Los atenienses, en su persecución, apresaron las seis naves más próximas y les arrebataron las suyas propias a que aquéllos habían antes echado cables después de averiarlas junto a la orilla; y mataron a algunos de los tripulantes e hicieron prisioneros a otros. Timócrates el lacedemonio, que iba a bordo de la nave leucadia que fue hundida cuando daba la vuelta al barco de transporte, se suicidó al ser destrozada su nave, y fue arrojado por el mar al puerto de Naupacto. Se retiraron al fin los atenienses y levantaron un trofeo en el lugar de donde se hicieron a la mar cuando vencieron, y recogiendo los cadáveres y restos de barcos que estaban junto a su costa, devolvieron al enemigo los suyos en virtud de una tregua. También los peloponesios levantaron un trofeo como vencedores en recuerdo de la fuga de las naves que destrozaron junto a la costa, y consagraron en Río de Acaya, al lado del trofeo, la nave que apresaron. Y seguidamente, por miedo a los refuerzos que venían de Atenas, partieron de noche hacia el golfo de Crisa y Corinto, todos menos los leucadios. No mucho después de la retirada de la escuadra llegaron con sus veinte naves los atenienses que habían estado en Creta, que debían haberse reunido con Formión antes de la batalla naval. Y el verano terminó.

93. Antes de disolver la escuadra, que se había retirado a Corinto y el golfo de Crisa, Cnemo, Brásidas y los demás almirantes peloponesios quisieron, en el comienzo del invierno y por consejo de los megarenses, hacer una intentona contra el Pireo, el puerto de los atenienses; pues estaba desguarnecido y sin cerrar[78], como era natural dada la gran superioridad naval ateniense. Decidieron que los marineros fueran a pie desde Corinto al mar que mira al

Ática, llevando cada uno su remo, almohadilla y correa[79], y que una vez llegados a Megara echaran al mar rápidamente en Nisea, su puerto, cuarenta naves que había allí, y partieran inmediatamente contra el Pireo; pues no había en él ninguna escuadra de vigilancia, ni sospecha alguna de que el enemigo fuese a atacar nunca tan rápidamente, ya que pensaban que no se atrevería a hacerlo tan abiertamente, y que si lo planeaba con calma sería imposible que no se dieran cuenta a tiempo. Conforme a su decisión, se pusieron en marcha al punto, y llegando de noche y echando al mar en Nisea las naves, partieron, pero no ya contra el Pireo, como pensaban, por temor al peligro —se dice que también se lo estorbó un viento que se levantó—, sino contra el cabo de Salamina que mira a Megara; y atacaron el fuerte (pues había en él un fuerte y un destacamento de tres naves, para que no entrara ni saliera en Megara nada por mar), arrastraron al mar los trirremes[80], que no tenían tripulación, y se dedicaron a arrasar el resto de Salamina, por haber cogido de sorpresa a sus habitantes.

94. Se hicieron a Atenas señales por medio de fuegos indicando la presencia de enemigos, y se produjo un pánico no inferior a ninguno de los de la guerra. Porque los de la ciudad creían que el enemigo se había lanzado ya por mar contra el Pireo, y los del Pireo, que Salamina había sido tomada y que estaban a punto de ir contra ellos; cosa que habría ocurrido fácilmente si hubieran querido darse prisa y no se lo hubiera impedido el viento. Con el día, los atenienses en masa marcharon en ayuda del Pireo y sacaron al mar algunas naves, y embarcándose en ellas rápida y tumultuosamente marcharon en dirección a Salamina, en tanto que con la infantería establecieron puestos de guardia en el Pireo. Y cuando los peloponesios vieron que venían a defender la isla, después de recorrer en su incursión casi

toda Salamina y de coger botín, prisioneros y las tres naves de Búdoron, partieron rápidamente hacia Nisea; pues sus naves eran otro motivo de inquietud, ya que habían sido echadas al mar después de mucho tiempo de estar en seco y hacían agua. Una vez llegados a Megara, emprendieron de nuevo a pie el camino de Corinto; y los atenienses, como ya no les encontraron en Salamina, regresaron ellos también; y después de esto, en adelante guardaban ya mejor el Pireo mediante el cierre de los puertos[81] y otras precauciones.

95. Por aquel mismo tiempo, al comienzo del invierno, Sitalces, el hijo de Teres, que era odrisa y rey de los tracios, organizó una expedición contra Perdicas, el hijo de Alejandro, rey de Macedonia, y contra los calcídeos del litoral de Tracia, queriendo con ello exigir el cumplimiento de una promesa y cumplir él mismo otra. Pues Perdicas, después de haberle hecho promesas[82] para el caso de que le reconciliase con los atenienses cuando, al comienzo de la guerra, estaba en trance apurado, y de que no restituyera a su reino a su hermano Filipo, que era enemigo suyo[83], no cumplió lo prometido. Y, por otra parte, Sitalces mismo se había comprometido con los atenienses, cuando concertó la alianza, a que daría fin a la guerra contra los calcídeos, que se desarrollaba en Tracia. Por ambos motivos, pues, organizó la expedición y llevó consigo a Amintas, el hijo de Filipo[84], para ponerle en el trono, a unos embajadores atenienses que habían venido con este fin, y al general Hagnón; pues estaba previsto que los atenienses acudieran para luchar con los calcídeos con una escuadra y un ejército lo más numeroso posible.

96. Partió, pues, del país de los odrisas y puso en pie de guerra primero a los tracios sobre los que gobernaba, y que habitaban desde el monte Hemo y el Ródope hasta el mar —a saber, el Ponto Euxino y el Helesponto—,[85] y luego a los getas que estaban pasado el Hemo y a los pobladores de

todas las regiones situadas al sur del río Istro, sobre todo las que están orientadas hacia el Ponto Euxino; los getas y los pueblos de estas comarcas tienen iguales armas: todos son arqueros de a caballo. También hizo un llamamiento a muchos de los tracios de la región montañosa, que son independientes y usan sables, y se llaman díos y viven los más de ellos en el Hemo; a unos les convenció dándoles soldada, mientras que otros fueron voluntarios. Además hizo leva de los leeos y demás pueblos peónicos, que le estaban sometidos y eran los más lejanos sobre que imperaba; pues su imperio llegaba hasta los peones leeos y el río Estrimón, nacido en el monte Escombro, que corre a través de los agrianes y leeos, limitando con los peones ya independientes. Por la parte de los tribalos, independientes también éstos, constituían el límite los treres y tilateos; éstos habitan al Norte del monte Escombro y se extienden hacia Occidente hasta el río Oscio. Nace este río en la cordillera en que también nacen el Nesto y el Hebro; es una cordillera inhabitada y está a continuación del Ródope.

97. El imperio de los odrisas se extendía por la costa desde la ciudad de Abdera hasta el Ponto Euxino, en la desembocadura del Istro; este territorio tiene una circunnavegación por el camino más breve de cuatro días y otras tantas noches para un barco mercante, llevando siempre el viento en popa; y por tierra, un buen andarín lo recorre en once días por el camino más corto desde Abdera al Istro. Ésta era la extensión del imperio por la región costera; y por el continente, desde Bizancio a los leeos y el Estrimón —pues por esta parte es por donde más se alejaba del mar hacia el interior— de trece días para recorrerla un buen andarín. Los ingresos procedentes del territorio bárbaro y de las ciudades griegas que dominaban, eran en tiempos de Seutes, que gobernó después de Sitalces e hizo el reino muy grande, el equivalente de unos cuatrocientos

talentos de plata, que se entregaban en forma de oro y plata sin acuñar; y además eran ofrecidos al rey regalos de oro y plata de un valor, no inferior, aparte de las telas bordadas y sin bordar, y equipo doméstico en general; y no sólo se los ofrecían al rey, sino también a los odrisas que con él gobernaban y pertenecían a la nobleza. Pues este pueblo estableció una costumbre inversa a la del reino de los persas y extensiva a todos los tracios en general, que consistía en recibir más que dar —y era más deshonroso no dar[86] siendo requerido a ello, que no tener éxito al pedirlo—; pero por su poder los reyes seguían esta costumbre más que los demás, pues no era posible conseguir nada sin llevar regalos. De esta forma, la realeza alcanzó un gran poderío. Llegó a ser, en efecto, el imperio más importante de los situados en Europa entre el mar Jónico y el Ponto Euxino, tanto por los ingresos en dinero como por la abundancia de riquezas en general, pero muy inferior al de los escitas por el poder guerrero e importancia del ejército. En este respecto, en efecto, no se les pueden equiparar no digo ya los pueblos de Europa, sino que no hay ningún pueblo asiático que pueda oponerse él solo a los escitas, según opinión general. Sin embargo, no alcanzan a otros en las cosas relativas al buen consejo e inteligencia respecto a las necesidades de la vida.

98. Así pues, Sitalces, rey de este gran país, preparaba su ejército. Y una vez que todo estuvo dispuesto, poniéndose en marcha avanzó contra Macedonia, primero a través de su reino; luego, de Cercina, montaña desierta, que es límite entre los sintos y peones. Pasó por el camino que él mismo había construido en otro tiempo talando el bosque, cuando marchó contra los peones. Las tropas de Sitalces, al atravesar la montaña procedentes del país de los odrisas, tenían a la derecha el de los peones y a la izquierda el de los sintos y medos[87]. Y una vez que la atravesaron llegaron a

Dobero de Peonia. Durante la marcha no se le murió a Sitalces nadie del ejército, salvo por enfermedad; y, por el contrario, aumentó, porque muchos de los tracios independientes se agregaban sin ser llamados para buscar botín, de forma que se dice que el número total llegó a ser de no menos de ciento cincuenta mil hombres; de este número, la mayor parte era infantería y una tercera parte, aproximadamente, caballería. La mayor parte de ella la componían los mismos odrisas, y después de ellos, los getas. De entre la infantería, los guerreros con sable más valientes eran los pertenecientes a tribus independientes y bajaron del Ródope, mientras que la restante multitud avanzaba infundiendo pavor por su número.

99. Se concentraron, así pues, en Dobero y se dispusieron a lanzarse por la cima de la montaña contra Macedonia de la costa, que estaba bajo el poder de Perdicas: pues en el interior hay también tribus macedonias, los lincestes, elimiotas y otros, que son aliados de la costa, pero tienen reyes propios. En cuanto a la región costera, que es la que hoy día se llama Macedonia, los primeros que se apoderaron de ella fueron Alejandro, el padre de Perdicas, y sus antepasados, que eran teménidas[88] procedentes de Argos; y lograron el poder real expulsando de Pieria mediante una batalla a los pieres, que más tarde poblaron Fagrete y otros lugares al pie del monte Pangeo, al otro lado del Estrimón —y hoy todavía se llama valle de Pieria a la región situada al pie del Pangeo hasta el mar—; también expulsaron de la llamada Botia a los botieos, que ahora son vecinos de los calcídeos; además, se apoderaron de una franja de tierra que se extiende desde el interior hasta Pela y el mar; y habitan también la región llamada Migdonia, al otro lado del Axio hasta el Estrimón, de donde expulsaron a los edones. Por otra parte, expulsaron de la región llamada hoy día Eordia a los eordos, de los cuales la mayoría pereció,

mientras que una pequeña parte está establecida junto a Fisca; y también de Almopia a los almopes. Y finalmente, los macedonios de que hablo sometieron a los demás pueblos que hoy todavía tienen bajo su poder: Antemunte, Grestonia, Bisaltia[89] y gran parte del territorio de los propios macedonios[90]. La totalidad es llamada Macedonia, y cuando Sitalces avanzaba contra ella su rey era Perdicas, hijo de Alejandro.

100. Los macedonios de que hablo, como eran incapaces de defenderse del ataque de tan gran ejército, se refugiaron en los lugares de fácil defensa y en los fuertes que había en el país; y no eran muchos, sino que más tarde Arquelao, el hijo de Perdicas, al llegar a rey construyó los que ahora hay, hizo caminos rectos y puso a punto todas las demás cosas que tienen relación con la guerra, procurándose caballos, armas y equipo guerrero en general en mayor medida que lo que hicieron juntos los otros ocho reyes que hubo antes de él. Avanzó, pues, el ejército de los tracios desde Dobero primero hacia el que había sido antes reino de Filipo, y tomó Idómena por la fuerza y Gortina, Atalanta y algunas otras plazas por negociaciones, ya que se les pasaban a causa de su amistad con Amintas, el hijo de Filipo, que iba con ellos; pero no pudieron tomar Europo, aunque la sitiaron. Después Sitalces avanzó contra el resto de Macedonia, esto es, la parte situada a la izquierda de Pela y Cirro. Pero no llegaron a Botia y Pieria, al occidente de estas regiones, sino que se dedicaron a arrasar Migdonia, Grestonia y Antemunte. En cuanto a los macedonios, ni siquiera pensaron en defenderse con la infantería; en cambio, pidieron caballos a sus aliados y en los lugares que les parecía bien se lanzaban contra el ejército de los tracios, pocos contra muchos; y por la parte donde daban la carga, nadie resistía a unos soldados que eran buenos jinetes y estaban armados de coraza, pero eran cercados por un número superior y se

ponían a sí mismos en peligro a causa de la gran multitud de enemigos; de forma que terminaron por renunciar a atacar, pensando que no eran lo suficientemente fuertes para arriesgarse contra un número superior.

101. Sitalces, por otra parte, inició negociaciones con Perdicas sobre las cosas que habían motivado su expedición; y una vez que los atenienses no llegaron con sus naves, por desconfiar de que él se presentara[91] —le habían enviado en cambio regalos y embajadores—, mandó una parte de su ejército contra los calcídeos y botieos, y después que les hizo encerrarse en las plazas fuertes, arrasó la campiña. Cuando estaba asentado en estas regiones, los pueblos meridionales: tesalios, magnesios, los demás vasallos de los tesalios y los griegos que viven al Norte de las Termópilas, se llenaron de miedo no fuera que el ejército avanzase contra ellos, y hacían sus preparativos. También se atemorizaron los tracios que viven al otro lado del Estrimón, hacia el Norte, en la llanura; los paneos, odomantes, droos y derseos; todos ellos son independientes. Provocó incluso Sitalces entre los griegos enemigos de los atenienses la sospecha de que avanzaran también contra ellos, reclamados por éstos en virtud de la alianza. En tanto, Sitalces tenía ocupadas simultáneamente Calcídica, Bótica y Macedonia, y las arrasaba; pero visto que no obtenía ningún éxito en las cosas que habían motivado la invasión, y el ejército no tenía víveres y lo pasaba mal debido al invierno, se dejó persuadir por Seutes, hijo de Esparadoco, que era su sobrino y el que más poder tenía después de él, a retirarse rápidamente. A Seutes se le había conciliado Perdicas, prometiéndole en secreto entregarle su hermana y una suma de dinero además. Así pues, Sitalces, convencido ya, después de haber permanecido allí treinta días en total, y de ellos ocho en Calcídica, se retiró con el ejército a su país rápidamente; y posteriormente a esto, Perdicas entregó a Seutes

Estratonice, su hermana, según había prometido. Tal fue la expedición de Sitalces.

102. En tanto, los atenienses de Naupacto, en este mismo invierno, una vez que se disolvió la escuadra peloponesia, costearon hasta Ástaco[92], desembarcaron e hicieron una expedición bajo el mando de Formión contra el interior de Acarnania, con cuatrocientos hoplitas atenienses de la dotación de las naves[93] y cuatrocientos mesenios; expulsaron de Estrato, Corontas y las demás ciudades a algunos individuos que no parecían de confianza, hicieron volver del destierro a Corontas a Cinete, el hijo de Teólito, y regresaron a las naves, pues no pareció posible avanzar en invierno contra los eníadas, que desde siempre eran los únicos acarnanios enemigos de los atenienses; porque el río Aqueloo, que corre desde el monte Pindo a través de Dolopia, los agreos, anfiloquios y la llanura de Acarnania —en la región interior junto a Estrato—, y desemboca junto a los eníadas y encharca los alrededores de su ciudad, hace imposible, c on su caudal, una expedición militar invernal. La mayoría de las islas Equínadas están situadas enfrente de Eníadas, a muy poda distancia de las bocas del Aqueloo, de forma que el río, al ser tan grande, arroja incesantemente aluviones, y hay algunas islas que se han convertido en continente, y es de esperar que a todas les ocurra igual en no mucho tiempo[94]; pues la corriente es fuerte, caudalosa y turbia, y las islas son numerosas y próximas unas a otras, y se sirven recíprocamente para retener el aluvión, ya que están situadas irregularmente y no en línea recta, y no dejan al agua salidas directas al mar. Están inhabitadas y son pequeñas. Y se cuenta que Apolo ordenó a Alcmeón, el hijo de Anfiareo, cuando estuvo errante después del asesinato de su madre, que viviera en este lugar, pues le hizo saber que no había liberación posible de sus terrores[95] mientras no hallara y habitara un país que cuando mató a su madre aún

no veía el sol ni era tierra, porque el resto había sido impurificada por él. Vaciló Alcmeón, según dicen, y por fin cayó en la cuenta de este aluvión del Aqueloo, pensando que desde que, a raíz del asesinato de su madre, estuvo errante durante largo tiempo, se habría creado un territorio de aluvión suficiente para vivir en él. Y estableciéndose en la región de Eníadas, fue rey y dio nombre al país[96], tomándolo de su hijo Acarnán. Ésta es la tradición que hemos recibido acerca de Alcmeón.

103. Formión y los atenienses levaron anclas de Acarnania y llegaron a Naupacto; y al comenzar la primavera regresaron a Atenas, llevando a los hombres libres de entre los prisioneros de las batallas navales, los cuales fueron cambiados hombre por hombre, así como las naves que apresaron. Y acabó este invierno y terminó el tercer año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

FIN DEL TOMO PRIMERO

LIBRO III

1. En el verano siguiente, los peloponesios y sus aliados, en la época en que maduraban los trigos, hicieron una incursión contra el Ática al mando de Arquidamo, rey de los lacedemonios, y, acampando allí, comenzaron a devastar el país. Hubo, como de costumbre, algunas incursiones de la caballería ateniense en los lugares en que parecía oportuno, impidiendo que el grueso de las tropas ligeras, alejándose del campamento, causara daños en los alrededores de la ciudad. Permanecieron en el Ática los peloponesios el tiempo que les duraron las provisiones, y luego se retiraron y se volvieron a sus ciudades respectivas.

2. Inmediatamente después de la invasión de los peloponesios, todos los lesbios, excepto Metimna, se sublevaron contra los atenienses, cosa que ya deseaban hacer antes de la guerra —pero los lacedemonios no les habían aceptado como aliados—, y que se vieron obligados a llevar a cabo antes de lo que pensaban, pues estaban esperando a que estuviera acabada la construcción de diques en los puertos[1], de murallas y de buques, y a que llegaran del mar Negro los arqueros y el trigo que habían pedido que les fuesen enviados. Lo que sucedió es que los tenedios, que tenían rivalidades con ellos; los metimnenses e incluso algunos mitilenios, que eran próxenos de los atenienses (estos últimos privadamente y con motivo de unas discordias civiles), denunciaron a los atenienses que

los mitilenios intentaban someter por la fuerza toda Lesbos a Mitilena y que se daban prisa en sus preparativos con intención de sublevarse, ayudados por los lacedemonios y los beocios, sus hermanos de raza[2], y que si no se les anticipaban, perderían Lesbos.

3. Los atenienses, que estaban en situación apurada por la epidemia y la guerra (que había empezado hacía poco y estaba ya en su apogeo), pensaron que el crearse un nuevo enemigo en Lesbos, que tenía una escuadra y un ejército intacto, era asunto delicado, y no atendieron al principio a las acusaciones, considerando de más peso su propio deseo de que no fueran verdaderas; pero cuando, a pesar de enviar embajadores, no conseguían persuadir a los mitilenios a desistir de la unificación de la isla y de los preparativos bélicos, quisieron, por temor, anticipárseles. Así pues, enviaron de improviso cuarenta naves, que casualmente estaban preparadas para hacer una expedición en torno al Peloponeso; las mandaban Cleípides, hijo de Dinias, y otros dos. La razón de esta medida fue que les habían dicho que se celebraba fuera de la ciudad de Mitilena la fiesta en honor de Apolo Maloeis[3], que celebraban los mitilenios en comunidad, y que había esperanza de caer sobre ellos de repente; y ordenaron a los almirantes que, en caso de que no tuvieran éxito en el intento, dijeran a los mitilenios que entregaran sus naves y destruyeran las murallas, y si no obedecían, lucharan contra ellos. Partieron, pues, las naves, y los atenienses se apoderaron de las diez naves lesbias que estaban con ellos en calidad de ayuda en virtud de la alianza, y aprisionaron a las tripulaciones. En tanto, la expedición fue revelada a los mitilenios por un hombre que pasó de Atenas a Eubea, fue a pie a Geresto y, hallando un barco de carga que se hacía a la mar, hizo en él la travesía y llegó a Mitilena al tercer día de salir de Atenas. Y así, los mitilenios no fueron al templo de

Apolo Maloeis y además montaron guardia, haciendo barricadas, junto a las partes sin terminar de las murallas y puertos.

4. Cuando poco tiempo después vieron esto los atenienses al llegar con su flota, los generales hicieron saber lo que se les había encargado, y al no obedecer los mitilenios, se dispusieron a la lucha. Los mitilenios, que se vieron obligados a emprender la guerra sin tener hechos los preparativos y de improviso, hicieron con su flota una salida a poca distancia del puerto, como si fueran a librar batalla naval; pero luego, al ser perseguidos por las naves atenienses, entablaron negociaciones con los almirantes con intención de que sus naves fueran retiradas inmediatamente, si podían, mediante un acuerdo aceptable. Los almirantes atenienses, por su parte, les prestaron oído, porque temían ellos también no tener fuerza suficiente para luchar contra toda Lesbos. Concertaron, pues, los mitilenios una tregua, y enviaron a Atenas a uno de los delatores, que estaba ya arrepentido, por si podían persuadir a los atenienses a que se retiraran las naves, en el convencimiento de que ellos no se rebelarían. Pero al tiempo enviaron también embajadores a Esparta, burlando en un trirreme en dirección Norte la vigilancia de la escuadra ateniense, que estaba anclada en Malea; pues no confiaban en que tuviera éxito la gestión cerca de los atenienses. Llegaron los embajadores a Esparta en una difícil travesía por alta mar, y negociaron que fuese enviado algún auxilio a los mitilenios.

5. Y cuando los embajadores enviados a Atenas regresaron sin haber tenido éxito, los mitilenios y el resto de Lesbos, excepto Metimna, comenzaron la guerra; pues los metimnenses prestaban ayuda a los atenienses, así como los imbrios, lemnios y unos pocos de los demás aliados. Los mitilenios hicieron una salida con todas sus tropas contra el

campamento ateniense, y se libró una batalla, en la que los mitilenios no llevaron la peor parte, a pesar de lo cual no se atrevieron a acampar para pasar la noche, sino que se retiraron; y en lo sucesivo permanecieron en calma, con intención de luchar si venían refuerzos del Peloponeso y otras partes; pues habían llegado a la isla el lacedemonio Meleas y el tebano Hermeondas, que habían sido despachados antes de la sublevación, pero que no pudiendo anticiparse a la flota ateniense arribaron ocultamente después de la batalla en un trirreme y exhortaron a los mitilenios a hacer salir otro trirreme con embajadores acompañados por ellos; y lo enviaron.

6. En tanto, los atenienses, a los que favoreció mucho la inactividad de los mitilenios, llamaron a algunos aliados, que se presentaron tanto más pronto cuanto que no veían en los lesbios ninguna garantía de éxito, y, extendiendo el bloqueo a la parte de la ciudad que mira al Sur, construyeron dos campamentos, a uno y otro lado de la ciudad, y bloquearon ambos puertos[4]. De este modo impidieron a los mitilenios el uso del mar, mientras que éstos y los demás lesbios que habían ido en su ayuda eran dueños de la isla excepto la pequeña región en torno a los campamentos, que ocupaban los atenienses, los cuales usaban más bien Malea como base naval y mercado. De esta manera transcurría la guerra en torno a Mitilena.

7. Durante la misma época de este verano, los atenienses enviaron treinta naves en torno al Peloponeso al mando de Asopio, el hijo de Formión, por haber pedido los acarnanios que enviaran como jefe a un hijo o pariente de Formión. A su paso, las naves arrasaron las ciudades costeras de Laconia. A continuación, Asopio envió de nuevo a Atenas la mayoría de las naves, mientras que él mismo llegó a Naupacto con doce, y a continuación puso en pie de guerra a todos los acarnanios y emprendió una expedición contra Eníadas,

avanzando con las naves por el Aqueloo mientras el ejército terrestre se dedicaba a devastar la comarca. Pero como los habitantes del país no se pasaban a su lado, despidió las tropas de a pie, navegó hasta Léucade y, haciendo un desembarco en Nérico, fue muerto en la retirada con una parte del ejército a manos de los que de allí mismo salieron a su encuentro y de una pequeña guarnición[5]. A continuación, los atenienses se hicieron a la mar para el viaje de vuelta llevándose los muertos, entregados por los leucadios en virtud de una tregua.

8. En tanto, los embajadores de los mitilenios que habían sido enviados en la primera nave, al decirles los lacedemonios que fueran a Olimpia para que pudieran deliberar también los demás aliados después de escucharles, se presentaron en Olimpia; se celebraba la Olimpíada en que venció por segunda vez el rodio Dorieo[6]. Cuando, acabada la fiesta, se iniciaron las negociaciones, los mitilenios hablaron así:

9. «Conocemos, ¡oh lacedemonios y demás aliados!, el comportamiento común de los griegos: los que aceptan como aliados a los que hacen defección en las guerras y abandonan a sus anteriores aliados, les miran con agrado en cuanto que resultan beneficiados, pero les tienen en poca estima por considerarles traidores de sus amigos anteriores. Y no es injusta esta apreciación en el caso de que los que hacen defección y aquellos de quienes se separan estén unidos por la comunidad de ideas y la amistad, sean de recursos y fuerza equiparables, y no haya ningún pretexto razonable de defección; cosas que no sucedían entre nosotros y los atenienses, y no se nos debe considerar infieles, creyendo que hemos hecho defección en una situación difícil después que ellos nos han honrado en la paz.

10. Hablaremos primero acerca de la justicia y el buen comportamiento, y ello tanto más cuanto que pedimos una alianza; porque sabemos que no hay ninguna amistad entre los hombres ni alianza entre las ciudades que sean duraderas, si no van acompañadas de una buena conducta recíproca manifiesta y las partes no son de igual modo de pensar; pues de las divergencias del pensamiento nacen las discrepancias en la conducta. La alianza entre nosotros y los atenienses se originó cuando vosotros abandonasteis la guerra contra los persas, mientras que ellos perseveraron para acabar lo que quedaba por hacer. Sin embargo, no nos hicimos aliados de los atenienses para esclavizar a Grecia en su beneficio, sino aliados de los griegos para libertar a Grecia de los persas en el suyo propio. Y mientras los atenienses tuvieron la hegemonía en calidad de iguales, marchamos con ardor a su lado; mas cuando vimos que disminuían su enemistad con los persas y se afanaban en esclavizar a los aliados, no permanecimos ya tranquilos. Y como los aliados no podían unirse y defenderse con la superioridad numérica de sus votos, fueron esclavizados, a excepción de los de Quíos; y nosotros luchamos a su lado no siendo autónomos y libres más que de nombre. Sin embargo, ya no teníamos en los atenienses unos hegemones de confianza, a juzgar por los ejemplos precedentes; pues no era lógico que sometieran a aquéllos con los que se aliaron al tiempo que con nosotros, y no hicieran lo mismo con los demás, si alguna vez podían.

11. Si hubiéramos permanecido todos autónomos, hubiera sido cosa más segura para nosotros que no iban a hacer un cambio violento; pero como tenían a los más reducidos a vasallaje, y mientras tanto trataban con nosotros en condiciones de igualdad, era natural que llevaran con mayor impaciencia el que sólo nosotros, cuando los más se doblegaban, fuéramos sus iguales, y ello tanto

más cuanto más poderosos se hacían ellos y más solos quedábamos nosotros. Pues sólo el miedo a un poderío militar igual al propio es de garantía en una alianza, porque el que quiere transgredirla, desiste de ello porque no se considera capaz de lanzarse a la empresa con éxito. Fuimos respetados autónomos no por otra razón que porque, en su deseo de imperio, los atenienses veían que el poder era fácil de conseguir mediante palabras agradables y más por medio de la política que de la fuerza. Nos utilizaban, en efecto, como prueba de que eran un aliado igual que los demás, y de que no atacarían de grado a ninguno de ellos si no hacía nada censurable; y, por otro lado, llevaban a los aliados más fuertes contra los más débiles —los primeros en ser atacados—, y dejando a aquéllos los últimos esperaban debilitarlos. Si, por el contrario, hubieran empezado por nosotros en un tiempo en que los aliados aún conservaban toda su propia fuerza y tenían alguien en quien apoyarse[7], no los hubieran sometido con igual facilidad. Además, nuestra marina les causaba cierto miedo, no fuera que alguna vez, reunida toda y uniéndose a vosotros o algún otro, les pusiera en peligro. Manteníamos también nuestra independencia adulando al estado ateniense y a los que sucesivamente le gobernaban. Sin embargo, no esperábamos poder hacerlo por mucho tiempo si no hubiera estallado esta guerra, a juzgar por lo sucedido con otros.

12. ¿Qué clase, pues, de amistad o de libertad verdadera fue ésta durante la cual nos adulaban en la guerra por miedo y nosotros hacíamos lo mismo con ellos en la paz? ¿Una libertad en la que el miedo era el que daba garantía a nuestra alianza —cuando para los otros la constituyen los sentimientos amistosos— y en que éramos aliados retenidos más por el miedo que por la amistad, una libertad en la que aquéllos a quienes antes daba ánimos la seguridad que tenían, eran los primeros que se disponían a violar lo

estipulado? En consecuencia, si hay alguien al que a causa de la vacilación de los atenientes ante los peligros de una lucha contra nosotros le parece que obramos mal tomando la iniciativa en hacer defección por no haber esperado por nuestra parte a enterarnos bien de si es cierta alguna de nuestras sospechas, no juzga bien. Porque si tuviéramos fuerzas para responder con otras a sus asechanzas en condiciones de igualdad, sería preciso que también nosotros nos tardásemos igualmente por nuestra parte en marchar contra ellos; pero como la iniciativa está siempre en sus manos, es preciso que también esté en las nuestras el poder defendernos anticipándonos a ellos.

13. Éstos son los motivos y causas, ¡oh lacedemonios y demás aliados!, que tuvimos para sublevarnos; motivos claros para los que los escuchen para probar que obramos según razón, y suficientes para atemorizarnos y hacernos buscar algún medio de salvación; cosa que deseábamos hacer ya ha tiempo, cuando, en la paz todavía, entablamos con vosotros negociaciones para sublevarnos, pero de la cual tuvimos que desistir al no aceptarnos vosotros como aliados; en tanto que ahora, en cuanto nos invitaron a ello los beocios, al punto prestamos oído y consideramos que nuestra defección iba a ser de dos alianzas: de la de los griegos[8], a fin de no inferirles daños en unión de los atenienses y de ayudar por el contrario a su liberación, y de la de los atenienses, a fin de no ser destruidos nosotros mismos por ellos y de anticiparnos, por el contrario, a causar su ruina. Sin embargo, nuestra sublevación se ha producido con demasiada precipitación y sin preparativos suficientes; por lo cual es tanto más necesario que nos aceptéis como aliados y nos enviéis rápidamente socorros, para que todos os vean defendiendo a los que debéis defender y causando daños al mismo tiempo a vuestros enemigos. La ocasión es cual nunca la hubo. Los atenienses están agotados por la

epidemia y el gasto de dinero, y algunas de sus naves están costeando vuestra patria y las otras empeñadas en lucha contra vosotros; de forma que es de suponer que no tengan reserva de naves si vosotros lanzáis por segunda vez este verano un ataque contra el Ática con tropas de tierra y naves al mismo tiempo, sino que o no se defenderán de vuestro ataque naval, o se retirarán de los dos lados. Y que ninguno piense que es un peligro que no le amenaza a él propiamente el que arrostrará en defensa de una tierra extraña; pues Lesbos procurará un provecho inmediato a los mismos que piensan que se halla lejos. Porque la guerra[9] no tendrá lugar en el Ática, como algunos piensan, sino en las comarcas de que el Ática se beneficia. Y los ingresos en dinero de Atenas provienen de los aliados, y serán aún mayores si nos sojuzgan; pues ningún otro se sublevará y se añadirán los tributos que nosotros paguemos, y sin duda sufriremos peor trato que los que son esclavos de antes. En cambio, si venís en nuestro auxilio con decisión, lograréis la alianza de una ciudad que posee una gran escuadra, que es de lo que más falta tenéis; haréis sucumbir con mayor facilidad a los atenienses al quitarles sus aliados —pues todos se os pasarán con más audacia que ahora— y escaparéis a la acusación de que se os hacía objeto, a saber, que no ayudáis a los que se sublevan. Y si se os ve haciendo de liberadores, tendréis más segura la victoria.

14. Así pues, por respeto a las esperanzas puestas en vosotros por los griegos y a Zeus Olímpico, en cuyo templo estamos a manera de suplicantes, ayudad a los mitilenios haciéndoos sus aliados y no nos abandonéis, porque exponiendo al peligro nuestras solas vidas haremos común a todos el beneficio que se desprende de nuestro éxito y aún más común el daño, si sucumbimos al no dejaros vosotros persuadir. Sed, pues, como los griegos creen que sois y nuestro miedo lo desea».

15. Así hablaron los mitilenios. Y los lacedemonios y sus aliados, cuando les oyeron, aceptando sus proposiciones, hicieron aliados suyos a los lesbios, y no sólo ordenaron a los aliados que se hallaban presentes que se dirigieran rápidamente al Istmo con los dos tercios de sus tropas, con intención de llevar a efecto la invasión del Ática, sino que se presentaron ellos mismos los primeros y construyeron en el Istmo máquinas para arrastrar naves, a fin de llevarlas de Corinto al mar que mira a Atenas en un ataque simultáneo por tierra y mar. Los lacedemonios hacían todo esto con ardimiento; pero los demás aliados se concentraban lentamente, y estaban en la recolección de la cosecha y con poca gana de entrar en campaña.

16. Y al darse cuenta los atenienses de que hacían todos aquellos preparativos porque estaban convencidos de su debilidad, queriendo hacer patente que su creencia no era verdadera, sino que eran capaces de defenderse con facilidad de una escuadra procedente del Peloponeso sin retirar la que tenían en Lesbos, completaron la dotación de cien naves, embarcándose ellos mismos —salvo los caballeros y pentecosiomedimnos[10]— y los metecos, y levando anclas hicieron una demostración de fuerza a lo largo del Istmo, así como desembarcos en los lugares del Peloponeso que les parecían oportunos. Y los lacedemonios, al ver aquella cosa increíble, pensaron que era falso lo que les habían dicho los lesbios, y considerando delicada la situación —ya que los aliados no habían comparecido y se anunciaba que las treinta naves atenienses que costeaban el Peloponeso devastaban su territorio— se retiraron hacia su país. Más tarde equiparon una escuadra para enviarla a Lesbos, y pidieron a las ciudades aliadas un total de cuarenta naves y pusieron como navarca[11] a Álcidas, que debía llevar a cabo la expedición. También los atenienses se

retiraron con sus cien naves cuando vieron que los lacedemonios lo hacían.

17. Durante[12] este tiempo en que estaba navegando la escuadra, prestaban servicio en la flota ateniense tantas naves como cuando más, aunque al comienzo de la guerra había un número igual o aún mayor: cien naves ejercían la vigilancia del Ática, Eubea y Salamina, y otras ciento estaban costeando el Peloponeso, y además había las de Potidea y los demás lugares, de forma que el total era de doscientas cincuenta naves en un solo verano. Era esto, en unión del sitio de Potidea, lo que más dinero hacía gastar; pues los que sitiaban Potidea eran hoplitas pagados con dos dracmas diarias (cada uno cobraba por día una dracma para sí y otra para su esclavo), tres mil al principio —y no eran menos los que la tomaron—, y además mil seiscientos que fueron con Formión y se retiraron antes de la conquista; y todas las tripulaciones de las naves cobraban la misma soldada. Ésta es la forma en que en la primera época se gastaba el dinero, y el número mayor de naves que fue puesto en servicio.

18. En tanto, en el tiempo mismo en que los lacedemonios estaban en el Istmo, los mitilenios enviaron una expedición terrestre en unión de sus tropas auxiliares[13] contra Metimna, que pensaban que iba a ser entregada por traición; pero cuando, tras realizar un ataque contra la ciudad, el plan no tuvo el éxito que esperaban, se retiraron en dirección a Antisa, Pirra y Ereso, y una vez que afianzaron a su favor la disposición de estas ciudades y que reforzaron sus obras de fortificación, se retiraron rápidamente a Mitilena. También por su parte los metimnenses llevaron a cabo, una vez que aquéllos se retiraron, una expedición contra Antisa; pero los defensores realizaron una salida y fueron muchos los que murieron derrotados por los de Antisa y sus tropas auxiliares, y los

restantes se retiraron rápidamente. Mas al enterarse los atenienses de estas cosas, o sea, de que los mitilenios eran dueños de la región y de que sus aliados no eran capaces de ponerles sitio, enviaron, ya al comienzo del otoño, mil hoplitas atenienses al mando de Paquete, hijo de Epicuro. Haciendo ellos mismos de remeros[14], llegaron a Lesbos y rodearon toda Mitilena con un solo muro; y construyeron adosados a él, en algunos lugares bien defendidos, algunos fuertes. Cuando comenzó el invierno, Mitilena estaba sitiada formalmente por tierra y por mar.

19. Y como los atenienses necesitaban dinero para el sitio, aportaron ellos mismos una contribución extraordinaria de doscientos talentos y enviaron a los aliados doce naves encargadas de recoger dinero[15], al mando de Lísides y otros cuatro. Éste recogió dinero en varias partes en el curso de su navegación; pero subiendo por el río Meandro, desde Miunte de Caria hasta la colina de Sandio, pereció con gran parte de su ejército en un ataque de los carios y los aneitos.

20. En el mismo invierno, los plateenses, que aún estaban sitiados por los peloponesios y beocios, una vez que comenzaron a estar en apuro por la falta de víveres y que no quedaba ninguna esperanza de ayuda por parte de Atenas ni se veía ninguna otra forma de salvación, intentaron en un principio —tanto ellos como los atenienses que estaban sitiados juntamente— salir todos y atravesar los muros de los enemigos, si podían hacerlo por la fuerza, por consejo de Teéneto, hijo de Tólmides, un adivino, y de Eupómpides, hijo de Daímaco, que era general; pero después la mitad desistió por considerar grande el peligro, mientras que unos doscientos cincuenta hombres persistieron como voluntarios en la idea de la salida, que tuvo lugar del siguiente modo. Hicieron escalas de la longitud del muro de los enemigos; midieron éste por las hiladas de ladrillos de la parte del muro que miraba a ellos y no estaba encalado. Contaban

muchos las hiladas al mismo tiempo, y era natural que algunos se equivocaran, pero que la mayoría contara el número verdadero, dado sobre todo que las contaban muchas veces y que además no estaban muy lejos, sino que la parte del muro que tenían intención de salvar se divisaba con facilidad. De esta manera tomaron la medida de las escalas, calculando la longitud por el grosor de cada ladrillo.

21. Y en cuanto al muro de los peloponesios, estaba construido como sigue. Era doble, formado por un muro del lado de los plateenses y otro por si atacaba alguien desde Atenas, y los dos muros distaban uno de otro unos dieciséis pies[16]. Este espacio interior estaba ocupado por diversas edificaciones destinadas a la guarnición que se seguían sin interrupción, de modo que daba la impresión de un solo muro grueso con almenas a los dos lados. Cada diez almenas había torres grandes y de igual grosor que el muro, que llegaban al frente interior y al exterior del mismo, de forma que no había lugar de paso por los lados de las torres, sino que pasaban por mitad de las mismas. De noche, cuando había tempestad de lluvia, se retiraban de las almenas y hacían la guardia desde las torres, que estaban a poca distancia y tenían tejado. Tal era el muro con que estaban cercados los plateenses.

22. Éstos, una vez que tuvieron hechos los preparativos, eligiendo una noche tempestuosa, con lluvia y viento, y además sin luna, salieron de la ciudad; iban a su frente los que les habían decidido a la empresa. Primero atravesaron el foso que les rodeaba, y seguidamente se aproximaron al muro de los enemigos sin que les vieran los centinelas, porque no alcanzaban lejos con la vista por la oscuridad, y porque, además, el viento producía un ruido que apagaba el de los plateenses al andar; y, por otra parte, avanzaban muy distanciados unos de otros, a fin de que no se entrechocaran las armas y llamaran la atención. Iban ligeramente armados

y con sólo el pie izquierdo calzado por precaución contra los barrizales[17]. Se acercaron, pues, a las almenas, que sabían que estaban desguarnecidas, en el espacio comprendido entre dos torres; lo hicieron primero los que llevaban las escalas, que las aplicaron al muro, y después doce hombres de infantería ligera, armados sólo con un puñal y una coraza, que mandaba Ámmeas, hijo de Corebo, que subió el primero; tras él subieron los que le seguían, seis contra cada torre[18]; a continuación subieron, siguiéndoles, más de infantería ligera con lanzas pequeñas, a los que otros llevaban detrás los escudos a fin de que los primeros marcharan más de prisa, y debían entregárselos cuando llegaran junto al enemigo. Pero cuando ya hubo más plateenses arriba, se dieron cuenta los centinelas de las torres, pues un plateense, al agarrarse a las almenas, desprendió una teja, la cual metió ruido al caer. Y al punto se elevó un gran griterío, y el ejército peloponesio se dirigió hacia la muralla, pues en medio de la oscuridad de la noche y de la tormenta no sabía cuál era el peligro que sobrevenía, y además los plateenses que habían quedado en la ciudad, haciendo una salida, atacaron la muralla de los peloponesios por el lado opuesto a aquél por donde sus compañeros de armas intentaban salvarla, a fin de que los peloponesios les prestaran la menor atención. Así pues, los peloponesios permanecieron sin moverse, llenos de perplejidad, y no se atrevían a ir como refuerzo abandonando las posiciones que ocupaban, sino que no podían explicarse qué ocurría. En tanto, los trescientos peloponesios cuya comisión era ir en socorro allí donde hiciera falta, salieron fuera del muro ante el griterío, y se encendieron fuegos indicando la proximidad del enemigo para avisar a Tebas; pero los plateenses de la ciudad encendieron también muchos fuegos, que habían sido preparados antes precisamente para que los avisos por medio de fuegos fueran ininteligibles para el enemigo, y

éste, por creer que ocurría alguna otra cosa que lo sucedido, no acudiese en socorro antes de que los que intentaban romper el cerco huyeran y se pusieran a salvo.

23. En tanto, los plateenses que estaban escalando el muro, una vez que los primeros de sus hombres habían subido arriba y se habían apoderado de las dos torres matando a los defensores, tomaron posiciones y montaron guardia en las puertas de las torres para que no acudieran refuerzos a través de ellas; además lanzaron escalas desde el muro a las torres e hicieron subir más hombres a éstas, y entonces los de las torres impedían el paso a los que venían en socorro de los de la muralla, lanzando proyectiles contra ellos desde abajo y arriba[19], mientras que en tanto el grueso de los expedicionarios pasaba el muro por el espacio comprendido entre las dos torres, colocando muchas escalas y arrojando al suelo las almenas. Cada uno que pasaba se quedaba junto al borde del foso[20], y desde allí disparaban flechas y dardos por si alguno venía a lo largo del muro en ayuda de los lacedemonios e intentaba impedir que atravesaran el foso. Una vez que todos lo hubieron pasado, los de las torres bajaron y se dirigieron los últimos, apuradamente, hacia el foso, y en esto los trescientos se les echaron encima llevando antorchas. Los plateenses les veían mejor desde la oscuridad según estaban al borde del foso, y lanzaban flechas contra los flancos descubiertos de los lacedemonios, mientras que ellos, como estaban en lo oscuro, eran iluminados peor por las antorchas de los enemigos, de forma que hasta los últimos de los plateenses tuvieron tiempo de atravesar el foso, aunque difícilmente y con lucha, pues en él se había formado un hielo poco firme para marchar por encima, y más bien medio líquido, como el formado por el viento del Este; y como durante la noche este viento había provocado una gran nevada, había quedado en el foso mucha agua, que los plateenses atravesaron llevando

fuera sólo la cabeza. Sin embargo, su huida se debió principalmente a la magnitud del temporal.

24. Así pues, los plateenses se pusieron en marcha todos juntos desde el foso por el camino que llevaba a Tebas, dejando a la derecha el santuario del héroe Andrócrates, pues pensaban que difícilmente podrían sospechar los peloponesios que habían emprendido la marcha por el camino que llevaba hacia el enemigo. Y, además, veían que los peloponesios, provistos de antorchas, se lanzaban en su persecución por el camino de Drioscéfalas y del Citerón, que lleva a Atenas. Así pues, los plateenses caminaron seis o siete estadios por el camino de Tebas, y luego, cambiando de dirección, tomaron el camino que se dirige a la montaña y va a Eritras e Hisias, y llegando a las montañas lograron refugiarse en Atenas[21], en total unos doscientos doce hombres de un número superior que eran; porque algunos de ellos se volvieron a la ciudad antes de salvar el muro, e incluso un arquero fue hecho prisionero en el foso exterior. Por fin, los peloponesios se detuvieron, cesando en la persecución, y los plateenses de la ciudad, como no sabían nada de lo ocurrido, y los que se volvieron atrás les anunciaron que no sobrevivía ninguno, en cuanto se hizo de día despacharon un heraldo y pidieron una tregua para recoger los cadáveres; pero al enterarse de la verdad, desistieron de ello. De este modo rompieron el cerco y se salvaron los plateenses.

25. Al final de este mismo invierno, el lacedemonio Saleto fue despachado a Mitilena con un trirreme. Arribó a Pirra, y marchando desde allí a pie, sin ser visto, por un barranco por donde se podía salvar el muro[22], entró en Mitilena y anunció a los magistrados que se realizaría una incursión en el Ática y además llegarían a Mitilena las cuarenta naves que estaba convenido que fueran en su ayuda, y que él había sido enviado por delante con esta comisión y además

para atender a las demás cosas necesarias. Y los mitilenios cobraron ánimos y dejaron de pensar en llegar a un acuerdo con los atenienses. De esta forma acabó el cuarto año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

26. En el verano siguiente los peloponesios, después de despachar las cuarenta naves con Álcidas al frente, que era su navarca, llevaron a efecto, en unión de sus aliados, una invasión del Ática, a fin de que los atenienses, atacados en dos partes, no salieran al encuentro de las naves que se dirigían a Mitilena. Mandaba esta incursión en nombre de Pausanias, hijo de Plistoanacte, que era rey pero aún menor de edad, Cleómenes, el hermano de su padre. Arrasaron las comarcas del Ática ya devastadas antes donde habían crecido nuevos cultivos, y las que no habían sido alcanzadas por las incursiones anteriores; ésta fue la más desastrosa para los atenienses, con excepción de la segunda, pues los lacedemonios, esperando recibir de Lesbos noticia de alguna acción de su escuadra, que pensaban que ya habría hecho la travesía, iban de un lado a otro devastando la mayor parte del país. Mas como nada ocurría de lo que esperaban y se les habían acabado los víveres, se retiraron y se dirigieron cada cual a su ciudad.

27. En tanto, los mitilenios, como las naves que venían del Peloponesio no llegaban en su ayuda, sino que se retrasaban, y los víveres se habían acabado, se vieron en la necesidad de llegar a un acuerdo con los atenienses por la causa que sigue. Saleto, que tampoco esperaba ya la llegada de la escuadra, armó pesadamente a la gente del pueblo, que sólo tenía armas ligeras, para atacar a los atenienses; mas cuando aquéllos recibieron las armas, ya no obedecieron a los jefes, sino que, tras celebrar reuniones entre sí, exigieron que los aristócratas sacaran a la luz los víveres y los repartieran entre todos, y amenazaron con que,

en caso contrario, llegarían a un acuerdo con los atenienses y les entregarían la ciudad.

28. Dándose cuenta los que gobernaban la ciudad de que no tenían fuerza para impedírselo y de que si quedaban excluidos del acuerdo, correrían gran peligro, concertaron todos juntos un acuerdo con Paquete y su ejército, bajo la condición de que los atenienses podrían tomar, respecto a los mitilenios, la decisión que quisieran, y de que ellos dejarían entrar el ejército en la ciudad, pero enviarían una embajada a Atenas para trabajar por su propia causa; y que, en tanto que regresaba, Paquete no aprisionaría, mataría ni vendería como esclavo a ningún mitilenio. Éste fue el acuerdo. Sin embargo, los mitilenios que más se habían distinguido en las negociaciones con los lacedemonios, llenos de miedo, cuando entró el ejército no pudieron contenerse, sino que se sentaron junto a los altares a pesar de la promesa, y Paquete les hizo retirarse de allí, a condición de no causarles daño, y les trasladó a Ténedos hasta que los atenienses tomaran una decisión. Envió además unos trirremes contra Antisa y la ocupó, y tomó las medidas militares que le parecieron oportunas.

29. En tanto, los peloponesios, de las cuarenta naves, que estaba convenido que llegaran rápidamente, se retrasaron en su ruta en torno al Peloponeso, y navegando lentamente en el resto de la travesía, pasaron inadvertidos a los atenienses de la ciudad[23] hasta que llegaron a Delos; y cuando desde esta isla se aproximaron a Ícaro y Míconos, se enteraron de que Mitilena había sido tomada. Mas queriendo informarse exactamente, se llegaron a Émbaton, en el territorio de Eritras; y cuando llegaron a Émbaton, hacía unos siete días que Mitilena había sido tomada. Al enterarse de la verdad, deliberaron lo que debían hacer en aquellas circunstancias, y Teutíaplo, un eleo, les habló así:

30. «Álcidas y demás peloponesios que estáis conmigo al frente del ejército, es mi opinión que naveguemos sin demora contra Mitilena antes de que los atenienses se enteren de nuestra presencia, pues, como es natural que suceda dado el poco tiempo que hace que tomaron la ciudad, la hallaremos insuficientemente defendida, sobre todo por mar, por donde el enemigo no espera que nadie la ataque y donde reside principalmente nuestra fuerza; y es de esperar, además, que sus tropas de tierra estén dispersas por las casas sin precaución alguna, en la idea de que están victoriosos. Por tanto, si les atacáramos repentinamente y de noche, tengo confianza en que, con ayuda de los de dentro de la ciudad —si aún queda algún partidario nuestro—, podríamos hacernos dueños de la situación. No rehuyamos el peligro y pensemos que las sorpresas de la guerra son de esta naturaleza, y son tales, que si un general se precave de ellas en lo que a él concierne y ataca a los enemigos cuando ve una oportunidad de usarlas, es como más éxitos puede obtener».

31. Así se expresó, sin poder convencer a Álcidas. Por otra parte, algunos desterrados de Jonia y los lesbios que iban con la escuadra, le aconsejaron que, ya que tenía miedo a aquella empresa, ocupara alguna ciudad de Jonia o Cumas de Eolia, a fin de provocar la sublevación de Jonia tomando como base de operaciones una ciudad (y afirmaban que había esperanzas de ello, pues nadie les vería llegar con desagrado), y a fin, asimismo, de quitar a los atenienses esta fuente de ingresos, la mayor que tenían, y de que, además, se les convirtiera en causa de gastos; y decían que esperaban convencer a Pisutnes a que luchara a su lado[24]. Pero Álcidas no aceptó tampoco esta proposición, sino que apenas pensaba en otra cosa que en regresar cuanto antes al Peloponeso, ya que había llegado tarde a Mitilena.

32. Levó, pues, anclas de Émbaton y comenzó a navegar a lo largo de la costa; y tocando en Mioneso, del territorio de Teos, mató a la mayor parte de los prisioneros que había hecho en el crucero. Ancló luego en Éfeso y llegaron a su presencia unos comisionados de los samios de Aneas, quienes le aseguraron que no era una buena manera de liberar a Grecia el matar a unos hombres que no habían empuñado las armas contra él ni eran enemigos suyos, sino aliados de los atenienses sólo por necesidad; y que si no abandonaba aquella conducta, atraería a su amistad a pocos enemigos y convertiría en enemigos a un número muy superior de sus amigos. Se dejó convencer Álcidas, y puso en libertad a todos los quiotas que aún tenía prisioneros y a algunos de otras nacionalidades, porque las gentes no huían al ver las naves, sino que, por el contrario, se aproximaban creyendo que eran atenienses, y no tenían la menor sospecha de que, siendo los atenienses dueños del mar, unas naves peloponesias llegaran a Jonia.

33. Sin embargo, a partir de Éfeso, Álcidas comenzó a navegar a toda marcha y emprendió la fuga, pues había sido divisado por la *Salaminia* y la *Páralos*[25], que venían de Atenas, cuando aún estaba anclado cerca de Claros, y temiendo que le dieran caza, comenzó a navegar por alta mar, con intención de no tocar de propia voluntad otra tierra que el Peloponeso. En tanto, la noticia les llegó a Paquete y los atenienses desde Eritras y desde todas partes, pues como Jonia estaba sin fortificar, existía un gran temor de que los peloponesios, al tiempo que navegaban siguiendo la costa (aunque en aquella ocasión no pensaran en quedarse), atacasen y saqueasen las ciudades. Y la *Páralos* y la *Salaminia*, que les habían visto por sí mismas en Claros, dieron también la noticia. Paquete emprendió una enérgica persecución, y les persiguió hasta la isla de Patmos, y cuando ya no era posible dar caza al enemigo, emprendió el

regreso. Por lo demás, consideró una suerte el que, ya que no se encontró con las naves enemigas en alta mar, al menos no las sorprendieron en ninguna parte, obligándoles a establecer un campamento y someter a sus tripulaciones a sitio y bloqueo.

34. Comenzó de nuevo Paquete a navegar junto a la costa hacia el Norte, y tocó en Notion, en el territorio de Colofón, donde se habían asentado los colofonios al ser tomada la ciudad del interior[26] por Itámanes y sus bárbaros, que habían sido llamados en una lucha civil por una de las dos facciones; la ciudad fue tomada en la época en que los peloponesios realizaban su segunda invasión del Ática, aproximadamente. Pero como los que se habían refugiado y establecido en Notion tuvieron allí nuevas discordias, un partido logró de Pisutnes auxiliares arcadios y bárbaros, y los tenía en la ciudadela, separada por un muro de la ciudad (y con ellos compartían la ciudadanía los partidarios de los medos de la ciudad del interior, que se habían agregado) mientras que los que habían huido ante este partido y estaban desterrados, llamaron en su ayuda a Paquete. Éste llamó para celebrar una conferencia a Hipias, el jefe de los arcadios de la ciudadela, bajo promesa de que, caso de que sus proposiciones no resultaran de su agrado, le devolvería sano y salvo a la fortaleza; Hipias salió a su encuentro, y Paquete le detuvo sin ponerle cadenas, y seguidamente, en un ataque repentino e inesperado a la ciudadela, la tomó y mató a los arcadios y a los bárbaros que había dentro; y más tarde hizo entrar a Hipias, como había prometido, y una vez que estuvo dentro le aprisionó e hizo asaetear. Paquete devolvió Notion a los colofonios, con excepción del partido medo. Y más tarde, los atenienses enviaron fundadores[27] y dieron a Notion una constitución según la suya propia, reuniendo a todos los colofonios

hallados en las diferentes ciudades, dondequiera que estuviesen.

35. En cuanto Paquete llegó a Mitilena se apoderó de Pirra y Ereso, y habiendo encontrado escondido en la ciudad a Saleto el lacedemonio, le envió a Atenas, y con él a los mitilenios que había concentrado en Ténedos y a algunos otros que creía culpables de la sublevación; envió también a Atenas la mayor parte de su ejército. Él se quedó con la otra, y tomó, respecto a Mitilena y el resto de Lesbos, las medidas que le parecieron oportunas.

36. Los atenienses, cuando llegaron los mitilenios y Saleto, mataron inmediatamente a Saleto, que prometía entre otras cosas hacer que los peloponesios se retirasen de Platea, que aún estaba sitiada; y respecto a los mitilenios, hicieron una deliberación, y en su indignación decidieron matar no sólo a los prisioneros, sino también a todos los mitilenios mayores de edad y vender como esclavos a los niños y mujeres, pues les echaban en cara el que promovieran la anterior sublevación por no someterse al imperio como los demás, y también contribuyó mucho a su arrebato el que la escuadra peloponesia se hubiera atrevido a arriesgarse hasta Jonia para ayudarles, pues la opinión común era que los mitilenios no se habían sublevado con planes modestos. Despacharon, en consecuencia, un trirreme a Paquete para que le comunicara la resolución tomada, ordenándole matar rápidamente a los mitilenios; pero al día siguiente les vino el arrepentimiento y la reflexión de que era cruel y monstruosa la decisión que se había tomado: hacer perecer a una ciudad entera en vez de a los culpables. Al darse cuenta de ello la embajada mitilenia que estaba en Atenas y los atenienses que la apoyaban, convencieron a los magistrados a que convocaran la Asamblea para una nueva deliberación, y les persuadieron a ello con tanta mayor facilidad cuanto que ellos mismos

veían que la mayoría de los ciudadanos deseaba que se les volviera a dar ocasión de deliberar. Se celebró, pues, inmediatamente una reunión de la Asamblea, y entre otras opiniones que fueron expuestas por varios, Cleón, hijo de Cleéneto, que ya había logrado imponer la anterior resolución de dar muerte a los mitilenios, y que también en los demás asuntos públicos era el más violento de los ciudadanos y el que por aquel tiempo era más escuchado por el partido popular, se adelantó de nuevo, y habló así:

37. «Ya en otras muchas ocasiones me he dado cuenta de que una democracia es incapaz de mandar sobre otros, y más ahora ante vuestro arrepentimiento respecto a los mitilenios. Porque debido a la libertad y falta de temores en que vivís en vuestras relaciones particulares, la tenéis también respecto a los aliados, y si cometéis un error en algo persuadidos por sus palabras o cedéis a la compasión, no os viene el pensamiento de que esa blandura es peligrosa para vosotros mismos y no os vale el agradecimiento de aquéllos; pues no os dais cuenta de que vuestro imperio es una tiranía sobre gentes que urden intrigas y están dominadas contra su voluntad; gentes que no os obedecen por los favores que les hagáis con perjuicio propio, sino por la superioridad que os da vuestra fuerza y no su amistad. Y lo peor de todo es que ninguna decisión nuestra permanece intangible, y que no nos damos cuenta de que una ciudad con leyes peores, pero inflexibles, es más fuerte que otra que las tiene buenas, pero sin eficacia; de que la ignorancia unida a la disciplina es cosa más beneficiosa que el talento unido a la indisciplina; y de que los hombres de menor valía gobiernan los estados, por lo general, mejor que los más inteligentes. Estos últimos, en efecto, quieren mostrarse más sabios que las leyes y triunfar de todas las opiniones expuestas en las reuniones públicas, pensando que no hay cosa mejor para hacer ver su inteligencia, y con esta

conducta ocasionan las más veces la pérdida de las ciudades; mientras que los que desconfían de la inteligencia propia, se conforman con ser más ignorantes que las leyes, pero menos capaces que aquéllos de censurar las palabras del que tiene razón, y como son jueces imparciales y no oradores en competencia, tienen éxito casi siempre. De esta forma es como es preciso que obremos nosotros los oradores; sin duros consejos contra el sentido común dejándonos llevar por la elocuencia y por el deseo de exhibir nuestro talento discutiendo.

38. Yo, por mi parte, mantengo la misma opinión, y me causan extrañeza los que han abierto otra discusión sobre los mitilenios y ocasionan una demora, cosa que va más bien en interés de los culpables (pues en estas ocasiones la víctima ataca al culpable con menos indignación, mientras que si un enemigo se venga cuando está aún próxima la injuria, es cuando mejor realiza la venganza); y me extraño también pensando quién será el que hable contra mí y se atreva a sostener que los crímenes de los mitilenios nos son beneficiosos y nuestras calamidades son perjuicio para nuestros aliados. Es de toda evidencia que o se esforzará, confiado en su elocuencia, en demostrar frente a los demás que la resolución que se ha tomado no representa la opinión general, o intentará engañaros, impulsado por un soborno, cuidando la apariencia externa de sus razones. Pero la ciudad, en estos duelos oratorios, da los premios a otros y ella se lleva los peligros. Y los culpables sois vosotros, que habéis dado sin motivo ocasión para este debate, vosotros que soléis ser espectadores de discursos y oyentes de los hechos, pues consideráis de realización posible los aún no sucedidos juzgando por los que hablan elocuentemente de ellos, mientras que, en lo que respecta a los ya ocurridos, no creéis tanto la verdad de que habéis sido testigos como lo que habéis oído, pues os conformáis a los que hacen una

crítica brillante; y es que sois propensos a dejaros engañar por nuevas propuestas y a no querer amoldaros a las ya probadas, como esclavos que sois de las últimas novedades y menospreciadores de la tradición. Cada uno de vosotros quiere, a ser posible, tener condiciones de orador, y si no es así, que parezca que, en vuestra emulación con los que hacen tales propuestas, no os adherís a su opinión después que ellos mismos, sino que, cuando uno dice algo agudo, lo alabáis antes que el propio autor; sois codiciosos de enteraros de lo que se dice antes de que sea dicho, pero lentos en prever sus consecuencias; buscáis, por decirlo así, un mundo distinto de aquél en que vivimos, y no tenéis idea clara ni siquiera acerca de las circunstancias que nos rodean; y, en una palabra, os dejáis dominar por el placer del oído y os parecéis a espectadores que están sentados para contemplar a los sofistas, más que a ciudadanos que deliberan sobre la suerte de su ciudad.

39. En mi intento de apartaros de esta manera de obrar, denuncio a los mitilenos como el estado que más crímenes ha cometido contra vosotros. Porque yo tengo conmiseración por los que se sublevan por no poder soportar vuestro imperio o porque son obligados a ello por el enemigo; pero si lo hicieron unos hombres que habitaban una isla provista de fortificaciones y que no temían a nuestros enemigos más que por mar —donde tampoco estaban indefensos gracias a sus trirremes—, que vivían con sus leyes propias y eran honrados más que nadie por nosotros, ¿qué han hecho unas gentes así más que una defección de nosotros y no una insurrección —pues la palabra insurrección se aplica a los que han padecido alguna violencia—,[28] y que intentan perdernos alineándose junto a nuestros enemigos más encarnizados? Es peor, en verdad, que si creándose una fuerza militar nos hubieran hecho la guerra abiertamente por sí solos. No les han servido de ejemplo las calamidades

de las demás ciudades que se rebelaron contra nosotros y fueron sometidas, ni el bienestar presente les detuvo de llegar a una decisión peligrosa, sino que, sin miedo ante el futuro y con esperanzas más vastas que sus posibilidades, y con todo más pequeñas que su ambición, se lanzaron a la guerra, decididos a poner la fuerza delante de la justicia; pues cuando creyeron que iban a salir triunfadores, nos atacaron sin que les hiciéramos agravio. Suelen las ciudades que tienen un éxito inesperado y rápido entregarse al orgullo; pero las más veces, las cosas que salen bien de una forma regular son más seguras que las que lo hacen así contra toda previsión, y es más fácil a los hombres alejar la desdicha, por así decirlo, que conservar la dicha. Los mitilenios no debían haber sido honrados nunca por nosotros más que los demás, y no hubieran elevado a tanto su insolencia; pues es innato absolutamente en los hombres despreciar al que les adula y admirar al que no cede ante ellos. Sean castigados ahora en proporción a su crimen, y no se eche la culpa a los oligarcas ni absolváis al partido popular; pues todos por igual os atacaron, a pesar de que podían continuar gozando de sus derechos de ciudadanía si se hubieran puesto de nuestra parte, y, sin embargo, considerando cosa más segura correr el mismo peligro que los aristócratas, hicieron defección junto con ellos. Considerad, además, que si imponéis las mismas penas a aquellos de nuestros aliados que hicieron defección obligados por el enemigo y a los que la hicieron por propio impulso, ¿quién creéis que va a dejar de rebelarse con un pequeño pretexto cuando las alternativas sean la liberación en caso de éxito y el no sufrir nada irreparable en caso de fracaso? En cambio, nuestro dinero y nuestras vidas habrán de ponerse en peligro frente a cada ciudad; y si tenemos éxito, al reconquistar una ciudad destruida nos veremos privados en adelante del tributo anual, que es nuestra

fuerza; y en cambio, si fracasamos, tendremos otros enemigos además de los ya existentes, y en el tiempo en que debemos combatir a los rivales que ahora están frente a nosotros, lucharemos con nuestros propios aliados.

40. Por tanto, no hay que darles esperanzas, basadas en la elocuencia o en el soborno, de que recibirán perdón por haber errado como hombres. Pues no nos causaron daño sin querer, sino que conspiraron con plena conciencia, y sólo es perdonable lo involuntario. Ahora, como antes, me opongo a que os arrepintáis de vuestra decisión y a que cometáis un error movidos por las tres cosas más perniciosas para la dominación: la compasión, el gusto por la elocuencia y la clemencia. Porque es justo que se tenga compasión con los que son igualmente compasivos y no con los que no la van a tener a su vez y que por fuerza se han convertido en enemigos para siempre; por otra parte, aquellos que deleitan con sus discursos tendrán otras oportunidades de lucimiento en asuntos de menor importancia, y no en uno en el cual la ciudad por un poco de placer recibirá grandes perjuicios, mientras que ellos, por hablar bien, lograrán algún beneficio[29]; y la clemencia se tributa a los que van a ser amigos en el futuro y no a los que quedan tan enemigos como antes. Una cosa os digo, resumiendo: si me escucháis, haréis al mismo tiempo lo que merecen los mitilenios y lo que os conviene; pero si tomáis otra decisión, no os quedarán agradecidos y, por el contrario, os condenaréis a vosotros mismos. Porque si los mitilenios hicieron defección con justo motivo, vosotros tenéis el imperio injustamente. Y si queréis seguir con él aunque ello no sea justo, es preciso castigarles contra la justicia y según la conveniencia, o bien dejar el imperio y hacer de hombres buenos desde una situación sin peligros. Resolveos a castigarlos con la misma pena que os hubieran impuesto, y a no mostraros más sufridos vosotros, que habéis escapado del peligro, que los

que lo han tramado; pensad lo que era de esperar que hubieran hecho ellos si os hubieran vencido, dado sobre todo que tomaron la iniciativa del crimen. Son principalmente los que agravian a otro sin justo motivo los que le persiguen hasta aniquilarle, pues prevén el peligro del enemigo que queda vivo, porque el que ha sufrido una injuria sin motivo alguno queda más resentido, si logra salvarse, que el enemigo declarado.

Por tanto, no os traicionéis a vosotros mismos, sino que, poniéndoos en hipótesis lo más cerca posible del caso de que hubierais sido derrotados y de cómo hubierais preferido antes que cualquier cosa el subyugar a los mitilenios, pagadles ahora en la misma moneda, sin ablandaros por las circunstancias presentes y sin olvidar el peligro que en un tiempo se cernió sobre vosotros. Castigad como se merecen a los mitilenios y dad al resto de los aliados un claro ejemplo de que castigaréis con la muerte al que haga defección. Porque si se convencen de ello, no tendréis ya necesidad de luchar contra vuestros propios aliados sin prestar atención al enemigo».

41. Así habló Cleón. Y a continuación de él Diódoto, hijo de Eúcrates, que en la anterior reunión de la Asamblea fue quien más se opuso a la ejecución de los mitilenios, se adelantó otra vez y habló así:

42. «Ni censuro a los que de nuevo han abierto debate sobre los mitilenios, ni alabo a los que se quejan de que se delibere varias veces sobre asuntos decisivos; y pienso que las dos cosas más opuestas a la prudencia que existen son la precipitación y el apasionamiento, cosas de las cuales la primera suele producirse en unión con la insensatez, y la segunda con la falta de educación y la cortedad de entendimiento. El que niega que las palabras sean guía de la acción, o es poco inteligente o tiene algún interés personal: poco inteligente si piensa que es posible por otro

procedimiento dar la propia opinión sobre cosas aún no sucedidas y oscuras; y es movido por un interés personal, si, queriendo persuadiros a una cosa poco honorable, piensa que no sería capaz de dar buenas razones en una mala causa, pero que si calumnia con habilidad, podría intimidar a los oponentes y a los oyentes. Porque los que acusan de antemano de oratoria comprada por dinero, son los oponentes más peligrosos; pues si acusaran de ignorancia, el que no consiguiera convencer, quedaría conceptuado más de poco inteligente que de corrompido; pero si hacen la acusación de corrupción, en caso de que uno convenza a los oyentes, queda como sospechoso, y si no tiene éxito, como corrompido además de poco inteligente. En un caso así, la ciudad no resulta beneficiada, porque es privada de consejeros por el miedo. Sería para ella una gran ventaja el que semejantes ciudadanos no pudieran hablar, porque de esta manera es como menos se dejaría persuadir a cometer errores guiada por ellos. Por el contrario, es necesario que el buen ciudadano aparezca como mejor consejero que los demás no atemorizando a los oponentes, sino en condiciones de igualdad, y asimismo, que una ciudad previsora no dé aún más honras al que más veces hace propuestas útiles ni tampoco le disminuya las que tenía, y no imponga una multa ni siquiera quite los derechos civiles[30] al que no logre la aprobación. Sería ésta la forma de que el que tuviera éxito no dijera nada contra su sentimiento íntimo y por adulación a fin de lograr aún mayores triunfos, y de que el que no lo tuviese no procurara atraerse a la multitud por igual procedimiento, esto es, adulando él también.

43. Pero nosotros hacemos lo contrario, y, además, si uno es sospechoso de que da consejos buscando el propio provecho, siendo a pesar de ello los mejores, le envidiamos por esa incierta sospecha de corrupción y privamos así a la

ciudad de un provecho manifiesto. Se ha llegado al caso de que los buenos consejos, cuando son expuestos directamente, no estén en ningún modo más libres de sospechas que los malos, de modo que es preciso que el que quiere persuadir a medidas peligrosas se atraiga a la multitud por medio del engaño, y que, igualmente, el que aconseja las mejores, se haga digno de crédito mintiendo. Es ésta la única ciudad a la que a causa de su excesiva sutileza es imposible hacer abiertamente un beneficio sin recurrir al engaño, porque el que se lo procura francamente se hace sospechoso de buscar ocultamente su propio provecho. Pero ante una cuestión importante y en circunstancias como éstas, tenemos derecho a que se estime que nosotros los oradores hablamos con mayor previsión del futuro que vosotros, que hace poco que os habéis parado a pensar sobre el asunto debatido; y ello, sobre todo, porque nosotros somos responsables de nuestros consejos mientras que vosotros nos escucháis sin serlo. Porque si tanto el que impone su opinión como el que se le adhiere sufrieran iguales perjuicios, seríais más prudentes en vuestras decisiones; mientras que ahora a veces os equivocáis siguiendo el humor del momento y luego castigáis al consejero por su consejo y no a vosotros mismos, que siendo muchos os equivocasteis con él.

44. Yo no he venido ni a hablar contra la resolución para favorecer a los mitilenios, ni a acusarles. Porque nuestro debate no versa sobre sus crímenes, sino sobre la prudencia de nuestra sentencia; pues aunque yo logre demostrar que obraron con toda maldad, no por eso aconsejaré ejecutarlos si no es conveniente; ni, aunque demuestre que tienen alguna disculpa, aconsejaré dejarles sin castigo si no es con toda evidencia cosa útil para la ciudad. Pienso que estamos deliberando más sobre el futuro que sobre el presente; y respecto al punto en que más insiste Cleón, a saber, que si

les imponemos la pena de muerte, esto será útil para el porvenir a fin de que los aliados dejen de sublevarse, yo, haciendo a mi vez hincapié en lo que será provechoso para el futuro, opino lo contrario. Pido que no despreciéis la utilidad de mi proposición a causa de lo especioso de la suya. Porque como ésta es más justa si se mide por vuestra actual indignación contra los mitilenios, os podría atraer; pero nosotros no estamos querellándonos contra los mitilenios para pedir justicia, sino deliberando sobre ellos para que resulte utilidad para nosotros.

45. Pues bien, en los estados la muerte es la pena establecida para muchos delitos, incluso no iguales a éste, sino inferiores; y sin embargo hay quienes, llevados de la esperanza, se ponen en peligro, y aún no ha habido ninguno que emprendiera una empresa peligrosa con la idea de que estaba condenado a sucumbir en ella. ¿Qué ciudad sublevada se atrevió a ello con menos fuerza guerrera de la que creía necesitar, bien propia, bien procurada por la alianza con otras? A individuos y estados es natural el error y no hay ley que les aparte de él, puesto que los hombres han recorrido toda la escala de las penas al legislar, por ver si dejaban de sufrir daños de parte de los malhechores. Es natural que antiguamente fueran más suaves las penas de los mayores crímenes, pero como con el tiempo han sido desafiadas, la mayoría de ellas han llegado a convertirse en la de muerte; y a pesar de ello se las desafía. Así pues, hay que encontrar un motivo de miedo aún mayor, y de lo contrario éste no hace desistir de nada, sino que la pobreza inspirando audacia por efecto de la necesidad, la riqueza inspirando deseo de abusar y orgullo por efecto de la insolencia, y las otras circunstancias de la vida encendiendo las diferentes pasiones de los hombres según el vicio incurable e irresistible por el que cada uno es dominado, arrastran a los peligros. También causan siempre grandes

daños la esperanza y el deseo: la primera viene delante y el segundo detrás; éste proyecta la empresa y ella hace acordarse de la benignidad de la fortuna; y aunque son cosas que no se ven, tienen más fuerza que los peligros manifiestos. Añadiéndose a ellas, la fortuna no contribuye menos al enardecimiento: pues como a veces se presenta cuando menos se la espera, induce a los hombres incluso a arrostrar el peligro en una situación de inferioridad, y sobre todo a los estados, dado que lo hacen por las cosas más importantes, la libertad o el dominio sobre otros, y que cada individuo, al estar en unión de otros, se valora a sí mismo, ilógicamente, en más de lo que vale. Es sencillamente absurdo y de gran candidez el creer que, cuando la naturaleza humana se lanza a hacer algo con entusiasmo, hay algún medio de contenerla, sea por la fuerza de las leyes o por alguna otra amenaza.

46. Por tanto, es necesario no tomar malas determinaciones confiados en la garantía de la pena de muerte, ni dejar sentado sin remedio para los que se subleven que no habrá posibilidad de arrepentimiento y de reparar la culpa lo antes posible. Considerad que ahora, si una ciudad que hace defección se da cuenta de que no va a triunfar, puede llegar a un acuerdo de paz cuando aún puede pagar los gastos ocasionados y satisfacer el tributo en el futuro; pero en aquel otro caso, ¿quién creéis que va a dejar de hacer sus preparativos para la lucha mejor que ahora, y de resistir el asedio hasta el fin, si igual da entregarse pronto que tarde? ¿Y no es para nosotros un perjuicio el hacer gastos en el asedio por la imposibilidad de un acuerdo y, si conquistamos la ciudad por la fuerza, encontrárnosla destruida y vernos privados en el futuro de los ingresos procedentes de ella? Gracias a ellos tenemos fuerzas para luchar contra nuestros enemigos. En consecuencia, no debemos perjudicarnos por el afán de ser

jueces rigurosos de gentes que han cometido una falta, sino ver cómo, con un castigo prudencial, podremos contar en el futuro con ciudades potentes económicamente; ni debemos pensar en defendernos mediante la crueldad de las leyes, sino mediante la previsión de las medidas que tomemos. Pero ahora hacemos lo contrario de esto, pues si sometemos a un pueblo libre que está dominado por la fuerza y que, como es razonable, se sublevó para recuperar la libertad, creemos que es necesario vengarnos cruelmente. Pues bien, lo que hay que hacer no es castigar a los pueblos libres cuando se sublevan, sino vigilarlos bien antes de que lo hagan y anticipárseles con las medidas oportunas, a fin de que ello no les venga ni al pensamiento; y cuando se les venza, atribuir la culpa al menor número posible de personas.

47. Mirad vosotros mismos cuánto erraríais en este último punto si prestáis oído a Cleón. El partido popular os es favorable ahora en todas las ciudades, y o no se subleva en unión de los oligarcas o, si se ve obligado a ello, en seguida se convierte en enemigo de los sublevados, y vais a la guerra teniendo por aliada a la masa popular de la ciudad que os hace frente. Pero si ejecutáis al pueblo de Mitilena, que participó en la sublevación y cuando tuvo armas en su poder os entregó voluntariamente la ciudad, en primer lugar obraréis injustamente matando a vuestros bienhechores, y, en segundo, procuraréis a los ricos lo que más quieren: en cuanto subleven las ciudades, tendrán inmediatamente al pueblo como aliado, por haber hecho ver vosotros que igual castigo aguarda a los culpables y a los que no lo son. Por el contrario, aunque hayan delinquido, debéis de hacer como que no os dais cuenta de ello, a fin de que el único amigo que os queda no se haga enemigo vuestro. Estimo que es mucho más oportuno para la conservación del mando que os dejéis ofender de grado que el que ejecutéis con justicia a

los que no debéis; y la justicia y utilidad simultáneas del castigo de que hablaba Cleón, no es posible que tengan realidad mediante aquella ejecución.

48. Pensad que son mejores estos consejos, y sin dejaros llevar por la compasión ni por la indulgencia, por las cuales tampoco os aconsejo que os guiéis, en consideración a mis razones acceded a mi propuesta: juzgad con tranquilidad a los mitilenios que nos envió Paquete como culpables, y dejad vivir según sus leyes a los demás. Esta resolución es útil para el futuro y temible ya desde ahora para el enemigo; pues el que es prudente en sus decisiones es más poderoso frente al enemigo que el que procede insensatamente apoyado en la fuerza».

49. De esta manera habló Diódoto, y una vez que se presentaron estas proposiciones, que tenían casi igual número de partidarios, los atenienses continuaron en la duda de qué partido tomar, y quedaron casi empatados en la votación, pero venció la proposición de Diódoto. En consecuencia, despacharon otro tirreme rápidamente para que no encontrara aniquilada a la población de Mitilena por haber llegado antes el anterior, que llevaba aproximadamente un día y una noche de ventaja. Los embajadores de Mitilena aprovisionaron la nave de vino y pan de cebada e hicieron grandes promesas para el caso de que llegaran a tiempo; y la tripulación puso tal afán que comía pan de cebada mojado en vino y aceite sin dejar de remar, y dormían y remaban repartiéndose en turnos. Y como por fortuna no hubo ningún viento contrario y la nave primera navegaba sin prisa por ir a una misión horrible, en tanto que esta última iba con tanta rapidez, aquélla llegó con la anticipación suficiente para que Paquete leyera el decreto y se dispusiera a hacerlo cumplir; pero la segunda llegó a continuación de la otra e impidió la ejecución. Tan próxima al peligro estuvo Mitilena.

50. En cuanto a los otros mitilenios que Paquete había enviado a Atenas como los más culpables de la sublevación, los atenienses los ejecutaron siguiendo el parecer de Cleón (eran pocos más de mil), al tiempo que destruyeron las fortificaciones de los mitilenios y se apoderaron de sus naves. Después de esto, no impusieron tributo a los lesbios, sino que dividiendo su territorio, excepto Metimna, en tres mil lotes, reservaron trescientos para los dioses, declarándolos sagrados[31], y enviaron a los demás, mediante sorteo, colonos atenienses[32]; y los lesbios cultivaban la tierra, comprometiéndose a entregar anualmente dos minas por cada lote. Los atenienses se apoderaron además de las ciudades del continente que dominaban los mitilenios, y en adelante éstas fueron vasallas de Atenas. Tales fueron los sucesos de Lesbos.

51. En el mismo verano, después de la conquista de Lesbos, los atenienses hicieron una expedición al mando de Nicias, hijo de Nicérato, contra la isla de Minoa, que está delante de Megara; los megarenses la utilizaban como fortaleza, pues habían construido en ella una torre. Quería Nicias que los atenienses vigilaran desde la isla —estaba más próxima— y no desde Búdoron y Salamina, a fin de que los peloponesios no hicieran incursiones navales desde allí, pasando inadvertidos, con expediciones de trirremes, como la que tuvo lugar antes, y de piratas, y además de que no llegara a Megara ninguna importación. Tomó primero con ingenios desde el mar dos torres que avanzaban sobre éste del lado de Nisea e hizo posible la entrada de naves en el canal entre la isla y el continente; a continuación fortificó el lado que se acerca a éste, por donde se podía ir en auxilio de la isla, que no distaba mucho del continente por un puente a través del pantano. Una vez que en pocos días lograron esto, Nicias se retiró con el ejército dejando un fuerte y una guarnición.

52. Por la misma época de este verano, los plateenses, que ya no tenían víveres y no podían resistir el asedio, se entregaron a los peloponesios en la forma siguiente. Atacaron éstos su muralla y no tenían fuerza para defenderse; y al darse cuenta el jefe de los peloponesios de su debilidad, no quiso conquistar la ciudad por la fuerza, pues le había sido enviada esta orden de Esparta, a fin de que, en el caso de que se hiciese la paz con Atenas y se acordase que cada bando entregase las ciudades del otro conquistadas en la guerra, Platea no debiera ser devuelta por haberse entregado sus habitantes voluntariamente; y, así pues, les envió un heraldo que les anunciara que si querían entregar la ciudad voluntariamente a los lacedemonios y aceptarlos como jueces, castigarían a los culpables, pero a ninguno que no lo fuera. Esto es lo que dijo el heraldo; y ellos entregaron la ciudad, pues estaban ya en el último extremo de debilidad. Durante algunos días los peloponesios sustentaron a los plateenses, en tanto que llegaron los jueces traídos de Esparta, que eran cinco. Y cuando llegaron, no se hizo ninguna acusación contra los plateenses, sino que llamándolos a juicio les preguntaron solamente si habían prestado algún servicio a los lacedemonios y sus aliados en la guerra presente. Los plateenses contestaron pidiendo que les permitieran hablar con más extensión y delegando en Astímaco, hijo de Asopolao, y en Lacón, hijo de Eimnesto, que era próxeno de los lacedemonios, los cuales, tomando la palabra, hablaron así:

53. «Os hemos entregado la ciudad, ¡oh lacedemonios!, confiando en vosotros y no creyendo que fuéramos a ser sometidos a un juicio como éste, sino que iba a ser más regular; y no aceptamos que tuviera lugar con otros jueces distintos de vosotros, pensando que de esta forma es como mejor conseguiríamos justicia. Pero ahora tenemos miedo de

habernos equivocado en dos cosas a la vez: pues sospechamos con razones fundadas que en el juicio van a ponerse en juego nuestras vidas y que vosotros vais a ser parciales, a juzgar porque no ha habido acusación previa contra nosotros a que contestar —pues hemos sido nosotros los que hemos pedido la palabra— y porque vuestra pregunta es corta y el responder a ella la verdad es contraproducente, mientras que la mentira es fácil de descubrir. Así pues, como estamos acosados por todos lados, nos vemos obligados (y nos parece lo más seguro) a arriesgarnos a hablar; pues las palabras que no pronunciáramos nos dejarían, por estar en esta situación, el remordimiento de que hubieran sido salvadoras de haber sido pronunciadas. Pero incluso la persuasión nos es difícil de conseguir, como complemento de las otras desgracias; pues si no nos conociéramos unos a otros, sacaríamos beneficio de presentar testimonios de cosas que no supieseis; pero en esta situación, todo será dicho ante personas enteradas, y tememos no que, por estimar de antemano que nuestro valor es inferior al vuestro, hagáis de esto una acusación, sino que por hacer un favor a otros[33] vayamos a un juicio ya sentenciado.

54. Sin embargo, vamos a justificarnos en lo que toca a nuestra enemistad con los tebanos y en lo que se refiere a vosotros y a los demás griegos, y os refrescaremos el recuerdo de los beneficios que os hemos hecho e intentaremos ganar vuestra opinión. A vuestra corta pregunta de si hemos prestado en esta guerra algún servicio a los lacedemonios y sus aliados, contestamos que, si nos preguntáis esto como a enemigos, no habéis sufrido agravio al no recibir beneficios, y que, si lo hacéis considerándonos amigos, sois precisamente vosotros los que habéis obrado mal viniendo contra nosotros. Y por otra parte, en lo que concierne a los años de paz y a la lucha contra los persas,

hemos tenido un comportamiento ejemplar al no haber sido los primeros en romper aquélla y haber sido los únicos beocios que hemos participado en la lucha por la libertad de Grecia; pues siendo de tierra adentro reñimos contra los persas batalla naval en Artemision, y en la batalla que se dio en nuestro territorio estuvimos al lado vuestro y de Pausanias; y de todos los peligros que en aquel tiempo corrieron los griegos, participamos en medida superior a nuestras fuerzas. Y a vosotros en particular, ¡oh lacedemonios!, cuando sobrevino en Esparta un gran pánico al retirarse los hilotas al Ítoma después del terremoto, os enviamos como socorro la tercera parte de nuestro ejército, y es una acción que no debéis olvidar.

55. Éste fue nuestro comportamiento en aquel viejo tiempo y en las situaciones más decisivas, y sólo más tarde llegamos a ser enemigos vuestros. Pero la culpa la tenéis vosotros, porque al pediros vuestra alianza cuando los tebanos emplearon la violencia contra nosotros, nos rechazasteis y nos aconsejasteis que acudiéramos a los atenienses porque eran vecinos y vosotros vivíais lejos. Sin embargo, ninguna cosa indigna habéis sufrido ni os ha amenazado en la guerra de nuestra parte; y por el hecho de que no hayamos querido desertar de los atenienses al aconsejárnoslo vosotros, no hemos cometido culpa, pues ellos nos ayudaron contra los tebanos cuando vosotros os echabais atrás, y no era honroso traicionarlos y menos habida cuenta de que les estábamos agradecidos, y de que por deseo nuestro les habíamos hecho nuestros aliados y habíamos recibido el derecho a su ciudadanía[34], sino que era justo que cumpliéramos con ardor sus órdenes. Pues bien, en las empresas en que vosotros y los atenienses acaudilláis a vuestros bandos respectivos, no son los seguidores los culpables si algo está mal hecho, sino vosotros que les impulsáis a acciones censurables.

56. Los tebanos, por su parte, han cometido contra nosotros muchos atropellos, y vosotros mismos conocéis el último, que es la causa del actual infortunio; pues nuestra venganza contra ellos por haber tomado nuestra ciudad en tiempo de paz, y además en un día de fiesta, es justa según la costumbre por todos reconocida, y no es razonable que suframos por causa de ellos. Si administráis la justicia guiándoos de la utilidad inmediata de vosotros y suya, será manifiesto que no sois jueces rigurosos que buscan la justicia, sino que procuráis más bien el propio provecho. Y en verdad, si los tebanos os parecen ahora útiles, mucho más lo fuimos nosotros y los demás griegos cuando estabais en un peligro mayor; pues ahora sois vosotros los que os lanzáis contra otros infundiendo miedo, y en aquella ocasión, cuando los bárbaros intentaban someter a todos a la esclavitud, los tebanos estaban a su lado. Es justo contrapesar nuestra culpa actual, si realmente hemos cometido alguna, con el ardor bélico de entonces, y veréis que éste fue mayor que aquélla, y se produjo en circunstancias en que era poco frecuente que un estado griego se opusiera valientemente al poder de Jerjes, y en que eran cubiertos de elogios los que no negociaban en seguridad las medidas pertinentes para resguardarse de la invasión, sino que osaban arriesgarse entre peligros por la causa mejor. De éstos fuimos nosotros, y después de haber sido honrados como nadie tememos ahora perecer por una conducta idéntica: por haber preferido la alianza con los atenienses, de acuerdo con el honor, a la vuestra, de acuerdo con el interés. Y, sin embargo, es justo que mostréis que tenéis la misma opinión respecto a cosas idénticas, y que no llaméis provechosa a ninguna otra cosa que el unir la utilidad del momento con el agradecimiento inalterable por el valor de vuestros aliados.

57. Pensad que ahora sois considerados como un ejemplo de integridad por la mayoría de los griegos; mientras que si pronunciáis contra nosotros una sentencia injusta, tened cuidado no sea que no aprueben que, al juzgar a unos valientes otros que lo son más aún, tomen una resolución innoble; ni tampoco que sean consagrados en los templos comunes de todos los griegos despojos tomados de nosotros, los bienhechores de Grecia; pues este juicio no quedará en la oscuridad, ya que a los jueces se os colma de elogios y nosotros los reos tampoco tenemos mala fama. Se verá como algo horrible el que los lacedemonios destruyan Platea y el que vuestros padres hayan inscrito el nombre de nuestra ciudad en el trípode de Delfos en gracia a su valor, y vosotros en cambio la hagáis desaparecer con todos sus habitantes de la comunidad de los griegos. A este extremo de infortunio hemos llegado, nosotros que cuando la victoria era de los persas, estábamos a punto de perecer y que ahora somos vencidos por los tebanos en la conquista de vuestro favor, cuando antes erais nuestros mejores amigos; y hemos quedado expuestos a dos gravísimos peligros: hace unos días el de la muerte por hambre si no hubiéramos entregado la ciudad, y ahora el de un juicio por una cuestión capital. Todos nos han apartado de sí, dejándonos abandonados y sin ayuda, ¡a nosotros que fuimos animosos por encima de nuestras fuerzas para salvar a Grecia!; y ninguno de nuestros antiguos aliados nos favorece y vosotros, ¡oh lacedemonios!, que sois nuestra única esperanza, tememos que no seais dignos de confianza.

58. Y, sin embargo, creemos justo que, en gracia a los dioses que presidieron un día nuestra alianza y a nuestro valor en defensa de los griegos, cedáis y cambiéis de opinión si en algún modo os dejasteis persuadir por los tebanos; y asimismo, que a vuestra vez pidáis a los tebanos la concesión de que no maten a aquellos que vuestro honor

requiere que vivan, y, finalmente, que os procuréis agradecimiento por una acción honorable en vez de por una vergonzosa y no incurráis en una infamia por dar gusto a otros; porque aniquilar nuestras vidas es cosa de poco tiempo, pero es difícil borrar el odioso recuerdo de esa acción; pues no se tratará del lógico castigo de una nación enemiga, sino del de una amiga que os hizo la guerra por imposición de las circunstancias. En consecuencia, si nos hacéis gracia de la vida y recordáis que habéis hecho prisioneros a unos hombres que se entregaban de grado y levantaban sus manos hacia vosotros —y es costumbre de los griegos no matar a nadie en estas circunstancias— y que además os han hecho constantes beneficios, daréis una sentencia que es para vosotros una obligación sagrada. Mirad si no a las tumbas de vuestros antepasados: murieron a manos de los medos y fueron enterrados en nuestro territorio y nosotros les honrábamos todos los años por cuenta del estado con ofrendas de vestidos y de las demás cosas tradicionales[35] y ofreciéndoles además las primicias de todos los frutos del país; lo hacíamos por afecto hacia ellos por ser nosotros hijos de un país amigo suyo, y también como aliados, ya que un día lucharon a nuestro lado. Vuestro comportamiento será el contrario de éste si no tomáis una resolución acertada. Mirad: Pausanias les enterró en el pensamiento de que les dejaba en un país amigo y entre gentes amigas; pero si vosotros nos matáis y convertís en tebano el territorio de Platea, ¿qué otra cosa se puede decir sino que vais a dejar a vuestros antepasados, a hombres de vuestra sangre, en tierra enemiga y junto a los que les dieron muerte, sin disfrutar ya de los honores que ahora reciben? Y, para colmo, esclavizaréis el país en que fueron liberados los griegos, y al tiempo que condenaréis al abandono los templos de los dioses ante los que ellos oraron

cuando vencieron a los medos, haréis cesar los sacrificios tradicionales de los que los fundaron y construyeron.

59. No es digno de vuestra gloria, ¡oh lacedemonios!, que pequéis contra las comunes tradiciones de los griegos y contra vuestros antepasados, ni que aniquiléis por el odio de otros a vuestros bienhechores sin que hayan cometido ninguna falta contra vosotros. Más digno de ella es que nos respetéis y se mitigue vuestro rigor con una sana compasión; y ello no sólo por el pensamiento de lo horrible de nuestro castigo, sino también por el de quiénes somos los que lo sufriríamos y el de la incertidumbre del infausto destino que a veces puede abatirse sobre un inocente. Nosotros, como es nuestro derecho y nos dicta la necesidad, os pedimos, llamando en nuestra ayuda a los dioses que veneramos en los mismos altares y son comunes a todos los griegos, que os convenzáis de estas cosas; e invocando los juramentos que vuestros antepasados hicieron de no olvidarse de nosotros, nos ponemos como suplicantes bajo la protección de las tumbas de vuestros antepasados y exhortamos a los muertos a no quedar bajo el poder de los tebanos ni dejarse entregar a sus peores enemigos, ellos que son lo que más queremos; y les recordamos aquel día en que logramos con ellos la mayor gloria mientras que ahora estamos en el peligro de sufrir la suerte más cruel. Para terminar —y este momento de dejar la palabra, al tiempo que forzoso es el más peligroso para quienes están en nuestra situación, porque con ello está próximo el peligro de morir— decimos bien claro que no hemos entregado nuestra ciudad a los tebanos —antes hubiéramos preferido morir de hambre de la peor forma—, sino que nos hemos acercado a vosotros llenos de confianza; y es justo que si no logramos convenceros, nos pongáis en la situación en que estábamos y dejéis que nos expongamos a los peligros que sobrevengan. Os suplicamos al tiempo que siendo nosotros

plateenses, los más valientes un día en defensa de los griegos, no seamos entregados, arrancados de vuestras manos y de vuestra protección, a los tebanos, nuestros peores enemigos, a pesar de que somos suplicantes, ¡oh lacedemonios!; y os imploramos que seáis nuestros salvadores y que cuando estáis libertando a los otros griegos no nos hagáis morir a nosotros».

60. Así hablaron los plateenses; y temiendo los tebanos al oír sus palabras que los lacedemonios hicieran alguna concesión, se adelantaron y dijeron que también ellos deseaban hablar, ya que, contrariamente a lo que esperaban, se había permitido pronunciar a los plateenses un discurso más extenso que una simple contestación a una pregunta. Cuando les concedieron la palabra, se expresaron en estos términos:

61. «No hubiéramos pedido la palabra si ellos por su parte hubieran respondido con brevedad a lo que se les preguntó y no nos hubieran atacado volviéndose contra nosotros ni hubieran hecho una gran defensa y elogio propios saliéndose del asunto en discusión y en relación con puntos en que ni siquiera habían sido atacados y por los cuales nadie les censura. En vista de ello es forzoso contestar algunas afirmaciones y discutir otras, a fin de que no les beneficie ni nuestra infamia ni su gloria y podáis juzgar con perfecto conocimiento de ellos y de nosotros. Nosotros comenzamos nuestras diferencias con los plateenses cuando, al fundar Platea y otras ciudades después del resto de Beocia —ciudades de las que nos apoderamos expulsando de ellas a una población muy heterogénea— no quisieron quedar sujetos a nuestra hegemonía como primero se estatuyó, sino que solos entre todos los beocios al verse obligados a ello obraron contra la tradición nacional y se pasaron a los atenienses, y unidos a

éstos nos causaron muchos daños y también los sufrieron como castigo por ellos.

62. Dicen que cuando los bárbaros se lanzaron contra Grecia, fueron los únicos beocios que no se pasaron al medo, y éste es su principal motivo de jactancia y de injuria contra nosotros. Nosotros contestamos que si no se pasaron al medo fue porque tampoco lo hicieron los atenienses; y que en igual forma, cuando más tarde los atenienses se lanzaron contra Grecia, fueron también ahora los únicos beocios que se pasaron a ellos. Pero mirad en qué situación hemos procedido de ese modo ellos y nosotros. En aquella época nuestra ciudad no tenía un régimen aristocrático que asegurara la igualdad civil[36], ni uno democrático; sino que el poder se hallaba sometido al imperio de unos pocos, régimen el más opuesto a la legalidad por sabias que sean las leyes, y más próximo a la tiranía. Estos hombres, esperando que si vencía el partido del medo asegurarían aún más su poderío, mantuvieron sometido al pueblo por la fuerza y llamaron a aquél; pero la ciudad en su conjunto dio ese paso cuando no era dueña de sí misma y no es justo censurarla por una falta que no sancionó legalmente. Y si no, hay que ver si no es verdad que, una vez que el medo se retiró y Tebas recobró su gobierno legítimo, cuando los atenienses se lanzaron al ataque posteriormente e intentaron someter a su dominio nuestro país y el resto de Grecia y tenían ya bajo su poder la mayor parte de aquél apoyándose en discordias civiles, peleando en Coronea y derrotándolos libertamos Beocia y ahora ayudamos con ardor a la liberación de los demás griegos procurando caballería y equipos militares en cantidad superior a los demás aliados. Ésta es nuestra defensa en lo relativo a la alianza con los medos.

63. Vamos ahora a intentar demostrar que vosotros habéis causado mayores males a los griegos y sois más

merecedores de todos los castigos. Según decís, fue para defenderos de nosotros para lo que os hicisteis aliados y ciudadanos de Atenas[37]. En ese caso sería de esperar que sólo contra nosotros los llamaríais en vuestro auxilio y no os unierais a ellos en sus ataques contra otros; y ello tanto más que si los atenienses os arrastraban alguna vez a ello contra vuestra voluntad, teníais el recurso de la alianza que en otro tiempo habíais pactado con los lacedemonios contra el medo, de que tanto os gloriáis, y que era suficiente para hacer que os respetáramos y, sobre todo, para daros la posibilidad de deliberar libremente. Pero es de grado y no por la fuerza como os habíais decidido por el partido de los atenienses. Exponéis cuán innoble es traicionar a los bienhechores; pero es más innoble e injusto traicionar a todos los griegos, a los que os une un juramento, que a los solos atenienses, pues mientras uno de estos dos partidos trata de esclavizar a Grecia, el otro trata de libertarla. No es proporcionado al beneficio el agradecimiento que les habéis tributado, ni está lejano al deshonor; pues vosotros hicisteis vuestros aliados a los atenienses porque erais víctimas de un ataque injusto —según decís— y vinisteis a convertiros en cómplices de una ciudad que atacaba injustamente a otras. Ahora bien, es más deshonroso devolver un agradecimiento desproporcionado que el no devolver el que nació de una acción justa, pero que se tributa para ayudar a la injusticia.

64. Habéis hecho evidente con ello que tampoco en aquella ocasión fue en interés de los griegos por lo que no os pasasteis al medo, sino que no lo hicisteis porque tampoco lo hicieron los atenienses y vosotros queríais obrar del mismo modo que ellos y al contrario que sus enemigos. ¡Y ahora pedís salir beneficiados de circunstancias en las cuales os portasteis bien por causa de otro! No es esto justo: ya que elegisteis el partido de los atenienses, continuad

luchando a su lado y no aduzcáis vuestra antigua alianza diciendo que es justo que ahora os salve, pues la abandonasteis y al transgredirla ayudasteis a esclavizar a los eginetas y a algunos otros de los aliados en vez de impedirlo; y esto voluntariamente, rigiéndoos por las leyes que teníais hasta entonces y sin que nadie os forzara a ello, como a nosotros. Nuestra última llamada, antes de poneros sitio, a que permanecierais en paz como neutrales, no la escuchasteis: ¿quiénes, pues, serían odiados con más justa causa por todos los griegos que vosotros, que pusisteis vuestra caballerosidad como justificación para causarles daño? Vuestro buen proceder de otro tiempo —según decís— habéis mostrado ahora que no os es imputable, mientras que las tendencias de siempre de vuestro natural han sido puestas al descubierto con exactitud: habéis marchado, en efecto, con los atenienses cuando siguieron un mal camino. Éste es nuestro punto de vista sobre nuestra involuntaria alianza con el medo y vuestra voluntaria alianza con Atenas.

65. Respecto al último ultraje que decís haber sufrido —que nosotros atacamos contra toda ley vuestra ciudad en plena paz y en un día de fiesta— tampoco en esto estimamos que hayamos procedido peor que vosotros. Si es cierto que nosotros nos presentamos ante vuestra ciudad y comenzamos a luchar con vosotros y a devastar vuestro territorio como enemigos, hemos obrado mal; pero si lo que ocurrió fue que vuestros ciudadanos más distinguidos por su riqueza y su sangre, deseando apartaros de la alianza con una ciudad extraña y devolveros a las comunes tradiciones de todos los beocios, nos llamaron espontáneamente, ¿cuál es nuestro delito? Mayor es la culpa de los que hicieron la llamada que la de los que le prestaron oído. Pero ni siquiera: ni ellos ni nosotros, en nuestra opinión, obraron mal. Eran ciudadanos de Platea igual que vosotros y que exponían más que los demás, y al franquearnos su propia muralla y

llevarnos a su propia ciudad como amigos y no como enemigos, su intención era que los más viles de entre vosotros no lo fuerais más aún[38] y que los mejores obtuvierais las prerrogativas que merecíais; eran unos buenos consejeros y no intentaban dejar la ciudad huérfana de sus moradores, sino llevarlos a unirse con sus hermanos sin hacerlos enemigos de nadie, sino amigos de todos.

66. La prueba de que no obramos como enemigos es que no causamos daño a nadie y que anunciamos que los que quisieran gobernarse según el régimen tradicional de todos los beocios, se presentaran ante nosotros. Vosotros os presentasteis con gusto y concertasteis un convenio con nosotros; y primeramente permanecisteis tranquilos, pero luego al daros cuenta de que éramos pocos no nos tratasteis igual que nosotros lo hicimos —o sea, sin recurrir a la acción y persuadiéndonos a marcharnos— si es que opinabais que nos habíamos comportado de una forma poco cortés al entrar en la ciudad sin el consentimiento de la mayoría, sino que nos atacasteis contra el convenio; y no es nuestro mayor dolor por aquellos de los nuestros que matasteis luchando —pues sufrieron esta suerte legítimamente en cierto modo—; pero a los que matasteis contra toda ley cuando os tendían las manos[39] después que no sólo les habíais cogido prisioneros sino que también nos habíais prometido no matarlos, ¿cómo diréis que no les hicisteis víctimas de un crimen? Tres indignidades cometisteis en poco espacio: violar el convenio, matar a nuestros hombres después de la lucha y mentir en vuestra promesa de no matarlos si no os causábamos daños en vuestros campos. ¡Y luego decís que obramos criminalmente y pretendéis no sufrir el castigo! No será así si los jueces sentencian en justicia: sufriréis la pena de todos estos crímenes.

67. Hemos expuesto todo esto, ¡oh lacedemonios!, en interés vuestro y nuestro a la vez, a fin de que vosotros

sepáis que vuestra condena será justa y nosotros que nuestra venganza es todavía más agradable a los dioses. No os ablandéis al escuchar sus antiguas hazañas si es que realmente existieron: lo razonable es que sean una ayuda para gente tratada injustamente, pero para los que cometen acciones indignas, causa de un castigo doble porque obran mal en contra de lo que harían esperar sus antecedentes. Que tampoco saquen beneficio de sus gemidos y de la lástima que despiertan ni de sus invocaciones a las tumbas de vuestros antepasados y al abandono en que ellos se encuentran; pues, en verdad, nosotros hacemos ver por nuestra parte que mucho peor ha sido el destino de nuestros jóvenes muertos a sus manos, de cuyos padres los unos murieron en Coronea cuando trataban de llevar a Beocia a vuestra alianza, mientras que los otros, viejos ya y dejados solos en casa, os hacen una súplica, mucho más justa que la suya, de que los castiguéis. Los que han sufrido un destino inmerecido son más dignos de hallar compasión; pero los que lo sufren con justicia como los plateenses, lo son de que se contemple con alegría. En cuanto a su soledad, la tienen por culpa propia porque rechazaron de grado a los aliados mejores. Se hicieron culpables sin que les causáramos antes ningún daño y tomando su decisión llevados más del odio que de la justicia; y ahora no quieren sufrir el castigo que les corresponde: pues es justo el que van a recibir y no les será impuesto mientras tienden las manos cesando en la lucha, como dicen, sino porque por un convenio se han sometido a juicio. Venid, pues, ¡oh lacedemonios!, en ayuda de las leyes de los griegos, violadas por los plateenses, y de nosotros que hemos sido víctimas de un crimen; y devolvednos una justa gratitud por nuestro celo. No nos rechacéis movidos por sus palabras y dad a los griegos un testimonio de que no estáis dispuestos a presidir debates de palabras, sino de hechos, que cuando son buenos no precisan más que una breve

exposición, mientras que cuando son errados vienen a encubrirles discursos adornados con frases pomposas. Pero si los jefes, como vosotros ahora, dais siempre vuestras sentencias atendiendo a la esencia de la cuestión, se dejará de buscar hermosos discursos para justificar acciones injustas».

68. Así hablaron los tebanos; y los jueces lacedemonios, estimando que su pregunta de «si han recibido de ellos algún servicio en esta guerra» resultaría la más oportuna (porque pensaban sin duda que en el tiempo anterior los plateenses debían haberse mantenido en paz en virtud del tratado concluido por Pausanias tras la derrota del medo, y porque posteriormente no aceptaron la proposición de ser neutrales ateniéndose a dicho tratado, que le habían hecho antes de cercarles con la muralla), se consideraron libres del tratado gracias a la justa proposición que habían hecho a los plateenses y víctimas ya de perjuicios ocasionados por ellos; y en consecuencia les hicieron comparecer ante sí y les hacían uno a uno la misma pregunta: si habían prestado algún servicio a los lacedemonios y sus aliados en la presente guerra. Como respondían que no, se los llevaban y los mataban sin exceptuar a ninguno. Mataron un número no inferior a doscientos plateenses y a veinticinco atenienses que estaban sitiados con ellos; a las mujeres las redujeron a esclavitud. En cuanto a la ciudad, durante un año aproximadamente se la dieron para que la habitaran a unos megarenses que habían sido desterrados a consecuencia de luchas internas y a los plateenses que sobrevivían y eran de su partido; pero después la demolieron toda desde los cimientos y construyeron junto al templo de Hera una hostería[40] que medía doscientos pies[41] en todos los sentidos según se le daba la vuelta y que tenía cuartos en el piso bajo y en el alto; utilizaron para construirla los tejados y puertas de Platea, mientras que con los materiales de otra

naturaleza que había en la muralla, esto es, el bronce y el hierro, fabricaron camas que dedicaron a Hera[42], diosa a la que construyeron un templo de mármol cuya nave tenía cien pies de profundidad. Además, confiscaron las tierras de los plateenses y las arrendaron por diez años, cultivándolas los tebanos. En esta cuestión de los plateenses los lacedemonios fueron tan rigurosos principalmente por causa de los tebanos, pues estimaban que les eran útiles para la guerra, que acababa entonces de comenzar. Éste fue el fin de Platea en el año noventa y tres a partir de la fecha en que se hizo aliada de Atenas[43].

69. En tanto, las cuarenta naves peloponesias que habían ido en ayuda de los lesbios y que en la ocasión referida habían huido a través del mar abierto perseguidas por los atenienses y arrastradas por el temporal hacia Creta, y desde allí habían llegado dispersas al Peloponeso, se encontraron en Cilena con trece trirremes de los leucadios y ampraciotas en los que iba Brásidas, hijo de Télide, como consejero de Álcidas. El plan de los lacedemonios ante su fracaso en Lesbos era aumentar su escuadra y dirigirse a Corcira, que era presa de discordias internas, antes de que acudiera desde Atenas una escuadra mayor —los atenienses tenían entonces sólo doce naves en Naupacto—, a fin de llegar los primeros; con esta intención hicieron sus preparativos Brásidas y Álcidas.

70. Los corcirenses, en efecto, estaban en plena revuelta desde que habían regresado los prisioneros de las batallas navales de Epidamno, que habían sido puestos en libertad por los corintios, oficialmente mediante una caución de ochocientos talentos dada por los próxenos de Corcira, pero en realidad porque se habían dejado persuadir por los corintios a entregarles Corcira. Intrigando con todos los ciudadanos uno a uno, trabajaban para apartar a la ciudad de la alianza de Atenas. Llegaron entonces una nave

ateniense y otra corintia trayendo embajadores de estas ciudades; y después de celebrarse negociaciones, los corcirenses decidieron ser aliados de los atenienses de conformidad con los tratados y amigos de los peloponesios como antes. Por otra parte, los antiguos prisioneros de los corintios citaron a juicio a Pitias, que era próxeno voluntario[44] de los atenienses y jefe del partido popular; le acusaron de querer hacer la ciudad vasalla de los atenienses. Pitias salió absuelto y a su vez citó a juicio a los cinco más ricos de entre ellos, acusándoles de cortar ramas para hacer rodrigones para sus viñas del recinto sagrado de Zeus y Alcínoo[45]; la multa establecida por cada rama era de un estatero[46]. Como fueron condenados y debido al elevado importe de la multa se refugiaron en los templos como suplicantes, pidiendo que se les concediera pagar a plazos, Pitias, que era entonces miembro del Consejo, hizo que se decidiera la aplicación de la ley[47]. Cuando los condenados vieron que la ley hacía imposible su propuesta y se enteraron además de que Pitias tenía la intención de determinar al pueblo, mientras era todavía miembro del Consejo, a tener por amigos y enemigos a los que tuvieran los atenienses, organizaron un complot e irrumpieron de improviso en el Consejo armados de puñales, dando muerte a Pitias y a algunos otros miembros del Consejo y ciudadanos particulares hasta sesenta, mientras que algunos pocos del partido de Pitias lograron refugiarse en el trirreme ateniense que aún se hallaba allí.

71. Tras hacer esto, convocaron a los corcirenses y les aseguraron que aquélla era la actitud más conveniente y que de este modo no serían de ninguna forma reducidos al vasallaje de los atenienses; y les exhortaron a no permitir la entrada a ninguno de los dos bandos contendientes más que si iba con una sola nave y en son de paz, y a considerar enemigos a los que se presentaran en mayor número.

Después de esta declaración, hicieron aprobar esta proposición. Además, enviaron inmediatamente embajadores a Atenas para exponer lo sucedido de modo favorable a ellos y para persuadir a los que se habían refugiado allí a no realizar ninguna acción perjudicial para Corcira, con el fin de que los atenienses no se volvieran contra ésta.

72. Pero cuando llegaron, los atenienses hicieron prisioneros a los embajadores, tachándoles de agitadores revolucionarios, así como a los que se dejaron convencer por ellos, y los deportaron a Egina.

En tanto, los corcirenses que eran dueños del poder, aprovechando la llegada de un trirreme corintio y de embajadores lacedemonios, se lanzaron contra el partido popular y le vencieron; pero al llegar la noche, los del partido popular se refugiaron en la ciudadela y la parte alta de la ciudad y tomaron allí posiciones todos juntos. Eran dueños además del puerto de Hilaico[48], mientras que el otro partido se había apoderado de la plaza pública, donde vivía la mayoría de sus miembros, y del puerto situado junto a ella y que mira al continente.

73. Al día siguiente ambos bandos se lanzaron algunas armas arrojadizas y enviaron a los campos a llamar en su ayuda a los esclavos, prometiéndoles la libertad; la mayoría de ellos se hizo aliada del partido popular, y a los aristócratas les llegaron ochocientos auxiliares del continente.

74. Pasó así un día y de nuevo se libró una batalla en la que venció el partido popular, que era superior por ocupar posiciones ventajosas y ser más numeroso; sus mujeres les ayudaron audazmente lanzando tejas desde las casas y soportando el tumulto del combate con un valor impropio de su sexo. La huida de los aristócratas tuvo lugar cuando oscurecía, y temiendo que el pueblo se apoderara del

arsenal al primer ataque y les aniquilara, prendieron fuego a las casas particulares y de vecindad que rodeaban la plaza pública, a fin de que no quedara ningún acceso libre; no respetaron ni las casas propias ni las ajenas, de modo que se quemaron muchas mercancías y la ciudad estuvo a punto de arder toda entera, lo que habría ocurrido si hubiera soplado el viento en dirección a ella. De esta forma, los corcirenses dejaron de luchar, y ambos bandos se mantuvieron tranquilos, pero sin abandonar la vigilancia; y como el pueblo quedó vencedor, la nave corintia se hizo a la mar furtivamente y la mayoría de los auxiliares regresaron al continente sin ser advertidos.

75. Al día siguiente llegó desde Naupacto como socorro el almirante ateniense Nicóstrato, hijo de Diítrefes, con doce naves y quinientos hoplitas mesenios, el cual negoció un convenio y logró que los corcirenses llegaran al acuerdo de juzgar a los diez aristócratas más culpables —los cuales escaparon inmediatamente—, y que los demás se comprometieran consigo mismos y con los atenienses a considerar amigos y enemigos a los mismos que éstos. El almirante ateniense, una vez que llevó a término esta negociación, se disponía a partir; pero los jefes del partido popular le persuadieron a que les dejara cinco de sus naves a fin de que sus rivales tuvieran menos ánimos para sublevarse, prometiéndole equipar y enviar con él un número igual de sus propias naves. Nicóstrato se mostró conforme, y los del partido popular comenzaron a reclutar como tripulantes a sus enemigos; pero temiendo éstos ser enviados a Atenas, se refugiaron en el templo de los Dióscuros. Nicóstrato intentó hacerles salir e infundirles confianza; pero como no lograba convencerles, los del partido popular se armaron con el pretexto de que sus intenciones no eran buenas a juzgar por su demora en embarcarse. Se apoderaron, pues, en las casas de los

aristócratas de sus armas, y hubieran matado a algunos de ellos que cayeron en sus manos si no se lo hubiera estorbado Nicóstrato. Al ver los demás lo que ocurría, se refugiaron como suplicantes en el templo de Hera en un número no inferior a cuatrocientos; y temiendo el partido popular algún acto violento de su parte, les hicieron salir por persuasión y les llevaron a la isla situada delante del templo de Hera, adonde les eran enviados víveres regularmente.

76. En este punto se hallaban los disturbios de Corcira; y al cuarto o quinto día de llevar a los aristócratas a la isla, las naves peloponesias procedentes de Cilena —lugar donde habían estado ancladas después de venir de Jonia— se presentaron en número de cincuenta y tres; las mandaba como antes Álcidas, y con él iba Brásidas como consejero. Los peloponesios anclaron en Sibota, el puerto del continente, y al amanecer se dirigieron contra Corcira.

77. Los corcirenses, en medio de una gran confusión y temiendo las complicaciones que pudieran surgir en la ciudad, así como el ataque naval, pusieron en disposición de hacerse a la mar sesenta naves, y según completaban la tripulación las enviaban contra el enemigo, aunque los atenienses les aconsejaban que les dejaran a ellos salir los primeros y les siguieran después con todas sus naves reunidas. Y sucedió que cuando la escuadra corcirense estaba próxima al enemigo con las naves desperdigadas, dos de ellas hicieron defección inmediatamente mientras que en otras los tripulantes comenzaron a luchar entre sí y no había más que confusión por todas partes. Al ver los peloponesios este desorden, alinearon veinte naves contra los corcirenses y las demás contra las doce naves atenienses, dos de las cuales eran la *Salaminia* y la *Páralos*.

78. Los corcirenses, que atacaban en desorden y con pocas naves cada vez, se vieron en una situación difícil; y los atenienses, por temor a la superioridad numérica

enemiga y a que pudieran coparles, no atacaban a las naves que les hacían frente ni en su conjunto ni por el centro, pero se lanzaron al ataque por un extremo de la línea y hundieron una nave. Después de esto adoptaron una formación circular y comenzaron a navegar en torno de los peloponesios y a intentar causar el desorden entre ellos; pero los que luchaban con los corcirenses se dieron cuenta de la maniobra, y temiendo que sucediera lo de Naupacto acudieron en socorro y una vez reunidas todas las naves se lanzaron juntas contra los atenienses. Éstos comenzaron a retirarse remando hacia atrás, y su intención era que la escuadra de los corcirenses pudiera refugiarse en el puerto con el mayor número posible de naves mientras ellos se retiraban lentamente y eran el objetivo del ataque enemigo.

79. Tal fue la batalla, que acabó a la puesta del sol. Como en vista de ello los corcirenses temían que el enemigo se lanzase con su escuadra contra la ciudad, considerándose vencedor, y recogiese a bordo a los de la isla o hiciese cualquier otra cosa peligrosa, llevaron de nuevo al templo de Hera a los de la isla y pusieron la ciudad en estado de defensa. Sin embargo, los peloponesios a pesar de haber vencido en la batalla naval no se atrevieron a lanzarse con la escuadra contra la ciudad y se retiraron al puerto del continente desde el que se habían hecho a la mar, llevando trece naves corcirenses apresadas. Tampoco al día siguiente atacaron la ciudad, aunque en ella reinaban la indisciplina y el miedo y así se lo aconsejaba a Álcidas, según se dice, Brásidas, que no tenía igual mando que aquél; en cambio hicieron un desembarco en el cabo de Leucimna y se dedicaron a arrasar los campos.

80. En tanto, el partido popular corcirense, lleno de temor a que las naves les atacaran, entró en conversaciones con los suplicantes y los demás de su bando a fin de salvar la ciudad; e incluso lograron convencer a algunos de ellos a

que se embarcaran en la escuadra, porque a pesar de todo habían logrado completar la dotación de treinta naves [esperando el ataque]. Pero los peloponesios, después que arrasaron la campiña hasta el mediodía, se retiraron, y a la noche los fuegos de señales les avisaron de que venían de Léucade sesenta naves atenienses, que los atenienses habían enviado al enterarse de la revolución de Corcira y de que la escuadra de Álcidas se disponía a ir contra la isla; las mandaba Eurimedonte, hijo de Tucles.

81. En consecuencia, los peloponesios al llegar la noche se pusieron rápidamente en marcha a lo largo de la costa y en dirección a su país; y se alejaron transportando las naves a través del istmo de Léucade[49], a fin de que no fueran avistados al costear la isla. Por su parte los corcirenses, como vieran que la escuadra ateniense se acercaba y que la enemiga se había alejado, hicieron entrar en la ciudad sin llamar la atención a los mesenios[50], que se hallaban fuera de ella, y ordenaron a las naves que habían equipado que se dirigieran al puerto de Hilaico[51], matando durante el viaje a los enemigos suyos que caían en sus manos; y asimismo hicieron bajar de las naves a los que habían persuadido a embarcarse y los mataban, y dirigiéndose al templo de Hera convencieron a cincuenta de los suplicantes a someterse a juicio y los condenaron a todos a muerte. La mayor parte de los suplicantes, que no se había dejado convencer, al ver lo que sucedía, comenzaron a matarse unos a otros allí mismo, dentro del recinto sagrado, mientras que otros se ahorcaban de los árboles y los demás se daban muerte cada cual como podía. Durante los siete días en que estuvo allí Eurimedonte después que llegó con sus sesenta naves, los corcirenses se dedicaron a matar a los que consideraban enemigos personales suyos. Las acusaciones se dirigían contra los que intentaron derrocar el régimen democrático, pero también murieron algunos por causa de enemistades privadas y otros

a manos de sus deudores. La muerte se mostró en mil formas diversas, y como sucede en circunstancias como ésta, no hubo exceso que dejara de suceder y cosas peores aún. Los padres mataron a sus hijos, los suplicantes eran arrancados de los templos y matados en sus inmediaciones, e incluso algunos fueron rodeados de un muro en el templo de Dionisos, y murieron allí.

82. Tal fue la crueldad con que se desarrollaron las luchas civiles de Corcira y aún pareció mayor porque fue allí donde primero estallaron; pues más tarde toda Grecia, por así decirlo, fue desgarrada por las discordias que en todas partes había entre los jefes del partido popular, que querían llamar en su ayuda a los atenienses, y los aristócratas, que querían hacer lo propio con los lacedemonios; pues mientras que en época de paz no tenían pretexto para llamarlos ni lo deseaban, ahora que aquéllos estaban en guerra con facilidad se ofrecían a uno u otro partido posibilidades para lograr una alianza en perjuicio de sus enemigos y consecuentemente en beneficio propio. Muchos fueron los horrores que sufrieron las ciudades en las revoluciones, horrores que suceden y sucederán siempre mientras sea la misma la naturaleza humana, pero que son mayores o menores y de distinto carácter, según como sean las diversas circunstancias que se den en cada ciudad. En efecto, en la paz y en una situación próspera, tanto las ciudades como los particulares son más razonables porque no se encuentran con situaciones de apremiante necesidad; en tanto que la guerra, al suprimir la facilidad de la vida cotidiana, es un duro maestro y pone de acuerdo con las circunstancias imperantes el comportamiento de la mayoría de los hombres. Se hallaban, pues, en estado de revolución las ciudades y las que tardaban más en entrar en él, al tener conocimiento de las cosas que ya habían sucedido, llevaban aún más lejos este cambio de conducta, tanto en lo

referente al refinamiento de los que se lanzaban al ataque como en lo relativo a lo inaudito de las venganzas. Cambiaron incluso, para justificarse, el ordinario valor de las palabras. La audacia irreflexiva fue considerada valiente adhesión al partido, la vacilación prudente, cobardía disfrazada, la moderación, una manera de disimular la falta de hombría, y la inteligencia para todas las cosas, pereza para todas. Por el contrario, la violencia insensata fue tomada por algo necesario a un hombre, y el tomar precauciones contra los planes del enemigo, un bonito pretexto para zafarse del peligro. Los exaltados eran siempre considerados leales, y los que les hacían objeciones, sospechosos. Si uno urdía con éxito alguna maquinación, era inteligente, y más hábil aún si la descubría; en cambio, el que tomaba precauciones para que no le hiciera falta apelar a estos procedimientos, era considerado como traidor al partido y temeroso de los enemigos. En una palabra, el que se adelantaba a un enemigo que quería causarle algún mal, era alabado, e igualmente el que invitaba a comportarse así a otro que no tenía esa intención. Y hasta tal punto fue esto así, que los lazos de la sangre llegaron a tener menos fuerza que los de partido, ya que éste estaba más dispuesto a mostrar una audacia sin miramientos; pues estas asociaciones no buscaban un beneficio público, guiándose de las leyes en vigencia, sino, violándolas, el abuso del poder. Las promesas de fidelidad recíproca no las confirmaban tanto con los ritos tradicionales[52] como con la complicidad en el crimen. Y en cuanto a las palabras justas de los enemigos, las aceptaban por prudencia realista en caso de que aquéllos llevaran la ventaja, pero no por nobleza de espíritu. Vengarse de alguien era más deseable que no haber sufrido daño inicialmente; y si alguna vez se pactaba bajo juramento la reconciliación, este juramento, a los ojos de ambos partidos, tenía un valor momentáneo ante

lo apurado de la situación, sin que su fuerza viniera de ninguna otra parte; y el que en la ocasión oportuna era el primero en cobrar ánimos al ver indefenso al enemigo, se vengaba con más gusto a causa de su confianza que si lo hiciera en lucha abierta, y tomaba en consideración no sólo la mayor seguridad, sino también que al vencer con engaño lograba por añadidura la gloria de una victoria conseguida por la inteligencia. En efecto, los hombres, en su mayor parte, se oyen llamar con más gusto astutos cuando no pasan de criminales, que tontos cuando son hombres de bien: de esto se avergüenzan y de aquello se jactan. El deseo de poder y de honores es la causa de todos estos males, así como el ardor que, procedente de aquél, se apodera de los hombres cuando han entrado en rivalidades de partido; pues la verdad es que los jefes de partido de las diferentes ciudades, aunque unos y otros se servían de hermosas palabras —la igualdad del pueblo ante la ley o bien un régimen aristocrático moderado—, mientras pretendían consagrarse al bien común hacían del poder público su botín, y en su lucha sin cuartel por derrotar al partido enemigo osaron los mayores horrores y buscaban venganzas aún peores, pues no las realizaban dentro de los límites de la justicia y de los intereses de la ciudad, sino que las decidían de acuerdo con el capricho del partido propio; una sentencia injusta o la violencia les entregaba su víctima y saciaban con gusto el odio que les poseía. De esta forma, ni unos ni otros se dejaban conducir por la virtud, y los que mejor fama adquirían eran los que lograban adornar con hermosas palabras una acción cometida por efecto de la envidia. Los ciudadanos neutrales perecían a manos de ambos partidos bien porque no les ayudaban, bien por envidia de que pudieran sobrevivir.

83. De esta forma, por causa de las guerras civiles se llevaron a cabo en Grecia toda clase de maldades, y la

buena fe, que es una parte tan importante de un carácter noble, desapareció en medio del escarnio, prevaleciendo los antagonismos recíprocos y la desconfianza; pues no existía ningún compromiso solemne ni ningún temible juramento que fuera capaz de obrar la reconciliación, y como los triunfadores eran siempre los que estaban hechos a la idea de la imposibilidad de lograr la seguridad, todos se preocupaban más bien de evitarse perjuicios y no eran capaces de confiar en nadie. Generalmente, salían favorecidos los hombres de inteligencia más vulgar, porque como temían su propia insuficiencia y la inteligencia de los enemigos —no fuera que resultaran perjudicados a consecuencia de palabras engañosas y que aquéllos gracias a su astucia se les adelantaran en el ataque— pasaban audazmente a la acción. En cambio, los más inteligentes, pensando despreciativamente que eran capaces de darse cuenta a tiempo y que ninguna precisión tenían de tomar con la acción precauciones que podían tomar con su ingenio, perecían indefensos en mayor número.

84[53]. [Así pues, fue en Corcira donde por primera vez se llegó a la mayoría de estos horrores: lo mismo a aquellos que realizan gentes que son gobernadas por la violencia y sin moderación por las víctimas de su ira y los ponen en práctica por venganza; o bien hombres que desean salir de la pobreza, o, mejor, apoderarse en su exasperación de los bienes de otros; que a aquéllos a que llegan cruel e inexorablemente los que no buscan provecho propio, sino que, partiendo de una situación de igualdad, son extraviados por sus ciegas pasiones. En estas circunstancias, al quedar perturbada la vida de la ciudad, la naturaleza humana, que ya de por sí suele obrar mal a despecho de las leyes vigentes, sometió a su imperio las propias leyes y dejó ver, llena de gozo, que es incapaz de dominar la pasión, violadora de la justicia y enemiga del mérito. Si, en efecto, la

envidia no poseyera su maléfico poder, no se preferiría el crimen a la virtud y la codicia a la inocencia. Los hombres no vacilan en derrocar las leyes comunes a todos que se refieren a circunstancias como éstas y que dan a todos la esperanza de salvarse aunque caiga su fortuna; no se las reservan para el caso de que tengan en el peligro necesidad de ellas].

85. Así pues, fue ahora por primera vez cuando los corcirenses de la ciudad se dejaron llevar[54] de estos odios unos contra otros; y entre tanto Eurimedonte y los atenienses se hicieron a la mar. Posteriormente, los corcirenses que estaban en el exilio —pues habían logrado salvarse unos quinientos— se apoderaron de algunos fortines del continente y se hicieron dueños de la comarca que está enfrente de la isla y era posesión de la misma. Desde esta base hacían incursiones de pillaje en la isla causando muchos daños, hasta que en la ciudad se produjo una gran hambre. Además, enviaron embajadas a Esparta y a Corinto para que les devolvieran a su país; pero como no consiguieron nada, acabaron por procurarse naves de transporte y tropas auxiliares y pasaron a la isla, unos seiscientos en total. Una vez allí, quemaron las naves a fin de que no les quedara otra esperanza que hacerse fuertes en la isla, y subiendo al monte Istona y construyendo un fuerte, causaban daños a los habitantes de la ciudad y se hicieron dueños de la comarca.

86. Al final del mismo verano, los atenienses enviaron veinte naves a Sicilia al mando de Laquete, hijo de Melanopo, y Caréades, hijo de Eufileto. Sucedía que los siracusanos y los leontinos habían entrado en guerra unos contra otros. Los siracusanos tenían como aliadas a todas las ciudades dorias, salvo Camarina; ya al comienzo de la guerra todas ellas se habían aliado con los lacedemonios, aunque no entraron en la guerra. Con los leontinos estaban

las ciudades calcídicas[55] y Camarina; y en cuanto a las ciudades de Italia, Locros era aliada de Siracusa y Region de Leontinos en virtud de su origen común[56]. En estas circunstancias los aliados de los leontinos enviaron una embajada a Atenas haciendo valer la antigua alianza que les unía y que eran jonios, y pidieron a los atenienses que les enviaran una escuadra en vista de que los siracusanos les bloqueaban por tierra y por mar. Los atenienses se la enviaron, oficialmente en razón del parentesco; pero, en realidad, porque querían que no llegara al Peloponeso trigo de Sicilia y porque así podían hacer un ensayo para ver si era posible someter Sicilia a su imperio. Tomaron, pues, por base a Region, en Italia, y desde entonces lucharon al lado de sus aliados. Y terminó el verano.

87. En el verano siguiente, la epidemia atacó a Atenas por segunda vez; aunque nunca había cesado enteramente, sin embargo había disminuido. Esta última vez duró un año, y la primera había durado dos; de forma que no hubo nada que causara más daños a los atenienses y disminuyese más su poderío militar. No fueron menos de cuatro mil cuatrocientos hoplitas y trescientos jinetes los que murieron en el ejército, así como un número incalculable de otras víctimas. Además fue en esta ocasión cuando tuvieron lugar aquellos numerosos terremotos en Atenas, Eubea y Beocia, y principalmente en Orcómeno de Beocia.

88. En este mismo invierno, los atenienses de Sicilia y los reginos hicieron una expedición naval con una escuadra de treinta naves contra las islas llamadas de Eolo, porque en el verano no era ello posible por la falta de agua. Las pueblan los liparenses, colonia de Cnido, que viven en una de las islas, no muy grande, llamada Lípara[57]; de allí van a cultivar las otras, Dídima, Stróngila y Hiera. Las gentes de aquellas regiones creen que Hefesto tiene su fragua en Hiera[58], porque de noche se ve la gran llama que la isla

desprende y de día el humo. Estas islas están enfrente del país de los sículos[59] y de Mesena, y eran aliadas de Siracusa. Los atenienses devastaron los campos, y como los liparenses no se les sometieron, levaron anclas hacia Region. Y acabó el invierno y el quinto año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

89. En el verano siguiente, los peloponesios y sus aliados, al mando de Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios, llegaron hasta el Istmo con intención de invadir el Ática; pero en vista de los muchos terremotos que hubo, se volvieron atrás y no tuvo lugar la invasión. Por estas fechas, continuando aún los terremotos, en Orobias de Eubea el mar se retiró de lo que entonces era tierra firme, y avanzando luego en una gran oleada llegó a un barrio de la ciudad, que sumergió en parte, mientras que la otra volvió a emerger, quedando convertido en mar lo que antes era tierra; además, la inundación hizo perecer a cuantas gentes no pudieron refugiarse a tiempo en las partes altas de la ciudad. También en la isla de Atalanta, situada junto a la costa de la Lócride Opuntia, hubo una inundación semejante, que se llevó una parte del fuerte ateniense y destrozó una de las dos naves que estaban en seco en la playa. Finalmente, también en Pepareto tuvo lugar una retirada del mar, y un terremoto derribó parte de las fortificaciones, así como el Pritaneo y unas pocas casas más. La causa de estos fenómenos, a mi parecer, era que en los lugares en que más intenso era el terremoto era donde precisamente obligaba al mar a retirarse, y como de nuevo lo atraía bruscamente hacia atrás, hacía mayor la inundación; no creo que sin terremoto pueda suceder una cosa así[60].

90. En este mismo verano lucharon en Sicilia, aparte de otros pueblos que lo hacían según se les presentaba la ocasión[61], los propios sicilianos, que se atacaban unos a

otros, y los atenienses con sus aliados; pero sólo hablaré de las acciones más dignas de mención que llevaron a cabo los atenienses en unión de sus aliados, y sus enemigos en su lucha contra ellos. Laquete, que tenía el mando supremo de la escuadra, marchó con sus aliados contra Milas, ciudad dependiente de Mesena. En Milas había una guarnición de dos batallones de mesenios que habían tendido una emboscada a las tropas desembarcadas; pero los atenienses y sus aliados pusieron en fuga a los de la emboscada matando a muchos y, lanzándose al asalto de las fortificaciones, obligaron a sus defensores a entregar la ciudadela y marchar con ellos contra Mesena. Después de esta derrota, los mesenios, ante el avance de los atenienses y sus aliados, se sometieron también, entregando rehenes y dando las demás garantías.

91. En este mismo verano, los atenienses enviaron treinta naves en torno al Peloponeso al mando de Demóstenes, hijo de Alcístenes, y de Procles, hijo de Teodoro, y sesenta con dos mil hoplitas a Melos, al mando de Nicias, hijo de Nicérato. Su intención era someter a los melios, que aunque eran isleños no querían prestarles obediencia ni sumarse a su alianza; pero como aunque devastaron sus campos no se les entregaban, levaron anclas de Melos y se dirigieron a Oropo, en el país de Graica, y desembarcando de noche, inmediatamente los hoplitas se pusieron en marcha a pie hacia Tanagra de Beocia. Al tiempo, los atenienses de la ciudad, a una señal convenida, se dirigieron por tierra al mismo lugar al mando de Hiponico, hijo de Calias, y de Eurimedonte, hijo de Tucles, y acampando en Tanagra aquel día, devastaron la comarca y pasaron allí la noche. Al día siguiente vencieron en batalla a los de Tanagra que les salieron al encuentro y a algunos beocios que vinieron en su ayuda, y después de recoger las armas de los muertos y erigir un trofeo, se retiraron los unos en dirección a la ciudad

y los otros a la escuadra. Y Nicias costeó con sus sesenta naves el litoral de Lócride, lo devastó y regresó a Atenas.

92. Por estas fechas los lacedemonios fundaron su colonia de Heraclea de Traquinia con la siguiente intención. La totalidad de los melieos se divide en tres grupos: los paralios, los irieos y los traquinios. De entre éstos los traquinios, que habían sufrido pérdidas luchando contra los del Eta, sus vecinos, enviaron una diputación a Lacedemonia y eligieron a Tisámeno como embajador; aunque primero estaban decididos a aliarse con los atenienses, temieron que no les fueran fieles. A esta embajada se agregaron los habitantes de la Dóride, la metrópoli de los lacedemonios, con iguales peticiones, pues también ellos sufrían pérdidas luchando contra los del Eta. Y los lacedemonios, al oír sus palabras, decidieron enviar la citada colonia a fin de ayudar a los traquinios y a los dorios; por otra parte, les parecía que la fundación de la ciudad era útil en la guerra contra los atenienses, ya que allí podría equiparse una escuadra para atacar Eubea sin necesidad de una larga travesía, y el lugar estaría bien situado para navegar hacia Tracia. Así pues, mostraron mucho ardor en la fundación de la ciudad. Primero consultaron en Delfos al dios[62], y como éste dio su aprobación, enviaron los colonos, que eran tanto lacedemonios como periecos; y, además, invitaron a acompañarles a los que quisieran de entre los demás griegos, con excepción de los jonios, aqueos y algunos otros pueblos. A su frente iban los tres fundadores lacedemonios, Leonte, Álcidas y Damagón. Una vez que llegaron, construyeron nuevas murallas en la ciudad[63], que ahora se llama Heraclea y que dista unos cuarenta estadios de las Termópilas y veinte del mar. Además, construyeron un arsenal, y para que quedara bien defendido levantaron un muro en el mismo paso de las Termópilas.

93. Ante la fundación de esta ciudad, los atenienses primeramente se asustaron pensando que su establecimiento se dirigía sobre todo contra Eubea, pues es corta la distancia que la separa del cabo Ceneon de Eubea. Sin embargo, la cosa resultó de forma distinta a como esperaban, pues esta colonia no les ocasionó daño alguno. La explicación está en que los tesalios, que eran los dueños de aquella región y en cuyo territorio se había fundado la ciudad, por temor a tener un vecino poderoso, se dedicaban al pillaje y a luchar continuamente contra aquellas gentes recién establecidas, hasta que las redujeron a la impotencia, a pesar de haber sido en un principio muy numerosas, pues todos los colonos lacedemonios habían ido llenos de confianza, creyendo que ningún peligro amenazaba a la ciudad; pero, sobre todo, los gobernadores lacedemonios que llegaban lo echaban todo a perder y dejaron reducida la colonia a muy pocos habitantes, pues con su administración dura y a veces mal llevada, ahuyentaron a la mayoría, de modo que los pueblos vecinos mantenían con más facilidad su superioridad militar.

94. Este mismo verano, y por los mismos días en que los atenienses eran retenidos en Melos, la otra expedición ateniense que con las treinta naves costeaba el Peloponeso, después de matar mediante una emboscada en Elómeno de Léucade a algunos soldados de la guarnición, marchó contra Léucade con más fuerzas, a saber: todos los acarnanios que, salvo los eníadas, les acompañaban con todo su ejército, los zacintios, los cefalenios y quince naves de los corcirenses. Los leucadios, ante la devastación de sus campos de fuera y de dentro del Istmo —donde está la ciudad de Léucade y el templo de Apolo—, se mantenían a la defensiva, como inferiores en número que eran; y los acarnanios pedían a Demóstenes, el general ateniense, que les cortara la salida con un muro, pensando que así les harían capitular con

facilidad y se verían libres de una ciudad que siempre les hacía la guerra. Sin embargo, Demóstenes se dejó convencer entonces por los mesenios[64] de que sería un motivo de gloria para él, ya que se había reunido un ejército tan grande, atacar a los etolios, por ser enemigos de Naupacto y porque en el caso de vencerlos podría con facilidad someter a los atenienses toda esta parte del continente. Argumentaban que los etolios eran un pueblo numeroso y guerrero, pero que vivía en aldeas sin fortificar y muy distantes entre sí; y mostraron que los etolios, al usar armas ligeras, no eran difíciles de someter antes de que se reunieran para defenderse. Le aconsejaron que atacara primero a los apodotos, luego a los ofioneos y después de éstos a los euritanes, que constituyen la mayor tribu de los etolios y son los de lengua más ininteligible y comen carne cruda, según se dice. Una vez sometidos éstos, el resto se rendiría fácilmente.

95. Demóstenes accedió por complacer a los de Naupacto, y sobre todo porque pensaba que sin necesidad de fuerzas venidas de Atenas, le sería posible avanzar contra Beocia con los aliados del continente, una vez que se les agregaran los etolios, atravesando el país de los locrios ozolos hasta Citinion de Dóride y dejando a la derecha el Parnaso hasta bajar a la Fócide —que es limítrofe de Beocia —, cuyos habitantes era de esperar que se unieran a la expedición en virtud de su amistad de siempre con los atenienses o, si no, podrían ser obligados a ello por la fuerza; y, en consecuencia, partió de Léucade con todos sus aliados contra el parecer de los acarnanios y siguió la costa hasta Solion. Como al comunicar su plan a los acarnanios éstos no lo aprobaran por no haber querido Demóstenes sitiar Léucade, marchó contra los etolios con sus restantes tropas: los cefalenios, mesenios, zacintios y los trescientos soldados atenienses de infantería de marina de sus propias

naves, pues las quince de los corcirenses se retiraron. La expedición partió de Eneón de Lócride. Estos lacrios ozolos eran aliados de Atenas y estaba previsto que salieran al encuentro a los atenienses en el interior; pues por ser vecinos de los etolios y usar iguales armas eran considerados como muy útiles para la expedición por su conocimiento de los lugares y del género de lucha que practicaban los etolios.

96. Demóstenes hizo noche con su ejército en el templo de Zeus Nemeo, en el que se cuenta que murió a manos de los naturales del país el poeta Hesíodo, al que le había anunciado el oráculo que correría esta suerte en Nemea[65]; y a la mañana levantó el campo e inició la marcha contra Etolia. El primer día tomó Potidania, el segundo Crocileon y el tercero Tiquion, donde se quedó, enviando el botín a Eupalion de Lócride; pues tenía el plan de conquistar todo el país salvo el territorio de los ofioneos, retirarse a Naupacto, y si no querían someterse, volverse contra ellos. Sin embargo, estos preparativos no habían dejado de ser advertidos por los etolios ni siquiera cuando Demóstenes concibió su plan por primera vez; y cuando el ejército hizo su incursión se reunieron todos para la defensa con muchas tropas, hasta el punto de que acudieron incluso los más alejados de los ofioneos, que se extienden hasta el golfo Meliaco, a saber, los bomieos y los calieos.

97. En tanto, los mesenios dieron a Demóstenes el mismo consejo que al principio: recordándole cuán fácil era la conquista de los etolios, le exhortaron a lanzarse cuanto antes contra sus aldeas y a no esperar a que se reunieran todos y le hicieran frente, sino intentar tomar las aldeas que encontrara. Confiando en ellos y con esperanza en la fortuna, que en nada se le había puesto enfrente, sin aguardar a los lacrios que debían venir en su ayuda —pues lo que menos tenía era soldados lanzadores de dardos

armados ligeramente—, marchó contra Egition[66] y la tomó al asalto. Sus habitantes huyeron y se asentaron en las alturas que dominaban la ciudad, que se halla situada en una región montañosa y dista del mar unos ochenta estadios. Pero los etolios, que habían ido ya en ayuda de Egition, atacaron a los atenienses y sus aliados bajando a la carrera de las alturas por distintos lados, y les arrojaban dardos; allí donde atacaba el ejército ateniense, se retiraban, y cuando aquéllos se retiraban, se les echaban encima. Durante mucho tiempo tuvo lugar una batalla de este estilo con persecuciones y retiradas, dos cosas en las cuales llevaban la peor parte los atenienses.

98. Ahora bien, mientras los arqueros tenían flechas y podían usarlas, los atenienses continuaron haciendo frente, porque los etolios, que iban ligeramente armados, se replegaban ante las flechas; pero cuando al morir el jefe de los arqueros los demás se dispersaron y a esto se añadía que los hoplitas estaban cansados de llevar mucho tiempo luchando de aquella manera y que los etolios les acosaban y les lanzaban dardos, volvieron la espalda y se dieron a la fuga, y al meterse en barrancos sin salida en lugares que desconocían, perecían, pues su guía, el mesenio Cromón, había muerto. Los etolios, sin dejar de arrojar dardos, en el mismo lugar de la fuga apresaron a la carrera y mataron a muchos, como hombres ágiles y sin peso encima que eran; pero a un número mayor aún, que errando el camino se había metido en el bosque, que no tenía salidas, lo quemaron prendiendo fuego al bosque; y en el ejército ateniense se dieron todas las formas posibles de huida y de muerte, y fue a duras penas como los supervivientes se pusieron a salvo en la costa, en Eneón de Lócride, que es de donde habían partido. Murieron muchos de los aliados, y de los propios atenienses unos ciento veinte hoplitas. Fueron éstos —un número tan considerable de hombres y todos

jóvenes— los mejores soldados atenienses que murieron en esta guerra; murió también Procles, uno de los dos generales. Los supervivientes recobraron sus muertos de manos de los etolios en virtud de una tregua y marchando a Naupacto, posteriormente se trasladaron a Atenas por mar. Demóstenes, sin embargo, se quedó en Naupacto y la región vecina, temeroso de los atenienses por lo sucedido.

99. Por estas mismas fechas, los atenienses que costeaban Sicilia, en un desembarco realizado en el territorio de Locros, derrotaron a los locrios que salieron a su encuentro y tomaron un fuerte situado junto al río Alece.

100. En este mismo verano los etolios enviaron a Corinto y Esparta una delegación formada por el ofioneo Tólofo, el euritán Baríades y el apodoto Tisandro, y lograron convencerles para que les enviaran un ejército para atacar a Naupacto en castigo de haber llamado a los atenienses. Así pues, al fin del otoño, los lacedemonios enviaron tres mil hoplitas reclutados entre sus aliados. De ellos, quinientos procedían de Heraclea, la ciudad recién fundada en Traquis[67]; y el ejército todo estaba mandado por el espartano Euríloco, secundado por Macario y Menedaio, también espartanos.

101. Una vez que el ejército se concentró en Delfos, Euríloco envió heraldos a los locrios ozolos, pues para ir a Naupacto tenía que atravesar su territorio, y además quería apartarles de su alianza con los atenienses. Le ayudaban mucho en esta gestión los locrios de Anfisa, pues debido a su enemistad con los focios estaban atemorizados; fueron éstos los que primero dieron rehenes y persuadieron a darlos a los demás, que temían al ejército que se les venía encima: primero, a sus vecinos los mianeos — en cuyo territorio se hallan los pasos más inexpugnables para una invasión de Lócride—, y luego a los ipneos, mesapios, triteos, tolofonios, hesios y eanteos. Todos estos pueblos se unieron a la

expedición. Los alpeos dieron rehenes, pero no se unieron a la expedición; y los hieos no dieron rehenes hasta que les tomaron una aldea llamada Polis.

102. Una vez que todo estuvo a punto y que Euríloco envió los rehenes a Citinion de Dóride, se puso en marcha hacia Naupacto con su ejército a través de la Lócride, y en su avance tomó Eneón y Eupalion, ciudades de Lócride que no se le sometieron. Y tan pronto como llegaron al territorio de Naupacto, se dedicaron a devastar la campiña en unión de los etolios que habían acudido ya, y tomaron el arrabal, que no tenía murallas; y además avanzaron contra Molicrion, colonia corintia vasalla de Atenas, y lo tomaron. En tanto, Demóstenes el ateniense, que después de lo sucedido en Etolia aún se hallaba en Naupacto, enterándose a tiempo de la venida del ejército y temiendo por la ciudad, fue a Acarnania y, aunque con dificultad por la retirada de Léucade, logró decidir a los acarnanios a ir en socorro de Naupacto. Enviaron, pues, por mar[68] mil hoplitas en compañía de Demóstenes, los cuales entraron en Naupacto y salvaron la ciudad, pues había peligro de que por ser muy extensa la muralla y pocos los defensores, no pudiera resistir. Al enterarse Euríloco y los suyos de que el ejército había entrado en la ciudad y era imposible tomarla al asalto, se retiraron, pero no en dirección al Peloponeso, sino a la región llamada ahora Elóide[69], o sea, a Pleurón, Calidón e inmediaciones, y también a Prosquion de Etolia. El motivo de ello fue que los ampraciotas se dirigieron a Euríloco y le convencieron para que en unión suya hiciera una intentona contra Argos de Anfiloquia y el resto de Anfiloquia y al tiempo contra Acarnania; argumentaban que si se apoderaban de estos territorios, todo el continente quedaría convertido en aliado de los lacedemonios. Euríloco les prestó oído y licenciando a los etolios, se quedó con su ejército en los lugares citados esperando a que los ampraciotas hicieran

su expedición y llegara la ocasión de ir en su ayuda en el territorio de Argos. Así acabó el verano.

103. En el invierno siguiente, los atenienses de Sicilia llevaron a cabo una expedición en unión de los griegos aliados suyos y de algunos sículos que, sometidos por la fuerza por los siracusanos y convertidos en aliados de los atenienses al hacer defección de aquéllos, luchaban a su lado; y al atacar la ciudad siciliana de Ineso, cuya ciudadela ocupaban los siracusanos, y no poderla tomar, se retiraron. En la retirada, los siracusanos del fuerte atacaron a los aliados de los atenienses que marchaban detrás de ellos, y echándoseles encima pusieron en fuga a una parte del ejército y mataron a bastantes hombres. Con posterioridad a esto, Laquete y sus atenienses hicieron algunos desembarcos con su escuadra en el territorio de Locros y vencieron en batalla junto al río Caicino a los locrios, que en número de trescientos les salieron al encuentro al mando de Próxeno, hijo de Capatón. Se apoderaron de las armas de los muertos, y se retiraron.

104. En este mismo invierno, los atenienses purificaron Delos en virtud de un oráculo[70]. Ya antes el tirano Pisístrato la había purificado, pero no toda, sino sólo la parte de la isla que se divisaba desde el templo; pero ahora fue purificada toda entera del modo siguiente. Cuantas tumbas había en Delos fueron trasladadas de allí y prohibieron que en adelante muriera o diera a luz nadie en la isla, sino que debían para ello trasladarse a Renea. Renea dista tan poco de Delos que Polícrates, el tirano de Samos, que durante algún tiempo tuvo un gran poderío naval y, entre otras islas de que se hizo dueño, se apoderó de Renea, la consagró al Apolo Delio atándola a Delos con una cadena. Fue entonces cuando por primera vez los atenienses, a continuación de la purificación, celebraron la fiesta quinquenal [las fiestas Delias[71]]. Sin embargo, ya desde época remota tenía lugar

en Delos una gran reunión de jonios y de los habitantes de las islas vecinas, que venían en peregrinación con sus mujeres e hijos, al igual que ahora van los jonios a las fiestas Efesias[72]; se celebraban concursos gimnásticos y musicales y las ciudades enviaban coros. Es Homero nuestro mejor testimonio de que así era, cuando dice[73] en el «Himno a Apolo»:

> Mas cuando, ¡oh Febo!, te regocijabas en tu corazón con Delos por encima de todas las cosas; con Delos, donde se reúnen los jonios de largas túnicas en tu calle en unión de sus mujeres e hijos; y allí mientras veneran tu nombre, te alegran con el pugilato, las danzas y el canto cuando celebran los Juegos.

En los versos que siguen, que son del mismo himno, testimonia que también había un concurso musical y que venía gente a competir en él:

> *M*as ea, que Apolo y Artemis con él os sean propicios, y adiós a todas. Acordaos de mí en el tiempo venidero cuando alguno de los sufridores hombres terrenos os pregunte al visitar esta isla: ¡Oh muchachas!, ¿cuál de los aedos que vienen aquí es el más agradable al oído y cuál os produce mayor placer? Responded todas unánimemente[74]: Es un ciego que vive en la pedregosa Quíos.

Éste es el testimonio de Homero de que ya antiguamente se celebraba en Delos una peregrinación y fiesta importantes; posteriormente los isleños y los atenienses continuaban enviando coros, acompañados de sacrificios; pero los Juegos y la mayoría de las ceremonias desaparecieron, sin duda a causa de los malos tiempos, hasta que en la fecha indicada los atenienses restauraron los

Juegos e instituyeron las carreras de caballos, que antes no existían.

En este mismo invierno, los ampraciotas, cumpliendo con la promesa que habían hecho a Euríloco cuando retuvieron su ejército, hicieron una expedición contra Argos de Anfiloquia con tres mil hoplitas e invadiendo el territorio de Argos tomaron Olpas, plaza fuerte situada junto al mar en una altura y que los acarnanios, que la habían fortificado, empleaban como tribunal común[75]; dista de Argos, que es ciudad costera, unos veinticinco estadios. En tanto, una parte de los acarnanios acudió en socorro de Argos, mientras que otros acamparon en un lugar de Anfiloquia que llaman Crenas[76] para vigilar a los peloponesios de Euríloco, a fin de que no se reunieran con los ampraciotas sin ser advertidos. Además, enviaron a buscar a Demóstenes, el general que había conducido a los atenienses contra Etolia, para que se pusiera a su frente, y también a las veinte naves atenienses que costeaban el Peloponeso y que mandaban Aristóteles,; hijo de Timótrates, y Hierofón, hijo de Antimnesto. También los ampraciotas que estaban en Olpas enviaron un mensajero a la ciudad de Ampracia pidiendo que vinieran en su ayuda con todas sus fuerzas, por temor a que los de Euríloco no pudieran abrirse paso a través de Acarnania y se vieran en la precisión de dar ellos solos la batalla o, en el caso de que quisieran retirarse, no pudieran hacerlo sin peligro.

106. En tanto, al ver los peloponesios de Euríloco que los ampraciotas de Olpas habían llegado ya, levantaron el campo de Prosquion y fueron rápidamente en su ayuda, y atravesando el Aqueloo avanzaron a través de Acarnania, que estaba indefensa por el envío de tropas en ayuda de Argos; a la derecha tenían la ciudad de Estrato con su guarnición, y a la izquierda, el resto de Acarnania. Atravesaron, pues, el territorio de Estrato, marcharon a

través del de Fitia y luego a lo largo de los confines de Medeon, y después a través de Limnea; llegaron así a la comarca de Agras, ciudad que ya no es de Acarnania y era amiga suya. Una vez que alcanzaron así el monte Tíamo, que está en el territorio de Agras, caminaron a través de él, bajaron ya de noche a la región de Argos, lograron pasar inadvertidos en su marcha entre Argos y los acarnanios, que vigilaban en Crenas, y se unieron con los ampraciotas de Olpas.

107. Una vez reunidos, al llegar el día tomaron posiciones y acamparon en el lugar llamado Metrópolis. No mucho después llegaron con sus veinte naves al golfo de Ampracia los atenienses, deseosos de ayudar a los argivos; también llegó Demóstenes con doscientos hoplitas mesenios y sesenta arqueros atenienses. Y las naves, desde el mar, establecieron un bloqueo en torno a Olpas, mientras que los acarnanios y un pequeño número de anfiloquios —pues la mayoría estaba sometida por la fuerza por los ampraciotas —, que ya estaban concentrados en Argos, se preparaban a luchar contra el enemigo, y eligieron a Demóstenes con sus generales por jefe de todo el ejército aliado. Dicho general condujo a este ejército junto a Olpas y allí acampó; un gran barranco separaba a los dos ejércitos. Durante cinco días se mantuvieron en calma; pero al sexto ambos bandos se colocaron en orden de batalla. Y Demóstenes, que tenía miedo de ser cercado por ser más numeroso y desbordarle el ejército de los peloponesios, apostó en un camino encajonado y lleno de matorrales hoplitas e infantería ligera en número de cuatrocientos hombres en total, a fin de que en el momento del encuentro salieran de su escondite y se colocaran detrás del enemigo en la parte en que éste le desbordaba. Cuando los dos ejércitos tuvieron hechos sus preparativos, entablaron combate, estando Demóstenes en el ala derecha con los mesenios y un corto número de

atenienses; la otra la cubrían los acarnanios, distribuidos por tribus, y los lanzadores de dardos anfiloquios que estaban presentes. Los peloponesios y ampraciotas estaban mezclados entre sí, con excepción de los de Mantinea, que estaban reunidos más bien en el ala izquierda, pero sin ocupar el extremo, pues Euríloco y los suyos lo defendían haciendo frente a Demóstenes y los mesenios.

108. Cuando llegaron a las manos y los peloponesios desbordaban con su ala el ala enemiga y se disponían a envolverla, los acarnanios que estaban emboscados aparecieron detrás de su espalda, y atacándoles les hicieron retroceder, de modo que no sólo no les hicieron frente, sino que con su pavor pusieron en fuga a la mayor parte del ejército; pues cuando éste vio que las tropas que mandaba Euríloco, que eran las mejores, habían sido aniquiladas, se atemorizaron mucho más. Los mesenios, que al mando de Demóstenes estaban en aquella parte, fueron quienes tuvieron en la acción la parte principal. En tanto, los ampraciotas y el ala derecha habían vencido a los que les hacían frente y les persiguieron hacia Argos, pues son los más belicosos de aquella región. Mas cuando al retroceder vieron que la mayor parte del ejército estaba en derrota y que los acarnanios se les echaban encima, se pusieron a salvo en Olpas apuradamente, y muchos murieron al correr hacia la plaza tumultuosamente y sin orden ninguno, a excepción de los de Mantinea, que fueron los que de todo el ejército se retiraron más disciplinadamente. La batalla acabó al atardecer.

109. Como Euríloco y Macario murieron, Menedaio se hizo cargo del mando, y no viendo posibilidad, dada la magnitud del desastre, de resistir el asedio si se quedaba —bloqueado como estaba por tierra y también por mar por las naves atenienses—, o de salvarse si hacía una retirada, inició negociaciones con Demóstenes y los generales acarnanios

para obtener una tregua y la posibilidad de retirarse y al tiempo para recoger sus muertos. Aquéllos le devolvieron los muertos y además erigieron un trofeo y recogieron a sus propios muertos, que eran unos trescientos; pero no concedieron públicamente la retirada a todo el ejército, sino que Demóstenes y sus colegas acarnanios ofrecieron en secreto libertad para retirarse rápidamente a los de Mantinea, a Menedaio y a los demás jefes de los peloponesios y hombres más relevantes de su ejército. Su intención era dejar solos a los ampraciotas y a los mercenarios extranjeros, pero sobre todo desprestigiar a los lacedemonios y peloponesios en general ante los ojos de los griegos de aquella región, porque les traicionaron y prefirieron guiarse por sus propios intereses. Así pues, los peloponesios recogieron sus muertos y los enterraron rápidamente como pudieron, y aquéllos a los que se concedió la huida comenzaron a planearla.

110. En tanto, a Demóstenes y los acarnanios les llegó la noticia de que los ampraciotas de la ciudad, respondiendo al primer mensaje enviado desde Olpas, venían en ayuda de esta ciudad a través de Anfiloquia con intención de operar su conjunción con los de Olpas y sin saber nada de lo sucedido. Inmediatamente, Demóstenes envió una parte de su ejército para que tendiera emboscadas en los caminos y tomara las alturas, y al tiempo se dispuso a marchar contra ellos con el resto del ejército.

111. Mientras tanto, los de Mantinea y los demás con los que se había hecho el convenio, salieron de la ciudad con pretexto de buscar hortalizas y leña y se alejaron en pequeños grupos, haciendo como que recogían lo que iban buscando; y cuando se hubieron distanciado ya de Olpas, se alejaron con mayor rapidez. Mas cuando los ampraciotas y los demás que no habían salido en unión de los primeros se dieron cuenta de que se iban, también ellos se pusieron en

movimiento y echaron a correr queriendo alcanzarlos. Los acarnanios creyeron primero que todos se iban sin mediar convenio, y perseguían a los peloponesios e incluso algunos de ellos, creyéndose traicionados, llegaron a arrojar dardos contra algunos generales que intentaban impedírselo y que decían que habían concertado una tregua; después, sin embargo, dejaban escapar a los mantineos y peloponesios y mataban a los ampraciotas. Había grandes disputas e inseguridad sobre si cada uno era ampraciota o peloponesio. Mataron unos doscientos de ellos, y los demás se pusieron a salvo en el territorio de Agras, que está inmediato, y Salintio, su rey, que era amigo suyo, les acogió.

112. En tanto, los ampraciotas de la ciudad llegaron a Idómena. Esta ciudad está formada por dos cerros elevados, el mayor de los cuales tomaron sin ser vistas y a favor de la noche las tropas del grueso del ejército enviadas por Demóstenes; mientras que los ampraciotas habían tomado antes el pequeño y pasaron allí la noche. Después de cenar, Demóstenes y el resto del ejército se pusieron en marcha en cuanto cayó la noche; él mismo al frente de la mitad del ejército se dirigió hacia el desfiladero y la otra marchó a través de los montes de Anfiloquia. Y con el día cayó sobre los ampraciotas, que aún estaban acostados y que no sabían nada de lo sucedido, sino que, por el contrario, creían que eran los suyos, pues Demóstenes puso adrede a los mesenios a la cabeza y les ordenó que saludaran a los ampraciotas, pues hablaban un dialecto dorio y con ello tranquilizaban a los centinelas y además no se les distinguía a la vista por ser aún de noche. Tan pronto como cayeron sobre el ejército ampraciota, lo pusieron en fuga, matando a la mayoría, mientras que los demás se dispersaron por los montes en su huida; pero como los caminos estaban tomados y además los anfiloquios conocían bien su país y eran tropas ligeramente armadas y luchaban contra

hoplitas, mientras que los ampraciotas no lo conocían y no sabían adonde dirigirse, caían en barrancos y en las emboscadas que les habían sido tendidas y perecían. Y en su búsqueda de toda clase de procedimientos de fuga, algunos se dirigieron al mar, que no distaba mucho, y al ver las naves atenienses que al producirse la derrota navegaban a lo largo de la costa, nadaron hacia ellas pensando, por el terror que les dominaba, que era preferible ser aniquilados por la escuadra, si ello era fatal, a serlo a manos de los bárbaros y odiosos anfiloquios. De este modo tuvo lugar el desastre de los ampraciotas, y fueron pocos de muchos que eran los que lograron ponerse a salvo en su ciudad; y los acarnanios despojaron de sus armas a los muertos, erigieron trofeos y se volvieron a Argos.

113. Al día siguiente se presentó ante ellos un heraldo enviado por los ampraciotas que, saliendo de Olpas se habían refugiado en el territorio de Agras. Este heraldo venía a pedir permiso para que los ampraciotas recogieran los cadáveres de sus soldados muertos por los acarnanios después de la primera batalla, cuando salieron de Olpas sin convenio previo y en unión de los de Mantinea y de los que lo hacían protegidos por un convenio. Y al ver el heraldo las armas de los ampraciotas que procedían de la ciudad, se extrañó de su número, pues no tenía noticia de lo ocurrido, sino que creía que las armas eran de sus compañeros. Hubo entonces alguien que le preguntó que por qué se extrañaba y que cuántos eran sus muertos, creyendo que el heraldo era de los que lucharon en Idómena. Su contestación fue que unos doscientos; pero el que le preguntaba, le dijo a su vez: «Estas armas no tienen apariencia de ser de doscientos, sino de más de mil». Y el otro volvió a decir: «Entonces, ¿no son de los que lucharon con nosotros?». El primero replicó: «Sí, ciertamente, si es verdad que vosotros luchasteis ayer en Idómena». «Nosotros no luchamos ayer con nadie, sino

sólo anteayer en la retirada». «Pues con éstos luchamos ayer cuando venían como refuerzo desde la ciudad de Ampracia». Al oír el heraldo estas palabras y enterarse de que la expedición de socorro procedente de la ciudad había sido destrozada, rompiendo en gemidos y anonadado por la magnitud de aquel infortuno, se fue sin ocuparse de su cometido ni reclamar los muertos. Fue éste en verdad el mayor desastre sucedido en esta guerra a una ciudad griega en pocos días. No he dado la cifra de los muertos porque el número total que se dice que pereció es inverosímil, a juzgar por la importancia de la ciudad. Lo que sé es que si los acarnanios y anfiloquios hubieran querido lanzarse al ataque, como se lo aconsejaron Demóstenes y los atenienses, hubieran tomado Ampracia a la primera embestida; pero tuvieron miedo de que posesionándose de ella los atenienses, fueran unos vecinos aún más molestos.

114. Después de la batalla, los aliados dividieron el botín en tres partes, y dando una de ellas a los atenienses, distribuyeron el resto entre las diferentes ciudades. La parte de los atenienses fue apresada durante la travesía; las trescientas armaduras completas que están en los templos del Ática consagradas a los dioses fueron la parte de Demóstenes, separada la primera, el cual llegó con ella a Atenas. Aparte de esto, su regreso fue menos peligroso después del desastre de Etolia por este triunfo. También los atenienses de las veinte naves volvieron a Naupacto. A su vez los acarnanios y anfiloquios, al marcharse los atenienses y Demóstenes, concedieron permiso a los ampraciotas y peloponesios que se habían refugiado en Agras bajo la protección de Salintio, para retirarse de Eníadas, adonde habían ido desde el país de Salintio. Y los acarnanios y anfiloquios concluyeron con los ampraciotas una paz y alianza por cien años con las estipulaciones siguientes: que los ampraciotas no combatirían contra los peloponesios al

lado de los acarnanios ni los acarnanios contra los atenienses al lado de los ampraciotas; que acudirían los unos en ayuda de los otros; y que los ampraciotas devolverían a los anfiloquios las plazas y rehenes que tuvieran en su poder y no prestarían ayuda militar a Anactorion, ciudad enemiga de los acarnanios. Con este pacto dieron fin a la guerra. Posteriormente, los corintios enviaron a Ampracia una guarnición de unos trescientos hoplitas con Jenoclidas, hijo de Euticles, por jefe; la cual marchó con dificultad a través del continente y llegó a su punto de destino. Así fueron los sucesos de Ampracia.

115. Durante este mismo invierno, los atenienses de Sicilia hicieron un desembarco en el territorio de Himera, apoyándose en los sículos, que desde el interior habían hecho una incursión contra las fronteras de Himera; y también marcharon contra las islas de Eolo. Al regresar a Region, se encontraron con Pitodoro, hijo de Isóloco, almirante ateniense, que venía para hacerse cargo de las naves que mandaba Laquete. La razón era que los aliados sicilianos habían ido a Atenas y habían logrado persuadir a los atenienses a ayudarles con un número mayor de naves, pues los siracusanos dominaban su territorio y reuniendo una escuadra se preparaban a no dejarse bloquear por mar por un corto número de naves. Así pues, los atenienses equiparon cuarenta naves para enviárselas, pues pensaban que la guerra de Sicilia acabaría así más de prisa y además querían adquirir práctica en la guerra naval. En consecuencia, enviaron a Pitodoro, uno de los almirantes, con unas pocas naves y se dispusieron a enviar a Sófocles, hijo de Sostrátides, y Eurimedonte, hijo de Tucles, con el mayor número de ellas. Y Pitodoro, que ya había sucedido a Laquete en el mando de las naves, hizo una expedición naval al final del invierno contra el fuerte de los locrios que

había tomado antes Laquete; y vencido en batalla por los locrios, se retiró.

116. En esta misma primavera corrió del Etna el río de lava que ya lo había hecho anteriormente y arrasó parte del territorio de Catana, la cual está situada al pie del monte Etna, el mayor de Sicilia. Se dice que esta corriente de lava se produjo cincuenta años después de la anterior y que en total tuvo esto lugar tres veces desde que Sicilia fue colonizada por los griegos. Éstas fueron las cosas que sucedieron en este invierno, y así acabó el sexto año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

LIBRO IV

1. En el verano siguiente[1], en la época en que grana el trigo, diez naves de los siracusanos y otras tantas de los locros se apoderaron en una incursión naval de la ciudad siciliana de Mesena, cuyos habitantes les habían hecho venir; y Mesena se separó del bando ateniense. La principal razón que tenían para esta acción los siracusanos, es que veían que la plaza era una buena base de operaciones contra Sicilia y temían que los atenienses llegasen a atacarles algún día con mayores fuerzas apoyándose en ella; y los locrios, su odio contra los reginos, a los que querían someter haciéndoles la guerra por tierra y por mar[2]. Simultáneamente, los locrios habían penetrado con todo su ejército en el territorio de Region, a fin de que los reginos no fueran en ayuda de los mesenios[3] y además en razón de que les inducían a ir los desterrados reginos, que estaban con ellos; pues la ciudad de Region sufrió durante mucho tiempo discordias civiles y en aquella ocasión le era imposible defenderse de los locrios, lo que era una razón más para atacarla. Los locrios devastaron el territorio de Region y después se retiraron con su infantería; y en tanto, sus naves permanecían en Mesena defendiendo la plaza; además proyectaban armar otras que establecieran allí su base e hicieran la guerra desde aquel puerto.

2. Por esta misma época de la primavera, antes de que madurara el trigo, los peloponesios y sus aliados realizaron

una incursión en el Ática bajo el mando de Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios; y asentándose allí, se dedicaron a devastar los campos. En tanto, los atenienses, como tenían proyectado, despacharon en dirección a Sicilia sus cuarenta naves y con ellas a Eurimedonte y Sófocles, los generales que faltaban; pues Pitodoro, que era el tercero, había llegado ya a Sicilia. Les dieron órdenes de ayudar también al pasar a los corcirenses de la ciudad, que eran objeto de pillaje por parte de los desterrados del monte; además, sesenta naves peloponesias habían ido costeando para ayudar a los del monte y en la creencia de que, dada la gran hambre que reinaba en la ciudad, se apoderarían fácilmente de ella. Finalmente, los atenienses, a petición de Demóstenes, que desde la retirada de Acarnania era un ciudadano particular, autorizaron a éste a utilizar si quería contra el Peloponeso las naves aludidas.

3. Cuando los atenienses navegaban frente a Laconia, les llegó la noticia de que las naves de los peloponesios estaban ya en Corcira; y Eurimedonte y Sófocles querían marchar rápidamente a Corcira, mientras que Demóstenes les exhortaba a detenerse primero en Pilos, hacer allí lo que había que hacer y continuar luego la navegación. Los otros se oponían, pero casualmente un temporal que se presentó empujó las naves hacia Pilos. Demóstenes quiso que los atenienses amurallaran inmediatamente la plaza —pues dijo que con esa intención se había unido a la escuadra— y les hizo ver que había mucha facilidad para procurarse maderas y piedras y que era una plaza con buenas defensas naturales y desguarnecida, al igual que la región circundante en una gran extensión; pues Pilos dista unos cuatrocientos estadios de Esparta y está en el país que un tiempo fue Mesenia; los lacedemonios le dan el nombre de Corifasion. Sin embargo, algunos otros le contestaron que en el Peloponeso había muchos promontorios desguarnecidos,

si es que quería arruinar a Atenas tomándolos; pero a él le parecía que aquella plaza ofrecía ventaja sobre otra cualquiera porque tenía un puerto y porque además los mesenios, que la poseían antiguamente y hablaban igual dialecto que los lacedemonios, podrían causar a éstos muchos daños apoyándose en ella y además serían fieles defensores de la plaza.

4. Pero aunque no convenció a los generales ni a los soldados —pues posteriormente había comunicado sus planes a los taxiarcos—,[4] la flota permanecía sin navegar por causa del mal tiempo; hasta que a los mismos soldados, que estaban ociosos, les vino el deseo de amurallar la plaza. Se pusieron, pues, a la obra y comenzaron a trabajar. No tenían instrumentos para labrar la piedra y amontonaban las piedras colocándolas de modo que ajustaran; y cuando hacía falta mortero, por falta de cuezos, lo llevaban a la espalda encorvándose para que se sostuviera lo mejor posible y cogiéndose las manos por detrás para que no se cayera. Por todos los procedimientos se daban prisa para adelantarse a fortificar los puntos más vulnerables antes de que acudieran los lacedemonios; pues la mayor parte de la plaza era fácilmente defendible y no había precisión de murallas.

5. Los lacedemonios estaban mientras tanto celebrando una fiesta y cuando les llegó la noticia no le dieron importancia, pensando que cuando saliesen con su ejército los atenienses no les harían frente o tomarían la plaza al asalto con facilidad; además les detenía también el hecho de que su ejército estuviera aún en Atenas. En tanto, los atenienses fortificaron en seis días las partes de la plaza que miraban al continente y las que tenían más precisión, dejaron allí de guarnición a Demóstenes con cinco naves y se apresuraron a marchar con las demás en dirección a Corcira y Sicilia.

6. Al enterarse los peloponesios que estaban en el Ática de que Pilos había sido tomada, se retiraron inmediatamente en dirección a su patria, pues los lacedemonios y su rey Agis estimaban que lo sucedido en Pilos les afectaba a ellos personalmente; y, como por otra parte habían realizado la incursión estando la estación poco avanzada y el trigo aún verde, no tenían víveres para la mayor parte del ejército, y el mal tiempo que hacía, peor que el acostumbrado en aquella época del año, les ocasionó algunas incomodidades. De esta forma y por varias razones, los lacedemonios se retiraron más pronto que otras veces y su incursión fue muy breve, pues sólo estuvieron en el Ática quince días.

7. Por estas mismas fechas, Simónides, general ateniense, reuniendo un corto número de atenienses procedentes de los fuertes y un gran número de aliados de aquella región, tomó Eión de Tracia, colonia de Menda, que era enemiga de Atenas y le fue entregada por traición; pero los calcideos y botieos marcharon inmediatamente contra él, le expulsaron de la ciudad y perdió muchos hombres.

8. Una vez que los peloponesios que estaban en el Ática se retiraron, los espartanos y los periecos de las cercanías marcharon sin pérdida de tiempo hacia Pilos; en cambio, la partida de los demás lacedemonios se demoró más tiempo porque acababan de llegar de otra expedición. Además, los lacedemonios dieron por todo el Peloponeso la orden de acudir rápidamente a Pilos y mandaron llamar a sus sesenta naves que estaban en Corcira, las cuales llegaron a Pilos transportadas a través del istmo de Léucade y burlando la vigilancia de las naves atenienses que estaban en Zacinto; por entonces ya había llegado el ejército de tierra. Estando aún en camino las naves peloponesias, Demóstenes, anticipándose a su llegada, envió secretamente dos naves para comunicar a Euridemonte y a los atenienses que se hallaban en Zacinto con la escuadra, que vinieran, pues la

plaza se hallaba en peligro. Obedeciendo al mensaje de Demóstenes, la escuadra se puso en marcha rápidamente; y en tanto, los lacedemonios se ocupaban en sus preparativos para atacar la muralla por tierra y por mar, esperando tomar con facilidad aquellas fortificaciones, construidas precipitadamente y con pocos defensores. Como contaban con la venida de las naves áticas de Zacinto como refuerzo para los defensores, tenían el plan de cerrar los accesos del puerto, caso de no tomar antes la plaza, a fin de que los atenienses no pudieran penetrar en él. Hay que saber que la isla llamada Esfacteria, que es alargada y está próxima a la costa, defiende el puerto y hace estrechos los accesos; por el lado de la fortificación de los atenienses y de Pilos, hay espacio para que pasen dos naves, y por el de la otra parte del continente, para ocho o nueve[5]. Toda la isla estaba llena de bosques y carecía de caminos por estar deshabitada, siendo su longitud de unos quince estadios. Los peloponesios planeaban, pues, cerrar los accesos con sus naves, que se estacionarían allí en gran número y presentando las proas hacia fuera; y temiendo que los atenienses les hostilizasen desde la isla, desembarcaron allí hoplitas y apostaron otros a lo largo del continente; pues pensaban que de este modo la isla sería tierra enemiga para los atenienses y lo mismo el continente, que no presenta ningún lugar oportuno para hacer un desembarco —pues sabían que la parte de Pilos que mira hacia el mar ya fuera del canal, al carecer de puertos, no les ofrecería ninguna base para ayudar desde allí a los suyos—, y que ellos, sin batalla naval ni peligro, podrían rendir la plaza, cosa que era de esperar, dado que no había dentro trigo y estaba ocupada por pocas fuerzas. Conforme habían decidido, llevaron los hoplitas a la isla, sacándolos a suerte de todas las compañías. Prescindiendo de los que antes habían pasado a la isla en relevos sucesivos, los últimos, que son los

que quedaron bloqueados, eran cuatrocientos veinte más los hilotas a su servicio; su jefe era Epitadas, hijo de Molobro.

9. Al ver Demóstenes que los lacedemonios estaban a punto de atacarles simultáneamente por tierra y por mar, hizo también él sus preparativos, y sacando a tierra al pie de las fortificaciones los trirremes que le quedaban de los que le habían dejado[6], los defendió con una empalizada y armó a los marineros de su tripulación con escudos de mala calidad, la mayoría de mimbre; pues en aquel lugar desierto[7] no había posibilidad de procurarse armas, ya que éstas mismas las obtuvieron de un triacóntero y una lancha de piratas mesenios que casualmente habían abordado allí[8]. Estos mesenios dieron un contingente de cuarenta hoplitas, y Demóstenes los puso a sus órdenes al lado de los demás. A la mayor parte de sus tropas, tanto las armadas como las desarmadas[9], las colocó en las partes más fortificadas y más seguras de la plaza, por allí por donde mira al continente, y les dio la orden de defenderse contra las fuerzas terrestres lacedemonias si se lanzaban al asalto; y en tanto él en persona escogió de entre todo el ejército a sesenta hoplitas y unos pocos arqueros y marchó fuera de la muralla al punto del litoral donde esperaba que el enemigo intentaría desembarcar de preferencia: unos lugares poco accesibles y rocosos que daban al mar, pero por donde creía que se esforzarían por irrumpir por ser allí muy débil la muralla, pues los atenienses no habían hecho una obra sólida porque no creían que llegaran a ser derrotados por mar y que la plaza quedara expuesta a ser tomada por un desembarco del enemigo hecho a viva fuerza. Así pues, se dirigió por aquel punto a la misma orilla del mar, dispuso a sus hoplitas para rechazar al enemigo si podía, y les dirigió la siguiente arenga:

10. «Soldados que conmigo os habéis arriesgado a esta peligrosa empresa, que en esta crítica situación ninguno de

vosotros prefiera parecer inteligente haciendo reflexiones sobre todos los peligros que nos rodean, en vez de marchar al encuentro del enemigo sin mirar al peligro, lleno de confianza, y esperando sobrevivir a este trance. Las situaciones que como ésta han llegado a un punto del que no se puede volver atrás, no se prestan a que se reflexione sobre ellas, sino que precisan para resolverse de un acto de audacia realizado cuanto antes. Sin embargo, mi opinión es que las más de las circunstancias nos favorecen si nos decidimos a no retroceder ni abandonar las ventajas que poseemos, asustados por lo numeroso que es el ejército enemigo; pues considero ventaja nuestra lo dificultoso de este lugar para un desembarco; si hacemos frente al enemigo, es nuestro aliado, mientras que si retrocedemos[10], aunque es poco accesible no presentará obstáculos por falta de oponentes, y nos encontraremos con un enemigo más peligroso porque ya no le será fácil la retirada aunque nosotros le acosemos; pues embarcado es fácil de rechazar, pero desembarcado está ya en igualdad de condiciones. Por otra parte, no hay que temer demasiado lo crecido de su ejército, pues por nutrido que sea luchará en pequeños grupos, dada la dificultad que hay en arribar a tierra, y no se trata de un ejército asentado en tierra y superior en número que está en igual situación que nosotros, sino de un ejército embarcado; y una escuadra necesita en el mar de muchas circunstancias favorables. Así pues, los obstáculos con que chocarán los lacedemonios compensan a mi ver nuestra inferioridad numérica; y además os pido que ya que sois atenienses y sabéis por experiencia que nadie puede realizar un desembarco contra un defensor que hace frente y no retrocede atemorizado por el ruido de los remos y lo que impone una nave que se echa encima, hagáis frente al enemigo, y luchando al borde

mismo del acantilado, os salvéis a vosotros mismos y a la plaza».

11. Con esta arenga de Demóstenes los atenienses cobraron más ánimos, y, bajando a la orilla, se apostaron a lo largo del mismo borde del mar. Por su parte, los lacedemonios se pusieron en movimiento y lanzaron un ataque contra la plaza con sus fuerzas de tierra y simultáneamente con las naves, que eran cuarenta y tres y cuyo almirante era el espartano Trasimédidas, hijo de Cratesicles. Éste lanzó el ataque por donde Demóstenes lo esperaba. Los atenienses se defendían del lado de tierra y del del mar, y los peloponesios lanzaban sus naves dividiéndolas en pequeños grupos por no ser posible acercarse a la costa con mayor número, y relevándose por turnos; y procedían con gran ardor y con recíprocas exhortaciones, intentando hacer retroceder al enemigo y tomar Pilos. Brásidas fue el que más se distinguió de todos. Como fuera capitán de un trirreme y viera que los capitanes y pilotos, dado lo peligroso del lugar, aunque hubiera algún sitio en el que pareciera posible tocar tierra, vacilaban y ponían su atención en que sus naves no chocaran con las rocas, a grandes voces les decía que no era lógico que por salvar unas tablas toleraran la presencia en el país de un enemigo que había construido en él un fuerte; y les exhortaba a destrozar sus barcos para realizar el desembarco, y pedía a los aliados que no vacilaran en sacrificar ahora sus naves por los lacedemonios a cambio de los grandes beneficios recibidos y que se hicieran dueños de Pilos y su guarnición, abordando y desembarcando como quiera que fuese.

12. Brásidas no sólo inflamaba a los demás con estas palabras, sino que obligó a su piloto a llevar la nave a la orilla y se dirigió a la escala; pero al intentar desembarcar fue rechazado por los atenienses, y lleno de heridas perdió

el sentido, y al caer en la proa de la nave, su escudo fue a parar al mar; los atenienses lo sacaron a tierra y, recogiéndolo, lo colocaron más tarde en el trofeo que erigieron en memoria de este combate. El resto de los peloponesios, a pesar de su voluntad, no podía desembarcar por lo escarpado del lugar y porque los atenienses les hacían frente y no retrocedían. Hasta tal punto se cambió la fortuna, que los atenienses se defendían desde tierra, y tierra laconia precisamente, contra los lacedemonios que les atacaban por mar, mientras que éstos trataban de desembarcar con una escuadra en su propio territorio, que ahora era enemigo, para atacar a los atenienses; pues en aquella época constituía una gran parte de la gloria de los lacedemonios ser principalmente gente de tierra y poderosos por su infantería, y de la de los atenienses ser marinos y sobresalir extraordinariamente por su escuadra.

13. Después de sus ataques de este día y de una parte del siguiente, los peloponesios desistieron; y al tercer día enviaron algunas de las naves a Asina a buscar madera para construir ingenios de guerra en la confianza de que aunque la muralla del lado del puerto era elevada la podrían tomar con su ayuda por ser el sitio más apropiado para un desembarco. En tanto, llegaron procedentes de Zacinto las naves atenienses en número de cincuenta, pues se les habían agregado algunas de las que guarnecían Naupacto y cuatro de Quíos. Al ver que tanto la tierra firme como la isla estaban llenas de hoplitas y que la escuadra enemiga se hallaba en el puerto y no salía a su encuentro, no sabiendo dónde anclar, se dirigieron a la isla de Prota, que no dista mucho y está deshabitada, y allí pasaron la noche; al día siguiente se hicieron a la mar dispuestos a librar combate naval si el enemigo quería salir al mar libre a hacerles frente, y si no, a penetrar ellos en el puerto. Los lacedemonios ni se hicieron a la mar ni llevaron a efecto su

proyecto de cerrar los accesos del puerto, sino que permanecieron inactivos en tierra ocupados en armar sus naves y en prepararse para librar batalla en el puerto, que era bastante grande, si el enemigo penetraba en él.

14. Al darse cuenta de ello los atenienses, se lanzaron contra los lacedemonios por los dos accesos del puerto y con su acometida pusieron en fuga a la mayor parte de las naves peloponesias, que estaban ya lejos de la orilla y les hacían frente, averiando a la mayoría dada la corta distancia a que realizó la persecución y apresando cinco, de ellas una con toda la tripulación; las demás se refugiaron en tierra y los atenienses se lanzaron contra ellas. Otras naves peloponesias, que aún estaban embarcando la tripulación, fueron destrozadas antes de levar anclas, y los atenienses llegaron a echar cables a algunas y comenzaron a remolcarlas, abandonadas ya por sus tripulaciones, que se habían dado a la fuga. Al verlo los lacedemonios, llenos de dolor por aquella catástrofe, pues sus soldados quedaban bloqueados en la isla, acudieron en su defensa y, adentrándose armados en el mar, se agarraron a las naves y tiraban de ellas en sentido opuesto a los atenienses. Cada cual pensaba que la acción se perdía si no intervenía él personalmente. Grande era la confusión, y en la lucha por las naves cada bando había cambiado sus hábitos guerreros: los lacedemonios, en su ardor y desconcierto, no hacían otra cosa, por así decirlo, que librar desde tierra una batalla naval, y los atenienses, victoriosos y queriendo explotar lo más posible su presente éxito, libraban desde las naves una batalla terrestre. Después de ponerse los unos a los otros en grave aprieto y hacerse muchos heridos, interrumpieron la lucha, salvando los lacedemonios las naves sin tripulación salvo las apresadas primeramente. Unos y otros se volvieron a su campamento y los atenienses levantaron un trofeo, devolvieron los muertos y recogieron los barcos destrozados,

y desde entonces se aplicaron a navegar en torno a la isla y a mantenerla bloqueada, en la creencia de que los peloponesios no tenían salida posible. Los peloponesios que se hallaban en el continente, y los que habían acudido ya de todas partes, permanecían acampados junto a Pilos.

15. Cuando las noticias de Pilos llegaron a Esparta, se decidió allí que ante la gran calamidad acaecida, los magistrados espartanos se personaran en el campamento y a la vista de la situación tomaran al punto la decisión que les pareciera conveniente. Al darse cuenta de que era imposible ayudar a los soldados de la isla y de que éstos corrían el riesgo de o perecer de hambre o sucumbir ante un enemigo superior en número, decidieron concertar una tregua para la región de Pilos con los generales atenienses, si éstos querían, y enviar a Atenas una delegación para negociar la paz e intentar rescatar cuanto antes a sus soldados.

16. Los generales atenienses aceptaron la proposición y se concertó una tregua en los siguientes términos: los lacedemonios entregaban las naves con que habían librado batalla y todas las naves de guerra que se hallaban en Laconia, llevándoselas a Pilos a los atenienses, y se comprometían a no atacar las obras fortificadas ni por tierra ni por mar. Los atenienses se comprometían a permitir que los lacedemonios enviaran a los de la isla por cada soldado una cantidad fija de harina ya amasada (dos quénices áticos de cebada), dos cótilas de vino y carne[11], y la mitad de esta cantidad a sus esclavos personales. Estos víveres debían enviarlos bajo la inspección de los atenienses y ningún barco debía dirigirse furtivamente a la isla; los atenienses continuaban bloqueando Esfacteria igual que antes, pero sin desembarcar en ella, y no debían atacar al ejército peloponesio ni por tierra ni por mar. Si alguna de las dos partes contravenía estas disposiciones, por poco que

fuera, quedaba rota la tregua. Su validez duraba hasta el regreso de Atenas de los embajadores lacedenonios; los atenienses debían llevarlos en un trirreme y volverlos a traer. Una vez que volvieran, quedaba terminada la tregua y los atenienses estaban obligados a devolver las naves en igual estado que las recibieron. Éstas fueron las condiciones bajo las cuales se concertó la tregua; y las naves, que eran unas sesenta, fueron entregadas a los atenienses y los embajadores fueron enviados. Llegados éstos a Atenas, hablaron así:

17. «Nos han enviado los lacedemonios, ¡oh atenienses!, para que intentemos haceros acceder a una solución que, al tiempo que ventajosa para vosotros, nos procure una salida lo más honorable posible en estas circunstancias [dada la desgracia sobrevenida]. Aunque pronunciaremos un discurso relativamente largo, no por ello iremos contra nuestra costumbre, pues es tradición en nosotros no hacerlo largo cuando bastan pocas palabras, pero hacerlo más extenso cuando sea oportuno actuar con la palabra para dar a conocer el proceder más conveniente. No recibáis nuestras manifestaciones con ánimo hostil ni como si se os diera una lección tratándoos como a ignorantes, sino con el convencimiento de que son una recordación de la prudencia en la decisión, dirigida a gentes que la conocen.

Podéis, en efecto, aprovechar vuestra buena fortuna de ahora, y al tiempo seguiréis siendo dueños de vuestras posesiones, lograréis más honra y fama todavía y evitaréis que os suceda igual que a los que llegan a una situación ventajosa sin tener costumbre de ello: llevados de la esperanza, a causa de sus imprevistos éxitos actuales, ambicionan siempre nuevas cosas. En cambio, los que han sufrido muchas alternativas de la suerte en ambos sentidos, es justo que desconfíen de los éxitos, condición que

razonablemente somos vosotros y nosotros, por nuestra experiencia, quienes más debemos tener.

18. Daos cuenta de ello contemplando ahora nuestro infortunio: nosotros, los que mayor reputación tenemos de todos los griegos, venimos a vuestra presencia, cuando antes nos considerábamos los más calificados para dar aquello que ahora hemos venido buscando y os pedimos. Y, sin embargo, no hemos llegado a esta situación por falta de poderío militar ni por ninguna soberbia fundada en habernos procurado uno mayor, sino porque con el mismo de siempre nos hemos equivocado en nuestros cálculos, cosa a la que todos los hombres estamos igualmente sujetos. Así pues, no es justo que vosotros creáis que en gracia al actual poderío de vuestra ciudad y al que os dan vuestras recientes conquistas, la fortuna va a estar siempre a vuestro lado. Son prudentes los hombres que aseguran sus éxitos poniéndolos en situación de no ser discutidos —igual que en la desgracia se comportarían de forma más inteligente que los demás— y que saben que no es posible tener sólo experiencia del aspecto de la guerra que uno desea conocer, sino que ese conocimiento depende de las decisiones del destino sobre ellos; hombres así son los que sufren menos fracasos por un orgullo nacido de la confianza que les inspiran sus triunfos militares y los que con más facilidad hacen la paz en la hora del triunfo. Esto es lo que ahora, ¡oh atenienses!, debéis hacer con nosotros, a fin de que si por no prestarnos oído sufrís un fracaso, como sucede muchas veces, no se piense algún día de vosotros que también vuestro actual éxito lo debéis a la fortuna, siendo así que tenéis la posibilidad de, sin peligro alguno, dejar para el futuro fama de poderío militar y de inteligencia.

19. Los lacedemonios os invitan a concertar un tratado y poner término a la guerra, ofreciéndoos paz y alianza y la mayor amistad e intimidad recíprocas, y pidiéndoos en

cambio los soldados de la isla. Piensan que a unos y a otros nos conviene no exponernos al peligro de que logren escapar por la fuerza con ayuda de alguna circunstancia favorable, o de que, obligados a capitular, queden enteramente en vuestras manos. Nuestra opinión es que son las grandes enemistades las que admiten una reconciliación más firme; y ello no cuando una de las partes combatientes logra la mayoría de las victorias de la guerra y concierta una paz desigual, obligando a la otra con forzados juramentos, sino cuando pudiendo lograr lo mismo con la clemencia, la vence también en generosidad y pone, contra lo que aquélla esperaba, condiciones de paz moderadas. De esta forma, al resultar obligado el enemigo a no vengarse de un trato injusto y a comportarse a su vez con la misma generosidad, queda mejor dispuesto a mantener por pundonor su palabra. Es más con sus mayores enemigos que con los que tienen con ellos pequeñas diferencias con quienes los hombres se comportan así; pues su natural es dejarse vencer con gusto por los que hacen voluntariamente concesiones y arrostrar el peligro aunque sea a la desesperada contra las jactancias.

20. Más que nunca es beneficioso ahora para vosotros y nosotros que nos reconciliemos antes de que nos detenga algún obstáculo insalvable que nos fuerce a teneros además de nuestro odio nacional, otro eterno y personal[12], y haga inevitable que nos veamos privados de lo que ahora os pedimos. Hagamos la paz en este momento en que aún no está decidida la victoria y en que vosotros lográis una gloria mayor junto con nuestra amistad y nosotros conseguimos una buena solución de este infortunio en lugar de un resultado deshonroso; elijamos con ello la paz en lugar de la guerra y brindemos un descanso en sus padecimientos a los demás griegos, que os atribuirán a vosotros el mérito mayor. Están, en efecto, envueltos en la guerra sin que haya claridad sobre quiénes la comenzaron; mientras que si tiene

lugar la reconciliación, que está ahora principalmente en vuestras manos, os lo agradecerán a vosotros. Además, si tomáis esa decisión, os es posible hacer de los lacedemonios vuestros fieles amigos, pues os incitan a ese proceder y en vez de sufrir ellos una violencia, sois vosotros los que les hacéis un servicio. Mirad qué de ventajas es de esperar que se encierren en esa acción vuestra; pues estando de acuerdo vosotros y nosotros, estad seguros de que los demás griegos, al tener menor poderío, nos tributarán los mayores honores».

21. Así hablaron los lacedemonios pensando que los atenienses ya antes habían estado deseosos de paz, pero habían sido estorbados por la oposición de Esparta, y que al ofrecerles la paz la aceptarían con gusto y devolverían los lacedemonios de la isla. Sin embargo, los atenienses pensaban que teniendo bloqueados a los lacedemonios en Esfacteria, la paz estaba en su mano para cuando quisieran hacerla, y tenían mayores ambiciones. El que más les incitaba era Cleón, hijo de Cleéneto, que era por aquella época dirigente del partido popular y el más escuchado por la multitud; éste decidió al pueblo a contestar que se exigía que los lacedemonios de la isla se entregaran con sus armas y fueran conducidos a Atenas, y que una vez que llegaran, los lacedemonios podían recobrar sus hombres y hacer la paz por el tiempo que convinieran ambas partes, devolviendo a los atenienses Nisea, Pegas, Trozene y Acaya, que no habían conquistado en la guerra, sino en virtud de la paz anterior[13] por una cesión de los atenienses hecha en circunstancias adversas y en que tenían más necesidad de hacer la paz.

22. Nada replicaron los lacedemonios a aquella respuesta, sino que invitaron a los atenienses a elegir unos comisionados que se reunieran con ellos de forma que haciendo cada parte sus propuestas y oyendo las del otro,

pudieran tras mutuas concesiones llegar tranquilamente a un acuerdo sobre cada punto discutido; pero entonces Cleón se lanzó furiosamente al ataque, diciendo que ya antes se había dado cuenta de que las intenciones de los lacedemonios no tenían nada de bueno, y que ello era claro también ahora, ya que no querían hablar ante el pueblo y pretendían reunirse con unos pocos comisionados; y les invitó a hablar en público si es que tenían alguna pretensión honorable. Al ver los lacedemonios que no les era posible hablar ante el pueblo si querían hacer alguna concesión en vista del contratiempo sufrido, no fueran a perder prestigio ante sus aliados si su propuesta no era aceptada, y que además los atenienses no estaban dispuestos a acceder a sus proposiciones en términos moderados, se marcharon de Atenas sin conseguir ningún resultado.

23. Tan pronto como los embajadores lacedemonios llegaron a Esparta, quedó terminada la tregua de Pilos y los lacedemonios reclamaron las naves, conforme a lo convenido; pero los atenienses, alegando una incursión contra la fortaleza contraria al tratado y otras infracciones que no parecen de gran importancia, no se las devolvieron, argumentando que se había convenido que en caso de cualquier violación de la tregua, ésta quedaba concluida. Los lacedemonios protestaron, y quejándose de la mala fe ateniense en lo relativo a las naves regresaron a su campo y comenzaron la lucha. La batalla de Pilos era reñida con gran empeño por ambos bandos contendientes. Los atenienses hacían navegar de día constantemente en torno a la isla dos naves en sentido contrario; de noche establecían el bloqueo todas, excepto por la parte del mar libre cuando había viento; y les habían llegado de Atenas veinte naves para ayudar al bloqueo, de forma que el número total de ellas se elevó a sesenta. Los peloponesios por su parte estaban acampados en tierra firme y lanzaban ataques contra el

recinto fortificado, esperando que se presentara una ocasión favorable para salvar a sus soldados.

24. Por este tiempo, en Sicilia, los siracusanos y sus aliados reforzaron sus naves que guardaban Mesena con la otra escuadra que habían equipado y continuaron la guerra con Mesena como base; eran principalmente los locrios quienes les daban ánimos por su enemistad con los reginos, y se habían adelantado a invadir con su ejército completo el territorio de aquéllos. Quisieron probar fortuna en una batalla naval viendo que los atenienses disponían de pocas naves y sabedores de que el número mayor de ellas, que estaba destinado a Sicilia, bloqueaba Esfacteria. Tenían esperanza de someter fácilmente Region con sus tropas de tierra y con ayuda de un bloqueo naval si triunfaban con la escuadra, y también de que entonces se consolidara su situación; pues como el cabo de Region de Italia y la ciudad siciliana, de Mesena están próximos, los atenienses no podrían mantener allí su escuadra ni dominar el estrecho. Este estrecho está formado, por el brazo de mar que se extiende entre Region y Mesena, lugar por donde menos dista Sicilia del continente; es este paso el que se llama Caribdis, por donde se dice que Ulises pasó con sus naves. Por la estrechez del lugar y por confluir en el mismo punto aguas procedentes de dos grandes mares (el Tirreno y el de Sicilia) y de corriente impetuosa, tiene justamente fama de peligroso.

25. Así pues, fue en este estrecho donde los siracusanos y sus aliados, ya atardecido, se vieron obligados a librar batalla naval con poco más de treinta naves, por un barco de comercio que lo cruzaba, haciéndose a la mar para hacer frente a dieciséis naves atenienses y ocho reginas. Como fueran derrotados por los atenienses, se alejaron rápidamente y como pudo cada cual en dirección a sus campamentos [el de Mesena y el de Region], perdiendo una

nave; la acción fue interrumpida por la noche. Después de este combate, los locrios se retiraron del territorio de Region y las naves de los siracusanos y sus aliados se reunieron en el cabo Peloron de Mesena y anclaron junto a su ejército de tierra. Se dirigieron allí las escuadras ateniense y regina, y viendo las naves sin tripulación, se lanzaron contra ellas, pero perdieron una nave a la que los siracusanos echaron un garfio de hierro[14]; la tripulación se salvó a nado. Como posteriormente los siracusanos se embarcaran y navegaran siguiendo la costa y arrastrados por cables[15] en dirección a Mesena, los atenienses realizaron un segundo ataque, pero los siracusanos viraron hacia ellos y se adelantaron en la acometida, y aquéllos perdieron otra nave. De esta forma llegaron los siracusanos al puerto de Mesena sin llevar la peor parte ni en el viaje de vuelta ni en la batalla, que fue como se ha descrito. En tanto los atenienses, ante la noticia de que Camarina estaba a punto de ser entregada a los siracusanos por Arquias y su partido, partieron con la escuadra hacia allí; y mientras tanto los mesenios hicieron una expedición con todas sus fuerzas, al tiempo por tierra y con la escuadra, contra Naxos, la colonia calcídica vecina. En el primer día encerraron a los naxios en sus murallas y se dedicaron a devastar la comarca; y al siguiente recorrieron con las naves la región del río Acesines y asolaron la región, y al tiempo lanzaron por tierra un ataque contra la ciudad. Mientras tanto, los sículos de la montaña bajaron en gran número para unirse a la lucha contra los mesenios. Viéndolo los naxios, cobraron ánimos y exhortándose unos a otros con la noticia de que venían en su ayuda los leontinos y los demás griegos aliados, se lanzaron contra los mesenios en una salida repentina desde la ciudad y poniéndolos en fuga mataron a más de mil, retirándose los demás a duras penas hacia su ciudad, pues los bárbaros les salieron al encuentro en los caminos y mataron a la mayoría. Las naves anclaron

en Mesena y seguidamente se dispersaron en dirección a sus ciudades respectivas. Inmediatamente después, los leontinos y sus aliados hicieron en unión de los atenienses una expedición contra Mesena, a la que consideraban quebrantada; en el ataque que realizaron, los atenienses hicieron un intento con su escuadra por el lado del puerto, y el ejército de tierra lo hizo por el lado de la ciudad. Sin embargo, los mesenios y algunos locrios al mando de Demóteles, que después de la catástrofe habían sido llevados a la ciudad como guarnición, realizaron una salida y en un ataque repentino pusieron en fuga a la mayor parte del ejército de los leontinos y mataron a muchos de ellos. Viéndolo los atenienses, desembarcaron y fueron en su ayuda, y persiguieron de nuevo a los mesenios hacia la ciudad, pues se presentaron cuando aquéllos estaban en desorden; y después de levantar un trofeo se volvieron a Region. Posteriormente a esta acción, los griegos de Sicilia realizaron algunas expediciones terrestres unos contra otros sin intervención de los atenienses.

26. Todavía continuaban los atenienses el asedio de los lacedemonios de Esfacteria y el ejército peloponesio de tierra firme se mantenía en sus posiciones. El bloqueo resultaba molesto para los atenienses por falta de víveres y de agua, pues no había más fuente que una sola situada en la ciudadela de Pilos y ésta poco abundante, y la mayoría de los soldados escarbaban en la arena de la playa y bebían el agua propia de aquel lugar. Además, como acampaban en un espacio reducido, estaban poco holgados de sitio, y como las naves no tenían puerto, las tripulaciones tomaban la comida en tierra por turnos mientras el resto de las naves estaba anclado en alta mar[16]. Lo que mayor depresión producía en los atenienses era que la duración del asedio se prolongaba contra toda previsión, pues habían creído que podrían rendir a los espartanos en pocos días, dado que se

hallaban en una isla pequeña y sólo disponían de agua salobre. La causa de ello estaba en que los lacedemonios habían pedido voluntarios para llevar a la isla harina de trigo, vino, queso y los demás alimentos apropiados para un asedio; ofrecieron como recompensa mucho dinero y prometieron la libertad a los hilotas que hicieran entrar los víveres. En consecuencia, algunos voluntarios y los hilotas sobre todo los introducían corriendo el riesgo consiguiente; se hacían a la mar desde cualquier parte del Peloponeso y arribaban antes del amanecer a la parte de la isla que da al mar libre. Buscaban sobre todo ser arrastrados allí por la tempestad, pues cuando el viento soplaba del mar burlaban más fácilmente la vigilancia de los trirremes, ya que era imposible mantenerse al ancla alrededor de la isla, y los peloponesios iban sin preocuparse de salvar sus embarcaciones, pues las naves que encallaban estaban tasadas en dinero y los hoplitas montaban guardia en los lugares abordables de la isla. En cambio, los que corrían el riesgo con buen tiempo eran apresados. Además, iban a la isla atravesando el puerto unos hombres que nadaban bajo el agua, que con una cuerda remolcaban en cueros semilla de adormidera envuelta con miel y semilla triturada de lino; primero pasaban inadvertidos, pero luego se montó una vigilancia contra ellos. Lacedemonios y atenienses recurrían a toda clase de procedimientos, los unos para hacer llegar víveres a la isla y los otros para que los primeros no escaparan a su vigilancia.

27. Luego que llegó a Atenas la noticia de que el ejército estaba en situación apurada y entraban provisiones en la isla, los atenienses quedaron llenos de inquietud y de temor de que llegara el invierno sin haber acabado aún el bloqueo; pues veían que entonces les sería imposible llevar víveres al ejército por la vía marítima en torno al Peloponeso, ya que el ejército expedicionario ateniense se hallaba en un lugar

despoblado y ni siquiera en verano eran capaces de enviarle víveres suficientes, y que por otra parte no habría posibilidad de mantener el bloqueo en un lugar carente de puertos, sino que o bien aflojarían ellos la vigilancia y se salvarían los lacedemonios, o bien éstos lograrían escapar a favor del temporal en los barcos que les llevaban las provisiones. Sin embargo, su mayor preocupación era que pensaban que si los lacedemonios ya no les hacían proposiciones pacíficas era por tener algún motivo de confianza; y se arrepentían de no haber aceptado la paz. Y dándose cuenta Cleón de que le miraban con malos ojos por haber estorbado la conclusión de la paz, aseguraba que los que traían aquellas noticias no decían la verdad. Sin embargo, como los mensajeros invitaban a los atenienses a enviar una comisión de inspección si no creían en ellos, él mismo fue elegido inspector en unión de Teógenes. Y dándose cuenta de que se vería obligado a confirmar las palabras de los que había calumniado o a quedar por mentiroso si decía lo contrario, viendo que los atenienses estaban más animados que antes a emprender una expedición, les dio el consejo de que no debían enviar inspectores ni poner demoras dejando pasar la oportunidad, sino ir por los lacedemonios, si es que creían que las noticias eran ciertas. Al mismo tiempo hizo una alusión al general Nicias, hijo de Nicérato, como enemigo suyo que era y a manera de censura, diciendo que si los generales fueran hombres les sería fácil ir con sus fuerzas y aprisionar a los lacedemonios de la isla, y que él habría hecho esto si tuviera mando.

28. Entonces Nicias, como los atenienses se alborotaran un poco contra Cleón diciendo que por qué no iba si tan fácil le parecía, y como al tiempo se daba cuenta de que Cleón le estaba criticando, le invitó a que, por lo que de los generales dependía, tomara sobre sí la empresa con las fuerzas que

quisiera. Cleón pensó primero que Nicias le daba este permiso sólo por hablar y se mostró dispuesto a ello, pero dándose cuenta de que realmente tenía intención de transmitirle el mando, se echó atrás y dijo que el general no era él, sino Nicias, lleno ya de miedo y no creyendo que aquél llegara a cederle el mando. Sin embargo, Nicias volvió a invitarle y a renunciar al mando en la región de Pilos, poniendo por testigos a los atenienses. Y éstos, como suelen hacer las multitudes, cuanto más rehuía Cleón la expedición y retiraba sus palabras, tanto más animaban a Nicias a entregarle el mando, y gritaban a aquél que partiera con la escuadra; de forma que no pudiendo volverse atrás de lo que había ofrecido, aceptó el mando de la expedición y adelantándose dijo que no tenía miedo a los lacedemonios y que iría sin tropas de la ciudad y con los lemnios e imbrios que se hallaban en Atenas, los peltastas que habían acudido desde Eno y cuatrocientos arqueros de otros lugares; con estas tropas y los soldados de Pilos se comprometió a traer vivos a los lacedemonios o darles muerte allí mismo en el plazo de veinte días. A los atenienses les produjo cierta risa su presunción, pero, sin embargo, ésta resultó grata a los más cuerdos, pues pensaban que lograría una de estas dos venturas: o librarse de Cleón, que era lo que más esperaban, o, si se equivocaban, aprisionar a los lacedemonios.

29. Cleón tomó en la Asamblea todas las disposiciones necesarias, y los atenienses le votaron para encargarse de la expedición; y después de elegir como colega a uno de los generales de Pilos, Demóstenes, se hizo a la mar rápidamente. El elegir a Demóstenes se debió a que se enteró de que proyectaba el desembarco en la isla. La razón era que los soldados, que lo pasaban mal por los inconvenientes de aquel paraje y que eran más sitiados que sitiadores, se inclinaban a correr aquel riesgo. También le dio ánimos el incendio de la isla. Antes, en efecto, estaba llena

de bosque, y carecía de caminos por haber estado siempre deshabitada, y Demóstenes tenía miedo y pensaba que ésta era una circunstancia que favorecía más bien a los enemigos, que podían causar daños desde lugares ocultos a un gran ejército que desembarcara. Escondidos en el bosque, sus errores y sus disposiciones militares no serían visibles en igual grado para los atenienses, mientras que los errores del ejército de éstos serían todos visibles, de forma que los lacedemonios podrían atacarles por sorpresa por donde quisieran, pues la iniciativa estaría en sus manos. En cambio, si él penetraba en un lugar lleno de vegetación para llegar al cuerpo a cuerpo, consideraba en situación ventajosa al ejército más pequeño, pero conocedor del terreno, sobre el mayor que no lo conocía; y pensaba además que el ejército ateniense sería destrozado antes de que nadie se diese cuenta, por la imposibilidad que existía de ver adonde había que acudir en socorro.

30. Era sobre todo por la catástrofe de Etolia, que en parte sucedió por causa del bosque, por lo que le venían estos pensamientos. Pero como los soldados atenienses se vieran obligados por la falta de espacio a detener sus naves en los puntos apartados de la isla para comer protegidos por centinelas, y uno de ellos incendiara involuntariamente un trozo de bosque y se levantara viento a continuación, la mayor parte de Esfacteria se quemó antes de que los lacedemonios se apercibieran de ello. Fue entonces cuando Demóstenes, dándose cuenta de que los lacedemonios eran más de los que pensaba —antes creía que los víveres que enviaban a Esfacteria eran para un número menor de hombres— y de que la isla era más accesible para un desembarco de lo que creía, se dedicó a preparar la empresa —que consideraba merecedora de que se tomara con más empeño— haciendo venir un ejército integrado por los aliados de las ciudades más cercanas y tomando las demás

medidas necesarias. En tanto Cleón, después de enviar un mensajero anunciando su llegada, se presentó en Pilos con el ejército que había pedido. Reunidos los dos ejércitos, enviaron primeramente un heraldo al campamento lacedemonio del continente invitándoles a que, si querían, ordenaran a sus soldados de la isla entregarse con las armas sin luchar, con la condición de que habían de recibir buen trato como prisioneros hasta que se llegara a un acuerdo sobre la cuestión principal.

31. Los lacedemonios no aceptaron la propuesta y los atenienses se mantuvieron en calma todavía un día, pero al siguiente se hicieron a la mar de noche embarcando en unas pocas naves a todos los hoplitas, y poco antes del amanecer desembarcaron por los dos lados de la isla, esto es, por el que mira al mar abierto y por el del puerto; eran unos ochocientos hoplitas, que se dirigieron a la carrera contra el primer puesto de guardia de la isla. La distribución de los efectivos lacedemonios era como sigue. En este puesto de guardia había unos treinta hoplitas, mientras que el mayor número de ellos con su jefe Epitadas ocupaban la parte central y más llana de la isla, que estaba inmediata al manantial de agua; y una tropa poco numerosa defendía el extremo de la isla que mira a Pilos, que era escarpado desde el lado del mar y difícil de tomar desde tierra, pues había allí una antigua fortificación construida con piedras amontonadas, que los lacedemonios esperaban les fuese de utilidad si sobrevenía una retirada ante fuerzas superiores. Ésta era la distribución de las fuerzas lacedemonias.

32. Los atenienses destrozaron inmediatamente a los hombres del primer puesto que atacaron, al sorprenderlos aún acostados o cogiendo las armas y pasarles inadvertido el desembarco, pues habían creído que las naves atenienses se dirigían como de costumbre a establecer el bloqueo nocturno. Al amanecer desembarcó a su vez el resto del

ejército, o sea todos los hombres de un número de naves poco superior a setenta, con excepción de los remeros del primer banco, armados de diversas formas, y además ochocientos arqueros, un número no inferior de soldados de infantería ligera y los mesenios que habían acudido, junto con todo el ejército concentrado en Pilos excepto los defensores de la fortaleza. Según las disposiciones de Demóstenes se distribuyeron en cuerpos de doscientos hombres o más, y a veces menos, y ocuparon los lugares más elevados, a fin de que los enemigos, cercados por todas partes, se vieran en el mayor aprieto posible y no supieran a quiénes hacer frente, sino que quedaran envueltos por fuerzas superiores, siendo alcanzados por los proyectiles de los de detrás si atacaban a los delante, y por los del lado opuesto si atacaran a los de un flanco. Además, todo estaba dispuesto de forma que por dondequiera que avanzaran los lacedemonios siempre tuvieran a la espalda tropas ligeras, precisamente las más difíciles de combatir por defenderse desde lejos con flechas, dardos, piedras y hondas. Ni siquiera acercárseles era posible, pues su huida era una victoria, y cuando el enemigo se retiraba se le echaban encima. Con este plan proyectó Demóstenes el desembarco y lo llevó a cabo en la práctica.

33. Las tropas de Epitadas y el grueso del ejército de la isla, al ver que el primer puesto de guardia había sido aniquilado y que un ejército enemigo avanzaba en la isla contra ellos, formaron sus cuadros y se dirigieron al encuentro de los hoplitas atenienses con intención de llegar al cuerpo a cuerpo; pues estos hoplitas se habían situado frente a ellos, y a los lados y a la espalda los soldados de infantería ligera. Sin embargo, los lacedemonios no pudieron establecer contacto con los hoplitas ni sacar partido de su experiencia militar, porque las tropas ligeras les lanzaban proyectiles desde ambos lados y les estorbaban la marcha, y

además los hoplitas no marchaban a su encuentro, sino que se mantenían quietos. Los lacedemonios ponían en fuga a los soldados de infantería ligera en los lugares en que más les acosaban en sus ataques; pero ellos se volvían y proseguían la lucha como hombres que estaban armados ligeramente y que en la huida tomaban fácilmente la delantera por ser el terreno difícil y además sin caminos, debido a que la isla estaba antes despoblada; en un terreno así los lacedemonios, con sus armas pesadas, no podían perseguirlos.

34. Así pues, durante un espacio de tiempo lucharon de esta manera, lanzándose armas arrojadizas; pero como los lacedemonios no pudieran ya acudir en una rápida carrera a los puntos donde les atacaban, dándose cuenta los soldados de infantería ligera de que se defendían ahora con menos vigor y cobrando plena confianza ante la contemplación de la propia superioridad numérica (aparte de que estaban más hechos a que ya no les parecieran tan temibles los lacedemonios por no haber sufrido inmediatamente pérdidas como las que esperaban cuando embarcaron con el ánimo acobardado porque iban a luchar contra ellos), se llenaron de menosprecio, se lanzaron todos juntos contra los lacedemonios dando gritos, y les disparaban piedras, flechas y dardos según lo que cada uno tenía a mano. Y como el griterío fue simultáneo con el ataque, los lacedemonios, que no tenían costumbre de aquel género de lucha, se llenaron de turbación, y las cenizas del reciente incendio del bosque se elevaban en grandes nubes, siendo imposible ver lo que sucedía delante de uno por las flechas y piedras arrojadas por muchos soldados a la vez en medio de la polvareda de ceniza. La situación se hizo crítica entonces para los peloponesios. En efecto, las corazas de fieltro eran incapaces de detener las flechas, y los dardos quedaban allí clavados, rota la punta, cuando los soldados eran

heridos[17]; y los lacedemonios estaban reducidos a la impotencia, pues no podían ver lo que tenían delante, no oían las órdenes que se les daban debido al griterío de los enemigos, que no las dejaba oír, y ante el peligro que les acechaba por todas partes desesperaban de hallar una manera de defenderse y salvarse.

35. Finalmente, heridos ya muchos de los lacedemonios por operar siempre en el mismo lugar, se retiraron en formación compacta en dirección al reducto del extremo de la isla, que estaba poco distante, y a su propia guarnición. Al verles retirarse, las tropas ligeras atenienses, encorajinadas, se les echaron encima con un griterío todavía mayor, y cuantos lacedemonios quedaban copados en la retirada, perecían; pero el grueso de las tropas logró alcanzar el reducto y se distribuyeron en unión de la guarnición a lo largo de toda la fortificación para defender los lugares por donde era expugnable. Los atenienses, que les siguieron, no tenían posibilidad de rodearlos y cercarlos por las dificultades naturales de la posición, e intentaban hacerles retroceder atacándoles de frente; de esta forma durante mucho tiempo —la mayor parte del día— unos y otros se mantuvieron firmes, aunque sufrían por la batalla, la sed y el sol, intentando los atenienses arrojar a los lacedemonios de la altura, y éstos mantenerse allí; pero los lacedemonios se defendían con más facilidad que antes, por no haber posibilidad de envolverlos por los lados.

36. Viendo que no se llegaba a una decisión, el jefe de los mesenios se dirigió a Cleón y Demóstenes y les dijo que estaban tomándose mucho trabajo sin necesidad, y que él creía que sería capaz de entrar al asalto en el fuerte si le daban una parte de los arqueros y de las tropas ligeras para caer por la espalda sobre los lacedemonios por algún camino que él encontraría. Y haciéndose cargo de las tropas que había pedido, se puso en marcha desde un lugar que los

lacedemonios no podían ver, avanzó por donde se lo permitía el gran número de barrancos de la isla y por el lugar en que los lacedemonios, confiados en la dificultad del terreno, no habían montado guardia, y de este modo, aunque con apuros y difícilmente, se situó a sus espaldas sin ser visto, y apareciendo de repente en la altura detrás de ellos, les llenó de terror por la sorpresa que les produjo y prestó mucho mayor ánimo a los atenienses cuando contemplaron lo que estaban esperando. Los lacedemonios, alcanzados ahora por los proyectiles por los dos lados y puestos en la misma situación de las Termópilas, por comparar una cosa pequeña con otra grande (pues aquéllos fueron destrozados al envolverlos los persas por un sendero y éstos igual), como quedaron expuestos desde dos direcciones a los proyectiles enemigos, ya no continuaron haciendo frente, sino que, inferiores en número y debilitados por la falta de víveres, comenzaron a retirarse, y los atenienses quedaron dueños de los accesos de la fortificación.

37. Al darse cuenta Cleón y Demóstenes de que si los lacedemonios retrocedían un poco más, serían destrozados por su ejército, hicieron cesar la batalla y contuvieron a sus soldados, queriendo llevar vivos los lacedemonios a los atenienses si al oír el anuncio del heraldo se amoldaban [a entregar las armas] y se doblegaban a su infortunio; y así, les requirieron por un heraldo a que se entregaran con sus armas a los atenienses, si querían, quedando a discreción de lo que aquéllos decidieran.

38. Al oírlo, los más arrojaron los escudos y agitaron las manos haciendo señal de aceptar la propuesta. A continuación tuvo lugar una tregua, y se entrevistaron Cleón y Demóstenes y, por parte de los lacedemonios, Estifón, hijo de Fáraque, pues de los jefes anteriores, el primero, Epitadas, había muerto, e Hipágreto, que había sido elegido

después de él, yacía todavía vivo entre los cadáveres como si estuviera muerto; Estifón había sido elegido, conforme a la costumbre, para mandar en tercer lugar, si aquéllos morían. Estifón y los suyos dijeron que querían enviar un heraldo a los lacedemonios del continente para consultarles qué debían hacer. Los atenienses no dejaron salir a nadie, sino que ellos mismos hicieron venir heraldos del continente, y después de dos o tres consultas, el último lacedemonio que vino del continente, anunció: «Los lacedemonios os dan atribuciones para que seais vosotros los que decidáis vuestra suerte sin cometer ningún acto desonroso». Deliberaron, pues, entre sí y se entregaron con sus armas. Los atenienses les tuvieron bajo guardia durante aquel día y la noche siguiente; y al otro día levantaron un trofeo en la isla y tomaron todas las disposiciones para partir, distribuyendo a los trierarcos los prisioneros para su custodia; los lacedemonios enviaron un heraldo y recogieron sus muertos. El número de los que murieron y fueron hechos prisioneros en la isla es el siguiente: en total pasaron a la isla cuatrocientos veinte hoplitas; de éstos fueron llevados vivos a Atenas doscientos noventa y dos y los demás murieron. De estos prisioneros eran espartanos[18] unos ciento veinte. De los atenienses no murieron muchos, porque la batalla no fue librada a pie firme.

39. La duración del sitio de los lacedemonios en la isla desde el combate naval hasta la batalla librada en la misma, fue de setenta y dos días. De éstos, fueron aprovisionados durante unos veinte, en los cuales estuvieron ausentes los embajadores para tratar la conclusión de la paz, y durante los demás se alimentaban de los víveres que entraban clandestinamente. Sin embargo, había en la isla cierta cantidad de trigo, y fueron encontrados también otros alimentos, pues el general en jefe Epitadas daba a cada soldado menos de lo que permitían las existencias.

Finalmente, atenienses y peloponesios se retiraron de Pilos con su ejército en dirección a sus países respectivos, y la promesa de Cleón, aunque disparatada, se cumplió, pues llevó prisioneros a los lacedemonios antes de veinte días, como había ofrecido.

40. Fue ésta la acción que mayor sorpresa causó a los griegos durante esta guerra, pues creían que los lacedemonios no depondrían las armas ni por hambre ni por ninguna otra contingencia, sino que morirían con ellas en la mano y luchando hasta el límite de sus fuerzas; y dudaban de que los prisioneros fueran iguales que los muertos. Como posteriormente uno de los aliados de los atenienses preguntara a uno de los prisioneros de la isla [para humillarle] si sus muertos eran cumplidos ciudadanos, aquél le respondió que el *átraktos*[19] sería una cosa valiosísima —designando así la flecha— si distinguiera a los valientes, haciendo ver así que el que era alcanzado por las piedras y disparos de arco, perecía.

41. Llevados a Atenas los prisioneros, los atenienses decidieron tenerlos encadenados hasta llegar a un convenio pacífico, y en el caso de que los peloponesios hiciesen antes alguna incursión contra el Ática, darles muerte. Además, dejaron en Pilos una guarnición, y los mesenios de Naupacto, considerando Pilos como su patria —pues está situada en el territorio de la antigua Mesenia— enviaron allí a sus mejores soldados y se dedicaron a hacer pillaje en Laconia, ocasionando grandes daños por causa de hablar el mismo dialecto. Los lacedemonios, que hasta entonces no sabían nada del pillaje y de este género de guerra, como los hilotas se fugaban a Pilos y tenían miedo de que se produjera en el país una revolución de más importancia, lo sufrían malamente y, aunque no querían que los atenienses se enterasen, enviaban embajadas a los mesenios y se esforzaban por recobrar Pilos y los hilotas fugados. Pero los

mesemos tenían mayores ambiciones, y aunque los lacedemonios fueron muchas veces, les despidieron sin ceder a sus pretensiones. Éstos son los sucesos acaecidos en Pilos.

42. Durante este mismo verano, inmediatamente después de estos hechos de guerra, los atenienses hicieran una expedición contra el territorio de Corinto con ochenta naves y dos mil hoplitas de su ejército y con doscientos jinetes llevados en naves especiales para el transporte de caballos; iban con ellos sus aliados los milesios, andrios y caristios; y mandaba las fuerzas Nicias, hijo de Nicérato, en unión de otros dos generales. Se hicieron a la mar y al amanecer desembarcaron entre el Quersoneso[20] y el arroyo Rito, en un punto de la playa que está situado al pie del monte Soligea, sobre el cual se asentaron antiguamente los dorios y hacían la guerra a los corintios de la ciudad, que eran eolios[21]; y ahora hay en él una aldea llamada Soligea. La aldea dista doce estadios de esta playa donde arribaron las naves, la ciudad de Corinto sesenta y el Istmo veinte. Los corintios se enteraron con mucha anticipación por noticias de Argos de que iba a venir el ejército ateniense, y marcharon todos al Istmo para defenderlo, excepto los que viven al norte de él; además, les faltaban quinientos soldados que estaban de guardia en Ampracia y Léucade. El resto estaba a la expectativa para ver dónde desembarcarían los atenienses. Así pues, cuando éstos desembarcaron de noche pasando inadvertidos y los corintios vieron las señales con que les era anunciada la noticia, dejaron en Quencrea la mitad de sus hombres por si acaso los atenienses marchaban contra Cromión, y salieron rápidamente a su encuentro.

43. Bato, uno de sus dos generales —pues dos eran los que estuvieron en la batalla—, se puso al frente de una compañía y fue a la aldea de Soligea para defenderla, ya

que estaba sin fortificar, mientras que Licofrón entró en combate con el resto. Primeramente los corintios atacaron delante del Quersoneso al ala derecha ateniense, que acababa de desembarcar, lanzándose después también contra el resto del ejército. La batalla era violenta y toda cuerpo a cuerpo. El ala derecha, formada por atenienses y caristios —éstos estaban colocados los últimos—, hizo frente a los corintios y los rechazó con apuros; pero éstos se retiraron a unos zarzales (pues toda la comarca era escarpada), y después de arrojarles piedras desde aquella posición dominante y de entonar un peán, se lanzaron de nuevo contra ellos, y como los atenienses les hicieran frente, de nuevo tuvo lugar una lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, una compañía corintia que fue en ayuda de su ala izquierda, puso en fuga al ala derecha de los atenienses y la persiguió hasta la orilla del mar; pero los atenienses y caristios se volvieron de nuevo contra ellos desde las naves. El resto de ambos ejércitos continuaba luchando sin interrupción, pero sobre todo el ala derecha de los corintios, en que estaba Licofrón y que se hallaba a la defensiva frente al ala izquierda ateniense, pues los corintios esperaban que los atenienses hicieran una intentona contra la aldea de Soligea.

44. Así pues, durante mucho tiempo estas dos alas mantuvieron sus posiciones sin retirarse ni unos ni otros ante el enemigo; pero después los corintios comenzaron la fuga —pues a los atenienses les resultaba muy útil la ayuda de la caballería, ya que los corintios no tenían caballos— y se retiraron a la colina, donde hicieron alto y ya no bajaron, sino que se mantuvieron quietos. En esta huida, que se produjo en el ala derecha, murieron la mayoría de ellos, incluido Licofrón, su general. El resto del ejército, al verse forzado a retroceder, se retiró a las alturas y tomó en ellas posiciones de esta misma manera, o sea, sin que tuviera

lugar una gran persecución ni una huida precipitada. Los atenienses, al no lanzarse ya los corintios sobre ellos para entablar batalla, se dedicaron a despojar los cadáveres y recoger sus muertos, e inmediatamente levantaron un trofeo. La otra mitad de los corintios, que estaban en Quencrea de guardianes para que los atenienses no se lanzaran contra Cromión, no se enteraron de la batalla por causa del monte Oneon; pero cuando vieron una polvareda y se dieron cuenta de ello, marcharon rápidamente como refuerzo. Cuando se enteraron de lo ocurrido, también acudieron los corintios de más edad que habían quedado en la ciudad. Y viendo los atenienses que todas aquellas tropas se les venían encima, y creyendo que eran refuerzos de los peloponesios vecinos de Corinto que acudían, se retiraron precipitadamente hacia la escuadra con los despojos cogidos y con sus muertos a excepción de dos, que dejaron porque no pudieron encontrarlos. Se embarcaron, pues, los atenienses y se dirigieron a las islas vecinas; y desde ellas enviaron un heraldo y recobraron en virtud de una tregua los muertos que dejaron. Murieron en la batalla doscientos doce corintios y un poco menos de cincuenta atenienses.

45. Aquel mismo día la escuadra ateniense partió de las islas y se dirigió a Cromión, en el territorio de Corinto; su distancia de Corinto es de ciento veinte estadios. Anclando allí, devastaron la campiña y pasaron la noche en tierra. Al día siguiente navegaron primero a lo largo de la costa hacia el territorio de Epidauro e hicieran un desembarco; de allí llegaron a Metana, ciudad situada entre Epidauro y Trozene, donde cerraron con un muro el istmo de la península [en que está Metona[22]]. Construyeron allí un fuerte y desde entonces se dedicaron a devastar la campiña de Trozene, Halieis y Epidauro. Una vez que fortificaron aquel lugar, partieron con la escuadra hacia Atenas.

46. Por las mismas fechas en que estas cosas sucedieron, Eurimedonte y Sófocles, después que partieron de Pilos en dirección a Sicilia con la escuadra ateniense, llegados que fueron a Corcira hicieron en unión de los de la ciudad una expedición contra los corcirenses que se habían apoderado del monte Istona, los cuales habían pasado a la isla después de las luchas civiles y dominaban la comarca, donde causaban grandes daños. En su ataque tomaron el fuerte y sus defensores huyeron en masa hacia una altura y consintieron en entregar sus tropas auxiliares y en que ellos mismos rendirían las armas y la Asamblea Popular ateniense decidiría su suerte. Los generales les llevaron en virtud de este acuerdo a la isla de Ptiquia para ser custodiados hasta el momento de ser enviados a Atenas y con la condición de que si alguno de ellos era sorprendido intentando fugarse, quedara roto el convenio para todos. Pero los jefes del partido popular corcirense, temiendo que los atenienses no los condenaran a muerte cuando llegaran, tramaron la siguiente maquinación: intentaron persuadir a unos pocos de los de la isla[23], enviándoles secretamente amigos suyos y aconsejando a éstos, como si les hablaran movidos por sentimientos amistosos, que dijeran a aquellos que lo mejor era escaparse cuanto antes y que ellos les procurarían un barco; porque los generales atenienses iban a entregarlos al partido popular corcirense.

47. Y como los de la isla se dejaran convencer y cuando aquéllos les procuraron el barco fueran hechos prisioneros, quedó roto el convenio y fueron entregados todos a los corcirenses. Quienes contribuyeron mucho a este final, haciendo que el pretexto resultara verosímil y que los que idearon la treta la pusieran en práctica con menos temor, fueron los generales atenienses, a quienes se les traslucía que no querían que los prisioneros fueran llevados a Atenas por otros —pues ellos estaban de paso para Sicilia— e

hiciesen recaer sobre los que los condujeran la gloria consiguiente. Los corcirenses se hicieron cargo de ellos y los encerraron en una gran prisión, y posteriormente les sacaban de veinte en veinte por en medio de dos filas de hoplitas alineados a ambos lados, yendo atados unos con otros y siendo golpeados y heridos por los de las filas cuando uno veía a algún enemigo suyo; iban con ellos soldados armados de látigos que hacían andar más de prisa a los que se retrasaban.

48. De esta manera sacaron y mataron a unos sesenta hombres sin que los de la prisión se enteraran (pues creían que los sacaban para trasladarlos a algún otro sitio); pero cuando se dieron cuenta y alguien les dio noticia de ello, clamaban por la presencia de los atenienses y les pedían que los mataran si querían, y en adelante se negaron a salir de la prisión y dijeron que no tolerarían que nadie entrara, si podían. Los corcirenses no pensaban por su parte penetrar a la fuerza por la puerta, sino que subiendo al tejado [de la cárcel] y agujereando el techo, comenzaron a arrojarles tejas y a disparar con sus arcos hacia abajo. Los prisioneros se resguardaban como podían y simultáneamente los más de ellos se suicidaban clavándose en la garganta las flechas que lanzaban los de arriba y ahorcándose con las cuerdas de unas camas que tenían y con tiras que hacían de sus vestidos. De mil maneras distintas estuvieron matándose a sí mismos y siendo alcanzados por los proyectiles de los de arriba durante la mayor parte de la noche, que cayó en medio de aquel horror; de suerte que fueron aniquilados. Cuando se hizo de día, los corcirenses los colocaron en carros en varias capas entrecruzadas, y los sacaron fuera de la ciudad. A las mujeres que fueron cogidas en el fuerte, las redujeron a esclavitud. De esta manera perecieron a manos del pueblo los corcirenses del monte y este fue el final de las enconadas luchas civiles, al menos por la duración de esta

guerra, pues a uno de los dos bandos no le quedaba ya fuerza alguna digna de consideración. Con esto, los atenienses se hicieron a la mar en dirección a Sicilia, que era su punto de destino, y allí continuaron la guerra en unión de sus aliados de aquella región.

49. Al finalizar el verano, los atenienses de Naupacto y los acarnanios hicieron una expedición y tomaron por traición Anactorion, colonia corintia que está situada en la boca del golfo de Ampracia; y los acarnanios se posesionaron del lugar enviando colonos procedentes de todas sus ciudades. Así acabó el verano.

50. En el invierno siguiente, Arístides, hijo de Arquipo, uno de los comandantes de las naves atenienses encargadas de cobrar los tributos, que habían sido enviadas a los aliados, cogió prisionero en Eón, en el Estrimón, al persa Artafernes, que se dirigía a Lacedemonia enviado por el Rey. Una vez llevado a Atenas, los atenienses se hicieron traducir la carta de los caracteres asirios[24] y la leyeron; además de otras muchas cosas que contenía, lo más importante que decía a los lacedemonios era que el Rey no sabía lo que querían, pues aunque le llegaban muchos embajadores, ninguno decía lo mismo; así pues, si querían hacerle alguna propuesta definida, que le enviaran unos embajadores acompañando al persa. Los atenienses enviaron más tarde a Artafernes a Éfeso en un trirreme y acompañado de embajadores; y éstos, al enterarse allí de que el rey Artajerjes, hijo de Jerjes, acababa de morir (pues murió por estas fechas), se volvieron a Atenas.

51. En este mismo invierno los quiotas derribaron sus nuevas murallas por orden de los atenienses, que sospechaban en ellos propósitos subversivos; sin embargo, dieron a los atenienses promesa y amplias seguridades de que no tomarían la determinación de sublevarse. Y acabó el

invierno, concluyendo el séptimo año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

52. Al comienzo del verano siguiente hubo un eclipse de sol en la época de la luna nueva[25] y dentro de la primera decena del mismo mes hubo un terremoto. Por entonces los desterrados de Mitilena y del resto de Lesbos conquistaron Reteon, partiendo del continente en su mayoría y tomando a su servicio tropas mercenarias procedentes del Peloponeso y levando otras allí mismo; y devolvieron de nuevo la ciudad sin causar ningún mal por un precio de dos mil estateros focenses[26]; a continuación marcharon contra Antandron y tomaron la ciudad gracias a una traición. Su plan era liberar Antandron y las restantes ciudades acteas, como eran llamadas[27], que hasta entonces estaban en manos de los atenienses, aunque las habitaban los mitilenios; también proyectaban fortificar dicha ciudad, pues allí era fácil construir naves (ya que había abundante madera y el Ida estaba próximo), así como otros equipos militares; y, finalmente, tomarla como base para con toda facilidad dedicarse al pillaje en Lesbos, que está próxima, y someter las ciudades eolias del continente. Éstos eran los designios que tenían.

53. En tanto, en este mismo verano los atenienses hicieron una expedición contra Citera con sesenta naves, dos mil hoplitas y unos pocos jinetes, acompañados de los milesios y algunos otros aliados; mandaban la expedición Nicias, hijo de Nicérato, Nicóstrato, hijo de Diítrefes, y Antocles, hijo de Tolmeo. Citera es una isla próxima a Laconia y situada enfrente de Malea; sus habitantes son periecos lacedemonios y anualmente iba allí de Esparta un magistrado llamado citerodica[28]; además, enviaban siempre una guarnición de hoplitas y se preocupaban mucho de la isla, pues les servía de escala para los barcos mercantes procedentes de Egipto y Libia, y además gracias

a ella los piratas molestaban menos el territorio de Laconia desde el mar, que es por donde únicamente podía ser atacada; pues se adentra toda en los mares siciliano y cretense.

54. Desembarcaron, pues, los atenienses con su ejército; y con diez naves y dos mil hoplitas milesios tomaron la ciudad litoral llamada Escandea, mientras que con el resto del ejército desembarcaron en la parte que mira al cabo Malea y marcharon contra la ciudad [litoral][29] de Citera, encontrando inmediatamente a todo el ejército enemigo acampado. Se entabló el combate y durante un breve espacio los citerenses resistieron, pero después volvieron la espalda y se refugiaron en la ciudad del interior[30]; posteriormente concertaron con Nicias y los otros jefes una capitulación para entregarse a los atenienses, con la condición de que respetaran sus vidas. Antes de esto había habido unas conversaciones entre Nicias y algunos citerenses, razón por la cual lograron un convenio más de prisa y en forma más conveniente para el presente y el futuro; pues en otro caso los atenienses hubieran deportado a los citerenses, siendo como eran lacedemonios y dado que la isla está tan próxima a Laconia. Después de la rendición, los atenienses tomaron posesión de Escandea, la ciudad situada junto al puerto, y pusieron una guarnición en Citera; seguidamente se hicieron a la mar contra Asina y Helos y la mayor parte de las plazas del litoral de Laconia, y devastaron la campiña durante unos siete días realizando desembarcos y pasando la noche en los lugares oportunos.

55. Los lacedemonios en tanto, viendo a los atenienses dueños de Citera y esperando que también en su territorio hicieran desembarcos de aquella especie, no se enfrentaron con ellos en ningún lugar con la totalidad de sus fuerzas, pero enviaron guarniciones a diversos puntos de su territorio, esto es, un número diferente de hoplitas según era

preciso para cada lugar; y aparte de esto tornaban grandes precauciones, temiendo alguna novedad desagradable de orden interno[31] ahora que había ocurrido la inesperada y terrible catástrofe de Esfacteria, que estaban ocupadas Pilos y Citera, y que por todas partes les amenazaba una guerra rápida e imprevisible; hasta tal punto, que contra su costumbre equiparon cuatrocientos jinetes y cierto número de arqueros y estaban más indecisos que nunca en la dirección de la guerra, porque contra su tradicional manera de luchar estaban empeñados en una guerra naval, y precisamente contra los atenienses, a quienes el no tomar la iniciativa hacía siempre desesperar del triunfo. Al mismo tiempo, los reveses de la fortuna que inesperadamente les habían sobrevenido en gran número y en breve tiempo, les producían el mayor estupor, y temían que les volviera a acaecer otra desgracia como la de la isla; debido a ello iban con menos resolución al combate y cualquier cosa que hicieran creían que iban a errarla, pues habían perdido la confianza en sí mismos por su falta de costumbre de llevar la peor parte.

56. Así pues, cuando se realizaba algún desembarco delante de una guarnición dada, generalmente no reaccionaban ante los atenienses, que se dedicaban por entonces a devastar el litoral; pues pensaban que eran inferiores en número, y estaban en el estado de espíritu descrito; tan sólo una guarnición, la que resistió junto a Cotirta y Afrodisia, sembró mediante una incursión el pánico entre las tropas ligeras atenienses, que estaban desperdigadas, pero al hacerle frente los hoplitas, se retiró de nuevo, muriendo unos pocos de los soldados que la componían y siendo cogidas sus armas; los atenienses levantaron un trofeo y se hicieron a la mar en dirección a Citera. De allí costearon hasta Epidauro Limera, y devastando una parte de su campiña llegaron a Tirea, que

está en la región denominada Cinuria y es fronteriza de Argos y Laconia. Los lacedemonios, que la poblaban, se la entregaron para su habitación a los eginetas expulsados de su patria, en agradecimiento a los servicios que les habían prestado en la época del terremoto y de la sublevación de los hilotas, y además de que, aunque vasallos de los atenienses, siempre habían estado de su lado.

57. Estando aún en camino la escuadra ateniense, los eginetas abandonaron la muralla que estaban construyendo junto al mar, y se retiraron hacia la ciudad del interior, en la cual vivían y que distaba unos diez estadios del mar. Una de las guarniciones lacedemonias de la comarca, que les ayudaba a construir la muralla, no quiso entrar con ellos dentro del recinto fortificado aunque los eginetas se lo pidieron, pues les parecía peligroso dejarse encerrar en la plaza; así pues, se retiraron hacia las alturas y se mantuvieron inactivos por no considerarse en condiciones de combatir. En tanto, los atenienses desembarcaron y avanzando con todo su ejército, tomaron Tirea. Incendiaron la ciudad y destruyeron todo lo que había dentro, y regresaron a Atenas con los eginetas que no habían perecido en la lucha y con el comandante lacedemonio que estaba a su lado[32], Tántalo, hijo de Patrocles; pues fue herido y hecho prisionero. También se llevaron a unos pocos citerenses, que pareció conveniente alejar de su patria por razones de seguridad. Los atenienses decidieron deportar a estos últimos a las islas y que los demás citerenses permanecieran en su patria y pagaran un tributo de cuatro talentos; acordaron también dar muerte a todos los eginetas prisioneros por su eterno odio contra Atenas, y encadenar a Tántalo con los demás lacedemonios [los de la isla].

58. Durante este mismo verano se negoció una tregua entre Camarina y Gela; y después se reunieron también en Gela los demás sicilianos (una delegación de cada ciudad) e

iniciaron conversaciones para ver si lograban reconciliarse. Y, dejando otras muchas opiniones que se dieron en ambos sentidos, exponiendo divergencias de opinión y peticiones diversas según que cada cual creía salir perjudicado, Hermócrates, hijo de Hermón, siracusano, que fue quien más les convenció, sirviendo los intereses comunes pronunció un discurso semejante a éste:

59. «Os voy a hablar, sicilianos, como representante de una ciudad que no es la más pequeña ni la que más sufre por la guerra, y para exponer ante todos el partido que me parece más ventajoso para Sicilia entera. ¿Para qué voy a extenderme sobre la dureza de la guerra exponiendo todos sus males ante vosotros que los conocéis? Nadie se ve forzado a ella por desconocimiento de la misma, ni se echa atrás por miedo si cree que va a obtener algún beneficio. Lo que ocurre es que a los unos los beneficios les parecen mayores que los males y que los otros quieren correr los peligros antes que consentir en el presente una humillación; pero si unos y otros siguen estas maneras de conducirse en un momento inoportuno, son provechosos los consejos de paz. Si nos persuadimos ahora de ello, nos sería utilísimo: porque, así como en un principio hemos entrado en guerra pretendiendo cada uno salvaguardar nuestros intereses, debemos ahora procurar reconciliarnos mediante el cambio de opiniones; y si no es posible que cada cual logre sus justas aspiraciones antes de regresar a su patria, lucharemos de nuevo.

60. Sin embargo, hay que reconocer que si somos cuerdos, esta reunión no versará solamente sobre los intereses particulares, sino sobre la posibilidad de salvar todavía a Sicilia entera, atacada insidiosamente en mi opinión por los atenienses, y de penetrarnos de la idea de que los atenienses son unos mediadores con mucho mayor poder persuasivo que mis palabras, pues, dueños del mayor

poderío militar de Grecia, están al acecho de nuestros errores con unas pocas naves, y con el nombre respetable de una alianza tratan con bellas apariencias de tornar en beneficio propio su odio innato contra nosotros. Dado que al emprender la guerra les hemos llamado en nuestra ayuda —¡a ellos que intervienen aunque no los llamen!—, y que nos causamos perjuicio a nosotros mismos con nuestro propio dinero y al tiempo les facilitamos el camino del imperio sobre nosotros, es lógico que cuando nos vean agotados, vengan con mayores fuerzas e intenten someter todo este país.

61. Nosotros por el contrario, si somos prudentes, debemos traer aliados en nuestra ayuda y buscarnos peligros con el fin de conquistar territorios ajenos y no con el de perder los propios; y considerar que son las luchas intestinas las que mayor daño causan a los estados, y más a Sicilia, cuyos habitantes somos atacados en la totalidad mientras nos hallamos divididos en bandos que integran a las diferentes ciudades. Es preciso que, dándonos cuenta de esto, nos reconciliemos los particulares y las ciudades e intentemos salvar a Sicilia entera, y que a nadie se le ocurra pensar que, de entre nosotros los sicilianos, los dorios son enemigos de los atenienses, pero que las ciudades calcídicas están seguras por su sangre jónica. Porque los atenienses no atacan a Sicilia por estar poblada por dos razas y por odio contra una de ellas, sino porque codician sus riquezas, que poseemos en común. Esto es lo que han dejado ver con la llamada de los calcídeos: sin que éstos les hubieran ayudado nunca en virtud de la alianza, con todo ardor han cumplido con ellos su obligación, excediéndose de lo exigido por el pacto. Sin embargo, es muy disculpable que los atenienses obren de esta forma ambiciosa y solapada, y no critico a los que quieren someter a otros, sino a los que están dispuestos a prestarles vasallaje; porque la naturaleza

humana siempre ha consistido en imperar sobre el débil y defenderse del opresor. En cambio, los que conociendo estas circunstancias no tomamos las lógicas precauciones ni consideramos cada uno lo más importante eliminar todos juntos el peligro común, cometemos un error. Como más de prisa nos libraríamos de este peligro es si nos pusiéramos de acuerdo entre nosotros; porque los atenienses no se lanzan contra nosotros desde su propio territorio, sino desde el de los que les han llamado. De esta forma, no pondremos término a la guerra con la guerra, sino que con toda facilidad daremos fin a nuestras diferencias con la paz, y esos aliados que han venido de mala fe, pero con un pretexto honesto, marcharán sin lograr nada, pero con una justificación que dar.

62. Tan grande es el beneficio que cosecharemos en lo concerniente a los atenienses si tomamos una resolución acertada; y, por otra parte, ¿por qué no vamos a implantar entre nosotros esa paz que todos concuerdan en que es la cosa mejor de todas? O, si alguno posee algún bien preciado o padece una adversidad, ¿no os parece que la paz y no la guerra es capaz de hacer cesar para cada cual esta última y conservarle el primero? ¿No os parece que la paz procura honores y glorias menos peligrosos y otras ventajas que sólo en un largo discurso podrían exponerse [igual que lo relativo a la guerra]? Debéis considerar esto y no desatender mis palabras, sino asegurar con su ayuda vuestra propia salvación. Y si alguien cree que la garantía de su éxito está en la justicia o bien en la fuerza, mire no sea que sufra un grave fracaso ante un resultado inesperado; piense que son muchos los que buscando el castigo de los que les han agraviado o esperando lograr una ventaja con ayuda de la fuerza, en el primer caso no sólo no lograron defenderse, sino que ni siquiera salvaron la vida, y en el segundo resultó que en vez de engrandecerse perdieron lo que tenían.

Porque no se logra un castigo conforme a la justicia por el hecho de que se cometa una injusticia, ni es infalible la fuerza por el hecho de que presta buenas esperanzas. La incertidumbre envuelve casi enteramente el futuro, y a pesar de ser la cosa más insegura de todas, es sin embargo evidentemente muy provechosa, porque al tener unos y otros igual temor, procedemos con mayor prudencia al atacarnos.

63. Alarmados ahora por dos motivos: por el miedo lleno de incertidumbre a ese futuro impenetrable y por la amenaza inmediata que es la presencia de los atenienses, y considerando que con estos impedimentos se justifica la falta de éxito en las empresas que cada uno pensábamos llevar a cabo, expulsemos de nuestro país a los enemigos que han puesto en él su pie y reconciliémonos, de preferencia para siempre, y si no, fijemos un plazo lo más largo posible y dejemos para después nuestras divergencias particulares. En fin, estemos seguros de que si escucháis mis requerimientos, habitaremos todos ciudades libres, y desde ellas, como dueños de nuestros actos, con toda nobleza pagaremos en igual moneda al que se comporte bien o mal con nosotros; mientras que si no me creéis y prestamos oídos a otros, ya no se trataría de tomar venganza del agresor, sino que, aun en el mejor de los casos, nos veríamos convertidos a nuestro pesar en amigos de nuestros mayores enemigos y rivales de los que no debemos serlo.

64. Así pues, como dije al empezar, aunque represento a una ciudad muy populosa y aunque soy más aficionado al ataque que a la defensa, previendo estas cosas estoy dispuesto a hacer la paz y a no causar tanto daño a mis enemigos que yo mismo sufra mayores perjuicios, y, finalmente, a no pensar, manteniendo una rivalidad insensata, que soy tan dueño de la fortuna, sobre la que no tengo autoridad, como de mi voluntad, sino a ceder en una

medida razonable. Considero justo que los demás hagan igual que yo, o sea, que os sometáis a esto de vuestro propio grado y no por imposición del enemigo; pues no es ninguna vergüenza que los hombres de igual raza se hagan concesiones, sea el dorio ante el dorio o el calcídeo ante los de su raza, siendo todos vecinos y habitantes de un solo país, es más, de una sola isla, y conocidos bajo un solo nombre, el de sicilianos. Haremos sin duda la guerra cuando se tercie, y nos volveremos a reconciliar entablando negociaciones unos con otros; pero contra los extraños que nos ataquen, si somos prudentes, nos defenderemos siempre en bloque si, como es cierto, al sufrir pérdidas algunos de nosotros aisladamente quedamos todos en peligro; y jamás en adelante haremos venir de fuera aliados o mediadores. Si nos comportamos así, no privaremos ahora a Sicilia de dos bendiciones: librarse de los atenienses y de la guerra civil; y en el tiempo venidero la habitaremos nosotros solos, libre ya y menos expuesta a las asechanzas de los extraños».

65. Así habló Hermócrates, y los sicilianos le prestaron oído y se pusieron de acuerdo entre sí para dar por terminada la guerra, conservando cada uno lo que poseía y quedando los de Camarina dueños de Morgantina mediante el pago a los siracusanos de una indemnización determinada; y por su parte, los aliados de los atenienses llamaron a los generales de éstos y les dijeron que iban a hacer la paz y que el tratado se referiría también a ellos. Como los atenienses dieran su consentimiento, sus aliados sicilianos concluyeron el acuerdo y las naves atenienses partieron seguidamente de Sicilia; pero los atenienses, cuando llegaron los generales a Atenas, castigaron con el destierro a dos de ellos, Pitodoro y Sófocles, e impusieron una multa al tercero, Eurimedonte, acusándoles de que siéndoles posible apoderarse de Sicilia se dejaron sobornar y regresaron a Atenas. Hasta tal punto, acostumbrados como

estaban a su presente buena fortuna, se habían hecho a la idea de que nada contrariase sus planes y de ser capaces de llevar a efecto las cosas posibles y las que no lo eran tanto, ya fuera con muchas fuerzas, ya con menos. La causa estaba en su sorprendente éxito en la mayoría de los casos, que les daba grandes esperanzas.

66. Durante este mismo verano, los megarenses de la ciudad, abrumados por la guerra contra los atenienses, que cada año invadían dos veces su territorio con todo su ejército, así como por sus desterrados de Pegas, que expulsados por el partido popular cuando se sublevaron les molestaban mucho con actos de pillaje, comenzaron a hablar unos con otros sobre la necesidad de admitir a los desterrados para no causar daños por dos lados a la ciudad. Los amigos de los desterrados, enterados del rumor popular, pedían más abiertamente que antes que se aceptara dicha proposición. Y dándose cuenta los jefes del partido popular de que ante las calamidades presentes no sería posible que el pueblo continuara resistiendo a su lado, llenos de miedo entablaron negociaciones con los generales atenienses Hipócrates, hijo de Arifrón, y Demóstenes, hijo de Alcístenes, con el propósito de entregar la ciudad y creyendo que era éste para ellos un peligro menor que el que regresaran los megarenses que habían desterrado. Convinieron lo primero de todo que los atenienses tomaran los Muros Largos —eran de unos ocho estadios, desde la ciudad a su puerto Nisea— para que no acudieran los peloponesios en ayuda de la ciudad desde Nisea, donde ellos solos constituían la totalidad de la guarnición a fin de asegurar la defensa de Megara; y además, que los traidores intentaran después entregar la ciudad del interior, pues una vez ocupados los Muros, los megarenses se rendirían con más facilidad.

67. Así pues, los atenienses, una vez que ellos y los megarenses hubieron concertado y dispuesto todo, se

dirigieron a favor de la noche a Minoa, la isla de Megara, con seiscientos hoplitas mandados por Hipócrates, y se ocultaron en un foso[33] del que los megarenses sacaban tierra para los ladrillos de los Muros y que no estaba muy distante; en tanto, las tropas ligeras plateenses y algunos destacamentos de fronteras[34] que iban al mando de Demóstenes, el otro general, se emboscaron en el templo de Enialio, que está menos distante aún. Nadie se dio cuenta excepto los que aquella noche debían estar al tanto de ello. Cuando iba a amanecer [los megarenses traidores] hicieron lo siguiente. Desde hacía largo tiempo habían hecho sus planes para que les abrieran las puertas; tenían costumbre de sacar de noche en un carro una barca de dos remos, como si fueran piratas, llevándola por el foso[35] hasta la orilla, y de hacerse a la mar; habían logrado para ello el consentimiento del comandante de la plaza. Antes de que amaneciera la llevaban de nuevo en el carro hasta la muralla y la introducían por la puerta con la supuesta finalidad de que los atenienses de Minoa no notaran nada sospechoso por no haber visible en el puerto ninguna embarcación. En la ocasión de que hablo, el carro estaba ya junto a la puerta, y cuando según costumbre fue abierta como para dejar pasar la barca, los atenienses al verlo —pues esta estratagema se llevaba a efecto de previo acuerdo— acudieron corriendo desde el lugar donde se ocultaban, queriendo llegar a tiempo antes de que la puerta fuera cerrada de nuevo y mientras el carro estaba todavía en ella obstaculizando el cierre; y, uniéndoseles sus cómplices megarenses, mataron a los guardianes de la puerta. Los plateenses y tropas de fronteras de Demóstenes penetraron primeramente hasta donde ahora está el trofeo, y una vez dentro de la puerta los plateenses pelearon contra los que acudían contra ellos —pues los peloponesios más cercanos se dieron cuenta de lo

que ocurría— y los vencieron, y aseguraron la puerta para los hoplitas atenienses que venían detrás.

68. Desde este momento, los atenienses, según iban entrando, avanzaban hasta la muralla[36]. Unos pocos soldados peloponesios hicieron frente al principio y se defendieron, muriendo algunos de ellos; pero la mayoría se dió a la fuga, llenos de miedo porque el enemigo había hecho irrupción de noche y creyendo, por luchar contra ellos los megarenses traidores, que todos los megarenses les habían traicionado. Porque aconteció que el heraldo ateniense anunció por propia iniciativa que los megarenses que lo desearan se unieran a los atenienses. Al oírlo los peloponesios, no resistieron más, sino que creyendo realmente que eran objeto de un ataque combinado, se refugiaron en Nisea. Al amanecer, ocupados ya los Muros y llenos de confusión los megarenses de la ciudad, los que habían tratado con los atenienses y con ellos otros muchos, que estaban de acuerdo, dijeron que había que abrir las puertas[37] y salir a presentar batalla. Habían convenido que al ser abiertas las puertas, los atenienses penetraran en la ciudad; ellos serían reconoscibles frotándose con aceite, a fin de no ser atacados. Tenían una mayor garantía de éxito para abrir las puertas en el hecho de que se hallaban cerca, tras una marcha nocturna, los cuatro mil hoplitas y seiscientos jinetes atenienses que habían de venir de Eleusis conforme a lo convenido. Pero estando untados de aceite los conjurados y situados ya en las inmediaciones de las puertas, uno de los complicados delató a los demás el complot. Éstos se reunieron todos juntos y se presentaron allí y declararon que no se debía salir contra los atenienses —pues ni siquiera antes, que tenían más fuerzas, se habían atrevido a esto— ni poner la ciudad en un evidente peligro; y que si alguno no obedecía, la batalla tendría lugar allí mismo. Sin embargo, no dejaron ver que sabían lo que se

tramaba, sino que se aferraban a su opinión como dando el mejor consejo, y al tiempo permanecían junto a las puertas guardándolas, de forma que los conjurados no pudieron realizar su plan.

69. Dándose cuenta los generales atenienses de que había surgido algún impedimento y de que no podrían tomar la ciudad por asalto, comenzaron inmediatamente a rodear a Nisea de un muro, pensando que si lograban tomarla antes de que acudiera nadie en su ayuda, Megara tardaría menos en rendirse; y les llegaron de Atenas rápidamente hierro, obreros y las demás cosas necesarias. El ejército ateniense, partiendo del Muro[38] que tenía en su poder y después de construir otro transversal que cortara la comunicación con Megara, construyó un foso y un muro desde ambos lados [de Nisea] de aquél hasta el mar, distribuyéndose el trabajo por turnos y utilizando piedras y ladrillos del arrabal; además los atenienses hicieron una empalizada donde hacía falta, cortando árboles frutales y del bosque. De otra parte, las casas del arrabal, a las que se puso almenas, quedaron convertidas en una fortificación. Trabajaron, pues, los atenienses durante todo ese día; al atardecer del siguiente la muralla estaba casi terminada. Y llenos de miedo los de Nisea por la falta de víveres (pues los traían cada día de la ciudad del interior) y porque no esperaban que los peloponesios vinieran rápidamente en su ayuda y creían que los megarenses eran enemigos suyos, se rindieron a los atenienses, conviniéndose que pudieran rescatarse por una cierta cantidad de dinero y que los atenienses hicieran lo que quisieran con los lacedemonios, esto es, el comandante de la plaza y los demás que hubiera en ella. Bajo estas condiciones llegaron a un acuerdo y salieron de Nisea. Y los atenienses hicieron una brecha en los Muros Largos junto a Megara y después de ocupar Nisea tomaron las demás disposiciones del caso.

70. Por entonces se encontraba en la región de Sición y Corinto el lacedemonio Brásidas, hijo de Télide, que preparaba una expedición a Tracia. Cuando se enteró de la toma de los Muros, temiendo por los lacedemonios de Nisea y que fuera tomada Megara, envió un mensajero a los beocios con la orden de que se presentaran rápidamente con un ejército en Tripodisco —una aldea de este nombre del territorio de Megara al pie del monte Gerania—, y él mismo se llegó allí con dos mil setecientos hoplitas de Corinto, cuatrocientos de Fliunte, seiscientos de Sición y con todas las tropas que ya se habían concentrado, creyendo que llegaría a Nisea antes de ser tomada. Pero al enterarse de lo sucedido —pues había partido de noche para Tripodisco— escogió trescientos hombres del ejército antes que nadie se enterara de su venida y se dirigió hacía Megara con intención, según decía —y según estaba dispuesto a hacer si podía—, de efectuar una intentona contra Nisea y, sobre todo, entrar en Megara y asegurarse su fidelidad. Así pues, pidió que les dieran entrada, diciendo que tenía esperanzas de recuperar Nisea.

71. Sin embargo, las facciones megarenses rivales, llenas de miedo —la una de que hiciera entrar a los desterrados y los expulsara a ellos, y la otra de que el pueblo por temor a esto mismo les atacara y la ciudad pereciera al sumergirse en la guerra civil mientras los atenienses estaban al acecho en las inmediaciones—, no le dejaron entrar, sino que ambos bandos decidieron esperar tranquilamente los acontecimientos; pues unos y otros confiaban en que tendría lugar una batalla entre los atenienses y las fuerzas de socorro, y que así sería para ellos más seguro unirse a sus amigos cuando vencieran. Al no lograr convencerlos Brásidas, se retiró hacia el grueso del ejército.

72. Al amanecer llegaron los beocios, que ya antes de enviarles aviso Brásidas habían decidido ir en ayuda de

Megara considerando que el peligro que corría esta ciudad no les era indiferente, y que ya estaban en Platea con todo su ejército; pero cuando llegó el mensajero, cobraron mucho mayor ardor y enviaron dos mil doscientos hoplitas y seiscientos jinetes, regresando a su país con el grueso de su ejército. Todo el ejército, con un número de hoplitas no inferior a seis mil, estaba ya junto a Megara, y los hoplitas atenienses se hallaban formados en orden de batalla junto a Nisea y a la orilla del mar, mientras que sus tropas ligeras estaban desparramadas por la llanura; fue entonces cuando la caballería beocia cayó sobre éstas inesperadamente y las puso en fuga hacia el mar —pues hasta entonces no había llegado de ninguna parte refuerzo alguno para los megarenses—; pero la caballería ateniense cargó a su vez contra ella y se libró durante largo tiempo una batalla ecuestre, en la que unos y otros pretenden no haber llevado la peor parte. Los atenienses, en efecto, dieron muerte y despojaron de sus armas al jefe de la caballería beocia y a unos pocos más que avanzaron hasta las inmediaciones de Nisea, y apoderándose de estos cadáveres los devolvieron en virtud de una tregua y erigieron un trofeo; pero, sin embargo, unos y otros se separaron sin haber conseguido una ventaja decisiva en el conjunto de la acción; los beocios, en busca de los suyos, y los atenienses, hacia Nisea.

73. Después de esta acción, Brásidas y su ejército se aproximaron al mar y a la ciudad de Megara, y ocupando una posición ventajosa, se mantuvieron quietos en orden de batalla, creyendo que los atenienses vendrían contra ellos y sabiendo que los megarenses esperarían a ver de quién era la victoria. Pensaban que obtenían así dos ventajas: por una parte, el no tomar la iniciativa ni comenzar por propia voluntad la batalla y el peligro, una vez que habían mostrado claramente que estaban dispuestos a luchar y que

la victoria les pertenecía en justicia por no comparecencia del adversario; y al mismo tiempo, lo acertada que esta conducta resultaba por lo que respecta a los megarenses; pues si no hubieran sido vistos venir, no tendrían ahora la posibilidad de esta coyuntura favorable, sino que habrían perdido al punto la ciudad como si hubieran sido vencidos; mientras que ahora en cambio podían contar felizmente con la posibilidad de que los atenienses no quisieran combatir, de forma que sin reñir batalla lograran el resultado que vinieron buscando. Esto es lo que ocurrió. Los megarenses, en efecto[39], en vista de que los atenienses salieron al campo libre y se desplegaron a lo largo de los Muros, pero se mantuvieron quietos también ellos al no atacarles los peloponesios —pues sus generales pensaron que, después de haberles salido bien la mayoría de las cosas, era un peligro desigual el de comenzar la batalla contra un ejército mayor y, o bien vencer y tomar Megara, o bien ser derrotados y perder sus mejores hoplitas; mientras que, en cambio, era lógico[40] que todas las unidades del ejército enemigo (y claro está, de sus contingentes allí presentes) quisieran arrostrar el peligro—; y en vista también de que los atenienses después de esperar un poco, al no tomar la iniciativa ninguno de los dos bandos, se retiraron los primeros a Nisea y después lo hicieron los peloponesios a su punto de partida; fue en estas circunstancias cuando los megarenses amigos de los desterrados, ya más envalentonados, abrieron las puertas a Brásidas y a los comandantes de las diversas ciudades, considerando que Brásidas había quedado vencedor y que los atenienses ya no querían luchar; y una vez que les dejaron entrar, iniciaron conversaciones con ellos, acobardados ya los que habían negociado con los atenienses.

74. Después de esto, los aliados se volvieron a sus respectivas ciudades y Brásidas regresó a Corinto y se

dedicó a preparar la expedición a Tracia, que era a donde desde el principio quería ir. También los atenienses se marcharon a su patria y los megarenses que más habían tomado parte en los tratos con los atenienses, salieron de la ciudad ocultamente porque sabían que habían sido descubiertos; y los otros entraron en conversaciones con los amigos de los desterrados e hicieron venir a los de Pegas después de hacerles prestar juramento, acompañado de grandes promesas, de no guardar rencor y de comportarse de la forma mejor para el interés de la ciudad. Pero en cuanto obtuvieron cargos públicos y tuvieron ocasión de pasar revista a las tropas, separaron las compañías unas de otras y entresacaron unos cien hombres del bando de sus enemigos y de los que se pensaba que habían apoyado más a los atenienses, y obligando a la Asamblea Popular a pronunciarse sobre ellos sin secreto de votación, una vez que fueron condenados, los mataron e implantaron en la ciudad un régimen abiertamente oligárquico. Esta nueva situación política, impuesta por una facción muy poco numerosa mediante un golpe de estado, duró mucho tiempo.

75. En este mismo verano, en ocasión en que Antandron estaba a punto de ser fortificada por los mitilenios, según habían planeado, los comandantes de las naves atenienses encargadas de cobrar los tributos, Demódoco y Arístides, se enteraron en el Helesponto (el tercero de ellos, Lámaco, había penetrado en el mar Negro con diez naves) de la inminente fortificación de la plaza y estimaron que había peligro de que se convirtiera en algo semejante a lo que era para Samos Anea, lugar donde se habían establecido los desterrados samios y desde el cual ayudaban a los peloponesios en la cosa naval enviándoles pilotos, sembraban la confusión entre los samios que vivían en la ciudad y acogían a los fugitivos; por todo ello los generales

atenienses formaron un ejército con tropas de sus aliados y haciéndose a la mar y venciendo en batalla a las fuerzas que les salieron al encuentro desde Antandron, reconquistaron la plaza. No mucho después Lámaco, que había penetrado en el mar Negro, ancló en el territorio de Heraclea junto al río Calete y perdió sus naves porque había llovido y se produjo una crecida repentina. Lámaco y su ejército llegaron a pie a través del país de los tracios bitinios, que está en Asia al otro lado de los Estrechos, a Calcedón, la colonia de Megara situada a la entrada del mar Negro.

76. Durante este mismo verano, Demóstenes, el general ateniense, llegó a Naupacto con cuarenta naves inmediatamente después de la retirada de Megara. Algunos beocios intrigaban en sus ciudades a favor suyo y de Hipócrates, queriendo cambiar el régimen de gobierno y hacerlo democrático [como los atenienses]; era sobre todo Pteodoro, un desterrado de Tebas, el que inspiraba estos planes que se hacían en favor de Demóstenes e Hipócrates. Un grupo se preparaba para entregar Sifas por traición (Sifas es una ciudad litoral del golfo de Crisa, situada en el distrito de Tespias); otros desde Orcómeno intentaban entregar Queronea, que depende de[41] Orcómeno (ciudad que antes era llamada minia[42] y ahora beocia); les ayudaban todo lo que podían los desterrados de Orcómeno, tomando mercenarios del Peloponeso (Queronea es el lugar más extremo de Beocia, junto a Fanoteo de Fócide), y participaban en el complot algunos focios. Los atenienses debían tomar Delion, santuario de Apolo del distrito de Tanagra situado frente a Eubea, y todo esto debía suceder simultáneamente un día señalado de antemano, a fin de que no acudieran en ayuda de Delion todos los beocios reunidos, sino que lo hicieran en ayuda de sus respectivas ciudades, que se hallarían en plena revuelta. Si la intentona tenía éxito y se fortificaba Delion, esperaban confiadamente que,

aunque no se alteraran de momento los regímenes de las ciudades beocias, una vez que estuvieran ocupados los lugares citados, que quedaran sometidos al pillaje los campos y que hubiera un refugio cercano para todo el mundo, las cosas no seguirían igual, sino que con el tiempo, como los atenienses apoyarían a los que hicieran defección y sus adversarios no disponían de un ejército nacional beocio, las podrían hacer cambiar según su conveniencia.

77. Éste era el plan de la conspiración. Hipócrates por su parte debía en el momento oportuno salir de Atenas con un ejército y marchar contra Beocia; y envió primero a Demóstenes a Naupacto con las cuarenta naves, a fin de que reuniera en aquellos lugares un ejército de acarnanios y de los demás aliados y fuera por mar contra Sifas, ciudad que debía serle entregada por traición. A los dos se les había indicado el día en que debían efectuar simultáneamente aquellas operaciones. Llegado Demóstenes a Naupacto, se encontró con que Eníadas había sido forzada por todos los acarnanios a entrar en la alianza ateniense, y puso en pie de guerra todas las fuerzas aliadas de aquella región; después hizo una primera expedición contra Salintio y los agreos, y los sometió y tomó las demás medidas pertinentes para presentarse en Sifas cuando fuera preciso.

78. Por esta misma época del verano, Brásidas llegó en su marcha sobre Tracia a Heraclea de Traquinia, y envió un mensajero a sus amigos de Fársalo pidiendo que les sirvieran de guías a él y a su ejército; y tan pronto como en Melitia de Acaya se reunieron con él Panero, Doro, Hipolóquidas, Torílao y Estrófaco (que era próxeno de los calcídeos), se puso en marcha. Le servía de guía en unión de otros tesalios[43] Nicónidas de Larisa, que era amigo de Perdicas. En ninguna circunstancia era fácil atravesar Tesalia sin guía y yendo armados, y en realidad siempre se había visto con desconfianza que una nación griega atravesara sin

permiso el territorio de sus vecinos; además, la mayoría de los tesalios había sido siempre partidaria de los atenienses. Hasta tal punto es esto así, que si los tesalios no hubieran tenido en su país un régimen oligárquico, sino uno democrático, Brásidas no hubiera podido avanzar por él, pues aun entonces[44] según iba caminando le salieron al encuentro en el río Enipeo otros tesalios del partido opuesto a los guías e intentaron detenerle, afirmando que obraba contra toda ley atravesando su territorio sin el consentimiento del pueblo tesalio. Los guías contestaron que no le llevarían más lejos si ellos se oponían, y que no hacían más que acompañar a un huésped suyo que se había presentado de improviso. El mismo Brásidas dijo que iba como amigo del país tesalio y de sus habitantes, y que hacía la guerra contra sus enemigos los atenienses y no contra ellos; además, que no tenía noticia de que existiera entre los tesalios y lacedemonios una enemistad que les estorbara pasar los unos por el territorio de los otros, y finalmente, que en aquella ocasión no seguiría adelante contra la voluntad de ellos —pues tampoco, podría hacerlo aunque quisiera— pero que esperaba que no les impedirían pasar. Al oír estas explicaciones, los tesalios se retiraron; y Brásidas, por consejo de los guías, continuó la marcha rápidamente y sin detenerse, antes de que se reuniera una tropa mayor que se lo impidiera. En este día en que salió de Melitia, llegó a Fársalo y acampó junto al río Apidano; y de allí llegó a Facio y desde esta ciudad a Perrebia. Aquí se despidieron sus guías tesalios y los perrebios, que eran vasallos de los tesalios, le condujeron a Díon (ya dentro del reino de Perdicas), que es un poblado macedonio situado al pie del monte Olimpo, pero del lado de Tesalia.

79. De este modo Brásidas atravesó Tesalia antes de que nadie tomara sus disposiciones para impedirlo, y llegó a la corte de Perdicas y a Calcídica. Como las cosas de los

atenienses marchaban bien, las ciudades que en Tracia les habían hecho defección y Perdicas había hecho venir a este ejército desde el Peloponeso: los calcídeos, pensando que sería contra ellos contra quienes primero se lanzaran los atenienses (también las ciudades vecinas que aún no habían hecho defección llamaban secretamente a los peloponesios), y Perdicas, porque aunque no era abiertamente enemigo de los atenienses, sentía temor por causa de sus antiguas desavenencias con ellos, y, sobre todo, porque quería someter a Arrabeo, el rey de los lincestas. Los actuales desastres de los lacedemonios ayudaron a traer con más facilidad un ejército del Peloponeso.

80. La razón de ello es que los lacedemonios, ante los ataques atenienses contra el Peloponeso y sobre todo contra su propio país, pensaban que como mejor podrían ponerles fin era causando a su vez molestias a los atenienses mediante el envío de un ejército contra sus aliados, dado sobre todo que éstos estaban dispuestos a mantenerlo y que les llamaban con el fin de hacer defección de Atenas. Además, deseaban enviar fuera de Laconia algunos hilotas con un pretexto, a fin de que no se les desmandaran en vista de la situación resultante de la toma de Pilos; pues por temor a su espíritu levantisco y a su crecido número habían llegado en una ocasión a lo siguiente (en realidad la mayoría de las iniciativas de los lacedemonios habían sido siempre dirigidas contra los hilotas buscando su propia seguridad): anunciaron que cuantos hilotas creyeran haber sido en la guerra muy valientes en defensa de los lacedemonios, se presentaran, como si fueran a concederles la libertad; con esto hacían una prueba y pensaban que precisamente los que pretendían ser hechos libres cada uno el primero, serían quienes por su orgullo más fácilmente llegarían a atacarles. Seleccionados unos dos mil, se coronaron y comenzaron a

hacer una procesión alrededor de los templos según el ceremonial de la concesión de libertad; pero los lacedemonios los hicieron desaparecer poco después y nadie sabe de qué forma murió cada uno de ellos. Fue también de buen grado como en esta ocasión enviaron con Brásidas setecientos hoplitas hilotas; el resto del ejército se lo procuró en el Peloponeso mediante ofrecimiento de soldada.

81. En cuanto al propio Brásidas, los lacedemonios le enviaron de muy buen grado (también los calcídeos deseaban su envío); en Esparta tenía fama de enérgico en todo lo que emprendía y una vez que salió fuera resultó muy útil para los lacedemonios; porque en la ocasión presente se comportó con justicia y moderación con las ciudades y apartó a las más de ellas del bando ateniense, tomando otras poblaciones por traición, a fin de que los lacedemonios, caso de que quisieran hacer la paz, que es lo que llevaron a efecto, se encontraran con la posibilidad de entregar a cambio algunas ciudades y recobrar otras y de poner fin a la guerra en el Peloponeso; y en la continuación de la guerra después de la expedición a Sicilia, el valor y cordura de Brásidas en esta ocasión, conocidos por experiencia por los unos y creídos de oídas por los otros, es lo que más deseos de pasarse a los lacedemonios despertaba en los aliados de Atenas. Fue efectivamente el primer lacedemonio que en una expedición fuera de su país se concilió fama de hombre de honor en todas las circunstancias y dejó una firme confianza de que también los demás lacedemonios eran semejantes.

82. Así pues, cuando en aquella ocasión se presentó Brásidas en Tracia, los atenienses declararon enemigo suyo a Perdicas, por pensar que era el culpable de la expedición de Brásidas, y aumentaron su vigilancia sobre sus aliados de aquel territorio.

83. Perdicas por su parte se hizo acompañar por Brásidas y su ejército sin pérdida de tiempo y al frente de sus propias tropas inició una expedición contra Arrabeo, hijo de Brómero, rey de la tribu macedonia de los lincestas y vecino suyo, porque tenía diferencias con él y quería conquistar su reino. Cuando llegó con su ejército y en unión de Brásidas al desfiladero que llevaba a Linco[45], Brásidas dijo que prefería entablar negociaciones con Arrabeo y, en vez de hacerle la guerra, convertirle, si podía, en aliado de los lacedemonios. También Arrabeo había hecho proposiciones pacíficas y estaba dispuesto a someterse a la decisión de Brásidas, que haría de árbitro imparcial; y por su parte, los embajadores de los calcídeos, que estaban presentes, le aconsejaban no dejar a Perdicas libre de todo motivo de peligro, a fin de tenerle más dispuesto para utilizarle en asuntos de la conveniencia de los lacedemonios. Además, los embajadores de Perdicas habían ofrecido en Esparta que haría aliadas de los lacedemonios a muchas poblaciones vecinas suyas, en vista de lo cual Brásidas prefería tratar imparcialmente la cuestión de Arrabeo. Sin embargo, Perdicas dijo que no había traído a Brásidas como árbitro de sus querellas, sino para subyugar a los enemigos suyos que él le indicara; y que obraría contra toda ley si entraba en conversaciones con Arrabeo mientras él mantenía la mitad de su ejército. A pesar de ello, Brásidas llevó a cabo las conversaciones contra la voluntad de Perdicas y en desacuerdo con él; y convencido por las razones de Arrabeo retiró su ejército antes de que penetrara en el país. Después de este incidente, Perdicas pagaba la tercera parte de la manutención del ejército en vez de la mitad, considerando que se le había inferido un agravio.

84. Inmediatamente después, en este mismo verano y poco antes de la vendimia, Brásidas hizo una expedición contra Acanto, la colonia de Andros, llevando también

consigo a los calcídeos. Los acantios se dividieron sobre la cuestión de si le permitían o no entrar en la ciudad, estando de un lado los que habían ayudado a los calcídeos a traer a Brásidas y de otro el partido popular. Sin embargo y por causa del temor que causaba a los acantios el que la cosecha estuviese aún sin recoger, el pueblo se dejó convencer por Brásidas a dejarle entrar a él solo y a deliberar una vez que le escucharan; y le dejaron entrar. Se presentó, pues, ante la Asamblea Popular (y no carecía de facilidad de palabra para ser lacedemonio) y habló así:

85. «El hecho de que los lacedemonios, ¡oh acantios!, nos hayan enviado aquí a mí y a mi ejército, ha confirmado la verdad del motivo que publicamos al comenzar la guerra: luchar contra los atenienses liberando Grecia. Si hemos venido tarde, defraudados de las esperanzas que habíamos depositado en la guerra que se ha desarrollado en el Peloponeso, en la cual esperábamos aniquilar en breve plazo a los atenienses sin necesidad de que vosotros corrierais ningún peligro, nadie debe ser censurado por ello; pues nos hemos presentado en cuanto hubo ocasión y con vuestra ayuda intentaremos acabar con ellos. Me sorprende, sin embargo, vuestra decisión de cerrarme las puertas y el no haber llegado para vuestro gozo. Porque nosotros los lacedemonios nos hemos decidido a esta peligrosa empresa, haciendo un camino de muchos días a través de un país extranjero y poniendo en ello todo nuestro entusiasmo, porque creíamos que veníamos a reunirnos con unas gentes que aun antes de llegar nosotros eran aliadas nuestras al menos en espíritu, y que deseaban nuestra venida; y así, si ahora vosotros tenéis distintas intenciones o si pensáis oponeros a vuestra propia liberación y a la del resto de Grecia, será algo horrible. Pues no sólo resultará que vosotros los acantios me habéis hecho frente, sino que todos los pueblos a los que yo llegue estarán menos inclinados a

unírseme, pues objetarán que vosotros, que sois a quienes primero me he presentado y que tenéis una ciudad importante y fama de razonables, no me abristeis las puertas. No creerán que doy la verdadera razón de ello; pensarán, por el contrario, que ofrezco una libertad deshonrosa o bien que llego con pocas fuerzas y sin posibilidad de defenderos de los atenienses si os atacan; y, sin embargo, los atenienses, aunque superiores en número, no quisieron combatir con este ejército que ahora tengo cuando marché en ayuda de Nisea, de forma que no es de esperar que envíen contra vosotros un ejército tan grande como aquél, al menos embarcado[46].

86. He venido no para causar perjuicios a los griegos, sino para libertarlos, habiendo comprometido con los más graves juramentos a los magistrados lacedemonios a que los pueblos que yo haga aliados permanezcan independientes; y además, no ha sido para que os tengamos por aliados una vez traídos a nuestro bando por la fuerza o el engaño, sino, al contrario, para luchar a vuestro lado ahora que estáis esclavizados por los atenienses. Así pues, no considero justo ser objeto de sospechas, siendo así que os ofrezco las mayores seguridades, ni ser considerado un aliado sin fuerzas; lo justo es, por el contrario, que os paséis animosamente a nuestro lado. Y si acaso alguno vacila por miedo a otro ciudadano, no sea que yo entregue la ciudad a un partido determinado, que tenga confianza absoluta. No he venido, en efecto, para ayudar a una facción ni considero que traería una libertad verdadera si dejando de lado vuestra tradición política sometiera al pueblo a los oligarcas o a éstos a la mayoría. Este imperio sería peor que el de un país extranjero y nosotros los lacedemonios no recibiríamos agradecimiento por nuestros trabajos, sino, por el contrario, censuras en vez de honra y gloria; y además, nos haríamos acreedores a la vista de todos a los mismos reproches por los

cuales combatimos a los atenienses, sólo que más odiosos que los que reciben los que no hacen profesión de caballerosidad. Es, en efecto, más deshonroso para el que tiene buena reputación el cometer un abuso por medio de un engaño de bella apariencia, que con ayuda de la violencia descarada; pues lo uno sucede por el derecho atribuido a la fuerza, que es un don de la fortuna, y lo otro gracias a la maquinación de un espíritu criminal.

87. Hasta este punto nos cuidamos de vuestros más decisivos intereses, y no podríais hallar ninguna garantía mayor que ésta, que se suma a la de los juramentos, pues nuestra conducta, si se examina a la luz de nuestras palabras, produce inevitablemente el convencimiento de que lo que he expuesto es nuestra propia conveniencia.

Pero si a estos ofrecimientos míos respondéis que no podéis aceptarlos, pero que creéis tener derecho a rechazarnos sin sufrir perjuicios en gracia a vuestros sentimientos amistosos, y que objetáis que esta libertad no deja de presentar peligros para vosotros y que además es justo que la ofrezcamos a los que puedan aceptarla, pero no que forcemos a ella a nadie contra su voluntad, en este caso tomaré a los dioses y héroes locales por testigos de que he venido para bien y no logro convenceros, e intentaré forzaros a obedecerme devastando vuestro país; y no creeré que cometo con ello una acción malvada, sino al contrario, que tengo justificación por dos consideraciones decisivas: por la relativa a los intereses de los lacedemonios, o sea que, caso de no poneros a nuestro lado, no seamos perjudicados por vuestros sentimientos amistosos por medio de vuestro dinero, que va a parar a manos de los atenienses, y a fin de que los griegos no se vean impedidos por vosotros de librarse de la esclavitud. Pues en otro caso no obraríamos razonablemente con esta conducta, ni estamos obligados los lacedemonios a liberar a los que no lo desean, si no es por

razón de un bien común; ni tampoco aspiramos a la dominación, sino que precisamente por nuestro afán de poner fin a la de otros causaríamos un perjucio a la mayoría si a la vez que tratamos de dar a todos la independencia os respetáramos a vosotros que os oponéis a ello. Ante estas consideraciones pensadlo bien y rivalizad con los demás griegos en alcanzar los primeros la libertad y lograr una fama imperecedera. Conseguid así no perjudicaros en vuestros intereses particulares y conferir a la ciudad entera el más honroso título».

88. Éstas fueron las palabras de Brásidas. Los acantios, después de pronunciarse muchos discursos en ambos sentidos, hicieron una votación secreta, y llevados de las palabras seductoras que pronunció Brásidas y del miedo por la cosecha, la mayoría decidió hacer defección de los atenienses; y una vez que le ligaron con los juramentos que los magistrados de los lacedemonios habían prestado cuando le enviaron con la expedición —o sea, que aquellos que atrajera a su partido serían aliados independientes—, con estas condiciones dejaron entrar al ejército. No mucho después hizo también defección Estagiro, colonia de Andros. Éstos fueron los sucesos que tuvieron lugar en este verano.

89. Apenas comenzado el invierno siguiente, en ocasión en que las plazas de Beocia iban a entregarse a Hipócrates y Demóstenes, los generales atenienses, y en que estaba convenido que Demóstenes se presentara en Sifas con la escuadra e Hipócrates en Delion, se produjo un error sobre los días en que uno y otro debían iniciar la expedición, y Demóstenes, que se hizo a la mar primero en dirección a Sifas y llevaba en las naves soldados acarnanios y muchos aliados de aquella región, fracasó por haber sido denunciada la intentona por Nicómaco, un focio de Fanoteo, que se la comunicó a los lacedemonios y éstos a los beocios; acudieron todos los beocios (pues Hipócrates aún no estaba

en su territorio, hostigándoles en otra parte) y se anticiparon a ocupar Sifas y Queronea. Y al darse cuenta los revolucionarios del error, no produjeron ningún disturbio en las ciudades.

90. Hipócrates, en cambio, puso en pie de guerra a todos los atenienses (tanto a los ciudadanos como a los metecos y a los extranjeros circunstancialmente en Atenas) y llegó a Delion en fecha posterior, en ocasión en que los beocios se habían retirado ya de Sifas; y haciendo acampar al ejército, fortificó Delion [el templo de Apolo] de la manera siguiente. Los atenienses cavaron un foso en torno al recinto sagrado y al templo, y desde el interior de éste echaban fuera la tierra a manera de muro; clavaron estacas a lo largo de este terraplén, arrojaron a él las vides próximas al recinto sagrado, que cortaron, así como piedras y ladrillos, que cogían de las edificaciones próximas, y empleaban toda clase de medios para aumentar la altura del terraplén. Además, construyeron torres de madera donde era oportuno y no había ninguna construcción perteneciente al recinto del templo; pues un pórtico que existía se había derrumbado. Comenzaron al tercer día de llegar de Atenas y trabajaron durante éste, el cuarto y hasta la comida del quinto. Posteriormente, una vez terminada la mayor parte de la fortificación, el ejército se retiró de Delion unos diez estadios en dirección a Atenas, y las tropas ligeramente armadas se alejaron inmediatamente en su mayoría, mientras que los hoplitas hicieron alto y permanecieron allí. Hipócrates se quedó en Delion y se dedicó a disponer destacamentos de guardia y todas las cosas referentes a la fortificación que aún no estaban hechas, indicando cómo debían llevarse a cabo.

91. Durante estos días los beocios se concentraron en Tanagra; y una vez que se reunieron las tropas de todas las ciudades y que tuvieron noticia de que los atenienses se

retiraban a su país, aunque los demás beotarcas[47] —son once— no aprobaban que se presentara batalla, ya que los atenienses ya no estaban en Beocia (cuando los atenienses hicieron alto se hallaban exactamente en la frontera con Oropo), Pagondas, hijo de Eóladas, que era beotarca designado por Tebas en unión de Ariántidas, hijo de Lisimáquidas, y que tenía el mando, como quería dar la batalla y creía preferible arrostrar aquel riesgo, convocó a los soldados por compañías, a fin de que no abandonaran todos a la vez la plaza de armas, y persudió a los beocios a marchar contra los atenienses y entablar la lucha, hablando así:

92. «Soldados beocios: ninguno de los que desempeñamos el mando debería haber tenido ni siquiera el pensamiento de que no es razonable librar batalla con los atenienses porque ya no les encontremos en Beocia. Porque es con intención de arruinar Beocia por lo que han venido de un territorio vecino nuestro y han construido un fuerte, y son enemigos nuestros, sea cualquiera el lugar en que nos los encontremos y más si es en aquel del que vinieron para obrar como enemigos. Pero aunque a alguno le haya parecido más segura aquella otra conducta, debe cambiar ahora de opinión. Porque la prudencia no admite que razonen de igual manera aquéllos a quienes ataca otro y para quienes se trata de defender su patria, y el que es dueño de su territorio, pero por codicia ataca a otro por propia iniciativa. Es ya una tradición en vosotros defenderos de un ejército extraño que os ataca, lo mismo en vuestro país que en el de vuestros vecinos. Mucha mayor razón hay para hacerlo con los atenienses, que además tienen frontera común con Beocia. En efecto, la igualdad de fuerzas con los países limítrofes es una garantía de libertad; y contra éstos sobre todo, que intentan esclavizar no sólo a los vecinos, sino también a los que viven lejos (tenemos como ejemplo a

los eubeenses del otro lado del estrecho, y la situación en que la mayor parte de Grecia se halla con relación a los atenienses), ¿cómo no vamos a empeñar la lucha más encarnizada? ¿Cómo no vamos a darnos cuenta de que mientras que contra los demás los pueblos limítrofes luchan por la frontera de su territorio, a nosotros, si somos vencidos, se nos fijará una sola frontera no sujeta a discusión, pues nos invadirán y se apoderarán de nuestro país? Con tanta diferencia son los atenienses unos vecinos más peligrosos que otros pueblos. Sin embargo, aquellos que, como ahora lo hacen los atenienses, acostumbran a atacar a sus vecinos por la insolencia que les da su fuerza, suelen avanzar con menos temor contra los que se mantienen inactivos y sólo se defienden dentro de su territorio, y estar menos dispuestos a enfrentarse con los que les salen al encuentro más allá de sus fronteras y que, en caso de oportunidad, inician la guerra. Tenemos experiencia de esta verdad en lo que atañe a los atenienses; al vencerles en Coronea cuando se habían hecho dueños de nuestro país por nuestras discordias internas, hemos logrado hasta hoy día una gran seguridad para Beocia. Acordándonos de ello debemos los de más edad igualar nuestras antiguas hazañas, y los más jóvenes, que son hijos de unos padres que entonces se comportaron valientemente, intentar no oscurecer la gloria de sus familias; y debemos todos, confiados en el dios cuyo templo han fortificado y ocupado impíamente y que ha de estar de nuestro lado, y en las entrañas de las víctimas que al efectuar un sacrificio se nos han mostrado favorables, marchar al encuentro de los atenienses y mostrarles que pueden apoderarse de lo que desean atacando a gentes que no se defiendan, pero que no saldrán sin lucha de un pueblo que tiene por norma tradicional libertar siempre en el campo de batalla su propio territorio y no esclavizar inicuamente el de los demás».

93. Con esta arenga dirigida a los beocios, Pagondas les persuadió a marchar contra los atenienses. Levantó, pues, el campo inmediatamente (pues ya estaba el día muy avanzado) y cuando llegó a un punto próximo al ejército ateniense, tomó posiciones en un lugar desde el cual, por haber una colina intermedia, los dos ejércitos no se veían el uno al otro, y formó a sus tropas e hizo los preparativos como para entrar en combate. En tanto, al serle anunciado a Hipócrates, que se hallaba todavía en Delion, que los beocios se aproximaban, envió mensajeros al ejército con la orden de formarse para el combate, y un poco después llegó él en persona, dejando en Delion unos trescientos jinetes para que lo defendieran si alguien atacaba el templo, y, buscando el momento propicio, se lanzaran contra los beocios en medio de la batalla. Los beocios, por su parte, dejaron contra éstos un destacamento que les hiciera frente, y cuando les pareció oportuno, aparecieron en lo alto de la colina e hicieron alto en armas en la formación prevista, siendo su número de unos siete mil hoplitas y más de diez mil soldados ligeramente armados, y de mil jinetes y quinientos peltastas. Integraban el ala derecha los tebanos y sus confederados[48]; el centro, los de Haliarto, Coronea, Copas y las demás ciudades que están en torno al lago[49]; y el ala izquierda, los de Tespias, Tanagra y Orcómeno. Los jinetes y tropas ligeras estaban en las dos alas. Los tebanos se alinearon de a veinticinco hombres en fondo y los demás cada cual a su manera. Éstos fueron los preparativos y la formación de los beocios.

94. Los hoplitas atenienses se alinearon de a ocho en fondo en su totalidad —estaban numéricamente equilibrados con el enemigo— y los jinetes se colocaron en ambas alas. No les acompañaban —ni las tuvo nunca Atenas— tropas ligeras armadas especialmente; y las que habían penetrado en Beocia con los hoplitas, que eran muy

superiores en número a las del enemigo, habían ido muchas de ellas sin armas (por haberse formado un ejército que incluía tanto a los extranjeros [que se hallaban en Atenas] como a los ciudadanos), y no se hallaban en la batalla sino en un número muy pequeño porque se habían puesto ya en marcha hacia Atenas. Ambos ejércitos se hallaban ya formados en orden de batalla y estaban a punto de entablar combate; y el general Hipócrates recorrió las filas de los atenienses exhortándoles y hablando en estos términos:

95. «Atenienses; mi arenga va a ser breve, pero esto no le quita fuerza para los valientes, y tiende más a recordaros lo que sabéis que a exhortaros a algo. Que a ninguno de vosotros se le ocurra la idea de que afrontamos este grave peligro en país extranjero y contra nuestra conveniencia. La batalla será en el país beocio, pero en defensa del nuestro; y si vencemos, jamás los peloponesios, no contando ya con la caballería beocia, invadirán nuestro territorio, y en una sola batalla os apoderaréis de éste y aseguraréis la libertad de aquél. Marchad, pues, a su encuentro mostrándoos dignos de nuestra ciudad, que cada uno de nosotros se gloría de tener por patria, y que es la primera de Grecia; y también de nuestros padres, que en otro tiempo vencieron con Mirónides a los beocios en Enófita y se apoderaron de Beocia».

96. En tanto que Hipócrates pronunciaba una arenga semejante a ésta y en el momento en que había llegado al centro del ejército —no le dio tiempo a ir más allá—, los beocios, a quienes hizo también Pagondas en aquella misma ocasión una breve exhortación, entonaron un peán y se lanzaron colina abajo. Los atenienses les salieron al encuentro y cayeron sobre ellos a la carrera. En uno y otro ejército los extremos de las alas no llegaron a las manos, sino que ambas se encontraron con igual inconveniente: unos torrentes crecidos que se lo estorbaron. El resto de los

dos ejércitos quedó empeñado en un duro combate, entrechocándose escudo con escudo. El ala izquierda de los beocios y sus restantes tropas hasta el centro de la línea llevaba las de perder ante los atenienses, que en este lado ponían en dificultad además de a otras tropas beocias, sobre todo a las de Tespias; pues como los contingentes alineados a sus lados se batieron en retirada, quedaron cercadas en un breve espacio, y todos los tespios que perecieron fueron aniquilados defendiéndose cuerpo a cuerpo; e incluso algunos atenienses, embarullados por su movimiento circular, se desconocieron y se mataron unos a otros. Así pues, los contingentes beocios de este lado fueron derrotados y corrieron a refugiarse junto a los que continuaban combatiendo; y en tanto su ala derecha, donde estaban los tebanos, derrotaba a los atenienses y los perseguía haciéndoles retroceder al principio poco a poco. Mas aconteció que, como Pagondas hubiese enviado alrededor de la colina y desde un lugar oculto dos escuadrones de caballería, en vista de que su ala izquierda estaba en apuro, y como aparecieron a la vista repentinamente, el ala victoriosa de los atenienses creyó que venía otro ejército y se llenó de pánico, de modo que todo el ejército ateniense se dió a la fuga, ahora por dos causas: por la últimamente mencionada y porque los tebanos perseguían a los atenienses y rompían su línea. Unos se dirigieron hacia Delion y el mar, otros hacia Oropo, otros hacia el monte Parnete, y los demás hacia donde cada uno confiaba poder salvarse. Los beocios les perseguían y daban muerte, sobre todo su caballería y la de los locrios, que llegaron en su ayuda cuando acababa de comenzar la desbandada; pero como la noche sobrevino en medio de la acción, la mayoría de los fugitivos pudo salvarse. Al día siguiente, los atenienses de Oropo y los de Delion dejaron allí una guardia (pues continuaban dueños del santuario a

pesar de todo), y partieron por vía marítima con dirección a Atenas.

97. Los beocios levantaron un trofeo, recogieron sus muertos, despojaron los del enemigo, dejaron una guardia y se retiraron a Tanagra y comenzaron a planear el asalto de Delion. Por otra parte, un heraldo enviado por los atenienses que iba por los muertos, se encontró con un heraldo beocio, que le hizo volverse atrás, y le dijo que no tendrían resultado sus gestiones mientras él no regresara; y presentándose ante los atenienses les dijo el encargo que traía de parte de los beocios, a saber: que no obraban conforme a la justicia transgrediendo las tradiciones de los griegos; pues era uso general al ir contra un territorio extraño respetar los santuarios del país, mientras que los atenienses habían fortificado y ocupado Delion, y todas las cosas que los hombres hacen en un lugar profano, ocurrían allí, y sobre todo se aprovisionaban de agua cogiendo una que los beocios no tocaban excepto para con ella hacer las abluciones para los sacrificios. En consecuencia, en nombre propio y del dios, los beocios, invocando a Apolo y a los demás dioses del templo, les conminaban a retirarse del recinto sagrado llevándose todas sus cosas.

98. Ante estas manifestaciones del heraldo, los atenienses enviaron a su vez a los beocios un heraldo y dijeron que no habían profanado ninguna cosa perteneciente al recinto sagrado, y tampoco causarían daños de su grado en el futuro; pues no habían penetrado en él con aquella intención, sino, por el contrario, para defenderse desde allí contra ellos, que les habían hecho agravio. Afirmaron que la tradición griega era que los dueños de un territorio, grande o pequeño, eran también señores de sus templos y que debían continuar el culto en la forma que antes se usara dentro de lo posible. De esta forma los beocios y la mayoría de los demás pueblos que habían

expulsado a una población y habitaban su territorio, poseían ahora como propios los templos que ocuparon, que antes eran de otro pueblo. Ellos, por su parte, si hubieran podido apoderarse de una mayor porción del territorio beocio, serían ahora dueños de ella; y en el momento actual no se irían de grado de la región en que estaban. Además, dijeron que habían usado el agua por necesidad, necesidad que no se habían buscado con su insolencia, sino que se habían visto forzados a usarla para defenderse de los beocios, que habían invadido los primeros su territorio. Por otra parte, según ellos, era justo que todo aquello que era impuesto por la guerra y por algún grave peligro tuviera disculpa incluso ante los ojos del dios. Porque, en efecto, los altares daban refugio en las faltas involuntarias, y el término de «violación de las leyes» se aplicaba a los que siendo malvados no lo son por una fuerza mayor, y no a los que por causa de circunstancias desgraciadas incurren en algún atrevimiento. Finalmente, según ellos, los beocios, al pretender entregar los muertos a cambio de templos, cometían una impiedad mucho mayor que los que no consentían en aceptar a cambio de templos una cosa a la que tenían derecho. Así pues, les invitaron taxativamente a que les permitieran recoger los muertos, no a condición de que los atenienses se retiraran de Beocia (pues ya no estaban en territorio beocio, sino en uno conquistado militarmente), sino, de acuerdo con la costumbre ancestral, de que hicieran una tregua.

99. Los beocios respondieron que si estaban en Beocia, se retiraran del territorio de los beocios y se llevaran sus cosas, y si en su propio país, decidieran ellos mismos lo que debían hacer. Consideraban que la región de Oropo, en la que se hallaban los muertos por haberse dado la batalla en la zona fronteriza, era de los atenienses por derecho de vasallaje, pero que éstos no serían capaces de apoderarse de los muertos contra su voluntad; tampoco era su intención hacer

una tregua que afectara a un territorio de los atenienses; pero pensaban que era una buena respuesta la de que «se retiraran del territorio beocio y se llevaran sus cosas». Esto fue lo que escuchó el heraldo de los atenienses, y volvió a Atenas sin tener éxito en su demanda.

100. Inmediatamente después, los beocios hicieron venir del golfo de Mélide[50] soldados armados de dardos y honderos; y con la ayuda, que les llegó después de la batalla, de dos mil hoplitas corintios, de la guarnición peloponesia que había evacuado Nisea, y además de algunos megarenses, marcharon contra Delion y comenzaron el ataque a la muralla. Intentaron tomarla por varios procedimientos y sobre todo con ayuda de un ingenio que aproximaron a la muralla y que fue el que la expugnó. Era como sigue. Aserraron en dos una gran viga, la vaciaron toda por dentro y ajustaron con exactitud las dos partes [a la manera de una flauta]; en una extremidad colgaron con cadenas un caldero y desde la viga bajaba una embocadura de hierro, dirigida hacia el caldero, estando también recubierta de hierro una buena porción de la viga. Los beocios, en carros y desde lejos, llevaron este ingenio al pie de la muralla y precisamente a aquella parte de ella en que mayor cantidad de sarmientos y maderas contenía; y una vez que estaba cerca, aplicaron grandes fuelles a la extremidad de la viga, que estaba vuelta hacia ellos, y soplaban. El aire iba a través de la viga hasta la caldera, que contenía carbones encendidos, azufre y pez, y producía una gran llamarada que prendió fuego en la muralla hasta el punto de que nadie pudo permanecer en ella, sino que los defensores hubieron de abandonarla y darse a la fuga, y que la muralla fue tomada por este procedimiento. De entre los que componían la guarnición, murieron algunos y doscientos hombres fueron hechos prisioneros; los demás, que eran la mayoría, se embarcaron en las naves y regresaron a Atenas.

101. Tomado Delion a los diecisiete días de la batalla, y como se diera el caso de que el heraldo enviado por los atenienses, que volvió a ir poco después a Tebas para pedir los muertos, no supiera nada de lo ocurrido, los beocios los entregaron y ya no dieron la misma respuesta. En la batalla murieron poco menos de quinientos beocios y poco menos de mil atenienses, y entre ellos Hipócrates el general, además de un gran número de soldados ligeramente armados y de acemileros.

Poco después de esta batalla, Demóstenes, una vez que el asunto de Sifas, ciudad que debían entregarle por traición, fracasó a pesar de que se presentó allí con su escuadra, realizó un desembarco en el territorio de Sición, llevando en sus naves el ejército de los acarnanios y agreos y cuatrocientos hoplitas atenienses. Pero antes de que llegaran a la orilla todas las naves, los sicionios acudieron y pusieron en fuga y persiguieron hasta las naves a las tropas desembarcadas, matando a algunos soldados y haciendo a otros prisioneros. Después erigieron un trofeo y devolvieron los muertos en virtud de una tregua.

Por estos mismos días de la toma de Delion murió Sitalces, el rey de los odrisas, que hizo una expedición contra los tribalos y fue vencido en batalla. Y Seutes, hijo de Esparadoco, su sobrino, comenzó su reinado sobre los odrisas y las demás partes de Tracia sobre las que había reinado Sitalces.

102. En este mismo invierno, Brásidas, con ayuda de sus aliados de Tracia, emprendió una expedición contra Anfípolis: colonia de Atenas situada junto al Estrimón. El lugar en que está ahora la ciudad lo había querido poblar ya antes Aristágoras de Mileto[51], que huía del rey Darío, pero fue expulsado por los edones; y posteriormente, treinta y dos años después, hicieron lo mismo los atenienses, que enviaron diez mil colonos ciudadanos suyos y todos los de

otras ciudades que querían ir, los cuales fueron destrozados en Drabesco por los tracios. Veintinueve años después, los atenienses se presentaron allí de nuevo, y desalojaron a los edones y fundaron la plaza, que se llamó primero Nueve Caminos; el fundador que enviaron fue Hagnón, hijo de Nicias. Partieron de Eón, plaza comercial que poseían en la desembocadura del Estrimón, en el litoral, a veinticinco estadios de distancia del emplazamiento actual de la ciudad, que Hagnón denominó Anfípolis porque la fundó de tal forma que fuera visible tanto del lado del mar como del del continente; como el Estrimón corría a ambos lados de la ciudad [porque la circunda], levantó una gran muralla que empezaba y acababa en el río[52].

103. Así pues, Brásidas partió de Arnas, en Calcídica, y marchó contra Anfípolis con el ejército. Al atardecer llegó a Aulón y Bromisco, que es por donde el lago Bolba desagua en el mar, y tras la cena caminó durante la noche. Hacía mal tiempo y nevaba un poco; razón por la cual apresuró su marcha, queriendo pasar inadvertido a los de Anfípolis, a excepción de los que querían entregarle la ciudad por traición. Porque había en ella algunos habitantes que eran argilios (los argilios son colonia de Andros) y más gente aún que le apoyaba en esta empresa, instigados unos por Perdicas y otros por los calcídeos. Pero sobre todo los argilios, que eran vecinos y que siempre habían sido mirados con malos ojos por los atenienses y se dedicaban a maquinar contra Anfípolis, habían negociado desde hacía tiempo con los paisanos suyos que eran ciudadanos de Anfípolis la entrega por traición de la ciudad, y cuando con la llegada de Brásidas se presentó la ocasión, le recibieron en su ciudad, hicieron defección de los atenienses, y aquella misma noche, antes del alba, llevaron el ejército de Brásidas al puente del río (la ciudad dista un trecho del paso del río); no se había hecho llegar hasta allí unos muros[53], como

ahora, sino que sólo había una pequeña guardia, que Brásidas dominó fácilmente por la traición y por el mal tiempo y porque se presentó por sorpresa; y seguidamente pasó el puente y se hizo dueño inmediatamente de las propiedades de extramuros de los anfipolitas, que vivían en toda la comarca.

104. Como el paso del río por Brásidas sobrevino de repente, y se añadía que de los de fuera de la muralla muchos habían sido hechos prisioneros y otros se habían refugiado en el recinto fortificado, los anfipolitas se llenaron de confusión, dado sobre todo que no tenían confianza los unos en los otros. Se dice que la opinión general era que Brásidas habría tomado la ciudad si se hubiera decidido a marchar inmediatamente contra ella en vez de dedicarse al pillaje con su ejército. Pero, por el contrario, hizo acampar a su ejército, y después que realizó algunas incursiones en los campos y vio que los de dentro no hacían nada de lo que esperaba, se mantuvo inactivo; y los del partido contrario al de los traidores lograron con ayuda de la multitud que las puertas no fueran abiertas por entonces, y enviaron mensajeros (de concierto con Eucles, que estaba en la ciudad en calidad de comandante de la plaza enviado por Atenas), pidiéndole viniera en su ayuda, al otro general de Tracia, Tucídides, hijo de Oloro, autor de esta historia, que estaba en Tasos; esta isla es colonia de Paros y dista de Anfípolis aproximadamente medio día de navegación. Tucídides, al enterarse, se puso rápidamente en marcha con siete naves que había allí; su intención era anticiparse a tomar Anfípolis antes de que cediera, si era posible, y si no, Eón.

105. Pero en tanto, Brásidas se daba prisa a ocupar antes la ciudad, si podía, temeroso de la flota de socorro procedente de Tasos y enterado ya de que Tucídides tenía adjudicada a perpetuidad la explotación de las minas de

oro[54] de aquella región de Tracia, y de que por dicha causa tenía ascendiente sobre los personajes más influyentes del continente; temía que si Tucídides se presentaba, el pueblo de Anfípolis, con la esperanza de que les salvara levando un ejército en las islas y en Tracia, no se entregara. Así pues, puso unas condiciones de paz moderadas, dando la siguiente proclama: que aquellos anfipolitas y atenienses residentes allí que así lo quisieran, se quedaran, continuando dueños de sus propiedades y en condiciones de igualdad; y que el que no quisiera, podía marcharse llevándose sus bienes en el plazo de cinco días.

106. Al oírlo, la mayoría de la población cambió de modo de pensar, dado sobre todo que era una parte pequeña de la misma la que tenía la ciudadanía ateniense y el resto era de origen mezclado; además, había en la ciudad muchos parientes de los que habían sido hechos prisioneros fuera de las murallas. Por otra parte, comprendían sus habitantes que la proclama era benigna en comparación con sus temores: los atenienses, por deseo de salir de Anfípolis, ya que pensaban que los peligros que hubieran de arrostrar no tenían comparación con los que correrían en el caso contrario, y además no esperaban la llegada a corto plazo de tropas amigas; y los demás, porque se les respetaban sus derechos civiles en igual medida que antes, y contra lo que temían se veían libres de peligro. De suerte que, como quiera que los partidarios de Brásidas aprobaban ya públicamente aquellas condiciones (pues veían que incluso la masa popular había cambiado de modo de pensar y ya no obedecía al general ateniense que estaba en la ciudad), se concluyó el acuerdo y dejaron entrar al ejército de Brásidas con las condiciones ofrecidas. De esta forma entregaron la ciudad los anfipolitas; y en el mismo día Tucídides llegó con sus naves, ya atardecido, a Eón. Brásidas, que acababa de ocupar Anfípolis, no tomó Eón por una noche de diferencia;

pues si no hubieran acudido rápidamente las naves atenienses, hubiera sido ocupada al amanecer[55].

107. Después de estos sucesos, Tucídides comenzó a tomar sus disposiciones en Eón, a fin de que quedara bien defendida lo mismo de momento, si venía contra ella Brásidas, que a la larga; y dio entrada en la ciudad a los que quisieron emigrar de Anfípolis de acuerdo con lo convenido. Brásidas por su parte bajó de repente por el río contra Eón con muchas embarcaciones[56] con intención de apoderarse del promontorio que se adelanta en el mar más allá de la muralla y de convertirse en árbitro de la navegación por el Estrimón; y al mismo tiempo hizo una intentona por tierra. Pero en ambos lados fue rechazado y se dedicó a organizar las cosas en Anfípolis. Se le pasó Mircino, ciudad de los edones, al morir Pitaco, el rey de los edones, a manos de los hijos de Goaxis y de su mujer Brauro[57]; poco después se le pasaron también Galepso y Esima, ciudades éstas que son colonias de Tasos. Inmediatamente después de la toma de Anfípolis llegó Perdicas y le ayudó en todo esto.

108. Los atenienses se llenaron de miedo ante la toma de Anfípolis, sobre todo porque esta ciudad les era muy útil por sus envíos de madera para construcciones navales y por los ingresos que les procuraba; y además, porque hasta el Estrimón los lacedemonios tenían antes posibilidad de llegar, guiados por los tesalios, para atacar a los aliados de Atenas, pero no podían ir más allá por no dominar el puente; pues al Norte había un extenso lago formado por el río, que ocupaba una gran extensión, y del lado de Eón el Estrimón estaba guardado por trirremes. En cambio, ahora creían que la empresa se había hecho fácil. Por otra parte, temían que sus aliados hicieran defección. Porque Brásidas no sólo se mostraba moderado en su conducta, sino que en todas partes hacía ver con sus palabras que había sido enviado para libertar a Grecia. En consecuencia, al enterarse las

ciudades [vasallas de Atenas] de la toma de Anfípolis y de las ofertas de Brásidas así como de su moderación, se sintieron más dispuestos que nunca a sublevarse y comenzaron a negociar secretamente con él, invitándole a venir a ellas y queriendo cada ciudad ser la primera en hacer defección; porque veían esto como cosa libre de peligros, engañándose sobre el poderío ateniense en una medida igual a la grandeza con que aquél se reveló después, y juzgando de acuerdo con sus deseos más que con segura previsión; pues los hombres acostumbran a entregar a una incauta esperanza aquello que desean y a rechazar con razonamientos arbitrarios aquello que no admiten con gusto. Además, como los atenienses acababan de sufrir una derrota en Beocia y como Brásidas pronunciaba palabras seductoras y engañosas (que los atenienses no habían querido combatir con él cuando fue en ayuda de Nisea con su solo ejército), cobraban ánimos y confiaban en que nadie vendría a atacarles. Y sobre todo, por lo agradable de la cosa para el momento y por ser la primera vez que iban a tener experiencia de ver lo que eran los lacedemonios cuando tomaban algo a pecho, estaban completamente resueltos a arrostrar el peligro. Sin embargo, los atenienses se dieron cuenta de ello y enviaron algunas guarniciones a las ciudades, en la medida en que podían hacerlo en poco tiempo y en invierno; y Brásidas por su parte envió mensajeros a Esparta pidiendo que le enviaran un nuevo ejército y comenzó los preparativos para construir trirremes en el Estrimón. Pero los lacedemonios no secundaron sus esfuerzos, en parte por envidia de los personajes influyentes, y en parte porque preferían rescatar a los prisioneros de Esfacteria y poner término a la guerra.

109. Durante este mismo invierno los megarenses tomaron y demolieron hasta el ras de tierra sus Muros Largos, que estaban en poder de los atenienses; y Brásidas,

después de la toma de Anfípolis, hizo una expedición con sus aliados contra la región llamada Acta. Es un promontorio que avanza más allá del canal del Rey[58], y su monte Atos, que es muy elevado, acaba en el mar Egeo. En él se halla la ciudad de Sana, colonia de Andros, situada junto al mismo canal y orientada al mar de Eubea; y además, las de Tiso, Cleonas, Acrotoos, Olofixo y Díon. Todas ellas están habitadas por poblaciones mezcladas de bárbaros bilingües[59]; hay también, en verdad, una pequeña población de calcídeos, pero la mayor parte son pelasgos (pertenecientes a los tirsenos que en un tiempo habitaron también Lemnos y Atenas), así como bisaltas, crestones y edones; viven repartidos en pequeños poblados[60]. La mayoría de estas gentes se unieron a Brásidas, pero le hicieron frente Sana y Díon, y aquél acampó con su ejército y se dedicó a devastar sus campos.

110. En vista de que dichas ciudades no se le sometían, Brásidas marchó seguidamente contra Torona de Calcídica, que tenían ocupada los atenienses; los que le habían llamado eran un puñado de hombres, que estaban dispuestos a entregarle la ciudad. Llegó siendo aún de noche, al despuntar el alba, y acampó con el ejército junto al templo de los Dióscuros, que dista de la ciudad unos tres estadios. Pasó inadvertido a la generalidad de la población de Torona y a los atenienses que la guarnecían; mientras que por el contrario, sus partidarios, que sabían que iba a llegar, salieron en pequeño número y ocultamente de la ciudad y esperaron que se presentase; y cuando se enteraron de que había llegado ya, metieron en la ciudad siete soldados de infantería ligera de Brásidas armados con puñales (pues fueron los únicos que, de entre veinte hombres a quienes primeramente había sido encomendada esta misión, no temieron entrar en la ciudad; los mandaba Lisístrato de Olinto). Esta tropa se infiltró a través de la

muralla del lado del mar[61], pasó inadvertida a los soldados del puesto de guardia más elevado de la ciudad (que está junto a una colina), y subiendo a él los mataron y forzaron la pequeña puerta del lado del cabo Canastreon[62].

111. Brásidas, tras un pequeño avance, permaneció quieto con el grueso de su ejército, pero envió por delante cien peltastas a fin de que cuando fuera abierta alguna puerta y se diera la señal convenida, penetraran los primeros en la ciudad. Esta tropa, como pasaba el tiempo y estaba llena de perplejidad, avanzó hasta cerca de la ciudad; y entonces, los toronenses que desde dentro participaban en el plan en unión de los soldados que habían entrado, una vez que tuvieron forzada la puerta pequeña y que la que da a la plaza, tras romper el cerrojo, fue abierta, hicieron primeramente que algunos peltastas, rodeando la muralla, entraran por la puerta pequeña, a fin de aterrorizar de repente a los de la ciudad, que nada sabían, atacándoles por la espalda y por ambos lados a la vez; y después, hicieron los fuegos de señales en la forma que se había convenido y metieron finalmente por la puerta de la plaza a los restantes peltastas.

112. Viendo Brásidas la señal se lanzó a la carrera, poniendo en movimiento su ejército, cuyos soldados comenzaron a gritar a la vez y causaron gran pavor a los de la ciudad. Unos entraron rápidamente por la puerta y otros por unas vigas que estaban arrimadas a la muralla (que se había hundido y estaba siendo reconstruida) para subir piedras. Brásidas y la mayor parte de sus tropas se dirigieron al punto hacia la parte alta de la ciudad, queriendo tomarla completamente y de manera definitiva; los demás se desparramaron por todas partes por igual.

113. Cuando la ocupación de la ciudad tuvo lugar, la mayor parte de los toronenses, que nada sabía, se llenó de confusión, mientras que los que habían tratado con Brásidas

y los que eran del mismo partido, inmediatamente se reunieron con los conquistadores. En cuanto a los atenienses (pues en la plaza se hallaban durmiendo unos cincuenta hoplitas), tan pronto como se dieron cuenta, salvo unos pocos que fueron muertos luchando cuerpo a cuerpo, todos los restantes, unos a pie y otros logrando alcanzar las naves que en número de dos estaban allí estacionadas, se salvaron en el fuerte de Lecito, que tenían en su poder y era un promontorio de la ciudad que penetraba en el mar y estaba separado por un estrecho istmo. También se refugiaron allí los toronenses amigos suyos.

114. Una vez que se hizo de día y que la ciudad estaba firmemente en su poder, Brásidas dirigió una proclama a los toronenses que se habían refugiado junto a los atenienses, diciendo que el que así lo quisiera se reintegrara a sus propiedades y continuara sin temor su vida de ciudadano; y envió un heraldo a los atenienses invitándoles a irse de Lecito bajo la garantía de una tregua, llevándose sus cosas, pues era territorio calcídico. Los atenienses se negaron a abandonar el fuerte, pero pidieron que se les concediera una tregua de un día para recoger los muertos. Brásidas se la concedió de dos. Durante los mismos, se dedicó a fortificar las casas vecinas, y los atenienses las suyas. Además convocó a una Asamblea a los toronenses y dijo cosas semejantes a las de Acanto: que no era justo considerar gente baja ni traidores a los que habían negociado con él la toma de la ciudad (pues no lo hicieron para esclavizarla ni por soborno, sino para el bien y la libertad de la misma), ni tampoco creer que los que no habían tomado parte en el asunto no iban a recibir igual trato; pues él no había venido para causar la ruina de ninguna ciudad ni de ninguna persona. Si había dirigido su proclama a los que se habían refugiado junto a los atenienses, era porque consideraba que no por ser amigos de los atenienses eran peores; su

opinión era que en cuanto les conocieran [a los lacedemonios] les serían adictos en un grado no inferior, sino superior, dado que su conducta era más recta; ahora estaban asustados porque no los conocían. Finalmente invitó a todos a prepararse a ser fieles aliados de los lacedemonios y a ser responsables en adelante de las faltas que cometieran; en cuanto a las pasadas, no eran los lacedemonios los agraviados, sino más bien ellos por obra de otros más poderosos, siendo disculpable el que en algún caso se mostraran contrarios a los lacedemonios.

115. En estos términos se expresó Brásidas; y concluida la tregua, atacó Lecito. Los atenienses se defendían desde una muralla poco sólida y unas casas que tenían almenas; y durante un día lograron rechazarlos. Pero al siguiente, en ocasión en que iba a ser llevado contra los defensores un ingenio, con el cual los atacantes pensaban que lograrían prender fuego en las defensas de madera, y en que ya avanzaba contra ellos el ejército peloponesio, levantaron una torre de madera sobre una casa en el lugar donde creían que llevarían de preferencia el ingenio y la plaza era más expugnable, colocaron en ella muchos cántaros y tinajas de agua y grandes piedras, y subieron muchos soldados. Al recibir la casa un peso mayor se hundió de repente y con el gran ruido que se produjo llenó más de consternación que de terror a los atenienses que estaban cerca y lo veían, pero los de lejos, sobre todo los más distantes, creyeron que la plaza había sido tomada ya por aquel lado y se dieron a la fuga en dirección al mar y a las naves.

116. Al darse cuenta Brásidas de que los atenienses abandonaban las almenas y ver lo que ocurría, avanzó con el ejército y tomó en breve espacio el fuerte, matando a todos los que encontró. Los atenienses por su parte abandonaron la plaza de la manera referida con sus barcos de carga y de guerra y se trasladaron a Palena. Había en

Lecito un templo de Atenea y Brásidas había hecho público cuando iba a iniciar el asalto que daría treinta minas de plata[63] al que escalara primero el muro; y creyendo ahora que la toma de la plaza no había tenido lugar por medios humanos, entregó las treinta minas a la diosa para el templo, y destruyendo Lecito y despejando de escombros el lugar, lo convirtió todo él en un santuario. Durante el resto del invierno, Brásidas se dedicó a poner las cosas en orden en las plazas que tenía en su poder, y a planear sus ataques contra las demás. Acabado el invierno, terminó el octavo año de la guerra.

117. Al comenzar la primavera del verano siguiente[64], los lacedemonios y atenienses concertaron un armisticio por un año. Los atenienses esperaban que de esta forma Brásidas no promovería ninguna sublevación contra ellos antes de que pudieran hacer tranquilamente sus preparativos, y además que, en caso de ser conveniente, podrían hacer la paz por más tiempo; y los lacedemonios suponían que los atenienses tenían miedo de lo que en efecto temían[65], y también que al tener una tregua las desgracias y sufrimientos de los atenienses, éstos desearían más que antes, habiéndola experimentado, reconciliarse y hacer la paz por mayor espacio de tiempo devolviendo los prisioneros. Porque en la época en que Brásidas conservaba aún su buena fortuna, atribuían mayor importancia que a esto al rescate de los prisioneros. Aun en el caso de que fuera de trinfo en triunfo y estableciera una situación de igualdad, aunque consiguieran la victoria el porvenir les reservaba verse privados de algunos de sus hombres[66] y correr peligros al defenderse de igual a igual con ayuda de los demás. Así pues, los atenienses y los lacedemonios y los aliados de ambos concertaron el siguiente armisticio[67]:

118. «En lo que respecta al templo y al oráculo de Apolo Pitio, tomamos el acuerdo de que puedan consultarlo todos

sin fraude y libremente conforme a la tradición de nuestros antepasados. Ésta es la decisión de los lacedemonios y de aquellos de sus aliados que se encuentran presentes; y se comprometen a hacer lo posible para persuadir a ello a los beocios y focios mediante negociaciones. En lo que respecta a las riquezas del dios, tomamos el acuerdo de cuidarnos de buscar a los malhechores, siguiendo los usos tradicionales con rectitud y justicia, tanto vosotros como nosotros y los demás que quieran. Éstos son los acuerdos tomados por los lacedemonios y sus aliados en estas cuestiones; y además, los lacedemonios y sus aliados resolvieron que si los atenienses concertaban una tregua, unos y otros debíamos permanecer en nuestros territorios como dueños de las posesiones que ahora tenemos: la guarnición de Corifasion[68], sin rebasar Búfrade y Tomeo; la de Citera, sin comunicarse con el territorio aliado de los lacedemonios (ni nosotros con ellos ni ellos con nosotros); y la de Nisea y Minoa, sin traspasar el camino que va de la puerta situada junto al templo de Niso hasta el de Poseidón, y desde el de Poseidón en línea recta hasta el puente que lleva a Minoa (tampoco los megarenses y sus aliados deben traspasar este camino). Esta última tendrá en su poder la isla[69], que los atenienses han conquistado, sin que ningún bando se comunique con el otro en ningún lugar y también la parte de Trozene que ocupan los atenienses en conformidad con lo que los trozenios pactaron con los atenienses. En cuanto al uso del mar (del que baña sus costas y las de sus aliados), los lacedemonios no navegarán con ningún navío de guerra, sino con embarcaciones de remos de otra clase de un tonelaje de hasta quinientos talentos[70]. Habrá un armisticio para que vayan al Peloponeso y a Atenas, en el número que se acuerde, heraldos, embajadas y sus acompañantes para tratar del fin de la guerra y de los litigios pendientes; y ello tanto para ir como para volver y

tanto por tierra como por mar. Durante el período de tiempo acordado no acogeremos a los desertores, ya sean libres o esclavos, ni vosotros ni nosotros. Nos someteremos a arbitraje los unos a instancia de los otros conforme al uso tradicional, resolviendo nuestras disensiones por vía legal sin acudir a la guerra. Éstas son las proposiciones de los lacedemonios y sus aliados; pero si hay alguna otra que os parezca mejor o más justa, id a Esparta y comunicádnosla, pues los lacedemonios y sus aliados no rechazarán ninguna propuesta vuestra con tal que sea justa. Que los comisionados que vengan a nosotros tengan plenos poderes, como vosotros nos invitasteis a venir a Atenas. El armisticio durará un año.

El pueblo dio su aprobación. La tribu Acamántide ejercía la pritanía, Fenipo era el secretario, Nicíades era el presidente de los pritanos[71]. Laquete hizo la proposición de que los atenienses concertaran el armisticio (¡ojalá fuera en buena hora para Atenas!) en los términos que proponían los lacedemonios y sus aliados y que ofrecieron ante la Asamblea. El armisticio debía ser por un año y comenzar en el presente día, el catorce del mes Elafebolión[72]. En este tiempo, irían las embajadas y heraldos de uno a otro de los dos bandos contendientes y tratarían de las condiciones en que podría tener lugar el fin de la guerra. Los estrategos y pritanos debían convocar la Asamblea…,[73] los atenienses debían deliberar primero acerca de la paz, decidiendo en qué condiciones se admitiría a la embajada lacedemonia que viniera a tratar de la conclusión de la paz. Las delegaciones presentes[74] en Atenas debían comprometerse inmediatamente ante la Asamblea a respetar el armisticio durante el año.

119. Esto pactaron [y juraron] los lacedemonios y sus aliados con los atenienses y sus aliados en Esparta el día doce del mes Gerastio. Los que concluyeron y aceptaron

solemnemente el armisticio fueron por parte de los lacedemonios los siguientes: Tauro, hijo de Equetímidas, Ateneo, hijo de Periclidas, y Filocáridas, hijo de Erixíladas. Por parte de los corintios: Eneas, hijo de Ocito, y Eufámidas, hijo de Aristónimo. Por parte de los sicionios: Damotimo, hijo de Naúcrates, y Onásimo, hijo de Mégades. Por parte de los megarenses: Nicaso, hijo de Céfalo, y Menécrates, hijo de Amfidoro. Por parte de los epidaurios: Anfias, hijo de Eupálidas. Por parte de los atenienses: los generales Nicóstrato, hijo de Diítrefes, Nicias, hijo de Nicérato, y Autocles hijo de Tolmeo».

Éste fue el armisticio, y durante toda su duración ambos bandos se reunieron para negociar una paz más larga.

120. Por estos días en que se hacía la ratificación del armisticio, Esciona, ciudad de la península de Palena, hizo defección de los atenienses pasándose a Brásidas. Los habitantes de Esciona dicen ser originarios de la ciudad peloponesia de Pelena y que los primeros pobladores de su ciudad fueron arrastrados a este lugar, cuando navegaban desde Troya, por la tormenta que sufrieron los aqueos[75], y se establecieron allí. Brásidas, en vista de su defección, pasó de noche por mar a Esciona con un trirreme amigo que abría la marcha y siguiendo él detrás en un esquife, a fin de que si se encontraba con alguna embarcación mayor que el esquife, el trirreme le defendiera, y pensando además que si se presentaba otro trirreme de igual potencia combativa que el suyo, no se dirigiría contra el barco más pequeño, sino contra el de guerra[76], y él en tanto podría ponerse a salvo. Así pues, se trasladó a la ciudad y convocando a una Asamblea a los habitantes de Esciona, les dijo las mismas cosas que en Acanto y Torona, añadiendo que eran muy dignos de encomio, pues que a pesar de que Palena tenía cortadas las comunicaciones a través del istmo por los atenienses, que eran dueños de Potidea, y de que no eran

otra cosa que isleños, habían marchado de propio impulso al encuentro de la libertad y no habían aguardado cobardemente a verse en una situación de fuerza mayor en una cosa que era a todas luces su propia conveniencia; lo cual era una garantía de que también serían capaces de arrostrar valientemente cualquier otro peligro grave; y afirmó que si las cosas salían a la medida de sus deseos, consideraría a los escionenses fidelísimos y verdaderos amigos de los lacedemonios y les prodigaría honores en otros respectos.

121. Los de Esciona se llenaron de entusiasmo ante estas palabras y, cobrando audacia todos por igual, incluso aquellos que antes no aprobaban los acontecimientos en curso, se resolvieron a arrostrar animosamente la guerra, y aparte de otros honores con que le recibieron, coronaron oficialmente a Brásidas con una corona de oro, y los ciudadanos espontáneamente le coronaban de guirnaldas y le ofrecían las primicias de los campos como a un vencedor en los Juegos. Brásidas dejó de momento una pequeña guarnición y repasó de nuevo el estrecho; y poco después llevó un ejército mayor con intención de hacer, con ayuda de los escionenses, una intentona contra Menda y Potidea, pues esperaba que los atenienses acudieran en ayuda de Palena, como si fuera una isla, y quería adelantárseles; además, tenía en dichas ciudades algunas intrigas en curso para lograr su entrega.

122. Estando Brásidas a punto de atacar las ciudades mencionadas, llegaron a su presencia en un trirreme los encargados de anunciar por todas partes el armisticio, a saber, el ateniense Aristónimo y el lacedemonio Ateneo. En consecuencia, el ejército pasó de nuevo a Torona y los comisionados anunciaron públicamente [a Brásidas][77] el acuerdo, y todos los aliados de los lacedemonios en Tracia aceptaron las resoluciones adoptadas. Aristónimo, sin

embargo, aunque dio su conformidad a todo lo demás, dándose cuenta por el cálculo de los días de que los de Esciona habían hecho defección después de concertado el armisticio, se negó a que quedaran comprendidos en él. Pero Brásidas sostuvo largamente que se habían sublevado antes y no quiso entregar la ciudad. Aristónimo dio cuenta de ello a Atenas y los atenienses se declararon al punto dispuestos a enviar un ejército contra aquella ciudad. Los lacedemonios, por su parte, les enviaron una embajada afirmando que en ese caso violarían el armisticio, y manteniendo sus exigencias sobre la ciudad bajo la fe de Brásidas, pero mostrándose dispuestos a someterse a arbitraje sobre la misma. Los atenienses no querían arriesgarse a un arbitraje y sí enviar un ejército cuanto antes, indignados de que hasta los que vivían en las islas pretendieran ahora sublevarse contra ellos confiando en el inútil poderío terrestre de los lacedemonios; además, la verdad sobre la sublevación estaba del lado que los atenienses pretendían, pues los de Esciona se sublevaron dos días después de concertarse el armisticio. Así pues, los atenienses promulgaron inmediatamente, a propuesta de Cleón, un decreto para arrasar Esciona y matar a sus habitantes. Y así, se mantuvieron inactivos en todo lo demás y se prepararon para esta empresa.

123. Entre tanto les hizo defección Menda, ciudad de Palena, que es colonia de Eretria. Brásidas la aceptó como aliada, pensando que no por ello obraba de mala fe por habérsele pasado con toda evidencia durante un período de armisticio; pues también él echaba en cara a los atenienses ciertas transgresiones del armisticio. Ésta es la causa de que los de Menda cobraran mayor audacia, pues veían que Brásidas estaba dispuesto a obrar así, a juzgar porque no había traicionado a Esciona; y además les impulsaba a ello el que los partidarios de Brásidas eran pocos, y una vez que

concibieron el plan, no lo abandonaron, sino que temían por sí mismos, no sea que fueran descubiertos, y forzaron contra su propio sentir a la mayoría de la población. Tan pronto como se enteraron los atenienses, se indignaron mucho más aún e hicieron sus preparativos contra ambas ciudades. Brásidas, esperando la expedición ateniense, evacuó a los niños y mujeres de Esciona y Menda a Olinto de Calcídica y envió a estas ciudades quinientos hoplitas de los peloponesios y trescientos peltastas de los calcídeos, con Polidámidas como jefe de todos. Las dos ciudades hacían juntas sus preparativos, en la idea de que los atenienses llegarían pronto.

124. Entre tanto, Brásidas y Perdicas hicieron juntos por segunda vez una expedición a Linco contra Arrabeo. El segundo conducía las fuerzas de los macedonios sobre que reinaba, y algunos hoplitas de los griegos establecidos dentro de su reino; y el primero, además de los peloponesios que le quedaban, gentes de Calcídica, de Acanto y de las demás ciudades en proporción a lo que cada una podía aportar. El total de los hoplitas griegos era de unos tres mil, y les acompañaban hasta mil jinetes de los macedonios y de los calcídeos, y además una gran tropa de bárbaros. Entraron, pues, en el reino de Arrabeo, y como se encontraran a los lincestas acampados cerrándoles el paso, tomaron posiciones contra ellos. Como la infantería de cada bando ocupaba una colina y el espacio intermedio era un llano, primeramente las dos caballerías corrieron hacia él y empeñaron un combate ecuestre, y después de esto Brásidas y Perdicas, al ver que los hoplitas lincestas se adelantaban desde su colina en unión de la caballería y estaban dispuestos a luchar, movieron también ellos el ejército a su encuentro y trabaron combate y pusieron en fuga a los lincestas, matando a muchos y refugiándose los demás en las alturas, donde se mantuvieron quietos.

Después de esta acción levantaron un trofeo y dejaron pasar dos o tres días esperando a los ilirios, que estaban a punto de llegarle a Perdicas en calidad de mercenarios; y Perdicas quería marchar contra las aldeas de Arrabeo y no permanecer inactivo, mientras que Brásidas, preocupado por Menda, no fuera que llegaran primero los atenienses y sufriera algún contratiempo, y como además los ilirios no habían aparecido, no sentía deseos de hacerlo, sino más bien de emprender la retirada.

125. Entre tanto, hallándose ambos en desacuerdo, llegó la noticia de que los ilirios se habían puesto del lado de Arrabeo, traicionando a Perdicas. Aunque ya ambos eran del parecer de retirarse por miedo a los ilirios, que eran soldados aguerridos, a causa de la disputa nada se había resuelto sobre el momento de la partida; y como en estas circunstancias se hiciera de noche, los macedonios y la multitud de los bárbaros se aterrorizaron en seguida —de la manera como acostumbran los grandes ejércitos a llenarse de pánico inexplicablemente—, creyeron que venía contra ellos un ejército mucho mayor que el que se presentó, y que estaba a punto de aparecer ya, y dándose a una fuga repentina tomaron la dirección de su país, obligando a Perdicas tan pronto como se enteró (al principio no se había dado cuenta de ello), a retirarse antes de ver a Brásidas; pues acampaban muy lejos uno de otro. Brásidas a su vez cuando vio al amanecer que los macedonios se habían retirado los primeros y que Arrabeo y los ilirios estaban a punto de llegar, formó en cuadro a sus hoplitas, haciendo entrar dentro a las fuerzas de armamento ligero, y se dispuso a retirarse. Dió a los más jóvenes la misión de salir al encuentro de los bárbaros, si les atacaban en algún punto, y adoptó el plan de cerrar él la marcha con trescientos hombres escogidos y defenderse de la vanguardia enemiga cuando les acometiera, haciéndola frente. Y antes de que se

acercara el enemigo, dirigió brevemente a los soldados la siguiente exhortación:

126. «Si no sospechara, soldados peloponesios, que estáis asustados porque nos han dejado solos y porque los que vienen contra nosotros son tropas bárbaras y muy numerosas, no os daría una lección al tiempo que una exhortación al valor; pero ante el abandono de los nuestros y lo nutrido del ejército enemigo, procuraré convenceros de cosas muy esenciales, refrescándoos brevemente la memoria y dándoos ánimos. Os es connatural ser valientes en la guerra no por la presencia constante de tropas aliadas, sino por vuestro propio valor, y también no temer superioridad numérica alguna; pues no procedéis de ningún estado de ésos en que [no] imperan muchos sobre unos pocos, sino al contrario, un número inferior sobre otro superior; y no habéis conquistado el poder por ningún otro procedimiento que el de luchar y vencer. En cuanto a los bárbaros, a los que ahora teméis por no conocerlos, debéis convenceros basados en los combates que sostuvisteis ya con aquellos de entre ellos que son macedonios[78], y en las cosas que yo sé ya por propia inducción ya por haberlas oído de otros, de que no serán de temer. Pues en verdad, una enseñanza a tiempo sobre todo aquello en lo que el enemigo presenta apariencia de fuerza siendo en realidad débil, da mayor ánimo a los que luchan contra él; mientras que cuando el enemigo tiene indiscutiblemente una ventaja, un ejército que no la conoce de antemano puede atacarle con más audacia. Así, estos bárbaros son temibles para los que no les conocen antes del combate; pues son imponentes por el número de soldados que presentan e irresistibles por la magnitud de su griterío, y su manera de agitar las armas, que a nada conduce, da una impresión de amenaza. Pero ya no son iguales para luchar con los que no se intimidan por estas cosas; pues como no tienen una formación regular no se avergüenzan de

abandonar cualquier posición al ser hostigados, y como la huida y el avance tienen para ellos igual consideración de cosa honrosa, no evidencian el valor (una batalla reñida sin disciplina es lo que mejor disculpa puede proporcionar para salvarse honrosamente), y todos consideran más seguro aterrorizaros sin peligro que venir a las manos; pues en otro caso, acudirían a aquella táctica en vez de a ésta. Así pues, claramente veis que todo su aparato terrorífico anterior a la acción, en realidad es pequeño, pero a juzgar por la vista y el oído, imponente. Si le hacéis frente cuando se os venga encima y en el momento oportuno volvéis a emprender la retirada con disciplina y orden, llegaréis antes a lugar seguro y conoceréis en adelante que turbamultas como ésta, cuando se les hace frente en la primera arremetida, se jactan cobardemente de su valor desde lejos y con amenazas; pero si se cede ante ellas, muestran su valentía no despegándose de los talones de su enemigo, según son de animosas cuando se ven en seguridad».

127. Brásidas, después de unas palabras de aliento concebidas en estos términos, puso en movimiento su ejército. Y viéndolo los bárbaros, se echaron encima con mucho griterío y tumulto creyendo que huía y que podrían darle alcance y destrozar su ejército. Pero al ver que en cualquier punto que atacaran se encontraban con los contraataques de Brásidas y que éste mismo con sus hombres escogidos hacía frente a los que acometían; y que además los peloponesios rechazaron la primera embestida, contra lo que esperaban, y siempre que atacaban les aguardaban a pie firme y ofrecían resistencia, retirándose en cambio cuando ellos se mostraban inactivos; fue entonces cuando la mayoría de los bárbaros se abstuvo de atacar en campo abierto a los griegos de Brásidas, pero sin embargo dejaron una tropa que les siguiera para hostigarles y los demás marcharon a la carrera contra los macedonios que

huían, matando a los que encontraban, y se adelantaron a tomar el estrecho desfiladero que lleva al reino de Arrabeo, pues sabían que Brásidas no tenía ninguna otra vía de retirada. Cuando éste se acercaba ya a la parte peligrosa del camino, comenzaron a cercarle para cortarle el paso.

128. Brásidas se dio cuenta y ordenó a sus trescientos hombres que a la carrera, con la mayor celeridad con que cada uno pudiera y sin conservar la formación, marcharán hacia la altura que creía que el enemigo preferiría ocupar, e intentaran arrojar de allí a los bárbaros que ya estaban en ella antes de que la alcanzara el grueso de las tropas que les estaban cercando. Los trescientos hombres dieron el asalto y vencieron a los de la colina, marchando ya con más facilidad hacia ella el grueso del ejército griego; pues los bárbaros, al huir los suyos de la altura, se llenaron de pavor y dejaron de seguir a los griegos, considerando que ya estaban en la comarca limítrofe y habían conseguido ponerse a salvo. En cuanto a Brásidas, una vez que se apoderó de las alturas, continuó la marcha ya con más seguridad y llegó aquel mismo día a Arnisa, la primera ciudad del reino de Perdicas. E indignados los soldados por la precipitada retirada de los macedonios, los que se encontraban en el camino carros de bueyes suyos o bagajes caídos al suelo, desenganchaban y mataban los bueyes y se apropiaban de los bagajes. Desde este momento Perdicas vio en Brásidas un enemigo y en adelante alimentó en su corazón un odio contra los peloponesios que no era antiguo en él ni originado por sus sentimientos para con los atenienses, pues fue sólo por ocasión de este involuntario contratiempo por lo que se distanció de sus aliados y trató de ver de qué manera se reconciliaría con los atenienses y se desharía de la alianza con los peloponesios.

129. Cuando Brásidas se retiró de Macedonia y llegó a Torona, se encontró con que los atenienses eran ya dueños

de Menda. Permaneció pues allí, pensando que no estaba ya en condiciones de pasar a Palena y ayudar a sus aliados, y mantenía a Torona en estado de defensa. La razón estaba en que por las mismas fechas de los combates de Linco, los atenienses, como planeaban, habían enviado una expedición naval contra Menda y Torona, integrada por cincuenta trirremes (de los cuales diez eran de Quíos), mil hoplitas y seiscientos arqueros atenienses, mil mercenarios tracios y algunos peltastas más de sus aliados de aquella región. Mandaban las fuerzas Nicias, hijo de Nicérato, y Nicóstrato, hijo de Diítrefes, los cuales levaron anclas de Potidea y marcharon contra Menda. Los habitantes de esta ciudad, en unión de trescientos hoplitas de Esciona que habían ido en su ayuda, sus aliados peloponesios (setecientos hoplitas en total) y Polidámidas, jefe de estos últimos, estaban acampados fuera de la ciudad en una colina de fácil defensa. Nicias, que con ciento veinte infantes ligeramente armados de Metona, sesenta hombres escogidos de entre los hoplitas atenienses, y la totalidad de los arqueros, intentó llegar hasta ellos por un atajo y fue herido, no pudo desalojarlos de allí; y a su vez Nicóstrato, que avanzó contra la colina, que era de acceso difícil, con el resto del ejército por otro camino más largo, fue puesto en un grave apuro y todo el ejército de los atenienses estuvo a punto de ser vencido. Este día los atenienses, al no ceder los de Menda y sus aliados, se retiraron y acamparon, y los de Menda regresaron a la ciudad al caer la noche.

130. Al día siguiente, costearon hasta el lado de la ciudad que mira a Esciona y tomaron el arrabal y durante todo el día se dedicaron a devastar la campiña sin que nadie les saliera al encuentro (pues se añadía que había disensiones en la ciudad); y al llegar la noche los trescientos hombres de Esciona regresaron a su ciudad. Al otro día, Nicias avanzó con la mitad del ejército en dirección a la frontera de

Esciona y estuvo devastando la campiña; y simultáneamente, Nicóstrato con el resto del ejército tomó posiciones junto a la ciudad en las inmediaciones de la puerta del lado de tierra, por donde se va a Potidea. Y Polidámidas, aprovechando que en aquel lugar, pero dentro de la muralla, estaban concentradas tropas de Menda y sus aliados, las formó como para una batalla y ordenó a los de Menda hacer una salida. Mas como uno de los del pueblo le contestara con tono insolente que no quería salir ni tenía por qué hacer la guerra, y como, al dar esta respuesta, fuera cogido del brazo por Polidámidas con violencia y se llenara de miedo, los del partido popular al instante cogieron las armas y, llenos de furor, marcharon contra los peloponesios y los que en unión de ellos habían seguido una política opuesta a la suya. Cayeron, pues, sobre ellos y los pusieron en fuga tanto por ser un combate por sorpresa como porque al ser abiertas las puertas a los atenienses se llenaron de miedo; pues creyeron que el ataque contra ellos se había producido en cumplimiento de una consigna. Los que no fueron destrozados en el acto, se refugiaron en la Acrópolis, que ya antes tenían en su poder; y los atenienses (ya Nicias había vuelto atrás y se hallaba junto a Menda) se precipitaron en la ciudad con todo el ejército y, en vista de que no había abierto las puertas en virtud de una capitulación, la saquearon considerándola tomada por asalto; y a duras penas impidieron los generales que fueran degollados los habitantes. Después de esto, los atenienses ordenaron a los de Menda que se gobernaran conforme a su tradición y que ellos mismos decidieran a quiénes consideraban culpables de la defección. Además, cercaron por ambos lados a los de la Acrópolis por medio de unos muros que llegaban al mar, y dejaron tropas para el asedio. Y después de apoderarse de Menda, marcharon contra Esciona.

131. Los habitantes de Esciona salieron a su encuentro en unión de los peloponesios y tomaron posiciones en una colina fácil de defender situada delante de Esciona y que, si el enemigo no la tomaba, hacía imposible cercar la ciudad con una muralla. Los atenienses se lanzaron al asalto de la colina y expulsando con las armas a los que la ocupaban, acamparon, y después de levantar un trofeo se prepararon para construir la muralla. No mucho después, estando ya ellos en pleno trabajo de construcción, las tropas auxiliares que se hallaban sitiadas en la Acrópolis de Menda se abrieron paso de noche a través del ejército sitiador y, siguiendo la orilla del mar, llegaron a Esciona; la mayor parte de ellos lograron escapar del ejército acampado frente a Esciona y penetraron en la ciudad.

132. Durante la circunvalación de Esciona, Perdicas negoció con los generales de Atenas y concluyó un tratado[79] con los atenienses, movido por la animadversión que cobró contra Brásidas a raíz de la retirada de Linco, que fue cuando comenzó los tratos. Y como entonces justamente el lacedemonio Iscágoras se disponía a llevar por tierra un ejército a Brásidas, Perdicas, a quien por un lado Nicias invitaba a que, ya que se había unido a los atenienses, les diera alguna clara muestra de fidelidad, y que por otro lado él mismo no deseaba ya que los peloponesios llegaran a su reino, intervino junto a sus huéspedes de Tesalia (siempre tenía en calidad de tales a los personajes más influyentes) y deshizo los preparativos para enviar el ejército[80], de forma que los lacedemonios ni siquiera intentaron nada contra los tesalios. Sin embargo, Iscágoras, Aminias y Aristeo llegaron a presencia de Brásidas, enviados por los lacedemonios a hacer una inspección, y le llevaron, contrariamente a la costumbre, algunos jóvenes espartanos para que los pusiera al frente de las ciudades y no se las confiara a cualquiera[81].

Así pues, puso por comandante de Anfípolis a Cleáridas, hijo de Cleónimo, y de Torona a Pasitélidas, hijo de Hegesandro.

133. Durante este mismo verano los tebanos derribaron las murallas de Tespias, acusando a la ciudad de simpatía por Atenas; siempre habían deseado hacerlo, pero ahora se había hecho más fácil por haber perecido la flor de la ciudad en la batalla con los atenienses. En este mismo verano se quemó el templo de Hera en Argos, a causa de que la sacerdotisa Crisis puso junto a las guirnaldas[82] una lámpara encendida y se durmió, de modo que todo el templo ardió y fue consumido por el fuego antes de que nadie se diera cuenta. Crisis huyó inmediatamente, aún de noche, a Fliunte, por miedo a los de Argos; y éstos designaron a otra sacerdotisa, Faínide de nombre, siguiendo los ritos establecidos. Cuando Crisis huyó, su sacerdocio había durado ocho años de esta guerra y la mitad del noveno[83]. Y ya al fin del verano, Esciona quedó circunvalada completamente, y los atenienses dejaron un contingente de tropas para sitiarla y se volvieron a Atenas con el resto de su ejército.

134. En el invierno siguiente las hostilidades entre atenienses y lacedemonios estuvieron interrumpidas por el armisticio, pero los de Mantinea y Tegea y los aliados de una y otra ciudad lucharon en Laodocion de Oréstide, quedando indecisa la victoria; pues como unos y otros pusieron en fuga al ala enemiga que tenían frente a sí, erigieron ambos un trofeo y enviaron a Delfos despojos del enemigo. Como quiera que sea, unos y otros tuvieron muchos muertos, la batalla resultó equilibrada y la noche interrumpió la acción; y los de Tegea pasaron la noche en el campo y erigieron seguidamente un trofeo, mientras que los de Mantinea se retiraron a Bucolión y posteriormente erigieron otro a su vez.

135. Al final de este mismo invierno, ya próxima la primavera, Brásidas hizo también una intentona contra

Potidea. Se acercó de noche a la ciudad y aplicó una escala a la muralla, permaneciendo sin ser visto hasta este momento; pues cuando pasó la campanilla, la escala fue aplicada al muro en el espacio que quedaba sin vigilancia, antes de que volviera el que había pasado la campanilla[84]; pero después los centinelas se dieron cuenta inmediatamente, y antes de que nadie escalara la muralla, Brásidas hizo retroceder rápidamente al ejército sin esperar a que se hiciera de día. Y terminó el invierno, concluyendo el noveno año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

LIBRO V

1. En el verano siguiente la tregua de un año tocó a su fin, reanudándose al llegar los Juegos Píticos[1]. Durante la suspensión de hostilidades, los atenienses expulsaron de Delos a los delios, convencidos de que les habían consagrado al dios[2] sin que, por un motivo de fecha remota, estuvieran puros ritualmente; y, además, de que era esto lo que habían dejado de hacer en la purificación en que, según he dicho, creyeron que con trasladar fuera de la isla los sepulcros de los muertos, habían procedido con todas las formalidades. Y los delios se establecieron en Atramition, ciudad de Asia que les entregó Farnaces[3], a la manera que cada cual prefirió[4].

2. Expirada la tregua, Cleón, convenciendo previamente a los atenienses, se dirigió por mar a la región litoral de Tracia al frente de mil doscientos hoplitas y trescientos jinetes atenienses, de un número superior de tropas aliadas y de treinta naves. Llegó primero a Esciona, que aún estaba sitiada, y allí tomó a su mando más hoplitas de las tropas sitiadoras y arribó a Puerto Cofo[5], que dista poco de la ciudad de Torona. Y enterado por los desertores de que Brásidas no estaba en Torona y de que la guarnición no se hallaba en condiciones de luchar con él, marchó contra la ciudad con sus tropas de tierra y envió doce naves a que costearan hasta Torona. Llegó primero al muro exterior que Brásidas había construido alrededor de la ciudad con el fin

de dejar dentro el arrabal: derribando una parte de la muralla[6], había convertido a Torona en una sola ciudad.

3. El comandante lacedemonio Pasitélidas y la guarnición de la ciudad acudieron en auxilio de aquel lugar e hicieron frente al ataque de los atenienses. Pero como se veían a punto de ser arrollados y además las naves que habían sido enviadas se dirigían al puerto, temiendo Pasitélidas que las naves llegaran a tiempo de tomar la ciudad mientras estaba desguarnecida, y que al ser ocupado el muro exterior quedara él cogido en medio, lo abandonó y a la carrera se dirigió a la ciudad. Pero antes de que él pudiera impedirlo, los atenienses de las naves tomaron Torona y los de la infantería se lanzaron inmediatamente tras él, precipitándose por la parte derruida de la muralla antigua. A una parte de los peloponesios y toronenses los mataron al punto luchando cuerpo a cuerpo, mientras que a otros, incluido el comandante lacedemonio Pasitélidas, los hicieron prisioneros. En cuanto a Brásidas, marchó en auxilio de Torona; pero enterándose por el camino de que había sido tomada, se retiró cuando le faltaban cuarenta estadios para llegar. Y Cleón y los atenienses levantaron dos trofeos, uno en el puerto y otro junto al muro, redujeron a la esclavitud a las mujeres e hijos de los toronenses, y a ellos mismos, a los peloponesios y a los calcídeos que además había dentro, los enviaron a Atenas, siendo en total setecientos hombres, de los cuales los peloponesios quedaron libres posteriormente en la paz que se hizo y los demás fueron rescatados por los olintios hombre contra hombre. De otra parte, por estas mismas fechas los beocios tomaron por traición Panacton, fuerte de los atenienses en la región fronteriza. Así pues, Cleón dejó en Torona una guarnición, levó anclas y costeó el Atos en dirección a Anfípolis.

4. Féace, hijo de Erasístrato, partió por entonces con dos naves, por orden de los atenienses, hacia Italia y Sicilia en

calidad de embajador y en unión de otros dos generales. El motivo era que los leontinos, al marcharse de Sicilia los atenienses tras el acuerdo de paz, inscribieron muchos nuevos ciudadanos, y el partido popular proyectaba hacer un nuevo reparto de la tierra. Pero enterándose de ello los ricos, trajeron en su ayuda a los siracusanos y expulsaron de la ciudad a los del partido popular. Éstos erraron en grupos de un lado a otro; y los ricos llegaron a un acuerdo con los siracusanos, salieron de su ciudad, que dejaron abandonada, y se establecieron en Siracusa como ciudadanos. Pero más tarde algunos de ellos, descontentos, se marcharon de Siracusa y se apoderaron de Foceis, un barrio de la ciudad de Leontinos así llamado, y de Bricinias, un fuerte en el territorio de Leontinos. La mayoría de los del partido popular, que en la ocasión citada habían sido desterrados, se unieron a ellos, y, afirmándose allí, hacían la guerra[7] desde ambos lugares fortificados. Fue al enterarse de esto los atenienses cuando enviaron a Féace para ver si, persuadiendo a los aliados que allí tenían y, si podían, a los demás sicilianos, a luchar contra los siracusanos en vista de que acrecentaban su poderío, podían salvar al partido popular leontino. Llegado Féace, logró convencer a las ciudades de Camarina y Acragante; pero como en Gela fracasó, ya no fue a las demás, dándose cuenta de que no lograría convencerlas, sino que, retirándose a Catana a través del territorio de los sículos y presentándose al pasar en Bricinias para dar ánimos a los defensores, se hizo a la mar.

5. Durante su viaje a Sicilia y en el de vuelta, Féace había entrado en negociaciones en Italia con algunas ciudades para que se aliaran con los atenienses; y entre otros trató con los locrios[8] colonos de Mesena que habían sido desterrados de esta ciudad, los cuales, como hubiera luchas internas en Mesena después del arreglo pacífico entre los

sicilianos, llamados por uno de los dos partidos, habían sido enviados en calidad de colonos, con lo cual durante algún tiempo Mesena quedó en poder de los dorios. Féace se encontró con estos locrios cuando regresaban a su país y no les atacó, pues los locrios habían llegado con él a un acuerdo para hacer la paz con los atenienses. Habían sido los únicos de los aliados[9] que cuando los sicilianos se reconciliaron no hicieron la paz con los atenienses, ni ahora siquiera la hubieran hecho si no hubieran estado empeñados en la guerra contra los de Iponion y Medmas, vecinos y colonos suyos.

6. Cleón, una vez que dio la vuelta con la escuadra hasta Anfípolis, estableció su base en Eón y atacó Estagiro, colonia de Andros, y no logró tomarlo, pero en cambio ocupó al asalto Galepso, colonia de Tasos. Después envió embajadores a Perdicas con el fin de que se presentara con un ejército de conformidad con el tratado de alianza y también otros a Tracia, a Poles, el rey de los odomantos, los cuales debían traerle el mayor número posible de mercenarios tracios; y él se mantuvo quieto en Eón esperando. Pero al enterarse Brásidas de estas cosas puso su campo frente a él en las inmediaciones de Cerdilion; este lugar pertenece a los argilios y está en una altura al otro lado del río[10], a poca distancia de Anfípolis, y desde allí se divisaba toda la región, de modo que Cleón no le hubiera pasado inadvertido si se ponía en movimiento con su ejército, cosa que esperaba que haría, marchando contra Anfípolis con las fuerzas que tenía con desprecio de su inferioridad numérica. Al mismo tiempo se procuró peltastas y jinetes, llamando en su ayuda a mil quinientos mercenarios tracios y a todos los edones; además, tenía mil peltastas de los mircinios y calcídeos, aparte de los que había en Anfípolis. El total de los hoplitas que se reunieron fue de unos dos mil, y el de los jinetes griegos, de

trescientos. De estas tropas, Brásidas, acampado en Cerdilion, tenía bajo su mando unos mil quinientos hombres, y el resto estaba en Anfípolis con Cleáridas.

7. Cleón, por su parte, se mantuvo quieto durante algún tiempo, pero después se vio obligado a hacer lo que Brásidas esperaba. En efecto, como los soldados se cansaran por la inactividad y vieran qué impericia y flojedad tendría el mando de Cleón frente a un arte militar y una audacia tan grandes, y, también, cuán contra su grado vinieron con él de Atenas, Cleón se dio cuenta de las murmuraciones, y no queriendo que los soldados[11] perdieran ánimos por estar quietos en el mismo lugar, se puso a su frente y los llevó contra el enemigo. Actuó en ello con la disposición de espíritu con cuyo éxito en Pilos se convenció de que era un buen jefe; pues estaba creído de que nadie saldría a presentarle batalla y aseguró que avanzaba más bien para explorar el lugar, y si esperó la llegada de los refuerzos[12] no fue con intención de triunfar sin riesgo alguno si se veía obligado a luchar[13], sino de tomar al asalto la ciudad tras ponerla sitio. Avanzó, pues, y haciendo detenerse al ejército delante de Anfípolis en una colina de fácil defensa, marchó él mismo a explorar el lago del Estrimón[14] y ver la situación que como base contra Tracia tenía la ciudad. Pensaba que podría retirarse sin lucha cuando quisiera, pues no se veía a nadie en la muralla y nadie salía por las puertas, que estaban todas cerradas; hasta tal punto, que pensó haber cometido un yerro al no venir con ingenios de guerra, pues hubiera podido tomar la ciudad por causa de su abandono.

8. Mas Brásidas, tan pronto como vio que los atenienses se ponían en movimiento, bajó de Cerdilion y entró en Anfípolis. No hizo una salida contra los atenienses ni les presentó batalla formal, temiendo su propia debilidad y considerando que sus tropas eran inferiores, no por el número (pues había una igualdad aproximada), sino por la

calidad (pues el cuerpo expedicionario estaba formado por tropas escogidas atenienses y por los mejores soldados de Lemnos y Paros); y se dispuso a atacarles mediante una estratagema. En efecto, si dejaba ver al enemigo el número y el improvisado armamento de sus tropas, pensaba que su victoria sería menos fácil que si no les veían antes y no les despreciaban por su escaso valor militar. Así pues, eligiendo ciento cincuenta hoplitas y poniendo a Cleáridas al mando de los demás, pensaba realizar un ataque repentino antes de que los atenienses se alejaran, considerando que, una vez que les llegaran los refuerzos, nunca más les sorprendería solos. Llamando, pues, a todos los soldados y queriendo darles ánimos y explicarles su plan, habló así:

9. «Soldados peloponesios: baste con recordaros brevemente que habéis venido de un país que siempre ha sido libre gracias a su valor, y que siendo dorios vais a pelear contra jonios, a los que tenéis siempre costumbre de vencer; y ahora os haré ver de qué manera proyecto realizar esta intentona, a fin de que a nadie quite audacia el hecho de que entremos en combate por grupos y no todos juntos. Conjeturo que es por menosprecio de nosotros y por no creer que nadie sea capaz de salirles al encuentro, por lo que los enemigos se han aproximado a la ciudad y ahora se han desparramado para explorar el terreno sin cuidarse de nosotros. Pues bien, el que, percatándose mejor de estos errores de los enemigos y al mismo tiempo teniendo en cuenta sus propias fuerzas, realiza sus operaciones militares no en batalla abierta y alineando sus tropas frente a las del enemigo, sino ateniéndose a la conveniencia del momento, es el que mayor éxito tiene; y las estratagemas que más se admiran son aquéllas con las cuales, por medio de un mayor engaño del enemigo, más beneficio se hace a los amigos. Así pues, mientras los atenienses, desprevenidos todavía están llenos de confianza y, según la impresión que me causan,

tienen intenciones de retirarse más que de presentar combate, en este momento de despreocupación y antes de que cobren mayor aliento bélico caeré a la carrera sobre su centro, si puedo, al frente de mis soldados[15] y primero que nadie; y después, tú, ¡oh Cleáridas!, cuando veas que ya me echo encima de ellos llenándoles de pavor según es lógico, ponte al frente de los tuyos [y de los anfipolitas y los demás aliados] y, abriendo repentinamente las puertas, corre y date prisa en llegar cuanto antes al encuentro con el enemigo; pues los refuerzos que vienen después son para los enemigos mayor causa de pavor que las fuerzas que ya están luchando con ellos. Compórtate como un valiente, según hay que esperar que obres siendo espartano; y vosotros, ¡oh aliados!, venid tras él esforzadamente y considerad que de tres cosas depende el pelear con bravura: de la voluntad de lucha, el sentimiento del honor y la obediencia a los jefes; y también, que en este día os ganaréis, o bien la libertad y el ser llamados aliados de los lacedemonios, o bien el ser llamados vasallos de los atenienses —si obtenéis la mayor felicidad posible no siendo vendidos como esclavos ni muertos— y una servidumbre más dura de la que teníais antes, además de convertiros en impedimento para la liberación de los demás griegos. Ea, pues, viendo qué cosas se juegan en esta batalla, no flojeéis, y yo, por mi parte haré ver que no valgo más para hacer exhortaciones a los demás que para ir realmente a la lucha».

10. Hablando así Brásidas, preparó su salida y colocó a los demás con Cleáridas junto a la puerta llamada Tracia. Y cuando se le vio que bajaba de Cerdilion y que sacrificaba en la ciudad, que se divisaba bien desde fuera, junto al templo de Atena, y hacía los preparativos citados, le fue comunicado a Cleón (éste se había adelantado en el curso de la exploración) que el ejército completo de los enemigos era visible en la ciudad y que se entreveían debajo de las

puertas muchos cascos de caballo y pies de hombre, como si fueran a salir. Al oírlo, Cleón se acercó y, viéndolo, no queriendo librar batalla antes de que llegaran sus tropas auxiliares y creyendo que tendría tiempo de alejarse, dispuso que se diera la señal de retirada y a la vez ordenó al ejército que en su marcha se dirigiera hacia Eón poniendo en cabeza el ala izquierda, como era únicamente factible[16]. Y como le parecía que la maniobra se realizaba con demasiada lentitud, hizo que el ala derecha se incorporara a la columna y comenzó a llevarse el ejército presentando el flanco descubierto[17] al enemigo. Pero en esto Brásidas, al ver la ocasión favorable y que el ejército de los atenienses se retiraba, dijo a los suyos y a los demás: «No nos hacen frente: es evidente por el movimiento de las lanzas y de las cabezas; pues aquéllos a los que sucede esto, no suelen hacer frente a los atacantes. Que abran las puertas señaladas y vamos de prisa contra ellos, llenos de ardor». Y saliendo por la puerta que conducía a la empalizada y por la primera del muro largo que entonces había[18], marchó a la carrera, por un camino recto en el cual ahora, según se va hacia la colina más elevada de aquella parte[19], hay un trofeo, y cayendo sobre el centro del ejército de los atenienses, llenos de miedo por no estar en orden de combate y asustados del arrojo de Brásidas, los puso en fuga; y Cleáridas, como se ha dicho, se lanzó al mismo tiempo por la puerta Tracia al frente de su ejército. Ante lo imprevisto y repentino de estos movimientos sucedió que los atenienses se llenaron de confusión por efecto de ambos ataques; y su ala izquierda, que estaba del lado de Eón y había marchado hacia adelante, perdió inmediatamente el contacto y se dio a la fuga (y Brásidas, cuando ya estaba aquélla en retirada, al pasar junto al ala derecha fue herido, y, al caer, los atenienses no le reconocieron y los que estaban cerca le recogieron y se lo llevaron), mientras que el

ala derecha ateniense presentó más resistencia. Cleón, que desde el principio no pensaba hacer frente, comenzó a huir en seguida y fue muerto por un peltasta mircinio que le dio alcance, mientras que sus hoplitas se refugiaron en la colina y rechazaron dos o tres asaltos de Cleáridas y no se retiraron hasta que la caballería mircinia y calcídica y los peltastas, cercándoles y lanzándoles dardos, les hicieron retroceder. Entonces ya todo el ejército de los atenienses, en una difícil huida y después de recorrer muchas sendas de la montaña, se retiró a Eón, salvo los que murieron en la batalla luchando cuerpo a cuerpo o bien por obra de la caballería calcídica y de los peltastas. En tanto, los peloponesios, tras recoger a Brásidas del campo de batalla y ponerle a salvo, le llevaron a la ciudad todavía vivo; y se enteró de que los suyos habían vencido, pero poco después murió; y el resto del ejército, una vez que regresó con Cleáridas de la persecución, despojó a los muertos y erigió un trofeo.

11. A continuación los aliados hicieron a Brásidas un entierro sufragado por el estado, formando la comitiva todos ellos con sus armas, y le sepultaron dentro de la ciudad, a la entrada de lo que ahora es la plaza mayor; y los anfipolitas rodearon el sepulcro de una verja y desde entonces hacen sacrificios en su honor considerándole como un héroe, han fundado para honrarle Juegos y fiestas anuales, y le han dado categoría de fundador de la colonia, demoliendo las edificaciones de Hagnón[20] y haciendo desaparecer cualquier testimonio que pudiera quedar de su fundación de la colonia; pensaron que Brásidas había sido su salvador —y además ahora cultivaban la alianza con los lacedemonios por miedo a los atenienses— y que por causa de la guerra que les hacían los atenienses, no sería igual de conveniente ni grato para ellos mismos que Hagnón continuara con sus honores. Con esto devolvieron sus muertos a los atenienses. Murieron unos seiscientos atenienses y siete de sus

enemigos, debido a que la batalla no tuvo lugar con los ejércitos formados para el combate, sino con las circunstancias y el miedo inicial descritos. Tras la recogida de los muertos, los atenienses se hicieron a la mar en dirección a su país, y Cleáridas y los suyos dispusieron las cosas a su gusto en Anfípolis.

12. Por estas mismas fechas, acabando ya el verano, los lacedemonios Ramfias, Autócaridas y Epicídidas llevaban una expedición de refuerzo de novecientos hoplitas a la región de Tracia; y llegados a Heraclea de Traquinia, pusieron en regla las cosas que les parecieron mal. Estando ellos allí tuvo lugar la batalla ya relatada, y acabó el verano.

13. Recién comenzado el siguiente invierno, Ramfias y los suyos avanzaron hasta Pierion de Tesalia, pero al impedirles el paso los tesalios y también por causa de la muerte de Brásidas, que era a quien llevaban el ejército, se volvieron a su país, pensando que ya no era momento oportuno para ir, un vez que los atenienses se habían marchado derrotados y dado que ellos no estaban en situación de realizar los planes de Brásidas. Pero si regresaron fue sobre todo porque sabían que los lacedemonios, cuando ellos partieron, se inclinaban más bien a la paz.

14. Y sucedió que después de la batalla de Anfípolis y la retirada de Ramfias de Tesalia, ni unos ni otros tomaban ninguna iniciativa bélica y pensaban más bien en la paz: los atenienses, por la derrota de Delion y la de Anfípolis, acaecida poco después, y porque ya no tenían una firme confianza en sus fuerzas, confianza por cuya causa antes no aceptaban la paz, creyendo que quedarían triunfadores en razón de su presente buena fortuna (además temían que sus aliados, cobrando mayores ánimos por sus derrotas, hicieran defección, y se arrepentían de no haber llegado a un acuerdo de paz después de lo de Pilos, que fue una buena oportunidad); y los lacedemonios, porque había sido

contrario a sus previsiones el desarrollo de la guerra, en la cual creían que en pocos años arruinarían el poderío ateniense devastando su territorio; además, porque habían sufrido el desastre de la isla —que fue tal como nunca le había acontecido ninguno a Esparta—, su territorio era objeto de incursiones desde Pilos y Citera, y los hilotas desertaban y había constantemente el riesgo de que los que se quedaban se sublevaran ante la situación actual de los lacedemonios y confiados en la ayuda exterior; y, finalmente, se añadía que el tratado por treinta años que tenían con los argivos estaba a punto de expirar, y los argivos no querían concertar otro a no ser que les devolvieran Cinuria (y era manifiestamente imposible luchar al tiempo contra argivos y atenienses), y sospechaban que algunas de las ciudades del Peloponeso se pasarían a los argivos, cosa que sucedió.

15. Considerando, pues, estas cosas uno y otro bando, les parecía conveniente concertar un acuerdo, y ello sobre todo a los lacedemonios por el deseo de recobrar a los prisioneros de la isla; pues los que de entre ellos eran espartanos, pertenecían a las primeras familias y[21] eran parientes suyos. Tan pronto como fueron hechos prisioneros, comenzaron a entablar negociaciones, pero los atenienses, prósperos entonces, no querían todavía terminar las hostilidades en condiciones de igualdad. Mas al ser derrotados en Delion, los lacedemonios, dándose cuenta de que ahora aceptarían de mejor grado, concertaron el armisticio por un año, en el cual debían reunirse ambas partes y deliberar sobre el futuro.

16. Y una vez que los atenienses fueron también derrotados en Anfípolis y que hubieron muerto Brásidas y Cleón, que eran de una y otra parte los que más se oponían a la paz —el uno porque tenía buen éxito y recibía honores en la guerra, y el otro porque creía que si se hacía la paz se

verían mejor sus malas acciones y se desconfiaría más de sus calumnias—, Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, y Nicias, hijo de Nicérato, el general que más éxitos tenía entonces en sus expediciones, que eran en una y otra ciudad los que más querían la paz, la desearon mucho más aún: Nicias, porque quería, ahora que estaba invicto y bien considerado, asegurarse la permanencia de su buena fortuna, cesar de fatigas y hacer cesar de ellas a sus conciudadanos en el presente, y dejar para el tiempo venidero la reputación de que a lo largo de su vida no ocasionó ningún contratiempo a su ciudad; y creía que esto sólo podía resultar de una situación sin peligros y de confiarse lo menos posible a la fortuna, y que era la paz la que traía consigo la falta de peligros; y Plistoanacte, porque era difamado por sus enemigos a propósito de su regreso a Esparta, y siempre le traían a la memoria de los lacedemonios cuando sufrían algún contratiempo, asegurando que ello ocurría porque su regreso fue ilegal. Le acusaban, en efecto, de que en unión de su hermano Aristocles había persuadido a la profetisa de Delfos a dar repetidas veces a teoros[22] lacedemonios que iban allí el siguiente oráculo: que trajeran a su patria del extranjero al descendiente del semidiós hijo de Zeus[23], y si que no, ararían con reja de plata[24]; y también de que con el tiempo logró que los lacedemonios le trajeran a Esparta al cabo de diecinueve años con los mismos coros y sacrificios con que antiguamente entronizaban a los reyes cuando fundaron Lacedemonia; estaba refugiado en el monte Liceon por causa de su retirada del Ática, que se atribuyó al soborno[25], y habitaba la mitad de la casa del recinto sagrado del templo de Zeus por miedo a los lacedemonios[26].

17. Disgustado, pues, Plistoanacte por esta acusación, y pensando que en la paz, al no ocurrir ninguna malaventura

y recobrar los lacedemonios sus soldados, sería él inatacable, mientras que si había guerra era forzoso que los de arriba fueran constantemente difamados por causa de los descalabros, se inclinó a hacer la paz. Durante este invierno atenienses y lacedemonios mantuvieron conversaciones, y al llegar la primavera se amenazó por parte de los lacedemonios con preparativos para construir un fuerte en el Ática[27], preparativos propalados de ciudad en ciudad a fin de que los atenienses se enteraran mejor; y una vez que de resultas de las reuniones, tras presentarse unos a otros numerosas reclamaciones, se acordó hacer la paz devolviendo cada uno los territorios ocupados en acción de guerra, pero que los atenienses conservaran Nisea (pues cuando éstos reclamaron Platea, los tebanos dijeron que se habían apoderado de la ciudad no por la fuerza, sino por la entrega hecha por sus habitantes en virtud de un acuerdo y sin intervención de traidores; y también los atenienses dijeron que se habían apoderado de Nisea de esta misma manera), entonces ya los lacedemonios llamaron a una conferencia a sus aliados, y una vez que todos, salvo los beocios, corintios, eleos y megarenses votaron por la paz (éstos no aprobaban las estipulaciones), concluyeron el acuerdo, aceptando por medio de libaciones y juramentos ante los atenienses —y éstos ante los lacedemonios— el siguiente tratado:

18. «Los atenienses y lacedemonios y sus aliados han concertado un tratado de paz con las siguientes condiciones, y lo han jurado cada ciudad por separado. Respecto a los santuarios panhelénicos, han acordado que todos los que quieran puedan libremente sacrificar en ellos, consultar los oráculos e ir como teoros de acuerdo con sus tradiciones, tanto por tierra como por mar. El recinto y el templo de Apolo en Delfos y los delfios, tendrán autonomía legislativa, económica y judicial en lo que les concierne a

ellos y a su territorio, de conformidad con el uso antiguo. La paz entre los atenienses y sus aliados y los lacedemonios y los suyos durará cincuenta años sin engaño ni lesión de intereses, tanto por tierra como por mar. No será permitido que con ningún engaño ni pretexto lleven las armas con intención de causar daños ni los lacedemonios y sus aliados contra los atenienses y sus aliados, ni los atenienses y sus aliados contra los lacedemonios y sus aliados. Si hay alguna diferencia entre unos y otros, recurrirán a la decisión judicial o al juramento, en la forma en que convengan. Los lacedemonios y sus aliados devolverán Anfípolis a los atenienses. Los habitantes de cuantas ciudades devuelven los lacedemonios a los atenienses, podrán irse adonde quieran llevándose sus cosas. Estas ciudades serán autónomas y pagarán el tributo establecido en tiempo de Arístides[28]. Una vez hecha la paz, los atenienses y sus aliados no podrán llevar contra ellos sus armas para causarles mal, en tanto que paguen el tributo. Son estas ciudades Argilo, Estagiro, Acanto, Estolo, Olinto y Espartolo. No serán aliadas ni de los lacedemonios ni de los atenienses; pero si los atenienses las convencen a ello, podrán, con su consentimiento, hacerlas aliadas suyas. Los habitantes de Meciberna, Sana y Singo vivirán en sus ciudades[29], en iguales condiciones que los olintios y acantios. Los lacedemonios y sus aliados devolverán Panacton a los atenienses. Los atenienses a su vez devolverán a los lacedemonios Corifasion, Citera, Metana, Pteleon y Atalanta, y dejarán libres a los soldados lacedemonios que tienen en prisión en Atenas o en cualquier otro punto de los sitios donde imperan los atenienses, y también a los peloponesios sitiados en Esciona y a todos los demás aliados de los lacedemonios que están en Esciona y a cuantos Brásidas hizo entrar dentro de la ciudad[30], así como a cualquier otro aliado de los lacedemonios que esté en prisión en Atenas o

en cualquier otro punto de los sitios donde imperan los atenienses. También los lacedemonios y sus aliados devolverán en igual forma a cuantos atenienses o aliados suyos tengan prisioneros. Respecto a las ciudades de Esciona, Torona y Sermila y cualquier otra que los atenienses tuvieren en su poder, éstos decidirán, al igual que respecto a las demás ciudades, lo que les parezca conveniente. Los atenienses prestarán juramento ante los lacedemonios y sus aliados ciudad por ciudad; y una y otra parte jurarán el más solemne juramento de su país, siendo diecisiete los representantes de cada ciudad. El juramento será el siguiente: "Me mantendré fiel a este convenio de paz con toda justicia y sin fraude". Los lacedemonios y sus aliados prestarán juramento ante los atenienses en iguales términos. Una y otra parte renovará anualmente el juramento. Erigirán estelas[31] en Olimpia, Delfos, el Istmo[32], en la Acrópolis de Atenas y en el templo de Apolo en Amiclas, en Lacedemonia. Y si cualquiera de las dos partes y respecto a cualquier punto sufre un olvido, será para ambas compatible con el juramento hacer, tras negociaciones que se atengan a la justicia, las modificaciones que convengan las dos, esto es, los atenienses y los lacedemonios.

19. Inicia la paz el éforo Plístolas en el día cuarto contando por el final del mes Artemisio, y en Atenas el arconte Alceo en el sexto día contando por el final del mes Elafebolión[33]. Los que juraron e hicieron las libaciones fueron: por los lacedemonios Plistoanacte, Agis, Plístolas, Damageto, Quiónide, Metágenes, Acanto, Dáito, Iscágoras, Filocáridas, Zeúxidas, Antipo, Télide, Alcínadas, Empedias, Minas y Láfilo; y por los atenienses, Lampón, Istmiónico, Nicias, Laquete, Eutidemo, Procles, Pitodoro, Hagnón, Mirtilo, Trasicles, Teágenes, Aristócrates, Iolcio, Timócrates, León, Lámaco y Demóstenes».

20. Esta paz se concertó al finalizar el invierno y comenzar la primavera, inmediatamente después de las Dionisias urbanas[34], al cabo de diez años y pocos días más de la invasión del Ática y el comienzo de esta guerra. Compruébese si no por el cálculo de las estaciones, en vez de contar los nombres de los que en cada ciudad como magistrados o por algún otro cargo, sirven para fechar el pasado. Este sistema no es seguro, dado que los acontecimientos ocurrieron ya al comienzo de sus cargos, ya mediados, ya en otra circunstancia cualquiera. En cambio, el que calcule por veranos e inviernos, como yo he hecho, contándose cada año por sus dos partes, encontrará que esta primera guerra duró diez veranos y diez inviernos.

21. Los lacedemonios, a quienes correspondió en suerte devolver los primeros lo que tenían en su poder, libertaron inmediatamente los prisioneros que tenían, y enviando como embajadores a la región de Tracia a Iscágoras, Minas y Filocáridas, ordenaron a Cleáridas que entregara Anfípolis a los atenienses, y a las otras ciudades que aceptaran la paz en las condiciones prescritas a cada una. Pero ellos no quisieron, considerando que aquélla no era aceptable; y por su parte Cleáridas, por complacer a los calcídeos, no entregó la ciudad, diciendo que no podía entregarla oponiéndose ellos por la fuerza. Marchó Cleáridas a toda prisa a Esparta en unión de unos embajadores calcídeos, con el fin de defenderse si Iscágoras y sus compañeros le acusaban por desobedecerles, y también porque deseaba saber si el acuerdo de paz podía modificarse; y al encontrarse con que los lacedemonios habían comprometido su palabra, se volvió en seguida, enviado por los lacedemonios, que le ordenaron que a ser posible entregara la ciudad y, si no, hiciera salir de ella a cuantos peloponesios había dentro.

22. Los aliados estaban todavía en Esparta, y los lacedemonios ordenaron que hicieran la paz a los que no la

habían aceptado. Pero ellos se negaron a aceptarla con las mismas razones con que la habían rechazado antes, a no ser que hicieran una más justa que ésta. Y como no les prestaron oído, les dejaron marcharse e hicieron una alianza con los atenienses, pensando que sería la mejor manera de que los argivos no les atacaran (pues a pesar de haberles sido enviada por los lacedemonios una embajada formada por Ampélidas y Licas, no habían querido renovar la paz, convencidos de que sin ayuda de los atenienses no eran peligrosos) y de que los restantes peloponesios se mantuviesen en paz; porque creían que si pudieran, se aliarían con los atenienses. Así pues, llegó una embajada de Atenas y tras unas conversaciones llegaron a un acuerdo y se concluyó, bajo juramento, la siguiente alianza:

23. «Los atenienses y los lacedemonios serán aliados durante cincuenta años según las siguientes estipulaciones: si un ejército enemigo marcha contra el territorio de los lacedemonios y les causa daños, los atenienses ayudarán a los lacedemonios en la forma más eficaz que puedan; y si se retira después de ocasionar devastaciones, dicha ciudad será declarada enemiga de lacedemonios y atenienses y será hostilizada por ambos, y estas dos ciudades pondrán término simultáneamente a la guerra. Esto se cumplirá según la justicia, con toda diligencia y sin engaño. Y si un ejército enemigo marcha contra el territorio de los atenienses y les causa daños, los lacedemonios ayudarán a los atenienses de la manera más eficaz que puedan; y si se retira después de ocasionar devastaciones, dicha ciudad será declarada enemiga de lacedemonios y atenienses y será hostilizada por ambos, y estas dos ciudades pondrán término simultáneamente a la guerra. Esto se cumplirá según la justicia, con toda diligencia y sin engaño.

Y si se sublevan los esclavos[35], los atenienses ayudarán a los lacedemonios con todas sus fuerzas, dentro de lo

posible. Jurarán estas estipulaciones los mismos representantes de ambas ciudades que firmaron la paz. Se renovará el tratado de alianza anualmente: los lacedemonios yendo a Atenas a las Dionisias, y los atenienses, a Esparta a las Hiacintias. Ambas partes erigirán una estela: una en Lacedemonia, en el templo de Apolo en Amiclas, y otra en la Acrópolis de Atenas, en el templo de Atena[36]. Si los lacedemonios y atenienses deciden añadir o quitar algo al tratado, cualquier cosa que decidan será compatible para ambos con el juramento.

24. Prestaron el juramento los siguientes lacedemonios: Plistoanacte, Agis, Plístolas, Damageto, Quiónide, Metágenes, Acanto, Dáito, Iscágoras, Filocáridas, Zeúxidas, Antipo, Alcínadas, Télide, Empedias, Minas y Láfilo; y los siguientes atenienses: Lampón, Istmiónico, Laquete, Nicias, Eutidemo, Procles, Pitodoro, Hagnón, Mírtilo, Trasicles, Teágenes, Aristócrates, Iolcio, Timócrates, León, Lámaco y Demóstenes».

Esta alianza se concluyó no mucho después de la paz, y los atenienses devolvieron a los lacedemonios los prisioneros de la isla, comenzando el verano del undécimo año. Con esto queda concluido el relato de la guerra que tuvo lugar sin interrupción durante estos diez años.

25. Después del tratado de paz y la alianza que se concertaron entre lacedemonios y atenienses al acabar la guerra de diez años, siendo éforo en Esparta Plístolas y arconte en Atenas Alceo, los que aceptaron el tratado permanecieron en paz, pero los corintios y algunas de las ciudades del Peloponeso trataban de invalidar los acuerdos. En breve se produjo un nuevo descontento de los aliados contra Esparta, y además, andando el tiempo, los lacedemonios inspiraron la desconfianza de los atenienses al no cumplir en algunos puntos lo acordado según lo prescribía el tratado. Durante seis años y diez meses, sin

embargo, se abstuvieron de invadir sus respectivos territorios, pero desde fuera de ellos en esta insegura suspensión de hostilidades se hacían todo el mal que podían.

26. El mismo Tucídides de Atenas escribió todo seguido la historia de estos sucesos por veranos e inviernos, según fueron sucediendo, hasta que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al imperio de Atenas y tomaron los Muros Largos y el Pireo. La guerra entera duró hasta este punto veintisiete años; y si alguien no quiere llamar guerra al período intermedio de paz, se equivoca. Considere cómo lo hemos caracterizado ateniéndonos a la realidad de los hechos y verá que no es lógico que se considere de paz a un período en el que atenienses y lacedemonios ni devolvieron ni recobraron todas las cosas que habían acordado, y además, aparte de la guerra de Mantinea y de la de Epidauro, ambas partes cometieron infracciones del tratado en otras ocasiones más; y en el que los aliados de Tracia continuaron tan enemigos como antes, y los beocios concertaron sólo una tregua que se renovaba cada diez días[37]. Así pues, sumando la primera guerra, de diez años de duración, la tregua llena de sospechas que la siguió y la segunda guerra que vino a continuación, se deducirá, contando por veranos e inviernos, este número de años y unos pocos días más, y también que es esto lo único que ha resultado cierto a los que hacían predicciones propalando oráculos. Pues recuerdo que tanto al comienzo de la guerra como hasta que acabó, siempre afirmaron muchos que la guerra duraría tres veces nueve años. He vivido durante toda ella, con edad para enterarme y esforzándome en informarme con exactitud; además, estuve desterrado de mi patria durante veinte años, a partir de mi marcha como estratego en auxilio de Anfípolis, y al ser testigo de los sucesos de ambas partes, y no en menor medida de los de los peloponesios por causa de mi

destierro, pude enterarme mejor de ellos con toda tranquilidad. Así pues, voy a relatar las desavenencias y la rotura del tratado de paz que tuvieron lugar después de los diez años, y la guerra subsiguiente.

27. Tan pronto como se concluyó la paz por cincuenta años y más tarde la alianza, las embajadas del Peloponeso, que habían sido llamadas para esto, se marcharon de Esparta. Las demás volvieron a sus ciudades, pero los corintios, yendo a Argos, primeramente trataron de convencer a algunos de los magistrados de Argos de que era indispensable, ya que los lacedemonios habían concertado paz y alianza con los atenienses, antes sus mayores enemigos, no para el bien del Peloponeso, sino para esclavizarlo, que los argivos tomasen medidas para la salvación del Peloponeso y votaran que las ciudades griegas que así lo quisieran, con tal que fueran independientes y se sometieran a un arbitraje justo y en condiciones de igualdad, pudieran hacer con los argivos una alianza para defender los unos los territorios de los otros; y también, que nombraran a unos representantes con plenos poderes y las negociaciones no se llevaran a cabo ante la Asamblea Popular, a fin de que no quedaran en evidencia los que no lograran convencer al pueblo. Afirmaron que serían muchos los que se les unirían por odio contra los lacedemonios. Tras darles estos consejos, los corintios se volvieron a su ciudad.

28. Aquellos argivos, al oír estas proposiciones, las presentaron a los magistrados y a la Asamblea Popular; y los argivos las votaron favorablemente y eligieron doce ciudadanos ante quienes podían concertar alianza los griegos que así lo quisieran, salvo los atenienses y lacedemonios; ni con unos ni con otros podrían hacer un tratado sin intervención de la Asamblea Popular de Argos. Los argivos aceptaron de mejor grado esta idea porque preveían que iban a tener guerra con los lacedemonios

(pues estaba a punto de acabar el tratado que tenían con ellos), y además, porque esperaban convertirse en la primera potencia del Peloponeso; pues por esta época fue cuando Lacedemonia se vio más difamada y despreciada por los contratiempos que sufrió y cuando los argivos estuvieron en mejor situación en todos los aspectos, ya que no habían tomado parte en la guerra contra los atenienses e incluso habían sacado provecho de ella por estar en paz con ambos bandos en lucha.

29. En consecuencia, los argivos comenzaron a admitir en su alianza a los griegos que así lo deseaban; y fueron los mantineos y sus aliados los primeros que se les unieron, por miedo a los lacedemonios. Hay que saber que los mantineos habían conquistado y reducido a vasallaje a una parte de Arcadia durando todavía la guerra contra Atenas, y pensaban que los lacedemonios no tolerarían su imperio una vez que tenían paz; de forma que se volvieron con gusto a la alianza con Argos, considerándola una ciudad poderosa, opuesta siempre a los lacedemonios y gobernada democráticamente, igual que ellos. Al hacer defección los mantineos, el resto del Peloponeso comenzó a decir por lo bajo que también ellos debían hacer lo mismo, pues creían que los mantineos habían cambiado de alianza por tener mejor información que ellos, y además estaban irritados contra los lacedemonios por varias cosas y sobre todo porque en el tratado de paz con Atenas se había estatuido que sería compatible con el juramento añadir o quitar lo que decidieran ambas ciudades, esto es, los lacedemonios y los atenienses. Esta cláusula era la que más descontento producía en el Peloponeso y más le llevaba a la sospecha de que los lacedemonios querían someterles con ayuda de los atenienses; pues lo justo era que se estatuyera que las modificaciones del tratado dependieran de todos los aliados. De esta forma, la mayor parte de las ciudades del

Peloponeso, atemorizadas, deseaban hacer una alianza con Argos.

30. Al enterarse los lacedemonios de que estas murmuraciones se habían extendido por el Peloponeso y de que los corintios habían sido los que las habían propalado y estaban a punto de hacer un tratado con Argos, enviaron una embajada a Corinto, queriendo anticiparse a los acontecimientos, y acusaron a esta ciudad de ser la autora de estas maquinaciones, afirmando que si los corintios se hacían aliados de Argos abandonando la alianza lacedemonia, quebrantarían sus juramentos y ahora mismo ya cometían un desafuero al no aceptar la paz con Atenas, siendo así que se había dicho que tendría validez lo que votara la mayoría de los aliados, «a menos de impedimento por parte de los dioses o los héroes». Los corintios, ante los aliados que tampoco habían aceptado la paz, que estaban presentes (les habían hecho venir con anterioridad), contestaron a los lacedemonios sin desvelar con exactitud los agravios de que eran objeto, a saber, que no habían recobrado para ellos de los atenienses Solion ni Anactorion, y los demás perjuicios que creían haber sufrido; en cambio, tomaron el pretexto de que no traicionarían a las ciudades de la costa de Tracia, pues habían comprometido por ellas su juramento: uno, cuando la primera vez hicieron defección de Atenas en unión de Potidea, por medio de ciudadanos particulares, y otro posteriormente. Aseguraron que, en consecuencia, no transgredían el juramento prestado a sus aliados por no aceptar el tratado de paz con Atenas, puesto que, dado que habían jurado ante los calcídeos por los dioses, si les traicionaban cometerían un perjurio. Además, se había dicho «a menos de impedimento por parte de los dioses o los héroes»; y a ellos les parecía aquello un impedimento por parte de los dioses. Esto es lo que dijeron sobre sus antiguos juramentos; y sobre la alianza con los

argivos, que deliberarían con sus amigos y resolverían lo que fuese justo. Con esto, los embajadores de los lacedemonios se volvieron a su país. Casualmente, también se hallaban en Corinto unos embajadores de los argivos, los cuales invitaron a los corintios a hacer la alianza y no demorarse más, y ellos les anunciaron que irían a la próxima Asamblea de Argos.

31. Poco después llegó también una embajada de Élide, la cual concertó primero una alianza con Corinto; y después fue de aquí a Argos y los eleos se hicieron aliados de los argivos en la forma prevista, pues tenían diferencias con los lacedemonios por cuestión de Lepreon. Los de Lepreon habían sostenido en cierta ocasión una guerra con algunos de los arcadios; y como los eleos fueran invitados por los lepreotas a aliarse con ellos bajo promesa de la mitad de su territorio y pusieran fin a la guerra, los eleos dispusieron que los lepreotas continuaran en poder de su territorio y entregaran un talento al Zeus de Olimpia como tributo. Hasta la guerra con Atenas lo entregaron; pero después, como dejaran de hacerlo con pretexto de la guerra, los eleos trataron de obligarles, y ellos se dirigieron a los lacedemonios. Y aunque se confió el arbitraje a los lacedemonios, los eleos conjeturaron que no iban a obtener justicia, se desentendieron de él y se dedicaron a devastar el territorio de los lepreotas. Pero los lacedemonios no por ello dejaron de sentenciar que los lepreotas eran independientes y que no tenían razón los eleos; y enviaron a Lepreon una guarnición de hoplitas, interpretando que los eleos no se atenían a la sentencia arbitral. Y los eleos, juzgando que los lacedemonios acogían en su alianza a una ciudad suya que les había hecho defección, y alegando el tratado de paz, en el cual se establecía que cada ciudad saliera de la guerra con las posesiones con que entró, se pasaron a los argivos, considerándose víctimas de una injusticia, y suscribieron

también ellos la alianza en la forma prevista. Inmediatamente después de ellos, también los corintios y los calcídeos de la costa de Tracia se hicieron aliados de los argivos. En cambio, los beocios y los megarenses se abstuvieron de tomar iniciativas por idénticas razones: porque esperaban los acontecimientos y porque pensaban que la democracia argiva era menos buena para ellos, que tenían una constitución aristocrática, que el régimen político de los lacedemonios.

32. Por aquellos mismos días de este verano los atenienses expugnaron Esciona y mataron a los hombres, redujeron a esclavitud a los niños y mujeres y entregaron su territorio a los plateenses para que lo habitaran; y volvieron a llevar a Delos a los delios, acordándose de sus derrotas en las batallas, y además porque lo había ordenado el dios de Delfos. Al tiempo, los foceos y locrios comenzaron a luchar entre sí. Y los corintios y argivos, ya aliados, fueron a Tegea para invitarla a separarse de la alianza lacedemonia, viendo que su territorio comprendía una parte importante del Peloponeso y considerando que si se les unía, pondrían dominarlo todo entero. Pero como los tegeatas dijeron que no se opondrían en nada a los lacedemonios, los corintios, que hasta ahora actuaban con entusiasmo, cedieron en su ardor y se llenaron de pavor, no fuera que ya no se les uniese ninguna otra ciudad. Sin embargo, se presentaron a los beocios y les pidieron que se hicieran aliados suyos y de los argivos y obraran en todo lo demás de acuerdo con ellos; y además les pidieron que les acompañaran a Atenas y consiguieran para ellos, al igual que la tenían los propios beocios, la tregua renovable cada diez días que habían acordado atenienses y beocios no mucho después del tratado de paz por cincuenta años; y que si los atenienses no se prestaban, denunciaran la tregua y en adelante no hicieran la paz sin contar con ellos. Sin embargo, ante estas

peticiones de los corintios, los beocios les contestaron que en lo concerniente a la alianza con Argos aguardaran un poco; y yendo a Atenas en unión de los corintios no consiguieron la tregua renovable cada diez días, sino que los atenienses contestaron que los corintios ya tenían un tratado de paz, si es que eran aliados de los lacedemonios. No por ello denunciaron los beocios la tregua renovable cada diez días, aunque los corintios se lo pedían y les acusaban de que se habían comprometido a esto con ellos; los corintios tenían con los atenienses una tregua de hecho, sin mediar ningún compromiso.

33. En este mismo verano los lacedemonios hicieron una expedición con todas sus tropas al mando de Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, a Parrasia, región de Arcadia sometida a Mantinea, pues sus habitantes les habían llamado con ocasión de unas luchas internas[38]; y además querían destruir si podían el fuerte de Cípselas, que habían construido y guarnecían los mantineos y que estaba en Parrasia junto a la comarca laconia de Escítide. Los lacedemonios se dedicaron a arrasar el territorio de los parrasios, y los mantineos confiaron su ciudad a tropas argivas y tomaron ellos la defensa del territorio de sus aliados; pero como no pudieron salvar el fuerte de Cípselas y las ciudades de Parrasia, se retiraron. Los lacedemonios dieron la independencia a los parrasios, y tras demoler el fuerte se volvieron a su país.

34. En este mismo verano, habiendo ya regresado a Laconia los soldados de Tracia que habían partido en unión de Brásidas, a los cuales repatrió Cleáridas después del tratado de paz, los lacedemonios decretaron que los hilotas que habían luchado al lado de Brásidas recibieran la libertad y pudieran vivir donde quisieran, pero no mucho después los establecieron con los neodamodes[39] en Lepreon, ciudad situada en la frontera de Laconia y Élide, pues ya estaban

enemistados con los eleos. Además, temiendo que los lacedemonios hechos prisioneros en la isla y que entregaron las armas creyeran que por causa de su infortunio iban a ser tenidos en menos y al estar en sus plenos derechos civiles organizaran una revuelta, les quitaron estos derechos, a pesar de que algunos tenían ya cargos públicos; esta privación de derechos consistió en que no pudieran desempeñar cargos públicos ni tuvieran capacidad legal para comprar o vender. Más tarde y andando el tiempo volvieron a recuperar sus derechos.

35. En este mismo verano los dieos[40] tomaron Tiso, ciudad de la península del Atos, que era aliada de los atenienses.

Durante todo este verano hubo libertad de relaciones entre atenienses y peloponesios, pero comenzaron a desconfiar unos de otros por causa de la no devolución recíproca de las plazas. Pues los lacedemonios, a quienes correspondió en suerte devolver los primeros Anfípolis y las demás conquistas, no las devolvieron, ni hicieron que sus aliados de la costa de Tracia ni los beocios ni corintios aceptaran la paz, a pesar de que decían una y otra vez que, si no querían, les obligarían a ello unidos a los atenienses, y señalaron un plazo (aunque no por escrito) tras el cual los que no hubieran aceptado la paz serían enemigos de ambas ciudades. Viendo, pues, los atenienses que ninguna de estas promesas se cumplía, sospechaban que los lacedemonios no tenían intenciones honradas, de forma que no sólo no les devolvieron Pilos cuando ellos se lo pidieron, sino que se arrepintieron de haberles entregado los prisioneros de la isla, y continuaron en posesión de las demás plazas, aguardando a que los lacedemonios cumplieran lo estipulado. Pero los lacedemonios decían que habían hecho lo que estaba en su mano, puesto que habían devuelto los prisioneros atenienses que tenían, habían hecho regresar al

ejército de Tracia y habían hecho todo lo que estaba en su poder; y afirmaban que no eran dueños de Anfípolis y, por tanto, no podían entregarla, y que tratarían de hacer que los beocios y corintios aceptaran el tratado de paz, de recobrar Panacton[41] y de repatriar a los atenienses prisioneros de guerra en Beocia. Sin embargo, exigían que les restituyeran Pilos, y si no, que por lo menos hicieran salir de allí a los mesenios e hilotas, igual que ellos habían hecho con sus soldados de Tracia, y ocuparan la plaza únicamente los atenienses, si querían. Tras muchas y largas negociaciones durante el verano, convencieron a los atenienses a hacer salir de Pilos a los mesenios y a los hilotas y a todos los desertores de Laconia; y los establecieron en Cranios de Cefalenia. Durante este verano hubo paz y libertad de viajar de uno a otro país.

36. Al invierno siguiente, como hubiera ya otros éforos en el poder distintos de aquéllos en cuyo año se concertó el tratado e incluso algunos de ellos opuestos a él, en ocasión de haber ido a Esparta embajadas de sus aliados y de estar allí representados los atenienses, beocios y corintios, y haber discutido mucho entre sí sin llegar a ningún acuerdo, una vez que regresaron a sus países[42], Cleóbulo y Jenares, los éforos que más querían invalidar el tratado de paz, trataron sin carácter oficial con los beocios y corintios, aconsejándoles que procedieran lo más de acuerdo posible entre sí, y que los beocios se hicieran primero aliados de los argivos y trataran luego de convertirlos, en unión de los beocios, en aliados de los lacedemonios (pues era la mejor manera de que los beocios no se vieran obligados a aceptar el tratado de paz con Atenas); porque los lacedemonios, aun a cambio de la enemistad con los atenienses y la ruptura del tratado de paz, habrían de preferir que los argivos se hicieran amigos y aliados suyos. Sabían, en efecto, los éforos que los lacedemonios siempre habían deseado que Argos se

hiciera sinceramente amigo suyo, por pensar que así les resultaría más fácil hacer la guerra fuera del Peloponeso. Sin embargo, pidieron a los beocios que entregaran Panacton a los lacedemonios a fin de poder, recuperando Pilos a cambio suyo, prepararse mejor para luchar contra los atenienses.

37. Los beocios y corintios partieron con el encargo de Jenares y Cleóbulo y de los lacedemonios amigos suyos, de transmitir estos consejos a las autoridades de su país. Y dos argivos que desempeñaban el cargo público más elevado de su patria les salieron al encuentro en el camino de regreso y comenzaron a tratar con ellos para ver si los beocios se hacían aliados suyos, igual que los corintios, eleos y mantineos; estimaban que cumplida esta condición —decían — podrían ya sin dificultad alguna, procediendo de acuerdo, hacer si querían la guerra o la paz con los lacedemonios y con quienquiera que fuera preciso. A los embajadores beocios les agradó esta proposición al oírla, pues casualmente sus interlocutores solicitaban lo mismo que sus amigos de Lacedemonia les habían encargado a ellos proponer. Los argivos, cuando vieron que acogían bien sus proposiciones, les dijeron que enviarían una embajada a los beocios y partieron. Llegados los beocios a su patria, comunicaron a los beotarcas las proposiciones de Lacedemonia y las de los argivos que habían hablado con ellos; y los beotarcas se alegraron y se interesaron más por el plan porque les había sucedido que sus amigos lacedemonios solicitaran lo mismo que buscaban los argivos. Poco después llegaron embajadores de Argos a invitarles al tratado de que he hablado, y los beotarcas, antes de despedirlos, aprobaron su proposición y prometieron enviar a Argos una embajada para tratar de la alianza.

38. Entre tanto, pareció oportuno a los beotarcas, los corintios, los megarenses y a los embajadores de las ciudades de Tracia, jurarse primero unos a otros defender al

que lo precisara si llegaba el caso y no luchar ni hacer la paz con nadie sin acuerdo de todos; y que después de esto los beocios y megarenses (pues llevaban una política común) pudieran ya concertar un tratado con los argivos. Sin embargo, antes de que se prestaran los juramentos, las beotarcas comunicaron estas cosas a los cuatro Consejos de los beocios, que poseen la autoridad suprema[43], y les exhortaron a que se prestara juramento a aquellas ciudades que querían jurar con ellos con fines de mutua defensa. Pero los miembros de los Consejos de Beocia no aprobaron la proposición, temiendo obrar contra los lacedemonios al juramentarse con los corintios, que se habían apartado de su alianza; pues los beotarcas no les habían comunicado las proposiciones de Lacedemonia, esto es, que los éforos Cleóbulo y Jenares y sus amigos les aconsejaban que se hicieran primero aliados de los argivos y corintios y después se pusieran al lado de Lacedemonia; y ello porque creían que el Consejo, aunque no lo dijeran, no votaría otra cosa que lo que ellos propusieran después de acordarlo previamente. Fracasado el proyecto, los corintios y los embajadores de Tracia se volvieron a su país sin lograr nada, y los beotarcas, que tenían primero la intención de, si hubieran logrado hacer aprobar esta proposición, intentar concluir la alianza con Argos, ya no hicieron ante los Consejos ninguna propuesta relativa a los argivos ni enviaron a Argos la embajada que habían prometido, sino que sobrevino el desinterés por este asunto y su aplazamiento.

39. En este mismo invierno los olintios tomaron en un ataque repentino Meciberna, que tenía una guarnición ateniense.

Posteriormente a estos sucesos, los lacedemonios (pues continuaban las negociaciones entre atenienses y lacedemonios sobre las plazas de los unos que tenían los

otros en su poder), confiando en que si los atenienses recuperaban Panacton de manos de los beocios, conseguirían ellos Pilos, enviaron una diputación a Beocia y solicitaron que les entregaran Panacton y los prisioneros atenienses a fin de conseguir Pilos a cambio suyo. Pero los beocios se negaron a entregárselos, a no ser que hicieran con ellos una alianza particular, igual que con los atenienses. Y los lacedemonios, aun sabiendo que harían agravio a los atenienses, ya que se había acordado que no harían con nadie la paz ni la guerra sin contar unos con otros, queriendo sin embargo obtener Panacton con la idea de conseguir Pilos a su cambio, y como se añadía que los que deseaban invalidar el tratado de paz deseaban la unión con los beocios, concertaron la alianza, siendo ya el fin del invierno y cerca de la primavera; e inmediatamente después Panacton fue demolido. Y terminó el undécimo año de la guerra.

40. Con el comienzo de la primavera del verano siguiente[44], los argivos, en vista de que no llegaron los embajadores de los beocios que éstos habían dicho que enviarían, y de que se enteraron de que Panacton estaba siendo demolido y de que los beocios habían concertado una alianza particular con los lacedemonios, temieron quedar aislados y que todos sus aliados se pasaran a los lacedemonios; pues creían que los beocios se habían dejado persuadir por los lacedemonios a demoler Panacton y aceptar el tratado de paz con Atenas, y que los atenienses tenían conocimiento de ello, de manera que ya no les era posible hacer una alianza con Atenas, siendo así que antes esperaban que si no duraba su tratado de paz con los lacedemonios, se harían al menos aliados de los atenienses aprovechándose de estas discordias. Así pues, los argivos, inquietos por estas cosas y temerosos de tener que luchar al mismo tiempo con lacedemonios y tegeatas, beocios y

atenienses, a pesar de que antes no querían aceptar el tratado de paz con los lacedemonios[45], sino que tenían la pretensión de llegar a tener la hegemonía sobre el Peloponeso, enviaron a Lacedemonia como embajadores todo lo de prisa que pudieron a Eústrofo y Esón, que estaban considerados como muy amigos de los lacedemonios; pues creyeron que en las presentes circunstancias lo más preferible era hacer el tratado con los lacedemonios en los mejores términos posibles y permanecer en paz.

41. Llegados a Esparta sus embajadores, comenzaron a tratar con los lacedemonios sobre las condiciones para obtener la paz. Los argivos pedían primero que se acordara un arbitraje encomendado a una ciudad o un particular sobre Cinuria, región vecina de ambos por la cual mantienen siempre rivalidad (Cinuria tiene las ciudades de Tirea y Antena, y la ocupan los lacedemonios); pero después, como los lacedemonios no consintieron en tratar sobre Cinuria, aunque dijeron que si querían hacer con ellos un tratado en las condiciones de antes, estaban dispuestos a concertarlo, los embajadores argivos lograron a pesar de todo que los lacedemonios consintieran en lo siguiente: hacer ahora un tratado de paz por cincuenta años, pero que quedara libertad a cualquiera de las dos partes para, no habiendo epidemia ni guerra en Lacedemonia ni Argos, dar una batalla decisiva, previa declaración de guerra, por dicha región, al igual que hicieron ya otra vez, cuando ambas partes pretendieron haber vencido; sin embargo, no estaría permitido llevar la persecución más allá de las fronteras de Argos ni de Lacedemonia. A los lacedemonios les pareció primero que esto era una insensatez, pero después —pues querían de todas formas tener a Argos por amigo— accedieron a lo que pedían y ambos hicieron poner por escrito el texto del tratado. Sin embargo, los lacedemonios invitaron a los argivos a que, antes de que nada de esto

tuviera validez, marcharan a Argos y pusieran el tratado en conocimiento de la Asamblea Popular y, si ésta lo aprobaba, volvieran en las Hiacintas a prestar el juramento. Y ellos partieron, en efecto.

42. Por los días en que los argivos llevaban estas negociaciones, los embajadores lacedemonios Andrómenes, Fédimo y Antiménidas, que debían recibir de manos de los beocios Panacton y los prisioneros y devolvérselos a los atenienses, encontraron Panacton demolido por los propios beocios con el pretexto de que los atenienses y beocios tenían contraído, de resultas de su desavenencia por causa de dicho fuerte, un antiguo juramento de que ni unos ni otros habitarían aquel lugar y de que apacentarían allí indistintamente su ganado; por lo demás, Andrómenes y los demás embajadores se hicieron cargo de los prisioneros atenienses que tenían los beocios y se los llevaron a los atenienses e hicieron entrega de ellos, y les informaron de la demolición de Panacton, considerando que esto equivalía a una devolución, puesto que ya no moraría allí ningún enemigo de los atenienses. Pero ante estas declaraciones los atenienses se enfurecieron, pensando que los lacedemonios les hacían agravio con la demolición de Panacton, que debían entregar intacto, y también porque se enteraron de que habían hecho una alianza particular con los beocios, cuando antes aseguraban que a los que no aceptaran el tratado de paz les forzarían a ello unidos a Atenas. También se fijaban en todos los demás puntos en que se habían apartado del tratado, y creían que habían sido engañados, de forma que contestaron con dureza a los embajadores antes de despedirlos.

43. Estando en esta desavenencia los lacedemonios con los atenienses, los que en Atenas querían a su vez romper la paz se pusieron al punto en acción. Uno de ellos era Alcibíades, hijo de Clinias, joven aún por su edad para el

criterio de otra ciudad[46], pero muy considerado en gracia al prestigio de sus antepasados[47]; al cual le parecía que era preferible aliarse más bien con Argos, pero además se oponía a la paz lleno de celos por causa de su orgullo, porque los lacedemonios habían negociado el tratado de paz por intermedio de Nicias y Laquete, no tomándole a él en consideración por su juventud y sin guardarle ningún miramiento como convenía a la antigua proxenía de otro tiempo, la cual, aunque su abuelo[48] había renunciado a ella, pensaba él renovar favoreciendo a los prisioneros lacedemonios de la isla. Creído de que se le hacía de menos en todo, ya al principio se opuso a la paz, diciendo que los lacedemonios no eran de fiar y que hacían la paz para poder aniquilar a los argivos pactando con los atenienses y marchar luego contra los atenienses ya solos; y en esta ocasión, después que surgió el motivo de discordia, mandó por su cuenta enviados a los argivos invitándoles a venir cuanto antes con los mantineos y eleos a proponer una alianza, pues el momento era oportuno y él les ayudaría todo lo que pudiera.

44. Los argivos, al oír el mensaje y una vez que se dieron cuenta de que la alianza con los beocios no se había hecho de acuerdo con los atenienses, sino que éstos se habían distanciado mucho de los lacedemonios, no se cuidaron de sus embajadores que estaban en Lacedemonia, los cuales habían ido para negociar sobre el tratado de paz, y prestaron mayor atención a los atenienses, considerando que si entraban en guerra iba a luchar a su lado una ciudad amiga suya desde antiguo[49], gobernada democráticamente al igual que ellos y dueña de un gran poderío naval. Así pues, enviaron inmediatamente una embajada a Atenas para tratar de la alianza; les acompañaban embajadores de los eleos y mantineos. También acudió apresuradamente una embajada lacedemonia, cuyos miembros Filocáridas, León y

Eudio eran considerados favorables a los atenienses; pues temían que éstos, en su indignación, concluyeran una alianza con Argos, y además venían a reclamar Pilos a cambio de Panacton y a defenderse respecto a su alianza con Beocia con el argumento de que no la hicieron para perjuicio de los atenienses.

45. Como manifestaran ante el Consejo que habían venido con plenos poderes a buscar un acuerdo sobre todos los motivos de desavenencia, causaron a Alcibíades temor de que, si decían lo mismo ante la Asamblea Popular, se atrajeran la mayoría y fuera rechazada la alianza con Argos. Y Alcibíades tramó contra ellos la siguiente maquinación: dándoles su palabra, hizo creer a los lacedemonios que si declaraban en la Asamblea no haber venido con plenos poderes, les devolvería Pilos (pues persuadiría a ello a los atenienses igual que ahora se oponía) y arreglaría todo lo demás. Obró así porque quería separar de Nicias a los lacedemonios, y, además, a fin de hacer aliados de los atenienses a los argivos, eleos y mantineos, acusando a los lacedemonios en la Asamblea de que sus pensamientos eran traidores y jamás decían lo mismo. Y en efecto, una vez que, cuando se presentaron ante la Asamblea y fueron interrogados sobre ello, dijeron, contra lo que habían manifestado en el Consejo, que no tenían plenos poderes, los atenienses ya no conservaron la serenidad, sino que prestaron oído a Alcibíades, que vociferaba mucho más aún que antes contra los lacedemonios, y estaban dispuestos a llamar inmediatamente a los argivos y a sus acompañantes a la Asamblea y a hacerles aliados suyos; pero antes de que se decidiera nada, se produjo un temblor de tierra y la sesión de la Asamblea fue suspendida.

46. En la siguiente sesión, Nicias, a pesar de que al ser engañados los lacedemonios también él resultó engañado respecto a su manifestación de que habían venido sin plenos

poderes, sin embargo sostuvo que era preferible ser amigos de los lacedemonios y enviarles una embajada, demorando las negociaciones con los argivos, y enterarse de sus intenciones; dijo que el aplazamiento de la guerra era para ellos un éxito y para los lacedemonios una ignominia: pues para ellos era lo mejor, dado el buen estado de sus asuntos, conservar durante el mayor tiempo posible su buena situación, mientras que para los lacedemonios, que estaban en mala, sería una suerte buscar cuanto antes una decisión militar. Les persuadió a enviar embajadores —él fue uno de ellos— que invitaran a los lacedemonios a que, si sus intenciones eran buenas, entregaran Panacton en buen estado, así como Anfípolis, y abandonaran la alianza con los beocios a no ser que aceptaran el tratado de paz, en conformidad con la cláusula que prohibía pactar con nadie sin mutuo acuerdo. Les ordenaron además los atenienses que dijeran que también ellos, si quisieran obrar con falsía, hubieran ya hecho aliados suyos a los argivos, puesto que se hallaban presentes en Atenas con ese objeto; y todas las reclamaciones que presentaban se las confiaron a Nicias y a los demás embajadores y los enviaron a Esparta. Una vez que llegaron y que, después de exponer todos los demás puntos, dijeron para concluir que si los lacedemonios no abandonaban la alianza con los beocios harían también ellos una con los argivos y sus aliados, los lacedemonios afirmaron que no abandonarían la alianza con los beocios —pues el éforo Jenares y los de su partido consiguieron que se procediera así—, pero a petición de Nicias renovaron el juramento; pues temía regresar sin ningún resultado y ser difamado, como en efecto sucedió, por considerársele responsable del tratado de paz con los lacedemonios. Y cuando a su regreso los atenienses se enteraron de que nada se había conseguido en Lacedemonia, se encolerizaron al punto con Nicias y, convencidos de que se les hacía

agravio, aprovechando que se hallaban presentes los argivos y sus aliados, traídos por Alcibíades, hicieron con ellos el siguiente tratado de paz y alianza[50]:

47. «Los atenienses, argivos, mantineos y eleos, en nombre propio y en el de los aliados sometidos a cada parte, han concluido [entre sí] por cien años un tratado de paz por tierra y por mar sin engaño ni lesión de intereses. No será permitido con ningún artificio ni pretexto que lleven las armas con intención de causar daño ni los argivos, eleos, mantineos y sus aliados contra los atenienses y los aliados sometidos a ellos, ni los atenienses y los aliados [sometidos a ellos] contra los argivos, eleos, mantineos y sus aliados. Los atenienses, argivos, eleos y mantineos serán aliados durante cien años según las siguientes estipulaciones: si un ejército enemigo marcha contra el territorio de los atenienses, los argivos, eleos y mantineos marcharán a Atenas, atendiendo a la llamada de los atenienses, para ayudarla en la forma más eficaz que puedan; y si se retira después de causar devastaciones, dicha ciudad será declarada enemiga de los argivos, mantineos, eleos y atenienses, y será hostilizada por todas estas ciudades; y no estará permitido a ninguna de las ciudades poner fin a la guerra con dicha ciudad, a no ser que así lo decidan todas ellas. Y si un ejército enemigo marcha contra el territorio de los argivos, los eleos o los mantineos, los atenienses marcharán a su vez a Argos, a Mantinea y [a] Élide, atendiendo a la llamada de estas ciudades, para ayudarlas en la forma más eficaz que puedan; y si se retira después de causar devastaciones, dicha ciudad será declarada enemiga de los atenienses, argivos, mantineos y eleos, y será hostilizada por todas estas ciudades; y no estará permitido [a ninguna de las ciudades] poner fin a la guerra con dicha ciudad, a no ser que así lo decidan todas ellas. No dejarán a gentes armadas atravesar con fines guerreros su territorio ni

el de los aliados sometidos a ambas partes, ni tampoco pasar por mar, a no ser que todas las ciudades, esto es, los atenienses, argivos, mantineos y eleos, lo autoricen. La ciudad que envíe las tropas de socorro les suministrará víveres durante treinta días a partir de su llegada a la ciudad que haya solicitado su ayuda, e igualmente al regreso; pero si quieren disponer del ejército durante más tiempo, la ciudad que le haya llamado le sostendrá, pagando por día tres óbolos eginéticos a los hoplitas, infantería ligera y arqueros, y una dracma eginética a los jinetes. La ciudad que haya hecho venir al ejército tendrá el mando siempre que la guerra tenga lugar en su territorio. Y si todas las ciudades deciden hacer juntas una expedición militar, todas ellas participarán por igual en el mando. El tratado lo jurarán los atenienses por sí mismos y sus aliados, y los argivos, mantineos, eleos y sus aliados jurarán separadamente por ciudades. Cada uno jurará el mayor juramento de su país, inmolando víctimas mayores. El juramento será: "Permaneceré fiel al tratado de conformidad con las estipulaciones, en toda justicia, sin lesión de intereses y sin engaño, y no lo quebrantaré con ningún artificio ni pretexto" Lo jurarán en Atenas el Consejo y los magistrados territoriales[51], y dictarán el juramento los pritanos[52]; en Argos, el Consejo, los Ochenta y los artinas[53], y dictarán el juramento los Ochenta; en Mantinea, los demiurgos, el Consejo y los demás magistrados, y dictarán el juramento los teoros y los polemarcos; y en Élide los demiurgos [y los magistrados] y los seiscientos, y dictarán el juramento los demiurgos y los termofílaces. Los atenienses, renovarán el juramento yendo a Élide, Mantinea y Argos treinta días antes de los Juegos Olímpicos, y los argivos, eleos y mantineos yendo a Atenas diez días antes de las Grandes Panateneas[54]. Las estipulaciones sobre la paz, el juramento y la alianza, las

inscribirán en una estela de piedra los atenienses en la Acrópolis, los argivos en el Ágora en el templo de Apolo y los mantineos en el templo de Zeus en el Ágora; los aliados erigirán además en Olimpia una estela de bronce en los próximos Juegos Olímpicos, pagando los gastos en común[55]. Y si las ciudades interesadas deciden que es útil añadir algo a lo acordado, lo que decidan todas las ciudades tras una deliberación en común, tendrá fuerza de ley».

48. En estos términos se acordó la paz y alianza; y no por ello la existente entre atenienses y lacedemonios fue denunciada por ninguna de las dos partes. Pero los corintios, que eran aliados de los argivos, no participaron en este pacto, sino que a pesar de que tenían antes de ahora una alianza con los argivos, eleos y mantineos para tener los mismos amigos y enemigos, no prestaron juramento y dijeron que se contentaban con la alianza defensiva concertada antes[56], consistente en prestarse ayuda militar recíproca, pero no marchar juntos contra nadie. De esta manera se separaron los corintios de los aliados y de nuevo se inclinaron al partido lacedemonio.

49. Durante este verano tuvieron lugar los Juegos Olímpicos en que el arcadio Andróstenes obtuvo su primera victoria en el pancracio[57]; y a los lacedemonios no se les dejó entrar en el recinto sagrado, de modo que no pudieron hacer sacrificios ni participar en los Juegos, por no pagar la multa a que les condenaron los eleos en virtud de la ley olímpica, pues les acusaban de que durante la tregua olímpica habían atacado su fuerte de Firco y habían enviado hoplitas a Lepreon. La multa era de dos mil minas, dos por cada hoplita, de acuerdo con la ley. Los lacedemonios enviaron una embajada y respondieron que no les habían condenado con justicia, arguyendo que la tregua no había sido aún proclamada en Lacedemonia cuando enviaron los hoplitas. Los eleos a su vez afirmaron que ya estaba en vigor

la tregua en su país (pues es a sí mismos a quienes primero la proclamaron), y que al estar en paz y no esperar tal cosa por haber tregua, los lacedemonios les habían cogido desprevenidos al atacarles. Contestaron los lacedemonios que no debían haber proclamado la tregua en Lacedemonia si es que pensaban que ellos habían obrado ya injustamente, y sin embargo la habían proclamado y no habían obrado como si pensaran de esa forma; y que ellos no les habían atacado en adelante en ningún sitio. Los eleos, sin embargo, se aferraban a la misma idea: que no podían persuadirse de que los lacedemonios no hubieran obrado ilegalmente, pero que si querían devolverles Lepreon, renunciaban a su parte del dinero y ellos mismos pagarían por ellos lo que correspondía al dios.

50. Al no prestarles oído los lacedemonios, les hicieron después estas proposiciones: que no devolvieran Lepreon si no querían, pero que subiendo sobre el altar de Zeus Olímpico, ya que deseaban ser admitidos en el recinto sagrado, juraran delante de los griegos pagar la multa más adelante. Pero como tampoco se prestaron a esto, los lacedemonios fueren excluidos del recinto sagrado [del sacrificio y los Juegos] y sacrificaron en su patria, tomando parte en las ceremonias y Juegos los demás griegos, con excepción de los lepreotas. Sin embargo, los eleos, temerosos de que los lacedemonios sacrificaran por la fuerza, montaron guardia con una tropa de jóvenes armados; también vinieron en su ayuda los argivos y mantineos —mil hombres de cada ciudad— y una tropa de jinetes atenienses, que esperaban el fin de la fiesta en Arpina. Y los participantes tuvieron gran miedo de que los lacedemonios vinieran en son de guerra, sobre todo porque Licas, hijo de Arcesilao, lacedemonio[58], fue golpeado en la pista por los rabducos[59] porque al vencer su carro y ser proclamado como de propiedad del estado beocio por no

estar él autorizado a participar en los Juegos, bajó a la pista y coronó al auriga para hacer ver que el carro era suyo; con lo cual quedaron todos mucho más asustados y se pensaba que iba a haber alguna complicación desagradable. Sin embargo, los lacedemonios se mantuvieron tranquilos y la fiesta transcurrió de esta manera. Después de los Juegos Olímpicos, los argivos y sus aliados fueron a Corinto a pedir a sus habitantes que se les unieran (había allí también casualmente unos embajadores lacedemonios); y, tras largas negociaciones, al final no se acordó nada, sino que hubo un temblor de tierra y las delegaciones regresaron a sus respectivas ciudades. Así acabó el verano.

51. En el invierno siguiente los habitantes de Heraclea de Traquinia libraron una batalla contra los emanes, dólopes, melieos y algunos de los tesalios; pues estos pueblos vecinos de la ciudad eran enemigos suyos, por razón de que en su territorio y no en ningún otro se había establecido aquella plaza fuerte. Desde la fundación de la ciudad se mostraron enemigos, causándole todos los daños que podían, y ahora derrotaron en la batalla a los heracleotas, y Jenares, el hijo de Cnidis, lacedemonio, que tenía el mando de Heraclea, murió, así como también algunos heracleotas. Y terminó el invierno, concluyendo el duodécimo año de la guerra.

52. Tan pronto como comenzó el verano siguiente, los beocios tomaron bajo su protección Heraclea, pues tras la batalla había quedado en mala situación, y despidieron al lacedemonio Hegesípidas por desempeñar mal el mando supremo de la ciudad. Se apoderaron de la plaza por miedo de que al tener los lacedemonios dificultades en el Peloponeso, los atenienses la ocuparan; sin embargo, los lacedemonios se indignaron contra ellos.

En este mismo verano, Alcibíades, hijo de Clinias, que era general en Atenas[60], de acuerdo con los argivos y sus

aliados, pasando al Peloponeso con un corto número de hoplitas y arqueros atenienses, y obteniendo refuerzos de los aliados de aquella región, avanzó con su ejército a través del Peloponeso, y entre otras medidas que tomó en beneficio de las ciudades aliadas, persuadió a los de Patras a construir unos muros que llegaran al mar[61], y él mismo proyectó construir otra fortificación en Río de Acaya. Pero los corintios y sicionios y los demás a quienes perjudicaba su construcción acudieron en armas y la estorbaron.

53. En este mismo verano estalló una guerra entre los epidaurios y argivos con pretexto de la víctima sacrifical de Apolo Piteeo, que debiendo ofrendar los epidaurios como renta de sus pastizales[62], no la habían ofrendado (los argivos tenían la autoridad suprema sobre el santuario[63]); pero aun sin esta causa Alcibíades y los argivos habían decidido apoderarse de Epidauro si podían, a fin de que Corinto se mantuviera tranquilo, y porque así podrían los atenienses acudir en auxilio de Argos desde Egina con más rapidez que dando la vuelta por mar al cabo Escileon[64]. Se prepararon, pues, los argivos a invadir Epidauro para obtener la víctima.

54. Por este mismo tiempo también los lacedemonios realizaron con todas sus tropas y al mando de su rey Agis, el hijo de Arquidamo, una expedición que llegó a Leuctras, que está situada en la región fronteriza del lado del monte Liceo; y nadie sabía adónde se dirigían, ni siquiera las ciudades que habían enviado las tropas. Pero como el sacrificio para el paso de la frontera no les resultó favorable, regresaron a su país y avisaron a sus aliados que se dispusieran a hacer una expedición después del mes siguiente (era Carneo, mes de fiesta para los dorios). Al retirarse ellos, los argivos, que se habían puesto en marcha en el cuarto día por el final de la tercera decena del mes anterior a Carneo y que contaban como este día todo el tiempo de la expedición[65],

invadieron el territorio de Epidauro y se dedicaron a devastarlo. Los epidaurios por su parte llamaron a sus aliados, de los cuales unos pretextaron el mes y otros llegaron a la frontera de Epidauro, pero se mantuvieron inactivos allí.

55. Por la fecha en que los argivos estaban en Epidauro, se reunieron en Mantinea delegaciones de las ciudades por invitación de los atenienses. Hubo conversaciones y el corintio Eufámidas dijo que las obras no estaban de acuerdo con las palabras; pues ellos estaban reunidos en Asamblea para hablar de la paz, mientras que los epidaurios y sus aliados y los argivos estaban en armas frente a frente; así pues, lo primero que había que hacer era ir a los ejércitos de ambos contendientes y separarlos, y entonces ya volver a hablar de la paz. La reunión se disolvió aceptando esta propuesta; e hicieron salir a los argivos del territorio de Epidauro. Pero cuando posteriormente se reunieron, ni aun así pudieron ponerse de acuerdo, sino que los argivos invadieron de nuevo Epidauro y devastaron los campos. También los lacedemonios hicieron una expedición, llegando hasta Carias; pero como tampoco allí resultó favorable el sacrificio para el paso de la frontera, se volvieron atrás. Y los argivos devastaron una tercera parte del territorio de Epidauro y se volvieron a su ciudad. Fueron en su ayuda mil hoplitas atenienses al mando del general Alcibíades, por haberse enterado de la expedición de los lacedemonios; y cuando ya no fueron necesarios, se marcharon. Así terminó el verano.

56. En el invierno siguiente, los lacedemonios, pasando inadvertidos a los atenienses, hicieron llegar por mar a Epidauro una tropa de trescientos hoplitas al mando de Agesípidas. Y los argivos se presentaron a los atenienses y se quejaron de que, estando escrito en el tratado que ninguna de las dos partes dejara pasar al enemigo a través

de su territorio, hubiesen dejado a los lacedemonios llegar por mar; y dijeron que si los atenienses no llevaban a Pilos a los mesenios e hilotas para que hostilizaran a los lacedemonios, se sentirían agraviados. Los atenienses, a propuesta de Alcibíades, hicieron inscribir al pie de la estela del tratado con Lacedemonia, que los lacedemonios no habían mantenido su juramento, y llevaron a Pilos a los hilotas de Cranios para que se dedicaran al pillaje; fuera de esto, se mantuvieron tranquilos. Durante este invierno continuó la guerra entre argivos y epidaurios, pero no hubo ninguna batalla formal, aunque sí emboscadas y correrías armadas, en las cuales morían algunos soldados de uno u otro bando, según las ocasiones. Al final del invierno, ya cerca de la primavera, los argivos se presentaron ante Epidauro provistos de escalas para tomarla por asalto, creyendo que carecería de defensores por causa de la guerra; pero fracasaron y se retiraron. Y terminó el invierno y el año decimotercero de la guerra.

57. Hacia la mitad del siguiente verano, los lacedemonios, en vista de que sus aliados los epidaurios estaban en mala situación y de que de las demás ciudades del Peloponeso algunas habían hecho defección y otras no estaban bien dispuestas para ellos, pensando que si no se les anticipaban inmediatamente llevarían las cosas más adelante, hicieron una expedición contra Argos con todas sus tropas, incluidos los hilotas; los mandaba Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Marcharon con ellos los tegeatas y los demás arcadios aliados de los lacedemonios. Los aliados del resto del Peloponeso y los de fuera se concentraron en Fliunte, a saber: los beocios con cinco mil hoplitas, otros tantos soldados de infantería ligera, quinientos jinetes y otros tantos hamipos[66]; los corintios, con dos mil hoplitas; las demás ciudades, formando cuerpos

independientes; y los fliuntios con todas sus tropas, porque el ejército aliado se había concentrado en su territorio.

58. Los argivos se habían enterado ya antes de los preparativos de los lacedemonios, y cuando éstos se encaminaron hacia Fliunte para unirse con los demás aliados, también ellos entraron en campaña. Acudieron en su ayuda los mantineos con sus aliados, y tres mil hoplitas eleos. En su avance se encontraron con los lacedemonios en Metridrion de Arcadia. Cada ejército ocupó una colina y los argivos se dispusieron a entablar combate con los lacedemonios, ahora que estaban solos; pero Agis levantó de noche el campo y se dirigió sin ser visto hacia Fliunte, a reunirse con los demás aliados. Los argivos se dieron cuenta a la aurora y se dirigieron primeramente a Argos y después al sitio por donde esperaban que los lacedemonios habían de bajar a la llanura con sus aliados, esto es, al camino que va a Nemea[67]. Pero Agis no marchó por donde esperaban, sino que dio sus órdenes y avanzó con los lacedemonios, arcadios y epidaurios por un camino dificultoso, bajando a la llanura de Argos; los corintios, pelenenses y fliuntios marcharon por otro camino abrupto; y a los beocios, megarenses y sicionios les fue ordenado bajar por el camino de Nemea, que era donde habían tomado posiciones los argivos, a fin de que si éstos acudían al encuentro de Agis y los suyos cuando bajaran a la llanura, les persiguieran con la caballería. Tras distribuir así el ejército, penetró en la llanura y devastó Saminto y otras comarcas.

59. Dándose cuenta los argivos, bajaron ya de día de Nemea a defender la llanura; y como se encontraran con el ejército de fliuntios y corintios, dieron muerte a unos pocos fliuntios y a manos de los corintios pereció un número no mucho mayor de ellos. Por su parte, los beocios, megarenses y sicionios marcharon sobre Nemea, como se les había ordenado, y ya no encontraron a los argivos, sino que éstos

habían bajado al llano, y al ver que su territorio era devastado, se habían formado para presentar combate. También los lacedemonios, por su parte, tomaron sus disposiciones. Los argivos quedaron en medio, sin retirada posible, pues por el lado de la llanura los lacedemonios y los que estaban con ellos les separaban de la ciudad, en las alturas estaban los corintios, fliuntios y pelenenses, y del lado de Nemea, los beocios, sicionios y megarenses. Además, no tenían caballería, pues los atenienses eran los únicos de sus aliados que no habían venido todavía. La mayor parte de los argivos y de sus aliados no consideraban tan desesperada su situación, sino que les parecía que la batalla iba a darse en circunstancias favorables, y que los lacedemonios tenían cortada la retirada por hallarse en territorio de Argos y junto a esta ciudad. Sin embargo, dos argivos, Trasilo, uno de los cinco estrategos, y Alcifrón, próxeno de los lacedemonios, estando a punto de chocar los ejércitos, se adelantaron y propusieron a Agis no reñir batalla, pues —dijeron— los argivos estaban dispuestos a someterse y aceptar un arbitraje justo y en condiciones de igualdad si los lacedemonios tenían algún motivo de queja contra ellos, y a respetar la paz en adelante concertando un tratado.

60. Los argivos que hicieron este ofrecimiento hablaron por propia iniciativa y no por encargo de la Asamblea Popular; y Agis, por su parte, aceptó sus proposiciones, y obrando por sí mismo y sin consultar a nadie tampoco él, salvo que puso al corriente de ello a uno solo de los jefes de la expedición, concedió a los argivos una tregua de cuatro meses, en cuyo plazo debían cumplir lo prometido. E inmediatamente hizo retroceder al ejército sin comunicar su decisión a ninguno de los otros [aliados]; y los lacedemonios le siguieron en la dirección en que les llevaba por respeto a la ley, pero censuraban a Agis mucho entre sí, pensando que

habiendo tenido una buena oportunidad para atacar al enemigo y estando éste cercado por todas partes por jinetes e infantes, se retiraban sin haber hecho nada digno de su poderío militar. Pues fue éste el más lucido ejército griego que hasta entonces se hubiera formado; esto se vio sobre todo mientras aún estaba concentrado en Nemea, cuando estaban allí los lacedemonios con la totalidad de su ejército y los arcadios, beocios, corintios, sicionios, pelenenses y fliuntios, todos ellos tropas escogidas de cada ciudad y dignos enemigos no ya de la liga argiva, sino también de otra igual que se le uniera. Así pues, el ejército se retiró inculpando a Agis de esta manera, y los diferentes cuerpos de tropas se separaron dirigiéndose cada uno a su ciudad. Los argivos por su parte criticaban aún más a los que habían concertado la tregua sin contar con el pueblo, pensando también ellos que se les habían escapado los lacedemonios en unas circunstancias que nunca podrían darse más favorables, puesto que la lucha hubiera tenido lugar junto a su ciudad y al lado de unos aliados numerosos y valientes. Y al retirarse comenzaron a lapidar a Trasilo en el Caradro[68], donde antes de entrar en la ciudad juzgan los delitos militares. Él se refugió en un altar y se salvó; pero confiscaron sus bienes.

61. Después de esto, como llegara en su ayuda una tropa ateniense de mil hoplitas y trescientos jinetes al mando de Laquete y Nicóstrato, los argivos (pues a pesar de todo vacilaban en quebrantar la tregua con los lacedemonios) les invitaron a irse y no les admitieron en la Asamblea, ante la cual querían hablar, hasta que los mantineos y eleos (aún estaban allí) les obligaron a ello con sus peticiones. Y dijeron los atenienses —Alcibíades era miembro de su delegación— ante los argivos y sus aliados que, al no contarse con los demás aliados, la tregua no se había concluido legalmente, y que ahora —puesto que ellos habían llegado con

oportunidad— había que aplicarse a la guerra. Convenciendo con sus palabras a los aliados marcharon inmediatamente contra Orcómeno de Arcadia todos salvo los argivos; éstos, aunque se habían dejado convencer, primero se quedaron atrás, pero después fueron también ellos. Acamparon todos junto a Orcómeno, la pusieron sitio y lanzaron algunos asaltos, pues querían apoderarse de la ciudad, entre otras razones porque los lacedemonios tenían concentrados allí rehenes de Arcadia. Y temiendo los orcomenios la poca solidez de la muralla y lo nutrido del ejército enemigo, y en vista de que nadie venía en su ayuda, para evitar sucumbir sin dar tiempo a ello, convinieron en ser aliados de la liga argiva, dar rehenes suyos a los mantineos y entregar los que custodiaban allí los lacedemonios.

62. A continuación los aliados, dueños ya de Orcómeno, deliberaron sobre contra cuál de las restantes ciudades debían marchar primero. Los eleos querían contra Lepreon, y los mantineos contra Tegea; los argivos y atenienses se adhirieron a los mantineos. Indignados los eleos porque no decidieron marchar contra Lepreon, se volvieron a su país, y los demás aliados se prepararon en Mantinea para marchar contra Tegea, y algunos de los de la ciudad [los tegeatas] trataban de entregársela.

63. Cuando los lacedemonios se retiraron de Argos tras concertar la tregua de cuatro meses, criticaban mucho a Agis por no haberles entregado Argos, habiéndose presentado una oportunidad mejor que nunca en su opinión: pues no era fácil reunir tantos y tales aliados. Pero después que se anunció que Orcómeno había sido tomada, se indignaron mucho más aún y en su ira decidieron inmediatamente, contrariamente a su costumbre, que había que derruir su casa y multarle con cien mil dracmas. Él les pidió que no hicieran estas cosas, pues se pondría en

campaña y con sus triunfos lavaría su falta; y si no, que entonces hicieran lo que querían. Los lacedemonios aplazaron la multa y la demolición de la casa, pero pusieron en el momento presente una ley que nunca hasta entonces habían tenido: eligieron para consejeros suyos a diez espartanos, sin contar con los cuales no tendría autoridad para hacer salir al ejército de la ciudad.

64. Entre tanto, les llegó de sus amigos de Tegea la noticia de que si no se presentaban allí con rapidez, Tegea se pasaría a los argivos y que ya estaba a punto de hacerlo. Entonces los lacedemonios, tanto ellos como los hilotas y llevando su ejército completo, partieron en una expedición de socorro, rápida e inigualada por todas las anteriores[69]. Se dirigieron hacia Oresteon, en Menalia; y a sus aliados arcadios les ordenaron que se concentraran y que marcharan a Tegea, siguiéndoles inmediatamente. Los lacedemonios avanzaron con todas sus tropas hasta Oresteon, y enviando desde allí a Lacedemonia la sexta parte de sus fuerzas —en la cual iban comprendidos los más jóvenes y los más viejos— para que defendieran el país, llegaron con el resto del ejército a Tegea. Poco después llegaron sus aliados arcadios. También enviaron mensajeros a Corinto, Beocia, Fócide y Lócride, ordenándoles que vinieran rápidamente en ayuda suya a Mantinea. Pero la noticia les llegó inesperadamente y no les era fácil atravesar el territorio enemigo, que les cerraba el paso, sin ir juntos y esperarse los unos a los otros; sin embargo, procedieron con rapidez. En tanto, los lacedemonios engrosaron su ejército con los aliados arcadios que se presentaron y penetraron en el territorio de Mantinea; y estableciendo su campo junto al templo de Héracles, comenzaron a devastar la región.

65. Al verles, los argivos y sus aliados tomaron posiciones en una colina bien defendida por la naturaleza y de difícil acceso, y adoptaron la formación de combate. Los

lacedemonios se dirigieron inmediatamente contra ellos y avanzaron hasta donde alcanzaban las piedras y dardos; y entonces uno de los soldados de más edad, viendo que marchaban contra una posición sólida, gritó a Agis que trataba de remediar un desastre con otro, haciendo ver que este inoportuno celo de ahora quería ser una reparación de la censurable retirada de Argos. Agis, ya por la advertencia, ya porque él mismo tuviera de repente igual pensamiento, hizo retroceder de nuevo al ejército antes de producirse el choque. Y llegado a la comarca de Tegea desvió hacia la de Mantinea el curso de las aguas por cuya causa las más veces luchan los mantineos y tegeatas, pues causan daños a cualquiera de los dos lados a que vayan; su intención era hacer que los de la colina [los argivos y sus aliados], cuando se enteraran, bajaran a la llanura para impedir la desviación de las aguas, y reñir así en ella la batalla. Así pues, Agis permaneció allí aquel día ocupado con las aguas y las desvió; y los argivos y sus aliados primero se quedaron sorprendidos de su repentina retirada cuando estaba tan cerca, y no sabían qué pensarse; pero cuando el enemigo se perdió de vista en su retirada mientras que ellos permanecían quietos y no le seguían, de nuevo criticaron a sus generales porque ya antes hubieran dejado escapar a los lacedemonios, que estaban completamente acorralados junto a Argos, y porque ahora nadie les perseguía cuando huían, sino que se ponían a salvo tranquilamente y ellos eran traicionados. Los generales se embarullaron de momento, y después hicieron bajar al ejército de la colina y adelantándose hasta la llanura establecieron su campo, decididos a marchar contra el enemigo.

66. Al día siguiente los argivos y sus aliados adoptaron la formación de combate, dispuestos a reñir batalla si encontraban al enemigo; y los lacedemonios al regresar de la desviación de las aguas hacia el templo de Héracles a su

campamento, vieron a corta distancia a sus enemigos, ya todos formados y lejos de la colina. Fue en esta ocasión cuando más miedo tuvieron los lacedemonios hasta donde alcanzaba su memoria (pues tenían que hacer sus preparativos en un corto espacio de tiempo), e inmediatamente adoptaron a toda prisa su peculiar dispositivo de combate, disponiendo el rey Agis todos los detalles, conforme a la ley. Pues cuando el rey va a la cabeza del ejército, de él dependen todas las decisiones y él mismo indica a los polemarcos lo que han de hacer, así como éstos a los locagos, éstos a los penteconteres, éstos a su vez a los enomotarcas y éstos a la enomotía[70]. Cuando desean algo, las órdenes se transmiten de la misma forma y circulan rápidamente. Con gran aproximación se puede decir que todo el ejército de los lacedemonios está constituido por jefes de jefes, y son muchos aquéllos a quienes está confiada la responsabilidad de la acción.

67. En esta ocasión formaban el ala izquierda de su ejército los escíritas[71], que siempre ocupan este lugar y son los únicos de los lacedemonios que constituyen un cuerpo independiente; junto a ellos se hallaban los soldados de Brásidas que habían vuelto de Tracia y con ellos los neodamodes; a continuación formaron sus batallones uno tras otro los lacedemonios propiamente dichos, y a su lado los arcadios de Herea y luego los de Menalia; en el ala derecha los tegeatas y unos pocos lacedemonios que ocupaban la extremidad; y los jinetes, en ambas alas. De esta manera se formaron los lacedemonios; y en el ejército enemigo, los mantineos ocupaban el ala derecha[72], por darse la batalla en su territorio, y junto a ellos estaban sus aliados arcadios; luego el cuerpo escogido de mil argivos, a quienes la ciudad daba desde hacía mucho tiempo instrucción militar a cuenta del erario público; a continuación los demás argivos, y después sus aliados los

cleonenses y orneatas; y finalmente los atenienses, que ocupaban el ala izquierda, y con ellos su caballería.

68. Tales eran el orden de batalla y las fuerzas de ambos ejércitos; el de los lacedemonios era a todas luces mayor. No podría decir exactamente el número de hombres de los distintos cuerpos ni la totalidad de cada ejército; pues el número de los lacedemonios se ignoraba por la disimulación habitual de su régimen político, y el de los otros se ponía en duda por causa de la general exageración humana de la fuerza de los ejércitos propios. Sin embargo, es posible fijar la cuantía en esta ocasión de las fuerzas lacedemonias mediante el siguiente cálculo: combatieron siete batallones sin contar los esciritas, que eran seiscientos, y en cada batallón había cuatro pentecostis, y en la pentecostis cuatro enomotías. En la primera fila de cada enomotía luchaban cuatro hombres, pero no todos se formaban igual en profundidad, sino como quería cada locago; pero en general se formaron de ocho en fondo[73]. En total y con excepción de esciritas, la primera línea se componía de cuatrocientos cuarenta y ocho hombres.

69. Cuando estaban a punto de trabar el combate, los generales de cada nación arengaron a los suyos en términos parecidos a éstos: a los mantineos, que la batalla iba a ser por su patria y por el imperio[74] y la esclavitud al mismo tiempo, a fin de no perder el uno después que lo habían conocido y no conocer de nuevo la segunda; a los argivos, que iba a ser por su antigua hegemonía y su pasada igualdad de poderío[75] en el Peloponeso, a fin de no continuar eternamente privados de ella y de castigar por sus muchos agravios a una nación al mismo tiempo enemiga y vecina; y a los atenienses, que era hermoso que luchando al lado de unos aliados numerosos y valientes no quedaran inferiores a ninguno, y además, que si vencían en el Peloponeso a los lacedemonios, asegurarían y extenderían

su imperio y jamás nadie invadiría su país. Éstas fueron las arengas que se dirigieron a los argivos y a sus aliados; los lacedemonios se exhortaban a sí mismos —ya dirigiéndose unos a otros, ya por medio de sus cantos guerreros— a recordar lo que, como valientes que eran, ya sabían, puesto que desde hacía mucho tiempo tenían conocimiento de que el entrenamiento efectivo en la acción es mayor ayuda que una exhortación oral bellamente dicha poco antes de la batalla.

70. Seguidamente tuvo lugar el encuentro, marchando los argivos con resolución y ardimiento y los lacedemonios despacio y al son de muchos flautistas que iban con ellos, no por un motivo religioso, sino para que avanzaran igualados andando al compás de la música y no se abrieran sus filas, como suele acontecer a los grandes ejércitos al ir al choque.

71. En tanto que aún marchaban al encuentro, el rey Agis decidió hacer lo siguiente. A todos los ejércitos les sucede que al entrar en combate se desvían de preferencia hacia su ala derecha, y unos y otros desbordan con su ala derecha la izquierda del enemigo, en razón de que, por miedo, los soldados acercan todo lo posible su lado descubierto al escudo del camarada de su derecha[76], y piensan que lo apretado de la formación es la mejor defensa; el responsable de esta falsa maniobra es el cabeza de fila del ala derecha, que desea alejar siempre del enemigo su parte descubierta, siguiéndole los demás por el mismo temor. En esta ocasión, los mantineos desbordaban con mucho al ala de los esciritas, y aún más los lacedemonios y tegeatas a los atenienses, en la medida en que tenían un mayor ejército. Y temiendo Agis que su ala izquierda fuera envuelta y pensando que los mantineos le desbordaban en exceso, dio órdenes a los soldados de Brásidas y a los esciritas de que se corrieran de su sitio y se igualaran con los mantineos, y mandó aviso a Hiponóidas y Aristocles, dos de los

polemarcos, de que vinieran hacia el hueco que quedaba con dos batallones y, colocándose en él, lo colmaran; pensaba que todavía le sobrarían tropas a su ala derecha y que quedaría más firme la parte de su línea que hacía frente a los mantineos.

72. Pero le sucedió a Agis que por dar la orden en el momento del ataque y de improviso, Hiponóidas y Aristocles no quisieron correrse —y bajo esta acusación fueron luego desterrados de Esparta como cobardes—; y, además, que cuando al no correrse los batallones hasta los esciritas, dio la orden a éstos de hacer de nuevo conjunción con ellos[77], ya no pudieron cerrar la línea. Sin embargo, los lacedemonios, que fueron en esta ocasión completamente superados en táctica militar[78], mostraron que no por ello dejaban de vencer gracias a su valor. Pues tan pronto como llegaron a las manos con los enemigos, el ala derecha de éstos, formada por los mantineos, puso en fuga a los esciritas y a los soldados de Brásidas, y lanzándose los mantineos y sus aliados y los mil soldados escogidos de Argos por el sitio indefenso en que no se había cerrado la línea, causaron estragos en los lacedemonios y, haciendo un movimiento envolvente, les pusieron en fuga y les persiguieron hasta los carros, matando a algunos de los soldados de más edad que montaban guardia allí[79]. En este lado eran vencidos los lacedemonios; pero en la otra parte del ejército y sobre todo en el centro, donde estaba el rey Agis y junto a él los llamados trescientos jinetes[80], cayeron sobre los argivos de más edad —los llamados cinco batallones— así como sobre los cleonenses y orneatas y los atenienses inmediatos a ellos, y los pusieron en fuga sin que los más de ellos aguardaran a pie firme el ataque, sino que en cuanto les acometieron los lacedemonios, a fin de no ser envueltos primero, se retiraron inmediatamente y algunos fueron pisoteados.

73. Al ceder en este sector el ejército de los argivos y sus aliados, quedó roto en dos puntos[81], y al mismo tiempo el ala derecha formada por los lacedemonios y tegeatas comenzó a envolver a los atenienses con las tropas que les desbordaban, resultando un doble peligro para ellos: por un lado eran envueltos y por otro eran derrotados. Y lo hubieran pasado peor que todo el ejército si no les hubiera ayudado la caballería, que iba a su lado. Ocurrió además que Agis, al ver que su ala izquierda, que se enfrentaba con los mantineos y los mil argivos, estaba en dificultad, ordenó a todo el ejército que se dirigiera hacia el ala vencida. Sucedido esto, los atenienses, al pasar de largo y alejarse de ellos el ejército, se salvaron sin dificultad y con ellos los argivos vencidos. En cuanto a los mantineos y sus aliados y a las tropas escogidas argivas, ya no pensaron más en perseguir al enemigo, sino que al ver que los suyos habían sido derrotados y que los lacedemonios venían contra ellos, se dieron a la fuga. De los mantineos pereció un número mayor, pero en cambio se salvó la mayor parte de las tropas escogidas de Argos. La huida y la retirada no fueron difíciles ni largas; pues los lacedemonios hasta el momento de poner en fuga al enemigo, riñen batallas largas y duras debido a que aguantan a pie firme; pero cuando lo logran, su persecución es de corta duración y hasta poca distancia.

74. Así o de manera parecida se dio la batalla, que fue la mayor de las griegas en mucho tiempo y la que libraron las ciudades más importantes. A continuación, los lacedemonios se colocaron en orden de combate delante de los muertos enemigos[82] e inmediatamente erigieron un trofeo, despojaron los muertos, recogieron los suyos, que llevaron a Tegea, donde fueron enterrados, y devolvieron los del enemigo en virtud de una tregua. Murieron setecientos argivos, cleonenses y orneatas, doscientos mantineos y doscientos atenienses, incluidos los eginetas, junto con sus

dos generales. Los aliados de los lacedemonios no sufrieron la pérdida de un número importante de hombres; en cuanto a los propios lacedemonios, resultaba difícil fijar el número exacto, pero se decía que murieron unos trescientos.

75. Estando a punto de librarse la batalla, Plistoanacte, el otro rey, acudió de refuerzo con los viejos y los jóvenes y llegó a Tegea, pero al enterarse de la victoria se volvió a Lacedemonia. Además, los lacedemonios enviaron mensajeros e hicieron volverse a sus aliados de Corinto y de fuera del Istmo; y ellos mismos se retiraron, despidieron a sus aliados y se dedicaron a la celebración de la fiesta (eran entonces las Carneas). Las acusaciones de cobardía por la catástrofe de Esfacteria y las de falta de decisión y lentitud en general que les hacían los griegos, se las lavaron con esta sola acción, y se creyó que habían sido maltratados por la fortuna, pero que continuaban iguales en cuanto al valor.

El día anterior a esta batalla los epidaurios irrumpieron con todas sus fuerzas en el territorio de Argos, por hallarse desguarnecido, y mataron a muchos argivos que habían quedado para guardarlo al partir el grueso de sus tropas. Pero como tres mil hoplitas eleos y mil atenienses además de los de antes acudieran en ayuda de los mantineos después de la batalla, todos estos aliados marcharon contra Epidauro, aprovechando que los lacedemonios celebraban las Carneas, y dividiendo la ciudad en sectores comenzaron a rodearla de un muro. Los demás dejaron pronto de trabajar, pero los atenienses fortificaron rápidamente la colina del templo de Hera, como les había sido encomendado. Todos dejaron tropas para guarnecer la fortificación y se retiraron, separándose por ciudades. Así terminó el verano.

76. Nada más comenzar el invierno siguiente, los lacedemonios [una vez que celebraron las Carneas] organizaron una expedición militar, y llegando a Tegea

enviaron por delante a Argos una propuesta de paz. Ya antes había allí partidarios suyos, que querían derribar el régimen democrático; pero una vez que se hubo dado la batalla, tuvieron mucha mayor facilidad para persuadir a la mayoría a que hiciera la paz. Su intención era concertar primero la paz con los lacedemonios y más tarde una alianza, y entonces ya atacar a los demócratas. Llegó, pues, a Argos Licas, hijo de Arcesilao, que era próxeno de los argivos, trayendo dos mensajes de parte de los lacedemonios: el uno, diciendo qué sucedería[83] si querían luchar; y el otro, si querían hacer la paz. Hubo mucha discusión (también estaba presente Alcibíades), pero los que trabajaban para los lacedemonios, osando ya actuar a plena luz, convencieron a los argivos a aceptar la propuesta de paz. Era ésta[84]:

77. «La Asamblea de los lacedemonios decide pactar con los argivos en las siguientes condiciones: devolviendo éstos los niños a los orcomenios, los hombres a los menalios y los hombres de Mantinea a los lacedemonios[85], y saliendo de Epidauro y demoliendo el fuerte. Y si los atenienses no salen de Epidauro, serán considerados enemigos de los argivos, de los lacedemonios, de los aliados de los lacedemonios y de los aliados de los argivos. Si los lacedemonios tienen en su poder algunos niños[86], se los devolverán a todas las ciudades. En cuanto a la víctima del dios, los argivos, si quieren, prestarán juramento a los epidaurios y si no, jurarán ellos por su cuenta[87]. Las ciudades del Peloponeso, grandes y pequeñas, serán todas independientes, gobernándose por su régimen tradicional. Si algún enemigo viene de fuera del Peloponeso contra él con intención de causar daños, las partes contratantes le rechazarán procediendo de acuerdo, en la forma que parezca mejor a los peloponesios. Los aliados de los lacedemonios de fuera del Peloponeso quedarán en igualdad de derechos con los

aliados de los lacedemonios y de los argivos, continuando dueños de sus territorios. Las partes pondrán el tratado en conocimiento de sus aliados para que puedan adherirse si les parece. Y si los aliados hacen alguna proposición, podrán devolverlo a Argos o Esparta[88]».

78. Los argivos aceptaron primeramente esta proposición y el ejército de los lacedemonios se volvió de Tegea a su país; después de esto, habiendo ya relaciones normales entre las dos ciudades, los mismos argivos de antes consiguieron que los argivos abandonasen la alianza con los manteneos, atenienses y eleos, y concertasen un tratado de alianza con los lacedemonios. Fue éste:

79. «Los lacedemonios y los argivos decidieron establecer un tratado de paz y alianza para cincuenta años, y se someterán a las sentencias arbitrales en condiciones de justicia e igualdad, de acuerdo con la costumbre antigua; las demás ciudades del Peloponeso quedarán comprendidas en la paz y la alianza en calidad de ciudades independientes en lo interior y lo exterior, continuando dueñas de su territorio y sometiéndose a las decisiones arbitrales en condiciones de justicia e igualdad, de acuerdo con la costumbre antigua. Los aliados de los lacedemonios de fuera del Peloponeso tendrán iguales derechos que los argivos, continuando dueños de sus territorios[89]. Si es preciso enviar a alguna parte una expedición mixta, los lacedemonios y argivos se consultarán y decidirán con la mayor equidad posible para los aliados[90]. Si hay diferencias entre algunas de las ciudades aliadas, ya sean de las de dentro o de las de fuera del Peloponeso, bien por causa de las fronteras, bien por cualquier otro motivo, se someterán a arbitraje. Y si una de las ciudades aliadas entra en conflicto armado con otra, se dirigirán para el arbitraje a una ciudad que se considere imparcial respecto a ambas ciudades. Los particulares se querellarán judicialmente siguiendo los usos establecidos».

80. Éste fue el tratado de paz y alianza; y las posesiones que tenían unos de otros, ganadas en la guerra, se las devolvieron, solucionando[91] las demás desavenencias que tenían. Y procediendo ahora ya de común acuerdo, decretaron no admitir heraldo ni embajada alguna de los atenienses a no ser que salieran del Peloponeso abandonando sus fuertes[92], y también no hacer la paz ni la guerra con nadie más que de común acuerdo. En todas las cosas procedieron con energía y, entre ellas, ambas ciudades enviaron embajadores a las del litoral de Tracia y a Perdicas. Y lograron persuadir a Perdicas a juramentarse con ellos; pero no se separó inmediatamente de los atenienses, aunque proyectó hacerlo en razón de que veía a los argivos obrar así; pues él procedía de Argos[93]. Además, renovaron a los calcídeos los antiguos juramentos y juraron otro. De otra parte, los argivos enviaron una embajada a los atenienses, invitándoles a abandonar el fuerte de Epidauro. Y viendo éstos que eran pocos en relación con el resto de la guarnición, que era más numeroso, enviaron a Demóstenes a que repatriara a sus tropas. Una vez llegado, puso el pretexto de hacer una competición gimnástica fuera del fuerte y cuando salió el resto de la guarnición[94], cerró las puertas. Luego, renovaron la paz con los epidaurios[95] y les entregaron ellos mismos el fuerte.

81. Después de apartarse los argivos de la alianza, también los mantineos, que primero se resistían, pero que luego no pudieron seguir haciéndolo sin ayuda de los argivos, pactaron con los lacedemonios y renunciaron al imperio sobre las ciudades aliadas. Además, los lacedemonios y argivos —mil hombres de cada ciudad— hicieron una expedición mixta; los lacedemonios fueron ellos solos a Sición e hicieron más oligárquico su régimen de gobierno, y después, juntos ya los dos ejércitos, derribaron también la democracia en Argos, siendo implantado un

régimen oligárquico favorable a los lacedemonios. Estas cosas ocurrían al final del invierno, próxima ya la primavera, concluyendo así el año catorce de la guerra.

82. En el verano siguiente, los dieos del Atos hicieron defección de los atenienses, pasándose a los calcídeos, y los lacedemonios cambiaron a su gusto los gobiernos de Acaya, que antes no les eran favorables. Pero, de otro lado, el partido democrático argivo comenzó a conspirar y a cobrar ánimos y atacó a los oligarcas, eligiendo el momento de la celebración de las Gimnopedias de los lacedemonios[96]. Hubo un combate en la ciudad y venció el pueblo, que mató a algunos oligarcas y desterró a los demás. Los lacedemonios, cuando sus amigos les llamaron, no vinieron en mucho tiempo[97], pero luego aplazaron la celebración de las Gimnopedias y acudieron en su ayuda. Sin embargo, al enterarse en Tegea de que los oligarcas habían sido vencidos, ya no quisieron seguir adelante, aunque así se lo pidieron los que habían escapado con vida, sino que volvieron a su país y celebraron las Gimnopedias. Posteriormente llegaron a Esparta embajadores de los argivos de la ciudad y de los expatriados, y en presencia de los aliados unos y otros hablaron extensamente; y los lacedemonios sentenciaron que los de la ciudad eran culpables y resolvieron marchar contra Argos, pero hubo demoras y aplazamientos. En tanto, los demócratas de Argos, temerosos de los lacedemonios y deseosos de nuevo de la alianza ateniense, que creían que sería la más útil para ellos, se dedicaron a construir unos muros largos que llegaban al mar, a fin de que si eran bloqueados por tierra, pudiera aliviar su situación la importación de víveres por mar con ayuda de los atenienses. Algunas de las ciudades del Peloponeso veían con complacencia la construcción de los muros. Los argivos trabajaban en los muros todos ellos, tanto los ciudadanos como sus mujeres y esclavos; y de

Atenas vinieron en su ayuda carpinteros y canteros. Así terminó el verano.

83. En el invierno siguiente los lacedemonios, al enterarse de que los argivos estaban construyendo los muros, marcharon contra Argos en unión de sus aliados excepto los corintios. Además, había ayudas que trabajaban desde dentro [desde Argos] a su favor. Mandaba el ejército Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Las ayudas con que parecían contar no dieron resultado; en cambio, se apoderaron de los muros en construcción y los demolieron, tomaron Hisias, un poblado del territorio de Argos, y mataron a todos los hombres libres que hicieron prisioneros; tras esto, se retiraron y se volvieron a sus ciudades respectivas. A continuación los argivos marcharon contra el territorio de Fliunte, donde causaron devastaciones y luego se retiraron, en razón de que las fliuntios habían acogido a los desterrados de Argos; pues la mayoría de ellos se había establecido allí. En este mismo invierno los atenienses bloquearon Macedonia[98], echando en cara a Perdicas el haberse juramentado con los argivos y lacedemonios, y el que cuando los atenienses se disponían a mandar un ejército contra los calcídeos del litoral de Tracia y contra Anfípolis al mando de Nicias, hijo de Nicérato, faltó a la alianza y la expedición se deshizo más por retirar él sus tropas que por otra cosa; se le consideró, pues, como enemigo. Y terminó este invierno, llegando a su fin el año quince de la guerra.

84. En el verano siguiente, Alcibíades llegó a Argos al frente de veinte naves y aprisionó a los argivos que todavía parecían sospechosos y partidarios de los lacedemonios, y los atenienses los deportaron a las islas próximas pertenecientes a su imperio. Además, los atenienses organizaron una expedición contra la isla de Melos con treinta naves propias, seis de Quíos y dos de Lesbos, y con

mil doscientos hoplitas, trescientos arqueros de a pie y veinte de a caballo, todos de Atenas, y unos mil quinientos hoplitas de sus aliados los isleños. Los melios son colonia de los lacedemonios y no querían ser vasallos de los atenienses como los demás isleños, sino que primero se mantuvieron en paz como neutrales y después, como los atenienses devastando la isla les forzaron a ello, entraron abiertamente en guerra. Así pues, los estrategos Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco, acamparon en la isla con sus fuerzas, y antes de causar daños en ningún sitio, enviaron primero unos embajadores que trataran con los habitantes. Los melios no les introdujeron ante la Asamblea, sino que les invitaron a hablar ante los magistrados y los ciudadanos más importantes sobre la comisión que traían. Y los embajadores de los atenienses hablaron así:

85. «Ya que la deliberación no tiene lugar delante del pueblo, sin duda para que la muchedumbre no se deje engañar al oírnos en un discurso seguido razonamientos especiosos e irrefutables (pues conocemos que esto es lo que significa el traernos ante un corto número de personas), vosotros los aquí reunidos obrad aún con mayor seguridad. Tomad vuestra decisión procediendo punto por punto y no con un único discurso, sino más bien contestando inmediatamente a lo que digamos que no os parezca bien. Decid primero si os place nuestra proposición».

86. Los delegados de los melios respondieron: «No desaprobamos la cortesía de darnos razones recíprocamente con toda tranquilidad; pero la guerra, que es ya un hecho y no una amenaza, es a todas luces muy desemejante de esa manera de obrar. Pues vemos que habéis venido como árbitros de lo que aquí se diga, y que según es lógico, el fin de esta reunión nos traerá, si vencemos con apoyo de la justicia y por ello no cedemos, la guerra, y si nos sometemos, la esclavitud».

87. Atenienses.—Si habéis venido a hacer suposiciones sobre el futuro o a cualquier cosa que a tomar una decisión en bien de la salvación de la ciudad ateniéndoos a las circunstancias actuales y a lo que veis ante vuestros ojos, pondremos fin a nuestras palabras; pero si no habéis venido a eso, hablaremos.

88. Melios.—Es natural y digno de disculpa que gentes que están en esta situación se vuelvan en muchas direcciones en sus palabras y pensamientos; sin embargo, esta reunión tiene por objeto tratar de nuestra salvación y las negociaciones pueden verificarse, si os parece, en la forma que proponéis.

89. Atenienses.—No vamos a pronunciar un largo y poco persuasivo discurso lleno de hermosas palabras: bien que nuestro imperio es justo porque derribamos el poderío del Medo, bien que ahora os castigamos porque nos habéis inferido agravio; pero tampoco esperamos que creáis que nos vais a convencer diciendo que no os habéis unido a nosotros porque sois colonia de los lacedemonios, o que no nos habéis causado daño alguno; sino más bien esperamos que ambos tratemos de conseguir lo que permiten las circunstancias, guiándonos de nuestro pensamiento sincero, puesto que sabemos —y hablamos con quien lo sabe— que la justicia prevalece en la raza humana en circunstancias de igualdad, y que los poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los débiles ceden ante ellos.

90. Melios.—Según nuestra opinión, es útil (pues es forzoso hablar de ello, ya que vosotros habéis propuesto la conveniencia como tema a tratar, prescindiendo de la justicia) que no pongáis fin a lo que es un bien común, sino que el que esté en un momento dado en peligro, pueda ayudarse convenciendo con razones aceptables aunque no lleguen al rigor lógico. No es a vosotros a quienes menos favorece esto, y tanto más cuanto que como vuestra caída

iría acompañada de un castigo terrible, seríais para los demás un ejemplo de escarmiento.

91. ATENIENSES.—No nos descorazonamos por el fin de nuestro imperio, si es que llega a ser destruido; pues no son los que imperan sobre otros, como los lacedemonios, los que son crueles con los vencidos (y por lo demás ahora no luchamos con los lacedemonios), sino los vasallos del país dominador cuando le atacan y vencen. Dejadnos correr este peligro; ahora vamos a demostrar que estamos aquí por el bien de nuestro imperio y que nuestras palabras irán dirigidas a la salvación de vuestra ciudad, pues queremos someteros sin trabajo y que vosotros os salvéis con provecho para ambos.

92. MELIOS.—¿Y cómo sería provechoso para nosotros convertirnos en esclavos como lo es para vosotros someternos?

93. ATENIENSES.—Porque el resultado sería para vosotros convertiros en vasallos en vez de sufrir el más cruel infortunio, y nosotros saldríamos ganando no aniquilándoos.

94. MELIOS.—¿Y no aceptaríais que, permaneciendo neutrales, fuéramos amigos vuestros en vez de enemigos, pero no aliados de ninguno de los dos bandos?

95. ATENIENSES. —No; porque vuestra enemistad no nos perjudica tanto como vuestra amistad, que es para nuestros vasallos un signo manifiesto de nuestra debilidad, mientras que vuestro odio lo es de nuestro poder.

96. MELIOS.—¿Es así como vuestros vasallos juzgan la verosimilitud de las cosas: poniendo en igual categoría a los que no tienen con vosotros vínculo alguno y a los pueblos sometidos, de los cuales la mayoría son fundaciones vuestras y algunos incluso se han sublevado?

97. ATENIENSES.—Piensan que ni a unos ni a otros les faltan motivos, pero que, gracias a su fuerza, los primeros permanecen libres y nosotros por miedo no les atacamos; de

modo que si no conserváis la independencia, por el solo hecho de ser conquistados nos procuraréis seguridad, sin contar que tendremos más súbditos; y ello tanto más cuanto que seréis unos isleños —y unos isleños menos fuertes que otros— sometidos por los dueños del mar[99].

98. MELIOS.—¿Y no veis también seguridad en lo que vamos a decir? Está en razón que por nuestra parte, igual que vosotros nos habéis hecho dejar los argumentos basados en la justicia e intentáis que nos sometamos a vuestra conveniencia, también nosotros os instruyamos en lo que es provechoso para nosotros y, si resulta serlo también para vosotros, intentemos ganaros para ello. Porque ¿cómo no convertiréis en enemigos a los que ahora son neutrales cuando al contemplar esta acción vuestra piensen que también algún día os lanzaréis contra ellos? Y al obrar así, ¿qué otra cosa hacéis sino acrecentar el poderío de vuestros enemigos actuales y convertir en tales mal de su grado a los que no tenían ni intención de serlo?

99. ATENIENSES.—No consideramos verdaderamente peligrosos para nosotros a los pueblos libres que viven en tierra firme, los cuales vacilarán mucho antes de ponerse en guardia contra nosotros, sino a los isleños insumisos, como vosotros, y a los que ya ahora están exasperados por una dominación que no pueden evitar. Éstos son los que, confiándose más en esperanzas irreflexivas, podrían ponerse a sí mismos y a nosotros en un claro peligro.

100. MELIOS.—Pues bien, si estáis dispuestos a correr un peligro tan grande para no ser desposeídos del imperio e igualmente los que son ya esclavos para liberarse de él, es una gran bajeza y cobardía que nosotros los que todavía somos libres no recurramos a todo antes que convertirnos en esclavos.

101. ATENIENSES.—No, si reflexionáis cuerdamente; pues no es éste para vosotros un certamen para medir el valor en

igualdad de condiciones a fin de no sufrir un deshonor, sino que la deliberación versa más bien sobre vuestra salvación, que consiste en no hacer frente a quienes son mucho más fuertes.

102. MELIOS.—Sabemos, sin embargo, que las guerras presentan vicisitudes que se reparten con más igualdad de lo que haría suponer la desproporción de las fuerzas. Y a nosotros el ceder inmediatamente no nos reserva ninguna esperanza, mientras que entregándonos a la acción, hay esperanza todavía de mantenernos en pie.

103. ATENIENSES.—La esperanza, al dar ánimos para arrostrar el peligro a los que siguen sus consejos cuando tienen superioridad, aunque les ocasione perjuicios, no les derriba; pero a los que lo arriesgan todo en una jugada de dados (pues es derrochadora por naturaleza), revela quién es sólo cuando han sido derrotados y en el momento en que no les queda medio de guardarse de ella ahora que la conocen. No queráis que os pase esto a vosotros, que sois débiles y tenéis una sola alternativa, ni queráis tampoco asemejaros al gran número de los que, siéndoles posible salvarse todavía con recursos propios de hombres cuando estando en situación difícil les abandonan las esperanzas fundadas en realidades visibles, se vuelven a las fundadas en cosas inciertas: la mántica, los oráculos y cuantas otras cosas semejantes producen estragos al llevar consigo la esperanza.

104. MELIOS.—Difícil consideramos también nosotros, sabedlo bien, luchar contra vosotros y contra la fortuna, si no se reparte por igual; sin embargo, confiamos en que la divinidad no nos asignará en lo relativo a la fortuna la peor parte, en gracia a que somos hombres justos que se oponen a otros injustos; y en que a nuestra inferioridad militar se ha de sumar la alianza con los lacedemonios, que está obligada a venir en nuestra ayuda, si no por otra cosa, por causa de

los lazos de sangre y por el sentimiento del honor. Así pues, nuestra confianza no es tan por completo ilógica.

105. ATENIENSES.—Tampoco nosotros esperamos quedar en inferioridad respecto a la protección divina. Pues no pedimos ni hacemos nada que esté fuera de lo que los hombres piensan sobre los dioses ni de lo que quieren unos con respecto a otros. Creemos, en efecto, que los dioses y sabemos que los hombres, imperan siempre en virtud de su inmutable naturaleza sobre quienquiera que superen en poder. Nosotros no hemos establecido esta ley ni la hemos aplicado los primeros, sino que la aplicamos habiéndola encontrado ya existente y habiendo de dejarla subsistiendo por siempre, convencidos de que vosotros y cualquier otro que adquiriese nuestro poder haría lo mismo. Así pues, siguiendo un razonamiento de verosimilitud, no tememos recibir peor trato de parte de la divinidad; y en cuanto a vuestra opinión sobre los lacedemonios, según la cual confiáis en que por su sentimiento del honor vendrán en vuestra ayuda, os felicitamos por vuestra inexperiencia en el infortunio, pero no envidiamos vuestro simplismo. Los lacedemonios proceden generalmente con dignidad en lo que se refiere a sí mismos y a sus tradiciones patrias; ahora bien, de cómo se comportan con los demás, se podría hablar mucho; pero, resumiendo, lo más exacto es hacer ver que con más claridad que todos los pueblos que conocemos consideran honrosas las cosas que les agradan y justas las que les convienen. Pues bien, semejante modo de pensar no va en bien de vuestra imposible salvación.

106. MELIOS.—Por eso mismo confiamos en que por causa de su conveniencia no querrán, traicionando a los melios, que son colonia suya, hacerse indignos de confianza para los griegos que les son favorables, y útiles para sus enemigos.

107. Atenienses.—Es que no os convencéis de que la conveniencia va unida a la seguridad, mientras que lo justo y honroso se realiza con peligro, lo que rara vez osan hacer los lacedemonios.

108. Melios.—Creemos que por nuestra causa arrostrarán con más gusto los peligros y los considerarán menos graves que los arrostrados por otros, dado que para el caso de una intervención militar nuestra isla está situada cerca del Peloponeso, y somos para ellos más dignos de confianza que otros por el parentesco de nuestra manera de pensar[100].

109. Atenienses.—La seguridad no está, a los ojos de los que acuden como aliados, en la amistad hacia ellos de los que les llaman, sino en que el aliado tenga una gran superioridad militar; y es cosa que los lacedemonios miran incluso más que los demás (al menos, por desconfianza en sus propias fuerzas atacan a sus vecinos con gran número de aliados), de suerte que no es de esperar que vengan a una isla siendo nosotros dueños del mar.

110. Melios.—Podrían enviar a otros[101]; el mar de Creta es muy vasto y en él es más difícil que los que lo dominan apresen a un navío de otros, que el que los que intentan burlar el bloqueo se salven. Pero si esto fracasa, podrían volverse contra vuestro territorio y contra los aliados que os quedan, aquéllos a los que no llegó Brásidas, y tendréis que preocuparos no tanto por una isla que en nada os concierne como por vuestros aliados y el Ática, que os afectan más.

111. Atenienses.—Cualquiera de estas cosas nos encontraría ya experimentados y a vosotros no desconocedores de que los atenienses no abandonaron un solo asedio por miedo a un segundo enemigo. Por lo demás, se nos ocurre pensar que después que habéis dicho que ibais a deliberar sobre vuestra salvación, en toda esta larga conversación no habéis dado ninguna razón en la cual los hombres pudieran confiar y pensar que así había posibilidad

de salvarse; por el contrario, vuestra mayor fuerza consiste en esperanzas que se demoran, y la que ahora tenéis es pequeña para salir con bien frente a las tropas que ya están alineadas contra vosotros. Daréis muestra de una gran insensatez si no nos invitáis a retirarnos y tomáis una decisión más cuerda que ésta. Pues, sin duda, no os refugiaréis en ese sentimiento del honor que tan grandes daños ocasiona en los peligros evidentes y funestos. Porque a muchos que veían adónde iban a parar, el llamado deshonor, por la fuerza de este nombre engañador, les impulsó a caer de hecho y voluntariamente, vencidos por la palabra, en infortunios irreparables, y a sufrir encima un deshonor que es mayor por proceder de su insensatez que si viniera del azar. Guardaos de ello si pensáis cuerdamente y no juzguéis deshonroso el ceder ante la ciudad más poderosa cuando os hace una petición moderada —que os convirtáis en aliados suyos continuando dueños de vuestro territorio, pero pagando tributo—, ni tampoco el no obstinaros en el peor partido cuando se os da la posibilidad de elegir entre la guerra y la seguridad; porque los que no ceden ante los iguales, se comportan razonablemente ante los más fuertes y son moderados ante los menos poderosos, son los que más prosperan. Miradlo bien cuando nosotros nos retiremos y pensad una y otra vez que deliberáis sobre vuestra patria, y que trataréis de la única que tenéis y terminaréis en una única decisión o afortunada o no acertada.

112. Los atenienses se retiraron de la conferencia; y los melios, quedándose solos, como opinaran igual que antes y en desacuerdo con los atenienses, contestaron: «Ni cambiamos de parecer respecto a antes, ni en un breve espacio de tiempo privaremos de la libertad a una ciudad fundada hace ya setecientos años, sino que intentaremos salvarnos, confiados en la fortuna que por gracia de la

divinidad nos ha salvado hasta ahora, así como en la ayuda de los hombres [los lacedemonios]. Os ofrecemos sin embargo ser amigos vuestros, pero no enemigos de ninguna de las dos partes, y os invitamos a que os retiréis de nuestra isla después de concertar un tratado de paz en los términos que parezcan convenientes para ambos».

113. Ésta fue la respuesta de los melios; y los atenienses, abandonando ya las conversaciones, dijeron: «A juzgar por estas decisiones, sois a nuestro parecer los únicos que consideráis más seguro el futuro que lo que está ante vuestros ojos y que por causa de vuestro deseo contempláis lo aún incierto como si se estuviese ya realizando; y confiados plenamente en los lacedemonios, la fortuna y vuestras esperanzas, plenamente seréis derrotados».

114. Los embajadores atenienses volvieron a reunirse con el ejército; y sus generales, en vista de que los melios no se les sometían, se dispusieron a hacerles la guerra, y dividiéndose el terreno por ciudades circunvalaron la capital de Melos. Después, los atenienses dejaron por tierra y por mar una fuerza de sitio integrada por tropas suyas y de sus aliados, y se volvieron a Atenas con el grueso del ejército. Los que quedaron permanecieron allí asediando la plaza.

115. Por estas mismas fechas los argivos penetraron en el territorio de Fliunte y, víctimas de una emboscada tendida por los fliuntios y por sus propios desterrados, murieron unos ochenta. Y los atenienses de Pilos cogieron mucho botín a los lacedemonios. Por causa de ello los lacedemonios a pesar de todo no rompían el tratado de paz emprendiendo la guerra contra los atenienses, pero hicieron proclamar públicamente que el que de entre ellos lo quisiera, tenía autorización para cogerles botín. Además, los corintios entraron en guerra con los atenienses por ciertos motivos de discordia privativos de ambas ciudades; pero los demás peloponesios continuaron en paz. De otra parte, los melios

se apoderaron en un asalto nocturno de la parte del muro de los atenienses vecina al Ágora, matando a algunos soldados; e introduciendo trigo y todas las demás cosas útiles que pudieron, se retiraron adentro y permanecieron tranquilos; y los atenienses en adelante dispusieron mejor la guardia. Y terminó el verano.

116. En el invierno siguiente, los lacedemonios, que iban a hacer una expedición contra el territorio de Argos, al no resultar favorable el sacrificio del paso de la frontera [en la frontera] se volvieron atrás. Y los argivos, sospechando de algunos de los de la ciudad por causa del proyecto de los lacedemonios, aprisionaron a unos, pero otros se les escaparon. Por las mismas fechas, los melios tomaron de nuevo por otro punto un sector del muro de los atenienses, pues la guarnición no era allí numerosa. Pero luego, al venir en vista de esto de Atenas un nuevo ejército al mando de Filócrates, hijo de Demeas, y quedar ya asediados los melios con todo rigor, añadiéndose una traición en su campo, capitularon ante los atenienses, quedando su suerte a discreción de éstos. Y los atenienses ejecutaron a todos los melios en edad viril que cayeron en sus manos y redujeron a la esclavitud a los niños y mujeres. Fueron ellos mismos quienes, enviando seguidamente quinientos colonos, poblaron la ciudad.

LIBRO VI

1. En este mismo invierno, los atenienses tomaron la decisión de dirigirse de nuevo a Sicilia con mayores fuerzas que las que habían ido con Laquete y Eurimedonte, y conquistarla si podían, pues la mayoría de ellos desconocía la extensión de la isla y lo numerosos que eran sus habitantes griegos y bárbaros, así como que se comprometían en una guerra de importancia no mucho menor que la que sostenían con los peloponesios. Efectivamente, la circunnavegación de Sicilia es, para un barco de comercio, de casi ocho días, y, siendo la isla tan grande, son sólo unos veinte estadios de mar los que hacen que no sea continente.

2. Fue poblada antiguamente como sigue, y llegaron a ella los pueblos que enumero. Es fama que los cíclopes y lestrigones fueron los pobladores más antiguos y que habitaron en una parte del país; pero yo no puedo indicar su raza ni de dónde vinieron o adónde marcharon; baste lo dicho por los poetas y lo que cada cual cree acerca de ellos. Es claro que los sicanos fueron los que se asentaron allí los primeros después de estos pueblos; según ellos, incluso antes por ser autóctonos; pero en realidad eran iberos y habían sido expulsados del río Sicano[1], en Iberia, por los ligures. Por ellos, la isla que antes se llamaba Trinacria, fue denominada Sicania; todavía hoy viven en el Oeste de Sicilia. Cuando fue tomada Troya, algunos troyanos

escaparon de los aqueos en embarcaciones y llegaron a Sicilia, y, estableciéndose cerca de los sicanos, recibieron todos ellos el nombre de élimos[2], siendo sus ciudades Erice y Egesta. Se les unieron asimismo algunos focios[3] que volvían de Troya y que fueron llevados por la tempestad primero a Libia, y luego desde aquí a Sicilia. En cuanto a los sículos, pasaron a Sicilia desde Italia (pues vivían allí), huyendo de los oscos, según se dice, y es verosímil, en balsas, aguardando a que amainase el viento para hacer la travesía, pero quizá llegando por mar también de alguna otra manera. Todavía ahora hay sículos en Italia; este país recibió su nuevo nombre de Italia por Italo, un rey de los sículos que tenía este nombre. Llegados, pues, a Sicilia formando un gran ejército, derrotaron en batalla a los sicanos, los empujaron hacia las regiones meridional y occidental de la isla e hicieron que su nombre se cambiara de Sicania en Sicilia; finalmente, poblaron las tierras más fértiles, que, contando hasta la llegada de los griegos, han ocupado durante cerca de trescientos años desde que desembarcaron; y todavía hoy habitan las partes central y septentrional de la isla[4]. También los fenicios[5] habían fundado colonias en torno a toda Sicilia, fortificando los promontorios que dominan el mar y ocupando las pequeñas islas próximas a la costa, con el fin de comerciar con los sículos; pero cuando los griegos llegaron en gran número por vía marítima, abandonaron la mayoría de sus dominios y, agrupándose cerca de los élimos[6], continuaron ocupando Motia, Solun y Panormo, confiados en su alianza con éstos y en razón de que es desde allí desde donde Cartago está a menor distancia de Sicilia. Éstos son los bárbaros que poblaren Sicilia y la forma en que lo hicieron.

3. De entre los griegos fueron los calcídeos los primeros que, partiendo de Eubea con el fundador[7] Tucles, fundaron Naxos[8] y erigieron el altar de Apolo arquegueta[9], que está

ahora fuera de la ciudad, en el cual, cuando salen teoros[10] de Sicilia, sacrifican antes de partir. Al año siguiente Arquias, de los heráclidas de Corinto, fundó Siracusa, expulsando primero a los sículos de la isla, ahora ya no totalmente rodeada de mar, en que está la ciudad interior[11]; en una fecha posterior la ciudad exterior quedó englobada con la otra por medio de una muralla y se hizo populosa. Cinco años después de la fundación de Siracusa, Tucles y los calcídeos marcharon desde Naxos y fundaron Leontinos, expulsando a los sículos con las armas, y después Catana; los catanenses nombraron fundador a Evarco[12].

4. Por esta misma fecha llegó Lámide a Sicilia desde Megara al frente de una colonia y después de fundar al Norte del río Pantacias una ciudad llamada Trótilo, de unirse por poco tiempo con los calcídeos de Leontinos en una ciudad única y de ser expulsado por ellos y fundar Tapso, murió, y los demás abandonaron Tapso y fundaron la Megara llamada Hiblea, cuyo territorio les cedió el rey simio Hiblón, que les llevó a él. Al cabo de doscientos cuarenta y cinco años que vivieron allí, fueron expulsados de la ciudad y el territorio por Gelón, tirano de Siracusa[13]. Antes de ser expulsados, cien años después de la fundación de Megara Hibles, fundaron Selinunte, para lo cual enviaron a Pámilo, que vino de Megara, su metrópoli, y les ayudó a fundar la colonia[14]. Gela la fundaron juntos Antifemo, que trajo colonos de Rodas, y Entimo, que los trajo de Creta, a los cuarenta y cinco años de la fundación de Siracusa. El nombre de la ciudad se tomó del río Gelas; pero el sitio en que ahora está la ciudadela y que fue el que primero se fortificó se llama Lindios[15]; a la ciudad se le dio una constitución dórica. Unos ciento ocho años después de su fundación, los gelenses fundaron Acragante, tomando el nombre de la ciudad del río Acragante, confiriendo el honor de fundadores a Aristónoo y Pístilo y dándole la constitución

de Gela. Zancla fue fundada primero por unos piratas que vinieron de Cumas, la ciudad calcídica de Campania, pero después llegaron muchos pobladores de Cálcide y del resto de Eubea y se repartieron con ellos el territorio; los fundadores fueren Perieres y Cratémenes, el primero venido de Cumas y el segundo de Cálcide. Primero fue llamada Zancla por los sículos porque la ciudad tiene forma de hoz (los sículos llaman *zanklon* a la hoz); pero después sus habitantes fueron expulsados por los samios y otros jonios que, huyendo de los medos, arribaron a Sicilia, y Anaxilas, tirano de Region, que expulsó paco después a los samios y pobló la ciudad con gentes de varias procedencias, le dio el nuevo nombre de Mesena en recuerdo de su antigua patria[16].

5. Himera, colonia de Zancla, fue fundada por Euclides, Simo y Sacón, y la mayoría de los que vinieron a la colonia fueron calcídeos; pero también se establecieron con ellos, vencidos en luchas civiles, desterrados de Siracusa, los llamados milétidas[17]; el resultado fue un dialecto mixto del de los calcídeos y del dorio, pero se impusieron las instituciones calcídeas. Acras y Casmenas fueron fundadas por los siracusanos; Acras, setenta años después de Siracusa, y Casmenas, unos veinte después de Acras. Camarilla fue fundada primero por los siracusanos, casi exactamente ciento treinta y cinco años después de la fundación de Siracusa; fueron sus fundadores Dascón y Menécolo. Sin embargo, como los camarinenses fueran expulsados de la ciudad por los siracusanos por medio de la guerra que les hicieron a causa de haberse separado de ellos, Hipócrates, tirano de Gela, recibió en fecha posterior como rescate de los siracusanos prisioneros el territorio de Camarina y la pobló de nuevo, siendo él mismo el fundador. Fue luego expulsada otra vez la población por Gelón y fundada la ciudad por cercera vez por los de Gela.

6. Todos éstos son los pueblos griegos y bárbaros que habitaban Sicilia, y tan grande era la importancia de la isla que los atenienses querían atacar, deseosos, en realidad, de imperar sobre toda ella y queriendo al mismo tiempo ayudar en un bello gesto a los pueblos de su raza y a los aliados que se les habían unido. Los que más les movieron a ello fueron los embajadores de Egesta, presentes en Atenas y que les llamaban en su auxilio con calor, pues habían entrado en guerra con los selinuntios, de los que eran vecinos, por cuestiones referentes a los matrimonios y por una comarca disputada entre ambos, y los selinuntios habían hecho venir como aliados a los siracusanos y les hacían la guerra por tierra y por mar. En vista de ello, los egestenses recordaban a los atenienses su alianza con los leontinos en tiempos de Laquete y de la guerra anterior, y les pedían que les ayudaran enviándoles una escuadra; daban varias razones, sobre todo, que si los siracusanos quedaban impunes después de haber expulsado de su ciudad a los leontinos[18] y se adueñaban de todo el poderío de Sicilia, aniquilando a los aliados de los leontinos que aún quedaban, había peligro de que algún día contribuyeran a destruir también el poderío de Atenas, ayudando con grandes fuerzas a los dorios, ellos que eran dorios, en gracia a pertenecer a la misma raza, y a su metrópoli [los peloponesios], por ser colonia suya; lo prudente sería hacer frente a los siracusanos con los aliados que aún quedaban, dado sobre todo que ellos aportarían dinero suficiente para la guerra. Oyendo estas cosas los atenienses por repetirlas con frecuencia en las Asambleas los egestenses y los que hablaban a su favor, decretaron enviar primero una embajada a Egesta para ver si el dinero prometido existía, como decían, en el tesoro del estado y en los templos y, además, para ver en qué situación estaba la guerra contra los selinuntios.

7. Fueron, pues, enviados a Sicilia los embajadores atenienses. En este mismo invierno, los lacedemonios y sus aliados, con excepción de los corintios, en una expedición que hicieron contra Argos, devastaron una porción no muy extensa de su territorio y volvieron trayendo trigo en carros que habían llevado para ello; además, establecieron en Orneas a los desterrados argivos y dejaron con ellos a unos pocos soldados del resto del ejército; y tras concertar un armisticio por cierto plazo con los argivos para que éstos y los orneatas no causaran daños los unos en el territorio de los otros, se retiraron con el ejército en dirección a su patria. Sin embargo, poco después llegaron los atenienses con treinta naves y seiscientos hoplitas, y los argivos hicieron una salida con todo su ejército en unión de los atenienses y sitiaron durante un día a los de Orneas; pero durante la noche, como el ejército estaba acampado lejos, los sitiados de Orneas escaparon. Al día siguiente, al darse cuenta de ello, los argivos destruyeron Orneas y se retiraron; después los atenienses se volvieron con sus naves a Atenas.

Los atenienses llevaron también por mar a Metona, la ciudad vecina de Macedonia, un cuerpo de caballería ateniense y a los desterrados macedonios refugiados en Atenas, y se dedicaron a devastar el reino de Perdicas. Los lacedemonios mandaron enviados a los calcídeos del litoral de Tracia, que tenían con los atenienses una tregua que se renovaba cada diez días, y les aconsejaron que ayudaran a Perdicas en la guerra; pero ellos no quisieron. Y terminó el invierno y concluyó el año decimosexto de esta guerra, cuya historia escribió Tucídices.

8. Al comenzar la primavera del siguiente verano[19], los embajadores de los atenienses, y con ellos los egestenses, regresaron de Sicilia trayendo sesenta talentos de plata sin amonedar, que constituían un mes de soldada para sesenta naves[20], el número que iban a pedir que les enviasen. Los

atenienses reunieron la Asamblea, y cuando oyeron a los egestenses y a sus propios enviados, entre otras afirmaciones halagüeñas y falaces, que había muchas riquezas en los templos y en el tesoro público, decretaron enviar a Sicilia sesenta naves con los generales con plenos poderes Alcibíades, hijo de Clinias, Nicias, hijo de Nicerato, y Lámaco, hijo de Jenófanes, en calidad de auxilio a los egestenses contra los selinuntios y para ayudar a restablecer la ciudad de Leontinos, y, caso de que tuvieran éxito en la guerra, resolver los demás asuntos de Sicilia en la forma que les pareciera más favorable para Atenas. Cuatro días después de esto hubo de nuevo una reunión de la Asamblea sobre las medidas a tomar para que los preparativos de la escuadra se realizaran cuanto antes y se decretara a favor de los generales lo que todavía precisaran para la expedición. Pero Nicias, que había sido elegido para el mando contra su voluntad y creía que la ciudad había tomado una resolución desacertada y con un pretexto pequeño y especioso codiciaba toda Sicilia, lo que era una empresa muy difícil, subió a la tribuna y quiso disuadir a los atenienses, a los que dirigió la siguiente exhortación:

9. «Esta Asamblea ha sido convocada para tratar de nuestros preparativos, o sea, de las medidas a tomar para pasar a Sicilia; pero a mí me parece que todavía se debe estudiar esta misma cuestión de si realmente es preferible enviar las naves y no emprender de esta manera, tras breve deliberación, una guerra que no nos interesa, prestando oídos en una cuestión de gran importancia a gentes de otra raza. Yo recibo honores por causa de estas empresas, y temo menos que otros por mi vida, aunque pienso que el que se cuida de su vida y su fortuna es igualmente un buen ciudadano; pues un hombre así es el que más quiere, por su propio interés, que también los negocios de la ciudad vayan bien. A pesar de ello, nunca hasta hoy hablé contra mi

convicción para obtener honores y tampoco ahora diré otra cosa que lo que crea más conveniente. Tal vez resulte impotente mi discurso ante vuestra manera de ser, si os aconsejo conservar lo que tenéis y no correr riesgos con vuestras posesiones por cosas dudosas y futuras; sin embargo, os haré ver que ni obráis con oportunidad ni es fácil de conseguir lo que buscáis.

10. Afirmo que tratáis de, dejando aquí muchos enemigos, ir a Sicilia y traeros otros. Creéis quizá que la paz que habéis concertado ofrece alguna garantía: una paz que será nominalmente paz mientras os mantengáis tranquilos (porque con ese espíritu la hicieron vuestros comisionados y los del enemigo), mientras que si sufrís una derrota con fuerzas importantes los enemigos os atacarán rápidamente, pues, en primer lugar, hicieron la paz forzados por la necesidad por causa de sus contratiempos y en condiciones más humillantes que nosotros, y, por otra parte, en esa misma paz existen muchos puntos en litigio. Hay incluso quienes aún no han aceptado este convenio, y no son precisamente los más débiles; unos nos hacen la guerra abiertamente, y otros, a causa de que los lacedemonios todavía se mantienen tranquilos, están ligados también ellos por una paz que se renueva cada diez días. Sin duda alguna, si encuentran nuestras fuerzas divididas, que es lo que ahora buscamos, nos atacarán unidos a los sicilianos, a los cuales anteriormente hubieran deseado en gran manera tener como aliados. Así pues, debemos considerar estas cosas y no desear arriesgarnos estando aún la ciudad en alta mar[21], ni codiciar otro imperio antes de asegurar el que tenemos, si es verdad que los calcídeos del litoral de Tracia, que hace tantos años se nos sublevaron, aún están sin someter, y que otros pueblos nos obedecen sólo con vacilación en las distintas costas. En tanto, ayudamos con entusiasmo a nuestros supuestos aliados los egestenses por

un agravio que se les infiere, mientras que aún nos demoramos en castigar a otros pueblos que, al habérsenos sublevado hace mucho tiempo, nos agravian a nosotros.

11. Sin embargo, si dominamos a éstos, podremos mantenerlos sometidos, mientras que sobre aquellos otros, aunque los dominásemos, difícilmente podremos imperar siendo tantos y tan distantes. Ahora bien, es insensato atacar a unas ciudades que no se puede mantener adictas si se las conquista, y si no se tiene éxito no se queda en iguales circunstancias que antes de iniciar la empresa. Además, me parece que los sicilianos[22], a juzgar por su actual situación, serían todavía menos peligrosos para nosotros si les sometieran los siracusanos, que es con lo que más tratan de intimidamos los egestenses. En efecto, ahora podría suceder que vinieran contra nosotros algunos de ellos para complacer a los lacedemonios; pero si se diera aquel otro caso, no es verosímil que un imperio atacara a otro, pues de la manera como derribaran el nuestro en unión de los peloponesios, es de esperar que de esa misma fuera destruido el suyo por aquéllos. Como más respeto nos tendrían los griegos de aquella región es si no fuéramos allí, y en segundo término si les hiciéramos ver nuestras fuerzas y nos volviéramos en breve, pues todos sabemos que son admiradas las cosas lejanas y las que menos se prestan a probar la verdad de la fama; en cambio, si sufrimos alguna derrota, en seguida nos atacarían uniéndose a los de aquí. Es lo mismo que os ha ocurrido, ¡oh atenienses!, respecto a los lacedemonios y sus aliados: despreciándoles por haberles vencido sin esperarlo y contra lo que antes temíais, ahora ya codiciáis Sicilia. Por el contrario, hay que no envalentonarse ante los infortunios del enemigo, sino más bien tener confianza tan sólo una vez abatido su orgullo y no creer que los lacedemonios se ocupan de otra cosa, a causa de su humillación, que de ver por qué medio lograrán

todavía borrar su deshonor derrotándonos, si pueden; y ello tanto más cuanto que buscan una reputación de valentía con el máximo empeño y desde hace más tiempo que nadie. Así pues, nuestro debate, si somos cuerdos, no versará sobre los egestenses de Sicilia, que son un pueblo bárbaro, sino sobre cómo nos defenderemos enérgicamente de una ciudad que conspira contra nosotros por causa de su gobierno oligárquico.

12. Debemos además acordarnos de que hace poco tiempo que hemos tenido un pequeño respiro después de una gran epidemia y de la guerra, habiendo aumentado en riqueza y en número de hombres; lo justo es emplearlos aquí en nuestro interés y no el de esos desterrados[23] que piden auxilio, gentes para quienes es útil una hermosa mentira y, con el peligro de los demás y aportando ellos sólo palabras, o bien triunfar y tributar un agradecimiento que no compensa, o bien fracasar y hundir al mismo tiempo a nuestros aliados. Mas si algún ciudadano[24], orgulloso de haber sido elegido para el mando, os aconseja, mirando sólo su interés —es además demasiado joven para el mando—, que vayáis a Sicilia a fin de que él pueda ser admirado por dedicarse a la cría de caballos[25] y sacar, por causa de sus dispendios, algún provecho del mando, no le permitáis brillar personalmente con el peligro del estado y pensad que hombres así abusan del dinero público y malgastan el propio, y que este asunto es importante y no como para que los jóvenes deliberen sobre él y lo tomen en sus manos con ligereza.

13. Les veo aquí sentados dando alientos a ese mismo ciudadano y me dan miedo; a mi vez exhorto a los de más edad a no avergonzarse si junto a alguno de ellos está sentado uno de ésos, temiendo parecer cobarde si no vota la guerra, y también a no tener un ansia funesta de las cosas lejanas —mal propio de esos ciudadanos—, sabedores de

que pocas son las cosas que salen bien por la codicia y muchísimas por la prudencia; les exhorto, por el contrario, a que en beneficio de la patria, que corre un peligro mayor que los anteriores, se pronuncien en contra y voten que los sicilianos sean dueños de su país y se entiendan unos con otros, conservando sus actuales fronteras con nosotros, que nadie criticará: el mar Jónico si se navega costeando[26], y el de Sicilia, por alta mar; y finalmente, a decir en privado a los egestenses que ya que sin contar con los atenienses emprendieron la guerra con los selinuntios, que por sí solos la terminen, y a no hacer en adelante aliadas, como solemos, a gentes que hemos de defender en el infortunio, pero en las que, cuando necesitemos ayuda, no la encontraremos.

14. Pon esta prepuesta a votación, ¡oh prítano!,[27] si es que crees que es tu obligación obrar a favor de la ciudad y quieres ser buen ciudadano, y haz que de nuevo decidan los atenienses, considerando, si tienes miedo a pedir una nueva votación[28], que no se te va a acusar de violar las leyes, sucediendo esto ante tantos testigos; que al tomar la ciudad esta decisión vas a ser tú su médico, y que el mandar bien consiste en ser lo más útil posible a la patria o, al menos, no perjudicarla voluntariamente».

15. Así habló Nicias, y también otros atenienses subieron a la tribuna y la mayoría aconsejaron hacer la expedición y no anular lo ya decretado; pero hubo quienes se opusieron. El que más ardientemente propugnaba la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias, que quería combatir a Nicias —pues era en todo contrario a él en política y también porque le había aludido en forma ofensiva— y que sobre todo tenía gran deseo de obtener el mando y confianza en que gracias a él serían conquistadas Sicilia y Cartago, y que, al triunfar, se beneficiaría a sí mismo con dinero y con fama; pues estando muy considerado por los ciudadanos, se dejaba llevar por caprichos no proporcionados a su hacienda, tanto

en lo relativo a la cría de caballos, como en los demás dispendios: cosa que contribuyó después en gran medida a hundir la ciudad de Atenas. En efecto, asustada la mayoría de los ciudadanos de la exageración del inusitado lujo con que vivía y de los planes que intentaba siempre poner en práctica en cualquier empresa en que interviniera, se le enemistaron por sospechar que deseaba la tiranía; y disgustados todos con sus costumbres en el terreno privado, a pesar de que en el nacional llevaba muy bien la guerra, y entregando la ciudad en manos de otros, en corto tiempo causaron su ruina. En esta ocasión subió a la tribuna y dirigió a los atenienses el siguiente discurso:

16. «El mando me pertenece más que a otros, ¡oh atenienses! (pues es necesario empezar por aquí, ya que Nicias me ha atacado), y además creo ser digno de él. En efecto, aquellas cosas por las que me difaman nos procuran gloria a mis antepasados y a mí, y a la patria, además, provecho; pues los griegos consideraron a nuestra ciudad incluso como más de lo que es en realidad por causa del esplendor de mi participación en los Juegos Olímpicos[29], siendo así que antes creían que estaba agotada por la guerra, ya que lancé siete carros al certamen, más que ningún ciudadano particular antes que yo, y que quedé vencedor y segundo y cuarto y dispuse todo lo demás[30] en forma digna de la victoria. Estas cosas dan honra, según se admite generalmente; pero, además, en esta manera de obrar se trasluce un poderío efectivo. Los otros títulos de honor de que gozo en la ciudad por mis coregías[31] y demás, son envidiados por los ciudadanos por ley natural; pero ante los extranjeros son también indicio de poderío. No es sin utilidad la locura del que a sus propias expensas no se beneficia sólo a sí mismo, sino también a la ciudad, ni es injusto que un ciudadano consciente de su superioridad no sea igual que los demás, ya que el afligido por el infortunio

no comparte con nadie su desgracia; por el contrario, del mismo modo que en la mala fortuna nadie se acerca a saludarnos, todos deben soportar ser tratados altaneramente por los afortunados o, en otro caso, deben dar igualdad de trato, y entonces ya exigir un comportamiento semejante. Sé muy bien que estos ciudadanos, así como todos los demás que destacaron por su brillante éxito en alguna cosa, durante su vida resultaron molestos, sobre todo en su trato con sus iguales, pero también con los demás; mas en cambio dejan para algunos de los venideros la pretensión de ser parientes suyos, aunque no lo sean, y para su patria el orgullo por hombres que no considera extraños ni equivocados, sino propios y autores de acciones preclaras. Éstas son las cosas que yo busco y por las que me difaman en mi vida privada; examinad ahora si llevo peor que algún otro los negocios públicos. Coaligando a las mayores potencias del Peloponeso sin grave peligro ni gasto vuestro, obligué a los lacedemonios a luchar en un solo día por el todo en Mantinea; y aunque vencieron en la batalla, desde entonces ya no tienen intacta su confianza.

17. En aquella ocasión mi juventud y mi locura, que se dice sobrepasar todo límite, negociaron con las potencias del Peloponeso en los términos adecuados y las persuadieron gracias a mi carácter entusiasta, que les dio confianza en mí; no temáis ahora esa juventud mía, sino, por el contrario, mientras yo todavía estoy en pleno vigor y en posesión de ella, y Nicias tiene fama de favorito de la fortuna, utilizad los servicios de cada uno de los dos. Y no os arrepintáis de la expedición a Sicilia pensando que va a ser contra una gran potencia. Porque aquellas ciudades tienen muchos habitantes por sus masas mezcladas de población, y con facilidad experimentan cambios o aumentos de ciudadanos; por ello, nadie está armado en cuanto a su

persona como para defender a la propia patria, ni dispone en el territorio de la ciudad de construcciones en regla[32], sino que cada uno se procura aquello con que cree que podrá, si lo toma del común, bien sea conquistando las voluntades con su oratoria, bien sea en las discordias civiles, establecerse en otro país en caso de que le vaya mal. No es verosímil que una masa así siga unánimemente una línea de conducta ni se ponga a obrar de común acuerdo; es fácil que rápidamente se pasen a nuestro lado por ciudades aisladas si les halagamos con palabras, sobre todo si tienen discordias internas, como sabemos. Además, no tienen tantos hoplitas como afirman jactanciosamente, del mismo modo que tampoco los demás griegos se ha revelado que fueran tantos en número como cada ciudad se evaluaba a sí misma, sino que Grecia se ha engañado mucho en cuanto a ellos y apenas si en esta guerra se armó suficientemente. Ésta será la situación en Sicilia según mis informes, e incluso más favorable (pues tendremos a nuestro lado muchos bárbaros, que por odio contra los siracusanos les atacarán con nosotros); y la de aquí no nos será obstáculo si lo pensáis bien. Nuestros padres, en efecto, adquirieron el imperio teniendo como enemigos a estos que ahora dicen que dejaríamos al embarcarnos y además al medo, y no apoyándose en ninguna otra cosa que en la superioridad de su marina. Además, los peloponesios jamás han tenido mayor motivo que ahora para desesperar ante nosotros, y aunque estén muy envalentonados, tienen fuerzas para invadir nuestro territorio aunque no hagamos la expedición, pero no pueden causarnos daños con su escuadra, pues nos queda una capaz de hacerles frente.

18. Así pues, ¿qué causa razonable podríamos aducir para vacilar o para ponerla por pretexto a nuestros aliados de Sicilia para no ayudarles? Puesto que lo juramos, debemos defenderles y no argüir que ellos no han obrado así

con nosotros, pues no les hemos recibido en nuestra alianza para que vengan aquí a luchar a nuestro lado, sino para que, siendo una amenaza para nuestros enemigos de allí, les estorben venir aquí. Nosotros y cuantos otros han tenido un imperio, lo adquirieron yendo animosamente en ayuda de los bárbaros o griegos que en cada ocasión les llamaban, ya que si permaneciéramos tranquilos en absoluto o distinguiéramos según la raza a quiénes había que ayudar, pocas conquistas añadiríamos a este imperio y correríamos un mayor peligro respecto a él. Porque al poderoso no sólo se le combate a la defensiva cuando ataca, sino que se toman medidas para que no lo haga. No nos es posible calcular exactamente el territorio sobre el que queremos imperar, sino que es forzoso, en la situación en que estamos, hostilizar a unas ciudades y no dejar libres a otras, porque si no fuéramos señores de otros, correríamos el peligro de ser sus vasallos. Y no debemos proponernos una política pacifista igual que los demás, a no ser que cambiéis vuestra manera de ser haciéndoos como ellos.

Considerando, pues, que favoreceremos nuestros intereses de aquí si marchamos a Sicilia, llevemos a cabo la expedición, a fin de abatir el orgullo de los peloponesios haciendo ver que vamos a Sicilia despreciando la paz presente, y, además, a fin de o imponer nuestro imperio sobre toda Grecia al hacernos dueños de aquellos territorios, o al menos debilitar a los siracusanos, con lo cual nos prestaremos un servicio a nosotros mismos y a nuestros aliados. La seguridad de poder quedarnos, si la empresa prospera, y la de poder marcharnos, nos la dará la escuadra; pues tendremos superioridad naval incluso sobre todos los sicilianos juntos. No os hagan retroceder las palabras de Nicias invitando a la inacción y desuniendo a los jóvenes y a los ciudadanos de más edad, antes bien, siguiendo la costumbre de siempre, del mismo modo que nuestros

padres, deliberando juntos jóvenes y viejos, elevaron nuestro poderío hasta este punto, intentad ahora en igual forma acrecentar la ciudad, y pensad que la juventud y la vejez nada pueden la una sin la otra, pero reuniéndose la ligereza, la moderación y el escrúpulo excesivo, es como más fuerza tienen, y que la ciudad, si permanece inactiva, se agotará por sí misma como todas las demás cosas, y decaerán todas sus buenas disposiciones, mientras que en la lucha aumentará continuamente su experiencia y tomará la costumbre de defenderse no con palabras, sino con obras. En resumen, sostengo que una ciudad de carácter emprendedor me parece que se hundiría rápidamente pasando a la inacción, y que los pueblos que viven con más seguridad son aquellos que se gobiernan con el menor desacuerdo posible con sus costumbres y sus leyes, aunque sean menos buenas».

19. Así habló Alcibíades; y los atenienses, después de oírle a él y a los desterrados egestenses y leontinos, que subiendo a la tribuna les pedían y recordándoles sus juramentos les suplicaban que les ayudaran, desearon mucho más aún hacer la expedición. Entonces Nicias, dándose cuenta de que con los mismos argumentos de antes no iba a poder disuadirles de ello, y que en cambio tal vez les hiciera cambiar de idea con la enormidad de los preparativos si los exigía muy importantes, volvió a subir a la tribuna, y habló así:

20. «Puesto que, ¡oh atenienses!, os veo absolutamente decididos a hacer la expedición, ojalá salgan las cosas como queremos; por mi parte, voy a indicaros mi manera de pensar a la vista de las presentes circunstancias. Vamos a marchar contra ciudades que, según sé por referencia, son populosas, que no están sometidas unas a otras ni tienen necesidad de uno de esos cambios de régimen político gracias a los cuales se pasa de buen grado de una

esclavitud forzada a una situación más tolerable, y que tampoco es de esperar que acepten vuestro imperio en vez de su libertad, y además son, para tratarse de una sola isla, muy numerosas las que son griegas. Porque, salvo Naxos y Catana, que confío se pondrán de nuestro lado por ser de la misma raza que los leontinas, hay otras siete[33] que están equipadas en todos los aspectos en forma muy semejante a nuestras fuerzas armadas, sobre todo aquéllas contra las que principalmente vamos: Selinunte y Siracusa; pues poseen muchos hoplitas, arqueros y lanzadores de dardos, así como muchos trirremes y marineros que los tripulen. También tienen dinero, parte propiedad de los particulares y parte guardado en los templos de Selinunte; Siracusa recibe además tributos por imperar sobre algunos pueblos bárbaros. Pero su principal ventaja sobre nosotros es que poseen una caballería numerosa y consumen trigo del país y no importado.

21. Contra una potencia así no basta con un ejército corriente de desembarco, sino que debe venir mucha infantería, si es que queremos hacer algo digno de nuestro proyecto y que una caballería numerosa no nos cierre el paso, sobre todo si las ciudades se coaligan por miedo y no hay otros sicilianos que los egestenses que se hagan nuestros amigos y nos procuren caballería también a nosotros; es vergonzoso regresar a Atenas expulsados de allí o pedir refuerzos por haber antes tomado las decisiones impremeditadamente. Hay que marchar desde aquí mismo con fuerzas suficientes, conscientes de que vamos a alejarnos mucho de nuestro país y de que no vamos a hacer una expedición como otras veces que marchasteis, en ayuda de vuestros aliados de aquí, contra alguna ciudad, en sitios desde donde es fácil traer lo que se necesite desde el territorio aliado, sino a partir para una región

completamente extraña, de la cual, en los cuatro meses de invierno, no es fácil ni que llegue un mensajero.

22. Así pues, creo necesario que llevemos muchos hoplitas propios y aliados, tanto de nuestros súbditos, como los que podamos obtener en el Peloponeso o convenciéndolos o atrayéndolos con una soldada, e igualmente muchos arqueros y honderos para que hagan frente a la caballería enemiga; y también que seamos muy superiores en cuanto a la escuadra, a fin de transportar con más facilidad los aprovisionamientos necesarios, y que llevemos los víveres de aquí —trigo y cebada tostada— en barcos de carga, así como molineros[34] reclutados obligatoriamente en los molinos en número proporcional[35], pero cobrando su salario, a fin de que si nos retiene el mal tiempo, el ejército tenga víveres (pues al ser muy numeroso, no todas las ciudades podrán recibirle); y, finalmente, creo ser necesario aprestar todas las demás cosas en la medida posible y no quedar dependiendo de extraños y, sobre todo, tener dinero de aquí lo más abundante que podamos. El de los egestenses, que se nos dice que está allí a nuestra disposición, haceos a la idea de que lo está más de palabra que otra cosa.

23. Si partimos de aquí con fuerzas no sólo iguales a las del enemigo, exceptuando lo mejor que tienen, la infantería pesada[36], sino superiores en todo, apenas así seremos capaces de someter unos pueblos y consolidar el dominio de otros. Hemos de ponernos en la situación de unos hombres que van a fundar una colonia entre naciones extrañas y enemigas, los cuales deben el primer día de su desembarco apoderarse del país o, si no, convencerse de que si fracasan, todo les será hostil. Con este temor y sabiendo que debemos tomar muchas decisiones acertadas y tener aún más ayudas de la fortuna, pero que no es difícil siendo hombres, quiero embarcarme confiándome a la fortuna lo menos posible y

seguro dentro de lo previsible gracias a las medidas tomadas. Ésta es la manera de obrar de más garantía para la ciudad y que puede salvarnos a nosotros los que vamos a hacer la campaña. Si alguien opina de otro modo, le cedo el mando».

24. Así habló Nicias, confiando en que o haría volverse atrás a los atenienses por la dificultad de la empresa o, si se veía obligado a llevar a efecto la expedición, se embarcaría así más seguro. Pero los atenienses no se dejaron arrancar su deseo de hacer la expedición por lo complicado de los preparativos, sino que se enardecieron mucho más, y Nicias obtuvo un resultado contrario: pues la opinión general fue que había dado consejos excelentes y que ahora habría ya grandes garantías de éxito. Y a todos por igual les entró el deseo de embarcarse: a los de más edad, por el pensamiento de que o conquistarían el país que se proponían o, en todo caso, un ejército tan grande no podría ser derrotado; a los jóvenes, por afán de ver y contemplar una tierra lejana y porque confiaban en que saldrían con bien; y al vulgo de los soldados, porque esperaba de momento traerse dinero a casa y hacer a Atenas más poderosa, consiguiendo así una soldada permanente. Hasta tal punto fue esto así, que por causa del excesivo ardor de la mayoría, si alguno desaprobaba el plan, temeroso de que al votar en contra pasara por hostil a la ciudad, se mantenía callado.

25. Finalmente subió a la tribuna un ateniense y, dirigiéndose a Nicias, dijo que no había que buscar disculpas ni perder el tiempo, sino decir ya delante de todos qué fuerzas debían votarle los atenienses. Mal de su grado, hubo de decir que tenía que deliberar más despacio con sus compañeros en el mando, pero que, según el juicio que tenía ahora formado, era preciso hacerse a la mar con no menos de cien trirremes de Atenas, de los cuales serían transportes de hoplitas los que se decidiese, y pedir otros a los aliados;

además, con un total de hoplitas atenienses y de los aliados no inferior a cinco mil, y a ser posible más; finalmente, los generales debían procurarse y llevar los demás contingentes —arqueros de Atenas y de Creta, honderos y todas las demás tropas que pareciera oportuno— en número proporcionado a las otras fuerzas.

26. Una vez que le oyeron, los atenienses votaron inmediatamente que los generales tuvieran plenos poderes y obraran respecto a los efectivos del ejército y a toda la expedición como les pareciera más conveniente [para los atenienses]. Seguidamente comenzaron los preparativos, y los atenienses enviaron mensajeros a sus aliados y reclutaron tropas en Atenas. La ciudad, gracias a la paz, acababa de recobrarse de la epidemia y de la larga guerra en cuanto al número de su juventud, que había aumentado, y a las reservas de dinero; de forma que era más fácil procurárselo todo. En este punto de los preparativos estaban los atenienses.

27. En tanto, a la mayoría de los Hermes de mármol[37] que había en Atenas (en virtud de la costumbre local, hay muchos [de forma cuadrangular], tanto a las puertas de las casas particulares, como de los templos), les fue cortada la cabeza en una sola noche. Nadie conocía a los culpables, que eran buscados oficialmente con ofrecimiento de grandes premios a los denunciantes, decretando además los atenienses que si alguien conocía alguna otra impiedad que hubiera tenido lugar, la denunciara libremente todo el que lo quisiera, fuera ciudadano, extranjero o esclavo. Dieron gran importancia a lo sucedido, porque se creía que era un presagio para la expedición y que había ocurrido a consecuencia de una conjura para hacer una revolución y derribar la democracia.

28. Unos metecos y unos esclavos denunciaron no ninguna cosa que se refiriera a los Hermes, pero sí otras

mutilaciones de estatuas divinas realizadas en fecha anterior por unos jóvenes en medio de bromas y de la bebida, y, además, que en algunas casas particulares se celebraban los misterios por irrisión; cosas de las cuales acusaban también a Alcibíades. Les prestaron oído los que más odiaban a Alcibíades por serles obstáculo para acaudillar sin temores al pueblo; y creyendo que si lograban desterrarle serían los más influyentes de la ciudad, las exageraron y se dedicaron a publicar que los misterios y la decapitación de los Hermes se habían llevado a cabo para derribar la democracia, y que ninguna de estas cosas se había realizado sin participar Alcibíades, añadiendo como pruebas sus costumbres extravagantes y no democráticas.

29. Él se defendió inmediatamente contra las delaciones y se mostró dispuesto a someterse a juicio antes de partir (ya estaban hechos los preparativos) sobre si había hecho alguna de aquellas cosas, y a sufrir el castigo si había hecho alguna de ellas, y tomar el mando si era absuelto. Suplicaba que no admitieran acusaciones contra él estando ausente, sino que le mataran ahora mismo si era culpable; y afirmaba que sería más prudente no enviarle al mando de un ejército tan grande cargado con aquella acusación y antes de juzgarle. Pero sus enemigos, temerosos de que tuviera a su favor al ejército si era sometido ahora a juicio, y de que el pueblo[38] se ablandara, tratándole con deferencia porque gracias a él participaban en la expedición los argivos y algunos mantineos, intentaban disuadir de ello a los atenienses y poner obstáculos, sobornando a otros oradores que proponían que de momento se embarcara y no demorara la partida de la expedición, y al regresar fuera juzgado dentro de un plazo fijado de antemano; pues deseaban que fuera hecho venir para someterse a juicio como reo de una acusación más fuerte, la cual podrían urdir

más fácilmente estando él ausente. Se decidió, pues, que Alcibíades fuera con la expedición.

30. Después de este suceso, ya mediado el verano, la expedición levó anclas para Sicilia. A la mayoría de los aliados, así como a los barcos con provisiones, a los de transporte más pequeños y a todo el equipo de guerra que marchaba, se les había ordenado que se reunieran en Corcira, a fin de desde allí atravesar juntos el mar Jónico hasta el cabo de Yapigia; y los atenienses y los aliados que se hallaban en Atenas bajaron al Pireo el día señalado a la aurora y se embarcaron para hacerse a la mar. Bajó también con ellos la restante multitud de la ciudad, tanto los ciudadanos como los extranjeros; los atenienses querían despedir cada uno a los suyos, unos a sus amigos, otros a sus parientes, otros a sus hijos. Iban a la vez con esperanza y gemidos; con esperanza de conquistar nuevos territorios, y con gemidos pensando en si volverían a ver a los que partían, acordándose de lo lejos que eran enviados de su país.

31. En aquel momento, cuando estaban ya a punto de separarse unos de otros, en una situación llena de riesgos, se penetraban más del peligro que cuando votaron hacer la expedición; sin embargo, cobraban ánimos ante el poderío actual de la ciudad, dada la importancia de las fuerzas que veían con sus ojos. Por su parte, los extranjeros y la restante multitud fue a ver el espectáculo por tratarse de una empresa importantísima e increíble. En efecto, esta expedición fue, entre las emprendidas con fuerzas de una sola ciudad griega, la más costosa y mejor equipada de las que hasta entonces habían tenido lugar. En cuanto al número de navíos y de hoplitas no fueron inferiores la que marchó contra Epidauro con Pericles, e incluso la que se dirigió a Potidea con Hagnón; pues participaron en ellas cuatro mil hoplitas, trescientos jinetes y cien trirremes

atenienses, y además cincuenta trirremes de Lesbos y Quíos y otros muchos aliados; pero partieron para una corta navegación y mal equipados, mientras que esta expedición partió preparada, para una larga ausencia y provista de naves e infantería para luchar por tierra y por mar según fuera preciso: la escuadra había sido puesta a punto con grandes gastos de los trierarcos y de la ciudad, pues el estado daba una dracma por día a cada marinero y aportaba sesenta trirremes sin aparejo y cuarenta transportes de hoplitas, así como una oficialidad[39] excelente, y los trierarcos, por su parte, daban a los tranitas[40] [y a la oficialidad] un suplemento de sueldo, y además habían provisto a las naves de mascarones de proa y de costosas instalaciones, y cada uno de ellos se esforzaba con todo empeño en que su nave destacara por su buena presentación y su ligereza; y la infantería había sido escogida de las mejores listas[41] y había rivalizado entre sí ardientemente acerca del armamento y la indumentaria. Sucedió que además de surgir la rivalidad entre los propios atenienses en el cometido a que cada uno fue destinado, todo aquello se asemejaba más bien a un despliegue de fuerza y riqueza ante los griegos que a unos preparativos dirigidos contra el enemigo. En efecto, si alguien hubiera calculado los gastos públicos de la ciudad y los privados de los participantes en la expedición: de la ciudad, los realizados hasta entonces y el dinero con que envió a los generales; y de los particulares, el que habían gastado cada uno en su equipo personal y los trierarcos en su nave y el que habían de gastar todavía, y además el que era natural que todo el mundo se procurara para gastos propios aparte del del estado, por tratarse de una larga expedición, y el que llevaba cada soldado y cada comerciante para traficar; entonces se hubiera visto que fueron muchos los talentos que en total se sacaron de la ciudad. La expedición no fue

menos famosa por el estupor que produjo su audacia y por el brillante espectáculo que ofrecía que por su superioridad militar sobre aquellos contra quienes se dirigía; y también lo fue porque era hasta el momento la que más lejos de la patria se había dirigido y la que fue emprendida con mayores esperanzas para el futuro en relación con el poderío actual[42].

32. Una vez que las tripulaciones se embarcaron y estuvieron dentro de las naves todas las cosas que los expedicionarios debían tener en su poder antes de hacerse a la mar, la trompeta ordenó silencio y todos recitaron las plegarias tradicionales antes de levar anclas, pero no por naves aisladamente, sino todos juntos, repitiendo tanto los soldados como los jefes, las palabras del heraldo al tiempo que mezclaban vino[43] en todo el ejército y que hacían las libaciones con copas de oro y plata. Les acompañó en las plegarias la multitud de tierra, formada por los ciudadanos y por sus amigos allí presentes. Y una vez que entonaron el peán y dieron fin a las libaciones, levaron anclas y, después de salir del puerto en columna, hicieron una regata hasta Egina. La escuadra se daba prisa para llegar a Corcira, donde se concentraba el resto del ejército de los aliados.

De todas partes llegaban a Siracusa noticias de la expedición, pero durante mucho tiempo no se daba fe a nada de ello, sino que, cuando al fin se reunió la Asamblea, se pronunciaron discursos discutiendo la cuestión, creyendo unos las noticias sobre la expedición de los atenienses y hablando otros en contra; y entre varios más, Hermócrates, hijo de Hermón, subió a la tribuna como hombre convencido de estar bien enterado del asunto, y les habló y exhortó en este sentido:

33. «Quizá os parezca que al igual que otros digo cosas increíbles sobre la veracidad de la expedición, bien sé que los que dicen o anuncian cosas consideradas como

increíbles, no sólo no convencen, sino que encima cobran fama de tontos; pero, a pesar de ello, no me detendré por miedo, estando en peligro la ciudad, al menos mientras esté convencido de que hablo mejor enterado que otros. Los atenienses se han puesto en marcha contra vosotros —cosa que tanto os asombra— con un gran ejército naval y terrestre según el pretexto que ponen, por causa de su alianza con los egestenses y para restablecer la ciudad de los leontinos, pero en realidad porque ambicionan Sicilia y, sobre todo, nuestra ciudad por pensar que si llegan a apoderarse de ella, conquistarán fácilmente el resto. Convenceos de que se presentarán aquí rápidamente, y pensad de qué manera los rechazaréis mejor con vuestros actuales recursos militares y no seréis sorprendidos indefensos por despreciarles ni os despreocuparéis de este peligro por incredulidad. Pero aquel que crea en él, que no se asuste de la audacia y el poderío de los atenienses; pues no tendrán tantas posibilidades de causarnos daños como de sufrirlos, y no deja de ser beneficioso que vengan con una gran expedición, sino que es muy preferible por lo que respecta a los demás sicilianos (pues al atemorizarse querrán de mejor grado aliarse con nosotros), y si los aniquilamos o los hacemos volverse sin conseguir lo que buscan (pues no tengo miedo de que consigan lo que pretenden), será una victoria hermosísima para nosotros y no inesperada para mí. Son pocas, en efecto, las expediciones marítimas de los griegos y los bárbaros que, dirigiéndose lejos de su patria, tuvieron éxito. Es que los expedicionarios nunca van en número superior a los indígenas y sus vecinos (pues todos se unen por el temor), y si por falta de víveres sufren un fracaso en tierra extraña, procuran gloria a aquéllos a que atacaban, aunque hayan sucumbido principalmente por sus propias faltas. De igual manera, cuando el Medo, contra lo que se esperaba, sufrió

numerosas derrotas, éstos [los atenienses] se cubrieron de gloria por haberse extendido que venía contra Atenas; y no es imposible que a nosotros nos suceda lo que a ellos.

34. Así pues, llenos de confianza hagamos aquí nuestros preparativos y, enviando mensajeros a los sículos, asegurémonos mejor a los unos e intentemos concertar amistad y alianza con los otros; mandemos además embajadores al resto de Sicilia, haciendo ver que el peligro es común, y a Italia, a fin de o hacerla aliada o que al menos no dé acogida a los atenienses. También me parece que es conveniente enviar mensajeros a Cartago; pues no es ésta una cosa completamente imprevista para ellos, sino que están siempre temerosos de que los atenienses vayan contra su ciudad, de modo que es posible que, considerando que si abandonan Sicilia a su suerte, también ellos llegarán a verse en apuro, tal vez accedieran a ayudarnos oculta o abiertamente o de cualquier manera que sea. Si quieren, son los que mejor pueden hacerlo de entre las naciones actuales: pues son los que tienen más oro y plata, con ayuda de los cuales la guerra y las demás cosas marchan favorablemente. Enviemos también embajadores a Esparta y Corinto, pidiendo que vengan cuanto antes en nuestra ayuda y renueven la guerra con Grecia. Finalmente, hay una medida que considero la más oportuna y que es quizá la que vosotros, por vuestro carácter indolente, acogeréis con menos entusiasmo; a pesar de ello, la expondré. Si quisiéramos todos los sicilianos y, si no, al menos los más posibles unidos a nosotros, sacar al mar todos nuestros barcos y salir al encuentro de los atenienses, llevando provisiones para dos meses, en Tarento y el cabo de Yapigia, haciéndoles ver que no se luchará por Sicilia antes que por el paso del mar Jónico, es como mejor les atemorizaríamos y les haríamos caer en la cuenta de que nosotros tenemos por base de operaciones un país amigo del que somos

guardianes (pues Tarento nos da acogida), mientras que ellos han de atravesar un mar muy extenso con toda la flota, siendo difícil que ésta permanezca en buena formación por causa de la larga duración de la travesía y quedando muy expuesta a nuestras ataques por venir contra nosotros lentamente y por grupos de barcos. Y si se nos aproximaran con los navíos más marineros todos juntos, aligerándolos de carga, en el caso de que vinieran a remo les atacaríamos cogiéndoles ya cansados, y si no nos pareciera oportuno, tenemos la posibilidad de retirarnos a Tarento; y ellos, navegando con pocas provisiones, como para librar batalla, no sabrían qué hacer en aquellos parajes desiertos, y una de dos, o se quedarían allí y les bloquearíamos, o intentarían costear y dejarían atrás el resto de la flota y se descorazonarían al no tener seguridad de que las ciudades les diesen acogida. Creo yo que, disuadidos por este razonamiento, ni siquiera zarparían de Corcira, sino que mientras deliberaran y se dedicaran a espiar cuántos somos y en qué lugar estamos, se les echaría encima el invierno, o bien renunciarían a la expedición, impresionados por una situación imprevista, dado sobre todo que el más experimentado de sus generales ha aceptado el mando contra su voluntad, según he oído decir, y con gusto aprovecharía el pretexto si se vieran importantes preparativos de nuestra parte. Estoy seguro de que la fama hablaría de nosotros exagerando; pues las opiniones de los hombres se amoldan al rumor público, y temen más a los enemigos que se adelantan a emprender la ofensiva o que al menos hacen ver claro de antemano a los que la emprenden que se defenderán, considerándolos a la altura del peligro que les amenaza. Esto es lo que les puede ocurrir ahora a los atenienses. Vienen contra nosotros como si no fuéramos a defendernos, pues se han formado con razón una desfavorable idea de nosotros, porque hasta ahora no

contribuíamos a destruirles uniéndonos a los lacedemonios; pero si nos ven, contra lo que esperaban, realizando un acto de audacia, se asustarán más por este suceso inesperado que por nuestra fuerza verdadera.

Prestadme, pues, oído, a ser posible llevando a cabo valientemente esta iniciativa, y si no, tomando rapidísimamente todas las demás disposiciones para la guerra y haciéndoos todos cargo de que el desprecio por los invasores se muestra con el valor en la acción, y de que el obrar desde ahora mismo como estando en peligro, en razón de que los preparativos hechos con temor son los de más garantía, es lo más ventajoso que puede darse. En cuanto a los atenienses, no sólo vienen contra nosotros, sino que sé muy bien que ya se hallan en plena navegación y están a punto de llegar».

35. Este fue el discurso de Hermócrates. Sin embargo, el pueblo de Siracusa estaba dividido entre sí, creyendo unos que los atenienses no vendrían de ninguna manera, ni era cierto el rumor que corría, y otros, que aunque vinieran, ¿cuál era el mal que podrían causarles sin que no sufrieran ellos otro mayor? Otros aún, llenos de menosprecio por Atenas, tomaban la cosa a broma. Eran pocos los que creían a Hermócrates y sentían preocupación por el futuro. En estas circunstancias subió a la tribuna Atenágoras, que era el caudillo del partido popular y por aquellas fechas el ciudadano más escuchado por la multitud, y habló en estos términos:

36. «El que no desee que los atenienses sean tan insensatos y vengan a Sicilia a sucumbir ante nosotros, o es un cobarde o no es amigo de nuestra ciudad; ahora bien, ya que no del cinismo, me extraño de la estupidez de los que publican estas noticias y os llenan de temor, si es que creen que no se les ve el juego. En efecto, los que personalmente temen alguna cosa quieren aterrorizar a la ciudad, a fin de

encubrir su propio miedo con el de ésta. Esto es lo que significan estas noticias, que no se han extendido de por sí, sino que han sido urdidas por gentes que constantemente perturban la paz de nuestra ciudad. Si pensáis con buen sentido, no calcularéis lo que es previsible fundándoos en sus noticias, sino más bien basándoos en lo que es de esperar que hagan hombres hábiles y con mucha experiencia, como yo creo que son los atenienses. No es verosímil que, dejando tras sí a los peloponesios y sin haber concluido aún de forma definitiva la guerra de Grecia, vengan de grado en busca de otra guerra no menos importante; pues estimo que se dan por contentos con que no marchemos nosotros contra ellos, siendo tantas y tan populosas ciudades.

37. Pero aunque vengan, en efecto, como se dice, considero a Sicilia más capaz que al Peloponeso para llevar la guerra hasta el fin, ya que tiene más recursos en todos los aspectos, y a nuestra ciudad mucho más fuerte que a la expedición que, según dicen, se nos echa encima, incluso aunque viniera con fuerzas dobles; pues sé muy bien que no traerán consigo caballos ni podrán procurárselos de aquí mismo, salvo unos pocos de los egestenses, ni tampoco un número de hoplitas igual al de los nuestros, dado que vienen en barcos (pues ya es cosa difícil sólo el llegar aquí en una navegación tan larga con las naves sin carga); y sé que los demás recursos militares que hay que reunir para atacar a una ciudad tan grande no son escasos. En estas circunstancias —tan diferente es mi opinión—, me parece que apenas escaparían al total aniquilamiento si trajeran una ciudad tan grande corno Siracusa y, estableciéndose cerca, nos hicieran la guerra; con mucho más motivo lo sufrirían en medio de una Sicilia enemiga toda ella (pues se coaligará) en un campamento formado a base de materiales sacados de las naves, de unas pobres tiendas y de unas

defensas improvisadas y sin poder alejarse mucho por causa de nuestra caballería. En conclusión; no creo que pudieran ni establecerse firmemente en tierra: tan superiores considero nuestros recursos militares.

38. Conociendo estas cosas los atenienses como voy diciendo, estoy seguro de que tratan de conservar sus conquistas, mientras que aquí unos ciudadanos inventan cosas que ni son verdad ni lo serán jamás; unos ciudadanos que sé muy bien que continuamente, y no ahora por primera vez, quieren aterrorizar a vuestro pueblo, ya con ficciones semejantes y aún más criminales que éstas, ya con obras, y gobernar así ellos la ciudad. Temo, sin embargo, que al cabo de muchas intentos acaben alguna vez por tener éxito: somos incapaces de, antes de sufrir las consecuencias, precavernos y castigarles cuando descubrimos sus intentos. Por este motivo, nuestra ciudad raras veces está en paz y soporta muchas revoluciones y no menos luchas internas que exteriores, y a veces también regímenes tiránicos y dominaciones injustas[44]. De todas estas cosas intentaré, si queréis seguirme, que ninguna tenga lugar en nuestro tiempo; de una parte, persuadiéndoos a vosotros, la mayoría, a castigar a los que urden estas maquinaciones no sólo cuando se les sorprende en el delito (pues es difícil acertar a ello), sino también por aquellas cosas que quieren hacer, pero no pueden (pues hay que defenderse de antemano contra el enemigo no sólo por sus acciones, sino también por sus intentos, si es verdad que el que no se precave de antemano será el primero en llevar la peor parte); y de otra, ya descubriendo a los oligarcas, ya tomando precauciones contra ellos, ya haciéndoles advertencias; pues es así corno creo que podré apartarles mejor del delito. Ea, pues, lo que tantas veces he pensado, ¿qué es lo que queréis, oh jóvenes? ¿Tener ya cargos públicos? No lo permite la ley. Y la ley se dio porque no sois

capaces para ello y no para, siéndolo, quitaros ese derecho. ¿O es que no queréis la igualdad legal con la mayoría de la población? Pero ¿cómo es justo que los iguales[45] no tengan iguales derechos?

39. Alguien dirá que la democracia no es ni razonable ni justa y que los dueños del dinero son los más aptos para gobernar mejor. Pero yo afirmo, en primer lugar, que el pueblo es la totalidad de la ciudad y los oligarcas sólo una parte; y en segundo, que los ricos son los mejores guardianes del dinero, pero tienen mejor juicio en las decisiones los hombres inteligentes y juzga mejor la multitud una vez informada del asunto de que se trate, y que estas tres clases de ciudadanos tienen en una democracia igualdad de derechos, tanto cada una aisladamente, como todas juntas. En cambio, los oligarcas hacen participar en los peligros a la multitud, pero en cuanto a las ventajas, no sólo llevan la mejor parte, sino que se apropian de todas: esto es lo que desean los poderosos y los jóvenes de entre vosotros, siendo imposible que lo consigan en una ciudad populosa como ésta.

40. Todavía ahora, oh los más necios de los griegos que yo conozco si no os dais cuenta de que buscáis cosas funestas, y los más injustos si, sabiéndolo, osáis hacerlas, enteraos de ello o, en el otro caso, arrepentíos; y trabajad por la prosperidad de la ciudad, considerando que los hombres honrados que hay entre vosotros participarán de ella igual o más [que la masa de la población] y que si preferís otra cosa, correréis el peligro de perderlo todo. Finalmente, dejad de propalar esas noticias, pues tratáis con ciudadanos que se dan cuenta del juego y no lo tolerarán. Porque esta ciudad, aunque vengan los atenienses, se defenderá de ellos en forma digna de sí misma, y tenemos generales que se ocuparán de este asunto. Pero si ninguno de estos rumores es cierto, como creo que no lo son, no se

asustará por vuestras noticias ni os elegirá por jefes y se someterá a una esclavitud voluntaria, sino que decidiendo por sí misma, juzgará vuestras palabras como equivalentes a obras y no se dejará arrebatar por rumores la libertad de que disfruta, sino que procurará conservarla no cediendo ante vosotros gracias a su eficaz vigilancia».

41. Tal fue el discurso de Atenágoras. A continuación se levantó uno de los generales, el cual no dejó que nadie más subiera a la tribuna y habló sobre la situación presente en estos términos: «No es sensato que unos ciudadanos profieran acusaciones contra otros, ni que los que les oyen les presten oídos, sino que lo es más, en vista de las noticias que nos llegan, ver de qué modo cada ciudadano en particular y la ciudad entera nos prepararemos para luchar con éxito contra el invasor. Aun en el caso de que ninguna necesidad haya de ello, no hay daño alguno en que la ciudad se provea de caballos y armas y de las demás cosas que constituyen el ornato de la guerra[46] (nosotros nos ocuparemos de ellas y las tendremos a punto), ni tampoco en enviar emisarios a las ciudades para vigilar los acontecimientos y para cualquier otra misión que parezca oportuna. Ya antes de ahora hemos tomado nuestras medidas respecto a estas cosas, y os comunicaremos las noticias que obtengamos».

Tras estas palabras del general, los siracusanos dieron por terminada la Asamblea.

42. Ya estaban en Corcira los atenienses y todos sus aliados. Y primeramente los generales pasaron una revista de conjunto al ejército[47] y fijaron el orden en que había de anclar y campar, y, distribuyéndolo en tres divisiones, asignaron por suertes una a cada general, a fin de que las tropas no tuvieran falta de agua, de puertos ni de víveres en los desembarcos por causa de navegar todas juntas, y de que en todo lo demás fueran más disciplinadas y fáciles de

mandar al depender cada división de un general. Seguidamente enviaron por delante tres naves a Italia y Sicilia con la misión de averiguar qué ciudades les abrirían sus puertas. Les habían dado orden de que les salieran al encuentro, a fin de tomar tierra enteradas ya de dicho extremo.

43. Tras estos preparativos, los atenienses zarparon de Corcira con esta gran armada y comenzaron la travesía de Sicilia: eran en total ciento treinta y cuatro trirremes y dos pentecónteros[48] rodios (de los trirremes, ciento eran de Atenas, sesenta rápidos[49] y los demás transportes de tropas, siendo el resto de la escuadra de los quiotas y demás aliados); cinco mil cien hoplitas en total (de ellos eran de los atenienses mil quinientos del reclutamiento ordinario, y setecientos tetes[50], que iban como infantería de marina; los demás marchaban con ellos en calidad de aliados: unos, tropas de las ciudades vasallas, y los otros, quinientos argivos y doscientos cincuenta mercenarios mantineos); y un total de cuatrocientos ochenta arqueros (de ellos, ochenta eran cretenses), setecientos honderos rodios, ciento veinte desterrados megarenses armados ligeramente, y un transporte de caballos que llevaba treinta soldados de caballería.

44. Éste es el primer ejército que marchó a la guerra[51]; con él iban treinta barcos de carga que llevaban las provisiones, así como panaderos, albañiles, carpinteros y herramientas para construir fortificaciones; y también cien barcos de transporte más pequeños, que iban con los grandes como prestación obligatoria al estado; además acompañaban a la flota muchos barcos mercantes pequeños y grandes, voluntariamente y con fines de comercio; todos estos navíos surcarán con ella el mar Jónico. La flota alcanzó indemne el promontorio de Yapigia, o bien Tarento o el sitio a que cada nave acertó a llegar, y desde allí costeó hasta

llegar a Region, un cabo de Italia; las ciudades no les permitían la entrada ni les vendían víveres, pero les dejaban hacer aguada y anclar en el puerto; y Tarento y Locros, ni esto siquiera. En Region, finalmente, se concentraren y establecieron un campamento fuera de la ciudad —dentro no les admitían— junto al templo de Artemis, donde los reginos pusieron un mercado para ellos; y sacando a tierra las naves, descansaron. Iniciaron entonces negociaciones con los reginos, pidiéndoles que, como calcídeos que eran, auxiliaran a los leontinos, que también lo eran; pero ellos dijeron que no estarían ni con unos ni con otros, pero harían lo que decidieran en unión de ellos los demás italiotas[52]. Los atenienses estudiaban de qué forma sería preferible proceder en su empresa siciliana; además, esperaban la llegada de las naves enviadas a Egesta[53], queriendo enterarse de si existía el dinero de que habían hablado en Atenas los embajadores.

45. En tanto, a los siracusanos les llegaban noticias fidedignas —ahora ya desde todas partes y también en sus emisarios— de que las naves estaban en Region; en vista de ello, hacían sus preparativos con extrema diligencia y ya no desconfiaban. Enviaban a unos puntos del territorio de los sículos contingentes de tropas, y a otros, embajadores; mandaban guarniciones a los fuertes de su propio territorio; se aseguraban, pasando revista de armas y caballos, de que el ejército de dentro de la ciudad estaba perfectamente equipado, y disponían todo lo demás como para una guerra inminente y casi a la vista.

46. Las tres naves enviadas a Egesta llegaron a Region, al campamento ateniense, anunciando que el resto del dinero que la ciudad había prometido no existía y sólo aparecían treinta talentos. Los generales se consternaron porque para empezar habían tenido este fracaso y el de que no quisieran unírseles los reginos, que es a quienes primero intentaron

convencer y era más verosímil que lo hicieran, siendo de igual raza que los leontinos y amigos siempre de los atenienses. Las noticias de Egesta habían sido previstas por Nicias, pero para los otros dos generales eran inexplicables. Los egestenses habían usado la siguiente estratagema cuando fueron a su ciudad los primeros embajadores de los atenienses para inspeccionar los recursos que tenían: les llevaron al templo de Afrodita en Erice y les enseñaron las ofrendas —copas, jarras para escanciar el vino, incensarios y otros muchos objetos—, las cuales, al ser de plata, ofrecían una impresión en desproporción con sus pocos recursos económicos; además, invitaban en casas particulares a las tripulaciones de los trirremes y, reuniendo las copas[54] de oro y plata de la propia Egesta y pidiendo las de las ciudades vecinas, tanto fenicias como griegas, sacaban todas ellas en los banquetes como si fueran suyas. Como todos usaban casi siempre la misma vajilla y en todas partes era muy numerosa, causó el asombro de los atenienses de los trirremes, que al llegar a Atenas propalaron que habían visto muchas riquezas. Estos marineros, que, engañados ellos mismos, convencieron en aquella ocasión a los demás, cuando se extendió el rumor de que no existían en Egesta tales riquezas, eran muy criticados por los soldados; en tanto, los generales deliberaban a la vista de la nueva situación.

47. El plan de Nicias era navegar con toda la armada contra Selinunte, que es a lo que principalmente habían sido enviados, y si los egestenses daban dinero para todo el ejército, tomar las decisiones oportunas en vista de ello; pero si no, exigirles que procuraran víveres para sesenta naves, que eran las que habían pedido, y detenerse allí y reconciliar con ellos a los selinuntios, o por la fuerza o mediante un acuerdo, y después de ello costear, pasando por delante de las demás ciudades, y, tras hacer ostentación

del poderío de Atenas y mostrar su denuedo en defensa de sus aliados y amigos, regresar a la patria, salvo que pudieran, en breve plazo y por sorpresa, o bien restaurar en su ciudad a los leontinos o bien atraerse a alguna de las otras ciudades sin poner en peligro a Atenas pagando encima los gastos.

48. Alcibíades, por su parte, afirmó que no debían regresar llenos de vergüenza y de fracaso después que habían venido con fuerzas tan importantes, sino, por el contrario, enviar heraldos con ofrecimiento de alianza a todas las ciudades, salvo Selinunte y Siracusa, e intentar separar a una parte de los sículos de la alianza con los siracusanos y hacer amigos a los otros, a fin de que les dieran víveres y soldados; pero antes que nada intentar atraerse a los mesenios (pues habitan en el sitio más a propósito para pasar a Sicilia y desembarcar allí, y su ciudad sería un puerto y una base de operaciones excelente para pasar a ella); una vez que se hubieran ganado a las ciudades, sabiendo ya al lado de quién iba a luchar cada una, atacarían a Selinunte y Siracusa, a no ser que la primera hiciera la paz con Egesta y la segunda dejara restaurar la ciudad de los leontinos.

49. Lámaco, finalmente, dijo que había que marchar directamente contra Siracusa y dar cuanto antes la batalla en las inmediaciones de la ciudad mientras los siracusanos estaban todavía mal preparados y muy asustados; pues era al principio cuando más pavor infundía cualquier ejército, mientras que si dejaban pasar el tiempo antes de dejarse ver, el enemigo volvería a rehacer su moral y les menospreciaría cuando los viera. En cambio, si se presentaban repentinamente cuando aún les esperaban aterrorizados, es como mejor podrían triunfar y como les atemorizarían por todos conceptos: por la vista de los atacantes (pues ahora parecerían más numerosos que

nunca), por la preocupación por lo que iba a sucederles, y sobre todo por el peligro inmediato que representaba la batalla. Es además de esperar —decía— que muchos siracusanos sean sorprendidos fuera de la ciudad, en los campos, por creer que los atenienses no van a ir allí, y que, al intentar meter dentro sus cosas, el ejército, si acampa vencedor junto a la ciudad, no sufrirá escasez de medios de subsistencia[55]. De esta manera, los demás sicilianos no se aliarán con los siracusanos y se unirán a los atenienses sin aplazarlo para prever quiénes vencerán. Dijo también que cuando la flota ateniense se retirara[56] debían tomar por puerto y base de operaciones Megara Hiblea, que estaba despoblada[57] y no distaba mucho de Siracusa ni por mar ni por tierra.

50. Lámaco, aunque sostuvo este plan, sin embargo se adhirió a la opinión de Alcibíades. Seguidamente, Alcibíades atravesó con su nave el estrecho y, arribando a Mesena, entabló negociaciones con los habitantes para que se aliaran con Atenas, y al no convencerles, pues contestaron que no les recibirían en la ciudad, pero les venderían provisiones fuera de la misma, se volvió a Region. Inmediatamente los generales hicieron embarcarse a las tripulaciones de sesenta naves elegidas entre todas y, cargando a bordo los víveres, costearon hasta Namis, dejando en Region el resto del ejército bajo el mando de uno de ellos. Los naxios les dejaron entrar en la ciudad y ellos continuaron hasta Catana. Como los habitantes de Catana no quisieron abrirles las puertas (pues había entre ellos algunos partidarios de los siracusanos), llegaron al río Terias y, pasando la noche en tierra, al día siguiente navegaron hasta Siracusa, llevando formado en columna el grueso de la escuadra; pero enviaron diez naves por delante para que entraran en el puerto grande de Siracusa y vieran si había naves sacadas a tierra, y anunciaran desde a bordo por un

heraldo, acercándose a tierra, que los atenienses habían venido a restablecer a los leontinos en su territorio en virtud de su alianza y parentesco de raza; así pues, los leontinos que se hallaban en Siracusa debían venir sin temor a unirse a los atenienses, considerándolos amigos y bienhechores. Una vez que se anunció esta proclama y que examinaron la ciudad, los puertos y la comarca circundante, que habían de tomar como base para la guerra, se volvieron a Catana.

51. Reunida la Asamblea Popular, los catanenses no querían acoger al ejército, pero invitaron a los generales a que entraran y expusieran sus pretensiones. Estaba hablando Alcibíades y los de la ciudad prestaban toda su atención a la Asamblea, cuando los soldados forzaron sin ser advertidos un postigo de la muralla mal sujeto y, penetrando [en la ciudad], se mezclaron a la Asamblea[58]. Los catanenses partidarios de los siracusanos, al ver dentro el ejército, llenos de temor escaparon furtivamente —eran pocos en número—; los demás votaron una alianza con los atenienses y les invitaron a traer de Region el resto del ejército. Seguidamente, los atenienses regresaron a Region y, zarpando ahora con todas sus fuerzas hacia Catana, una vez que llegaron, construyeron su campamento.

52. De Camarina les llegó el aviso de que si iban allí, se pondrían de su lado; y también les fue anunciado que los siracusanos armaban una flota. Costearon, pues, primeramente hacia Siracusa con toda su escuadra; y al no hallar ninguna flota que se aprestara al combate continuaron costeando hasta Camarina y, abordando en la playa, enviaron un heraldo a la ciudad. Pero los habitantes no les quisieron dejar entrar, escudándose en que el tratado que ellos habían jurado[59] estipulaba que recibirían a los atenienses si venían con una sola nave, a no ser que ellos pidieran el envío de más. Fracasaron, pues, y emprendieron la vuelta; y como desembarcaran en un punto del territorio

de Siracusa e hicieran pillaje en la comarca, acudió la caballería siracusana y mató a algunos soldados de infantería ligera que se habían distanciado de los demás; seguidamente regresaron a Catana.

53. Allí encontraron a la nave *Salaminia*[60], que había venido de Atenas a buscar a Alcibíades, ordenándole regresar para defenderse de las acusaciones que le hacía la ciudad, y también a varios soldados: unos habían sido delatados con él en relación con los misterios, acusados de impiedad, y otros, por la cuestión de los Hermes. Sucedió que los atenienses, cuando partió la expedición, en modo alguno dejaron de investigar lo ocurrido en relación con los misterios y con los Hermes, y como no distinguían entre los diferentes delatores, sino que lo aceptaban todo dada la desconfianza que sentían, prestando oído a gentes criminales, detenían y encarcelaban a ciudadanos excelentes, pues consideraban preferible investigar el asunto y ponerlo al descubierto a que, por motivo de la vileza del delator, algún ciudadano, por buena fama que tuviera, escapara a la investigación, pese a haber sido denunciado. El pueblo, que sabía por tradición que la tiranía de Pisístrato y sus hijos había acabado por resultar intolerable y, además, que no había sido derribada por ellos y por Harmodio, sino por los lacedemonios, siempre estaba temeroso y lo miraba todo con desconfianza.

54. La hazaña de Aristogitón y Harmodio[61] fue el resultado de una aventura amorosa que contaré extensamente, haciendo ver así que ni los demás griegos ni los propios atenienses dan informes exactos acerca de sus tiranos ni de lo que sucedió. Al morir Pisístrato en edad avanzada en el disfrute de la tiranía, le sucedió no Hiparco, como cree la mayoría de la gente, sino Hipias, que era de más edad. Harmodio destacaba por su belleza juvenil, y Aristogitón, un ateniense que era ciudadano en una

situación media, se enamoró de él y fue su amante. Hiparco, el hijo de Pisístrato, intentó seducir a Harmodio, pero no lo consiguió, y aquél se lo dijo a Aristogitón. Éste, dolido como enamorado y temiendo el poder de Hiparco, no fuera que lo consiguiera por la fuerza, intentó inmediatamente el derrocamiento de la tiranía con los medios de que disponía. En tanto, Hiparco, tras hacer un nuevo intento con Harmodio y fracasar de nuevo, no quiso tomar ninguna medida violenta, pero decidió informarle en una forma encubierta, como si no fuera por aquello. En realidad, aparte de esto, su gobierno no era insoportable para la mayoría, sino que subió al poder sin la antipatía popular; estos tiranos de Atenas actuaron con nobleza y sensatez durante más tiempo que ningunos otros, y cobrando a los atenienses como impuesto sólo el 5 por 100 de sus ingresos, embellecieron la ciudad, sostenían guerras y sacrificaban en los templos. La ciudad se regía por sus antiguas leyes en todo salvo en que los tiranos se cuidaban de que siempre hubiera uno de ellos desempeñando un cargo público. Entre otros miembros de la familia que ejercieron el arcontado estuvo Pisístrato, el hijo de Hipias el tirano, que tenía el nombre de su abuelo, el cual siendo arconte construyó el altar de los doce dioses en el Ágora y el de Apolo en el templo de Apolo Pítico. El pueblo ateniense aumentó posteriormente el tamaño del primero, con lo que desapareció el epigrama; en cambio, el del altar del templo de Apolo Pítico todavía se ve, y dice lo siguiente con caracteres borrosos[62]:

Pisístrato, hijo de Hipias, fundó este altar en el santuario de Apolo Pítico en memoria de su arcontado.

55. En cuanto a que Hipias era de más edad y por ello subió al poder, lo afirmo porque lo sé mejor que otros por informes que tengo, pero además lo puede ver cualquiera

por lo que sigue: por lo que sabemos, sólo él de entre los hermanos legítimos tuvo hijos, como lo indican el altar y la estela sobre la injusticia de los tiranos colocada en la Acrópolis de Atenas, en la cual no se menciona a ningún hijo de Tésalo ni de Hiparco, pero sí a cinco de Hipias, que le dio Mirsina, hija de Calias y nieta de Hiperóquidas; pues es de suponer que el mayor de los hermanos se casara el primero. Además, en esa misma estela figura el primero después del padre; también esto bien justificado por seguirle en edad y sucederle en la tiranía. Por otra parte, me parece que Hipias difícilmente hubiera podido constituirse en tirano inmediatamente en el caso de que Hiparco hubiera muerto desempeñando esa función y él hubiera sido proclamado aquel mismo día; más bien conservó el mando sin grave peligro por el temor y la obediencia que desde antes inspiraba, respectivamente, a los ciudadanos y a los soldados de la guardia, y no vaciló, como lo hubiera hecho un hermano más joven por no estar aún familiarizado con el mando. Sin embargo, sucedió que al hacerse más famoso Hiparco por causa de su infortunio, dio pábulo para el porvenir a la creencia de que había sido tirano.

56. Así pues, Hiparco, como había pensado, infirió una afrenta a Harmodio, que había rechazado sus pretensiones: él y Hipias llamaron a una hermana suya soltera para que viniera a hacer de canéfora en cierta procesión, y luego la despidieron diciendo que en forma alguna la habían llamado, por no ser digna de aquel honor[63]. Si Harmodio se indignó por ello, mucho más se encolerizó Aristogitón, por amor a él. Tomaron todas las disposiciones en unión de los que con ellos habían de participar en el atentado, pero esperaron a las grandes Panateneas, único día en que no resultaba sospechoso que los ciudadanos que iban en la procesión fueran armados formando grupo; el plan era que Harmodio y Aristogitón actuaran los primeros y que

seguidamente los otros les ayudaran a luchar con la guardia. Los conjurados no eran muchos, por precaución, pues esperaban que incluso los no enterados, fuera cualquiera el número de los que iniciaran la revuelta, quisieran inmediatamente ayudar a su propia liberación, dado que iban armados.

57. Cuando llegó la fiesta, Ripias se hallaba fuera de la ciudad en el barrio del Cerámico y con sus guardias disponía en qué orden debían ir los distintos componentes de la procesión; y Harmodio y Aristogitón, armados ya con puñales, se disponían a actuar. Pero al ver a uno de los conjurados hablar familiarmente con Ripias (pues era para todos fácil de abordar), se asustaron y pensaron que habían sido delatados y estaban a punto de ser apresados. En vista de ello quisieron vengarse primero, si podían, del que les había hecho desgraciados y por cuya causa arrostraban todos aquellos peligros; y sin más entraron por la puerta de Atenas y encontraron a Hiparco junto al templo llamado Leocorion[64]. Cayendo al punto sobre él ciegos y llenos de furor —el uno por celos, el otro por el ultraje—, le hirieron y mataron. Aristogitón escapó de momento a la guardia, aprovechando el revuelo de la multitud, pero luego fue apresado y no fue tratado suavemente[65]; Harmodio, en cambio, pereció al punto allí mismo.

58. Al dársele la noticia a Ripias en el Cerámico, se dirigió inmediatamente no al lugar del suceso, sino al encuentro de los hoplitas de la procesión, para llegar antes de que se enteraran, pues se hallaban lejos; y componiendo el semblante para disimular lo ocurrido, les ordenó, señalándoles cierto lugar, que se retiraran a él sin armas. Ellos fueron allí creyendo que iba a decirles alguna cosa; pero Hipias mandó a sus soldados recoger las armas y separó en seguida a aquéllos a los que culpaba y a todos los

que les fue encontrado un puñal; pues los atenienses acostumbraban a ir en las procesiones con escudo y lanza.

59. De esta manera, los celos fueron para Harmodio y Aristogitón el motivo de decidirse a conspirar y de su audacia irreflexiva, nacida de su repentino miedo. Después de esto, la tiranía se hizo más dura para los atenienses, e Hipias, ya más asustado, mataba a muchos ciudadanos y al mismo tiempo miraba al exterior buscando algún sitio donde ponerse a salvo en el caso de que se produjera un cambio de régimen. Al menos, después de esto dio su hija Arquédica en matrimonio a Ayántides, hijo de Hipocles, el tirado de Lampsaco —¡un ateniense a un lampsaqueno!—,[66] viendo que esta familia tenía mucha influencia junto al rey Darío. En Lampsaco está su sepultura, que lleva el siguiente epigrama[67]:

> *Este polvo cubre a Arquédica, hija de Hipias —el hombre que más se distinguió en Grecia entre los de su tiempo—; siendo tiranos su padre, su marido, sus hermanos y sus hijos, su espíritu no se llenó de altivez.*

Hipias fue todavía durante tres años tirano de Atenas y, derrocado al cuarto por los lacedemonios y los alcmeónidas desterrados, marchó con consentimiento de la ciudad a Sigeon y a Lampsaco, la corte de Ayántides, y de allí a la del rey Darío, desde la cual partió cuando veinte años después hizo, ya viejo, la expedición a Maratón en unión de los medos.

60. Pensando en estas cosas el pueblo ateniense y recordando cuanto acerca de ellas sabía por tradición, era duro y desconfiado contra los acusados por la cuestión de los misterios, y todo les parecía haberse realizado a consecuencia de una conjura con miras oligárquicas y tiránicas. Y como de resultas de la indignación de los

atenienses por dicho motivo hubiera, ya en la cárcel muchos ciudadanos bien considerados y no se viera el fin del asunto, sino que cada día aumentaran en crueldad y se multiplicaran las detenciones, uno de los encarcelados, el que era considerado más culpable[68], se dejó convencer por uno de los compañeros de prisión, bien a confesar la verdad, bien lo que no lo era; pues ambas cosas se conjeturaban, pero nadie pudo decir ni entonces ni después nada seguro sobre los culpables. Su argumento para convencerle fue que debía, aunque no fuera él el culpable, salvarse a sí mismo asegurándose la impunidad[69] y liberar a la ciudad del terror; pues era más segura su salvación si confesaba con impunidad que si por negar era procesado. El prisionero se acusó a sí mismo y a otros por el asunto de los Hermes; y el pueblo [ateniense], acogiendo con gusto la verdad —así lo creía al menos— e indignado como estaba antes por la idea de que no pudiera descubrir a los que conspiraban contra la democracia, puso en libertad inmediatamente al delator y con él a los demás prisioneros a los que no había acusado; a los delatados los juzgaron, y de entre ellos, a los que lograron detener, los mataron, y a los que huyeron los condenaron a muerte y ofrecieron públicamente dinero al que los matara. Nadie supo si las víctimas habían sufrido un castigo injusto; pero, al menos, el resto de la ciudad salió evidentemente ganando.

61. Sin embargo, por instigación de los enemigos de Alcibíades, que ya antes de embarcarse le habían acusado, los atenienses estaban llenos de rencor contra él; y una vez que creían tener en claro la cuestión de los Hermes, con mucho mayor motivo les parecía que también la de los misterios, de la que se le acusaba, había sido tramada por él con el mismo fin y formando parte de una conjuración contra la democracia. Por otra parte, un pequeño ejército lacedemonio había llegado hasta el Istmo por los días en

que los atenienses estaban revueltos por estas cuestiones, obrando de acuerdo con los beocios. Se creyó, pues, que había venido a petición de Alcibíades en virtud de un acuerdo y no por causa de los beocios, y que la ciudad habría sido entregada por traición si los atenienses no se hubieran adelantado a detener a los culpables gracias a la delación. Incluso hubo una noche en que durmieron armados en el Teseon, que está dentro de la ciudad[70]. También a los huéspedes de Alcibíades en Argos se les acusó por este tiempo de conspirar contra la democracia; y los atenienses entregaron al partido democrático de Argos los rehenes argivos confinados en las islas, a fin de que los mataran por esa misma causa[71]. Por todas partes rodeaba la sospecha a Alcibíades. En consecuencia, quisieron someterle a juicio y matarle, y enviaron la *Salaminia* a Sicilia en busca suya y de los demás que habían sido delatados. Se dio la orden de decirle que viniera con la *Salaminia* para defenderse, pero de no aprisionarle, por precaución de no influir sobre la moral de los soldados atenienses de Sicilia ni del enemigo, y sobre todo con el deseo de que continuaran allí los mantineos y argivos, considerando que había sido Alcibíades el que los había convencido para que se unieran a la expedición. Alcibíades, y con él los demás acusados, partió en su nave de Sicilia, en unión de la *Salaminia*, con destino a Atenas; pero cuando llegaron a Turios no continuaron adelante, sino que escaparon furtivamente de la nave, temerosos de someterse a juicio bajo el peso de una calumnia. Los de la *Salaminia* buscaron durante un tiempo a Alcibíades y sus acompañantes; pero al no hallarles por ninguna parte, se embarcaron y partieron. Y Alcibíades, convertido ya en un desterrado, poco después marchó en un barco de comercio al Peloponeso desde el territorio de Turios; y los atenienses le condenaron a muerte en rebeldía tanto a él como a sus acompañantes.

62. Después de estos sucesos, los generales atenienses que quedaban en Sicilia dividieron sus fuerzas en dos divisiones que se adjudicaron a suertes, y se hicieron a la mar con todas ellas contra Selinunte y Egesta, queriendo saber si los egestenses entregarían el dinero prometido y también ver la situación en que se encontraba Selinunte y enterarse de sus desavenencias con Egesta. Costearon, pues, Sicilia, dejándola a babor, o sea, por la parte que baña el mar Tirreno, y se detuvieron en Himera, la única ciudad griega de esta zona de Sicilia; y como no les dejó entrar, continuaron más allá. Al llegar a Hícaras, poblado de los sicanos enemigos de Egesta, la tomaron; está en el litoral. Redujeron a sus habitantes a la esclavitud y entregaron la ciudad a los egestenses (pues acudieron en su ayuda con caballería); y ellos regresaron con la infantería a través del territorio de las sículos hasta llegar a Catana, en tanto que la flota se volvió con los esclavos[72]. Nicias marchó inmediatamente por mar a Egesta desde Hícaras, y tras de tratar los demás asuntos y recibir treinta talentos, se reunió con el ejército; y vendieron los esclavos, obteniéndose por ellos ciento veinte talentos. Luego fueron por mar a visitar a sus aliados sículos, pidiéndoles que les enviaran un ejército; y con la mitad del suyo marcharon contra Hibla Geleatis[73], que era enemiga suya, y no pudieron tomarla. Así terminó el verano.

63. Nada más comenzar el invierno siguiente, los atenienses prepararon el ataque contra Siracusa, y los siracusanos y sus aliados se prepararon a su vez a marchar contra ellos; pues una vez que los atenienses, contra su primer temor y suposición, no les atacaron inmediatamente, cada día que pasaba se envalentonaban más, y cuando les vieron navegar por la costa opuesta de Sicilia muy lejos de Siracusa y yendo a Hibla y haciendo un intento no pudieron tomarla por asalto, los menospreciaron aún más y exigían a

los generales, como suele hacer la multitud cuando cobra audacia, que los llevaran contra Catana, ya que los atenienses no venían contra Siracusa. Continuamente grupos de jinetes siracusanos salían de descubierta al encuentro de los atenienses, y entre otras injurias les preguntaban si es que habían venido para establecerse junto a ellos en aquella tierra extranjera y no para restablecer a los leontinos en su propio territorio.

64. Sabedores de ello los generales atenienses y queriendo que los siracusanos salieran de la ciudad con todas sus fuerzas lo más lejos posible y, costeando ellos en tanto de noche con la flota, establecer tranquilamente un campamento en un lugar a propósito, puesto que sabían que no podrían hacerlo con igual facilidad si desembarcaban frente a un ejército prevenido o si iban por tierra y eran observados (pues la caballería de los siracusanos, que era muy numerosa, causaría destrozos en su infantería ligera y en los seguidores del ejército, por no tener ellos caballería; mientras que así ocuparían un lugar donde la caballería no les molestara mucho; los que les informaron sobre el lugar situado junto al Olimpieon[74], que es el que ocuparon, fueron los desterrados siracusanos que se hallaban con ellos), de acuerdo con este deseo suyo, los generales idearon la siguiente estratagema. Enviaron a Siracusa a un individuo de su confianza y en apariencia no menos amigo de los generales siracusanos; era de Catana, y dijo que venía de parte de unos ciudadanos de Catana cuyos nombres conocían aquéllos y que sabían que eran de los catanenses amigos suyos que aún quedaban en la ciudad. Contó a continuación que los atenienses solían pasar la noche en la ciudad lejos del campamento, y que si los siracusanos querían marchar a la aurora con todas sus fuerzas contra el ejército ateniense, ellos encerrarían en la ciudad a los que se hallasen allí y quemarían las naves, y los

siracusanos podrían fácilmente atacar el campamento y hacer prisionero a todo el ejército[75]; eran muchos los catanenses que participarían en la empresa y estaban ya preparados; ellos eran quienes le habían enviado.

65. Los generales de los siracusanos, que estaban llenos de confianza y pensaban marchar contra Catana aun sin este aviso, creyeron al enviado con tanta mayor irreflexión y fijando inmediatamente el día que llegarían, le despacharon y, como ya habían acudido los selinuntios y otros aliados suyos, dieron orden a los siracusanos de partir todos. Una vez que tuvieron hechos sus preparativos y que se aproximaron los días en que habían prometido ir, se pusieron en marcha con dirección a Catana y vivaquearon junto al río Simeto, en el territorio de Leontinos. Y al enterarse los atenienses de que se acercaban, concentrando todo su ejército, así como los sículos y todas las demás tropas que se les habían unido, embarcaron estas fuerzas en los barcos de guerra y en los de carga y se dirigieron de noche hacia Siracusa. A la aurora desembarcaron enfrente del Olimpieon para establecer un campamento, y la caballería siracusana, al aproximarse la primera a Catana y ver que todo el ejército enemigo se había hecho a la mar, se volvió y se lo anunció a la infantería, y retrocediendo ahora ya todos juntos marcharon en auxilio de la ciudad.

66. Entre tanto, los atenienses, como la distancia que tenían que recorrer los siracusanos era larga, con toda tranquilidad hicieron acampar al ejército en un lugar a propósito, en el que podían comenzar la batalla cuando quisieran y la caballería siracusana no les molestaría ni antes de la acción ni después de ella; pues por una parte les protegían unos cercados, unas casas, árboles y una laguna, y por la otra, unos barrancos. Y cortando los árboles cercanos y bajándolos hasta el mar construyeron una empalizada junto a las naves; además, en Dascón edificaron

rápidamente un fuerte en el acceso más fácil para el enemigo con piedras que recogieron y troncos de árboles y cortaron el puente del río Anapo. Nadie salió contra ellos desde la ciudad mientras hacían estos preparativos, sino que quien primero les atacó fue la caballería siracusana, y luego ya se congregó allí toda la infantería. Se acercaron primero al campamento de los atenienses, pero luego, como no salían a su encuentro, se retiraron y cruzando el camino de Eloro[76] vivaquearon allí.

67. Al día siguiente, los atenienses y sus aliadas se dispusieron para la batalla y se formaron así: los argivos y mantineos formaron el ala derecha, los atenienses el centro y el resto los aliados y los demás. La mitad del ejército estaba en primera línea, con ocho hombres de profundidad, y la otra mitad junto al campamento, formada en cuadro y también de a ocho en fondo; tenían la orden de mantenerse alerta y acudir allí donde el ejército flaqueara más. Dentro de esta tropa de reserva metieron a los acemileros. Por su parte, los siracusanos formaron de a dieciséis en fondo a todos sus hoplitas: eran todos los siracusanos y los aliados que estaban con ellos (habían acudido en su ayuda ante todo los selinuntios y, además, un cuerpo de caballería de Gela, doscientos jinetes en total, más unos veinte jinetes y cincuenta arqueros de Camarina); en el ala derecha colocaron como refuerzo la caballería en número no inferior a mil doscientos jinetes y, junto a ella, a los lanzadores de dardos. Los atenienses se disponían a atacar los primeros; y Nicias, recorriendo la línea, dirigió diversas arengas a las tropas según su patria respectiva, y a todos en conjunto una concebida en estos términos:

68. ¿«Qué necesidad hay, oh soldados, de pronunciar una larga arenga cuando tenemos ante nosotros una batalla como ésta[77]? Nuestros solos medios de combate me parecen más apropiados para infundirnos valor que un bello

discurso con un ejército insuficiente. En efecto, estando juntos los argivos, mantineos, atenienses y los más valerosos de los isleños, ¿cómo no sentir todos, al marchar al lado de tantos y tales aliados, una gran confianza en la victoria y más frente a gentes que luchan con todas sus tropas y no son soldados escogidos como nosotros, y que además son sicilianos, hombres que nos desprecian, pero que no harán frente a nuestro ataque por poseer menos ciencia militar que audacia? Haceos todos cargo además de que estamos lejos de nuestra patria y de cualquier otro país amigo, como no sea el que conquistéis vosotros luchando. Os traigo a la memoria el reverso de lo que sé bien que los enemigos se dicen unos a otros para darse ánimos; ellos, que la batalla será por su patria; yo, que no será en la patria sino en un lugar del que, si no triunfáis, no os será fácil retiraros, pues la caballería se os echará encima en gran número. Así pues, acordándoos de vuestro honor y considerando este dilema y esta difícil situación, más temibles que el enemigo, avanzad valerosamente contra él».

69. Tras esta exhortación, Nicias hizo avanzar al ejército inmediatamente. Los siracusanos no estaban prevenidos en aquel momento para luchar ya, e incluso algunos, como la ciudad estaba cerca, habían abandonado su puesto: otros acudieron corriendo precipitadamente y aunque llegaron tarde, según donde cada uno encontraba al grueso de las fuerzas, allí se quedaba. Efectivamente, no carecían de ardimiento ni de audacia ni en esta batalla ni en las demás, sino que eran no inferiores en valor en cuanto sus conocimientos militares se lo permitían, pero por la cortedad de los mismos sin querer estropeaban sus buenas intenciones. Sin embargo, aunque no creían que los atenienses les fueran a atacar los primeros y se veían obligados a defenderse precipitadamente, cogieron las armas e inmediatamente avanzaron a su encuentro. Primero

lucharon los lanzadores de piedras, los honderos y los arqueros de ambos bandos y produjeron recíprocas desbandadas, como acontece a las tropas ligeras; seguidamente, los adivinos sacrificaron delante de los ejércitos las víctimas rituales y los trompetas dieron la señal del ataque a los hoplitas, que avanzaron: los siracusanos, para luchar por su patria y cada uno en particular por su salvación ahora y su libertad en el futuro; y de sus contrarios, los atenienses por aquel país ajeno, a fin de convertirlo en propio y de no causar perjuicios al suyo si eran derrotados; y los argivos y los aliados autónomos[78], para ayudar a los atenienses a conquistar el país que habían venido a subyugar y gracias a la victoria volver a ver la propia patria; por su parte, los aliados sometidos a vasallaje cobraban ánimo sobre todo por la idea de salvar de momento su vida, sobre la que no cabía esperanza si no vencían, y además, en segundo término, por si al ayudar a conquistar otro país su servidumbre se hiciera más ligera.

70. Se llegó al cuerpo a cuerpo y durante mucho tiempo ambos ejércitos resistieron; y sucedió que simultáneamente hubo truenos, relámpagos y mucha lluvia, de forma que a los que luchaban ahora por primera vez y tenían menos conocimiento de la guerra, esto les aumentó el miedo, mientras que los más experimentados pensaban que lo que sucedía se debía a la época del año[79], y era el enemigo, al no dejarse vencer, el que les asustaba mucho más. Sin embargo, después que los argivos hicieron retroceder primeramente al ala izquierda de los siracusanos, y a continuación los atenienses a los alineados frente a ellos, el resto del ejército de los siracusanos quedó también desarticulado y se dio a la fuga. Los atenienses no les persiguieron largo trecho (pues la caballería de los siracusanos, numerosa y no derrotada, les contenía y, cargando sobre los hoplitas cuando les veía adelantarse, les

hacía retroceder), sino que los siguieron juntando sus filas durante una distancia prudente y luego se retiraron y erigieron un trofeo. Los siracusanos se reagruparon en el camino de Eloro y, rehaciendo su formación en la medida en que lo permitían las circunstancias, enviaron, a pesar de todo, una guarnición al Olimpieon, pues temían que los atenienses tocaran las riquezas que allí había, y los demás regresaron a la ciudad.

71. Los atenienses, sin embargo, no se dirigieron al templo, sino que recogieron sus muertos, los quemaron en una pira y vivaquearon allí. Al día siguiente entregaron sus muertos a los siracusanos en virtud de un acuerdo (murieron de ellos y de sus aliados unos doscientos sesenta), recogieron los huesos de los suyos (murieron de ellos y de sus aliados unos cincuenta), y con los despojos del enemigo regresaron a Catana. Era ya invierno y no parecía posible todavía hacer la guerra desde allí antes de hacer venir de Atenas caballería o bien reunirla de los aliados de Sicilia a fin de no estar en completa inferioridad ecuestre, de procurarse dinero allí mismo y de que viniera de Atenas, de atraerse a algunas ciudades, pues esperaban que después de la batalla les escucharían con mejor disposición, y, finalmente, de conseguir trigo y las demás cosas necesarias; todo ello a fin de atacar a Siracusa en la primavera.

72. Así pues, los atenienses partieron con esta intención para Naxos y Catana con el fin de invernar; y los siracusanos, una vez que enterraron sus muertos, reunieron la Asamblea. Y tomando la palabra Hermócrates, hijo de Hermón, que, en todo lo demás no era inferior a nadie en inteligencia y en la guerra se había revelado como muy experimentado y de valor poco común, les dio ánimos y les aconsejó no descorazonarse ante lo sucedido; pues su valor no había sido vencido pero el desorden les había perjudicado. Sin embargo, no habían sido derrotados en la

medida que era de temer, dado sobre todo que habían luchado con los más hábiles guerreros de Grecia; por así decirlo, con hombres duchos en el oficio, siendo ellos profanos en él. También les había estorbado mucho [el gran número de generales y] el tener excesivos jefes (pues tenían quince generales), así como la insubordinación indisciplinada de los soldados. Pero si eran designados unos pocos generales bien experimentados y en este invierno ponían a punto la infantería pesada, dando armas a los que no las tuvieren, a fin de ser lo más numerosos posible, y adiestrándola además en la cosa militar, aseguró que en este caso con toda probabilidad vencerían al enemigo, ya que tenían valor y aprenderían el buen orden en la acción; pues ambas cosas aumentarían, la una por ser cultivada en medio de los peligros, mientras que el buen ánimo se haría más confiado en sí mismo por la seguridad que da la ciencia militar. Además, según él, había que elegir pocos generales y con plenos poderes y prestarles juramento de dejarles ejercer el mando como mejor supieren; pues de esta forma se encubrirían mejor las cosas que hay que mantener secretas y todo lo demás se organizaría con orden y sin dilación.

73. Los siracusanos, después de oírle, votaron todo como él les aconsejó y eligieron general al propio Hermócrates en unión de Heráclides, hijo de Lisímaco, y Sicano, hijo de Execestes, tres en total; además, enviaron embajadores a Corinto y a Lacedemonia a fin de que vinieran en su ayuda tropas aliadas y de persuadir a los lacedemonios a llevar abiertamente y con más energía la guerra con los atenienses en interés de Siracusa, para obligarles o a retirarse de Sicilia o a no enviar más refuerzos al ejército de la isla.

74. El ejército ateniense acampado en Catana se hizo a la mar inmediatamente con dirección a Mesena, que iba a ser entregada por traición; pero el complot no tuvo éxito, pues

cuando Alcibíades dejó el mando reclamado por los atenienses, sabiendo que iba a convertirse en desterrado, informó sobre el complot a los amigos de los siracusanos en Mesena, ya que estaba en el secreto; y ellos, que habían matado ya primero a los complicados, en esta ocasión, presentándose en plan de revuelta y armados, impusieron que no se abrieran las puertas a los atenienses [los que así lo querían]. Éstos, al cabo de trece días de espera, como estaban expuestos a la inclemencia del invierno y carecían de víveres y no tenían ningún éxito, se volvieron a Naxos y construyeron dársenas y empalizadas alrededor del campamento e invernaron allí, y enviaron a Atenas un trirreme para pedir dinero y caballería a fin de que llegaran con la primavera.

75. Los siracusanos, por su parte, construyeron este invierno en las inmediaciones de la ciudad una muralla a lo largo de todo el lado que mira a las Epípolas[80] y dejando dentro al Temenites[81], a fin de que Siracusa no fuera fácil de circunvalar desde cerca si sufrían una derrota, y también construyeron un fuerte en Megara y otro en el Olimpieon; además, sembraron de estacadas el mar en todos los lugares donde se podía desembarcar. Y como sabían que los atenienses invernaban en Naxos, marcharon con todas sus fuerzas contra Catana y devastaron una parte de su territorio, e incendiando las tiendas y el campamento ateniense se volvieron a su ciudad. Finalmente, habiéndose enterado de que los atenienses habían enviado una embajada a Camarina, alegando la alianza concluida en tiempos de Laquete[82] para ver si lograban atraérsela, enviaron otra ellos a su vez; pues tenían la sospecha de que los camarinenses no habían enviado de buen grado las tropas que les habían mandado para la batalla anterior y de que quizá no quisieran ayudarles en el futuro al ver a los atenienses triunfadores en la batalla, sino que se pasaran a

ellos dejándose convencer, en atención a la antigua amistad entre ambos. Así pues, llegados de Siracusa a Camarina Hermócrates y otros enviados, y del campo ateniense Eufemo y varios más, Hermócrates, reunida la Asamblea de Camarina, queriendo anticiparse a acusar a los atenienses, habló así:

76. «Ciudadanos de Camarina, no hemos venido por temor de que os asustéis del actual poderío de los atenienses, sino más bien de que los discursos que van a pronunciar logren vuestro asentimiento antes de oírnos también a nosotros. En efecto, los atenienses han venido a Sicilia con el pretexto que sabéis, pero con la intención que todos sospechamos; y en mi opinión no desean restablecer a los leontinos en su ciudad, sino más bien expulsarnos a nosotros de la nuestra. Pues no es razonable que arrasen las ciudades de Grecia y reconstruyan las de aquí, ni tampoco que se preocupen de los leontinos, que son calcídeos, por causa de la comunidad de raza, y mientras tanto tengan esclavizados a los calcídeos de Eubea, de los que éstos son una colonia. Con un mismo procedimiento se apoderaron de sus dominios de Grecia e intentan adueñarse ahora de esta isla: después que por libre voluntad de sus asociados alcanzaron la hegemonía sobre los jonios y sobre todas las demás ciudades fundadas por ellos que, supuestamente para tomar venganza del medo, eran aliadas suyas, acusaron a unos de negarse a tomar parte en las expediciones, a otros de luchar entre sí y a otros aún del pretexto especioso que para cada uno tenían, y los convirtieron en vasallos. En realidad, ni los atenienses hicieron frente al medo por la libertad de los griegos, ni los griegos por la suya propia, sino los primeros para hacer a los segundos esclavos suyos y no del medo, y éstos para cambiar su amo por otro no menos inteligente en verdad, sino más malvadamente inteligente.

77. Sin embargo, no hemos venido a descubrir ante quienes ya los conocen los desafueros que comete la ciudad de Atenas, bien fácil de acusar por cierto, sino más bien a reprocharnos a nosotros mismos que teniendo el ejemplo de cómo fueron esclavizados los griegos de aquellas tierras por no defenderse a sí mismos, y viendo ahora esgrimidos contra nosotros esos mismos sofismas —la restauración en su ciudad de un pueblo de su misma raza, los leontinos, y la ayuda a sus aliados los egestenses— no nos decidimos a unirnos y mostrarles que éstos no son jonios ni helespontios e isleños, gentes que se dejan esclavizar aceptando siempre un amo tras otro, ya sea el medo u otro cualquiera, sino dorios, que habitan Sicilia como pueblo independiente, venidos de la tierra libre del Peloponeso. ¿O vamos a esperar a ser conquistados ciudad por ciudad, sabiendo que sólo de ese modo se nos puede vencer y viéndoles que se aplican a la táctica de desunirnos a unos con sus palabras, ponernos a otros en guerra contra nosotros mismos con la esperanza de lograr un aliado, y causar daños a los demás en la medida en que pueden hacerlo dirigiendo halagos a cada ciudad? ¿Y creemos que si perece primero el vecino lejano el peligro no vendrá a casa de cada uno de nosotros, sino que el que sufra la desgracia antes que nosotros será el único en sufrirla?

78. Y si alguno se figura que los siracusanos son enemigos de los atenienses, pero él no, y considera terrible correr el riesgo en beneficio sólo de mi país, que piense que no va a luchar en mi tierra en mayor medida por ella, sino, al tiempo, en una igual por la suya, y además con tanta mayor seguridad cuanto que combatirá sin haber sido nosotros destrozados previamente, sino teniéndonos por aliados y no aisladamente; y piense también que los atenienses no intentan vengarse de la hostilidad de los siracusanos, sino que con pretexto de nosotros quieren tanto como esto asegurarse la amistad de Camarina[83]. Y si alguien nos

envidia o nos teme (pues a ambas cosas están sujetos los poderosos) y por esos sentimientos desea que Siracusa sufra pérdidas a fin de que recibamos una lección pero que se salve por el bien de su propia seguridad, espera que se cumpla un deseo que sobrepasa las fuerzas humanas, pues no es posible que un mismo hombre sea al tiempo regulador de su deseo y de la fortuna. Si se equivoca en su cálculo, tal vez, lleno de aflicción por su desgracia, quiera algún día tener envidia de nuestra felicidad; pero ello le será imposible si nos abandona y se niega a hacerse partícipe de los mismos peligros que nosotros, peligros que no se refieren a palabras, sino a realidades, pues para el comentario general, ese ciudadano habrá salvado nuestro poderío, pero en realidad habrá salvado su existencia. Ciudadanos de Camarina, vosotros que sois vecinos nuestros y corréis el peligro ahora por segunda vez, debíais más que nadie prever estas cosas y no ayudarnos sólo tibiamente como ahora, sino, por el contrario, venir a nosotros y exhortarnos a la vista de todos a aquello mismo que nos hubierais pedido si los atenienses hubieran venido primero contra Camarina: a no ceder ante ellos. Pero ni nosotros ni los demás os habéis hasta ahora cuidado de esto.

79. Quizá par cobardía os amoldaréis a las obligaciones que habéis contraído con nosotros y con los invasores y diréis que tenéis una alianza con ellos: alianza que no concertasteis contra vuestros amigos, sino contra vuestros enemigos si alguno os atacaba y para acudir en ayuda de los atenienses cuando alguien les hiciera agravio y no cuando como ahora se lo infieren ellos a los demás, ya que ni siquiera los reginos, que son calcídeos, quieren ayudar a restaurar en su ciudad a los leontinos, calcídeos también. Sería absurdo que ellos, por sospechas contra el verdadero fin de esa hermosa exigencia de honor, se comportaran con prudencia sin poder justificarlo formalmente, y vosotros en

cambio quisierais con un pretexto especioso ayudar a vuestros rivales de nacimiento y aniquilar a los que en mayor medida todavía son vuestros parientes de nacimiento asociándoos a vuestros peores enemigos[84]. No es esto justo, sino que por el contrario lo es defenderse de ellos y no tener miedo a su poderío militar; pues si nos coaligamos todos nosotros, no es de temer, pero sí lo es si, como ellos procuran, nos dividimos, ya que ni siquiera viniendo contra nosotros solos y venciéndonos en batalla lograron su objetivo, sino que se retiraron precipitadamente.

80. Así pues, si nos unimos no debemos desconfiar en el triunfo, sino marchar con más ardor a la lucha común, y más dado que nos vendrán refuerzos del Peloponeso, cuyos habitantes son absolutamente superiores a los atenienses en la guerra; y tampoco debe nadie pensar que es equitativo para nosotros y de garantía para vosotros aquel género de prudencia que consiste en no ayudar ni a unos ni a otros por ser aliados de ambos. Porque no es justo de hecho como lo es de derecho; pues si por causa de no prestar ayuda vosotros cae el vencido y queda en pie el vencedor, ¿qué otra cosa es esto sino que con vuestra inhibición no ayudasteis a los unos para que se salvasen y no estorbasteis a los otros de obrar como malvados? En verdad, es más hermoso que, uniéndoos a los atacados, que además son de vuestra raza, salvaguardéis los comunes intereses de Sicilia y no dejéis obrar mal a vuestros amigos los atenienses.

Resumiendo, los siracusanos afirmamos que no hay necesidad alguna de explicaros en pormenor, ni a vosotros ni a los demás, cosas que conocéis tan bien como nosotros; pero os pedimos vuestra ayuda y proclamamos al tiempo que, si no logramos convenceros, somos atacados por jonios, raza siempre enemiga, y somos traicionados por vosotros, ciudad doria, siendo dorios nosotros. Y si nos subyugan los atenienses, nos habrán vencido por vuestra conducta, pero

ilustrarán sólo su nombre y no recibirán otro premio por su victoria que la ciudad que les procuró esa victoria; en cambio, si somos nosotros los que quedamos triunfadores, también entonces sufriréis el castigo correspondiente a vuestra responsabilidad en los peligros que hayamos corrido. Pensadlo, pues, y elegid desde ahora o bien esa esclavitud momentáneamente sin riesgo, o bien la posibilidad, venciendo a nuestro lado, de no aceptar vilmente por amos a los atenienses y de libraros de nuestra enemistad, que no sería de breve duración».

81. Tal fue el discurso de Hermócrates, y tras él Eufemo, el enviado de los atenienses, habló de esta manera:

82. «Hemos venido solamente para renovar nuestra antigua alianza; pero ya que el siracusano nos ha atacado, fuerza es hablar de nuestro imperio y justificar que lo tengamos. La prueba principal la ha dado él mismo, a saber, que los jonios siempre han sido enemigos de los dorios. Las cosas son como sigue. Nosotros tratamos de ver cómo siendo jonios no estaríamos sometidos a los dorios peloponesios, más numerosos y vecinos nuestros; y tras las guerras médicas creamos una escuadra y nos independizamos de la autoridad y hegemonía de Lacedemonia, pues no había más motivo para que ellos nos gobernaran que para que les gobernáramos nosotros a ellos, fuera de que en aquel tiempo eran más poderosos. Entonces alcanzamos la hegemonía sobre las ciudades que antes estaban sometidas al Rey, hegemonía que continuamos teniendo; pues pensamos que el contar con fuerzas con que defendernos era el mejor medio de no ser vasallos de los peloponesios, y, a decir verdad, estuvimos libres de injusticia al conquistar a los jonios e isleños, que los siracusanos dicen que hemos esclavizados siendo de nuestra misma raza, pues vinieron contra Atenas, su metrópoli[85], en unión del medo y no osaron hacer defección de él y arruinar así sus patrias, como

lo hicimos nosotros abandonando nuestra ciudad[86], sino que preferían la esclavitud y querían imponernos ese mismo destino.

83. Por todo ello, si tenemos un imperio es, de una parte, porque somos dignos de él, ya que pusimos a disposición de los griegos la mayor escuadra y un ardimiento sin reservas, y, además, porque los jonios, haciendo esto mismo complacientemente a favor del medo, nos causaron daños; y, de otra, porque deseábamos tener un poderío comparable al de los lacedemonios. Así pues, no hacemos bellas frases ni decimos que tenemos el imperio con justo motivo porque derrotamos nosotras solos a los bárbaros o porque corrimos el peligro por la libertad de los jonios en mayor medida que por la de todos los griegos y la nuestra propia. A todo el mundo se le consiente sin envidia procurarse los medios oportunos para librarse de los peligros. Pues bien, también aquí hemos venido por causa de nuestra seguridad; pero, sin embargo, vemos que a vosotros os convienen las mismas cosas que a nosotros; os lo vamos a hacer ver apoyándonos en lo que éstos nos atribuyen calumniosamente[87] y que más os hace engendrar sospechas que os llenan de un temor excesivo, pues sabemos que los que, atemorizados, sospechan una cosa, de momento se entregan a la seducción de las palabras, pero después, en el trance de obrar, hacen lo que les conviene. Ya hemos dicho que tenemos por miedo el imperio de Jonia y que por igual motivo hemos venido aquí para organizar Sicilia en unión de nuestros amigos, de acuerdo con nuestra seguridad, y no para esclavizarla, sino más bien para impedir que le suceda esto.

84. Que nadie entienda que nos preocupamos por vosotros sin que nos vaya nada en ello; daos cuenta de que si vosotros permanecéis independientes, y, al no ser débiles, resistís a los siracusanos, es mucho más difícil que éstos

envíen tropas al Peloponeso y resultemos perjudicados. Ya sólo por esto nos importáis mucho. Por esa misma razón se justifica que queramos restablecer a los leontinos en su ciudad y no en calidad de vasallos como sus hermanos de Eubea, sino lo más fuertes posible, a fin de que, como son vecinos de los siracusanos, les inquieten desde su territorio con ventaja para nosotros. Porque en Grecia nosotros solos nos bastamos contra nuestros enemigos, y los calcídeos, que dicen que hemos esclavizado y que ahora, en forma absurda, queremos libertar a los de aquí, nos son útiles estando desarmados y aportándonos sólo dinero; mientras que aquí los leontinos y nuestros demás amigos lo son gozando de la mayor independencia.

85. Para un tirano o una ciudad dueña de un imperio ninguna cosa que le convenga es absurda, y nadie que no sea fiel es de la misma sangre; es preciso que, según las circunstancias, se haga enemiga o amiga de unos u otros. Pues bien, a nosotros nos es útil aquí no el debilitar a nuestros amigos, sino el que nuestros enemigos resulten impotentes por la fuerza de nuestros amigos. No debéis desconfiar, ya que gobernamos a nuestros aliados de Grecia según cada uno nos es útil: a los quiotas y metimnenses, como pueblos libres que aportan naves de guerra; a la mayoría, en forma más severa, pagando tributo, y a otros, en calidad de aliados completamente independientes, a pesar de ser isleños y fáciles de conquistar[88], en razón de que están situados en lugares estratégicos en torno al Peloponeso. De esta forma, es lógico que también queramos disponer aquí las cosas de acuerdo con nuestra conveniencia y, como decimos, con el miedo que nos inspiran los siracusanos; pues aspiran al imperio sobre vosotros y quieren coaligaros apoyándose en las sospechas que hay contra nosotros y luego imperar sobre Sicilia, bien por la fuerza, bien porque ésta quedará sin aliados si

realmente nos retiramos fracasados. Así sucederá si os unís a ellos, porque ni tan grandes fuerzas, una vez reunidas, serían para nosotros fáciles de vencer, ni los siracusanos serían débiles con respecto a vosotros una vez que nosotros no estuviéramos aquí.

86. Si alguno no opina así, los hechos mismos le refutan. La otra vez nos hicisteis venir no poniéndonos ante los ojos ningún otro temor que el de que, si permitíamos que fuerais subyugados por los siracusanos, nosotros mismos correríamos peligro. Pues bien, no es justo ahora que no atendáis a esas mismas razones con las que intentasteis convencernos, ni tampoco que seamos objeto de sospechas porque hayamos venido con mayores fuerzas para hacer frente al ejército siracusano, sino que lo es mucho más que no les creáis. En efecto, a nosotros no nos es posible permanecer aquí sin vuestra ayuda, y si obráramos como malvados[89] y conquistáramos Sicilia no podríamos conservarla por la gran distancia a que está de Grecia y por la dificultad de guardar unas ciudades populosas y semejantes a las del continente por sus fuerzas militares[90]; y en cambio los siracusanos, que son para vosotros unos peligrosos vecinos y no por causa de un campamento, sino de una ciudad mayor que nuestras fuerzas de Sicilia, continuamente os tienden asechanzas y cuando encuentran una oportunidad contra alguien, no la desaprovechan (lo ha hecho ver entre otras cosas su comportamiento con los leontinos), y ahora se atreven a pedir vuestra ayuda, como si fuerais estúpidos, contra la ciudad que impide estas perfidias y que hasta el día ha estorbado que Sicilia caiga en sus manos. Nosotros a nuestra vez reclamamos vuestra ayuda para procuraros una seguridad mucho más verdadera, al pediros que no echéis a perder la que para unos y otros de nosotros resulta de nuestra recíproca ayuda, y que penséis que para los siracusanos, por su número, siempre está

abierto el camino para atacaros, sin necesidad de aliados, mientras que a vosotros raras veces se os presentará la ocasión de defenderos con tan potente fuerza aliada, fuerza que si, por causa de vuestras sospechas dejáis marchar sin éxito o incluso derrotada, querréis alguna vez volver a ver siquiera una mínima parte de ella en ocasión en que ya nada logrará aunque venga en vuestra ayuda.

87. No os dejéis convencer ni vosotros, oh camarinenses, ni tampoco los demás, por las calumnias de los siracusanos; os hemos dicho la verdad entera acerca de las sospechas que recaen sobre nosotros, y vamos a recordárosla todavía en resumen, esperando convenceros. Afirmamos que imperamos sobre nuestros aliados de Grecia a fin de no obedecer a nadie, y que pretendemos libertar a los pueblos de Sicilia a fin de no sufrir daños por causa suya, que nos vemos obligados a embarcarnos en muchas empresas porque son muchos los riesgos de que hemos de guardarnos, y, finalmente, que tanto ahora como la otra vez hemos venido como aliados de aquellos de vosotros que sufrían agravios aquí, no espontáneamente, sino llamados. Así pues, no intentéis, convirtiéndoos en jueces de nuestras acciones o en maestros nuestros, disuadirnos de ellas —pues es ya difícil—, sino que en la medida en que una parte de nuestra inquietud y nuestro carácter os convenga también a vosotros, aprovechaos de ella y pensad que esas cualidades no perjudican a todos igualmente, sino que benefician a muchas más ciudades griegas. Pues en cualquier lugar, aun allí donde no imperamos, todo el mundo, tanto el que cree que va a ser atacado como el atacante, en gracia a que al uno le queda la esperanza de encontrar ayuda en nosotros y al otro el temor de no estar seguro si vamos allá, ambos se ven reducidos él uno a obrar con prudencia mal de su grado y el otro a salvarse sin mayor dificultad. No rechacéis esta salvaguardia común de todo el que la pide y que ahora se os

ofrece, sino, por el contrario, amoldaos a la conducta de los demás y aceptad la oportunidad de atacar con nosotros a los siracusanos en vez de estar a la defensiva constantemente contra ellos».

88. Tal fue el discurso de Eufemo. A los camarinenses les ocurría lo siguiente; tenían sentimientos amistosos para los atenienses, pero con la reserva de que creían que querían someter Sicilia a su imperio, y sentimientos siempre hostiles para los siracusanos, en razón de la vecindad; pero sin embargo, por temor de que los siracusanos, que vivían cerca de ellos, triunfaran aun sin su ayuda, les habían enviado ya antes aquellos pocos jinetes y decidieron ayudarles en adelante, aunque lo más parcamente posible; pero por ahora, a fin de que no pareciera que dejaban en peor lugar a los atenienses, ya que habían resultado vencedores en la batalla, dar igual respuesta a ambos. Tomada esta decisión, les respondieron que, en vista de que siendo ambos aliados suyos estaban en guerra entre sí, les parecía de conciencia no ayudar por ahora ni a unos ni a otros. Y los embajadores atenienses y siracusanos se retiraron.

Los siracusanos por su parte se preparaban para la guerra, mientras que los atenienses, acampados en Naxos, trataban con los sículos, intentando que se les unieran en el mayor número posible. Los que vivían más cerca de la llanura, que eran vasallos de los siracusanos, se les pasaron en corto número; pero las aldeas de los que vivían en el interior, que desde siempre habían sido independientes, se pusieron inmediatamente al lado de los atenienses salvo unos pocos, y llevaban víveres al ejército y algunos hasta dinero. Además, los atenienses marchaban contra los que no se les pasaban y a algunos los forzaban a ello, pero los siracusanos les estorbaban de hacer lo mismo con otros, pues enviaban guarniciones y acudían en su ayuda. Luego fueron por mar de Naxos a Catana y, reconstruyendo el

campamento que había sido incendiado por los siracusanos, invernaron allí. También enviaron un trirreme a Cartago solicitando su alianza, por si pudieran obtener de ella alguna ventaja, y otro a Tirrenia[91], pues algunas ciudades les habían prometido ayudarles. Finalmente, avisaron por todas partes a los sículos y pidieron a Egesta mediante mensajeros que les enviaran todos los caballos que pudieran, y prepararon todos los materiales para la circunvalación de Siracusa —ladrillos, hierro y todo lo necesario—, a fin de reanudar la guerra al comenzar la primavera.

Los embajadores siracusanos enviados a Corinto y Lacedemonia intentaron, mientras iban costeando, convencer a los italiotas de que no miraran indiferentes lo que hacían los atenienses, pues iba dirigido también contra ellos; y, una vez que llegaron a Corinto, iniciaron conversaciones con sus habitantes pidiendo que les ayudaran por ser de igual raza que ellos. Los corintios decretaron inmediatamente antes que nadie prestarles auxilio con todo entusiasmo y enviaron en unión de ellos una embajada a Lacedemonia, a fin de ayudarles a convencer a los lacedemonios a llevar más abiertamente la guerra contra los atenienses y enviar alguna ayuda a Sicilia. Llegaron, pues, a Lacedemonia los embajadores de Corinto y también Alcibíades y sus compañeros de destierro; en la ocasión ya descrita había pasado sin dilación del territorio de Turios a Cilena de Élide en un barco de carga y después había ido a Esparta por invitación de los lacedemonios y previa promesa de inmunidad, pues sentía temor de ellos a causa del papel que había desempeñado cuando la campaña de Mantinea. De resultas de ello, en la Asamblea de los lacedemonios los corintios y los siracusanos, de una parte, y Alcibíades, de otra, intentaron con sus peticiones conseguir las mismas cosas de los lacedemonios. Y corno los

éforos y los demás magistrados lacedemonios pensaran enviar embajadores a los siracusanos para aconsejar que no llegaran a un acuerdo con Atenas, pero no estuvieran animados a ir en su ayuda, Alcibíades, tomando la palabra, aguijó e incitó a obrar a los lacedemonios hablando así:

89. «Es fuerza que primero os hable acerca de las imputaciones que se me hacen, a fin de que no escuchéis peor dispuestos lo que en común nos interesa por desconfiar de mí. Mis antepasados habían renunciado a vuestra proxenía[92] por cierta causa, y yo, tratando de recobrarla, os presté mis servicios en varias ocasiones y sobre todo en relación con vuestra desgracia de Pilos. Pero mientras yo continuaba lleno de buenas intenciones, vosotros os reconciliasteis con los atenienses y al negociar a través de mis enemigos les granjeasteis a ellos influencia política y a mi deshonor. Por esta razón os ocasioné sinsabores con toda justicia al volverme yo hacia los mantineos y argivos y de resultas de todas las demás cosas en que me opuse a vosotros; así pues, si alguien, como es muy natural, se encolerizó contra mí en el momento de soportar las consecuencias, debe rectificar ahora examinando la cuestión a la luz de la verdad; y, de otra parte, si alguien me considera despreciable porque era partidario de la democracia, que tampoco crea que esa antipatía está bien fundada. En efecto, mi familia[93] ha sido siempre opuesta a los tiranos (y todo lo que se opone al déspota recibe la denominación de pueblo), y por causa de ello hemos tenido ininterrumpidamente el caudillaje de la multitud. Además, como la ciudad se gobernaba por el sistema democrático, era forzoso adaptarse en las demás cosas a las circunstancias. Sin embargo, intentamos ser en política más moderados de lo que correspondía al desenfreno reinante; pero tanto en el tiempo antiguo como ahora había otros hombres públicos que arrastraban al vulgo por el peor

camino: éstos son los que me han desterrado. En cuanto a nosotros, estuvimos al frente de la ciudad entera[94], considerando justo conservar el régimen de gobierno en el cual era mayor y más libre que nunca y que habíamos recibido de nuestros mayores (pues la democracia la criticamos todos los hombres sensatos y yo podría hacerlo tan bien como cualquier otro, tanto que me sería lícito injuriarla; pero nada nuevo diría sobre lo que es una insensatez reconocida), y no nos parecía seguro cambiarla estando cerca vosotros, nuestros enemigos.

90. Esto es lo que hay más o menos acerca de las acusaciones que se me hacen; escuchadme ahora acerca del asunto sobre el que habéis de deliberar y sobre el que he de aconsejaros, ya que lo conozco mejor. Hemos ido a Sicilia para someter primero a los sicilianos, si podíamos; después de ellos, a los italiotas, y para hacer seguidamente una intentona contra Cartago y su imperio. Y si tenían éxito todas estas cosas o las más de ellas, queríamos entonces ya atacar al Peloponeso trayendo todas las fuerzas griegas que pudiéramos procurarnos allí, contratando como mercenarios muchos bárbaros —iberos y otros más de los considerados como los más belicosos de aquella región— y construyendo muchos trirremes además de los nuestros (pues Italia tiene mucha madera); bloqueando con ellos el Peloponeso y tomando al tiempo las ciudades mediante ataques por tierra con la infantería —unas al asalto y otras por asedio—, esperábamos derrotarle fácilmente e imperar luego ya sobre todos los griegos. Los territorios que conquistáramos allí debían suministrarnos dinero y víveres suficientes para que estos planes resultaran más realizables sin necesidad de nuestros ingresos de Grecia.

91. Habéis escuchado estos informes sobre nuestros proyectos respecto a la expedición que ha partido para Sicilia de labios del mejor enterado; y los generales que han

quedado allí los llevarán igualmente a efecto si pueden. Ahora demostraré que si no ayudáis a Sicilia no podrá sostenerse. Los sicilianos tienen poca experiencia militar, pero si se unieran aunque fuera ahora, se salvarían; en cambio, los siracusanos solos, vencidos ya en una batalla en que lucharon con todas sus fuerzas y bloqueados por nuestra escuadra, serán incapaces de hacer frente al ejército que ahora tienen allí los atenienses. Y si esta ciudad es tomada, toda Sicilia caerá en su poder y a continuación Italia; y el peligro procedente de allí que acabo de anunciaros, no tardará mucho en amenazaros. De modo que nadie debe creer que delibera sólo sobre Sicilia, sino también sobre el Peloponeso, a no ser que obréis[95] rápidamente de la manera siguiente: enviad embarcado un ejército cuyos soldados vayan como remeros[96] y sirvan allí en seguida como hoplitas y además algo que considero aún más útil que el ejército, un espartano como jefe, a fin de que coordine las fuerzas que ya luchan allí y obligue a hacerlo a los demás; pues de esta forma vuestros amigos cobrarán ánimos y los que vacilan se os unirán con más confianza. Además, debéis al mismo tiempo hacer aquí la guerra a los atenienses más al descubierto para que los siracusanos vean que os preocupáis de ellos y resistan más, y a los atenienses les sea menos fácil enviar refuerzos a los suyos. Es preciso también que fortifiquéis Decelia, en el Ática, que es lo que siempre han temido más los atenienses, y piensan que es la única calamidad que no han experimentado en esta guerra. Precisamente la manera más segura de ocasionar daños al enemigo es realizar contra ellos las acciones militares que más teme, enterándose bien de ellas previamente, pues es natural que él sepa mejor que nadie las cosas más peligrosas para sí y las tema. En cuanto a las ventajas de que les privaréis, beneficiándoos vosotros de ellas, resumiré las principales, dejando otras muchas. Todas las riquezas del

país caerán en vuestras manos, unas al ser capturadas, mientras que otras vendrán a vosotros por sí mismas[97]; además, los atenienses perderán los ingresos procedentes de las minas[98] de Laurión y de los beneficios que ahora obtienen del cultivo del campo y de los tribunales[99], pero sobre todo de los tributos de los aliados, que les serán pagados con menos regularidad, pues si ven que hacéis ya la guerra con vigor, les perderán el respeto.

92. En vosotros está, oh lacedemonios, que estas cosas se realicen con rapidez y entusiasmo, pues en cuanto a que son posibles (y creo no equivocarme en mi opinión), confío plenamente. Por otra parte, considero justo no ser tenido por despreciable por ninguno de vosotros porque ahora actúo resueltamente contra mi patria en unión de sus mayores enemigos, siendo así que antes era considerado un patriota; y también, que mi discurso no sea tildado de expresión del rencor de un exiliado. Pues estoy huido de la maldad de los que me desterraron, pero no del auxilio que puedo prestaros si me escucháis[100]; y no sois más enemigos míos vosotros, que habéis a veces causado daños a vuestros enemigos, que aquellos que obligan a sus amigos a convertirse en enemigos. En cuanto al patriotismo, no lo tengo cuando se me agravia, sino que lo tenía cuando ejercía en paz mis derechos de ciudadano. Tampoco pienso que ahora me dirijo contra una ciudad que es mi patria todavía, sino que, por el contrario, voy a recobrar la que ya no lo es[101]. Es amante de su patria, en el recto sentido de la palabra, no aquel que, a pesar de haber perdido injustamente la suya, no la ataca, sino el que por desearla intenta, recobrarla por cualquier procedimiento. Por ello os pido, oh lacedemonios, que utilicéis mis servicios sin reservas en todos los peligros y dificultades, no olvidando esa sentencia que todos repiten de que si como enemigo os causé muchos males, también soy capaz de seros muy útil como amigo, dado que conozco

las interioridades de los atenienses y las vuestras las conjeturaba ya; y también os pido que, considerando que deliberáis sobre vuestros intereses supremos, no vaciléis ante la expedición a Sicilia y al Ática, a fin de, yendo con sólo una pequeña parte de vuestras fuerzas, salvar vuestros intereses de allí, que son grandes, y arruinar el poderío actual y futuro de los atenienses y, después de ello, vivir en paz y tener la hegemonía de toda Grecia, hegemonía aceptada de grado y no implantada por la fuerza, sino por afecto hacia vosotros».

93. Éste fue el discurso de Alcibíades. Y los lacedemonios, que ya antes y de por sí pensaban marchar contra Atenas, pero que aún vacilaban y se mantenían a la expectativa, se resolvieron a ello más firmemente al explicarles Alcibíades todas aquellas cosas y porque juzgaban que las habían oído de labios del hombre que mejor las conocía; de forma que pensaron ya seriamente en la fortificación de Decelia y en enviar de momento alguna ayuda a los sicilianos. Designaron por jefe de los siracusanos a Gilipo, hijo de Cleándridas, y le dieron orden de que, deliberando en unión de aquéllos y de los corintios, obrara de la manera que en las circunstancias presentes mejor y más rápidamente pudiera llegar a Sicilia alguna ayuda. Gilipo pidió a los corintios que le enviaran de momento dos naves a Asina y que pusieran a punto todas las otras que pensaban mandar y estuvieran dispuestas para hacerse a la mar en el momento oportuno. Los embajadores, logrado este acuerdo, regresaron de Esparta a su patria.

También llegó al término de su viaje el trirreme ateniense salido de Sicilia que habían enviado los generales para pedir dinero y caballería. Y los atenienses, después de oírlo, decidieron enviar al ejército los subsidios y la caballería. Y terminó el invierno y con él el decimoséptimo año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

94. Tan pronto como comenzó la primavera del año siguiente[102], los atenienses de Sicilia, zarpando de Catana, costearon hasta Megara [de Sicilia], a cuyos habitantes, como antes he dicho, los siracusanos expulsaron en tiempos del tirano Gelón, adueñándose de su territorio. Desembarcando allí, devastaron los campos y, dirigiéndose contra un fuerte de los siracusanos y no pudiéndolo tomar, retrocedieron por tierra y por mar hasta el río Terias y se dedicaron, internándose tierra adentro, a devastar los campos y prender fuego a los sembrados; y tras encontrarse con un pequeño destacamento siracusano y dar muerte a algunos de los aliados y erigir un trofeo, se volvieron a las naves. Marcharon con ellas a Catana y, aprovisionándose allí, se dirigieron con todo el ejército contra Centoripas, poblado de los sículos, y tras obligarles a capitular, se retiraron, prendiendo fuego al pasar a los sembrados de Inesa e Hibla. Llegados a Catana se encontraron con que habían venido de Atenas los jinetes, a saber, doscientos cincuenta con los arreos, pero sin caballos, pues los atenienses pensaban que podrían procurárselos allí mismo; y también treinta arqueros de a caballo y trescientos talentos de plata.

95. En esta misma primavera los lacedemonios se dirigieron contra Argos y llegaron a Cleonas, pero hubo un terremoto y retrocedieron. Después de esto, los argivos penetraron en la región fronteriza de Tirea y cogieron a los lacedemonios mucho botín, que fue vendido en no menos de veinticinco talentos. Y en el mismo verano, poco tiempo después, el pueblo de Tespias atacó a los que detentaban los cargos públicos, pero no logró sostenerse en el poder, sino que acudieron los tebanos y unos fueron hechos prisioneros y otros se refugiaron en Atenas.

96. En este mismo verano los siracusanos, enterados de que a los atenienses les habían llegado jinetes de refuerzo y

de que se disponían a marchar contra ellos, pensando que si los atenienses no se adueñaban de las Epípolas, alturas escarpadas que dominan la ciudad, Siracusa no podía ser circunvalada aunque ellos fueran vencidos en batalla, determinaron guardar sus accesos a fin de que el enemigo no subiera por ellos sin ser visto; pues no podía hacerlo por ninguna otra parte. El resto de la meseta, en efecto, está muy elevado y desciende en pendiente hasta la ciudad, siendo claramente visible desde dentro de la misma; los siracusanos la llaman Epípolas por ser más elevada[103] que el resto de la comarca. Y como Hermócrates y los demás generales acababan de hacerse cargo del mando, al despuntar el día los siracusanos se dirigieron con todas sus fuerzas a la pradera que bordea el Anapo y revistaron sus tropas, comenzando por separar seiscientos hoplitas escogidos al mando de Diómilo, un desterrado de Andros, a fin de que guardaran las Epípolas y si había necesidad de alguna otra cosa acudieran todos juntos rápidamente.

97. Pero les había pasado inadvertido que los atenienses, durante la noche que precedió al día en que hacían la revista, saliendo de Catana con todo el ejército, habían arribada a un lugar llamado Leonte[104], distante de las Epípolas seis o siete estadios, y que después de desembarcar la infantería, habían anclado en Tapso, que es una península con un estrecho istmo que avanza en el mar y que no dista mucho de Siracusa ni por tierra ni por mar. La flota ateniense se quedó en Tapso, cerrando el istmo con una empalizada, y la infantería se dirigió a la carrera hacia las Epípolas y subió por el camino del Euríelo[105] antes de que los siracusanos, al ver lo que pasaba, acudieran desde la pradera donde tenía lugar la revista. Se dirigieron allí todos, cada uno con la celeridad que pudo, y entre ellos los seiscientos hombres de Diómilo; pero tenían que recorrer desde la pradera, antes de encontrar a los atenienses, por lo

menos veinticinco estadios. Los siracusanos cayeron sobre ellos en esta forma con un tanto de desorden, y tras de ser derrotados en las Epípolas, se retiraron a la ciudad; Diómilo y otros trescientos perecieron. Seguidamente los atenienses erigieron un trofeo y devolvieron sus muertos a los siracusanos en virtud de una tregua; y al día siguiente bajaron a la ciudad, y como los siracusanos no salieron contra ellos, se retiraron y construyeron en la altura de Lábdalon, en la zona más escarpada de las Epípolas, un fortín orientado hacia Megara, con el fin de tener un sitio donde guardar sus útiles y provisiones cuando avanzaran para dar batalla o para construir el muro de circunvalación.

98. Poco después les llegaron de Egesta trescientos jinetes y unos ciento de los sículos, las naxios y otros pueblos; había ya doscientos cincuenta atenienses, para los cuales se procuraron caballos, unos entregados por los egestenses y catanenses y otros comprados, de forma que se reunieron en total seiscientos cincuenta jinetes. Y dejando en Lábdalon una guarnición los atenienses se dirigieron a Sica, donde acamparon y construyeron rápidamente su fuerte circular. Por su celeridad en edificarlo causaron la consternación de los siracusanos; y saliendo de la ciudad decidieron dar la batalla y no consentir aquello. Pero estando ya alineados frente a frente, los generales siracusanos, viendo que su ejército no presentaba una línea continua y que era difícil formarlo bien, volvieron a hacerle entrar en la ciudad, salvo una parte de la caballería, que se quedó allí e impedía a los atenienses recoger piedras y alejarse. Un solo batallón de hoplitas atenienses y con ellos toda la caballería, cargando contra la de los siracusanos, la pusieron en fuga, matando a algunos de ellos y levantando un trofeo por la batalla ecuestre.

99. Al día siguiente, una parte de los atenienses comenzó a edificar el muro del Norte del fuerte[106], y la otra

acarreaba piedras y troncos de árboles y los amontonaba en dirección a Trógilo[107], siempre por donde resultaba más corto llevar el muro desde el Gran Puerto al otro mar. Y los siracusanos, por consejo sobre todo de su general Hermócrates, ya no querían arriesgarse a librar batalla con los atenienses con todas sus fuerzas, sino que les parecía mejor construir un muro transversal en el lugar por donde los atenienses se disponían a llevar el suyo y lograr así, si llegaban a tiempo, que aquéllos encontraran cerrado el paso; en caso de que los atenienses marcharan allí contra ellos, mandarían a su encuentro una parte de sus tropas. Creían que les daría tiempo de cortar con la empalizada del muro los caminos que conducían a Siracusa y que los atenienses tendrían que abandonar la construcción de su muro y volverse todos contra ellos[108]. Así pues, salieron de Siracusa y comenzaron a trabajar desde la ciudad, construyendo el muro al Sur del fuerte de los atenienses en dirección oblicua; para ello cortaban los olivos del recinto sagrado[109] y edificaban con ellos torres de madera. Todavía los atenienses no se habían dirigido al Gran Puerto desde Tapso, sino que los siracusanos dominaban aún el litoral y los atenienses traían sus provisiones de Tapso por tierra.

100. Una vez que los siracusanos estimaron que el muro transversal y la empalizada eran ya suficientes, y que los atenienses no vinieron a estorbarles en su trabajo —pues tenían miedo de que si se dividían en dos partes, los siracusanos lucharan más cómodamente contra ellos, y además querían apresurar la construcción de su muro—, los siracusanos dejaron un batallón para guardar su muro y se volvieron a su ciudad; y los atenienses cortaron las conducciones de agua potable que iban a la ciudad por debajo de tierra y, aprovechando el momento en que por ser mediodía muchos de los siracusanos estaban en sus tiendas, otros habían ido a la ciudad y los de la empalizada

montaban la guardia con negligencia, colocaron en vanguardia a trescientos de los mejores soldados atenienses y una tropa escogida de infantería ligera armada pesadamente, y les ordenaron que corrieran de improviso contra el muro transversal; el resto del ejército avanzó, dividido en dos partes: la primera, al mando de uno de los generales, en dirección a la ciudad, para el caso de que los siracusanos acudieran a defender el muro; y la segunda, al mando de otro general, hacia la empalizada situada junto al postigo[110]. Los trescientos atacaron y tomaron la empalizada, y los defensores la abandonaron y se refugiaron en el muro avanzado que rodeaba el Temenites[111]. Sus perseguidores penetraron confundidos con ellos, pero una vez dentro fueron expulsados de nuevo por los siracusanos, muriendo allí algunos argivos y unos pocos atenienses. Volviendo entonces sobre sus pasos todo el ejército, derruyó el muro transversal y deshizo la empalizada, llevándose las estacas a su campamento; luego levantó un trofeo.

101. Al día siguiente, los atenienses comenzaron a construir, a partir del fuerte, un muro siguiendo los escarpes que dominan el pantano, los cuales en esta parte de las Epípolas están orientados hacia el Gran Puerto, y era el lugar por el cual, a través del llano y el pantano hasta el Puerto, más corto les resultaba el muro de circunvalación. Entre tanto, los siracusanos salieron de su ciudad y comenzaron a construir una nueva empalizada desde la misma por en medio del pantano; junto a ella cavaban un foso, para que a los atenienses no les fuera posible llevar su muro hasta el mar. Pero éstos, una vez que tuvieron construido el muro hasta los escarpes, atacaron de nuevo la empalizada y el foso de los siracusanos, dando orden a sus naves de que se dirigieran desde Tapso hasta el Gran Puerto de Siracusa[112]; y bajando ellos al despuntar el día de las Epípolas al llano, y colocando a través del pantano, allí

donde era fangoso y más sólido, puertas y tablas, y pasando sobre ellas, tomaron a primera hora de la mañana la empalizada, salvo una pequeña parte, así como el foso, y después tomaron también el resto. Hubo en esta ocasión una batalla en la que vencieron los atenienses; el ala derecha de los siracusanos huyó en dirección a la ciudad, y la izquierda, a lo largo del río[113]. Los trescientos soldados escogidos atenienses quisieron cortarle el paso del río y corrieron hacia el puente; pero los siracusanos, por miedo a la maniobra, cargaron contra los trescientos —tenían allí la mayor parte de la caballería— y les pusieron en fuga y cayeron sobre el ala derecha de los atenienses. En su ataque produjeron el desorden en el primer batallón del ala; y viéndolo Lámaco, acudió en su socorro desde el ala izquierda con unos pocos arqueros y con los argivos, y al atravesar un foso y quedar aislado con los pocos que pasaron con él, encontró la muerte con cinco o seis de sus acompañantes. Los siracusanos se apoderaron inmediatamente y a toda prisa de sus cadáveres y los llevaron a terreno seguro, al otro lado del río, y como el resto del ejército de los atenienses avanzara ya contra ellos, se retiraron.

102. En tanto, los siracusanos que al principio se habían refugiado en su ciudad, al ver lo que ocurría, recobrando el ánimo presentaron frente a los atenienses que tenían delante y enviaron una parte de sus fuerzas contra el fuerte de las Epípolas con la esperanza de encontrarlo desguarnecido y tomarlo. Tomaron, en efecto, una obra defensiva avanzada, cuya longitud era de diez pletros[114], y la destruyeron; pero Nidas impidió que hicieran lo mismo con el fuerte propiamente dicho (pues se había quedado en él por hallarse enfermo); cuando vio que no iban a poder salvarse de otro modo por falta de soldados, mandó a los esclavos[115] prender fuego a los útiles de albañilería y las

maderas que estaban colocadas delante del muro. Y así sucedió, en efecto; pues los siracusanos no continuaron avanzando por causa del fuego, sino que se retiraron. Además, venía ya hacia el fuerte desde el llano una tropa de socorro enviada por los atenienses, que habían puesto en fuga a los siracusanos de allí; y al mismo tiempo, sus naves entraban en el Gran Puerto procedentes de Tapso, como se les había ordenado. Viéndolo los de arriba, se retiraron rápidamente, y con ellos todo el ejército de los siracusanos, a la ciudad, convencidos de que con las fuerzas que tenían no podrían ya impedir la extensión hasta el mar del muro ateniense.

103. A continuación de esto, los atenienses levantaron un trofeo y devolvieron sus muertos a los siracusanos en virtud de una tregua, y recuperaron los cadáveres de Lámaco y los demás. Concentradas ya allí todas sus fuerzas terrestres y navales, se dedicaron ahora a circunvalar Siracusa con un doble muro desde las Epípolas y el terreno escarpado hasta el mar. Las provisiones para el ejército venían de todas las partes de Italia. Muchos sículos, que antes se mantenían a la expectativa, vinieron como aliados de los atenienses, y también tres pentecónteros de Tirrenia[116]; y todo lo demás marchaba conforme a sus deseos. Los mismos siracusanos ya no confiaban en vencer por las armas, en vista de que no les había venido ningún refuerzo del Peloponeso, y comenzaron a tratar de la paz entre sí y con Nicias; pues este general, una vez que murió Lámaco, ejercía el mando él solo. No se llegó a ningún resultado positivo, pero —como es natural tratándose de una ciudad en grave apuro y peor que sitiada— se le hacían muchas proposiciones y en la ciudad se discutían aún muchas más. Incluso sospechaban unos de otros en relación con los presentes infortunios y destituyeron a los generales bajo cuyo mando se habían producido estos fracasos, pensando que sufrían las consecuencias de su

mala fortuna o su traición, y eligieron en su lugar a otros, a saber, Heráclides, Eucles y Telias.

104. Mientras tanto, el lacedemonio Gilipo y las naves que venían de Corinto estaban ya en Léucade, y querían marchar rápidamente en auxilio de Sicilia. Pero como les llegaban noticias adversas y todas asegurando erróneamente que Siracusa estaba ya completamente circunvalada, Gilipo ya no conservaba esperanza alguna respecto a Sicilia; pero queriendo salvar Italia, él y el corintio Pitén cruzaron a toda prisa el mar Jonio con dos naves lacedemonias y dos corintias, llegando a Tarento; los corintios debían ir allá más tarde, armando dos naves leucadias y tres ampraciotas además de las diez suyas. Gilipo envió primero una embajada desde Tarento a Turios, apoyándose en que su padre había sido en tiempos ciudadano de allí; pero no pudiendo atraerse a la ciudad, levó anclas y navegó costeando Italia. Arrastrado en el golfo de Terina por un viento que sopla allí del Norte con gran violencia, fue llevado a alta mar, y tras sufrir un fuerte temporal llegó de nuevo a Tarento; y sacando a tierra las naves que habían sufrido por la tempestad, las hizo reparar. Nicias, aunque se enteró de que venía, despreció el corto número de sus naves, lo mismo que les había ocurrido a los de Turios, y pareciéndole que navegaban en expedición de piratería, no tomó precaución alguna.

105. Por la misma época de este verano los lacedemonios y sus aliados hicieron una incursión en Argos y devastaron la mayor parte del territorio. Los atenienses acudieron en ayuda de los argivos con treinta naves, que fueron las que más abiertamente violaron la paz que habían concertado con los lacedemonios. Pues hasta entonces los atenienses luchaban al lado de los argivos y mantineos, haciendo correrías desde Pilos y otras en diversos puntos del Peloponeso, pero sin desembarcar en Laconia; y aunque los

argivos les habían pedido que no hicieran más que desembarcar armados en Laconia y devastando en unión suya una mínima parte del territorio se retiraran luego, no habían querido; en esta ocasión, en cambio, desembarcaron al mando de Pitodoro, Lespodias y Demárato en Epidauro Limera, en Prasias y en las demás comarcas que devastaron, y dieron con ello a los lacedemonios un motivo más justificado para defenderse de los atenienses. Una vez que éstos regresaron con sus naves desde Argos a su país y que también lo hicieron así los lacedemonios, los argivos invadieron el territorio de Fliunte, devastando una parte de sus campos y matando a algunos de sus habitantes, y seguidamente regresaron a Argos.

LIBRO VII

1. Entre tanto, Gilipo y Pitén, una vez que repararon sus navas, costearon desde Tarento hasta la ciudad de Locros Epicefirios. Y enterándose ahora ya con más garantía de que Siracusa no estaba circunvalada totalmente, sino que aún era posible penetrar con un ejército en la ciudad por las Epípolas, deliberaron si debían arriesgarse a entrar en el puerto, costeando con Sicilia siempre a estribor, o bien, haciéndolo a babor, dirigirse primero a Himera, ponerse al frente de sus habitantes y de las demás tropas que lograran atraerse y marchar por tierra contra Siracusa. Decidieron dirigirse a Himera, entre otras razones, porque aún no habían llegado a Region las cuatro naves atenienses que Nicias, a pesar de todo[1], había despachado al enterarse de que ellos estaban en Locros. Así pues, se adelantaron a la llegada de estas naves de vigilancia y cruzaron el estrecho y, tras detenerse en Region y en Mesena, llegaron a Himera. Una vez allí, convencieron a los himerenses a luchar a su lado no sólo uniéndose ellos mismos a su expedición, sino también dando armas a los marineros de sus naves (habían sacado éstas a tierra en Himera) que no las tenían, y por medio de enviados pidieron a los selinuntios que les salieran al encuentro con un ejército en un lugar determinado. También les prometieron enviarles una pequeña tropa los de Gela y algunos sículos, que estaban mucho más dispuestos a unírseles en vista de que acababa de morir Arcónides —

rey de algunas poblaciones sículas de aquella región y hombre poderoso, que era amigo de los atenienses— y de que se pensaba que Gilipo había venido de Esparta lleno de ardor bélico. Así pues, Gilipo tomó bajo su mando aquellos de sus marineros y soldados de infantería de marina que tenían armas, que eran unos setecientos, mil hoplitas y soldados de infantería ligera y cien de caballería de Himera, algunos soldados de infantería ligera y de caballería de Selinunte y otros pocos de Gela, y además un total de mil sículos; y con ellos se puso en marcha en dirección a la ciudad de Siracusa.

2. En tanto, los corintios que estaban en Léucade se dirigieron a Sicilia con la mayor celeridad que pudieron con el grueso de sus naves; Góngilo, uno de los jefes corintios, que partió el último con una sola, llegó el primero a Siracusa, un poco antes que Gilipo, y encontrándose con que los siracusanos se disponían a reunir la Asamblea para tratar del término de la guerra, se lo estorbó y les dio ánimos, diciendo que se acercaban otras naves y que venía como jefe, enviado por los lacedemonios, Gilipo, hijo de Cleándridas. Los siracusanos se rehicieron y realizaron inmediatamente una salida con todo su ejército para ir al encuentro de Gilipo, pues tenían noticias de que ya estaba cerca. Gilipo tomó al pasar Ietas, un fuerte de los sículos, y llegó a las Epípolas con sus tropas en orden de batalla; y subiendo por la colina del Euríelo, por donde lo hicieron los atenienses la primera vez, marchó en unión de los siracusanos contra el muro de los atenienses. Llegó en ocasión en que éstos habían terminado ya el doble muro de siete u ocho estadios que iba al Gran Puerto, con excepción de una pequeña parte junto al mar; ésta la estaban construyendo aún. Para la mayor parte del resto del muro de circunvalación[2] habían sido ya llevadas las piedras al pie de la obra en dirección a Trógilo, en el otro mar, y unas

partes fueron abandonadas a medio construir y otras ya terminadas. A tan gran peligro estuvo expuesta Siracusa.

3. Los atenienses, al venir repentinamente contra ellos Gilipo y los siracusanos, se llenaron primero de confusión, pero se formaron para el combate. Gilipo hizo alto en armas cerca de ellos y les envió un heraldo con el mensaje de que si querían salir de Sicilia en el plazo de cinco días llevándose sus cosas, estaba dispuesto a concertar una tregua. Los atenienses acogieron la proposición con menosprecio y despidieron al heraldo sin darle respuesta. Seguidamente, unos y otros tomaron sus disposiciones como para reñir batalla. Pero Gilipo, viendo que los siracusanos estaban en desorden y que no se formaban con facilidad, retiró su ejército hacia un lugar más abierto, y Nicias no llevó tras él a los atenienses, sino que permaneció quieto junto a su muro. Al darse cuenta Gilipo de que no avanzaban, condujo sus tropas a la colina llamada Temenitis[3], y allí vivaquearon. Al día siguiente, poniéndose a la cabeza de la mayor parte del ejército, la formó en orden de batalla junto al muro ateniense, a fin de que no mandaran refuerzos a otra parte, y a la vez envió otras tropas contra el fuerte de Lábdalon, y lo tomó, matando a todos los prisioneros que hizo en él; aquella posición quedaba fuera de la vista de los atenienses. Aquel mismo día un trirreme ateniense que bloqueaba el puerto fue apresado por los siracusanos.

4. Después de esto, los siracusanos y sus aliados se dedicaron a construir un muro sencillo a través de las Epípolas partiendo de la ciudad en dirección oblicua[4], a fin de que los atenienses, caso de no poder impedir su construcción, no fueran capaces de llevar a cabo la circunvalación. Los atenienses habían vuelto ya a las alturas tras acabar el muro inmediato al mar, y Gilipo, como una parte del muro de los atenienses era poco sólida, se puso al frente de su ejército y marchó de noche contra él. Pero los

atenienses que vivaqueaban fuera del muro, al darse cuenta de ello, salieron a su encuentro, y Gilipo lo vio y sin dilación hizo retirarse a los suyos. Los atenienses reforzaron el muro, haciéndolo más elevado, y montaron allí la guardia ellos mismos, en tanto que a sus aliados los distribuyeron en el resto del muro, asignándoles los lugares que cada uno debía guarnecer.

Además, Nicias decidió fortificar el lugar llamado Plemirion; es un promontorio enfrente de la ciudad[5], que al formar un saliente hace estrecha la boca del Gran Puerto; le parecía que si se fortificaba, resultaría más fácil la llegada de los aprovisionamientos; pues sus naves estarían al ancla más cerca, a la entrada del puerto, y no habrían, como ahora, de hacerse a la mar desde su fondo si los enemigos efectuaban algún movimiento con su escuadra. Además, Nicias prestaba ahora más atención a la guerra naval, por ver que desde que había venido Gilipo, la situación de la guerra terrestre era menos esperanzadora para los atenienses. Así pues, llevó allá un ejército y la escuadra y construyó tres fuertes; en ellos se guardaba la mayor parte del material y allí estaban anclados en adelante los barcos de transporte y los de guerra. De resultas de ello, fue entonces especialmente cuando comenzaron a sufrir las tripulaciones, pues como el agua de que disponían era escasa y muy lejana, y también cuando los marineros salían por leña, eran diezmados por la caballería siracusana, que era dueña del campo. Los siracusanos, efectivamente, tenían apostada la tercera parte de sus jinetes en la aldea situada en el Olimpieon por causa de los atenienses de Plemirion, a fin de que no realizaran salidas para cometer depredaciones. Nicias se enteró, además, de que las naves corintias que faltaban se aproximaban, y envió para vigilar sus movimientos veinte naves, con la orden de cerrarles el paso en la región de Locros y Region o en la costa de Sicilia.

5. Entre tanto, Gilipo se ocupaba en la construcción del muro a través de las Epípolas, utilizando las piedras que los atenienses habían llevado previamente para sí, y al mismo tiempo sacaba de la ciudad una y otra vez a los siracusanos y sus aliados y los formaba para el combate delante del muro, y los atenienses se formaban a su vez. Cuando a Gilipo le pareció que era el momento, inició el ataque; y llegando al cuerpo a cuerpo lucharon entre los muros[6], en un lugar donde no se podía sacar partido de la caballería de los siracusanos. Y como los siracusanos y sus aliados fueran derrotados y recogieran sus muertos en virtud de una tregua, y los atenienses erigieran un trofeo, Gilipo reunió el ejército y afirmó que la culpa no había sido de ellos, sino suya, puesto que había quitado toda utilidad a la caballería y a los lanzadores de dardos con la formación que les había impuesto, al disponerla demasiado entre los muros; así pues, ahora iba a llevarlos al combate por segunda vez. Les ordenó que se hicieran a la idea de que en cuanto a las disposiciones militares no iban a quedar en inferioridad, y que en lo que concernía al temple de ánimo, no sería soportable que no fueran capaces, siendo ellos peloponesios y dorios, de vencer y expulsar del país a un ejército de jonios, de isleños y de gentes mezcladas.

6. Después de esto, cuando llegó el momento oportuno, les llevó de nuevo al combate. Y Nicias y los atenienses, haciéndose cuenta de que aunque el enemigo no quisiera presentar combate, les era forzoso no dejar que el muro de ellos fuera llevado más allá del suyo (pues el muro del enemigo estaba a punto de sobrepasar el final del muro ateniense; y si lo sobrepasaba, tenía ya igual utilidad para éstos vencer en batalla constantemente y no reñirla en absoluto), avanzaron a su vez contra los siracusanos. Gilipo llegó a su encuentro, haciendo avanzar a los hoplitas más hacia fuera de los muros que antes y colocando a los jinetes

y lanzadores de dardos en el flanco de los atenienses y en campo abierto, allí donde acababa la edificación de ambos muros. En la batalla, la caballería cayó sobre el ala izquierda de los atenienses, que estaba frente a ella, y la puso en fuga; por ello, también el resto del ejército fue vencido por los siracusanos y empajado hacia sus fortificaciones. Y durante la noche siguiente los siracusanos se anticiparon a llevar su muro más allá de la fábrica de los atenienses y a sobrepasarla, de forma que en adelante ya no podían ser estorbados por ellos, y los atenienses quedaban totalmente impedidos, aunque vencieran, de circunvalar a los siracusanos.

7. Entre tanto, llegaron las doce naves que faltaban de los corintios, ampraciotas y leucadios, pasando inadvertidas a la escuadra de vigilancia ateniense —venía a su frente el corintio Erasínides—, y sus tripulaciones ayudaron a los siracusanos a construir la parte del muro transversal que faltaba. Gilipo marchó a las otras regiones de Sicilia en busca de refuerzos, intentando reunir infantería y barcos y atraer a su bando a aquellas ciudades que no ponían mucho ardor en la lucha o permanecían aún completamente alejadas de ella. También fueron enviados embajadores siracusanos y corintios a Esparta y Corinto, a fin de hacer venir un ejército en la forma que se pudiera, bien en barcos de carga o en otros de cabotaje o como fuera, en vista de que también los atenienses pedían refuerzos. En tanto, los siracusanos equipaban una escuadra y se entrenaban para atacar con ella; y en todo lo demás tenían buen ánimo.

8. Nicias, que se daba cuenta de todo esto y veía que cada día aumentaba el poderío del enemigo y la dificultad de su situación, enviaba también él mensajeros a Atenas en repetidas ocasiones dando noticias sobre todo lo que sucedía; pero entonces más que nunca, por considerar que sus tropas estaban en peligro y que, a no ser que les

hicieran regresar cuanto antes o que enviaran un gran ejército de refuerzo, no había ninguna salvación. Y temeroso de que los enviados, o por incapacidad oratoria o por falta de memoria o por hablar adulando a la multitud, no describieran la situación real, escribió una carta, pensando que de esta manera sería como los atenienses, enterándose de su pensamiento sin que sufriera alteración por culpa del mensajero, mejor podrían deliberar sobre la verdadera situación. Los mensajeros partieron llevando, como Nicias dispuso, la carta y el encargo de lo que habían de decir y él dedicó su atención al ejército ateniense, prefiriendo en adelante mantenerlo bien guardado en vez de exponerlo a peligros voluntarios.

9. Al final de este verano, el general ateniense Evetión hizo con Perdicas una expedición contra Anfípolis al frente de muchas tropas tracias; y aunque no logró tomar la ciudad, llevó sus trirremes costeando hasta el Estrimón y la puso sitio acercándose a ella desde el río, utilizando Himereon como base de operaciones. Así acabó este verano.

10. En el invierno siguiente los enviados de Nicias llegaron a Atenas y expusieron todo lo que se les había encargado verbalmente y además contestaron a lo que les preguntaron y entregaron la carta. El secretario de la ciudad se adelantó y se la leyó a los atenienses; decía así:

11. «Lo sucedido anteriormente, oh atenienses, lo sabéis por muchas cartas; ahora, sin embargo, es más necesario que nunca que os enteréis de nuestra situación y deliberéis en consecuencia. Después de haber vencido en la mayor parte de las batallas a los siracusanos, contra quienes fuimos enviados, y de haber construido los muros que ahora guarnecemos, llegó el lacedemonio Gilipo con un ejército procedente del Peloponeso y de algunas ciudades de Sicilia. Primeramente fue vencido por nosotros en batalla, pero al día siguiente hubimos de retroceder ante la caballería, muy

numerosa, y los lanzadores de dardos, y nos retiramos a los muros. Actualmente hemos interrumpido la circunvalación por lo numerosos que son los enemigos, y permanecemos inactivos —pues no podemos utilizar todo el ejército, dado que la guardia de los muros requiere a una parte de los hoplitas—; ellos, por su parte, han construido un muro sencillo en dirección transversal, de modo que ya no es posible circunvalarles, a menos de avanzar con un gran ejército y tomar el muro transversal. Así, nos ha sucedido que mientras creíamos sitiar a otros, somos nosotros los que sufrimos más bien esto, al menos por tierra; pues por causa de la caballería no nos adentramos mucho en la región.

12. Además, han enviado embajadores al Peloponeso para reclamar otro ejército, y Gilipo ha marchado a las ciudades de Sicilia para persuadir a los que ahora son neutrales a que se unan a ellos y para obtener si puede de los demás infantería y refuerzos para su escuadra. Planean, en efecto, según mis informes, hacer una intentona contra nuestros muros con su infantería, y al tiempo otra por mar. A ninguno de vosotros le parezca increíble que también por mar. Porque nuestra escuadra, como ellos saben bien, en un principio estaba en pleno esplendor por estar secas las naves y las tripulaciones intactas; mientras que ahora las naves hacen agua por encontrarse en el mar desde hace tanto tiempo, y las tripulaciones han sufrido mucho. Y no nos es posible sacar a tierra las naves y secarlas porque las del enemigo, que son dignas rivales de las nuestras, e incluso superiores en número, constantemente nos hacen temer que vendrán contra nosotros. Se las ve hacer prácticas navales, y la iniciativa está en manos de ellos y tienen más posibilidad para secar sus naves, puesto que no bloquean a nadie.

13. A nosotros apenas nos sería dado esto si cogiéramos gran sobra de naves y no nos viéramos obligados, como

ahora, a bloquearles con todas. Porque si aflojarnos nuestra vigilancia, aunque sea sólo un poco, no tendremos víveres, puesto que nos son traídos no sin dificultad pasando junto a Siracusa. En cuanto a las tripulaciones, han sufrido pérdidas y continúan sufriéndolas por lo siguiente. Parte de los marineros perece por buscar leña, hacer pillaje o traer agua de lejos; de entre los demás, los esclavos, desde que hemos llegado a una situación de equilibrio, desertan, y los extranjeros embarcados por la fuerza se escapan a las ciudades en cuanto pueden, en tanto que los que primero se dejaron convencer por una gran soldada y creyeron que iban a enriquecerse más que a luchar, ahora que ven una escuadra y los demás elementos de combate prestos contra nosotros en el lado enemigo, unos se marchan como desertores[7], otros como puede cada cual (pues Sicilia es muy extensa), y hay también algunos que comprando aquí mismo esclavos de Hícaras y convenciendo a los trierarcos a embarcarlos a cambio de ellos, han corrompido la disciplina de la escuadra.

14. Escribo a quienes lo saben ya que es breve el período de mayor eficiencia de una tripulación y son pocos los marineros que son capaces de poner en movimiento un trirreme y de remar al ritmo marcado. Lo peor de todo esto es que yo, que soy el general, no puedo impedir estos abusos —pues vuestro carácter es difícil de gobernar—, y, también, que no tenemos de dónde completar las tripulaciones, cosa que a los enemigos les es posible hacer en muchas partes, sino que es forzoso que de los hombres que trajimos salgan los que quedan y los que perdemos; porque las ciudades aliadas que tenemos ahora, Naxos y Catana, no están en estado de ayudarnos. En el caso de que el enemigo logre aún otra sola cosa, a saber, que las ciudades de Italia que nos suministran víveres, al ver en qué situación nos hallamos y en vista de que vosotros no nos

enviaís refuerzos, se pasen a ellos, conseguirán poner fin a la guerra sin librar batalla, obligándonos a capitular por hambre.

Podría comunicaros otras noticias más gratas que éstas, pero no más útiles, si es que es preciso que deliberéis enterados bien de la situación de aquí. Y como, además, conozco la manera de ser de vosotros, que queréis oír las palabras más agradables, pero hacéis inculpaciones después si hay algo que no resulta de conformidad con ellas, he considerado más seguro deciros la verdad.

15. Estad ciertos de que ni los soldados ni los jefes han desmerecido en las cosas para que vivimos; pero una vez que Sicilia se coaliga y que el enemigo espera un nuevo ejército venido del Peloponeso, deliberad ahora ya sabiendo que las tropas que hay aquí no son suficientes ni siquiera para los enemigos actuales, sino que es preciso o hacerlas regresar o enviar corno refuerzo otro ejército no inferior que comprenda infantería y naves de guerra, y además dinero en no pequeña cantidad, así como un sucesor para mí, pues no puedo continuar aquí por una enfermedad de los riñones. Os pido que tengáis indulgencia conmigo, pues en verdad, cuando estaba sano os he prestado muchos buenos servicios en las campañas que he mandado. Lo que vayáis a hacer, hacedlo tan pronto como comience la primavera y sin aplazarlo más, pues nuestros enemigos se procurarán en breve los recursos militares que obtienen en Sicilia y los procedentes del Peloponeso les llegarán con más demora, pero, sin embargo, si no prestáis atención, obtendrán una parte de ellos burlando vuestra vigilancia y otra antes de que la establezcáis».

16. Esto decía la carta de Nicias. Los atenienses, después de escucharla, no removieron a Nicias del mando, pero en tanto que fueron elegidos y llegaban a Sicilia otros generales que ejercieran el mando en unión suya, le dieron

por colegas dos generales elegidos en el ejército de allí, Menandro y Eutidemo, a fin de que no hubiera, enfermo como estaba, de llevar solo el peso de la guerra; además, decretaron el envío de otro ejército de tierra y de mar, reclutado entre los atenienses de la lista oficial[8] y entre los aliados. Eligieron para ejercer el mando con Nicias a Demóstenes, hijo de Alcístenes, y Eurimedonte, hijo de Tucles. A Eurimedonte le enviaron inmediatamente a Sicilia con diez naves en la época del solsticio de invierno, llevando ciento veinte talentos de plata y el encargo de anunciar a las tropas que llegarían refuerzos y que los atenienses no se olvidarían de ellas.

17. Demóstenes se quedó más tiempo preparando la expedición, con intención de hacerla con el comienzo de la primavera; pedía tropas a los aliados y se procuraba en Atenas dinero, trirremes y hoplitas. Los atenienses enviaron además veinte naves en torno al Peloponeso a fin de que cuidaran de que nadie navegara de Corinto y el Peloponeso a Sicilia. Sucedía que los corintios, al llegarles los embajadores y anunciarles que las cosas marchaban mejor en Sicilia, considerando que su anterior envío de los trirremes no había sido inoportuno, cobraron muchos más ánimos y se disponían a enviar hoplitas a Sicilia en barcos mercantes, y también los lacedemonios se preparaban a hacerlo desde el resto del Peloponeso. Los corintios armaron veinticinco trirremes a fin de intentar una batalla naval contra la escuadra de vigilancia de Naupacto y de que los atenienses de esta ciudad tuvieran más dificultad en impedir la navegación de los mercantes al tener que defenderse de trirremes corintios alineados frente a ellos.

18. Los lacedemonios, por su parte, preparaban una incursión en el Ática, cosa que habían resuelto hacer y a la que los siracusanos y corintios, desde que se enteraron del envío de refuerzos atenienses a Sicilia, les exhortaban a fin

de que dicho envío fuera estorbado al producirse la invasión. Además, Alcibíades aconsejaba insistentemente a los lacedemonios que fortificaran Decelia y no dejaran languidecer la guerra. Pero, sobre todo, en los lacedemonios había surgido una gran confianza porque pensaban que los atenienses, empeñados en dos guerras —contra ellos y contra los sicilianos—, serían más fáciles de vencer, y porque creían que los mismos atenienses habían sido los primeros en quebrantar el tratado de paz; pues en la guerra anterior la violación había sido más bien suya, ya que los tebanos habían atacado Platea en período de paz, y, a pesar de que estaba prescrito en el tratado anterior[9] no llevar las armas contra la otra parte si ésta quería someterse a arbitraje, ellos no se habían prestado a esto, aunque los atenienses propusieron el arbitraje. Pensaban que por esta razón tuvieron justamente mala fortuna, y se acordaban del desastre de Pilos y de los demás que habían sufrido. En cambio, una vez que los atenienses, partiendo de Argos con sus treinta naves[10], devastaron una parte del territorio de Epidauro y Prasias, así como otras regiones, y al propio tiempo se dedicaban al pillaje desde Pilos, y que cuantas veces se producía un desacuerdo respecto a los términos discutidos del tratado, nunca se prestaban a un arbitraje, a pesar de proponerlo los lacedemonios, a partir de entonces, éstos, considerando que ahora caía a cuenta de los atenienses la misma falta que ellos habían cometido la otra vez, se llenaron de ardimiento por la guerra. A lo largo de este invierno pidieron hierro a los aliados y reunieron las herramientas necesarias para la fortificación.

Y al mismo tiempo, con el fin de enviar refuerzos al ejército de Sicilia en los barcos de transporte, se los procuraban ellos mismos y obligaban a ello a los demás peloponesios. Y terminó el invierno, tocando a su fin el año decimoctavo de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

19. Tan pronto como comenzó la siguiente primavera[11], los lacedemonios y sus aliados invadieron el Ática; los mandaba Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Primeramente devastaron la comarca en torno a la llanura, y después procedieron a fortificar Decelia, repartiéndose la obra entre las diferentes ciudades. Decelia se halla a unos ciento veinte estadios de Atenas y a una distancia semejante [no mucho mayor] de Beocia. El fuerte era construido para atacar la llanura y las partes más fértiles del Ática [para devastarlas], y se divisaba desde la ciudad de Atenas. Así pues, los peloponesios del Ática y sus aliados estaban dedicados a la construcción del fuerte; y por aquellas mismas fechas los del Peloponeso se ocupaban en enviar a Sicilia en los mercantes los hoplitas: los lacedemonios hicieron una leva de los mejores hilotas y neodamodes[12], seiscientos hoplitas entre unos y otros con el espartano Ecrito por jefe; y los beocios, una de trescientos hoplitas, mandados por los tebanos Jenón y Nicón y el tespiense Hegesandro. Éstos son los primeros que de Laconia se hicieron a la mar, partiendo de Ténaron, y a continuación de ellos, los corintios enviaron no mucho después quinientos hoplitas, unos, procedentes del mismo Corinto, y otros, mercenarios arcadios; les dieron por jefe el corintio Alexarco. Los sicionios enviaron también en unión de los corintios doscientos hoplitas que mandaba Sargeo de Sición. En tanto, los veinticinco trirremes corintios que habían sido equipados durante el invierno, estaban anclados frente a los veinte atenienses de Naupacto, hasta que los hoplitas se hubieron alejado del Peloponeso en los mercantes, pues éste era el motivo por el cual habían sido equipados, a fin de que los atenienses no prestaran tanta atención a los mercantes como a los trirremes.

20. Entre tanto, en el tiempo de la fortificación de Decelia y tan pronto como llegó la primavera, los atenienses, por su

parte, enviaron treinta trirremes en torno al Peloponeso bajo el mando de Caricles, hijo de Apolodoro, el cual llevaba la orden de dirigirse a Argos y pedir en virtud de la alianza hoplitas argivos para las naves; y además, mandaron a Demóstenes a Sicilia, como pensaban, con setenta naves atenienses y cinco de Quíos, y con mil doscientos hoplitas de la lista oficial ateniense y todos los que se podían obtener de las islas, así como con todas las cosas útiles para la guerra que los demás aliados sometidos a tributo tenían, las cuales se procuraron de ellos. Se le ordenó que primeramente, al tiempo que costeaba el Peloponeso, realizara en unión de Caricles algunos ataques contra Laconia. Demóstenes arribó a Egina y aguardó a una parte de la flota, que se había quedado atrás, y a que Caricies embarcara a los argivos.

21. En Sicilia, en tanto, por las mismas fechas de esta primavera, Gilipo fue a Siracusa, llevando de las ciudades que logró convencer la tropa más grande que de cada una pudo. Y reuniendo a los siracusanos les dijo que había que equipar al mayor número de naves que pudieran y probar fortuna en un combate naval; pues esperaba que con él habían de obtener un resultado para la marcha de la guerra en proporción con el riesgo que corrieran. Hermócrates, sobre todo, le ayudaba a convencer a los siracusanos para que no se asustaran de atacar con la escuadra a los atenienses; les decía que tampoco éstos tenían su experiencia en la cosa naval como algo heredado de sus antepasados ni como una posesión para siempre, sino que eran en mayor medida que los siracusanos un pueblo continental y se habían visto forzados por causa de los medos a convertirse en marinos. Añadía que los que a su vez osaban arriesgarse contra hombres arriesgados cual los atenienses, eran los que a éstos les parecían más peligrosos; pues como emplean contra los atenienses el arma con que

éstos aterrorizan a los demás —algunas veces no les aventajan por su fuerza real, sino que les atacan con la audacia—, les puede suceder a ellos lo mismo que a sus enemigos. Afirmó también que sabía perfectamente que los siracusanos, al atreverse contra toda previsión a hacer frente a la flota ateniense, habían de lograr una ventaja superior, al asustarse aquéllos ante tal proceder, al daño que los atenienses con su experiencia pudieran inferir a la inexperiencia de los siracusanos. Así pues, debían poner a prueba su escuadra y no vacilar. En consecuencia, los siracusanos, aconsejados por Gilipo, Hermócrates y algunos otros, se decidieron a dar la batalla y equiparon las naves.

22. Gilipo, una vez que la escuadra estuvo presta, haciendo salir a favor de la noche a todo el ejército terrestre, se disponía a atacar por tierra los fuertes de Plemirion; y los trirremes de los siracusanos, simultáneamente y a una señal dada, treinta y cinco de ellos bogaron en línea recta desde el Gran Puerto, y cuarenta y cinco costearon desde el Pequeño Puerto, donde estaba su arsenal; su intención era unirse a los de dentro[13] y atacar juntos Plemirion, a fin de que los atenienses se desconcertaran por el doble ataque[14]. Los atenienses equiparon a su vez rápidamente sesenta trirremes, y con veinticinco de ellos lucharon contra los treinta y cinco trirremes siracusanos del Gran Puerto, mientras que con los demás hicieron frente a los que costeaban desde el arsenal. Inmediatamente se entabló el combate en la boca del Gran Puerto, y se hicieron frente durante mucho tiempo: los unos querían forzar la entrada y los otros se lo estorbaban.

23. Entre tanto, Gilipo, como los atenienses de Plemirion hubieran bajado a la orilla del mar y estuvieran pendientes del combate naval, antes de ser visto, cayó con la aurora repentinamente sobre los fuertes, y tomó primero el mayor y luego también los dos más pequeños, pues la guarnición no

resistió al ver que el más grande había sido tomado con facilidad. Los soldados del fuerte conquistado primero que pudieron alcanzar los barcos de carga pequeños y alguno mayor, se salvaron penosamente, siendo llevados al campamento (pues como los siracusanos llevaban la mejor parte con sus naves del Gran Puerto en el combate naval, fueron perseguidos por un trirreme muy rápido); pero cuando fueron tomados los dos fuertes, los siracusanos estaban ya en derrota, y los que huyeron de ellos costearon con más comodidad. Lo sucedido fue que los trirremes siracusanos que luchaban a la entrada del puerto, abriéndose paso entre las naves atenienses, penetraron sin orden alguno en él, y al embarullarse unos con otros, brindaron la victoria a los atenienses, que pusieron en fuga a estas naves y a las otras que les habían vencido primero en el puerto. Los atenienses hundieron once naves siracusanas y mataron a la mayor parte de sus tripulantes, salvo a los de tres de ellas, que hicieron prisioneros; a su vez, tres de entre sus propias naves fueron destruidas. Y tras sacar a tierra los pecios de la flota siracusana y de erigir un trofeo en el islote que está delante de Plemirion, se retiraron a su campo.

24. Ésta fue la fortuna de los siracusanos en la batalla naval; en cambio, ahora tenían en su poder los fuertes de Plemirion, y levantaron tres trofeos por su conquista. Uno de los dos fuertes que conquistaron últimamente lo demolieron, y los otros dos los reforzaron y los ocuparon con una guarnición. Fueron muchos los soldados que murieron o fueron hechos prisioneros en la torna de los fuertes, y fue cogido todo el equipo de guerra, que era mucho; pues como los atenienses utilizaban los fuertes como almacén había dentro mucho trigo y demás mercancías de los comerciantes, y también mucho material de los trierarcos; fueron cogidas cuarenta velas de trirreme con el aparejo

correspondiente, y tres trirremes que habían sido sacados a tierra. Pero lo que más y principalmente perjudicó al ejército ateniense fue la toma de Plemirion, pues en adelante era peligroso entrar en el puerto para llevar provisiones (los siracusanos lo estorbaban con sus naves, que anclaban allí, y la llegada de las mismas se realizaba en adelante mediando un combate naval), y además produjo en el ejército consternación y desánimo.

25. Después de esto los siracusanos despacharon doce trirremes al mando del siracusano Agatarco. Uno de ellos se dirigía al Peloponeso, conduciendo unos embajadores con el encargo de decir que su situación era esperanzadora y de acuciar a que la guerra de Grecia se llevara aún con mayor vigor; los once trirremes restantes navegaron con dirección a Italia, pues los siracusanos sabían que estaban en camino para los atenienses unos barcos de carga con equipo de guerra. Como sorprendieran a estos barcos, destruyeron la mayor parte, y prendieron fuego en el territorio de Caulonia a una partida de madera para construcciones navales que estaba preparada para los atenienses. A continuación fueron a Locros, y estando anclados allí entró en el puerto uno de los transportes que venían del Peloponeso, trayendo hoplitas de Tespias; los siracusanos les hicieron pasar a sus naves y emprendieron costeando el regreso a su ciudad. Los atenienses, que les aguardaban junto a Megara con veinte naves, apresaron una nave con su tripulación, pero no pudieron hacer lo mismo con las otras, sino que escaparon a Siracusa.

Además, en el puerto tuvo lugar una escaramuza por las estacas que los siracusanos habían clavado en el mar delante del arsenal viejo, con el fin de que sus naves anclaran dentro y los atenienses no pudieran ir contra ellas y averiarlas embistiéndolas. Los atenienses acercaron a las estacas un barco de diez mil talentos[15], que tenía torres de

madera y una borda elevada, y desde los botes arrancaban, con ayuda de cabrestantes, las estacas, después de sujetarlas con cables, o bien las sacaban rompiéndolas o las serraban buceando. Los siracusanos les lanzaban proyectiles desde el arsenal, y los del barco les contestaban; finalmente, los atenienses arrancaron la mayor parte de las estacas. Las más difíciles de ellas eran las invisibles; pues algunas las habían clavado de forma que no salieran fuera del agua, de manera que era peligroso acercarse por el temor de, al no verlas, destrozar la nave contra ellas como contra un escollo. Pero hasta éstas las serraron por una soldada unos nadadores que se sumergían bajo el agua. Sin embargo, los siracusanos volvieron a clavar estacas. También empleaban unos contra otros diferentes estratagemas, como era natural que sucediera estando los ejércitos poco distantes y frente a frente; y acudían a toda clase de escaramuzas y golpes de mano.

Los siracusanos enviaron además embajadores a Corinto, Ampracia y Esparta para que anunciaran la toma de Plemirion y que en la batalla naval habían sido derrotados no tanto por la superioridad del enemigo como por su propio desorden; además, habían de exponer que estaban esperanzados y pedir que les ayudaran con naves y tropas de tierra, porque se esperaba la venida de otro ejército ateniense, y si lograban aniquilar a tiempo el que ahora tenían, quedaría terminada la guerra. En esto estaban ocupados ambos contendientes en Sicilia.

26. En tanto Demóstenes, una vez que tuvo reunido el ejército que había de llevar consigo para marchar a Sicilia, levando anclas de Egina y navegando en dirección al Peloponeso, se reunió con Carnicles y las treinta naves atenienses; y embarcando ambos en sus naves hoplitas argivos, continuaron costeando hasta Laconia. Primeramente devastaron una parte del territorio de

Epidauro Limera y después, arribando a la costa de Laconia de enfrente de Citera, donde está el templo de Apolo, devastaron una parte de la región y fortificaron una lengua de tierra, a fin de que los hilotas de los lacedemonios se refugiaran allí y de que además hicieran pillaje desde aquel lugar, como desde Pilos, tropas irregulares. Una vez que hubo ayudado a apoderarse de la península, Demóstenes continuó inmediatamente hacia Corcira con intención de embarcar tropas de los aliados de aquella región y hacer cuanto antes el viaje a Sicilia; Caricles, por su parte, esperó a concluir la fortificación de la península y, dejando allí una guarnición, zarpó posteriormente también él con las treinta naves y en unión de los argivos, dirigiéndose a Atenas.

27. En este verano llegaron también a Atenas mil trescientos peltastas tracios, de los armados con sables, pertenecientes a la tribu de los díos, los cuales debían marchar con Demóstenes a Sicilia. Pero como llegaron tarde, los atenienses decidieron volver a enviarlos a Tracia, de donde habían venido. Les parecía, en efecto, muy costoso retenerlos para la guerra que los lacedemonios les movían desde Decelia, pues cobraban una dracma por día. En realidad, desde que Decelia fue primero fortificada por todo el ejército en este verano, y después era ocupada para hostilizar al Ática por guarniciones de las diversas ciudades, que se turnaban, causó muchos daños a los atenienses y les perjudicó tanto como lo que más por la destrucción de recursos materiales y pérdida de hombres que causó. Antes, en efecto, las invasiones, al ser de corta duración, no impedían hacer uso del país durante el resto del año; mientras que ahora, al estar instalados allí permanentemente los enemigos y atacar unas veces con más fuerzas y hacer otras un número adecuado de tropas correrías y actos de pillaje, como no podía ser menos[16], y, finalmente, al hallarse allí Agis, rey de los lacedemonios, que

no descuidaba la guerra, los atenienses sufrían grandes daños. Habían quedado privados de todo su territorio y habían hecho defección más de veinte mil esclavos, muchos de entre ellos artesanos, y además habían perdido todas las ovejas y bestias de carga; los caballos, como la caballería ateniense salía todos los días y hacía incursiones contra Decelia y montaba guardia en la región, unos se encojaban por el suelo rocoso y las continuas fatigas, y otros eran heridos.

28. Además, el transporte de los víveres desde Eubea, que antes se efectuaba más de prisa por tierra desde Oropo pasando por Decelia, resultaba muy caro al ser por mar, dando la vuelta a Sunion; la ciudad necesitaba importarlo todo por igual, y se convirtió en una fortaleza de una ciudad que era. Los atenienses, que de día montaban guardia junto a las almenas por relevos, y de noche lo hacían todos indistintamente salvo los jinetes —unos en los puestos de guardia y otros en la muralla—, hacían un duro servicio tanto en verano como en invierno. Lo que más pesaba sobre ellos es que sostenían dos guerras a la vez, y mostraron tal resolución que se pondría en duda antes de ponerse en acción si se conociese de oídas; sitiados ellos por los peloponesios mediante un fuerte que les amenazaba, ni aun así abandonaron Sicilia, sino que sitiaban allí en igual forma Siracusa, ciudad que por sí misma no era menor que Atenas, e hicieron equivocarse respecto a su fuerza y audacia a los griegos —en el comienzo de la guerra unos pensaban que resistirían un año; otros, que dos, y ninguno que un tiempo superior a tres años, si los peloponesios invadían su territorio— hasta tal punto, que al año decimoséptimo de la primera invasión enviaron la expedición a Sicilia, estando ya la ciudad agotada por la guerra en todos los aspectos, y se empeñaron en una guerra de no menor importancia que la que les hacía el Peloponeso. Por todas estas razones, en este

tiempo los atenienses tenían carencia de dinero por causa de Decelia, que les ocasionaba muchos daños, y de los demás gastos, que eran grandes, y fue por entonces cuando exigieron a sus vasallos, en vez del tributo, el 5 por 100 del importe del comercio marítimo, calculando que de este modo obtendrían más dinero; porque los gastos no eran iguales que antes, sino que se habían hecho mucho mayores, en la misma medida en que se había extendido la guerra, mientras que los ingresos disminuían[17].

29. Así, pues, despidieron inmediatamente a los tracios, que llegaron demasiado tarde para acompañar a Demóstenes, pues por la presente falta de recursos no querían gastar en ellos; encargaron de llevarlos a su país a Diítrefes, y le dijeron que durante el viaje (pues marchaban atravesando el Euripo) causara con ellos algún daño al enemigo, si podía. Diítrefes les hizo desembarcar en el territorio de Tanagra y realizó rápidamente una incursión de pillaje; luego, al anochecer, atravesó el Euripo desde Cálcide de Eubea y, desembarcándolos en Beocia, los condujo contra Micaleso. A la noche vivaqueó sin ser visto junto al templo de Hermes, que dista de Micaleso unos dieciséis estadios; y con el día se aproximó a la ciudad, que no era grande, y la tomó por sorprender a sus habitantes desprevenidos y sin esperar que nadie les atacara, internándose tan lejos desde el mar; la muralla era débil y estaba caída en algunas partes, siendo poco elevada en las demás, y las puertas se encontraban abiertas por ignorancia del peligro. Irrumpieron, pues, los tracios en Micaleso y comenzaron a saquear las casas y los templos y a matar a la población sin respetar ni a los viejos ni a los niños, sino que daban muerte a todo el que encontraban, incluso a las mujeres, y además a las bestias de carga y a cualquier otro animal que veían. Los tracios, en efecto, cuando se creen seguros, son muy sanguinarios, tanto como los que más de

entre los bárbaros. En esta ocasión, entre otros grandes crímenes y toda clase de matanzas, los tracios penetraron en una escuela de niños, la mayor de la población, en la que los niños acababan de entrar, y los mataron a todos. Así cayó sobre la ciudad entera una catástrofe no inferior a ninguna e imprevista y cruel más que cualquier otra.

30. Enterados los tebanos, acudieron en socorro y, encontrando a los tracios cuando ya se habían retirado un corto trecho, les quitaron el botín y, poniéndoles en fuga, les persiguieron hasta el Euripo [y el mar], donde tenían anclados los barcos que les habían llevado. Al embarcarse es cuando los tebanos mataron a mayor número de ellos, pues no sabían nadar, y los tripulantes de los barcos, al ver lo que ocurría en tierra, los habían anclado fuera del alcance de las flechas; en el resto de la retirada, los tracios se defendieron no sin habilidad contra la caballería tebana, que es la que primero cayó sobre ellos, adelantándose a la carrera y volviendo a reagruparse según su táctica peculiar, y en esta maniobra fueron pocos los que perecieron. También murieron algunos tracios en la propia ciudad al ser sorprendidos allí dedicados al pillaje. En total perecieron doscientos cincuenta tracios de los mil trescientos. A su vez dieron muerte a unos veinte jinetes y hoplitas de los tebanos y de los demás beocios que acudieron en socorro, entre ellos al beotarca tebano Escirfondas[18]; y murió también una parte de la población de Micaleso que, para la importancia de la ciudad, sufrió un desastre tan digno de ser llorado como cualquier otro de la guerra.

31. Entre tanto Demóstenes, que entonces navegaba hacia Corcira después de haber construido el fuerte de Laconia, echó a pique un transporte anclado en Fía de Élide en el que iban a hacer el viaje a Sicilia los hoplitas corintios, los cuales, sin embargo, escaparon y fueron posteriormente en otro barco. Después de esto, Demóstenes, una vez

llegado a Zacinto y Cefalenia, tomó bajo su mando un cierto número de hoplitas y pidió otros a los mesenios de Naupacto; luego pasó a la región de Acarnania, que está enfrente, esto es, a Alizea y Anactorion, que estaban en poder de los atenienses. Estando él allí llegó de regresa de Sicilia Eurimedonte, que en la ocasión mencionada[19], en pleno invierno, había sido enviado a Sicilia con dinero para el ejército, y que ahora anunció, entre otras cosas, que ya en plena navegación se había enterado de que Plemirion había sido tomado por los siracusanos. También llegó allí Conón[20], comandante de Naupacto, que les comunicó que las veinticinco naves corintias ancladas frente a los atenienses no deponían su actitud y se disponían a empeñar combate; así pues, les pidió que le enviaran algunas naves, pues las dieciocho suyas no eran suficientes para luchar con las veinticinco de ellos. Demóstenes y Eurimedonte enviaron con Conón las diez naves más marineras que tenían [de las suyas] para añadirse a las de Naupacto; y ellos se dedicaron a reunir tropas; Eurimedonte, yendo a Corcira, pidió a la ciudad que equipara quince naves y levó hoplitas (no volvió a Atenas y compartía ya el mando con Demóstenes en virtud de su elección) mientras Demóstenes reunía honderos y lanzadores de dardos en la región de Acarnania.

32. Los embajadores que después de la toma de Plemirion habían ido de Siracusa a las ciudades de la isla, las convencieron y, tras reunir un ejército, se disponían a conducirlo a Siracusa; pero Nicias se enteró a tiempo y mandó aviso a los sículos aliados suyos que vivían en el camino que habían de seguir —a los de Centoripas, Midas y otros más— de que no dejaran pasar a los enemigos, sino que, juntándose todos, les impidieran atravesar su territorio, pues no habían de intentar siquiera hacerlo por otro sitio, ya que los acragantinos no les permitían marchar a través del suyo. Cuando los sicilianos[21] estaban en plena marcha, los

síclos les tendieron una emboscada, según les habían dicho los atenienses, y cogiéndoles desprevenidos mataron a unos ochocientos y a todos los embajadores salvo al corintio; éste condujo a Siracusa a los que escaparon, unos mil quinientos hombres.

33. Por los mismos días llegaron también en ayuda suya los camarinenses, en número de quinientos hoplitas, trescientos lanzadores de dardos y trescientos arqueros. Además, los gelenses enviaron una flota de cinco naves, cuatrocientos lanzadores de dardos y doscientos jinetes. Porque casi todos los sicilianos salvo los acragantinos, que eran neutrales, se unieron a los siracusanos contra los atenienses y acudieron en su ayuda, mientras que al principio estaban a la expectativa.

Los siracusanos, en vista del desastre que habían sufrido en el país de los síclos, renunciaron a atacar inmediatamente a los atenienses; y Demóstenes y Eurimedonte, como ya estaba a punto el ejército levado en Corcira y en el continente, atravesaron el mar Jónico con todas sus fuerzas llegando al cabo de Yapigia. Partiendo desde allí, se detuvieron en las islasQuérades, en Yapigia, y embarcaron en la escuadra unos ciento cincuenta lanzadores de dardos yapigios, pertenecientes a la tribu de los mesapios; y tras renovar con Artas, jefe que les procuró los lanzadores de dardos, un antiguo pacto de amistad, llegaron a Metapontion, en Italia[22]. Allí convencieron a los metapontios a que mandaran con ellos en virtud de la alianza[23] trescientos lanzadores de dardos y dos trirremes; y haciéndose cargo de estas fuerzas, costearon hasta Turios. Se encontraron con que recientemente los enemigos de los atenienses habían sido expulsados de la ciudad en una revolución; y deseosos de, reuniendo allí todo el ejército, ver así si se había quedado alguien atrás y además persuadir a los de Turios a hacer la campaña con ellos con el máximo

empeño y, en vista de la situación en que se encontraban[24], tener los mismos amigos y enemigos que los atenienses, permanecieron algún tiempo en Turios ocupados en estas cosas.

34. Por estas mismas fechas, los peloponesios de las veinticinco naves que anclaban ante las naves atenienses de Naupacto para facilitar el viaje a Sicilia de los transportes, hicieron sus preparativos para un combate naval y, equipando otras nuevas naves, de forma que quedaron con pocas menos que los atenienses, anclaron en Erineon de Acaya, en el territorio de Ripas. Como el lugar en que anclaban tenía forma de un creciente de luna, el ejército de tierra de los corintios y de los demás aliados, acudiendo en ayuda de la flota, se colocó a ambos lados en los promontorios que penetraban en el mar, en tanto que las naves ocupaban el espacio intermedio, cerrando la entrada; mandaba la flota el corintio Poliantes. Los atenienses marcharon contra ellos desde Naupacto al mando de Dífilo con treinta y tres naves[25]. Los corintios primero se mantuvieron quietos, pero cuando pareció llegado el momento, fue levantada la señal y se lanzaron contra los atenienses, entablando el combate. Durante mucho tiempo se hicieron frente unos a otros, siendo destrozadas tres naves de los corintios, mientras que de los atenienses no se hundió ninguna, pero quedaron inutilizadas unas siete, embestidas de frente y averiadas en el extremo de la proa por las naves corintias, que con este objeto precisamente tenían las serviolas[26] más gruesas. Después de un combate equilibrado y de tal suerte que ambos pretendieron haber vencido —sin embargo, los atenienses se apoderaron de los pecios por empujarlos hacia el mar el viento y porque los corintios ya no se los disputaron—, se separaron unos de otros y no hubo persecución ni fueron hechos prisioneros a ninguno de los dos bandos; pues los corintios y

peloponesios, cómo luchaban junto a tierra, se ponían a salvo, en tanto que no se hundió ninguna nave ateniense. Una vez que los atenienses regresaron a Naupacto, los corintios erigieron inmediatamente un trofeo como vencedores, porque habían inutilizado más naves enemigas y consideraban que no habían sido vencidos por la misma razón por la que los atenienses no creían haber vencido: los corintios pensaron haber quedado vencedores, en vista de que no habían sido vencidos con mucha diferencia, mientras que los atenienses consideraban que estaban derrotados siempre que no eran vencedores con mucha ventaja. Sin embargo, una vez que se alejó la escuadra peloponesia y que su ejército terrestre se dispersó, los atenienses levantaron ellos también un trofeo en Acaya como vencedores, a una distancia de unos veinte estadios de Erineon, donde anclaban los corintios. Así terminó la batalla naval.

35. Entre tanto, Demóstenes y Eurimedonte, una vez que los de Turios se hubieron decidido a acompañarles en la expedición con setecientos hoplitas y trescientos lanzadores de dardos, dispusieron que la flota costeara en dirección al territorio de Crotona, y ellos, después de revistar todo el ejército de tierra junto al río Síbaris, le condujeron a través del territorio de Turios. Pero cuando llegaron al río Hilias y los crotoniatas les comunicaron por medio de un enviado que no sería de su agrado que el ejército marchara a través de su territorio, descendieron a la orilla del mar, en la desembocadura de Hilias, vivaqueando en aquel lugar, y la flota fue allí a su encuentro. Al día siguiente se embarcaron y marcharon costeando, deteniéndose en las ciudades excepto en Locros, hasta que llegaron a Petra; en el territorio de Region.

36. En tanto los siracusanos, enterados de la venida de los atenienses, quisieron de nuevo intentar la batalla con la

flota y con las fuerzas de tierra que habían estado reuniendo con este mismo fin, deseando anticiparse a su llegada. Armaron las naves en los demás aspectos de la forma en que, a juzgar por la anterior batalla, veían que tendrían más éxito, y además acortaron las proas de las naves, haciéndolas más resistentes, y pusieron en ellas serviolas muy gruesas, fijando bajo ellas en los flancos de las naves unos arbotantes de unos seis codos entre la parte de dentro y la de fuera[27]; de esta misma forma habían los corintios reforzado sus naves por la proa y combatido contra las de Naupacto. La razón de estas medidas está en que los siracusanos pensaban que en la lucha contra las naves de los atenienses, que no estaban construidas igual para hacerles frente, sino que tenían endeble la parte de la proa porque no acostumbraban tanto a embestir con el espolón proa contra proa como desviándose a un lado[28], tendrían ventaja; y, además, que al darse en el Gran Puerto la batalla, habría de ser librada en un espacio pequeño para tan gran número de naves, y sería favorable para ellos; pues embistiendo proa contra proa destrozarían la parte delantera de las naves atenienses al golpear con sus espolones, sólidos y gruesos, los de ellos, delgados y débiles[29]. Por otra parte, los atenienses —pensaban— no tendrían posibilidad en aquella angostura de envolverlos o romper su línea[30], que eran las tácticas en que más confianza tenían; pues ellos estorbarían en lo posible lo uno [la rotura de la línea], mientras que la angostura del puerto impediría lo otro, o sea el movimiento envolvente. Proyectaban emplear principalmente la táctica que antes era considerada como una impericia de los pilotos, el embestir proa contra proa; pues de esta forma es como —creían ellos— tendrían mayor superioridad, ya que si los atenienses eran forzados a retroceder, el remar hacia atrás no lo harían en dirección a ningún otro sitio que la costa, y precisamente una costa

situada a poca distancia y poco extensa, esto es, la inmediata a su propio campamento; el resto del puerto sería de ellos. Si los atenienses eran forzados a retirarse, al coincidir en un espacio pequeño y el mismo para todos, chocarían unos contra otros y se originaría un gran desorden (que es lo que más perjudicaba a los atenienses en todas las batallas navales, por no poder retirarse remando hacia atrás a cualquier punto del puerto, como los siracusanos); y no podrían rebasarlos por los lados y dirigirse hacia el mar libre, por poder ellos a su arbitrio entrar desde el mar y retirarse allí remando hacia atrás, y, sobre todo, porque Plemirion iba a ser enemigo de los atenienses y la boca del puerto no era grande.

37. Los siracusanos, haciéndose estos cálculos a la vista de sus conocimientos navales y de las fuerzas de que disponían y más confiados ya por causa del combate naval precedente, lanzaron un ataque con la flota y las fuerzas de tierra simultáneamente. Con alguna anticipación, Gilipo sacó las tropas de la ciudad y las llevó junto al muro de los atenienses, a la parte del mismo que miraba a la ciudad; y las fuerzas del Olimpieon —los hoplitas que allí había y la caballería y las tropas ligeras de los siracusanos— se aproximaron al muro en la otra dirección; e inmediatamente después, las naves de los siracusanos y de sus aliados avanzaron contra las de los atenienses. Éstos, creyendo primero que el enemigo sólo atacaría con las tropas de tierra y viendo después que también las naves se lanzaban repentinamente contra ellos, se llenaron de confusión; una parte de ellos se apostó en los muros y delante de ellos para hacer frente a los atacantes; otros salieron al encuentro de la nutrida caballería y los lanzadores de dardos que se echaban encima velozmente desde el Olimpieon y el exterior de la ciudad, y otros, finalmente, subieron a las naves o acudieron a la playa para ayudar desde allí. Cuando

las tripulaciones estuvieron embarcadas, los atenienses llevaron al encuentro con los siracusanos setenta y cinco naves; las de éstos eran unas ochenta.

38. Hasta muy avanzado el día se atacaron o retrocedieron probando las fuerzas del contrario, y ni unos ni otros pudieron obtener ninguna ventaja digna de mención, salvo que los siracusanos hundieron una o dos de las naves atenienses; después se separaron, y al propio tiempo las fuerzas de tierra se retiraron a los muros.

Al día siguiente los siracusanos se mantuvieron inactivos, sin dar señal de qué cosa iban a hacer posteriormente; y Nicias, viendo que la batalla naval había resultado igualada y esperando que los siracusanos volverían al ataque, obligó a los trierarcos a reparar las naves que habían sufrido avería, e hizo anclar a unos transportes ante la estacada que los atenienses habían establecido en el mar delante de las naves para hacer las veces de un puerto cerrado. Colocó los transportes a una distancia unos de otros de unos dos pletros[31], a fin de que si alguna nave era forzada a retroceder, pudiera refugiarse allí sin peligro y luego volver a salir con toda comodidad. Los atenienses pasaron toda la jornada hasta la noche haciendo estos preparativos.

39. Al día siguiente, los siracusanos atacaron a los atenienses más temprano, pero con igual estrategia por parte de sus fuerzas de tierra y mar; y disponiendo unos y otros en igual forma las flotas frente a frente, estuvieron de nuevo buena parte del día probando las fuerzas del contrario, hasta que el corintio Aristón, hijo de Pírrico, que era el mejor piloto de la flota siracusana, persuadió a los jefes de la misma a enviar un mensaje a los que en Siracusa tenían la magistratura correspondiente, ordenándoles que trasladaran cuanto antes el mercado a la orilla del mar y obligaran a todos los vendedores a llevar y vender todos los comestibles que tuvieran, a fin de desembarcar allí los

marineros, comer junto a las naves y atacar de nuevo en breve espacio a los atenienses aquel mismo día, cogiéndoles desprevenidos.

40. Los jefes, convencidos por él, enviaron un mensajero, y el mercado quedó instalado; entonces los siracusanos comenzaron de repente a remar hacia atrás en dirección a la ciudad, y desembarcando allí, comieron en seguida. Los atenienses, en tanto, pensando que se volvían a la ciudad considerándose derrotados por ellos, desembarcaron con toda calma y se ocuparon de otras varias cosas necesarias y también de la comida, en la creencia de que aquel día ya no habría más batalla naval. Pero, de repente, los siracusanos embarcaron su gente y se dirigieron de nuevo contra ellos, y los atenienses, en medio de una gran confusión y sin haber comido la mayoría, se embarcaron en desorden y al fin se hicieron a la mar con mucho trabajo. Durante cierto tiempo, ni unos ni otros atacaron, manteniéndose a la defensiva; pero luego, los atenienses no consideraron conveniente demorarse más y agotarse a sí mismas de fatiga por culpa propia, sino, al contrario, atacar cuanto antes; y lanzándose contra el enemigo con gritos de ánimo, entablaron la batalla. Los siracusanos les hicieron frente y, atacando con sus naves proa contra proa, como habían planeado, con los espolones reforzados averiaban la parte delantera de las naves de los atenienses en una gran extensión, en tanto que los que lanzaban dardos desde los puentes causaban grandes daños a los atenienses, y mucho mayores aún los siracusanos que en botes ligeros navegaban en torno a sus naves, los cuales, ya metiéndose debajo de los remos, ya marchando contra su flanco[32], disparaban dardos contra los marineros.

41. Finalmente, los siracusanos, que combatieron con gran encarnizamiento empleando esta táctica, vencieron, y los atenienses, virando en redondo, huyeron a través de los

transportes a su fondeadero. Las naves siracusanas les persiguieron hasta los transportes; pero al llegar allí, las vergas provistas de delfines que estaban suspendidas desde los transportes sobre los accesos del fondeadero, les impidieron continuar[33]. Y así, las naves de los siracusanos que, enardecidas por la victoria, se acercaron, fueron destrozadas y una de ellas fue apresada con toda la tripulación. Seguidamente, los siracusanos, después de haber hundido siete naves de los atenienses y averiado otras muchas y de haber hecho prisioneros a la mayor parte de los tripulantes de las mismas y matado a otros, se retiraron; luego levantaron trofeos por ambas batallas navales y en adelante tuvieron ya completa seguridad de ser muy superiores por mar y confiaban también en derrotar al ejército de tierra. Así pues, los siracusanos comenzaron sus preparativos para atacar de nuevo por tierra y por mar.

42. Entre tanto llegaron Demóstenes y Eurimedonte con la expedición de socorro enviada por los atenienses, que estaba formada por unas setenta y tres naves contando las extranjeras, cosa de cinco mil hoplitas atenienses y aliados, un gran número de lanzadores de dardos griegos y bárbaros, y honderos, arqueros y material en la cuantía adecuada. Los siracusanos y sus aliados sufrieron de momento una gran consternación, preguntándose si no llegarían nunca a librarse del peligro, al ver que, a pesar de la fortificación de Decelia, no por ello dejaba de venir un ejército igual o semejante al primero, y que el poderío de Atenas se mostraba grande en todas partes; y el primer ejército de los atenienses recobró el ánimo después de tantas calamidades. Y viendo Demóstenes en qué situación estaban las cosas y pensando que no era posible perder tiempo y exponerse a sufrir lo que le había pasado a Nicias (pues Nicias en el momento de llegar infundió temor, pero al no atacar inmediatamente a Siracusa e invernar en Catana, fue

menospreciado y Gilipo tuvo tiempo de llegar con su ejército, que ni siquiera hubieran llamado en su ayuda los siracusanos si Nicias hubiera atacado al punto; pues creyendo ser suficientes ellos mismos, se habrían enterado de que eran inferiores en el momento en que hubieran quedado ya circunvalados, de modo que aunque le hubieran llamado, no les habría sido ya de utilidad como antes), haciéndose, pues, Demóstenes estas reflexiones y dándose cuenta de que también él era ahora en el primer día cuando más temible resultaba para el enemigo, quiso explotar rápidamente el miedo actual a su ejército. Y viendo que el muro transversal de los siracusanos, con el cual habían impedido que los atenienses les circunvalaran, era sencillo y que si se apoderaban de la subida de las Epípolas y del campamento instalado en ellas, sería tomado con facilidad (pues nadie les haría frente siquiera), tenía prisa por hacer el intento y consideraba que era [ésta] la manera más rápida de poner término a la guerra; pues o conquistaría Siracusa, o se llevaría de allí el ejército y no agotaría en vano al cuerpo expedicionario ateniense y a la ciudad entera. Así pues, los atenienses primeramente, haciendo una incursión, devastaron junto al río Anapo el territorio de los siracusanos e, igual que al principio, tenían superioridad con su ejército, tanto con el de tierra como con el de mar (pues los siracusanos no salían a su encuentro ni allí ni aquí salvo con los jinetes y lanzadores de dardos desde el Olimpieon).

43. A continuación, Demóstenes decidió tantear primero el muro transversal con ingenios de guerra. Pero como éstos, cuando los empleó, fueron quemados por los enemigos que se defendían desde el muro, y los atenienses fueron rechazados al atacar con el resto del ejército en varios puntos, pensó que ya no debía demorarse más, sino que, convenciendo a Nicias y a los demás generales, preparó

como proyectaba el ataque a las Epípolas. De día, parecía imposible acercarse al muro y escalarlo pasando inadvertidos; por ello, tras pedir víveres para cinco días y tomar consigo todos los albañiles y carpinteros y el material —flechas y todo lo demás de que tendrían necesidad, si vencían, para continuar la construcción de su muro—, a la hora del primer sueño él mismo, Eurimedonte y Menandro marcharon con todo el ejército hacia las Epípolas, quedándose Nicias en los muros. Una vez que llegaran a las Epípolas por el Euríelo, por donde había subido la vez primera el anterior ejército ateniense, no fueron vistos por la guarnición siracusana y tomaron al asalto el fuerte siracusano que había allí y mataron a algunos soldados; pero la mayoría escapó inmediatamente hacia los campamentos[34] —había tres en las Epípolas: uno de los siracusanos, otro de los demás sicilianos y el tercero de los aliados—, llevando noticia del ataque, y se la dieron también a los seiscientos siracusanos que eran la primera guardia de aquella zona de las Epípolas. Éstos acudieron en seguida, y Demóstenes y los atenienses lucharon con ellos, y aunque se defendían con vigor, los pusieron en fuga. Este cuerpo ateniense continuó avanzando, a fin de aprovechar el impulso que llevaba y no retrasarse en alcanzar los objetivos de su ataque; y, en tanto, otras tropas comenzaron inmediatamente a tomar el muro transversal de los siracusanos, sin que el enemigo presentara resistencia, y a arrancar las almenas. Por su parte, los siracusanos, sus aliados y Gilipo y los suyos acudieron desde los fuertes avanzados[35]; mas como aquel audaz ataque nocturno había sobrevenido inesperadamente para ellos, acometieron a los atenienses llenos de miedo y, rechazados por ellos, retrocedieron primeramente. Pero como los atenienses avanzaran ahora ya con mayor desorden por considerarse vencedores y querer atravesar cuanto antes a través de las

fuerzas enemigas que aún no habían entrado en combate, a fin de que no se reagruparan al ceder ellos en el ataque, los beocios les hicieron frente los primeros y lanzándose contra ellos les hicieron volver las espaldas y los pusieron en fuga.

44. A partir de este momento los atenienses quedaron en una situación de gran confusión y perplejidad, tanto que no me ha sido fácil enterarme ni por unos ni por otros de qué modo sucedió cada fase del combate. Porque durante el día las cosas que suceden son más visibles y, sin embargo, los testigos presenciales apenas las saben todas, con excepción de lo que sucedió cerca de cada cual; y en una batalla nocturna, la única entre grandes ejércitos que tuvo lugar durante esta guerra, ¿cómo podría nadie saber nada con exactitud? Había en verdad luna clara y se veían unos a otros como es lo normal cuando hay luna, esto es, podían distinguir la silueta del cuerpo, pero era inseguro el reconocimiento de los soldados propios. Grande era el número de hoplitas de ambos bandos que luchaban en un espacio reducido. Y una parte de los atenienses estaba ya vencida en tanto que otros avanzaban aún en el primer impulso sin conocer la derrota. Del resto del ejército, una parte numerosa acababa de subir a las Epípolas y otra estaba subiendo, de modo que estas tropas no sabían adónde debían acudir; porque la vanguardia, una vez que se hubo producido la fuga, estaba ya toda llena de confusión y era difícil de distinguir por causa del griterío. Sucedía que los siracusanos y sus aliados, que estaban victoriosos, se daban ánimos con grandes voces, pues era imposible en la noche comunicarse de otra manera, y al mismo tiempo recibían a pie firme a los atacantes; y en tanto los atenienses se buscaban unos a otros y consideraban enemigos a todos los que venían de frente a ellos, aunque fueran tropas propias de los que ya estaban en fuga; y como preguntaban con frecuencia la consigna, producían entre los

suyos una gran confusión al preguntarla todos al tiempo, y la revelaron así al enemigo; en cambio, ellos no sabían la de los otros, porque como eran vencedores y no estaban dispersos, se desconocían menos, de modo que si los atenienses se encontraban con fuerzas superiores con una tropa enemiga, se les escapaban fácilmente por conocer la consigna; y en cambio si ellos no contestaban, eran destrozados. Pero lo que más y principalmente les causó daños fue el canto del peán; pues como el de ambos bandos era semejante, les ponía en perplejidad: cuando entonaban el peán los argivos, corcirenses y los demás dorios que iban al lado de los atenienses, producían temor a los atenienses, y los enemigos igual. De suerte que, finalmente, una vez que cundió la confusión, se encontraron unos con otros en muchos puntos del ejército —amigos con amigos y ciudadanos con ciudadanos— y no sólo se causaron miedo, sino que llegaron a las manos y eran separados sólo con dificultad. Muchos, al verse perseguidos, se arrojaban por los escarpes y perecían, pues la bajada de las Epípolas era estrecha, y una vez que los que salvaban de arriba bajaban al llano, los más de ellos, sobre todo los que pertenecían a la primera expedición, alcanzaban el campamento, por su mejor conocimiento del país; pero los que llegaron después, algunos equivocaban los caminos y se extraviaban en la comarca; a éstos, cuando se hizo de día, los destrozó la caballería de los siracusanos, que batía los campos.

45. Al día siguiente, los siracusanos erigieron dos trofeos en las Epípolas, por donde tuvo lugar la subida de los atenienses y en el lugar en que los beocios hicieron frente por primera vez; y los atenienses recogieron sus muertos en virtud de una tregua. Murieron no pocos de ellos y de sus aliados, pero, sin embargo, les fueron cogidas más armas que en proporción a los muertos; pues los que se vieron

forzados a saltar de los escarpes sin armas [ni los escudos], unos murieron, pero otros se salvaron.

46. Después de esto los siracusanos, cobrando de nuevo ánimos corno tras un éxito inesperado, enviaron a Sicano con quince naves a Acragante, donde había luchas internas, a fin de que si podía ganara a la ciudad para su bando; y Gilipo marchó de nuevo por tierra a las otras regiones de Sicilia para traer más tropas, pues confiaba en tomar al asalto los muros de los atenienses, ahora que la batalla de las Epípolas había tenido aquel resultado.

47. Entre tanto, los generales atenienses deliberaban a la vista de la derrota sufrida y de la completa desmoralización del ejército. Veían, en efecto, que sus tentativas no tenían éxito y que los soldados llevaban mal la prolongación de su estancia en Sicilia, pues les abrumaban las enfermedades, tanto porque era la época del año en que más las padecen los hombres[36], como porque el lugar en que acampaban era pantanoso y malsano; y, además, la situación se les presentaba corno desesperada. En vista de ello, Demóstenes era de la opinión de que no debía continuarse allí, sino que, como había pensado cuando lo arriesgó todo en el ataque contra las Epípolas, una vez que hubo fracasado, votaba por marcharse y no demorarse más mientras era posible todavía cruzar el mar y tener superioridad naval, por lo menos con ayuda de las naves llegadas últimamente. Afirmó que era más útil para la ciudad que hicieran la guerra contra el enemigo que se fortificaba en su territorio que contra los siracusanos, que no era ya fácil subyugar; tampoco era lógico que continuaran el asedio gastando en vano mucho dinero.

48. Ésta era la opinión de Demóstenes; Nicias, por su parte, pensaba también él que la situación de los atenienses era desfavorable, pero no quería manifestar de palabra su debilidad, ni que, votando ellos públicamente[37] la retirada

en unión de otros muchos, los enemigos se enteraran de ello; pues en ese caso sería mucho menos fácil que al hacerla pasasen inadvertidos a los siracusanos. Además, la situación del enemigo, por las informaciones que en mayor medida que los demás generales tenía sobre ellos, dejaba alguna esperanza de que llegaría a ser peor que la suya si persistían en mantener el asedio; pues llegarían a agotarles por causa de su falta de dinero, y más siendo los atenienses dueños del mar más que antes con las naves de que disponían. Además, en Siracusa había un partido que quería entregar la ciudad a los atenienses y que le enviaba mensajes y le instaba a no levantar el campo. Conocedor de todo esto, en realidad vacilaba y examinaba las probabilidades, pero en las palabras que pronunció se negó a retirar el ejército. Sabía bien —dijo— que los atenienses no aprobarían que los generales se hubieran retirado sin votarlo ellos previamente. Pues, en verdad, los que votaran sobre los generales no iban a informarse de la situación real viéndola como ellos en vez de conocerla de oídas por las críticas de otros, sino que se dejarían convencer por las calumnias que profiriera cualquiera elocuentemente. Dijo, además, que la mayoría de los soldados presentes allí, que ahora se quejaban a gritos de que se hallaban en una situación desesperada, en cuanto llegaran a Atenas gritarían lo contrario, que los generales se retiraron haciendo traición por dinero. Conociendo el carácter de los atenienses, él por lo menos no quería morir injustamente por obra suya bajo una acusación infamante, sino, antes que eso, sufrir después de luchar la misma suerte, si era preciso, a manos de los enemigos, y sin intervención de Atenas. Aseguró también que la situación de los siracusanos era a pesar de todo aún peor que la de ellos; pues como mantenían tropas extranjeras a sueldo y al mismo tiempo gastaban en los fuertes y, todavía, en sostener una gran flota hacía ya un

año, se encontraban en gran apuro y, con el tiempo, llegarían a estar perdidos; pues ya habían gastado dos mil talentos y debían muchos todavía; pero si licenciaban alguna parte de su ejército actual por no poder mantenerla, su causa se vendría abajo, pues dependía más de mercenarios que del reclutamiento forzoso, como la de los atenienses. Así, pues, había que agotarles continuando el asedio y no retirarse derrotados por el dinero, cosa en la cual eran muy superiores.

49. Nicias manifestó esta opinión y la mantuvo, conociendo muy bien la situación de Siracusa, tanto la escasez de dinero como que existía allí un partido que quería que los atenienses se adueñaran de la ciudad y que le enviaba mensajeros para que no se retirara, y, al mismo tiempo, reafirmado en su antigua confianza en la flota[38]. En cambio, Demóstenes en modo alguno estaba de acuerdo en continuar el asedio; y si era preciso no retirar el ejército sin un decreto de los atenienses, sino agotar a los siracusanos permaneciendo allí, dijo que debían hacerlo levantando el campo y yendo a Tapso o a Catana; desde allí podrían, haciendo incursiones con las tropas de tierra contra muchas partes del país, procurarse subsistencias devastando los campos del enemigo y causarle daños; y, además, luchar con la flota en mar abierto y no en un lugar angosto que favorecía más al enemigo, sino en uno espacioso, en el cual las ventajas de la experiencia naval estarían de su lado y podrían realizar sus retiradas y sus ataques sin partir o recogerse a un fondeadero pequeño y bien terminado. Y, en resumen, dijo que en forma alguna le placía continuar en el mismo sitio, sino levantar el campo cuanto antes y no perder tiempo. Euridemonte, de su parte, apoyaba las palabras de Demóstenes. Pero como Nicias le combatía, hubo vacilación y dilación y al mismo tiempo sospecha de que Nicias insistiera por tener conocimiento de

algo desconocido a los otros. De esta manera los atenienses aplazaron la decisión y permanecieron allí.

50. En tanto, regresaron a Siracusa Gilipo y Sicano: Sicano, fracasado en ganar a Acragante (pues, estando él aún en Gela, el partido favorable a los siracusanos fue expulsado de la ciudad); y Gilipo, trayendo otro nutrido ejército procedente de Sicilia y, además, los hoplitas que habían sido enviados desde el Peloponeso en la primavera en los barcos de transporte y que habían llegado a Selinunte desde Libia. Llevados a Libia por las tempestades, los habitantes de Cirene les dieron dos trirremes y un piloto para el viaje; en su navegación costera de África lucharon al lado de los evesperitas[39], sitiados por los libios, y derrotaron a éstos, costeando desde allí hasta Neápolis[40], puerto comercial cartaginés que es desde donde Sicilia está a menor distancia —dos días y una noche de navegación—, y, atravesando el mar desde allí, arribaron a Selinunte. Tan pronto como llegaron, los siracusanos se prepararon para lanzarse de nuevo a un doble ataque con las naves y las tropas de tierra; y los generales de los atenienses, viendo que un nuevo ejército había reforzado al enemigo y que al mismo tiempo su situación no mejoraba, sino que cada día era peor en todo respecto y se agravaba sobre todo por el agotamiento físico de su gente, se arrepintieron de no haberse retirado antes, y como ni siquiera Nicias se oponía en igual medida salvo en que pedía que no se diera el voto públicamente, dispusieron con el mayor secreto que pudieron la retirada por mar de todo el ejército, abandonando el campamento, así como que estuviera preparado para cuando se diera la señal. Pero hallándose a punto de partir, estando ya todo preparado, hubo un eclipse de luna, pues había luna llena[41]. La mayoría de los atenienses pidieron, llenos de terror, que los generales aplazaran la marcha; y el propio Nicias, que era

excesivamente dado a los presagios y cosas semejantes, declaró que ni siquiera deliberaría sobre la posibilidad de ponerse en marcha antes de esperar tres veces nueve días[42], como los adivinos prescribían. Por esta razón demoraron su partida los atenienses y permanecieron en Sicilia.

51. Enterados de ello los siracusanos, se resolvieron mucho más a no dar respiro a los atenienses, en vista de que ellos mismos confesaban que ya no eran superiores ni por mar ni por tierra —pues en otro caso no hubieran planeado la retirada—, y además porque no querían que se establecieran en algún otro punto de Sicilia y resultaran más difíciles de combatir, sino que deseaban obligarles a librar en seguida batalla naval allí mismo y en las condiciones que a ellos les convenían. Así pues, durante los días que les pareció oportuno, embarcaban su gente y se entrenaban. Y cuando llegó el momento, en un primer día dieron un asalto a los muros de los atenienses, y como una tropa no muy grande de hoplitas y jinetes saliera por una puerta a su encuentro, aislaron de los demás a un grupo de hoplitas y, poniéndoles en fuga, les persiguieron; como la entrada era estrecha, los atenienses perdieron setenta caballos y unos pocos hoplitas.

52. Ese día el ejército de los siracusanos se retiró; pero al siguiente se hicieron a la mar con sus naves, que eran setenta y seis, y al tiempo marcharon con sus tropas contra los muros. Los atenienses salieron a su encuentro con ochenta y seis naves y, establecido el contacto, lucharon contra ellos. A Eurimedonte, que mandaba la división de la derecha de los atenienses e intentaba envolver las naves del enemigo y hacía avanzar su línea más bien cerca de la tierra, le encerraron en el fondo del puerto los siracusanos y sus aliados, que habían derrotado primero el centro de la línea ateniense, y le aniquilaron con las naves que le

seguían; luego persiguieron ya a todas las naves de los atenienses y las rechazaron hacia tierra.

53. Viendo Gilipo que las naves enemigas estaban en derrota y que eran empujadas fuera de las estacadas y del campamento, queriendo destrozar a los que desembarcaran y hacer que los siracusanos remolcaran mejor las naves de los atenienses al ser suya la costa, corrió hacia el muelle con una parte de su ejército. Pero al verles los tirrenos (que montaban guardia allí para los atenienses) avanzar en desorden, acudieron y, cayendo sobre los primeros, les pusieron en fuga y les persiguieron hacia el pantano llamado Lisimelia. Después, como llegaran mayores fuerzas de los siracusanos y sus aliados, los propios atenienses, saliendo a su encuentro y temiendo por las naves, les presentaron batalla y, venciéndoles, les persiguieron, matando un número no grande de hoplitas y salvando la mayoría de las naves, que reunieron junto al campamento; sin embargo, los siracusanos y sus aliados apresaron dieciocho y mataron a todos sus tripulantes. Contra las demás lanzaron, tratando de incendiarlas, un transporte viejo que llenaron de leña seca y madera de pino, a la que prendieron fuego previamente, pues el viento soplaba en dirección a los atenienses. Temiendo éstos por sus naves, ingeniaron a su vez medios de apagar el fuego, y cortando la llama e impidiendo que el transporte se acercara se libraron del peligro.

54. Después de esto, los siracusanos levantaron un trofeo por el combate naval y por el aislamiento de los hoplitas tierra adentro, junto al muro, cuando se apoderaron de los caballos, y los atenienses otro por la derrota por los tirrenos de la infantería que persiguieron hasta el pantano y por la que ellos infirieron al enemigo con el resto del ejército.

55. Como los siracusanos hubieran obtenido ahora ya una victoria brillante de su flota (antes temían a las naves que

habían venido con Demóstenes), los atenienses estaban en el último grado de desánimo y su desengaño era grande, pero mayor aún su arrepentimiento por la expedición. En efecto, al atacar a tantas ciudades, las únicas semejantes a la suya —con un régimen democrático como el de ellos y comparables también por sus fuerzas navales, su caballería y su población—, como ni por medio de un cambio de régimen, ni con ayuda de un poderío militar mucho mayor podían introducir en ellas ningún elemento de discordia, gracias al cual pudieran atraerlas a su partido, sino que fracasaban en la mayoría de sus empresas, ya antes estaban en dificultad, pero una vez que fueron derrotados con la escuadra, cosa que nunca hubieran creído, lo estuvieron aún mucho más.

56. Los siracusanos, por su parte, comenzaron al punto a recorrer libremente el puerto y planeaban cerrar su boca, a fin de que los atenienses, aunque lo pretendieran, no pudieran escapar sin que ellos se dieran cuenta; porque ya no se preocupaban tan sólo de salvarse ellos, sino también de impedir que el enemigo se salvara, pensando, como era la verdad, que en el presente su situación era mucho más ventajosa que la de aquél, y que, si pudieran derrotar a los atenienses y sus aliados por tierra y por mar, aquella hazaña sería gloriosa para ellos a los ojos de los griegos; pues inmediatamente los demás griegos serían libertados los unos y librados de temor los otros —ya que las fuerzas que quedaran a los atenienses no serían ya capaces de hacer frente a la guerra que se movería contra ellos—, y los siracusanos, al atribuírseles el mérito de aquello, serían admirados grandemente por los contemporáneos y [por] la posteridad. La lucha era honrosa por estos motivos y porque no resultaban vencedores de sólo los atenienses, sino también de sus numerosos aliados, como tampoco era el mérito de ellos solos, sino también de los que habían

acudido en su ayuda; ellos habían sido los jefes en unión de los corintios y los lacedemonios y, de otra parte, habían expuesto su ciudad al peligro la primera y habían progresado mucho en la cosa naval. Pues fue éste el mayor número de pueblos que se reunieron en torno a una sola ciudad, la de Siracusa, exceptuando la suma total de los aliados de Atenas y Lacedemonia en esta guerra.

57. En efecto, los pueblos que lucharon en Siracusa —unos contra Sicilia y otros por Sicilia, viniendo para ayudar a los unos a apoderarse del país o a los otros a salvarse—, pueblos que no se aliaron unos a otros por imperativos de justicia o de parentesco de raza, sino más bien según las circunstancias de cada uno, derivadas de la conveniencia o de una situación de fuerza mayor, fueron tan numerosos como sigue. Los atenienses vinieron de grado, como jonios que eran, contra los siracusanos, que eran dorios, y con ellos, conservando aún su mismo dialecto e instituciones, los lemnios, imbrios y eginetas —los que entonces ocupaban Egina—, y además los hestieos de Egina, que habitan Hestiea, todos los cuales eran colonos suyos[43]. De los demás, unos les acompañaron en la expedición en calidad de vasallos, otros en virtud de alianza como pueblos libres, y otros todavía como mercenarios[44]. De entre los vasallos y pueblos sometidos a tributo[45], los eretrieos, calcídeos, estíreos y caristios eran de Eubea; de las islas, los ceios, andrios y tenios, y de Jonia, los milesios, samios y quiotas. De ellos, los quiotas no iban en calidad de pueblo tributario, sino que eran independientes, pero debían procurar naves a los atenienses. Todos éstos eran en su mayor parte jonios y colonos de los atenienses[46], a excepción de los caristios, que son dríopes[47]; y aunque eran vasallos y acompañaron a los atenienses por la fuerza, al menos eran jonios y fueron contra los dorios. Además de ellos había también algunos eolios: los metimnenses, que eran vasallos que aportaban

naves, pero no pagaban tributo, y los tenedios y enios, que estaban sometidos a él. Estos eolios lucharon contra los beocios, también eolios, que habían fundado sus ciudades y que estaban al lado de los siracusanos, obligados a ello por las circunstancias; los plateenses, que incluso son evidentemente beocios, fueron los únicos de ellos que lucharon contra los beocios por enemistad, cosa bien comprensible. De los rodios y citerenses, dorios unos y otros, los que eran colonia de los lacedemonios —los citerenses— llevaban sus armas al lado de los atenienses contra los lacedemonios de Gilipo; y los rodios, argivos de raza, se veían forzados a luchar contra los siracusanos —dorios contra dorios— y con los gelenses, que eran colonos suyos y luchaban al lado de los siracusanos. De los habitantes de las islas que circundan el Peloponeso, los cefalenios y zacintios acompañaban a los atenienses en calidad de pueblos libres[48], pero en realidad forzados a ello por ser isleños, a causa de ser los atenienses señores del mar; y los corcirenses, que no sólo eran dorios, sino incluso puros corintios, marcharon contra los corintios y siracusanos —ellos que eran colonos de los unos y parientes de los otros—, según su especioso pretexto, forzados a ello, pero en realidad no en menor medida por odio contra los corintios. También los que ahora reciben el nombre de mesenios[49] fueron llevados a la guerra por los atenienses desde Naupacto y Pilos, que entonces estaba ocupado por los atenienses. Además, un número no grande de desterrados de Megara luchó por causa de su infortunio con los selinuntios, que son megarenses. La venida de los demás fue voluntaria en mayor grado: los argivos, pueblo dorio, acompañaron a los atenienses, que son jonios, contra los dorios, no tanto por causa de la alianza como de su odio contra los lacedemonios y de la búsqueda del provecho que cada uno obtuviera ahora; los mantineos y demás arcadios,

en calidad de mercenarios, acostumbrados como estaban a marchar contra los que en cada ocasión se les designara como enemigos, y considerando en ésta no menos enemigos, por el deseo de ganancia, a los arcadios que fueron con los corintios; y los cretenses y etolios, movidos también por la soldada; y sucedió que los cretenses, que fundaron Gela en unión de los rodios, no marcharon a la guerra con su colonia, sino contra ella, de grado y en calidad de mercenarios. Hubo también algunos acarnanios que se sumaron a los atenienses, en parte por deseo de ganancia, pero sobre todo por amistad hacia Demóstenes y por simpatía por los atenienses, de los que eran aliados. Éstos son los pueblos que limita el mar Jónico. Además, estuvieron al lado de los atenienses, de entre los italiotas, los turios y metapontios, que se vieron forzados a ello por las luchas internas que sostenían entonces; de entre los sicilianos, los naxios y catanenses; de los bárbaros, los egestenses, que son quienes les habían llamado, y la mayoría de los sículos; y, finalmente, de los pueblos de fuera de Sicilia, algunos tirrenos, por desavenencias con los siracusanos, y una tropa de mercenarios yapigios. Éstas fueron las naciones que lucharon al lado de los atenienses.

58. A su vez, ayudaron a los siracusanos los camarinenses, vecinos suyos; los gelenses, que vivían a continuación de éstos, y luego, por ser neutrales los acragantinos; los selinuntios, que tenían su ciudad más allá de ellos. Éstos son los que habitan la costa de Sicilia que mira a Libia; en cambio, los himerenses vinieron de la costa del mar Tirreno, en la cual son los solos griegos que viven; fueron ellos, por tanto, los únicos que de allí vinieron en ayuda de los siracusanos. Éstas son las ciudades griegas de Sicilia, todas dorias e independientes, que lucharon a su lado; de los bárbaros, sólo los sículos que no se pasaron a los atenienses. De los griegos de fuera de Sicilia, vinieron los

lacedemonios, que aportaron un general espartano y un ejército formado por neodamodes e hilotas [«neodamodes» quiere decir ser ya libre]; los corintios, que fueron los únicos que acudieron con tropas de tierra y naves a la vez, y los leucadios y ampraciotas, todos ellos por parentesco de raza; además, mercenarios arcadios enviados por los corintios, los sicionios, que marcharon contra su voluntad[50], y, de los de fuera del Peloponeso, los beocios. En relación con los que vinieron de fuera, los sicilianos aportaron mayor número de tropas de todas clases, ya que tenían ciudades populosas; pues, en efecto, llegaron a reunirse muchos hoplitas, naves, caballos y tropas de otras clases en abundancia. Los siracusanos aportaron por su parte más tropas que todos los demás, puede decirse, y ello tanto por causa de la importancia de su ciudad como porque eran los que corrían mayor peligro.

59. Éstas fueron las tropas aliadas que se unieron a cada bando; en este momento los dos tenían ya todas ellas a su lado y ni a unos ni a otros les llegaron más.

Los siracusanos pensaron entonces con razón que sería para ellos un gran éxito, tras su victoria en el combate naval, hacer prisionero a todo el ejército de los atenienses, que era tan grande, y conseguir que no escaparan de ninguna de las dos maneras, ni por mar ni por tierra. Así pues, comenzaron a cerrar en seguida el Gran Puerto, cuya boca es de unos ocho estadios, con trirremes, barcos de carga y botes puestos de costado, que ponían al ancla allí; además, pusieron todo a punto por si los atenienses se atrevían aún a reñir combate naval y no tenían planes modestos en ningún respecto.

60. Al darse cuenta los atenienses del cierre del puerto por los siracusanos y de sus planes en general, resolvieron deliberar. Y reuniéndose los generales y los taxiarcos, en vista de la mala situación actual en otros varios aspectos y

en el de que no tenían víveres de momento —pues pensando retirarse por mar habían previamente[51] enviado órdenes a Catana de que no se los trajeran—, ni iban a tenerlos en adelante a no ser que vencieran en combate naval, decidieron abandonar los muros del interior y, defendiendo junto a las naves con un muro transversal[52] el espacio más reducido posible que fuera suficiente para la impedimenta y los enfermos, poner en él una guarnición y con las tropas sobrantes equipar la totalidad de las naves —tanto las en buen estado como las más inutilizadas para la navegación—, embarcando en ellas a todo el mundo; tras dar una batalla naval decisiva, marcharían a Catana si vencían, y si no, quemarían las naves y se retirarían a pie, formados en orden de combate, por el camino por que antes llegaran a una ciudad amiga, fuera bárbara o griega. Conforme resolvieron, actuaron; pues bajaron de la parte de los muros situada tierra adentro y equiparon todas las naves, obligando a embarcarse a todo aquel que, estando en edad militar[53], parecía ser útil de algún modo. Fueron equipadas en total unas ciento diez naves; en ellas embarcaron muchos arqueros y lanzadores de dardos de los acarnanios y de otros extranjeros, y se proveyeron de todo lo necesario en la medida en que era compatible con su crítica situación y su resolución desesperada. Y Nicias, una vez que estuvo a punto casi todo, viendo que los soldados estaban deprimidos por haber sufrido contra su costumbre una gran derrota con la escuadra, y que querían correr cuanto antes el riesgo decisivo por causa de la escasez de provisiones, les reunió a todos y les dirigió primero una arenga, hablando así:

61. «Soldados atenienses y aliados: el combate que se avecina será el mismo para todos sin excepción: un combate por la salvación y la patria de cada uno [en igual medida que para los enemigos]; pues si ahora vencemos con las

naves, todos podremos ver nuestra ciudad. No hay que perder el valor ni hacer lo que los hombres inexperimentados, que cuando fracasan en los primeros encuentros tienen ya en adelante presentimientos miedosos de igual color que sus infortunios. En vez de esto, todos los atenienses aquí presentes, con la experiencia ya de muchas guerras, y todos los aliados, siempre compañeros de armas nuestros, acordaos de las sorpresas de la guerra; y confiando en que la fortuna tal vez se ponga de nuestra parte y dispuestos a librar el nuevo combate como corresponde a este gran ejército que formáis —vosotros mismos lo veis— preparaos para la batalla.

62. Las medidas que en vista de la estrechez del puerto son de utilidad para remediar la gran confusión de naves que ha de producirse y combatir a las tropas que el enemigo coloca sobre los puentes —cosas por las cuales sufrimos antes daños— las hemos previsto todas dentro de lo posible, después de reflexionar sobre ellas en unión de los pilotos. En efecto, irán a bordo muchos arqueros, lanzadores de dardos y una multitud de soldados que, si riñéramos la batalla en alta mar, no llevaríamos con nosotros, porque con el exceso de carga de las naves dificultarían la puesta en acción de nuestra experiencia marinera; en cambio, en el combate terrestre desde las naves que por fuerza hemos de librar aquí, estas tropas nos serán de utilidad. Además, hemos discurrido las réplicas precisas a las innovaciones del enemigo en la construcción de naves, y, especialmente, contra el grosor, que es por lo que más daños sufrimos, de las serviolas, echar a sus naves garfios de hierro[54], que impedirán el retroceso de la nave que embista si los soldados de a bordo cumplen su cometido en esta ocasión; pues nos vemos forzados a librar desde las naves un combate terrestre, y es útil a todas luces que ni nosotros retrocedamos remando hacia atrás ni dejemos que ellos lo

hagan, tanto más que la costa será enemiga salvo el espacio que ocupen nuestras tropas.

63. Es preciso que, recordando todo esto, luchéis hasta el límite de vuestras fuerzas y no os dejéis empujar hacia la costa, sino que, cuando una nave acometa a otra, no intentéis separaros antes de arrojar al mar a los hoplitas del puente enemigo. Esto lo recomiendo a los hoplitas no menos que a los marineros, puesto que corre más bien a cargo de los de arriba; además, con las tropas de tierra todavía ahora triunfamos las más veces. A los marineros les exhorto, y al tiempo se lo pido, a que no estén en exceso abatidos por nuestros infortunios, ya que ahora son mejores las disposiciones que hemos tomado en los puentes y más numerosas las naves; y además, a acordarse de cuán digno es de ser conservado para el futuro aquel sentimiento de placer que consistía en que, al ser considerados atenienses —aunque no lo fuerais[55]— por vuestro conocimiento de nuestro dialecto y la imitación de nuestras costumbres, erais admirados a través de Grecia y participabais de nuestro imperio no menos que nosotros por el partido que sacabais de él, tanto en lo relativo al respeto que infundíais a nuestros vasallos, como al sufrimiento de injurias[56] [en mayor medida]. De esta forma, como sois los únicos que libremente participáis con nosotros de nuestro imperio, no le traiciona ahora, obrando con toda justicia; y despreciando a los corintios, que habéis vencido muchas veces, y a los sicilianos, ninguno de los cuales se hubiera atrevido ni siquiera a haceros frente mientras nuestra escuadra se hallaba en pleno esplendor[57], rechazadles y hacedles ver que, a pesar del mal estado de la flota y de la mala fortuna, vuestra ciencia naval es superior a la fuerza bruta acompañada de la fortuna.

64. A los que de vosotros sois atenienses os recuerdo a vuestra vez que al venir no habéis dejado en las dársenas

otras naves semejantes a éstas, ni tampoco hoplitas en edad militar, y que si el resultado es otro que la victoria, nuestros enemigos de aquí marcharán inmediatamente contra Atenas, y aquellos de nosotros que han quedado allí no podrán defenderse de los enemigos de allí y de los nuevos atacantes. Mientras que vosotros quedaríais al punto en poder de los siracusanos —contra los cuales sabéis bien con qué intención vinisteis—, los atenienses de la ciudad quedarían en el de los lacedemonios. Así pues, ya que estáis empeñados en esta batalla decisiva por la salvación de unos y otros, manteneos firmes más que nunca y pensad cada uno de por sí y todos a la vez que aquellos de vosotros que ahora se embarquen representan para los atenienses sus fuerzas de tierra y su flota y todo el resto de la ciudad y el gran nombre de Atenas, en defensa del cual, si uno aventaja a otro en ciencia naval o en valor, no encontraría otra ocasión mejor que ésta para demostrarlo y ser así útil a sí mismo y causa de salvación para todos».

65. Nicias, tras esta exhortación, ordenó inmediatamente embarcarse. Gilipo y los siracusanos, por su parte, al observar los preparativos, podían ver por sí mismos que los atenienses iban a presentar batalla y además les había llegado antes la noticia de que pensaban echarles garfios de hierro, por lo que tomaron las medidas necesarias para las demás eventualidades y, sobre todo, para ésta: forraron de pieles las proas y una gran extensión de la parte alta de las naves, a fin de que el garfio resbalara y no tuviera donde agarrarse. Una vez que todo estuvo a punto, Gilipo y los generales arengaron a sus hombres hablando así:

66. «Que son gloriosos nuestros triunfos anteriores y que la batalla será ahora por otros futuros igualmente gloriosos, oh siracusanos y aliados, los más de vosotros lo sabéis ya, según creemos —en otro caso no los hubierais buscado con tanto ardor—; pero por si alguno no se ha dado cuenta de

ello en la medida que es preciso, lo haremos ver ahora. Habéis sido los primeros que habéis hecho frente a los atenienses con la flota, que es con lo que habían logrado todas sus conquistas. Los atenienses vinieron a este país para, primero, esclavizar Sicilia, y, luego, si tenían éxito, el Peloponeso y el resto de Grecia, ellos que eran ya dueños del mayor imperio que hayan poseído hasta el día de hoy los griegos de antaño o los de ahora; y vosotros les habéis derrotado en las pasadas batallas y en ésta les derrotaréis según todas las probabilidades. En efecto, cuando los hombres son vencidos en aquello en que creen ser superiores, lo que les queda de confianza en sí mismos es menos fuerte que lo que era antes y menos que si no hubieran tenido ninguna confianza al principio; y perdiendo el orgullo por el fracaso imprevisto, se desalientan en desproporción con su fuerza: esto es lo que ahora es de esperar que les ocurra a los atenienses.

67. En cambio, nuestra anterior confianza, con ayuda de la cual nos arriesgamos contra ellos cuando aún éramos imperitos en la cosa naval, es ahora mayor, y al añadirse a ella la creencia de que somos más fuertes, ya que hemos derrotado a los más fuertes, la buena esperanza de cada soldado resulta doblada. En general, la mayor esperanza infunde también el mayor valor. En cuanto a las medidas con que han imitado nuestras disposiciones para el combate, son familiares a nuestra manera de luchar, y ante ninguna de ellas estaremos desprevenidos; mientras que ellos, una vez que contra su costumbre haya en sus puentes muchos hoplitas y muchos lanzadores de dardos —gentes de tierra por decirlo así[58], acarnanios y otras tropas embarcadas—, los cuales ni siquiera sabrán disparar sentados los dardos, ¿no es cierto que pondrán en peligro las naves y que se producirá el desorden entre ellos mismas al no poder moverse en la forma en que suelen? Además,

tampoco sacarán provecho de la multitud de sus naves, si es que hay alguno de vosotros que tiene miedo porque no lucharemos con un número igual al nuestro; pues al moverse en un pequeño espacio, una escuadra numerosa es más lenta en realizar lo que quiere y muy fácil de ser dañada por las medidas que hemos tomado. Enteraos ahora de toda la verdad, deducida de cosas que creemos saber bien: como sus infortunios les abruman y forzados por sus actuales apuros, han tomado, no tanto por confianza en sus fuerzas militares como en la fortuna, la resolución desesperada de lanzarse a una última batalla en cualesquiera condiciones, a fin de o abrirse paso por la fuerza y retirarse por mar, o hacer después de darla la retirada por tierra, pensando que no podrían quedar en peor situación que ahora.

68. Así pues, marchemos con ira contra ese desorden y esa fortuna, que se nos ha entregado ella misma, de nuestros peores enemigos; y pensemos que, tratándose de un adversario, es la cosa más justa el que los hombres consideren adecuado saciar la indignación de su corazón castigando al agresor, y, además, que la venganza contra nuestros enemigos va a sernos posible y es —según la expresión común— la cosa más dulce. Y que son enemigos y peor que enemigos nuestros, lo sabéis todos, puesto que vinieron contra nuestro país para esclavizarlo, con lo cual, si hubieran tenido éxito, habrían dado a los hombres el trato más cruel, a los niños y las mujeres el más afrentoso, y a la ciudad en su conjunto el más vergonzoso[59]. Por ello nadie debe blandear ni considerar una ventaja el que se marchen sin peligro para nosotros. Aunque venzan, harán esto igualmente; pero será un hermoso triunfo el que, al conseguir nosotros lo que queremos, como es de esperar, el enemigo resulte castigado y entreguemos a Sicilia, que ya la disfrutaba antes, una libertad más segura. Y son los menos

frecuentes entre los riesgos aquellos que, dañando menos en caso de fracaso, procuran más utilidad si se tiene éxito».

69. Los generales de los siracusanos y Gilipo, después que también ellos dirigieron estas exhortaciones a sus soldados, comenzaron a embarcar su gente tan pronto como vieron que lo hacían los atenienses. Y Nicias, desalentado por la situación presente y viendo la gravedad del peligro y lo cerca que se hallaba ya, puesto que los atenienses estaban a punto de hacerse a la mar, pensó —lo que les pasa a los hombres en las grandes batallas— que todo lo que los atenienses habían hecho era insuficiente y que aún no se les había dicho todo lo necesario, y se dirigió de nuevo a cada uno de los trierarcos, llamándoles con el nombre de su padre, el suyo propio y el de su tribu y pidiéndoles, al que tenía en su haber algún título de gloria, no traicionar su reputación, y a los que tenían antepasados ilustres, no oscurecer las glorias de sus mayores; les recordaba además su patria, el país más libre del mundo, y la independencia absoluta de cada uno en su vida privada, añadiendo todas las demás cosas que los hombres dicen cuando se encuentran en circunstancias como aquéllas —llamamientos a las mujeres, los niños y los dioses de sus mayores, que se repiten en defensa de todas las causas— sin ponerse en guardia de que a alguno le parezca que dicen lugares comunes, sino que las exponen por considerarlas útiles en el desánimo presente. Y cuando Nicias creyó haber pronunciado no ya las palabras de aliento suficientes, sino las que permitía el momento, se alejó y condujo junto al mar las tropas de tierra y las colocó a lo largo de la orilla, ocupando toda la extensión que pudo, a fin de que de ello resultara para los tripulantes de las naves un motivo de aliento lo más grande posible. Por su parte, Demóstenes, Menandro y Eutidemo —pues éstos fueron los comandantes de la flota ateniense— levaron anclas de su campamento y

se dirigieron sin demora hacia la barrera del puerto y el espacio libre que se había dejado en ella[60], queriendo abrirse paso hacia a fuera.

70. Los siracusanos y sus aliados se habían anticipado a zarpar con un número de naves semejante al de la otra vez, y con una parte de ellas estaban apostados en la salida y en el resto del puerto, todo alrededor, a fin de caer sobre los atenienses desde todas partes al mismo tiempo; y, simultáneamente, sus tropas de tierra acudían en su ayuda en los puntos en que las naves se refugiaban en la costa. Mandaban las naves de los siracusanos Sicano y Agatarco, que estaban al frente cada uno de una de las dos alas del total de la flota, mientras que Pitén y los corintios ocupaban el centro. Una vez que el resto de los atenienses llegó a la barrera, se lanzaron contra ella y en el primer ataque derrotaron a las naves que la guardaban e intentaron quitar los cierres; pero después de esto, como los siracusanos y sus aliados les atacaban desde todas partes, la batalla no se libraba solamente junto a la barrera, sino también en el puerto, y era dura y sin comparación posible con las anteriores. En uno y otro bando había, por parte de los marineros, un gran entusiasmo para avanzar al ataque cuando se les ordenara; y, por parte de los pilotos, un gran afán de responder a una maniobra con otra y una mutua rivalidad. A su vez, la infantería de a bordo estaba atenta, cuando una nave acometía a otra, a que la ayuda prestada desde la cubierta no quedara a menos altura que la ciencia marinera de la tripulación; y todo el mundo se afanaba en ser él el primero en el cometido que se le había encomendado. Y como fue un número grande de naves el que entró en batalla en un pequeño espacio (pues fue éste el número mayor de ellas que jamás combatió en un espacio tan pequeño, ya que les faltaba poco para ser doscientas entre unas y otras), los abordajes con el espolón eran pocos,

por causa de que no había posibilidad de retroceder ni de romper la línea adversaria, pero los choques fortuitos cuando una nave embestía casualmente a otra al huir o al dirigirse contra una tercera, eran más frecuentes. En tanto que una nave avanzaba contra otra, los de la cubierta disparaban contra ésta dardos, flechas y piedras; y cuando se juntaban, los soldados iban al cuerpo a cuerpo e intentaban saltar los unos a la nave de los otros. En muchos lugares sucedía que, debido a la falta de espacio, una tripulación había abordado a otra nave, pero al mismo tiempo la suya había sido abordada también, y así dos o a veces más naves quedaban, sin poder evitarlo, unidas a una sola, por lo cual los pilotos se veían en la precisión de ponerse en guardia contra unas naves y atacar a otras simultáneamente —y no en un punto cada vez, sino en muchos y en todas direcciones—, y el ruido, al ser grande por proceder de varias naves que habían entrado en colisión, producía al mismo tiempo espanto e imposibilidad de oír las órdenes de los jefes de los remeros; pues en uno y otro bando los jefes de remeros lanzaban grandes exhortaciones y gritos tanto por las necesidades del mando como por su actual rivalidad: a los atenienses les gritaban que forzaran la salida y que, si es que habían de hacerlo, alguna vez, buscaran ahora con ardimiento la salvación, que era regresar a la patria; y a los siracusanos y sus aliados, que sería glorioso impedir que los atenienses escaparan ahora y enaltecer con la victoria las patrias respectivas. Además, los almirantes de unos y otros, si veían que algún trierarco hacía retroceder su nave sin verse forzado a ello, llamándole por su nombre le preguntaban, los atenienses, si es que se retiraba por considerar más propia aquella costa enemiga que el mar, que habían conquistado con no pequeño esfuerzo; y los siracusanos, si es que huían de

gente que huía, de hombres [los atenienses] que sabían con certeza que deseaban escapar por cualquier medio.

71. Por su parte, las tropas de unos y otros que habían quedado en tierra, mientras la batalla permaneció indecisa estaban llenas de duda y ansiedad; las de allí, por ambición de una gloria mayor, y sus invasores, por temor de una suerte aún peor que la actual. Pues como todas las esperanzas de los atenienses dependían de sus naves, el temor por el futuro era indecible, y por causa de la desigualdad del terreno [que ocupaban], por fuerza tenían desde tierra una visión de la batalla también [desigual]. Como la contemplaban desde cerca y no todos miraban al tiempo a un mismo sitio, si algunos soldados veían a los suyos vencer en algún punto, cobraban ánimos y suplicaban a los dioses que no les privaran de la salvación; en tanto, los que miraban a una parte de la flota que era derrotada, se lamentaban a gritos y a la vista de lo que sucedía se abatían más que los que luchaban; otros todavía, que dirigían sus miradas a un punto de la batalla donde las fuerzas estaban igualadas, por causa de lo que duraba la lucha sin que llegara una decisión y moviendo el cuerpo, en su temor, según sus sentimientos, sufrían cruelmente; pues constantemente se veían a punto de salvarse o de perecer. Mientras la batalla estaba indecisa, en el ejército de los atenienses se podía oír todo a la vez: gemidos, gritos, «triunfamos», «nos derrotan», y todas las múltiples exclamaciones que en un grandísimo peligro un gran ejército se ve movido a lanzar. Semejantes a éstos eran también los sentimientos de las tripulaciones de las naves, hasta que los siracusanos y sus aliados, después de largo tiempo que duró el combate, pusieron en fuga a los atenienses y, lanzándose sobre ellos, triunfalmente, con grandes gritos de ánimo, les persiguieron hasta la orilla. Entonces la flota ateniense, con excepción de los que fueron

apresados lejos de tierra, fue empujada hacia la costa en todas direcciones, y las tripulaciones se salvaron en el campamento; y las tropas de tierra, no comportándose ya ahora en formas diferentes, sino doliéndose todos a una de lo que ocurría con lamentos y gritos, corrieron unos a las naves, otros a lo que quedaba del muro, con el fin de guardarlo, y otros, que eran los más, se preocupaban ya de sí mismos y de la manera de salvarse. El pánico que se produjo repentinamente no fue inferior a ningún otro. Estaban en una situación semejante a aquélla en que ellos mismos habían colocado a otros en Pilos; pues al perder los lacedemonios sus naves, quedaban reducidos a perder también los soldados que habían desembarcado en la isla, y así ahora los atenienses tenían pocas esperanzas de salvarse por tierra, a no ser que sucediera algo imprevisto.

72. Después que se libró esta violenta batalla, en la que unos y otros perdieron muchas naves y hombres, los siracusanos y sus aliados, que quedaron vencedores, recogieron los pecios y los muertos y, regresando a la ciudad, erigieron un trofeo. Los atenienses, por el peso abrumador del infortunio que les afligía, ni siquiera pensaron en pedir que se les permitiera recoger sus muertos ni sus pecios, y decidieron emprender la retirada aquella misma noche. Sin embargo, Demóstenes habló a Nicias y le propuso equipar otra vez las naves que les quedaban y forzar la salida al amanecer, si podían, diciendo que tenían aún más naves útiles que los enemigos; pues a los atenienses les quedaban unas sesenta, y a sus enemigos, menos de cincuenta. Pero aunque Nicias se mostró de acuerdo con el plan y ambos quisieron embarcar su gente, los marineros se negaron a subir a bordo porque estaban abrumados por la derrota y no creían que jamás pudieran vencer. Y, en adelante, todos ellos estaban decididos a retirarse por tierra.

73. Entre tanto, sospechando el siracusano Hermócrates sus intenciones y pensando que sería peligroso que un ejército tan grande, retirándose por tierra y asentándose en algún lugar de Sicilia, quisiera hacerles de nuevo la guerra, se dirigió a los jefes del ejército y les dijo que era preciso impedir que se retiraran durante la noche —exponiendo los temores que sentía— y hacer que salieran ahora mismo todos los siracusanos y sus aliados y pusieran barricadas en los caminos y guardaran los pasos angostos anticipándose a ocuparlos. Ellos eran de esta misma opinión tanto como él, y les parecía que debía obrarse así; pero decían que no creían que obedecieran fácilmente las tropas, que acababan de entregarse al descanso, tan deseado, tras aquella gran batalla, y más añadiéndose la circunstancia de que se celebraba una fiesta (pues precisamente aquel día ofrecían los siracusanos un sacrificio en honor de Héracles); en efecto, por la alegría de la victoria los más se habían dado a la bebida en la fiesta, y los generales esperaban que les obedecieran en cualquier cosa menos en tomar las armas y salir ahora de la ciudad. Y como, tras hacerse estas reflexiones, les parecía que la situación era insoluble y Hermócrates no lograba convencerles, en vista de ello ideó él por sí mismo lo siguiente, temeroso de que los atenienses se adelantaran a atravesar tranquilamente durante la noche la zona más peligrosa. Envió a algunos de sus amigos, en unión de unos jinetes, al campamento de los atenienses cuando oscurecía; y ellos se acercaron a caballo hasta un punto desde el cual podían ser oídos, y llamando a algunos como si fueran amigos de los atenienses (pues Nicias tenía espías que le informaban de lo que ocurría en Siracusa), les dijeron que comunicaran a Nicias que no levantase el campo de noche, pues los siracusanos guardaban los caminos, sino que se retirase de día, después de hacer sus preparativos con tranquilidad. Los mensajeros, después de hablar, se

retiraron, y los que oyeron sus palabras se las comunicaron a los generales atenienses.

74. Éstos, ante aquella noticia, dejaron pasar la noche, creyendo que no se trataba de un engaño. Y ya que, a pesar de todo, no se habían puesto en marcha inmediatamente, decidieron esperar también durante el día siguiente, a fin de que los soldados se equiparan lo mejor posible, y, asimismo, abandonar todo lo demás y, cogiendo solamente las provisiones que se podía llevar encima, ponerse en marcha. En tanto, Gilipo y los siracusanos se les habían adelantado a salir con sus tropas y habían construido barricadas en los caminos de la región por donde era de esperar que marcharan los atenienses, montando guardia en los vados de los arroyos y los ríos y tomando posición en los lugares que les parecieron oportunos para hacer frente al ejército enemigo; además, acercándose con sus naves, remolcaban desde la playa las de los atenienses. Éstos habían prendido fuego a unas pocas, según su proyecto; pero las demás se las llevaron a su ciudad los siracusanos tranquilamente y sin que nadie se lo impidiese, echándolas cables allí donde cada una había ido a parar.

75. Después de esto, una vez que a Nicias y a Demóstenes les pareció que los preparativos estaban hechos en forma suficiente, tuvo lugar la partida del ejército; fue al tercer día[61] de la batalla naval. Era algo terrible, y no sólo desde un punto de vista —que se retiraban después de perder todas las naves y, en vez de las grandes esperanzas de antes, corriendo peligro ellos y la ciudad—, sino que, además, al abandonar el campamento, todos contemplaban espectáculos crueles para su vista y su corazón. Como los cadáveres estaban sin enterrar, cuando uno veía muerto en el suelo a alguno de sus amigos, se llenaba de aflicción y temor[62], y los que quedaban vivos, pero heridos o enfermos, causaban a los vivos[63] más aflicción que los

muertos y eran más infortunados que los que habían perecido, porque acudiendo a súplicas y lamentos llenaban al ejército de desesperación: si veían a algún amigo o pariente, les pedían que les llevaran consigo y les llamaban a gritos; y cuando ya se marchaban sus compañeros de tienda, se colgaban de ellos y les seguían todo el trecho que podían, y si a alguno le traicionaban sus fuerzas y su cuerpo, no quedaba atrás sin muchas invocaciones a los dioses y muchos gemidos. De esta suerte, el ejército, vertiendo lágrimas todo él y en tal estado de desesperación, no acababa de ponerse en marcha, aunque era para alejarse de una tierra enemiga y habían experimentado ya infortunios mayores que para ser llorados y temían sufrir aún otros en el futuro. Había un abatimiento general y muchos reproches de los atenienses contra sí mismos, pues no semejaban otra cosa que una ciudad sitiada que huía furtivamente, y una ciudad no pequeña, ya que marchaban juntos no menos de cuarenta mil hombres en total[64]. De ellos, los demás llevaban las cosas de utilidad que cada uno podía, y los hoplitas y jinetes, contra lo acostumbrado, sus propios víveres, unos por falta de esclavos y otros por desconfianza de ellos; pues algunos se habían pasado al enemigo hacía mucho tiempo y los más entonces mismo. Ni siquiera los víveres llevaban en cantidad suficiente; pues ya no había provisiones en el campamento. Las demás miserias, aunque por participar todos en el infortunio dejaban, a pesar de todo, algún consuelo, aun así no se consideraban ahora fáciles de llevar, pensando sobre todo a qué fin y qué humillación habían llegado desde qué esplendor y orgullo primeros. Porque fue ésta la mayor catástrofe que haya sobrevenido nunca a un ejército griego, ya que a los atenienses les sucedió que en vez de regresar después de haber esclavizado a otros, se retiraban temiendo, por el contrario, sufrir ellos esta suerte; y en vez de las plegarias y

peanes con que zarparon de Atenas, emprendían el regreso con las exclamaciones opuestas a éstas[65], marchando a pie y no en las naves y dependiendo su salvación de los hoplitas y no de la flota. Y, sin embargo, por causa de la magnitud del peligro que aún pendía sobre su cabeza, todas estas cosas resultaban soportables.

76. Viendo Nicias que el ejército estaba abatido y había sufrido un gran cambio de espíritu, recorriendo las filas daba ánimos y consuelo a los soldados en la medida en que las circunstancias lo permitían, gritando aún más fuerte[66], en su buen deseo, a las tropas ante las que pasaba y queriendo hacerles algún bien al llegar con su voz lo más lejos posible:

77. «Todavía en las circunstancias presentes, ¡oh atenienses y aliados!, hay que tener esperanza (pues ha habido quienes se han salvado de situaciones peores que ésta), y no censuraros demasiado a vosotros mismos ni por los infortunios sufridos ni por estas inmerecidas miserias de ahora. También yo, que no aventajo en vigor a ninguno de vosotros (pues ya veis en qué estado me hallo por la enfermedad) ni creo ser inferior a ninguno en cuanto a la buena fortuna tanto en mi vida privada como en todo lo demás, ahora estoy amenazado por el mismo peligro que el último soldado; y, sin embargo, a lo largo de mi vida he realizado en honor de los dioses muchos actos de piedad y en beneficio de los hombres muchos justos e irreprochables. Por lo cual mi confianza en el futuro es firme, a pesar de todo, y nuestros infortunios no me aterrorizan tanto como parecería justo. Quizá incluso lleguen a tener un término; pues es ya suficiente la buena fortuna de nuestros enemigos, y si emprendimos esta expedición bajo la envidia de alguno de los dioses, ya hemos sido castigados bastante. Ya otros antes que nosotros, en efecto, cometieron una agresión, y después de comportarse como hombres que eran sufrieron un castigo soportable. Así pues, debemos confiar

ahora en sufrir de la divinidad un trato más suave (pues más dignos somos de piedad que de envidia de parte de los dioses); y contemplándoos a vosotros mismos —viendo cuántos y cuán excelentes hoplitas marcháis correctamente formados— no os abatáis en exceso, sino pensad que vosotros solos sois una ciudad en cualquier lugar en que os asentéis y que ninguna otra de las de Sicilia resistiría fácilmente si la atacarais ni os expulsaría si os establecierais en algún punto. Vigilad vosotros mismos porque la marcha sea segura y en buen orden, no pensando cada uno ninguna otra cosa sino que el lugar donde se vea forzado a luchar será para él, si vence, su patria y su fortaleza. De noche y de día habrá igual diligencia en la marcha; pues tenernos escasas provisiones, y si alcanzamos algún poblado de los sículos que sea amigo (pues aún continúan siéndonos fieles por miedo a los siracusanos), haceos cuenta de estar ya en lugar seguro. Se les ha enviado mensajeros con anticipación, y se les ha dicho que salgan a nuestro encuentro y que además traigan provisiones. Y en conclusión, daos cuenta, soldados, de que os es forzoso ser valientes, puesto que no hay cerca ningún lugar donde podáis salvaros si flaqueáis, y de que si ahora lográis huir de los enemigos, conseguiréis volver a ver aquellas cosas que deseáis, y los atenienses restauraréis el gran poderío de nuestra ciudad, ahora caído en tierra; pues una ciudad consiste en sus hombres y no en unas murallas ni unas naves sin hombres».

78. Nicias, mientras dirigía esta exhortación, recorría el ejército, y si en algún punto le veía con las filas separadas y marchando en desorden, le devolvía a la unidad y lo formaba correctamente; y lo mismo hacía Demóstenes con los suyos, diciendo cosas semejantes. El ejército ateniense marchaba en formación cuadrada, yendo en cabeza la división de Nicias y en retaguardia la de Demóstenes; los hoplitas dejaban dentro a los acemileros y a la mayor parte

de la restante multitud. Cuando llegaron al paso del Anapo, se encontraron con que algunos siracusanos y aliados suyos estaban situados a lo largo de él, y poniéndoles en fuga y adueñándose del paso, continuaron hacia adelante; los siracusanos les acosaban, marchando a sus flancos la caballería y lanzándoles dardos la infantería ligera. Durante este día los atenienses hicieron unos cuarenta estadios y vivaquearon en una colina; y al siguiente se pusieron en marcha de mañana y avanzaron unos veinte estadios, bajando a una llanura donde acamparon con intención de obtener en las casas algunos víveres (pues el lugar estaba habitado) y llevarse agua; pues de allí en adelante y durante muchos estadios no era abundante en la región por donde iban a proseguir la marcha. Entre tanto, los siracusanos se adelantaron, y comenzaron a cerrar con un muro el paso que habían de encontrar: era una altura fácil de defender, a ambos lados de la cual había un profundo barranco, y se llamaba la Roca de Acras. Al día siguiente los atenienses avanzaron, y los jinetes y lanzadores de dardos siracusanos y aliados, en gran número, les estorbaban la marcha desde ambos flancos, disparándoles dardos y cabalgando a su lado. Durante largo tiempo los atenienses sostuvieron el combate, pero luego se volvieron al mismo campamento. Ya no tenían víveres igual que antes, pues ahora era imposible alejarse del campamento por causa de la caballería.

79. A la mañana siguiente levantaron el campo y continuaron la marcha; se abrieron paso hasta la altura donde habían construido el muro los siracusanos, y encontraron ante ellos su infantería, formada en defensa del muro con muchos escudos de profundidad[67], pues el paso era angosto. Los atenienses atacaron e intentaron tomar el muro; pero como fueran hostilizados con armas arrojadizas por un enemigo numeroso desde lo alto de la colina, que era

muy pendiente —y así los de arriba les alcanzaban mejor—, y no pudieran forzar el paso, se retiraron y descansaron. Además, se produjo la coincidencia de que al mismo tiempo hubo truenos y lluvia, como suele ocurrir al acercarse el otoño; por lo cual los atenienses estaban aún más atemorizados y pensaban que todo aquello sucedía para su ruina. Mientras ellos se tomaban aquel descanso, Gilipo y los siracusanos enviaron una parte del ejército a construir otro muro a su retaguardia en el camino por donde habían venido; pero los atenienses enviaron a su vez un destacamento y se lo impidieron. Seguidamente, los atenienses retrocedieron con todo su ejército a la región más llana y allí vivaquearon. Al día siguiente avanzaron de nuevo, pero los siracusanos les arrojaban proyectiles desde todo alrededor y herían a muchos; cuando los atenienses se lanzaban contra ellos, se retiraban; pero cuando ellos se retiraban, se les echaban encima, atacando sobre todo a la retaguardia por si lograban poner en fuga a unos pocos hombres y sembrar así el pánico en todo el ejército. Los atenienses mantuvieron este género de lucha durante largo rato, pero luego, después de andar cinco o seis estadios, descansaron en el llano, y los siracusanos se retiraron a su campamento.

80. Durante la noche Nicias y Demóstenes resolvieron, en vista de que su ejército estaba en situación apurada por carecer de toda clase de provisiones y porque muchos soldados habían resultado heridos en los numerosos ataques de los enemigos, encender muchos fuegos y llevarse de allí el ejército, pero no por el camino que habían pensado, sino en la dirección contraria a la que esperaban los siracusanos, hacia el mar; conviene saber que el conjunto de la retirada no era hacia Catana, sino hacia la otra parte de Sicilia, la de Camarina y Gela y otras ciudades de allí griegas y bárbaras. Así pues, encendieron muchos fuegos y caminaron durante

la noche. Y al modo como en todos los ejércitos, sobre todo en los más grandes, suelen producirse terrores y pánicos, y más cuando marchan en la noche a través de tierra enemiga y no teniendo lejos a los enemigos, se produjo entre ellos un tumulto; y el ejército de Nicias, que marchaba en vanguardia, mantuvo su cohesión y se adelantó mucho, mientras que el de Demóstenes, que era la mitad o más, se separó de él y continuó marchando con mayor desorden. Sin embargo, a la aurora llegaron al mar. Y tomando el camino llamado de Eloro, siguieron adelante con intención de, una vez que llegaran al río Cacíparis, marchar por su orilla tierra adentro a través del interior de Sicilia; pues esperaban que los sículos que habían llamado en su ayuda saldrían a su encuentro en aquella región. Pero cuando llegaron al río encontraron también allí un destacamento de siracusanos que se dedicaban a construir un muro y una empalizada ante el vado. Le rechazaron, atravesaron el río y continuaron hacia el otro río, el Erineon; pues los guías les aconsejaron seguir aquella dirección.

81. Entre tanto, los siracusanos y sus aliados, al hacerse de día y ver que los atenienses se habían alejado, acusaban los más de ellos a Gilipo de haberles dejado escapar adrede; y persiguiéndoles rápidamente en la dirección en que no era difícil conocer que se habían retirado, les alcanzaron a la hora de la comida. Y cuando encontraron a los soldados de Demóstenes, que eran los últimos y que marchaban con mayor lentitud y desorden desde que se había producido en la noche aquel tumulto, les atacaron inmediatamente y comenzaron la batalla; y la caballería de los siracusanos los envolvió más fácilmente por estar separados de los otros y estrechó el cerco. El ejército de Nicias se hallaba entre tanto unos cincuenta estadios más allá; pues Nicias les llevaba más deprisa, considerando que en aquellas circunstancias la salvación no consistía en aguardar a pie firme al enemigo y

entablar batalla, sino en retirarse lo más rápidamente posible luchando tan sólo cuando se vieran forzados a ello. Demóstenes, en cambio, se hallaba casi siempre en un apuro más continuo por razón de que, al retirarse el último, era el primero a quien atacaban los enemigos; y en esta ocasión, al ver que los siracusanos le perseguían, más que de contiuar avanzando, se ocupó de formar sus tropas para el combate, hasta que, mientras perdía así el tiempo, fue cercado por ellos y tanto él como los suyos [los atenienses] se vieron en gran confusión; pues empujados a un lugar alrededor del cual había una cerca y a cada lado un camino, y que tenía muchos olivos, les eran arrojados proyectiles desde todo alrededor. Los siracusanos acudían con razón a este género de ataque y no a batallas a pie firme; pues el arriesgarse contra unos hombres desesperados no les favorecía a ellos, sino a los atenienses y, además, al ser ya el éxito seguro, todos rehuían morir ellos antes, y confiaban en que, aun así, empleando esta táctica les doblegarían y harían prisioneros.

82. Así pues, a lo largo del día estuvieron arrojando proyectiles contra los atenienses y sus aliados; y cuando vieron que ya se encontraban abrumados por las heridas y los demás padecimientos, Gilipo y los siracusanos y sus aliados les dirigieron primeramente una proclama que decía que los isleños que así lo quisieran podían entregarse bajo promesa de libertad; y algunas ciudades, no muchas, abandonaron a los atenienses. Más tarde se llegó con todas las demás tropas de Demóstenes a un acuerdo, consistente en que entregaran las armas con la condición de que nadie moriría ni de muerte violenta ni encadenado ni por falta de la comida indispensable. Los que capitularon fueron en total seis mil, los cuales entregaron su dinero, arrojándolo en unos escudos puestos del revés; y llenaron cuatro escudos. A estos prisioneros se los llevaron inmediatamente a Siracusa. Entre tanto, Nicias y los suyos llegaron aquel mismo día al

Erineon; y, atravesándolo, hizo acampar al ejército en una elevación del terreno.

83. Al día siguiente los siracusanos le alcanzaron y le dijeron que las tropas de Demóstenes se habían entregado, invitándole a hacer lo propio; pero Nicias desconfió y convino con ellos en enviar un jinete a informarse. Partió éste y anunció también él que se habían entregado; en vista de ello, Nicias comunicó por medio de un heraldo a Gilipo y a los siracusanos que estaba dispuesto a pactar en nombre de los atenienses el pago de todo el dinero que los siracusanos hubieren gastado en la guerra, a condición de que les dejaran irse de Sicilia; y que, en tanto era entregado el dinero, les daría rehenes atenienses, uno por cada talento. Pero los siracusanos y Gilipo no aceptaron la propuesta, sino que, atacándoles y cercándoles por todas partes, estuvieron lanzándoles proyectiles hasta caer la noche. También esta división estaba en situación apurada por falta de trigo y demás provisiones. Sin embargo, se disponían a esperar la hora del descanso nocturno y ponerse en marcha. Cogieron sus armas en efecto, pero los siracusanos se dieron cuenta de ello y entonaron un peán. Y viendo los atenienses que no pasaban inadvertidos, las dejaron de nuevo, salvo unos trescientos, los cuales se abrieron paso a través de la guardia siracusana y marcharon de noche por donde pudieron.

84. Cuando se hizo de día, Nicias se puso en marcha; y los siracusanos y sus aliados les atacaban, siguiendo la misma táctica, arrojando desde todas direcciones proyectiles y dardos. Los atenienses apretaban el paso hacia el río Asínaro, de una parte porque al ser acosados por los múltiples ataques de una numerosa caballería y de las restantes tropas, creían que si atravesaban el río estarían en mejor situación; y de otra, por causa de sus sufrimientos[68] y por la sed. Cuando llegaron al río, se precipitaron en él sin

guardar ya orden alguno, sino que tanto ellos, al intentar cada uno atravesarlo el primero, como el enemigo con su acoso, hacían difícil el cruce; pues al verse forzados a marchar muy apretados caían unos sobre otros y se pisoteaban, y por efecto de los dardos y el restante equipo militar unos perecían y otros, no pudiendo levantarse, eran arrastrados por la corriente[69]. Además los siracusanos, colocándose a lo largo de la otra orilla del río, que era escarpada, lanzaban armas arrojadizas contra los atenienses, los más de los cuales bebían con ansia y por causa del encajonamiento del lecho del río se llenaban de desorden; y los peloponesios, bajando, mataban sobre todo a los que se hallaban en el río. El agua se ensució inmediatamente, pero la bebían igual aunque llevaba sangre al tiempo que lodo, y los más se la disputaban.

85. Finalmente como los muertos yacían ya en gran número unos sobre otros en el río y el ejército estaba destrozado —una parte, en el río, y los que huían, por la caballería—, Nicias se entregó a Gilipo, confiando más en él que en los siracusanos; y le dijo que él y los lacedemonios hicieran con él lo que quisieran, pero que pusieran fin a la matanza de los soldados. Gilipo ordenó entonces que les hicieran prisioneros; y concentraron vivos a los que quedaban, salvo los que escondieron para sí (que fueron muchos) y enviando un destacamento que persiguiera a los trescientos que habían burlado la guardia durante la noche, los hicieron prisioneros. La parte del ejército que se logró reunir para el estado, no fue grande, pero si lo fue la robada[70], y Sicilia entera se llenó de estos prisioneros, por no haber sido apresados como los hombres de Demóstenes mediante una capitulación. Además, hubo una parte no pequeña que murió; pues fue ésta una matanza muy grande y no inferior a ninguna de las de la guerra [de Sicilia]. También en los frecuentes ataques que hubo durante la

retirada perecieron bastantes. Sin embargo, fueron asimismo muchos los que consiguieron huir, unos entonces mismo, y otros habiendo sido esclavos y escapándose después; éstos encontraban refugio en Catana.

86. Los siracusanos y sus aliados se reunieron, y después de recoger todos los prisioneros y despojos que pudieron, se volvieron a su ciudad. A los demás atenienses y aliados suyos que hicieron prisioneros, los encerraron en las canteras[71], pensando que era aquél el más seguro medio de custodiarles; pero a Nicias y Demóstenes los mataron a pesar de la oposición de Gilipo. Pues Gilipo pensaba que sería para él un título de gloria que añadir a los otros el llevar a los lacedemonios los generales enemigos. Acontecía que uno de ellos, Demóstenes, era para ellos el peor enemigo por causa de los sucesos de la isla y de Pilos, y el otro, por el contrario, muy amigo por aquel mismo motivo; pues Nicias se esforzó porque los lacedemonios de la isla fueran puestos en libertad, y, así, persuadió a los atenienses a hacer la paz. Por ello los lacedemonios tenían para él sentimientos amistosos, y es por lo que más confió y se entregó a Gilipo. Pero algunos siracusanos, según se decía, temiendo unos, por haber estado en tratos con él, que si era sometido a tormento les procurara por ello algún disgusto en medio de aquel triunfo; y otros —y sobre todo los corintios— que sobornando a alguien (pues era rico) escapara y volviera a causarles nuevas dificultades, persuadieron a los aliados y le mataron. Por estas o parecidas razones murió Nicias, el menos digno de los griegos de mi tiempo de llegar a tan gran infortunio; pues gobernó siempre su conducta de acuerdo con la virtud.

87. A los prisioneros de las canteras los siracusanos les trataron duramente durante los primeros tiempos. Como eran muchos los encerrados en un lugar profundo y estrecho, al principio[72] les hacían sufrir los soles y el calor

por carecer de techo, y cuando llegaban las noches, que contrariamente eran otoñales y frías, les hacían enfermar con el brusco cambio; y como por la falta de espacio lo hacían todo en el mismo sitio[73] y además los cadáveres estaban amontonados unos sobre otros —pues morían a consecuencia de las heridas, de los cambios de temperatura, y por otras causas semejantes—, se producían olores insoportables, y de otra parte sufrían por el hambre y la sed (pues durante ocho meses los siracusanos daban diariamente a cada uno una cótila de agua y dos cótilas de pan)[74] y de todos los demás sufrimientos que era previsible que padecieran unos hombres arrojados a aquel lugar, ninguno hubo que les fuera ajeno. Durante unos setenta días vivieron todos juntos de esta manera; luego los vendieron a todos; salvo a los atenienses y a los sicilianos e italiotas que habían luchado a su lado. El total de los prisioneros es difícil calcularlo con exactitud, pero, sin embargo, no fue inferior a los siete mil hombres. Este episodio fue el más importante de los de la guerra, y a mi ver de todos los acontecimientos bélicos sucedidos en Grecia que conocemos por tradición; fue el más glorioso para los vencedores y el más desastroso para los derrotados; pues vencidos totalmente en todos los terrenos y no habiendo sufrido en ninguno ningún desastre pequeño, fue la ruina total —según la frase consagrada— de sus tropas de tierra, de su flota y de todo lo demás, y sólo pocos de entre muchos que eran regresaron a su patria. Ésta fue la campaña de Sicilia.

LIBRO VIII

1. Cuando la noticia llegó a los atenienses, se resistieron durante mucho tiempo a creer, incluso a soldados bien conocidos y que habían escapado de la derrota, que la catástrofe hubiera sido tan completa; y cuando al fin se rindieron a la evidencia, se llenaron de indignación contra los oradores que habían apoyado la idea de la expedición, como si no la hubieran votado ellos mismos, y de ira contra los recitadores de oráculos, contra los adivinos y contra todos los demás que en aquella ocasión les habían dado alas con sus profecías, haciéndoles concebir la esperanza de conquistar Sicilia. Todo, a cualquier parte que miraran, les producía dolor; y, después de lo ocurrido, les dominaban el miedo y una consternación mayor que nunca. De una parte, sufrían por haber perdido, cada uno particularmente y la ciudad en su conjunto, muchos hoplitas y jinetes y una juventud como sabían que no tenían otra; y, al tiempo, como no veían en los astilleros[1] naves suficientes, ni dinero en el tesoro, ni tripulantes para las naves, desesperaban de salvarse esta vez y creían que sus enemigos de Sicilia, sobre todo después que habían logrado un triunfo tan grande, marcharían inmediatamente con su flota contra ellos, lanzándose contra el Pireo, y, asimismo, que sus enemigos de Grecia, que ahora estaban doblemente bien preparados en todos los aspectos, les atacarían sin demora con todas sus fuerzas por tierra y por mar, y con ellos sus propios

aliados, que harían defección. A pesar de todo, pensaban que era su deber, en la medida que lo permitieran las circunstancias, no cejar en sus esfuerzos, sino equipar una flota, procurándose madera y dinero donde pudieran; poner en estado de defensa a sus aliados, sobre todo a Eubea; reformar en el sentido de ahorrar dinero algunos aspectos del gobierno de la ciudad, y elegir una magistratura de ancianos que tomaran, respecto a la situación actual, las decisiones previas[2] que fuera oportuno. Como suele hacer la multitud ante el terror del momento, estaban dispuestos a comportarse disciplinadamente en todo. Así pues, pusieron en práctica estas cosas del modo como habían decidido y el verano llegó a su término.

2. En el invierno siguiente, a consecuencia del gran desastre de los atenienses en Sicilia, se produjo al punto una gran conmoción en toda Grecia: los neutrales pensaban que, aunque nadie pidiera su ayuda, no debían continuar apartados de la guerra, sino que había que marchar espontáneamente contra los atenienses, por creer todos que éstos habrían venido contra ellos si hubieran tenido éxito en Sicilia, y, además, que la guerra que quedaba había de ser breve y sería honroso participar en ella; y los aliados de los lacedemonios confiaban más que antes en que en corto tiempo se librarían de sus grandes sufrimientos. Pero, sobre todo, los vasallos de los atenienses estaban dispuestos a rebelarse incluso sin tener en cuenta sus fuerzas reales, pues juzgaban los hechos con pasión y no dejaban a los atenienses probabilidad alguna de que fueran capaces de resistir siquiera el verano siguiente. Por su parte, Esparta estaba llena de ánimo por todas estas cosas y, sobre todo, porque sus aliados de Sicilia, con toda seguridad, iban a presentarse en su ayuda al llegar la primavera con muchas fuerzas, poniéndose ahora ya su escuadra de su lado por imperio de las circunstancias. Llenos de buena esperanza

por todos lados, proyectaban llevar la guerra con todo entusiasmo, pensando que con su feliz término quedarían libres para el porvenir de peligros como el que, procedente de los atenienses, les habría amenazado si aquéllos hubieran sumado a sus fuerzas las de los sicilianos, y que, derribando su poderío, tendrían en adelante sin peligro alguno la hegemonía sobre Grecia.

3. Así pues, su rey Agis se puso en marcha inmediatamente desde Decelia, en pleno invierno, recogió dinero de los aliados para la flota, y dirigiéndose hacia el golfo Meliaco se apoderó, por razón de la antigua enemistad[3] existente, de la mayor parte del ganado de los habitantes del Eta y se hizo pagar dinero por él; y a pesar de las críticas y de la voluntad de los tesalios, exigió rehenes y dinero a los aqueos de Ftía y a los demás pueblos de aquella región que son vasallos de los tesalios, custodiando los rehenes en Corinto e intentando atraer a estos pueblos a su alianza. En tanto, los lacedemonios exigieron a las ciudades que construyeran cien naves; se fijaron a sí mismos y fijaron a los beocios un número de veinticinco unos y otros; a los foceos y locrios, quince, a los corintios quince, a los arcadios, pelenenses y sicionios, diez, y a los megarenses, trozenios, epidaurios y hermionenses, diez; y en todo lo demás se preparaban para reanudar la guerra tan pronto como comenzara la primavera.

4. También los atenienses, como habían pensado, se dedicaron en este invierno a construir naves, procurándose madera, y fortificaron Sunion a fin de que sus transportes de víveres gozaran de seguridad en su navegación costera, abandonaron el fuerte de Laconia[4] que habían construido cuando navegaban hacia Sicilia, se ocuparon de reducir todos los demás gastos siempre que les parecía que se invertía dinero sin utilidad en alguna cosa, y, sobre todo, vigilaban a sus aliados para que no hicieran defección.

5. Estando ambos bandos dedicados a estas cosas y absolutamente igual que si comenzaran entonces a preparar la guerra, fueron los eubeenses quienes en este invierno primero enviaron embajadores a Agis con intención de sublevarse contra Atenas. Agis aceptó sus proposiciones e hizo venir de Esparta a Alcámenes, hijo de Esteneladas, y a Melanto para ponerse al frente de las tropas destinadas a Eubea; estos generales vinieron con unos trescientos neodamodes y Agis se dispuso a facilitarles el paso a la isla. Pero entre tanto llegaron también los lesbios, deseosos igualmente de sublevarse; y como quiera que les apoyaran los beocios, Agis se dejó persuadir a aplazar la empresa de Eubea y en cambio prestó su apoya a los lesbios para sublevarse, dándoles como harmosta[5] a Alcámenes, que se disponía a partir para Eubea, y además los beocios prometieron diez naves y Agis diez. Todo esto se llevaba a efecto sin contar con Esparta; pues Agis, durante todo el tiempo que permanecía en Decelia con sus tropas, tenía poderes para enviar un ejército a cualquier sitio, si así lo deseaba, de reunirlo y de imponer contribuciones, y, por decirlo en una palabra, los aliados le obedecían mucho más en este tiempo que a los lacedemonios de la ciudad; pues, como tenía un ejército a sus órdenes, se presentaba inmediatamente en todas partes infundiendo pavor. Así pues, Agis trabajaba a favor de los lesbios; y, entre tanto, los quiotas y eritreos, que también ellos se aprestaban a hacer defección, se dirigieron no a Agis, sino a Esparta. Con ellos fue allí un enviado de Tisafernes, que era sátrapa de la costa[6], en nombre del rey Darío, hijo de Artajerjes. También Tisafernes acuciaba a los lacedemonios y les prometía suministrarles víveres para las tropas. La razón era que recientemente el Rey le había exigido los tributos de su satrapía y, no pudiendo cobrar los de las ciudades griegas por causa de los atenienses, había quedado a deberlos; y

consideraba que cobraría mejor los tributos debilitando a los atenienses y que, al tiempo, lograría hacer a los lacedemonios aliados del Rey y coger vivo o dar muerte, como le había ordenado éste, a Amorges, el hijo bastardo de Pisutnes[7], que se había sublevado en Caria. Así pues, los quiotas y Tisafernes trabajaban juntos en el mismo sentido.

6. En tanto Calígito, hijo de Laofonte, un megarense, y Timágoras, hijo de Atenágoras, un ciziquense, que estaban ambos desterrados de sus patrias y vivían junto a Farnabazo[8], hijo de Farnaces, llegaron a Esparta por aquellas mismas fechas enviados por Farnabazo, con la intención de hacer venir una flota al Helesponto y de que así Farnabazo, si podía, apartase a las ciudades del territorio de su mando de la alianza ateniense por causa de los tributos, y consiguiese él personalmente para el Rey la alianza de los lacedemonios, cosas ambas que eran las mismas que deseaba Tisafernes. Y como unos y otros —los enviados de Farnabazo y los de Tisafernes— llevaran estas negociaciones por separado, tuvo lugar una gran lucha entre los enviados presentes en Esparta, intentando mover a los lacedemonios, los unos a que enviaran primero a Jonia y Quíos las naves y el ejército, y los otros, al Helesponto. Sin embargo, los lacedemonios prefirieron con mucho las proposiciones de los quiotas y de Tisafernes. Les apoyaba también Alcibíades, que era gran amigo[9] de familia del éforo Endio, de donde [por su relación recíproca de hospitalidad] tomó su casa el nombre de Alcibíades, que es laconio; pues Endio se llamaba Endio, hijo de Alcibíades[10]. Con todo, los lacedemonios enviaron primero a Quíos a un espía llamado Frinis, un perieco, para ver si tenían tantas naves como habían dicho y si en todo lo demás la ciudad respondía a las noticias que de ella se daban; y cuando éste les anunció que lo que habían oído era verdad, hicieron inmediatamente aliados suyos a los quiotas y eritreos y votaron enviarles cuarenta naves, en

vista de que allí había un número no inferior a sesenta, a juzgar por las manifestaciones de los quiotas. Se disponían a enviarles primero diez al mando del navarca Meláncridas; pero luego, par causa de un terremoto que sobrevino, decidieron enviar a Calcídeo en lugar de Meláncridas, y en vez de las diez comenzaron a armar cinco naves en Laconia. Así terminó el invierno y tocó a su fin el año decimonoveno de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

7. Tan pronto comenzó el verano siguiente, como los quiotas dieran prisa a los lacedemonios a que enviaran las naves y temieran que los atenienses se enteraran de lo que se tramaba (pues todos negociaban a espaldas de ellos), los lacedemonios enviaron a Corinto tres espartanos, a fin de que transportaran rápidamente las naves a través del Istmo desde el otro mar al que mira a Atenas y ordenaron a todas —tanto a las que Agis armaba con destino a Lesbos, como a las demás— que se dirigieran a Quíos. La totalidad de las naves de los ejércitos aliados que había allí era de treinta y nueve.

8. Calígito y Timágoras, que obraban en nombre de Farnabazo, no se unían a la expedición destinada a Quíos, ni entregaban el dinero —veinticinco talentos— que habían traído para el envío de las naves, sino que proyectaban hacerse a la mar posteriormente por su cuenta con otra flota. Agis, por su parte, cuando vio que los lacedemonios querían marchar primero a Quíos, ya no pensó él tampoco de otra manera, sino que los aliados, reuniéndose en Corinto, deliberaron, y decidieron dirigirse primero a Quíos al mando de Calcídeo, que estaba armando en Laconia las cinco naves; después, a Lesbos al mando de Alcámenes, que era el que Agis pensaba, y marchar por fin al Helesponto (estaba designado como almirante para esta región Clearco, hijo de Ramfias); también acordaron transportar primero a través del Istmo la mitad de las naves y que éstas zarparan

inmediatamente, a fin de que los atenienses no prestaran tanta atención a las naves que se hicieran a la mar como a las que posteriormente estuvieran siendo transportadas a través del Istmo. Se disponían, en efecto, a llevar a cabo la expedición de esta forma, esto es, a la vista de todos, por desprecio de la debilidad de los atenienses, pues en ninguna parte se veía ninguna flota suya de importancia. Así pues, transportaron en seguida a través del Istmo diecinueve naves, conforme a su decisión.

9. Pero los corintios, aunque sus aliados querían abreviar la partida, no quisieron hacerse a la mar con ellos antes de la terminación de los Juegos Ístmicos, que celebraban entonces. Agis se ofrecía a que los corintios no quebrantaran la tregua ístmica y él realizara por sí solo la expedición. Pero como los corintios no lo consintieran y se originara una demora, los atenienses se enteraron mejor de los planes de los quiotas, y, enviando a Aristócrates, uno de sus generales, se quejaron ante ellos. Los quiotas negaron y los atenienses les invitaron a que como garantía les enviaran una flota para unirse a la aliada[11]; y ellos enviaron siete naves. La culpa del envío de las naves la tuvieron tanto la masa de la población de Quíos, que ignoraba lo que se tramaba, como los pocos que estaban al tanto, que no quisieron conciliarse la enemistad del pueblo antes de tener alguna garantía de éxito, y que no esperaban ya que los peloponesios vinieran en su ayuda, puesto que se demoraban.

10. Entre tanto se celebraban los Juegos Ístmicos y los atenienses (pues había sido proclamada la tregua) estuvieron presentes en ellos y los planes de los quiotas se les hicieron aún más evidentes. Así pues, una vez que regresaron a Atenas, tomaron sus disposiciones para que las naves enemigas no les pasaran inadvertidas cuando partieran de Cencreas. Los peloponesios, cuando concluyeron los Juegos Ístmicos, se hicieron a la mar en

dirección a Quíos con veintiuna naves, al mando de Alcámenes. Los atenienses les salieron primero al encuentro con un número igual de naves e intentaron llevarles a alta mar; pero como los peloponesios no les siguieran mucho trecho, sino que viraron en redondo, retrocedieron también los atenienses, pues no consideraban de confianza las siete naves quiotas que llevaban en la flota. Sin embargo, posteriormente equiparon otras naves hasta un número de treinta y siete y persiguieron hasta Espireon, en el territorio de Corinto, a las naves peloponesias, que navegaban costeando; Espireon es un fondeadero desierto, el último en dirección a la frontera con Epidauro. Los peloponesios perdieron una nave en alta mar, pero lograron reunir a las demás y anclaron. Y como los atenienses les atacaran por mar con las naves y por tierra desembarcando, se produjo una gran confusión y desorden, y los atenienses averiaron en tierra a la mayor parte de las naves y mataron al almirante enemigo, Alcámenes; también de entre ellos murieron algunos.

11. Terminado el combate, los atenienses dejaron un número suficiente de naves para que bloquearan a las del enemigo y anclaron con las demás en un islote no muy distante de allí, en el cual establecieron su campamento, pidiendo además refuerzos a Atenas; pues al día siguiente acudieron en ayuda de los peloponesios los corintios y no mucho después los demás pueblos vecinos. Sin embargo, como veían que la guardia de las naves era penosa en aquel lugar desierto, vacilaban; y pensaron en quemar las naves, pero después decidieron sacarlas a tierra hasta que se presentara alguna oportunidad favorable para huir. Agis, enterado de lo que sucedía, les envió como jefe al espartano Termón. A los lacedemonios de la ciudad, por su parte, les llegó primero la noticia de que las naves habían partido del Istmo (pues Alcámenes había recibido orden de los éforos de

mandarles un mensajero a caballo cuando esto se llevara a efecto), y quisieron enviar inmediatamente sus cinco naves al mando de Calcídeo, al que acompañaría Alcibíades; pero luego, cuando se disponían a ponerlo en práctica, les fue anunciado que las naves se habían refugiado en Espireon, y descorazonándose porque en el mismo comienzo de la guerra de Jonia habían sufrido una derrota, ya no pensaron en enviar las naves de Laconia, sino, incluso, en llamar a algunas que se habían hecho a la mar con anterioridad.

12. Enterado de ello Alcibíades insistió de nuevo ante Endio y los demás éforos en que no desistieran de enviar las naves, diciendo que llegarían antes de que los quiotas se enteraran del desastre de la flota y que él mismo, cuando llegara a Jonia, convencería fácilmente a las ciudades para que se rebelaran contra Atenas, relatándoles la debilidad de los atenienses y el celo de los lacedemonios; pues sería más creído que otros. Además, a Endio le decía particularmente que sería para él un título de gloria provocar la rebelión de Jonia y lograr para los lacedemonios la alianza del Rey, todo ello por sí mismo, y hacer que no fuera de Agis este triunfo; pues Alcibíades estaba enemistado con Agis. Y logrando convencer a Endio y a los demás éforos, zarpó con las cinco naves en unión del lacedemonio Calcídeo e hicieron la travesía con gran velocidad.

13. Por estos mismos días regresaron las dieciséis naves peloponesias que habían hecho la guerra con Gilipo; y aunque interceptadas y averiadas junto al territorio de los leucadios[12] por las veintisiete naves atenienses que mandaba Hipocles, hijo de Menipo, que estaba apostado en espera de las naves que vinieran de Sicilia, todas menos una escaparon de los atenienses y alcanzaron Corinto.

14. Entre tanto, Calcídeo y Alcibíades, en su navegación apresaban a cuantos encontraban, a fin de que no se diera noticia de ellos, y arribando primero a Córico, en el

continente, y dejándoles allí en libertad, se reunieron previamente con algunos de los quiotas que estaban en tratos con ellos, y como quiera que éstos les exhortaran a presentarse con sus naves ante la ciudad sin previo aviso, arribaron a Quíos de improviso. El pueblo quedó estupefacto y aterrado; en cambio, los oligarcas habían preparado las cosas de modo que el Consejo se reuniera entonces; y como Calcídeo y Alcibíades manifestaran que se aproximaban otras muchas naves y no descubrieran lo relativo al bloqueo de las naves de Espireon, primero los quiotas y luego los eritreos se rebelaron contra Atenas. Seguidamente, marcharon a Clazómenas con tres naves y consiguieron que la ciudad se rebelara. Los clazomenios pasaron al punto al continente y emprendieron la fortificación de Policna, por si les era precisa para retirarse allí desde la islita en que viven. Y todos los sublevados estaban entregados a la construcción de fortificaciones y a la preparación de la guerra.

15. Rápidamente llegaron a Atenas noticias sobre Quíos; y considerando los atenienses que el peligro que les amenazaba era ahora ya grande y evidente, y que los demás aliados no iban a querer permanecer tranquilos después que la ciudad más importante había hecho defección, abrogaron inmediatamente, por efecto del terror del momento, las penas establecidas contra el que propusiera o pusiera a votación utilizar los mil talentos que a lo largo de toda la guerra habían deseado ardientemente no tocar, y votaron utilizarlos y equipar un gran número de naves; y, además, enviar ahora mismo ocho naves de las que bloqueaban Espireon, las cuales habían abandonado su puesto para perseguir a Calcídeo y que no habiéndole alcanzado habían regresado a él —las mandaba Estrombíquides, hijo de Diotimo—, y que poco después acudieran otras doce al mando de Trasicles, abandonando también éstas el bloqueo. En cuanto a las siete naves de los quiotas que bloqueaban

en unión suya a las de Espireon, retirándolas de allí libertaron a los esclavos que había en ellas, y a los libres les redujeron a prisión. Para reemplazar a la totalidad de las naves que iban a partir de Espireon, equiparon rápidamente otras y las enviaron a bloquear a los peloponesios, y pensaban todavía armar otras treinta. Grande era su ardor y se ponía gran empeño en todo lo relativo a la expedición contra Quíos.

16. Entre tanto, Estrombíquides llegó a Samos con sus ocho naves, y, reforzado por una nave samia, se presentó en Teos e invitó a sus habitantes a permanecer en paz. Pero también Calcídeo marchó a Teos desde Quíos con sus veintitrés naves y al mismo tiempo avanzaba por la orilla el ejército de los clazomenios y eritreos. Enterado a tiempo Estrombíquides, zarpó de allí, y al llegar a alta mar, cuando vio que las naves que venían de Quíos eran muy numerosas, huyó en dirección a Samos; y ellas le persiguieron. Al principio los teios no dejaban entrar el ejército, pero cuando los atenienses huyeron, le admitieron en la ciudad. Las tropas no tomaron primero ninguna iniciativa, esperando a que Calcídeo regresara de la persecución; pero como tardaba, comenzaron a derruir por sí mismos el muro que los atenienses habían construido en la parte de Teos que mira al continente, y les ayudaron en esta tarea unos pocos bárbaros[13] que acudieron al mando de Estages, lugarteniente de Tisafernes.

17. Calcídeo y Alcibíades, una vez que persiguieron a Estrombíquides hasta Samos, armaron a los marineros de las naves que habían traido del Peloponeso y los dejaron en Quíos, y equipando estas naves y otras veinte con tripulaciones de Quíos, se dirigieron hacia Mileto para provocar su defección de Atenas. Alcibíades quería, aprovechando su amistad con los milesios principales, atraer a los milesios a su bando adelantándose a las naves que

venían del Peloponeso, y conseguir para los quiotas, para sí mismo, para Calcídeo y para Endio —que era el que le había enviado—, como le había prometido, aquel título de gloria de apartar de los atenienses el mayor número posible de ciudades con ayuda de Calcídeo y de las fuerzas de Quíos. Y tras escapar a la atención de los atenienses durante la mayor parte de la travesía y llegar un poco antes que Estrombíquides y Trasicles, que acababa de llegar de Atenas con doce naves y tomaba parte con él en la persecución, sublevaron Mileto contra Atenas. Los atenienses llegaron inmediatamente después con diecinueve naves y, en vista de que los milesios no les admitían en la ciudad, anclaron en Lada, la isla que está enfrente. Inmediatamente después de la sublevación de Mileto, se concertó por medio de Tisafernes y Calcídeo el primer tratado de alianza de los lacedemonios con el Rey, que fue el siguiente:

18. «Los lacedemonios y sus aliados han acordado una alianza con el Rey y Tisafernes en los términos que siguen: Todo el territorio y todas las ciudades que el Rey posee y los antepasados del rey poseyeron, pertenecerán al Rey; y cuanto dinero u otro ingreso cualquiera iba, procedente de estas ciudades, a manos de los atenienses, el Rey y los lacedemonios y sus aliados impedirán de común acuerdo que los atenienses reciban ni dinero ni otro ingreso alguno. La guerra contra los atenienses, la sostendrán en común el Rey y los lacedemonios y sus aliados; y no se podrá poner término a la guerra con los atenienses a no ser que lo convengan ambas partes, el Rey y los lacedemonios y sus aliados. Si alguna ciudad hace defección del Rey, será considerada enemiga por los lacedemonios y sus aliados. Y si alguna ciudad hace defección de los lacedemonios y sus aliados, será igualmente considerada enemiga por el Rey».

19. Éste fue el tratado de alianza. E inmediatamente después de esto, los quiotas, equipando otras diez naves, se

dirigieron a Atenas con el fin de enterarse de lo sucedido en Mileto y, al mismo tiempo, de provocar la defección de las ciudades. Pero como les llegara aviso de Calcídeo de que se volvieran atrás y de que Amorges se presentaría por tierra con un ejército, marcharon a Dios Hieron[14]; allí divisaron dieciséis naves que había traído de Atenas Diomedonte con posterioridad a Trasicles. Cuando las vieron, una nave huyó en dirección a Efeso y las demás hacia Teos. Los atenienses apresaron a cuatro de ellas sin sus tripulaciones, que tuvieron tiempo de saltar a tierra; las demás lograron refugiarse en Teos. Los atenienses volvieron a partir para Samos y los quiotas, haciéndose a la mar con las naves que les quedaban y apoyados por las tropas de tierra, lograron sublevar a Lébedos y después a Heras. Seguidamente, las naves y la infantería se volvieron a sus ciudades respectivas.

20. Por esta misma época las veinte naves peloponesias que estaban en Espireon, las cuales habían sido perseguidas en la ocasión referida y eran bloqueadas por los atenienses con igual número de naves, haciendo una salida repentina y venciendo en combate naval, apresaron a cuatro naves atenienses y, retrocediendo hasta Cencreas, se dispusieron de nuevo a pasar a Quíos y Jonia. Desde Esparta les fue enviado Astíoco como navarca, en cuyas manos quedaba ahora el mando de todas las naves.

Una vez que el ejército se retiró de Teos, se presentó allí Tisafernes en persona con un ejército, derribó el muro de Teos, si algo de él había quedado, y a continuación se retiró. No mucho después de su partida, llegó Diomedonte con diez naves atenienses y concertó con los teios un convenio por el cual también a los atenienses les admitirían en la ciudad[15]. Y costeando hasta Heras y lanzando un asalto contra ella, como no pudo tomar la ciudad, se volvió atrás.

21. Por estas fechas tuvo lugar en Samos la sublevación del pueblo contra los nobles, apoyada por los atenienses,

que se hallaban presentes con tres naves. El pueblo de Samos mató en total unos doscientos nobles, y desterrando a cuatrocientos y distribuyéndose sus tierras y casas, como los atenienses les concedieran tras estos sucesos la autonomía por considerarlos ahora ya dignos de confianza, en adelante gobernaban ellos la ciudad y a los terratenientes[16] no les concedían ningún otro derecho ni siquiera se consentía a ningún hombre del pueblo casar a su hija ni a su hijo con los de ellos.

22. Tras estos sucesos y en el mismo verano todavía, los quiotas, no perdonando esfuerzo, como desde el principio, para provocar la defección de las ciudades presentándose ante ellas con grandes fuerzas pero sin los peloponesios, y queriendo al propio tiempo que fueran lo más numerosos posible los que en unión suya arrostraran el peligro, marcharon con trece naves contra Lesbos —de acuerdo con la orden de los lacedemonios de marchar contra ella en segundo lugar y de allí contra el Helesponto—, y al tiempo las tropas de tierra de los peloponesios allí presentes y de los aliados de allí mismo se pusieron en movimiento por la costa en dirección a Clazómenas y a Cumas; mandaba estas tropas el espartano Evalas y las naves el perieco Diníadas. Arribaron las naves y sublevaron primero Metimna, donde fue dejado un destacamento de cuatro naves; las demás sublevaron por su parte Mitilena.

23. Entre tanto, el navarca lacedemonio Astíoco, marchando desde Cencreas con cuatro naves llegó a Quíos, como quería. Al tercer día de su llegada, las veinticinco naves atenienses se dirigieron a Lesbos al mando de Leonte y Diomedonte; pues Leonte había acudido posteriormente como refuerzo desde Atenas, trayendo diez naves. También Astíoco levó anclas aquel mismo día al atardecer y con el refuerzo de una nave de Quíos se dirigió a Lesbos a fin de prestar ayuda si podía. Llegó a Pirra y desde allí al día

siguiente a Eresos; aquí se enteró de que Mitilena había sido tomada por los atenienses al primer asalto. Pues los atenienses, como llegaron sin ser esperados, penetrando en el puerto, se apoderaron de las naves de Quíos, y desembarcando y derrotando en batalla a los que les salieron al encuentro se adueñaron de la ciudad. Enterado de todo ello Astíoco por los eresios y las naves quiotas que habían venido de Metimna al mando de Eubolo —naves que habían sido dejadas allí en la ocasión referida y que cuando fue tomada Mitilena huyeron y se encontraron con él, siendo tres en número, pues una fue apresada por los atenienses— ya no se dirigió a Mitilena, sino que, sublevando a Eresos y armándola, envió además por tierra a los [hoplitas] de sus barcos en dirección a Antisa y Metimna al mando de Eteónico. En tanto, él costeaba con sus naves y las tres de Quíos con la esperanza de que los metimnenses cobraran ánimos al verles y persistieran en su rebelión. Pero como todo le salió mal en Lesbos, reembarcó su ejército y regresó a Quíos. También las tropas desembarcadas que se disponían a marchar al Helesponto se volvieron a sus ciudades respectivas. Después de esto, llegaron a Quíos seis de las naves peloponesias aliadas[17] que se hallaban en Cencreas. Los atenienses, entre tanto, restablecieron la situación en Lesbos y marchando desde allí con la flota, tomaron Policna, la ciudad continental de los clazomenios, que estaba siendo fortificada, y les hicieron pasar de nuevo a la ciudad de la isla, con excepción de los responsables de la rebelión; éstos huyeron a Dafnunte. Y de nuevo Clazómenas se puso del lado de Atenas.

24. En este mismo verano, los atenienses que con las veinte naves estaban en Lada bloqueando Mileto, haciendo un desembarco en Panormo, en el territorio de Mileto, dieron muerte al general lacedemonio Calcídeo, que salió a su encuentro con unos pocos soldados, y a los tres días

volvieron a desembarcar y erigieron un trofeo que los milesios derribaron por haber sido levantado sin que los atenienses hubieran quedado dueños del campo. Entre tanto, Leonte y Diomedonte, con las naves atenienses que habían regresado de Lesbos, hacían por mar la guerra contra los quiotas, teniendo por bases las islas Enusas, que están delante de Quíos, Sidusa y Pteleon, fuertes que tenían en el territorio de Eritras, y Lesbos; llevaban como soldados de marina hoplitas de la lista oficial[18] que habían sido obligados a este servicio. Y en desembarcos efectuados en Cardámila y en Bolisco, tras derrotar en batalla a los quiotas que les salieron al encuentro y matar a muchos, arruinaron las poblaciones de aquella zona, y vencieron por segunda vez en Fanas en otra batalla y en una tercera en Leuconion. Después de esto, los quiotas ya no salían a hacerles frente y los atenienses devastaron la isla, que estaba muy floreciente y no había sufrido daños desde las guerras médicas hasta entonces; pues, exceptuando a los lacedemonios, los quiotas son el único pueblo de los que yo he conocido que ha sido al tiempo próspero y prudente, y cuanto más crecía su ciudad, tanto más hacían reinar en ella el orden y la seguridad. Ni siquiera esta sublevación, si alguno piensa que la llevaron a efecto contra su seguridad, osaron realizarla antes de que dispusieron, para correr el peligro con ellos, de muchos y valientes aliados y de que vieron que ni los mismos atenienses negaban ya, después de la catástrofe de Sicilia, que su situación era incuestionablemente muy mala; y si se equivocaron por causa de las imprevistas alternativas propias de la vida humana, sufrieron este error en unión de otros muchos que fueron de igual opinión de que el poderío de los atenienses sería derribado rápidamente. Imposibilitados del uso del mar y pillados por tierra, algunos intentaron llevar la ciudad al bando ateniense; pero enterados de ello los magistrados, no tomaron de por sí

ninguna medida, pero hicieron venir de Eritras al navarca Astíoco con cuatro naves que tenía y estudiaron de qué manera, bien tomando rehenes o con ayuda de alguna otra medida, podrían poner fin a la conjuración de la forma más suave posible. Esto es lo que sucedía en Quíos.

25. Al final de este verano llegaron a Sanos desde Atenas, al mando de Frínico, Onomacles y Escíronides, mil hoplitas atenienses, mil quinientos argivos (quinientos de los argivos eran tropas ligeras armadas como hoplitas por los atenienses) y mil de los aliados, con cuarenta y ocho naves, de las cuales algunas eran transportes de hoplitas; y pasando a Mileto, acamparon. Les salieron al encuentro los milesios —ochocientos hoplitas—, los peloponesios que habían ido allí con Calcídeo, una tropa de refuerzo de Tisafernes y el propio Tisafernes que se hallaba allí, así como su caballería; todos ellos cayeron sobre los atenienses y sus aliados. Sin embargo, los argivos se adelantaron impetuosamente con su ala, y, por desprecio, avanzaron en desorden por ir contra jonios, gente que no les haría frente; y fueron derrotados por los milesios, perdiendo cerca de trescientos hombres. En tanto, los atenienses vencieron primero a los peloponesios y, haciendo retroceder a los bárbaros y a las restantes tropas[19], no entraron en contacto con los milesios —pues éstos, cuando vieron que el resto de su ejército era derrotado, retrocedieron hasta la ciudad desde el punto donde habían puesto en fuga a los argivos— e hicieron alto en armas ante Mileto como vencedores. Y sucedió que en esta batalla los jonios vencieron a los dorios de uno y otro bando; pues los atenienses quedaron vencedores de los peloponesios alineados frente a ellos e igualmente los milesios de los argivos. Levantaron, pues, los atenienses un trofeo y se dispusieron a circunvalar la ciudad, que tenía forma de istmo, en el pensamiento de que,

si conquistaban Mileto, las demás ciudades se les pasarían con facilidad.

26. Entre tanto, ya atardecido, les fue anunciado que las cincuenta y cinco naves procedentes del Peloponeso y de Sicilia estaban a punto de llegar. En efecto, de los sicilianos —era principalmente el siracusano Hermócrates el que les incitaba a tomar parte en lo que aún quedaba para derrotar a Atenas— habían llegado veinte naves de los siracusanos y dos de los selinuntios, y con ellas las del Peloponeso que habían estado siendo equipadas, las cuales estaban ya dispuestas. Unas y otras habían sido confiadas al lacedemonio Terímenes para que las llevara al navarca Astíoco y llegaron primero a Leros, la isla que está delante de Mileto. Al ver que los atenienses estaban junto a Mileto, se dirigieron al golfo de Iasos, queriendo enterarse de la situación de Mileto. Entonces Alcibíades marchó a caballo a Tiquiusa, en el territorio de Mileto, que es el punto del golfo donde habían arribado y acampado, y así se enteraron de lo relativo a la batalla (pues Alcibíades se encontraba allí y combatía al lado de los milesios y de Tisafernes), y él les exhortó a que, si no querían echar a perder sus proyectos sobre Jonia y toda su causa, acudieran cuanto antes en ayuda de Mileto y no dejaran que fuera aislada con un muro.

27. Se disponían a marchar en socorro de Mileto con la aurora; y en tanto Frínico, el general ateniense, una vez que recibió de Leros noticias fidedignas sobre la flota enemiga, aunque sus colegas en el mando querían presentarle frente y librar una batalla naval decisiva, se negó a hacer esto y a dejar a nadie hacerlo, si podía evitarlo; pues siendo posible luchar más adelante sabiendo bien contra cuántas naves enemigas y con cuántas propias iba a ser el combate, y tras hacer los preparativos en forma satisfactoria y tranquilamente, jamás se arriesgaría él inconsideradamente por temor al deshonor. No era deshonroso, en efecto, que los

atenienses se retiraran con su flota cuando así lo exigían las circunstancias, sino que resultaría mucho más vergonzoso ser derrotados en cualquier forma que fuera. Además, la ciudad no sólo sufriría un deshonor, sino que quedaría expuesta al mayor peligro: después de las desgracias que le habían sobrevenido, apenas si tras unos preparativos que inspiraran confianza o en caso de necesidad absoluta sería comprensible que atacara la primera en algún punto, y mucho menos lo sería que sin que nadie le obligara a ello se arriesgara a peligros arrostrados voluntariamente Así, pues, Frínico ordenó que embarcaran cuanto antes a los heridos, la infantería y el equipo de guerra que habían traído y que, abandonando el botín que habían hecho en el territorio enemigo, a fin de que las naves fueran con poca carga, se volvieran a Samos y en adelante, reuniendo todas las naves, realizaran desde allí sus incursiones navales, si la ocasión se presentaba. Les persuadió, pues, a esto y lo puso en práctica; y ahora y más aún en adelante —no sólo en esta ocasión, sino también en cuantas otras empresas intervino— Frínico fue considerado como hombre inteligente. Así pues, tan pronto como cayó la noche, los atenienses levantaron el campo de Mileto en esta forma, dejando la victoria incompleta; y los argivos, con toda rapidez y malhumorados por su derrota, partieron de Samos para Argos.

28. Con la aurora, los peloponesios levaron anclas de Tiquiusa y arribaron a Mileto; se estuvieron allí un día y al siguiente incorporaron a su flota las naves de Quíos que anteriormente, yendo al mando de Calcídeo, habían sido perseguidas, y quisieron volver a Tiquiusa por el material de guerra que habían desembarcado. Llegados allí, se presentó Tisafernes con su ejército y les persuadió a dirigirse por mar contra Iasos, donde se mantenía Amorges, enemigo del Rey. Y como atacaran Iasos de improviso y sus defensores no esperaran sino que las naves fueran atenienses, lo tomaron;

en la acción fueron los siracusanos los que más gloria ganaron. Y haciendo prisionero a Amorges [hijo bastardo de Pisutnes que se había sublevado contra el Rey], los peloponesios se lo entregaron a Tisafernes para que, si quería, se lo presentara al Rey como éste le había ordenado, y saquearon Iasos y el ejército se apoderó de muchas riquezas; pues la ciudad era rica desde antiguo. En cuanto a los mercenarios de Amorges, les hicieron venir a su campo y sin causarles daño alguno los admitieron en su ejército, pues la mayor parte de ellos procedían del Peloponeso; y entregando a Tisafernes la ciudad y todos los cautivos tanto libres como esclavos, por cada uno de los cuales convinieron en recibir de él un estatero dárico[20], se volvieron a Mileto. Una vez allí enviaron por tierra hasta Eritras, al frente de los mercenarios de Amorges, a Pedarito, hijo de Leonte, que había sido mandado por los lacedemonios como comandante de Quíos; y para Mileto nombraron a Filipo. Y terminó el verano.

29. En el invierno siguiente, una vez que Tisafernes hubo dejado una guarnición en Iasos[21], continuó hasta Mileto y distribuyó a todas las naves un mes de soldada a razón de una dracma por hombre, como se había comprometido a hacer en Esparta[22]; pero para en adelante quería dar sólo tres óbolos[23] hasta tanto se consultara al Rey: si éste se lo ordenaba, daría la soldada completa. Pero como se opusiera a ello Hermócrates, el general siracusano (pues Terímenes al no ser navarca, sino que venía tan sólo para entregar las naves a Astíoco, flojeaba en la cuestión de la soldada), a pesar de todo se convino una cantidad superior a tres óbolos por hombre contando cinco naves más[24]. En efecto, daba al mes treinta talentos para cincuenta y cinco naves; y a los demás hombres[25] —los de las naves que había por encima de ese número— se les distribuía el dinero en esta misma proporción.

30. En este mismo invierno a los atenienses de Samos les habían llegado de Atenas otras treinta y cinco naves mandadas por Carmino, Estrombíquides y Euctemon; y quisieron, reuniendo las que estaban en Quíos y todas las demás, bloquear Mileto con la flota y enviar contra Quíos otra flota y un ejército de tierra, sorteando los mandos. Así lo hicieron, en efecto: a Estrombíquides, Onomacles y Eucternon les correspondió Quíos, y partieron contra ella con treinta naves y con una parte de los mil hoplitas de la expedición de Mileto, que llevaron en transportes de tropas; los demás, que se quedaron en Samos con setenta y cuatro naves, eran dueños del mar y realizaban incursiones contra Mileto.

31. Astíoco, que se encontraba en Quíos escogiendo los rehenes por causa de la traición[26], cuando se enteró de la llegada de las naves de Terímenes y de que la causa de los aliados marchaba mejor[27], dejó aquella tarea y, poniéndose al frente de las diez naves peloponesias[28] y de diez de Quíos, se hizo a la mar y, tras atacar Pteleon y no poder tomarlo, continuó hasta Clazómenas y ordenó, a sus habitantes que los partidarios de los atenienses se retiraran a Dafnunte, en el interior, y que ellos se unieran a su bando. Esto mismo les ordenaba también Tamos, lugarteniente del sátrapa de Jonia. Pero como los clazomenios no obedecieron, Astíoco, tras de lanzar un ataque contra la ciudad, que no tenía murallas, y no poder tomarla, se volvió impulsado por un fuerte viento, marchando él en dirección a Focea y Cumas, mientras que las restantes naves anclaron en las islas situadas enfrente de Clazómenas, esto es, Maratusa, Pela y Drimusa. Y permaneciendo allí ocho días por causa de los vientos, de cuantas cosas pertenecientes a los clazomenios y puestas allí en seguridad había, unas las pillaron y las consumieron, y otras las metieron en los barcos

y partieron en dirección a Focea y Cumas para reunirse con Astíoco.

32. Estando éste allí llegaron embajadores de los lesbios con el proyecto de sublevarse de nuevo; y a él lograron convencerle, pero como los corintios y los demás aliados tenían pocos ánimos por causa del fracaso anterior, levó andas y se dirigió a Quíos. Las naves, dispersadas por una tempestad, llegaron al fin a Quíos cada una desde un sitio diferente. Después de esto, Pedarito, que en la ocasión ya mencionada marchó por tierra desde Mileto siguiendo la costa, una vez llegado a Eritras pasó con su ejército a Quíos; allí tenía también a sus órdenes a los soldados que, procedentes de las cinco naves, habían sido dejados allí por Calcídeo en número de unos quinientos y pesadamente armados. Y como ciertos lesbios prometieran la rebelión contra Atenas, Astíoco dijo a Pedarito y a los quiotas que debían acudir con las naves y promover la rebelión de Lesbos; pues de este modo o bien contarían en adelante con más aliados, o al menos, si fracasaban, debilitarían a los atenienses. Pero ellos no le prestaron oído, y Pedarito dijo que no pondría bajo su mando las naves de los quiotas.

33. Astíoco, con las cinco naves de los corintios, una de Megara, una de Hermiona y las de Lacedemonia que habían venido con él, partió hacia Mileto para hacerse cargo del mando de la flota[29], después de muchas amenazas a los quiotas de no acudir en su socorro cuando les hiciera falta. Tocó en Córico, en el territorio de Eritras, y vivaqueó allí. Por su parte, los atenienses que desde Samos se dirigían a Quíos con las tropas, anclaron también allí, pero al otro lado del promontorio y separados por una altura; ambas flotas se pasaron inadvertidas recíprocamente. Y Astíoco, como le llegara un aviso de Pedarito de que unos prisioneros de guerra eritrenses habían sido puestos en libertad en Samos y habían venido con el propósito de entregar la ciudad,

partió al punto nuevamente para Eritras; tan poco le faltó para caer en medio de la flota ateniense[30]. También Pedarito se le unió en Eritras y, tras investigar ambos lo relativo a los sospechosos de traición, como encontraron que todo ello era un pretexto urdido por los prisioneros para escapar de Samos, les declararon inocentes y se hicieron a la mar, el uno en dirección a Quíos, mientras que el otro marchó a Mileto, como era su designio.

34. Entre tanto, el ejército ateniense, en su viaje por mar, al costear desde Córico se encontró a la altura de Arginon con tres barcos de comercio quiotas, y tan pronto como los vieron, se pusieron a darles caza; pero sobrevino una gran tempestad y las naves quiotas a duras penas pudieron refugiarse en el puerto, mientras que las tres atenienses que más se habían adelantado sufrieron averías y fueron arrojadas por el mar junto a la ciudad de Quíos; los tripulantes fueron hechos prisioneros los unos y muertos los otros. Las demás naves atenienses se refugiaron en el puerto situado al pie del monte Mimante, que es llamado Fenicunte. Desde allí arribaron a Lesbos y se prepararon para la fortificación[31].

35. En este mismo invierno partió del Peloponeso el lacedemonio Hipócrates con diez naves de Turios que mandaba Dorieo, hijo de Diágoras, en unión de otros dos almirantes, más una lacedemonia, y una siracusana, arribando a Cnido; esta ciudad se había rebelado ya contra Atenas por instigación a Tisafernes. Los peloponesios de Mileto, cuando se enteraron de su llegada, les ordenaron que con la mitad de las naves custodiasen Cnido y con las otras que se apostarían en Triopion, apresaran los barcos de comercio que venían de Egipto[32] cuando tocaran allí; Triopion es un promontorio del territorio de Cnido que se adentra en el mar y está consagrada a Apolo. Pero enterados del proyecto los atenienses y acudiendo con su flota desde

Samos, apresaron las seis naves apostadas en Triopion; los tripulantes lograron escapar de ellas. Seguidamente se dirigieron a Cnido y lanzando un ataque contra la ciudad, que, como no tenía murallas, estuvieron a punto de tomarla. Al día siguiente dieron otro asalto, pero como por haberse atrincherado ellos mejor durante la noche y por haber acudido en su ayuda los que en Triopion habían escapado de las naves, ya no les causaban tantas pérdidas, se retiraron y, tras devastar el territorio de Cnido, partieron para Samos.

36. Por estas mismas fechas llegó Astíoco a Mileto a hacerse cargo de la flota. Los peloponesios estaban aún bien provistos de todas las cosas necesarias para el ejército. En efecto, la soldada era pagada en cuantía satisfactoria, los soldados tenían además las grandes riquezas del botín de Iasos, y los milesios llevaban de buen grado las cargas de la guerra. Sin embargo, el primer tratado con Tisafernes, el que éste hizo con Calcídeo, parecía a los peloponesios insuficiente y desfavorable para ellos e hicieron otro estando aún Terímenes en Mileto. Fue el siguiente:

37. «Tratado entre los lacedemonios y sus aliados y el rey Darío, sus hijos y Tisafernes. Habrá paz y amistad en los siguientes términos. Cuantos territorios y ciudades son del rey Darío o fueron de su padre o de sus antepasados, ni los lacedemonios ni los aliados de los lacedemonios marcharán contra ellos para hacerles la guerra o causarles ningún daño; tampoco cobrarán tributos a estas ciudades ni los lacedemonios ni los aliados de los lacedemonios. El rey Darío y sus súbditos no marcharán contra los lacedemonios ni sus aliados para hacerles la guerra ni ningún daño. Si los lacedemonios y sus aliados necesitan algo del Rey o el Rey de los lacedemonios o de sus aliados, deberán hacer aquello a que logren persuadirse los unos a los otros. La guerra contra los atenienses la sostendrán juntos [el Rey y los lacedemonios] y sus aliados; y si hacen la paz, la harán

juntos unos y otros. Cuantas tropas haya en el territorio del Rey reclamadas por el Rey, el Rey pagará su sostenimiento. Y si alguna de las ciudades que han hecho este pacto con el Rey marcha contra el territorio del Rey, las otras lo estorbarán y ayudarán al Rey en la medida de sus fuerzas; y si alguien de los que viven en el territorio del Rey o en aquel otro que pertenece a su imperio[33] marcha contra el de los lacedemonios o sus aliados, el Rey lo estorbará y les ayudará en la medida de sus fuerzas».

38. Después de concertar este tratado, Terímenes entregó a Astíoco el mando de las naves, partió en un bote y no volvió a ser visto[34]. Entre tanto, los atenienses de Lesbos, que habían pasado ya a Quíos con su ejército y que dominaban la tierra y el mar, se dedicaban a fortificar Delfinion, plaza fácil de defender por tierra, provista de puertos y no muy distante de la ciudad de Quíos. Y los quiotas, que habían sido derrotados en las numerosas batallas libradas precedentemente y que, además, no estaban muy concordes entre sí, sino que, por causa de haber sido ya ejecutados por Pedarito, bajo la acusación de ser partidarios de Atenas, Tideo, hijo de Ión, y los suyos, y de que los demás eran gobernados mal de su grado por un régimen oligárquico, desconfiaban unos de otros y se mantenían inactivos, y por estas razones ni ellos mismos ni los mercenarios de Pedarito eran a sus ojos capaces de hacer frente al enemigo. Sin embargo, mandaban enviados a Mileto pidiendo a Astíoco que viniera en su ayuda; y como éste no les prestaba oído, Pedarito escribió a Lacedemonia quejándose de su conducta. En esta situación estaba para los atenienses la campaña de Quíos; entre tanto, sus naves con base en Samos hacían incursiones contra las de Mileto, y como no salían a su encuentro, regresaban a Samos y permanecían inactivas.

39. En este mismo invierno, las veinticinco naves que los lacedemonios habían equipado para Farnabazo a petición del megarense Calígito y del ciziquense Timágoras levaron anclas del Peloponeso y navegaron con dirección a Jonia por la época del solsticio de invierno; iban al mando del espartano Antístenes. Con él enviaron los lacedemonios, como consejeros de Astíoco, a once espartanos, uno de los cuales era Licas, hijo de Arcesilao. Se les había dado orden de que cuando llegaran a Mileto[35], además de cuidarse de que todas las demás cosas marcharan lo mejor posible, enviaran estas naves —o estas mismas o un número mayor o menor— a Farnabazo al Helesponto, si les parecía, dando su mando a Clearco, hijo de Ramfias, que iba en la flota con ellos, y destituyeran a Astíoco de su cargo de navarca, si les parecía [a los once espartanos] y se lo otorgaran a Antístenes; pues por causa de la carta de Pedarito abrigaban sospechas contra él. Las naves se adentraron en alta mar a partir de Malea y tocaron en Melos, donde, encontrándose con diez naves atenienses, apresaron a tres de ellas sin sus tripulaciones y las prendieron fuego. Pero después de esto, los lacedemonios, temerosos de que las naves de los atenienses que habían logrado escapar de Melos anunciaran a los de Samos su expedición naval, como en efecto ocurrió, navegaron en dirección a Creta, alargando así la travesía por precaución, y arribaron al fin a Cauno, en Asia. Desde allí, considerándose ya a salvo, enviaron aviso a las naves de Mileto de que vinieran a convoyarlos.

40. En este mismo tiempo los quiotas y Pedarito no dejaban, a pesar de la tardanza de Astíoco, de enviarle mensajeros pidiéndole que, puesto que sufrían un asedio, acudiera en su ayuda con todas sus naves, y no consintiera que la más populosa de las ciudades aliadas de Jonia estuviera bloqueada por mar y fuera devastada por tierra por incursiones de pillaje. Efectivamente, los esclavos de los

quiotas, que eran muy numerosos y llegaron a ser más que los de ninguna otra ciudad con excepción de Esparta, y que, de otra parte, por causa de su gran número eran castigados más severamente por sus faltas, una vez que el ejército de los atenienses pareció firmemente establecido gracias a sus fortificaciones, muchos de ellos desertaron inmediatamente, pasándoseles, y fueron éstos quienes, conociendo bien el país, mayores daños causaron. Le decían, pues, los quiotas que acudiera en su ayuda mientras aún había esperanza y posibilidad de estorbar los trabajos de fortificación de los atenienses, pues Delfinion se hallaba en trance de ser amurallado pero aún no lo estaba completamente y, además, se construía alrededor del campamento y de las naves un recinto fortificado más extenso. Y Astíoco, aunque por su amenaza de antaño no pensaba hacerlo, cuando vio que los aliados estaban muy entusiasmados por la empresa, se dispuso a acudir en su ayuda.

41. Entre tanto, llegó de Cauno la noticia de que las veintisiete naves y los consejeros lacedemonios estaban ya allí; y considerando que todo lo demás era menos urgente que convoyar un número tan grande de naves a fin de dominar el mar y que el que los lacedemonios que habían venido a inspeccionar sus actos hicieran seguros la travesía, abandonando la expedición a Quíos se dirigió hacia Cauno y, desembarcando en Cos Merópide[36], según costeaba, saqueó la ciudad, que carecía de muralla y que estaba en ruinas por efecto de un terremoto, que fue de los que recordamos el mayor que sus habitantes habían sufrido; éstos habían huido a las montañas. También hizo botín en los campos en una serie de correrías, respetando, sin embargo, a los hombres libres; a éstos les dejaba marchar. De Cos llegó a Cnido de noche y se vio forzado, por ruegos de los cnidios, a no dejar desembarcar a los marineros sino dirigirse inmediatamente, según estaba, contra las veinte

naves atenienses con las cuales Carmino, uno de los comandantes en jefe de Samos, aguardaba a aquellas veintisiete naves procedentes del Peloponeso a cuyo encuentro precisamente iba Astíoco. Los atenienses de Samos se habían enterado de su venida por noticias de Melos y Carmino había sido encargado de buscarlas en Sima, Calca, Rodas y la costa de Licia; pues ya sabía que se encontraban en Cauno.

42. Así pues, Astíoco partió directamente para Sima antes de que hubiera sido descubierta su presencia, con el fin de ver si sorprendía a las naves atenienses en alta mar. Pero la lluvia y la nubosidad del cielo hicieron que sus naves, en medio de la oscuridad, perdieran el rumbo y la formación. Con la aurora, estando la escuadra dispersa y una de sus alas, la izquierda, visible ya para los atenienses, en tanto que la otra aún navegaba sin rumbo fijo alrededor de la isla, Carmino y los atenienses levaron anclas rápidamente con un número de naves inferior a las veinte, creyendo que se trataba de las naves que esperaban [las que venían de Cauno]. Y lanzándose al ataque inmediatamente, hundieron tres y averiaron otras, y llevaban la mejor parte en la batalla hasta que inesperadamente se dejó ver el grueso de las naves enemigas y comenzaron a ser envueltos desde todas partes. Emprendiendo entonces la huida, perdieron seis naves y con las restantes lograron alcanzar la isla de Teutlusa y desde allí Halicarnaso. Después de esto, los peloponesios arribaron a Cnido, y reuniéndose con ellos las veintisiete naves que venían de Cauno, partieron con todas, erigieron un trofeo en Sima, y volvieron a anclar en Cnido.

43. Los atenienses por su parte, cuando tuvieron noticia del combate naval, se dirigieron a Sima con toda su flota de Samos; pero no atacaron a la flota anclada en Cnido, ni ésta a ellos, sino que, recogiendo el equipo naval que habían

dejado en Sima[37] y tocando en Lórimas, en el continente, partieron para Samos.

Una vez reunidas en Cnido todas las naves de los peloponesios, fueron reparadas las que lo necesitaban y los once lacedemonios iniciaron conversaciones con Tisafernes, que acudió allí, tanto sobre los acuerdos tomados antes, cuando alguno no les agradaba, como sobre la continuación de la guerra, estudiando de qué modo sería llevada en forma mejor y más conveniente para ambos. Era Licas el que más minuciosamente examinaba los acuerdos existentes, y decía que ninguno de ambos tratados, ni el de Calcídeo ni el de Terímenes, estaba redactado sabiamente, sino que, por el contrario, sería monstruoso que el Rey pretendiera ahora dominar todos los territorios sobre los que él y sus antepasados habían imperado interiormente (pues resultaba que de nuevo sufrirían servidumbre todas las islas, Tesalia, Lócride y toda Grecia hasta Beocia), y que los lacedemonios dieran a Grecia, en vez de la libertad, el yugo persa. Así pues, Licas exigió que se concertara un tratado más aceptable que aquéllos; si no, no haría caso de ellos ni tenía ninguna necesidad de los subsidios persas bajo esas condiciones. Indignado Tisafernes, se separó de ellos lleno de cólera y sin haber llegado a acuerdo alguno.

44. Los peloponesios tenían intención de dirigirse a Rodas, de donde les solicitaban los ciudadanos más influyentes, pues confiaban en atraer a su partido a aquella isla, que por el gran número de sus marineros y de sus tropas de tierra no carecía de importancia militar, y, además, pensaban que ellos solos, con ayuda de sus aliados, serían así capaces de sostener la flota sin pedir dinero a Tisafernes. Así pues, se hicieron al punto a la mar este mismo invierno desde Cnido y, arribando primero a Camiro de Rodas con noventa y cuatro naves, aterrorizaron a la mayor parte de los habitantes, los cuales ignoraban la conspiración y

emprendieron la fuga en razón sobre todo de que la ciudad no tenía murallas; seguidamente, los lacedemonios convocaron a una reunión a los de Camiro y a los habitantes de las otras dos ciudades, Lindo e Ialiso, y lograron convencer a los rodios a hacer defección de Atenas. Y Rodas se pasó a los peloponesios. En estas circunstancias los atenienses, enterados de lo que se tramaba, se hicieron a la mar con las naves de Samos con intención de llegar los primeros y fueron divisados en alta mar; pero como llegaron tarde por una pequeña diferencia, de momento retrocedieron hasta Calca y desde allí a Samos, y en adelante hacían la guerra realizando sus incursiones navales contra Rodas desde Calca, Cos y Samos. Los peloponesios, por su parte, impusieron a los rodios una contribución en dinero por un importe de treinta y dos talentos y, aparte de esto, sacaron las naves a tierra y se mantuvieron inactivos durante ochenta días.

45. Por entonces y aún anteriormente, antes de que ellos partieran para Rodas, ocurría lo siguiente. Después de la muerte de Calcídeo y de la batalla de Mileto, como Alcibíades resultara sospechoso a los lacedemonios y a Astíoco le llegara una carta de Esparta con orden de matarle (pues era enemigo personal de Agis[38] y por lo demás se le consideraba indigno de confianza), primero se refugió, lleno de temor, junto a Tisafernes, y desde entonces influía sobre él para perjudicar todo lo que podía los intereses de los peloponesios y, como inspirador de todas las decisiones de Tisafernes, redujo la soldada de forma que en vez de una dracma ática se dieran tres óbolos y éstos no con regularidad, aconsejando a Tisafernes que les dijera que los atenienses, que tenían experiencia de la cosa naval desde hacía más [tiempo], daban a sus marineros tres óbolos…,[39] y ello no tanto por falta de recursos como con el fin de evitar que sus marineros, desmoralizados por el exceso de dinero,

presentaran los unos sus cuerpos en peor estado por gastar en cosas de las que viene la enfermedad y los otros desertaran al no existir la garantía de la soldada que se les adeudaba; además, Alcibíades le enseñó el camino para convencer mediante el soborno a los trierarcos y generales de la ciudades a manifestarse de acuerdo con él en esto; ello con la excepción de los siracusanos, pues de entre éstos Hermócrates se opuso él solo en nombre de todos los aliados. De otra parte, a las ciudades que pedían dinero las desairó, replicando en nombre de Tisafernes que los quiotas eran unos cínicos, puesto que, a pesar de ser los más ricos de los griegos y deber, sin embargo, su salvación a la ayuda exterior, pretendían que fueran otros los que arriesgaran sus vidas y su dinero por la libertad de ellos; y decía de las demás ciudades que antes de hacer defección pagaban dinero a los atenienses, que cometerían un desafuero si ahora no querían contribuir con una cantidad igual y aún mayor en favor de su propia causa. Hacía ver que Tisafernes escatimaba ahora el dinero con razón, puesto que gastaba del suyo propio; pero que si alguna vez eran enviados subsidios por el Rey, les pagaría la soldada completa y ayudaría a las ciudades.

46. Además, Alcibíades aconsejaba a Tisafernes que no se diera demasiada prisa en poner fin a la guerra ni quisiera, o bien trayendo las naves fenicias que estaban armando, o bien pagando soldada a un mayor número de griegos, dar al mismo bando el dominio de la tierra y del mar, sino que dejara que ambos se repartieran el poder y que le quedara al Rey la posibilidad de llevar a cada uno de ellos contra el que le resultara molesto. En cambio, si el imperio de la tierra y del mar quedaba en unas solas manos, tendría dificultad en hallar gentes que le ayudaran a derribar a los que tuvieren la supremacía, a no ser que quisiera, emprendiendo él mismo una expedición, empeñarse en una lucha decisiva

con grandes gastos y peligros. Mucho más barato era agotar a los griegos con ayuda de los griegos mismos con una pequeña parte de aquellos gastos y, al propio tiempo, con seguridad para sí propio. También afirmaba que los atenienses eran para él unos copartícipes del imperio mucho más convenientes, pues tenían mucho menos deseo de posesiones terrestres y hacían la guerra, por sus propósitos y manera de llevarla, en forma muy conveniente para el Rey. Los atenienses, en efecto, contando con su ayuda, someterían el mar a su propio imperio y a los griegos que vivían en el territorio del Rey, al de éste; en cambio, los peloponesios vendrían a liberarlos. No era lógico que los lacedemonios se ocuparan ahora en liberar a los griegos de ellos mismos [los griegos] y que en cambio no les liberaran de aquéllos [los bárbaros], a no ser que algún día éstos destruyeran su imperio. Así pues, aconsejaba que Tisafernes desgastara primero a ambos bandos y que, después de debilitar lo más posible a los atenienses, expulsara entonces ya a los peloponesios de su país. Tisafernes pensaba, en general, en igual forma, a juzgar por su conducta. Pues otorgando su confianza a Alcibíades por este motivo —por considerar que le daba buenos consejos sobre estas cosas—, pagaba mal a peloponesios y no les dejaba librar combate naval, sino que, pretextando que iban a venir las naves fenicias y que así lucharían con superioridad de medios, perjudicaba su causa y dejó pasar el momento de máximo poder combativo de su flota, que llegó a ser muy grande, y en todo lo demás era un aliado poco entusiasta, y ello en forma demasiado evidente para pasar inadvertida.

47. Alcibíades daba estos consejos a Tisafernes y al Rey, no sólo porque pensaba que eran buenos para ellos, ya que le daban hospitalidad, sino también porque así preparaba su regreso a la patria, pues sabía que si no la destruía totalmente[40], le sería posible algún día convencerla y

regresar a ella; y pensaba que como mejor la convencería sería si se hacía público que Tisafernes era amigo suyo. Y así sucedió, en efecto. Pues tan pronto como los soldados atenienses de Samos se enteraron de que tenía mucha influencia cerca de él, los trierarcos de los atenienses de Samos y los hombres influyentes se decidieron a derribar la democracia: en parte, porque Alcibíades enviaba mensajes a los más poderosos de entre ellos con el encargo de decir en su nombre a los mejores ciudadanos[41] que deseaba, regresando a Atenas bajo un régimen oligárquico y no en aquel infame [ni de democracia] que le había desterrado y haciendo a Tisafernes amigo de los atenienses, disfrutar a su lado de la ciudadanía; pero sobre todo, por propia iniciativa.

48. Este movimiento comenzó primero en el ejército y luego se extendió a la ciudad. Ciertos atenienses entraron en contacto con Alcibíades, pasando al continente desde Samos, y como éste les ofreciera hacer primero a Tisafernes y luego al Rey amigos de Atenas con tal de que no tuviera un régimen democrático (pues de esta forma el Rey tendría mayor confianza), los ciudadanos influyentes tenían grandes esperanzas de conquistar el poder para sí mismos, ya que ellos eran los que mayores cargas soportaban, y de derrotar al enemigo. Cuando regresaron a Samos, comenzaron a organizar una conjuración con sus partidarios y decían abiertamente al pueblo que el Rey sería su amigo y les daría dinero si Alcibíades regresaba y no se gobernaban democráticamente. La multitud, aunque al principio desaprobaba lo que se tramaba, por la hermosa perspectiva de la soldada pagada por el Rey, se mantenía tranquila; y los que conspiraban a favor de la oligarquía, una vez que hicieron conocer al pueblo sus designios, de nuevo volvieron a considerar, reunidos ellos y la mayor parte de su partido, las ofertas de Alcibíades. A los demás les parecían realizables y dignas de confianza, pero a Frínico, que era

estratego todavía, no le agradaban, sino que pensaba que a Alcibíades, como así era en efecto, no le importaba más la oligarquía que la democracia ni tenía otra intención que ver de qué manera podría, alterando el actual régimen de gobierno de la ciudad, retornar a ella llamado por el partido contrario; y que, en cambio, en lo que ellos debían poner más cuidado era en no tener disensiones internas; para el Rey, de otra parte, ahora que los peloponesios hacían acto de presencia en el mar igual que ellos y poseían ciudades importantes situadas en su imperio, no era útil buscarse dificultades poniéndose del lado de los atenienses, en quienes no confiaba, ya que le era posible hacer amigos suyos a los peloponesios, de los que no había sufrido daño alguno. En cuanto a las ciudades aliadas —a las que sin duda ofrecerían un gobierno oligárquico, ya que ellos mismos no se iban a gobernar democráticamente—, dijo que sabía bien que no por ello se pasarían a los atenienses las que habían hecho defección ni serían más fieles las que les quedaban; pues estas gentes no iban a querer ser esclavas ni con la oligarquía ni con la democracia en vez de ser libres con cualquiera de estos regímenes; además, creía que los llamados hombres de bien[42] no les ocasionarían menos dificultades que el pueblo, ya que eran los que ideaban y luego aconsejaban al pueblo los malos proyectos, de los que ellos sacaban el mayor partido[43]. Por lo que de éstos dependía los atenienses morirían sin ser juzgados y por métodos aún más violentos, mientras que, en cambio, el pueblo era un refugio para ellos y un freno para los oligarcas. Él sabía perfectamente que ésta era la manera de pensar de las ciudades, que estaban al tanto de estas cosas por experiencia. Así pues, nada de lo que Alcibíades tramaba en el presente le parecía bien.

49. Sin embargo, los miembros de la conspiración que tomaron parte en la reunión, como era su primera intención,

aceptaron las proposiciones que se les hacían y se dispusieron a enviar a Atenas como representantes suyos a Pisandro y a otros más, a fin de que negociaran el retorno de Alcibíades y el derrocamiento de la democracia e hicieran a Tisafernes amigo de los atenienses.

50. Dándose cuenta Frínico de que se presentaría una proposición a favor del retorno de Alcibíades y de que los atenienses la aprobarían, lleno de temor, por causa de haber hablado en contra, de que, si en efecto retornaba a la ciudad, le persiguiera por haberse opuesto, recurrió a lo siguiente. Envió secretamente un mensajero a Astíoco, el navarca lacedemonio, que estaba entonces todavía en Mileto, con una carta en la que le decía que Alcibíades traicionaba la causa peloponesia intentado hacer a Tisafernes amigo de los atenienses y le escribía todo lo demás claramente; era disculpable que él —añadía— buscara el mal de un hombre que era enemigo suyo, aunque fuera con perjuicio de la ciudad. A Astíoco ni siquiera se le vino al pensamiento castigar a Alcibíades —tanto más que ya no estaba sujeto a su poder—, sino que, yendo a Magnesia a hablar con él y al tiempo con Tisafernes, les contó el contenido de la carta recibida de Samos y fue él mismo el delator; en este asunto y en todos los demás se había puesto del lado de Tisafernes, según se decía, por recibir sobornos de él: causa por la cual se le había opuesto con poca insistencia en el asunto de la soldada incompleta que aquél pagaba. Alcibíades envió a Samos inmediatamente una carta contra Frínico, dirigida a los jefes del ejército, en la que descubría lo que éste había hecho; en ella pedía su muerte. Y Frínico, lleno de terror, ya que se encontraba en el mayor peligro por la denuncia, de nuevo volvió a escribir a Astíoco, reprochándole que no hubiera sido bien guardado el secreto de su primera carta, ofreciéndole estar ahora dispuesto a facilitarles el

aniquilamiento de todas las fuerzas atenienses [las de Samos] (y le escribía en detalle de qué modo podría llevarlo a efecto aprovechando la circunstancia de que Samos no estaba fortificada), y añadiendo que no se le podía censurar porque, ahora que su vida corría peligro por causa de los atenienses, hiciera esto y cualquier otra cosa antes que morir él mismo a manos de sus peores enemigos. Astíoco denunció también estas cosas a Alcibíades.

51. Pero presintiendo Frínico que obraba de mala fe y que era inminente la llegada de una carta de Alcibíades sobre la cuestión, se anticipó y comunicó al ejército que los enemigos se disponían a atacar el campo ateniense aprovechando que Samos carecía de murallas y, además, que no todas las naves estaban ancladas dentro del puerto; les dijo que él se había enterado con toda certeza de sus propósitos y que era necesario amurallar Samos cuanto antes y tomar las demás medidas defensivas. Como era general, tenía autoridad para disponer estas cosas. Así pues, los atenienses comenzaron a construir la muralla y por la causa mencionada, Samos, que de todas formas iba a ser amurallada, lo fue antes; y no mucho después llegó la carta de Alcibíades, anunciando que el ejército era víctima de una traición por parte de Frínico y que los enemigos se disponían a lanzar un ataque. Pero como se pensó que Alcibíades no era digno de fe, sino que, conociendo los planes del enemigo, le atribuía a Frínico complicidad en ellos movido por su odio personal, no logró ocasionarle daño alguno, sino que, al anunciar lo mismo que él, confirmó su aviso.

52. Después de esto, Alcibíades trabajaba a Tisafernes e intentaba convencerle de que se hiciera amigo de los atenienses, pues aunque Tisafernes temía a los peloponesios porque disponían en Jonia de un número de naves superior al de los atenienses, quería ser considerado digno de confianza[44], si podía lograrlo, sobre todo después que se

enteró de la disensión que hubo en Cnido entre los peloponesios en relación con el tratado de Terímenes[45] (se había producido ya antes, pues ahora se encontraban en Rodas); en el curso de aquella disensión Licas confirmó las palabras de Alcibíades, pronunciadas con anterioridad, relativas a que los lacedemonios intentaban libertar todas las ciudades, pues afirmó que no era tolerable que el tratado estatuyera que el Rey era dueño de las ciudades sobre las que en época anterior habían imperado él o sus padres. Así pues, Alcibíades, como hombre que luchaba por cosas de importancia decisiva, adulaba a Tisafernes y le trabajaba con gran interés.

53. Entre tanto [los embajadores atenienses] enviados con Pisandro desde Samos, llegados que fueron a Atenas, hablaron ante el pueblo exponiendo, de entre otros muchos argumentos, los puntos esenciales, sobre todo que podían, repatriando a Alcibíades y no gobernándose por el sistema democrático igual que ahora, tener por aliado al Rey y derrotar a los peloponesios. Y como, además de otros muchos que se opusieron en nombre de la democracia, los enemigos de Alcibíades gritaran que sería gravísimo que volviera a la patria después de haber violado sus leyes, y los Eumólpidas y los Cérices[46] levantaran su voz en defensa de los misterios, que es la causa por la que se había exiliado, y pidieran en nombre de los dioses que no le repatriaran, Pisandro, tomando la palabra para hacer frente a aquella violenta oposición y protesta, llamó a todos y cada uno de los que habían hablado en contra y les preguntaba qué esperanza de salvación tenían para la ciudad poseyendo los peloponesios en el mar un número de naves no inferior al de ellos dispuestas al ataque, así como un mayor número de ciudades aliadas, y dándoles dinero el Rey y Tisafernes, en tanto que ellos no lo tenían ya, a no ser en el caso de que alguien lograra persuadir al Rey a ponerse de parte de

Atenas. Y cuando, al hacerles esta pregunta, contestaban negativamente, entonces les decía con toda claridad: «Pues bien, esto no nos es posible si no nos gobernamos con más disciplina y con intervención de un número de ciudadanos menor que ahora, a fin de que el Rey confíe en nosotros (y no debemos deliberar ahora tanto sobre el régimen de gobierno como sobre la salvación; pues andando el tiempo podremos cambiar de parecer, si algo no es de nuestro gusto), y si no repatriamos a Alcibíades, que es el único de los hombres de hoy capaz de conseguir estas cosas».

54. El pueblo, primeramente, sufría con impaciencia, al oírle, lo relativo a la oligarquía; pero advertido con claridad por Pisandro de que no había ningún otro medio de salvación, atemorizándose y al tiempo guardando la esperanza de que más adelante podría modificar el régimen, cedió. Y votaron que Pisandro y otros diez atenienses se hicieran a la mar y llevaran las negociaciones con Tisafernes y Alcibíades en la forma que consideraran más conveniente. Además, como Pisandro hizo acusaciones contra Frínico, les destituyeron de su cargo a él y a su colega Esciródines, y en su lugar enviaron para mandar la flota a Diomedonte y Leonte[47]. Pisandro, en efecto, acusó a Frínico, asegurando que había entregado por traición Iasos, así como a Amorges; pues consideraba que era poco indicado para las negociaciones con Alcibíades. Así pues, Pisandro, después que hubo recorrido todas las sociedades secretas, que ya antes existían en la ciudad teniendo por fin los procesos y las magistraturas[48], y las hubo exhortado a que, coaligándose y obrando de común acuerdo derribaran la democracia, y después también de tomar las demás medidas oportunas en aquellas circunstancias, a fin de que no se perdiera más tiempo partió por mar en busca de Tisafernes en unión de los diez atenienses.

55. Entre tanto, una vez que, en este mismo invierno, Leonte y Diomedonte se hubieron incorporado a la flota ateniense, organizaron una expedición naval contra Rodas. Se encontraron con que las naves de los peloponesios estaban en tierra[49], pero en cambio hicieron un desembarco en la isla y, derrotando en batalla a los rodios que acudieron a hacerles frente, se volvieron a Calca y en adelante hacían la guerra desde allí más que desde Cos; pues les resultaba más fácil de defender en caso de que la flota de los peloponesios se hiciera a la mar en alguna dirección.

También se presentó en Rodas el lacedemonio Jenofóntidas, enviado por Pedarito desde Quíos, el cual hizo saber a los peloponesios que el fuerte de los atenienses[50] estaba ya terminado y que, a menos que acudieran con toda la flota, Quíos se perdería. Ellos pensaban marchar allá; pero, entre tanto, el propio Pedarito, al frente de sus mercenarios y de los quiotas, atacó con todo su ejército las fortificaciones construidas por los atenienses en torno a sus naves y tomó una parte de ellas y se apoderó de algunas de las naves que estaban en tierra. Pero como los atenienses marcharan contra ellos y pusieran en fuga primero a los quiotas, el resto del ejército que marchaba con Pedarito fue vencido también, muriendo él y muchos de los quiotas y siéndoles cogidas muchas armas.

56. Después de esto los quiotas eran asediados por tierra y por mar aún más que antes, y el hambre era allí grande. Entre tanto, los embajadores atenienses que iban con Pisandro llegaron a presencia de Tisafernes e iniciaron conversaciones para llegar a un acuerdo. Y Alcibíades (pues no tenía influencia suficiente sobre las decisiones de Tisafernes, que temía más a los peloponesios y que continuaba queriendo, como Alcibíades le aconsejaba, desgastar a ambos contendientes), escogió la siguiente

manera de actuar: hacer que Tisafernes, al presentar a los atenienses las mayores exigencias posibles, no llegara a un acuerdo con ellos. Yo creo que también Tisafernes quería esto mismo, él por el miedo que tenía, mientras que Alcibíades pretendía, una vez que vio que Tisafernes de todas formas no quería el acuerdo, que los atenienses pensaran que no carecía de influencia sobre él para persuadirle, pero que ellos no habían hecho a Tisafernes, supuestamente convencido a su favor y deseoso de aliarse con ellos, concesiones suficientes. En efecto, Alcibíades, exagerando, pidió tantas cosas —hablaba en nombre de Tisafernes y en presencia de éste— que aunque los atenienses durante mucho rato le concedieron todo lo que pedía, sin embargo, fue su conducta la responsable del fracaso; pues exigía que fuera entregada toda Jonia y, además, las islas situadas enfrente y más territorios aún; y aunque los atenienses no se opusieron, al final, en la tercera reunión, Alcibíades, temeroso de que su impotencia quedara completamente al descubierto, pidió que se permitiera al Rey construir naves y costear su territorio en la dirección y con el número de ellas que quisiere. En este momento los atenienses, considerando su intento imposible y creyendo que habían sido engañados por Alcibíades, se marcharon llenos de cólera y se dirigieron a Samos.

57. Inmediatamente después de ello, en este mismo invierno, Tisafernes marchó a lo largo de la costa hasta Cauno, deseoso de hacer venir de nuevo a Mileto a los peloponesios y de, tras hacer otro tratado en los términos que pudiese conseguir, darles dinero para los víveres y no quedar convertido en enemigo suyo declarado; pues temía que si carecían de dinero para sostener un número de naves tan grande o bien se vieran forzados a reñir batalla naval con los atenienses y fueran derrotados, o bien sus naves se quedaran sin tripulantes y los atenienses consiguieran lo

que querían sin necesidad de él; pero, sobre todo, temía que los peloponesios devastaran el continente para procurarse víveres. Así pues, por cálculo y previsión de todas estas eventualidades, en su deseo de nivelar entre sí las fuerzas de los griegos, envió a buscar a los peloponesios y les dio dinero y concertó con ellos el siguiente tratado, que fue el tercero:

58. «En el año decimotercero del reinado de Darío, siendo Alexípidas éforo en Lacedemonia, se concertó en la llanura del Meandro un tratado entre los lacedemonios y sus aliados y Tisafernes, Hierámenes y los hijos de Farnaces[51], regulando las relaciones entre el Rey y los lacedemonios y sus aliados. El territorio del Rey situado en Asia, será del Rey; y el Rey procederá como quiera en lo relativo a su territorio. Los lacedemonios y sus aliados no marcharán contra el territorio del Rey con intención de causar daños, ni tampoco el Rey contra el de los lacedemonios y sus aliados con intención de causar daños. Si alguno de los lacedemonios o sus aliados marcha contra el territorio del Rey con intención de causar daños, los lacedemonios y sus aliados lo estorbarán; y si alguien marcha desde el territorio del Rey contra los lacedemonios y sus aliados con intención de causar daños, el Rey lo estorbará. Tisafernes dará dinero, de conformidad con el acuerdo existente[52], para las naves ahora presentes, hasta que lleguen las naves del Rey; y una vez que lleguen las naves del Rey, los lacedemonios y sus aliados podrán sostener sus naves, en caso de que así lo quieran; pero si prefieren recibir subsidios de Tisafernes, Tisafernes se los dará y los lacedemonios y sus aliados devolverán a Tisafernes cuando acabe la guerra todo el dinero que hayan recibido. Una vez que lleguen las naves del Rey, las naves de los lacedemonios y de sus aliados y las del Rey harán la guerra en común en la forma en que decidan Tisafernes y los lacedemonios y sus aliados. Si

quieren hacer la paz con los atenienses, la harán de común acuerdo».

59. Éste fue el tratado. Seguidamente, Tisafernes inició los preparativos para hacer venir las naves fenicias, como se había acordado, y poner en práctica todas las demás cosas que había prometido; y su intención era que se le viera por lo menos haciendo estos preparativos[53].

60. Cuando el invierno finalizaba, los beocios tomaron por traición Oropo, que guarnecían los atenienses. Les ayudaron algunos de los eretrieos y de los propios oropios, los cuales intentaban sublevar Eubea; pues como la plaza está situada enfrente de Eretria, resultaba imposible, mientras la ocuparan los atenienses, que no causara grandes daños a Eretria y el resto de Eubea. Una vez dueños de Oropo, los eretrieos se presentaron en Rodas para hacer venir a los peloponesios a Eubea. Pero ellos estaban más inclinados a acudir en ayuda de Quíos, que se hallaba en situación apurada, y, haciéndose a la mar en Rodas con todas sus naves, se dirigieron hacia allí. Al llegar a la altura de Triopion divisaron en alta mar la flota ateniense, que venía de Calca; sin embargo, ni unos ni otros se atacaron y así llegaron los atenienses a Sarnas y los peloponesios a Mileto, donde vieron que ya era imposible ir en socorro de Quíos sin librar batalla naval. Y terminó este invierno y con él el vigésimo año de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

61. En el verano siguiente, tan pronto como comenzó la primavera[54], el espartano Dercílidas fue enviado por tierra a lo largo de la costa en dirección al Helesponto con un pequeño ejército con el fin de provocar la defección de Abidos (es colonia de Mileto), y los quiotas, mientras Astíoco vacilaba sobre la manera de prestarles auxilio, se vieron obligados, puestos en apuro por el asedio, a reñir batalla naval. Estando aún Astíoco en Rodas habían logrado traer de

Mileto al espartano Leonte, que había venido como soldado de marina[55] con Antístenes, para que tomara el mando después de la muerte de Pedarito, así como doce naves que defendían Mileto, de las cuales cinco eran de Turios, cuatro de Siracusa, una de Aneas, una de Mileto y la otra la de Leonte. Así pues, los quiotas hicieron una salida con todas sus fuerzas, y apoderándose de una posición fácil de defender y poniendo al mismo tiempo en movimiento sus treinta y seis naves contra las treinta y dos de los atenienses, riñeron batalla naval. La batalla fue violenta; los quiotas y sus aliados no llevaron en ella la peor parte y cuando acabó (pues era ya tarde) se retiraron a su ciudad.

62. Inmediatamente después de esto, Abidos, en el Helesponto, se pasó a Dercílidas —que fue allí por tierra desde Mileto— y Farnabazo, y dos días después hizo lo mismo Lampsaco. Enterado de ello, acudió, desde Quíos rápidamente Estrombíquides con veinticuatro naves, de las cuales algunas eran transportes, que llevaban hoplitas; y como los lampsaquenos salieran a hacerles frente, los derrotó en batalla, tomó al primer asalto Lampsaco, que carecía de murallas, y tras apoderarse de los objetos transportables y de los esclavos y dejar a los libres volver a sus casas marchó contra Abidos. Pero como ni se entregaba ni pudo tomarla en un asalto que lanzó, cruzó a la otra orilla del Helesponto y convirtió a Sesto, en el Quersoneso, que entonces estaba en poder de los medos, en fortaleza y punto de vigilancia para la defensa de todo el Helesponto.

63. Entre tanto, los quiotas alcanzaron en mayor medida el dominio del mar, y Astíoco, con los peloponesios de Mileto, cobró ánimos al enterarse de la batalla naval y de que Estrombíquides se había hecho a la mar con su flota. Y costeando Astíoco con dos naves hasta Quíos, hizo venir de allí la flota y al frente ahora ya de toda ella organizó una expedición naval contra Samos; y como los atenienses no

salieran contra él con sus naves a causa de desconfiar unos de otros, regresó a Mileto.

Sucedía que por estas fechas, y aún antes, la democracia ateniense estaba siendo derribada. Pues una vez que Pisandro y los demás embajadores vinieron a Samos de hablar con Tisafernes, aseguraron aún más firmemente la actitud del ejército e incitaron a los más poderosos de los propios samios a intentar establecer al igual que ellos un régimen oligárquico, a pesar de que unos ciudadanos se habían levantado contra otros a fin de no tener un gobierno oligárquico[56]. Al tiempo, los atenienses de Samos, conferenciando entre sí, decidieron, en vista de que Alcibíades no quería unírseles, prescindir de él (pues no era un hombre apropiado para entrar en una oligarquía) y ver ellos por sí solos, como hombres que estaban ya en peligro, de qué modo la empresa no sería abandonada, así como hacer frente al propio tiempo a la guerra, aportando con entusiasmo de sus haciendas particulares dinero y todo lo demás que hiciera falta, ya que en adelante sus fatigas no serían en beneficio de otros que ellos mismos.

64. Así pues, después de darse ánimos a sí mismos en esta forma, enviaron inmediatamente a Atenas a Pisandro y a la mitad de los embajadores con el fin de que se ocuparan de los asuntos de allí, y se les dijo que en las ciudades vasallas a que arribaran establecieran la oligarquía; a la otra mitad les enviaron en diversas direcciones a las demás ciudades vasallas, y a Diítrefes, que se encontraba en Quíos y estaba designado como general de la región de Tracia[57], le mandaron al territorio de su mando. Este general en cuanto llegó a Tasos derribó la democracia; pero en cuanto se marchó, los tasios, a los dos meses, amurallaron su ciudad, no necesitando ya para nada un gobierno aristocrático aliado de Atenas y esperando cada día la libertad que les traerían los lacedemonios. Había, en efecto,

en el campo peloponesio un grupo de tasios desterrados por los atenienses, y éstos, en unión de sus amigos de la ciudad, trataban por todos los medios de hacer venir una flota y sublevar Tasos. Las cosas les salieron exactamente como querían: la ciudad recobró su independencia sin correr peligro alguno y el partido democrático, que se hubiera opuesto a ellos, perdió el mando. Así pues, en lo que a Tasos respecta las cosas les salieron al revés a los atenienses que intentaban implantar la oligarquía, y a mi ver lo mismo ocurrió en el caso de otros muchos de entre los vasallos; pues las ciudades, al adquirir cordura y libertad de acción, buscaron la independencia completa, no interesándoles el falaz buen gobierno ofrecido por los atenienses[58].

65. En tanto, Pisandro y sus compañeros, según costeaban, derribaban la democracia en las ciudades, conforme se había resuelto hacer, y llegaron a Atenas llevando de algunos lugares hoplitas que les apoyaran. Allí se encontraron con que los miembros de las sociedades secretas habían llevado a cabo la mayor parte de la tarea. En efecto, algunos de los jóvenes, puestos de acuerdo, dieron muerte secretamente a un tal Androcles, el principal jefe del pueblo, el cual había contribuido mucho a desterrar a Alcibíades; y le asesinaron con más gusto que a nadie por dos motivos: por ser jefe del partido popular y porque creían que así darían gusto a Alcibíades, pues estaban en la idea de que iba a regresar a Atenas y a hacer aliado suyo a Tisafernes; también mataron secretamente en igual forma a algunos otros ciudadanos incómodos. De otra parte, previamente habían elaborado y hecho público un programa consistente en que no se debía pagar soldada a ningunos otros que a los soldados en campaña[59], ni debían participar en la cosa pública más de cinco mil ciudadanos, precisamente aquellos que pudieran ser de utilidad con su dinero o su persona.

66. Esto era una manera de guardar las apariencias ante la masa de los ciudadanos, puesto que los mismos que iban a hacer la revolución habrían de ser los que se apoderaran del gobierno de la ciudad. Sin embargo, todavía se reunían la Asamblea y el Consejo del haba[60]; pero no aprobaban cosa alguna que no placiera a los conjurados, sino que los oradores eran de este grupo y acordaban de antemano lo que habían de decir. Ninguno de los otros les replicaba, temerosos de ver que los conjurados eran muchos; pero si alguno hablaba en contra, moría al punto de alguna manera conveniente y no se buscaba a los culpables ni, si se sospechaba quiénes eran, se les perseguía judicialmente, sino que el pueblo mostraba tal silencio y tal terror que el que no sufría violencia, aun cuando permaneciera callado, lo consideraba una suerte. Como creían que los conspirados eran muchos más de los que eran en realidad, su espíritu estaba abatido y no podían ponerlos al descubierto, pues eran incapaces de ello por lo populosa que era la ciudad y el desconocimiento recíproco entre los ciudadanos. Por esta misma razón era imposible lamentarse ante nadie cuando alguno se indignaba, de forma que uno pudiera vengarse mediante una maquinación oculta; pues habría encontrado que aquél al que iba a decírselo era o un desconocido, o un conocido en el que no podía confiar. Efectivamente, todos los del partido popular se miraban unos a otros con recelo, como si cada uno de ellos tomara parte en lo que sucedía. La causa era que había hombres que nadie hubiera creído nunca que se pusieran al lado de la oligarquía, y fueron éstos los que más sospechas sembraron entre la masa y más contribuyeron a la seguridad de los oligarcas, pues aseguraron al pueblo en su desconfianza de sí mismo.

67. Al llegar en estas circunstancias Pisandro y los suyos, inmediatamente se aplicaron a lo que faltaba. Primeramente reunieron la Asamblea y propusieron la elección de diez

comisionados con plenos poderes para la redacción de textos legales, y que éstos, una vez que los tuvieran redactados, propusieran a la Asamblea, en un día fijado de antemano, un proyecto sobre la forma en que la ciudad será mejor gobernada. Luego, una vez que llegó el día, encerraron[61] a la Asamblea en Colono (es un recinto sagrado dedicado a Poseidón, situado fuera de la ciudad y distante unos diez estadios), y los comisionados no propusieron otra cosa sino que cualquier ateniense pudiera hacer la proposición que quisiere sin responsabilidad legal; y si alguien acusara de propuesta ilegal al que hablara o de cualquier otra forma le causara dificultades, señalaran para este caso grandes penas. Entonces ya se propuso con toda claridad que no continuara desempeñándose en igual forma que antes ningún cargo público ni se cobrara sueldos del estado[62], y, además, que se eligieran cinco proedros[63] y éstos a su vez eligieran cien ciudadanos y cada uno de los ciento, tres, que se sumarían a él; estos cuatrocientos ciudadanos se posesionarían del edificio del Consejo, gobernarían la ciudad con plenos poderes en la forma que les pareciera más conveniente y convocarían a los Cinco Mil cuando lo creyeran oportuno[64].

68. El que hizo esta propuesta fue Pisandro, que fue en todo lo demás el que en su actuación pública con más ardimiento contribuyó a arruinar la democracia; sin embargo, el que ideó el plan por el cual la empresa alcanzó este resultado, y el que desde más tiempo se había consagrado a tramarlo, fue Antifón, que entre los atenienses de su tiempo no fue inferior a ninguno en cualidades personales y fue superior a todos en idear un plan y en exponer de palabra lo que decidía; y aunque no hablaba ante la Asamblea Popular ni tampoco voluntariamente en ningún otro debate público por ser sospechoso al pueblo por su habilidad oratoria, era el hombre que, si le pedían

consejo, más capaz era de ayudar a los que actuaban ante los tribunales y ante el pueblo. Él en persona, cuando andando el tiempo los Cuatrocientos fueron derribados por el pueblo y perseguidos, es sin duda alguna el hombre que hasta mi tiempo mejor se ha defendido de una acusación capital, la cual era referente a esta cuestión, pues fue acusado de haber ayudado a establecer el gobierno de aquéllos[65]. También Frínico se mostró más entusiasta que nadie a favor de la oligarquía, pues temía a Alcibíades y sabía que estaba enterado de todos sus tratos con Astíoco cuando estaba en Samos; pensaba, en efecto, que bajo un régimen oligárquico no podría regresar nunca a Atenas. Una vez que Frínico entró en la conspiración, fue el más seguro para hacer frente a los peligros. También Terámenes, hijo de Hagnón, fue uno de los principales de los que derribaron la democracia; era un hombre bien dotado para la palabra y la acción. De esta suerte, la empresa, llevada por ciudadanos numerosos e inteligentes, tuvo éxito en forma fácilmente comprensible, a pesar de que era una ardua tarea; pues resultaba difícil quitar la libertad a los cien años del derrocamiento de los tiranos al pueblo ateniense, que no sólo no estaba sometido a nadie, sino que durante más de la mitad de este tiempo se había acostumbrado a imperar él sobre otros.

69. Una vez que la Asamblea, al no oponerse nadie, sancionó estas propuestas y se disolvió inmediatamente, posteriormente los conjurados introdujeron a los Cuatrocientos en el edificio del Consejo del modo siguiente. Todos los atenienses, por causa de los enemigos de Decelia, estaban constantemente en el puesto que tenían asignado, unos en la muralla y otros en los retenes. En el día aquel dejaron a los que no estaban enterados marchar a su puesto como solían, mientras que a los de la conjuración se les había ordenado permanecer quietos no en sus puestos, sino

lejos de ellos y, si alguien hacía resistencia a lo que se llevaba a cabo, tomar las armas y no dejarle obrar. Había también andrios y tenios, trescientos caristios y algunos de los colonos de Egina, que los atenienses habían enviado a poblar la isla, los cuales habían venido con sus armas para este mismo fin; a éstos se les habían dado iguales órdenes. Una vez apostadas estas tropas, los Cuatrocientos se dirigieron al Consejo, llevando cada uno oculto un puñal, y con ellos iban los ciento veinte jóvenes de que se servían cuando había que acudir a la violencia; e irrumpieron en medio de los consejeros del haba, que se hallaban en el edificio, y les dijeron que tomaran sus honorarios y se marcharan; pues les traían los de todo el tiempo que les faltaba y se los daban según salían.

70. Así pues, una vez que el Consejo, sin oponer nada, escapó de esta manera y que los demás ciudadanos no intentaron ningún movimiento en contra, sino que se mantuvieron en calma, los Cuatrocientos, entrando en el edificio del Consejo, eligieron por suertes pritanos entre ellos mismos y, en lo que se refiere a los dioses, hicieron plegarias y sacrificios al asumir el mando. En adelante, sin embargo, cambiaron profundamente la política del partido popular, salvo que, por causa de Alcibíades, no repatriaban a los desterrados; y en general gobernaban la ciudad por la violencia. Llegaron a matar a algunos ciudadanos que parecía conveniente hacer desaparecer, encarcelaron a otros y a otros todavía los desterraron; además, enviaban mensajeros a Agis, el rey de los lacedemonios, que se hallaba en Decelia, diciéndole que querían hacer la paz y que era razonable que prefiriera concertar un acuerdo con ellos en vez de con el pueblo, que era indigno de confianza.

71. Pero Agis, imaginando que el pueblo no renunciaría tan rápidamente a su antigua libertad y si veía un gran ejército peloponesio, no permanecería en calma, y no

creyendo siquiera que ahora mismo no hubiera disturbios en la ciudad, a los enviados de los Cuatrocientos no les contestó nada que pudiera llevar a la paz, sino que, haciendo venir del Peloponeso un importante ejército, poco después bajó él en persona con la guarnición de Decelia y las tropas recién llegadas hasta los mismos muros de Atenas, con la esperanza de que o bien se llenarían de confusión y se les someterían más fácilmente en los términos que ellos querían, o bien, como consecuencia del desorden que según era de esperar se produciría fuera y dentro de la ciudad, no dejaría de tomar al primer asalto al menos los Muros Largos por estar desguarnecidos. Pero cuando se aproximó a ellos y los atenienses no provocaron disturbios en el interior y, haciendo salir a la caballería y a una parte de sus hoplitas, de las tropas ligeras y de los arqueros, mataron a algunos de los peloponesios por haberse acercado mucho y se apoderaron de algunas armas y cadáveres, entonces ya se dio cuenta de su error y retiró de nuevo el ejército. Él y los suyos permanecieron en su puesto en Decelia, pero a las tropas de refuerzo, después que estuvieron unos pocos días en el Ática, las volvió a enviar a su país. Después de esto, los Cuatrocientos continuaban mandando embajadas a Agis igual que antes, y como él las prestara más oído y se lo aconsejara así, enviaron también a Esparta a unos embajadores para negociar un acuerdo pacífico, pues estaban deseosos de poner fin a la guerra.

72. También mandaron a Samos diez enviados que dieran ánimos al ejército y le explicaran que no se había implantado la oligarquía para mal de la ciudad y de los ciudadanos, sino para la salvación de la causa ateniense toda ella, y que los que gobernaban eran cinco mil y no cuatrocientos solamente; y en verdad, jamás los atenienses, por causa de sus expediciones militares y de sus actividades en el extranjero, se habían reunido para deliberar sobre

ningún asunto tan importante que se juntaran cinco mil. Tras encargarles todas las demás cosas que convenía decir, les despacharon inmediatamente después que ellos se adueñaron del poder, pues temían que, como en efecto sucedió, la turba marinera no quisiera aceptar el régimen oligárquico y que, comenzando allí la calamidad, llegaran a derribarles.

73. En Samos, en efecto, se iniciaba ya un movimiento contra la oligarquía y sucedió que por estas mismas fechas en que los Cuatrocientos establecían su poder, ocurrió lo siguiente. Los samios que en la ocasión referida[66] se habían levantado contra los poderosos, los cuales pertenecían al partido popular, cambiando de opinión y dejándose persuadir por Pisandro cuando llegó[67] y por los conspiradores atenienses de Samos, se constituyeron en un grupo de trescientos conjurados y se dispusieron a atacar a los demás, considerándolos del partido popular. Así pues, mataron a un tal Hipérbolo[68], un ateniense, hombre infame que había sido víctima del ostracismo no por miedo a su poder o a su prestigio, sino por su villanía y por la vergüenza que hacía caer sobre la ciudad; obraron en ello en complicidad con Carmino, uno de los generales, y con algunos de los atenienses de Samos, ganándose con ello su confianza, y llevaron a cabo en unión suya, otras empresas semejantes y se disponían a atacar a los del partido popular. Pero percatándose éstos de ello avisaron de lo que ocurría a los generales Leonte y Diomedonte (pues como eran honrados por el pueblo soportaban con disgusto la oligarquía), así como a Trasibulo y Trasilo, el primero trierarco y el segundo hoplita, y a otros que eran considerados como siempre hostiles a los conjurados; y les suplicaban que no toleraran que ellos fueran asesinados y que se apartara de los atenienses Samos, la isla por sola la cual el imperio de éstos había resistido hasta ahora. Ellos,

cuando le oyeron, se dirigieron a los soldados uno a uno pidiéndoles que no consintieran aquello, pero sobre todo a los tripulantes de la *Páralos*, todos ellos atenienses y libres [navegando en la nave] y hostiles a la oligarquía incluso cuando aún no se había implantado; además Leonte y Diomedonte, siempre que se hacían a la mar, dejaban algunas naves para proteger a los samios democráticos. De esta forma, cuando los trescientos cayeron sobre ellos, todos éstos y sobre todo los de la *Páralos* acudieron en su ayuda y así vencieron los del partido popular samo. Y mataron a unos treinta que eran los más culpables de los trescientos, y castigaron a tres con el destierro; a los demás no les guardaron rencor y en adelante vivieron con ellos gobernándose democráticamente.

74. Los samios y los soldados enviaron a Atenas inmediatamente, con la misión de comunicar lo ocurrido, la nave *Páralos* con Quereas, hijo de Arquéstrato, ateniense, que había actuado con gran entusiasmo a favor del cambio de régimen[69], pues no sabía aún que allí imperaban los Cuatrocientos. Arribados a Atenas, inmediatamente los Cuatrocientos encarcelaron a dos o tres de los tripulantes de la *Páralos*, y a los demás les quitaron la nave y, haciéndoles pasar a otra, un transporte de tropas, les ordenaron vigilar con ella en torno a Eubea. Pero Quereas, cuando vio la nueva situación, encontró una manera de escaparse sin que le vieran y, regresando a Samos, anunció a los soldados lo que sucedía en Atenas, exagerándolo todo para empeorarlo: dijo que castigaban a todo el mundo a ser azotado y no se podía objetar nada a los dueños del poder, y que sus mujeres e hijos eran ultrajados y los oligarcas pensaban detener y encarcelar a los parientes de todos los soldados atenienses de Samos que no eran de sus ideas, a fin de que si éstos no se sometían, aquéllos murieran; y añadía aún otras muchas falsedades.

75. Oyéndole los soldados, primero quisieron lapidar a los que habían implantado la oligarquía y a aquellos otros que habían tomado parte en la conspiración; pero después, como los moderados se lo estorbaran y les aconsejaran que no lo echaran todo a perder al estar los enemigos anclados frente a ellos dispuestos al ataque, lo dejaron. Después de esto, queriendo ya decididamente reformar en un sentido democrático el gobierno del ejército de Samos, Trasibulo, hijo de Lico, y Trasilo (pues éstos eran los principales jefes de la revolución) hicieron jurar con los mayores juramentos a todos los soldados y sobre todo a los del partido oligárquico, que se regirían democráticamente y se mantendrían concordes, que proseguirían con entusiasmo la guerra contra los peloponesios y que serían enemigos de los Cuatrocientos y no admitirían negociaciones con ellos. También los samios en edad militar prestaron en su totalidad el mismo juramento, y los soldados hicieron común con los samios su causa y el resultado final de la guerra, pensando que ni para aquéllos ni para ellos había ninguna vía de salvación, sino que tanto si vencían los Cuatrocientos como si lo hacían los enemigos que estaban en Mileto, perecerían.

76. En este tiempo los atenienses quedaron enfrentados entre sí, exigiendo los unos que la ciudad se rigiera democráticamente y los otros que el ejército lo hiciera oligárquicamente. Y los soldados celebraron inmediatamente una Asamblea, en la cual destituyeron a los anteriores generales y a los trierarcos de que tenían sospechas y eligieron en su lugar otros trierarcos y generales, de los cuales fueron Trasibulo y Trasilo. Y levantándose a hablar, dirigieron otras varias exhortaciones y principalmente que no había que descorazonarse porque la ciudad hubiera desertado de su campo; pues siendo inferiores en número habían hecho defección de ellos que eran más numerosos y con mayores recursos en todos

respectos. En efecto, como ellos tenían toda la flota, obligarían a las demás ciudades sobre las que imperaban a pagar los tributos igual que si se los reclamaran desde Atenas (pues tenían una ciudad importante militarmente, Samos, que había estado a punto, cuando lucharon[70], de arrebatar a Atenas el dominio del mar, y hacían la guerra contra el enemigo con la misma base de operaciones que antes), y por disponer de la flota tenían más facilidad para procurarse víveres que los de la ciudad. Gracias a que ellos montaban guardia en el puesto avanzado que era Samos, habían los atenienses tenido libre hasta el presente la entrada en el Pireo, y ahora, si no querían restablecer el antiguo régimen de gobierno, quedarían en tal situación que sería más fácil que ellos impidieran a aquéllos el uso del mar que el que fueran impedidos de él por aquéllos. Era pequeña y sin valor la medida en que la ciudad les resultaba útil para vencer al enemigo, y nada habían perdido con su defección; pues los atenienses de la ciudad no tenían ya ni dinero que mandarles, sino que los mismos soldados se lo procuraban, ni ningún buen consejo, que son las razones por las cuales una ciudad mantiene el mando sobre los ejércitos. Aún en este respecto aquéllos habían obrado mal al derribar la constitución tradicional de Atenas, mientras que ellos intentaban conservarla intacta e intentarían forzarles a hacer lo propio; de suerte que ni siquiera los ciudadanos capaces de dar buenos consejos que había en el ejército eran peores que los de la ciudad. Además, Alcibíades, si decretaban su amnistía y regreso, les procuraría gustoso la alianza del Rey. Y, lo principal, si fracasaban en todas sus empresas, al disponer de una flota tan grande, tenían muchos lugares en donde refugiarse, en los cuales encontrarían ciudades y campos.

77. Al tiempo que pronunciaban en la Asamblea estos discursos y que se daban ánimos a sí mismos, hacían sus

preparativos de guerra con no menor empeño. En tanto, los [diez embajadores] enviados a Samos por los Cuatrocientos, cuando, llegados ya a Delos, se enteraron de estas cosas, no continuaron el viaje.

78. Por estas mismas fechas, los soldados de la flota peloponesia estacionada en Mileto se quejaban abiertamente unos ante otros de que su causa estaba siendo echada a perder por Astíoco y Tisafernes; pues el primero no quería presentar batalla naval ni antes, cuando ellos eran más fuertes y la flota ateniense era pequeña, ni ahora, cuando se decía que tenían disensiones internas y sus naves no estaban aún reunidas, sino que por esperar a las naves fenicias, mera palabra sin realidad, se exponían a ser vencidos por agotamiento; y Tisafernes, por su parte, no hacía venir aquellas naves, y al pagar la soldada sin regularidad e incompleta, debilitaba la flota. Insistían, pues, en que había que no continuar perdiendo el tiempo, sino librar batalla naval. Los siracusanos eran quienes más les incitaban en este sentido.

79. Enterados que fueron los aliados y Astíoco del descontento, y habiéndose tornado en Consejo la decisión de librar una batalla naval decisiva —pues les llegaban noticias de la agitación que reinaba en Samos—, levaron anclas con todas sus naves, que eran ciento doce, y ordenando a los milesios que marcharan por tierra, siguiendo la costa, en dirección a Micala, navegaron ellos hacia Micala. Pero los atenienses, cuando vieron que las naves de los peloponesios venían contra ellos, se volvieron a Samos con las ochenta y dos naves que casualmente estaban ancladas en Glauca, en el promontorio de Micala (por esta parte Samos dista poco del continente en la dirección de Micala), considerando que con aquel número de naves no podían librar una batalla en que arriesgaran toda su causa. Además, como habían recibido anticipadamente

noticias de Mileto de que los peloponesios estaban ansiosos de batalla, esperaban a que Estrombíquides viniera del Helesponto en su ayuda con las naves que de Quíos habían ido a Abidos[71], pues previamente le había sido enviado un mensajero. De esta forma, los unos se retiraron a Samos y los peloponesios, arribados que fueron, acamparon en Micala, y con ellos lo hicieron las tropas de tierra de los milesios y demás vecinos. Al día siguiente, cuando se disponían a marchar contra Samos, se enteraron de que había llegado Estrombíquides con las naves del Helesponto; y de nuevo se volvieron a Mileto. Y los atenienses, una vez reunidas con ellos las naves, realizaron una expedición naval contra Mileto con ciento ocho naves, deseosos de librar una batalla naval decisiva; pero como no les salieron al encuentro, regresaron a Samos.

80. En el mismo verano, inmediatamente después de esto, los peloponesios, una vez que aun con toda su flota reunida no se consideraron capaces de contender con los atenienses y no les salieron al encuentro, no sabiendo de dónde procurarse dinero para tantas naves, dado sobre todo que Tisafernes pagaba mal, enviaron a reunirse con Farnabazo, como había sido ordenado primeramente desde el Peloponeso, a Clearco, hijo de Ramfias, con cuarenta naves. Farnabazo requería su presencia y estaba dispuesto a procurar su sostenimiento; y además, Bizancio les prometía sublevarse contra Atenas. Así pues, estas cuarenta naves peloponesias, adentrándose en alta mar, a fin de pasar inadvertidas a los atenienses en su travesía, sufrieron una tempestad, y las más de ellas, alcanzando Delos con Clearco y regresando después a Mileto[72]… (y Clearco llegó por tierra al Helesponto posteriormente y se hizo cargo del mando), mientras que los diez que iban con el general megarense Helixo lograron llegar al Helesponto y provocaron la defección de Bizancio. Después de esto, los de Samos,

enterados de ello, enviaron al Helesponto una flotilla para refuerzo y vigilancia: y tuvo lugar delante de Bizancio una batalla naval de poca importancia de ocho naves contra otras ocho.

81. En tanto, los jefes de Samos y sobre todo Trasibulo, que después que restauró la democracia mantenía en todo momento la misma opinión de levantar el destierro de Alcibíades, logró finalmente en una reunión de la Asamblea convencer a la mayoría de los soldados, y una vez que éstos votaron la repatriación y la amnistía de Alcibíades, marchó por mar a presencia de Tisafernes y trajo a Samos a Alcibíades, considerando que la única posibilidad de salvación que tenían era que lograra poner de su parte a Tisafernes, apartándole de los peloponesios. Reunida la Asamblea, Alcibíades se quejó y se lamentó de su desgracia [del destierro] y, explayándose ampliamente sobre los asuntos de la ciudad, les dio grandes esperanzas sobre el futuro y aumentó exageradamente su influencia ante Tisafernes, a fin de que las familias que sostenían la oligarquía le temieran y las sociedades secretas se disolvieran más fácilmente, y a fin también de que los de Samos le honraran más y cobraran mayores ánimos y el enemigo desconfiara lo más posible de Tisafernes y perdiera las esperanzas que tenía. Alcibíades, en su jactancia, les hacía estas extraordinarias promesas: que Tisafernes se había comprometido ante él a que si llegaba a confiar en los atenienses, éstos no carecerían de subsidios mientras le quedara algo de lo suyo, aunque tuviera que acabar por vender su propio lecho, y, además, llevaría en ayuda de los atenienses y no de los peloponesios las naves fenicias, que ya estaban en Aspendo; pero sólo confiaría —decía Alcibíades— en los atenienses si él fuera restaurado en su patria sano y salvo y se le dieran garantías.

82. Los atenienses, oyéndole estas cosas y otras muchas, le eligieron en seguida general en unión de los anteriores y pusieron en sus manos todos sus asuntos; y ninguno de ellos hubiera querido cambiar por nada del mundo su repentina confianza en su salvación y en el castigo de los Cuatrocientos, y estaban incluso dispuestos a marchar contra el Pireo, pues después de lo que se les había dicho despreciaban a los enemigos presentes allí en aquel momento. Sin embargo, Alcibíades se opuso decididamente a navegar contra el Pireo, dejando detrás a los enemigos más próximos, aunque eran muchos los que insistían en ello, y afirmó que, por el contrario, ya que había sido elegido general, se ocuparía primero de la guerra, marchando a presencia de Tisafernes. E inmediatamente después de esta reunión de la Asamblea, partió, a fin de que pareciera que todas las cosas las consultaba con aquél, y al tiempo porque quería ser tenido en más estima por él y hacerle ver que había sido elegido ya general y podía ocasionarle bienes y males. Así, Alcibíades asustaba a los atenienses con Tisafernes y a Tisafernes con los atenienses.

83. En tanto, los peloponesios de Mileto, enterados que fueron del regreso de Alcibíades, aunque ya antes desconfiaban de Tisafernes, ahora se enemistaron con él mucho más. Pues les había sucedido que desde que no habían querido, cuando los atenienses llevaron su flota contra Mileto, salir a su encuentro y entablar batalla naval, Tisafernes comenzó a pagar las soldadas mucho peor y aumentó el odio que ya antes de esto le tenían por causa de Alcibíades. Y reuniéndose en grupos, al igual que antes, los soldados y también algunos de los hombres de consideración [y no sólo la tropa], recordaban que jamás habían cobrado la soldada entera y que lo que se les daba era poco y ni esto con regularidad; y decían que si no reñían una batalla naval decisiva o se retiraban a algún sitio donde

pudieran procurarse las subsistencias, las tripulaciones desertarían de las naves; de todo esto —decían— era Astíoco el responsable, que llevaba el humor a Tisafernes para buscarse ganancias particulares.

84. Estando ellos entregados a estas reflexiones, se produjo un motín en relación con Astíoco. Como la mayoría de los siracusanos y turios era libre, tanto más violentamente se presentaron reclamando la soldada. Astíoco les respondió con alguna palabra altanera y amenazó a Dorieo, que arengaba a sus marineros, y le levantó el bastón. Al verlo la multitud de las tropas, como suelen hacer los marineros, se lanzaron contra Astíoco gritando, con la intención de lapidarle; y él viéndolo a tiempo, se refugió en un altar. Con todo no llegó a ser apedreado, sino que se disolvieron. Además, los milesios, en un ataque por sorpresa, tomaron el fuerte de Tisafernes que éste había construido en la ciudad, y expulsaron de allí a los guardianes que había dentro. A los demás aliados les parecía bien aquello, sobre todo a los siracusanos; pero Licas no aprobó su conducta y dijo que era preciso que tanto los milesios como los demás habitantes del territorio del Rey estuvieran sometidos a Tisafernes dentro de límites razonables y cultivaran su amistad, hasta tanto que llevaran la guerra a buen término. Los milesios se indignaban con él por este motivo y por otras cosas semejantes, y cuando posteriormente murió de una enfermedad, no dejaron enterrarle donde los lacedemonios allí presentes querían.

85. Estando tan tirantes las relaciones con Astíoco y Tisafernes, llegó Míndaro de Esparta para sustituir a Astíoco como navarca, y se posesionó de su cargo; y Astíoco partió. Tisafernes envió a su presencia un embajador perteneciente a su séquito, un cario bilingüe llamado Gaulites, con el fin de que acusara a los milesios por el asunto del fuerte y de que al mismo tiempo hiciera la defensa del propio

Tisafernes; pues sabía que los milesios habían marchado a Esparta con el fin principal de denunciarle, y con ellos Hermócrates, que se disponía a hacer ver que Tisafernes se dedicaba a perjudicar la causa de los peloponesios en unión de Alcibíades y hacía doble juego. Tisafernes tenía un odio implacable contra él por la cuestión del pago de las soldadas; y finalmente, cuando Hermócrates fue desterrado de Siracusa y vinieron otros generales a hacerse cargo de las naves —Potámide, Miscón y Demarco—, Tisafernes atacaba aún mucho más a Hermócrates, ya desterrado, y le acusaba, entre otras cosas, de que en una ocasión le había pedido dinero y al no conseguirlo había mostrado enemistad contra él. Así pues, Astíoco, los milesios y Hermócrates partieron con dirección a Esparta; y Alcibíades había regresado ya a Samos de la presencia de Tisafernes.

86. Entre tanto, estando ya allí Alcibíades, llegaron desde Delos los enviados de los Cuatrocientos [los embajadores], que éstos habían despachado en la ocasión referida para alentar y dar explicaciones a los de Samos y, una vez reunida la Asamblea, intentaron hablar. Los soldados al principio no querían oírles, sino que gritaban que había que matar a los verdugos de la democracia; sin embargo, más tarde acabaron por callarse y les oyeron. Ellos dijeron que el cambio de régimen no se había llevado a cabo para ruina de la ciudad, sino para su salvación, ni tampoco para que fuera entregada a los enemigos (pues habrían podido hacerlo antes cuando realizaron una incursión teniendo ya ellos el mando), y que todos formarían parte por turno de los Cinco Mil, y sus parientes no eran ultrajados, como había anunciado Quereas calumniándoles, ni sufrían molestia alguna, sino que permanecían allí dueño cada uno de sus propiedades. Pero aunque añadieron otras muchas cosas, no por eso les prestaban mayor atención, sino que se indignaban y cada uno hacía una propuesta diferente, pero

sobre todo la de marchar contra el Pireo. Y es fama que Alcibíades, en forma destacada y en no menor medida que nadie, prestó un servicio a la ciudad, pues estando deseosos los atenienses de Samos de dirigirse por mar contra su propia ciudad, con lo cual los enemigos se habrían podido apoderar sin duda alguna de Jonia y el Helesponto, se lo estorbó. En aquel momento ningún otro hubiera sido capaz de contener a la multitud, mientras que él les hizo renunciar a aquella expedición e, increpando a los que estaban furiosos con los embajadores por motivos privados, les disuadió de su proceder. Él mismo despidió a los embajadores, contestándoles que no se oponía a que los Cinco Mil ejercieran el mando, pero les invitaba a destituir a los Cuatrocientos y a restablecer el Consejo de los Quinientos en la forma de antes; de otra parte, si se habían reducido algunos gastos para que los soldados en campaña tuvieran más dinero para su sostenimiento, lo elogiaba mucho. En cuanto a lo demás, les exhortaba a resistir y a no ceder ante el enemigo; pues si la ciudad se salvaba, había gran esperanza de que se reconciliara con ellos, pero si uno de los dos partidos, o el de Samos o el de ellos, se derrumbaba, ya no habría ni con quién reconciliarse.

También estaban presentes unos embajadores argivos que ofrecían a la democracia ateniense de Samos acudir en su ayuda; y Alcibíades, tras elogiarles y decirles que se presentaran cuando se les llamara, los despidió. Los argivos habían llegado con los tripulantes de la *Páralos*, que en la ocasión mencionada[73] habían sido embarcados en el transporte por los Cuatrocientos con orden de dar la vuelta a Eubea y llevar a Esparta a unos embajadores atenienses enviados por ellos, Lespodias, Aristofonte y Melesias; y una vez que en su navegación llegaron a la altura de Argos, aprisionaron a los embajadores y se los entregaron a los argivos, considerándoles de los que más habían contribuido

a derribar la democracia, y ellos no regresaron a Atenas, sino que llegaron a Samos desde Argos con su trirreme conduciendo a estos otros embajadores.

87. En este mismo verano, Tisafernes, en el tiempo preciso en que los peloponesios estaban más enemistados con él por todo lo demás y por la repatriación de Alcibíades y le consideraban amigo declarado de los atenienses, deseoso, según se creía, de justificarse ante ellos de las acusaciones, se dispuso a marchar a Aspendo en busca de las naves fenicias, e invitó a Licas a acampañarle; y dijo que dejaría a su lugarteniente Tamos al cuidado del ejército, a fin de que le pagara los subsidios en tanto estuviera él ausente. Hay discrepancias y no es fácil saber con qué intención marchó a Aspendo y una vez que llegó no trajo las naves. Pues que las naves fenicias, en número de ciento cuarenta y siete, llegaron hasta Aspendo, es cosa averiguada; pero la razón de por qué no se presentaron es conjeturada en varios sentidos. Unos dicen que para agotar, al ausentarse, los recursos de los peloponesios, como se había pensado (por lo menos Tamos, que había sido encargado de ello, no les pagaba mejor, sino incluso peor); otros, que para, haciendo venir a los fenicios hasta Aspendo, sacarles dinero por dejarles volverse (pues de todas formas no quería utilizar sus servicios); y otros, que por causa de la difamación de que era objeto en Esparta, a fin de que se dijera que no faltaba a su palabra, sino que había partido sin duda alguna en busca de las naves, que realmente habían sido armadas. Sin embargo, a mí me parece que lo más cierto es que no trajo la flota a fin de desgastar las fuerzas griegas y aplazar la decisión: para debilitarlas en el tiempo en que marchaba hacia allí y se demoraba e igualarlas a fin de no unirse a ningún bando y hacerle así más fuerte, puesto que si así lo hubiera querido, sin duda alguna con su aparición habría puesto fin a la guerra; y si hubiera traído las naves, habría

dado la victoria a los lacedemonios, según es verosímil, ya que en el presente la flota de éstos era digna de la de los atenienses y no inferior a ella. Lo que más le delata es el pretexto que puso cuando no trajo las naves. Dijo, en efecto, que eran muchas menos en número que las que el Rey había dispuesto que se reunieran; y, sin embargo, en este caso él habría logrado una mayor gratitud por no gastar mucho dinero del Rey y lograr con menos naves el mismo resultado. Así pues, Tisafernes, con la intención que fuera, llegó a Aspendo y conferenció con los fenicios; y los peloponesios, por orden suya, enviaron al lacedemonio Filipo con dos trirremes para traer las naves.

88. Al enterarse Alcibíades de que Tisafernes se dirigía por tierra a Aspendo, marchó allí por mar él también con trece naves, tras prometer a los de Samos un beneficio cierto y grande (que o traería en ayuda de los atenienses las naves fenicias o al menos impediría que vinieran para unirse a los peloponesios), pues conocía desde antes, como es lógico, la decisión de Tisafernes de no llevárselas a los peloponesios y quería desacreditarle lo más posible a los ojos de éstos con motivo de su amistad con él y con los atenienses, a fin de que par esta causa se viera forzado aún más a unirse a ellos. Así pues, haciéndose a la mar tomó rumbo Este en dirección a Fasélide y Cauno.

89. Cuando, llegados que fueron a Atenas desde Samos los embajadores enviados por los Cuatrocientos, comunicaron lo que les había encargado Alcibíades, esto es, que les exhortaba a resistir y no ceder ante los enemigos, y que tenía muchas esperanzas de reconciliar con ellos al ejército y vencer a los peloponesios, dieron con estas noticias muchos más ánimos a la mayor parte de los que participaban en el gobierno oligárquico, que ya antes se hallaban incómodos y con gusto se desembarazarían de aquella situación siempre que fuera sin peligro. Y

comenzaron a formar grupos y a criticar la política actual, teniendo como jefes a algunos, de los más destacados de los que integraban la oligarquía y ocupaban las magistraturas, como Terámenes, hijo de Hagnón, Aristócrates, hijo de Escelias, y otros, que habían participado en la revolución oligárquica como jefes principales[74], pero temían, según decían, al ejército de Samos y a Alcibíades, así como a los embajadores enviados a Esparta —no fuera que causaran un mal a la ciudad sin contar con la mayoría de los ciudadanos —, mientras que no confesaban[75] su deseo de poner término a aquella situación, en la cual el poder había quedado limitado a demasiado pocos ciudadanos, sino que decían que había que designar de hecho y no en forma puramente nominal a los Cinco Mil y repartir con más igualdad los derechos políticos. Esto era para ellos mera propaganda política, pues los más se entregaban a esta empresa por ambiciones personales, que es el mejor sistema para que perezca una oligarquía nacida de una democracia; ya que todos quieren ser desde el primer día no ya iguales, sino cada uno el primero con mucha diferencia. En la democracia, en cambio, cuando se celebra una elección, todos aceptan mejor el resultado, considerando que no han sido humillados por sus iguales. Lo que más les animaba, sin embargo, era que la situación de Alcibíades en Samos era firme y que les parecía que la oligarquía no iba a ser duradera; en vista de ello, cada uno luchaba por llegar a ser el primer jefe del partido democrático.

90. Aquellos de los Cuatrocientos que más opuestos eran a esta política y que ocupaban los cargos principales —esto es, Frínico, que siendo general en Samos se había indispuesto con Alcibíades en la ocasión mencionada; Aristarco, uno de los mayores y más antiguos enemigos de la democracia, y Pisandro, Antifón y los demás hombres influyentes—, los cuales ya desde antes, tan pronto como se

hicieron con el poder y luego una vez que sus fuerzas de Samos se habían apartado de ellos implantando la democracia, enviaban como embajadores a Esparta a hombres de su partido, deseaban la paz y construían el muro de la llamada Eetionea, continuaron enviándolos con mucho más afán desde que regresaron de Samos sus embajadores; pues veían que la mayoría de los ciudadanos, incluidos algunos de entre ellos que antes eran considerados fieles, se cambiaban de partido. Así pues, enviaron a toda prisa a Antifón, Frínico y otros diez, temerosos por la situación interior de Atenas y la de Samos, y les encargaron que hicieran la paz con los lacedemonios en cualesquiera condiciones que fueran en algún modo soportables. Al tiempo, construían con más diligencia aún el muro de Eetionea. La finalidad del muro, según Terámenes y los suyos, era no la de no dejar entrar en el Pireo a los de Samos, si querían penetrar por la fuerza, sino la de facilitar la entrada de los enemigos con su flota y sus tropas de tierra cuando ellos así lo quisieran. Eetionea es, en efecto, una lengua de tierra del Pireo y la boca del puerto está inmediatamente junto a ella. El muro era levantado continuando el ya existente que se dirige hacia el interior, de tal manera que si lo ocupaban unos pocos hombres tenían en su poder la entrada [y la salida] del puerto; pues en una de las dos torres situadas en la boca del puerto, que es estrecho[76], terminaban tanto el muro antiguo que se dirige tierra adentro como este nuevo muro interior que se construía hacia el mar. También edificaron un pórtico, que era muy grande e inmediato a este muro en el Pireo, y eran ellos quienes lo ocupaban, y obligaban a todos a depositar allí el trigo que había en la ciudad y que entraba por mar y a tomarlo de allí para venderlo.

91. Terámenes difundía desde antes estos rumores y continuó haciéndolo cuando los embajadores regresaron de

Esparta sin haber conseguido ningún acuerdo para la ciudad entera[77], pues decía que este muro podría causar la ruina de Atenas. Sucedía, de otra parte, que por entonces mismo se encontraban ya ancladas en La, en Laconia, en su viaje desde el Peloponeso, cuarenta y dos naves de las cuales algunas eran italiotas y sicilianas procedentes de Tarento y Locros que habían pedido los eubeenses, y se disponían a partir para Eubea (iban al mando de Hegesándridas, hijo de Hegesandro, espartano); y Terámenes decía que venían no tanto en ayuda de Eubea como de los que fortificaban Eetionea y que si no se tomaban precauciones, la causa ateniense sería arruinada antes de que ellos se dieran cuenta. Había algo de esta intención por parte de los que eran acusados, y no se trataba solamente de una calumnia. Éstos, en efecto, preferían en primer término imperar sobre los aliados teniendo un régimen oligárquico y, si no, al menos ser una ciudad independiente en posesión de sus naves y sus muros; pero si aun esto se les negaba, al menos no perecer ellos antes que los demás a manos de la democracia restaurada, sino introducir en la ciudad a los enemigos y llegar a un acuerdo con ellos para obtener el gobierno de la ciudad sin naves ni muros y de cualquier modo que fuera, con tal de que se les conservara la vida.

92. Con esta finalidad construían afanosamente el referido muro, que tenía postigos y entradas para introducir al enemigo, e intentaban terminarlo a tiempo. Pues primero las acusaciones circulaban entre unos pocos y más bien en secreto; pero una vez que Frínico, cuando regresó de su embajada a Esparta, antes de alejarse mucho del edificio del Consejo, fue herido, víctima de una conspiración, por uno de los perípolos[78] en el Ágora, que estaba llena de gente, muriendo al instante, y que el asesino huyó y su cómplice, un argivo, al ser apresado y atormentado por los Cuatrocientos no dijo el nombre del que había dado la orden

ni ninguna otra cosa sino que sabía de muchos hombres que se reunían en casa del jefe de los perípolos y en otras varias, en esta coyuntura, como no se tomara ninguna medida violenta a raíz de esta declaración, Terámenes, Aristócrates y los demás miembros de los Cuatrocientos y ciudadanos extraños a ellos que eran de iguales opiniones, se dispusieron a obrar ahora ya con más audacia. Pues por entonces mismo las naves habían costeado el Peloponeso desde La y, tras anclar en Epidauro, habían realizado una incursión contra Egina; y Terámenes decía que no era lógico que, dirigiéndose a Eubea, entraran en el golfo de Egina y de nuevo anclaran en Epidauro, si no es que habían sido llamadas y venían con el objeto que él constantemente les atribuía; así pues, ya no era posible permanecer inactivos. Finalmente, tras muchas exhortaciones a la revolución y muchas sospechas, se decidieron ya a la acción; pues los hoplitas que construían en el Pireo el muro de Eetionea, con los cuales estaba Aristócrates, que era taxiarco y estaba al frente de su propia tribu[79], arrestaron a Alexicles, que era general de la oligarquía y muy entregado a las sociedades secretas, y le condujeron a una casa y le encerraron allí. Entre otros, les ayudó Hermón, un perípolo, jefe de los que guarnecían Muniquia; pero, sobre todo, la masa de los hoplitas aprobaba esto. Cuando lo sucedido fue anunciado a los Cuatrocientos (se encontraban reunidos en el edificio del Consejo), inmediatamente cuantos eran opuestos a lo sucedido se mostraban decididos a tomar las armas y amenazaban a Terámenes y los suyos. Él, para defenderse, dijo que estaba dispuesto a marchar ahora mismo con ellos para libertar a Alexicles. Y haciéndose acompañar por uno de los generales, que era de iguales ideas que él, se dirigió al Pireo; también acudieron allí Aristarco y algunos jovenes jinetes. Se produjo una confusión grande y terrorífica: los de la ciudad creían que el Pireo había sido ya tomado[80] y que

el prisionero había sido ejecutado, y los del Pireo que los de la ciudad estaban a punto de caer sobre ellos. Apenas si gracias a que los más ancianos detenían a los que en la ciudad corrían de un lado a otro y buscaban sus armas y a que Tucídides de Farsalia, próxeno de la ciudad, se hallaba presente y esforzadamente se interponía entre todos ellos y les gritaba que no arruinaran la patria estando cerca los enemigos al acecho, se tranquilizaron y se abstuvieran de luchar entre sí. Así pues, Terámenes bajó al Pireo (él también era general) y manifestó su indignación contra los hoplitas, aunque de palabra solamente; y Aristarco y los del bando opuesto estaban llenos de ira contra el populacho[81]. Y la mayoría de los hoplitas se dispuso a la acción y, no arrepintiéndose de su conducta, preguntaban a Terámenes si le parecía que el muro era construido para bien de la ciudad o si era mejor que fuera demolido. Él dijo que si a ellos les parecía bien demolerlo, también se lo parecía a él. Seguidamente, tanto los hoplitas como muchos de los habitantes del Pireo subieron al muro y comenzaron a derribarlo. La consigna que se daba a la multitud era que todo el que quisiera que gobernaran los Cinco Mil en vez de los Cuatrocientos, pusiera manos a la obra. Pues a pesar de todo todavía evitaban, con el nombre de los Cinco Mil, decir claramente «todo el que quiera que gobierne el pueblo»; pues temían que los Cinco Mil existieran realmente y al decir un ciudadano ante otro alguna cosa cometiera un error por ignorancia. Por este motivo los Cuatrocientos no querían ni que existieran los Cinco Mil ni que se descubriera que no existían, considerando sencillamente un régimen democrático el establecimiento de tantos partícipes del poder, y que en cambio la incertidumbre infundía miedo a unos respecto a otros.

93. Al día siguiente, los Cuatrocientos, aunque presa de confusión, se reunieron en el edificio del Consejo; y los

hoplitas del Pireo, tras poner en libertad a Alexicles, al que antes habían arrestado, y demoler el muro, dirigiéndose al teatro de Dionisos en Muniquia y dejando las armas junto a sí cada uno, celebraron una Asamblea y, tomando esta decisión, inmediatamente se dirigieron a la ciudad y se detuvieron ahora en el Anacion[82], haciendo de nuevo alto en armas. Allí se presentaron ante ellos unos enviados de los Cuatrocientos, los cuales comenzaron a dialogar privadamente con ellos e intentaban convencer a los de carácter más sosegado que venían a permanecer tranquilos ellos mismos y contener a los demás, pues prometían designar a los Cinco Mil y que de éstos saldrían por turno los Cuatrocientos en la forma que los Cinco Mil determinasen; mientras tanto, no debían en modo alguno causar la ruina de la ciudad y echarla en los brazos del enemigo. Finalmente, el conjunto de los hoplitas, tras una serie de exhortaciones de muchos ciudadanos a otros muchos, se tranquilizó más que antes y temía más que nada por el estado en su totalidad. Y consintieron en celebrar una Asamblea en un día prefijado en el recinto sagrado de Dionisos para tratar de la concordia.

94. Cuando llegó el día de la Asamblea en el recinto de Dionisos y estaban a punto de reunirse, llegó la noticia de que Hegesándridas y sus cuarenta y dos naves costeaban Salamina procedentes de Megara; y todos los hoplitas pensaron que se trataba de lo que hacía tiempo anunciaban Terámenes y los suyos, esto es, que las naves venían para ocupar el muro, y se convenía en que su demolición había sido de utilidad. Es posible que Hegesándridas permaneciera en Epidauro y la región vecina por mediar un acuerdo, pero también es verosímil que se detuviera allí en vista de las presentes disensiones de los atenienses, con la esperanza de que tal vez pudiera presentarse en Atenas en un momento oportuno. Así pues, los atenienses, cuando les

llegó la noticia, inmediatamente se dirigieron al Pireo a la carrera y con todas sus fuerzas, considerando que mayor que su guerra interna era la que les movían los enemigos y no desde lejos, sino junto al puerto. Unos embarcaban en las naves que allí había, otros echaban al mar las que estaban en seco, y otros aún acudían a defender los muros y la boca del puerto.

95. Sin embargo, las naves de los peloponesios costearon por delante de Atenas y, doblando el cabo de Sunion, anclaron entre Tórico y Prasias, llegando después a Oropo. Y los atenienses, rápidamente y forzados a utilizar tripulaciones no entrenadas, ya que la ciudad estaba dividida en facciones y querían acudir a toda prisa en defensa de lo que más les importaba (pues, al estar privados del uso del Ática, Eubea lo era todo para ellos), enviaron a Eretria al general Timócares con una flota. Llegada ésta y sumadas las naves que ya antes estaban en Eubea, resultaron treinta y seis. E inmediatamente se vieron forzados a librar batalla naval; pues Hegesándridas, en cuanto comió[83], hizo zarpar de Oropo a sus naves; Oropo dista de la ciudad de Eretria unos sesenta estadios de mar. Al venir Hegesándridas contra ellos, los atenienses a su vez comenzaron a embarcar a su gente, creyendo que sus soldados estaban junto a las naves; pero en realidad estaban proveyéndose de víveres para la comida no en el mercado, pues nada se vendía allí por estratagema de los eretrieos, sino en las últimas casas de la ciudad, a fin de que, al embarcarse lentamente, los enemigos se adelantaran a caer sobre ellos y de forzar a los atenienses a levar anclas en la situación que en que se encontraran. En Eretria se levantó una señal para que la vieran ellos en Oropo, indicando cuándo debían hacerse a la mar. Así pues, zarpando con tales preparativos[84] los atenienses y empeñándose en una batalla naval delante del puerto de

Eretria, durante un corto tiempo presentaron frente al enemigo a pesar de todo, pero luego emprendieron la fuga y fueron perseguidos hasta tierra. Y cuantos de ellos se refugiaron en la ciudad de Eretria, considerándola amiga, corrieron el peor destino, pues eran asesinados por los habitantes; en cambio, los que lo hicieron en el fuerte de Eretria, que ocupaban ellos, se salvaron, e igualmente las naves que llegaron a Cálcide. Los peloponesios, tras apresar veintidós naves atenienses y matar a una parte de los tripulantes y hacer prisionera a otra, levantaron un trofeo. No mucho después lograron sublevar a toda Eubea salvo Oreo (esta ciudad la habitaban los propios atenienses)[85] y tomaron en el país las disposiciones necesarias.

96. Cuando a los atenienses les llegó la noticia de lo ocurrido en Eubea, se produjo una consternación mayor que las anteriores; pues ni la catástrofe de Sicilia, aunque en su tiempo pareció grande, ni ninguna otra cosa les aterrorizó tanto. En efecto, en un tiempo en que el ejército de Samos estaba sublevado, en que no había más naves ni gentes que se embarcaran en ellas y en que, finalmente, ellos estaban empeñados en luchas internas y era incierto cuándo llegarían a las manos, al sobrevenir tan grande catástrofe, en la cual perdieron sus naves y, sobre todo, Eubea, de la que obtenían mayor provecho que del Ática, ¿cómo es de extrañar que se descorazonaran? Lo que más y más directamente les asustaba era el temor de que los enemigos, ahora que estaban victoriosos, osaran lanzarse contra ellos, cayendo sobre el Pireo, que carecía de naves; y pensaban que estaban a punto de llegar. Esto es lo que hubieran hecho sin dificultad si hubieran sido más audaces, y con ello habrían dividido aún más a la ciudad si se hubieran quedado allí bloqueándola y habrían forzado a las naves de Jonia, aunque enemigas de la oligarquía, a venir en ayuda de sus familias y de la totalidad de la ciudad; con ello

habrían quedado en su poder el Helesponto, Jonia, las islas y toda la región hasta Eubea, o sea, por así decirlo, todo el imperio ateniense. Pero no en esta sola ocasión resultaron ser los lacedemonios los enemigos más convenientes para los atenienses para luchar contra ellos, sino también en otras muchas. Pues como eran los más desemejantes por su carácter —los unos rápidos y los otros lentos, los unos emprendedores y los otros irresolutos—, en lo relativo al poderío naval sobre todo les ayudaron mucho. Esto lo hicieron ver los siracusanos: pues como eran los de carácter más semejante fueron los que mejor combatieron contra ellos.

97. Ante estas noticias, los atenienses equiparon a pesar de todo veinte naves y reunieron la Asamblea: primero e inmediatamente una en el lugar llamado Pnix, que es donde antes solían, y en ella depusieron a los Cuatrocientos y decretaron entregar el poder a los Cinco Mil y que pertenecieran a ellos todos los que se costeaban las armas de hoplita y nadie percibiera sueldo del estado por ningún cargo público, y si alguno lo hacía, le declararon maldito. Hubo después también otras Asambleas en la Pnix, como resultado de las cuales nombraron nomotetas[86] y votaron las demás cosas necesarias para el gobierno del estado. Durante los primeros tiempos es cuando, viviendo yo, mejor se han gobernado los atenienses; pues se logró una mezcla equilibrada de oligarquía y democracia, y de mala que era la situación fue esto lo que por primera vez hizo recobrar fuerzas a la ciudad. Votaron también que Alcibíades y otros volvieran a Atenas y a él y al ejército de Samos les enviaron mensajeros exhortándoles a continuar la guerra.

98. A consecuencia de este cambio de régimen, Pisandro, Alexicles y los suyos y todos los principales oligarcas se refugiaron inmediatamente en Decelia; tan sólo Aristarco, que era por entonces general, tomó rápidamente consigo a

unos arqueros de los más bárbaros[87] y se dirigió a Énoa. Énoa es un fuerte de los atenienses en la frontera con Beocia y lo sitiaban por propia iniciativa los corintios, por causa de la matanza a manos de su guarnición de unos soldados que regresaban de Decelia; habían llamado como refuerzo a los beocios. Poniéndose de acuerdo con los sitiadores, Aristarco engañó a los de Énoa, diciéndoles que los de la ciudad habían llegado a una capitulación con los lacedemonios y, entre otras cosas, ellos debían entregar la plaza a los beocios; pues éstos eran los términos del acuerdo. Ellos le creyeron por tratarse de un general y porque por causa del asedio no estaban enterados de nada y salieron de Énoa bajo la garantía de un acuerdo. De esta forma se apoderaron los beocios de Énoa, al quedar abandonada, y terminaron la oligarquía y las luchas civiles en Atenas.

99. Por la misma época de este verano, los peloponesios de Mileto, en vista que ninguno de los designados para ello por Tisafernes en la ocasión referida [cuando se encaminaba a Aspendo] les daba dinero, y de que ni las naves fenicias ni Tisafernes venían todavía, y tanto Filipo, que le había acompañado, como Hipócrates, un espartano que se hallaba en Fasélide, habían enviado al navarca Míndaro noticias de que las naves no llegarían y eran burlados completamente por Tisafernes, y en vista también de que Farnabazo reclamaba su presencia y estaba dispuesto a, una vez que lograra traer las naves, hacer también él, como Tisafernes, sublevarse contra Atenas a las ciudades del territorio de su mando que aún quedaban, Míndaro, esperando obtener de él más ayuda, zarpó de Mileto con mucho orden y a una señal repentina, a fin de pasar inadvertidos a los de Samos, al frente de setenta y tres naves, y tomó el rumbo del Helesponto (ya antes, en este mismo verano, habían marchado allí dieciséis naves, las cuales hicieron una incursión contra una parte del Quersoneso); pero, empujado

por el viento, se vio forzado a refugiarse en Ícaro, y tras permanecer allí cinco o seis días por ser imposible la navegación, llegó a Quíos.

100. Cuando Trasilo se enteró de que Míndaro había salido de Mileto, zarpó al punto de Samos con cincuenta y cinco naves, apresurándose para que no se adelantara a penetrar en el Helesponto. Pero enterándose de que estaba en Quíos y creyendo que se quedaría allí, estableció vigías en Lesbos y en la costa de enfrente para que si las naves se movían en alguna dirección, no le pasaran inadvertidas; y él costeó hasta Metimna y ordenó que le proporcionaran cebada y demás provisiones, a fin de, si transcurría más tiempo, poder organizar desde Lesbos expediciones navales contra Quíos. Además, como Ereso había hecho defección de los atenienses, quería ir por mar contra ella y tomarla si podía. Sucedió que los más ricos de los metimnenses, que estaban desterrados, haciendo pasar de Cimas a unos cincuenta hoplitas que habían admitido en sus sociedades secretas, y alistando mercenarios del continente, con estos hombres, unos trescientos en total, atacaron primero Metimna al mando del tebano Anaxarco, en virtud del parentesco de raza[88]; y fracasando en su intento por causa de la guarnición ateniense de Mitilena, que acudió, rechazados de nuevo fuera de la ciudad en un combate y caminando a través de la montaña, sublevaron a Ereso. Así pues, Trasilo se dirigió por mar contra ella con todas sus naves y proyectaba lanzar un ataque. Antes que él había llegado allí desde Samos Trasíbulo con cinco naves, tan pronto como le llegó la noticia del paso de los desterrados del continente a la isla; pero como se retrasó, una vez que llegó a Ereso ancló ante la ciudad. Se sumaron unas naves que regresaban del Helesponto a Atenas, dos al parecer, y cinco de Metimna; el total de las naves llegó a ser de sesenta y siete, y era con el ejército desembarcado de ellas

con el que se preparaban a tomar Ereso por asalto, si podían, recurriendo a los ingenios de guerra y a cualquier procedimiento que fuera.

101. En tanto, Míndaro y las naves peloponesias de Quíos, aprovisionándose durante dos días y recibiendo de los quiotas tres tesaracostas[89] por soldado, al tercer día zarparon apresuradamente de Quíos, pero no en dirección a alta mar, a fin de no encontrarse con las naves de Ereso, sino que dejando Lesbos a su izquierda pusieron rumbo al continente. Se detuvieron en el puerto de Carterias, en el territorio de Focea, y tras almorzar costearon el territorio de Cumas y cenaron en las Arginusas y en la parte del continente que está enfrente de Mitilena. Desde allí costearon todavía en plena noche y llegando a Armatunte, en la parte del continente que está enfrente de Metimna, almorzaron rápidamente y costearon Lecton, Larisa, Amáxito y las demás ciudades de aquella región, llegando a Reteon, ya en el Helesponto, antes de la media noche. También hubo algunas naves que anclaron en Sigeon y en otras ciudades vecinas.

102. Los atenienses, que estaban en Sesto con dieciocho naves, cuando los vigías hicieron fuegos de seriales y vieron que de repente aparecían muchas hogueras en la costa enemiga, se enteraron de que los peloponesios se disponían a entrar en los estrechos. Y en esta misma noche, a toda velocidad y aproximándose al Quersoneso, costearon hacia Eleunte, queriendo salir al mar libre. A las dieciséis naves de Abidos[90] les pasaron inadvertidos, a pesar de que la flota amiga había encargado a dichas naves mantenerse vigilantes[91] a fin de descubrir su movimiento si abandonaban los estrechos; en cambio, a las de Míndaro, que a la aurora les descubrió e inició la persecución, no todas se les escaparon, sino que la mayoría de ellas huyeron en dirección a Imbros y Lemnos, pero a las cuatro que

navegaban las últimas las dio alcance junto a Eleunte. A una de ellas, que encalló junto al templo de Protesilao, la apresaron con todos sus tripulantes, y a otras dos sin ellos; a la cuarta, abandonada por la tripulación, la prendieron fuego junto a Imbros.

103. Después de esto, con las naves que vinieron de Abidos y con las otras, siendo en total ochenta y seis, asediaron Eleunte durante aquel día y, como no capituló, regresaron a Abidos.

Y los atenienses, llevados a error por sus vigías[92] y no creyendo que la navegación de las naves enemigas a lo largo de la costa pudiera pasarles inadvertida, sino que continuaban el asedio con toda tranquilidad, cuando se enteraron, abandonaron inmediatamente Ereso y acudieron rápidamente en ayuda del Helesponto; y apresaron dos naves de los peloponesios que, aventurándose con demasiada audacia en alta mar durante la persecución, se encontraron con ellos, y llegando un día después anclaron en Eleunte y, haciendo venir a las naves que se habían refugiado en Imbros, se prepararon durante cinco días para la batalla naval.

104. Seguidamente lucharon de la manera siguiente. Los atenienses marchaban en columna junto a la misma costa en dirección a Sesto y los peloponesios, al verlo, zarparon a su vez de Abidos. Al darse cuenta de que iban a librar batalla, los atenienses extendieron su columna —setenta y seis naves— a lo largo del Quersoneso, desde Idaco a Arrianos, y los peloponesios —ochenta y seis naves— desde Abidos hasta Dárdano. La división de la derecha[93] de los peloponesios la integraban los siracusanos y la otra el propio Míndaro y las naves más marineras; la izquierda de los atenienses la mandaba Trasilo, y Trasíbulo la derecha; y los demás generales estaban distribuidos a lo largo de la línea. Los peloponesios querían adelantarse a establecer el

contacto con el enemigo y, como con su ala izquierda rebasaban la derecha de los atenienses, a cortarles la salida al mar libre, si podían, y al tiempo a empujarles por el centro de la línea contra la costa, que no estaba lejos; pero, dándose cuenta de ello los atenienses, alargaron su línea por la parte por donde el enemigo quería interceptarles el paso, y fueron más veloces en la maniobra; en tanto, su ala izquierda había doblado ya el promontorio llamado Cinosema[94]. Al suceder esto, quedaron en el centro con las naves escasas y distanciadas, dado sobre todo que tenían menos y que la costa de Cinosema formaba un agudo saliente que hacía que lo que estaba al otro lado no fuera visible.

105. Así pues, los peloponesios se lanzaron contra el centro y empujando hacia la costa a las naves de los atenienses saltaron a tierra persiguiéndoles, venciendo fácilmente en la acción. No podían ayudar al centro ni Trasíbulo desde el ala derecha, por la multitud de las naves que le amenazaban, ni Trasilo y los suyos desde la izquierda (pues no podía verlo por el promontorio [Cinosema] y además los siracusanos y los demás, presentándole frente con un número de naves no inferior al suyo, se lo estorbaban); hasta que los peloponesios, por causa de que al estar victoriosos perseguían libremente unos a una nave y otros a otra, comenzaron a caer en desorden en una parte de su flota. Al verlo Trasíbulo y los suyos, dejando de alargar su línea y virando al punto hacia ellos, lucharon contra las naves alineadas enfrente y las hicieron huir, e interceptando aisladas a las de la división vencedora de los peloponesios, las embistieron, y pusieron en fuga sin combate a las más de ellas. Los siracusanos se encontraban ya en retirada ante la división de Trasilo y empezaron a huir más abiertamente una vez que vieron que los demás lo hacían así.

106. Iniciada la fuga y como los peloponesios buscaran refugio sobre todo en dirección al río Pidio, al principio, y después en Abidos, los atenienses apresaron pocas naves (pues como el Helesponto es estrecho ofrecía refugio a corta distancia al enemigo), pero sin embargo la victoria en esta batalla naval fue muy oportuna para ellos. En efecto, mientras que hasta el presente temían a la flota peloponesia por causa de sus derrotas sucesivas y de la catástrofe de Sicilia, ahora cesaron de criticarse a sí mismos y de conceder a los enemigos valor alguno en la cosa naval. Apresaron a los enemigos ocho naves quiotas, cinco corintias, dos ampraciotas y dos beocias, y de los leucadios, lacedemonios, siracusanos y pelenenses, una de cada una de estas naciones; ellos por su parte perdieron quince naves. Y tras levantar un trofeo en el promontorio donde se encuentra Cinosema[95], recoger los pecios y devolver a los enemigos sus muertos en virtud de una tregua, despacharon a Atenas un trirreme que anunciara la victoria. Al llegar la nave y oír ellos aquel éxito que no esperaban después de las calamidades que habían sufrido recientemente en Eubea y en el curso de las discordias civiles, recobraron grandemente el valor y pensaron que todavía era posible que su causa se salvara si se aplicaban a ello con entusiasmo.

107. Al cuarto día después de la batalla, los atenienses de Sesto, tras reparar a toda prisa sus naves, se dirigieron contra Cízico, que había hecho defección; y divisando ancladas a la altura de Harpagión y Príapo a las ocho naves de Bizancio[96], se lanzaron contra ellas y, tras derrotar en batalla a las tropas de tierra, apresaron las naves. Y una vez llegados a Cízico, que no tenía murallas, la forzaron a capitular y le impusieron una contribución en dinero. Entre tanto, los peloponesios se dirigieron con su flota desde Abidos a Eleunte y se llevaron cuantas de sus naves

apresadas eran utilizables (a las demás las habían prendido fuego los eleuntios); además enviaron a Eubea a Hipócrates y Epicles para que hicieran venir sus naves de allí.

108. También por estas fechas llegó a Samos Alcibíades con sus trece naves, procedente de Cauno y Fasélide; e hizo saber que había impedido que las naves fenicias vinieran en ayuda de los peloponesios y había hecho a Tisafernes más amigo que antes de los atenienses. Y equipando nueve naves además de las que tenía, exigió mucho dinero a los de Halicarnaso y fortificó Cos. Tras hacer esto y nombrar jefes militares en Cos, ya próximo el otoño regresó a Samos.

Cuando Tisafernes se enteró de que las naves de los peloponesios habían marchado de Mileto al Helesponto, levantó su campo de Aspendo y se dirigió a Jonia. Y estando ya los peloponesios en el Helesponto, los antandrios (que son eolios), haciendo venir desde Abidos, por tierra a través del monte Ida, una tropa de hoplitas, la hicieron entrar en la ciudad, pues eran víctimas de injusticias por parte del persa Arsaces, lugarteniente de Tisafernes, el cual, cuando los delios se establecieron en Atramition en ocasión de haber sido expulsados de Delos por los atenienses para purificar la isla[97], con pretexto de una enemistad por causas ignoradas, convocó para una expedición militar a los más distinguidos de entre ellos, y llevándoles fuera de la ciudad en calidad de amigos y aliados, aprovechó el momento en que estaban almorzando para rodearles con sus hombres y matarlos con dardos. Temerosos pues de él los antandrios por causa de este crimen, no fuera que algún día cometiera contra ellos algún desafuero, y como se añadía que les imponía cargas que no podían soportar, expulsaron a su guarnición de la ciudadela.

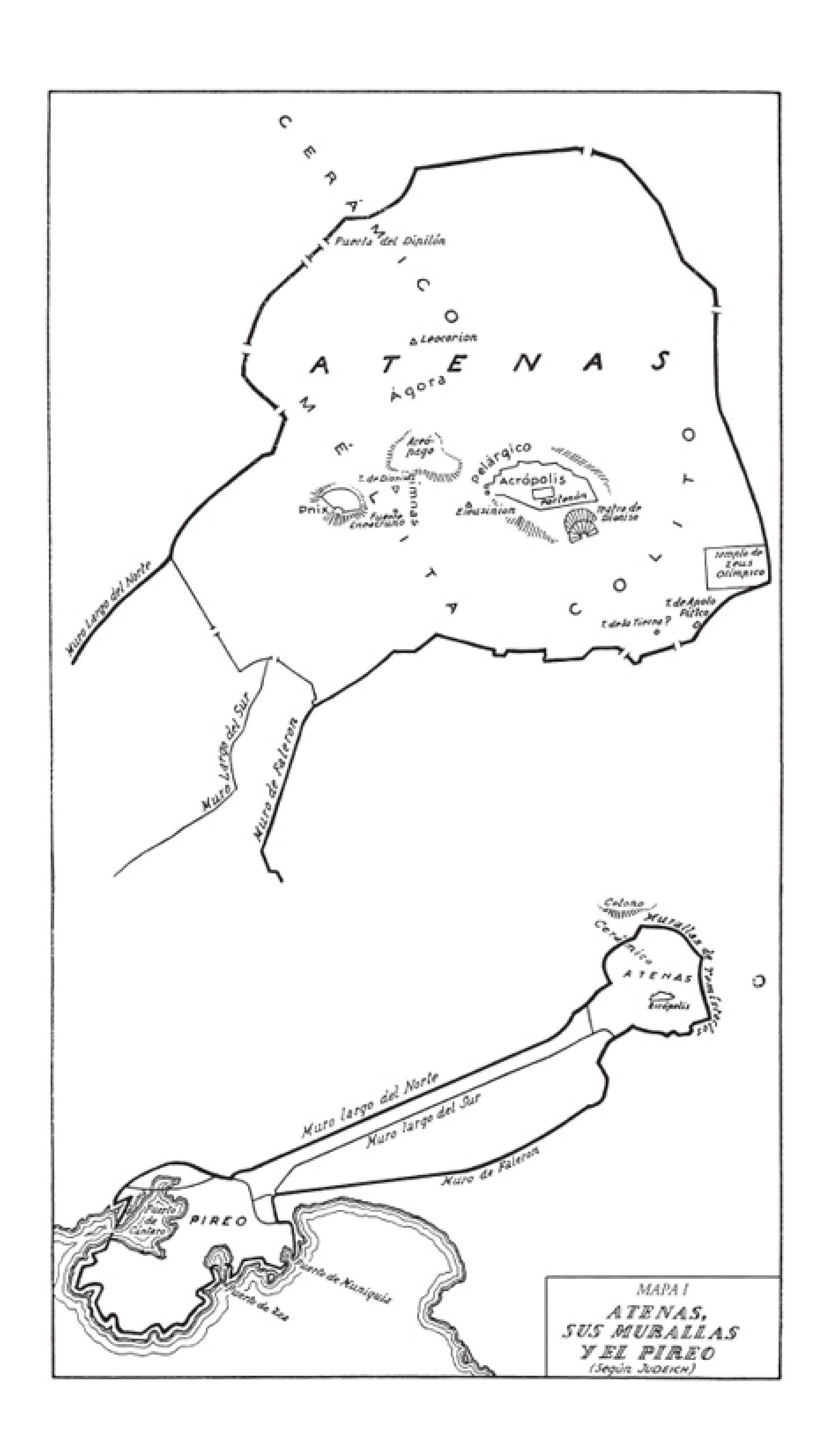
109. Enterado Tisafernes de esta nueva acción de los peloponesios, además de las de Mileto y Cnido[98] (pues también aquí había sido expulsada su guarnición), viendo

que se les había hecho muy odioso y temiendo que le causaran algún otro daño, y molesto además de que Farnabazo, utilizando sus servicios menos tiempo y con menos dinero, fuera a tener más éxito en la lucha con los atenienses, decidió ir a su encuentro al Helesponto, a fin de quejarse de lo sucedido en Antandron y defenderse lo mejor posible de las acusaciones relativas a las naves fenicias y a las demás cosas. Y llegando primero a Efeso celebró un sacrificio en honor de Artemis.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE GEOGRÁFICO[1]

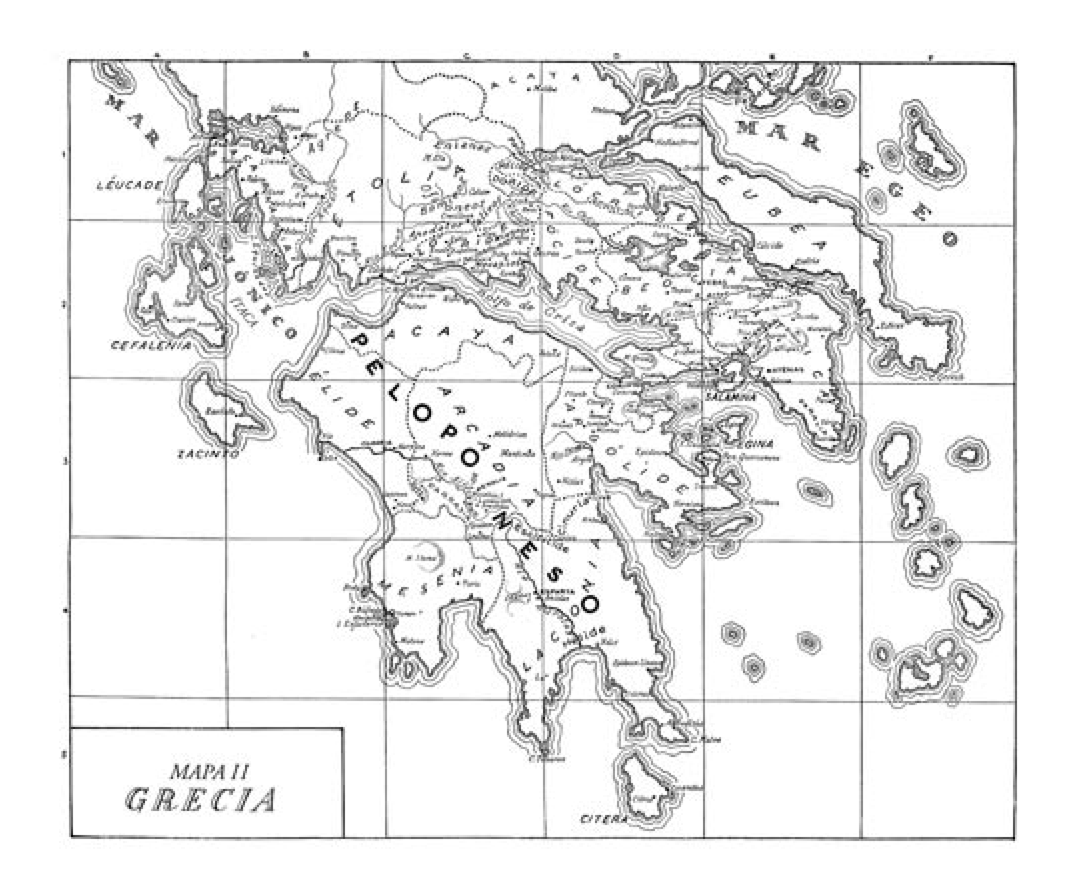
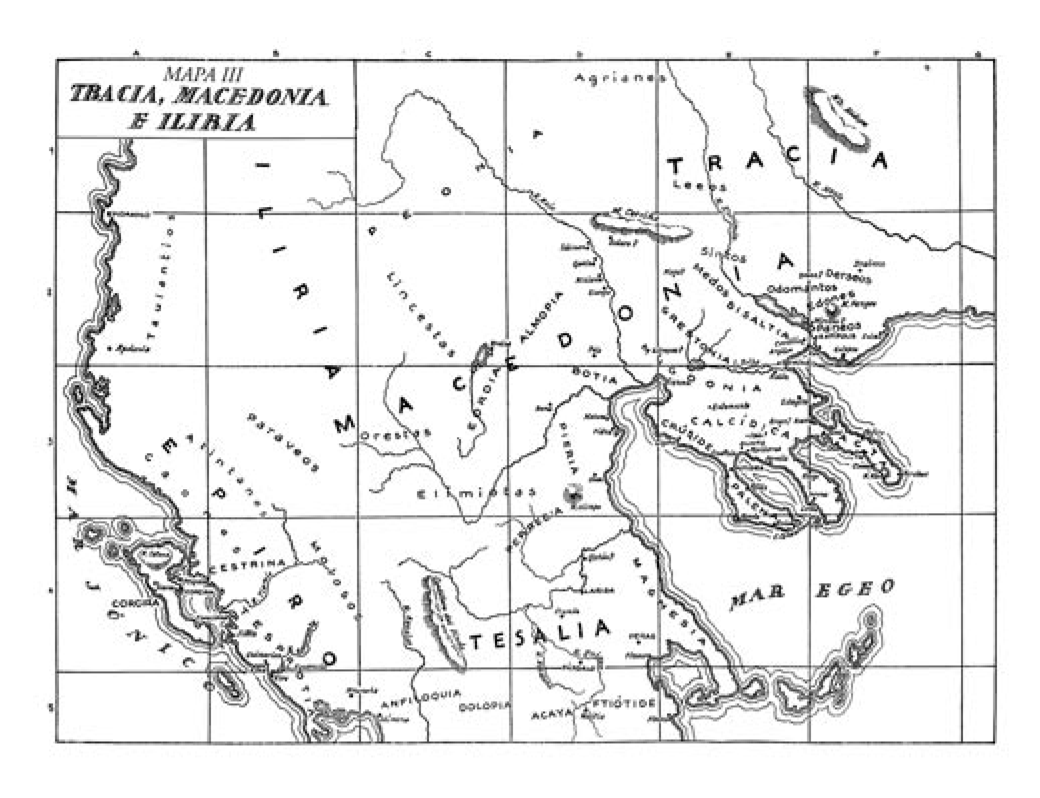
Esparta, 2 C 4.
Espartolo, 3 E 3.
Espireon.
Estagiro, 3 E 3.
Estiras, 2 F 2.
Estolo, 3 E 3.
Estrato, 2 B 1.
Estrepsa, 3 E 2.
Estrimón, 3 E 1/2.
Eta, 2 C 1.
Etea.
Etiopía.
Etna, 4 C 4.
Etolia, 2 B/C 1/2.
Eubea, 2 D/E/F 1/2.
Eupalion, 2 C 2.
Euríelo, 4 *a*.
Eurimedonte, 5 F 4.
Euripo, 2 E 2.
Europa.
Europo, 3 D 2.
Euxino, Ponto.
Eveno, 2 B/C 2.
Evespérides.
Facion,
Fagrete.
Faleron 2 E 2.
Fanas, 5 B 3.
Fanoteo, 2 D 2.
Faro.
Fársalo, 3 D 4.
Fasélide, 5 E 4.
Fenicia.
Fenicunte, 5 B 3.

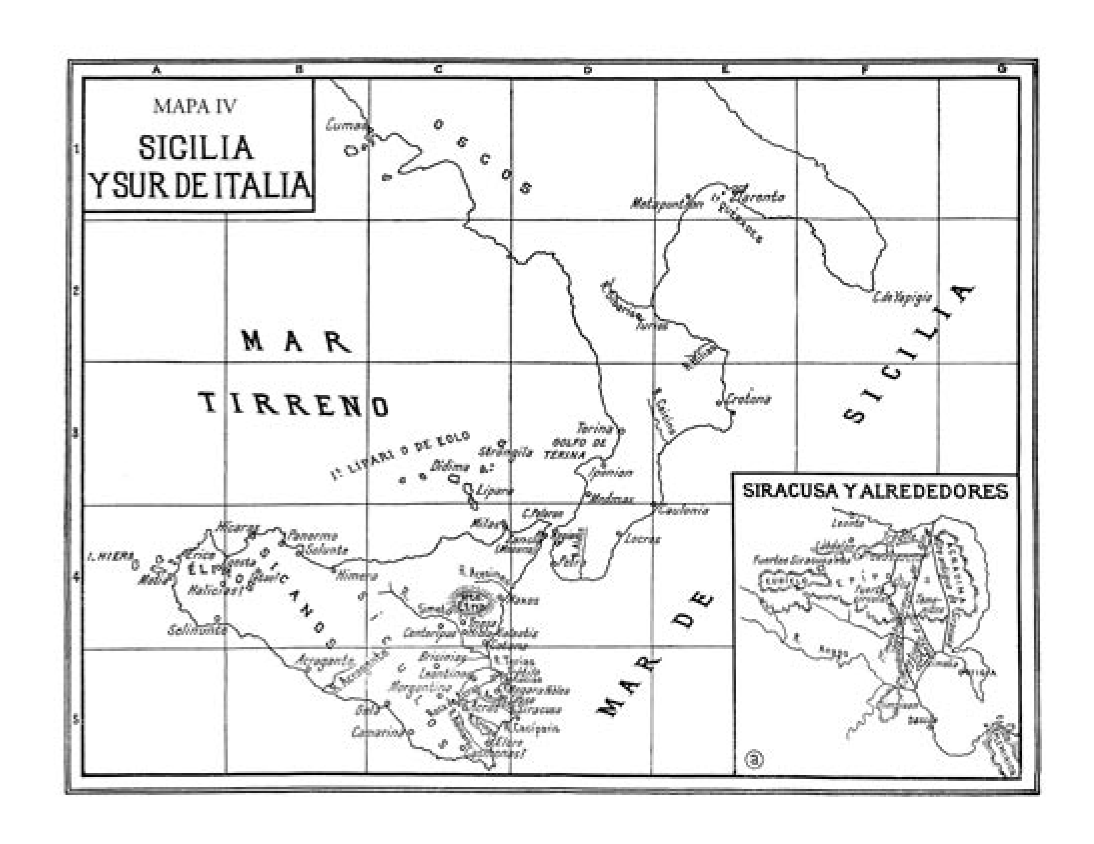


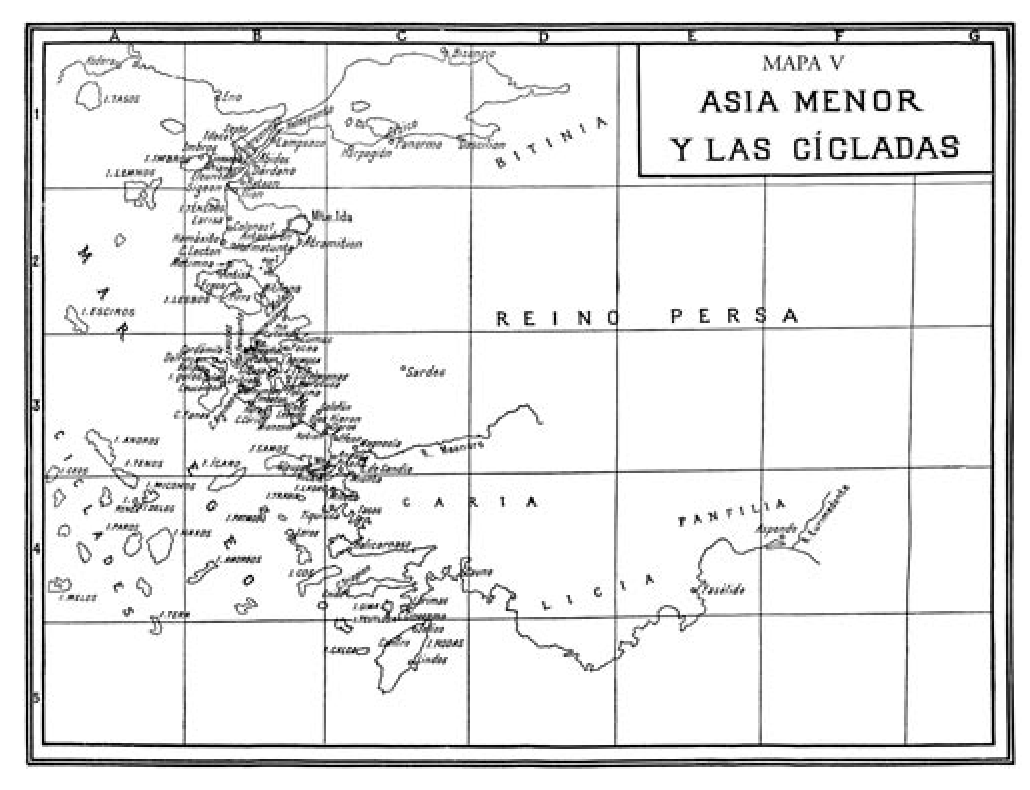
MAPA I

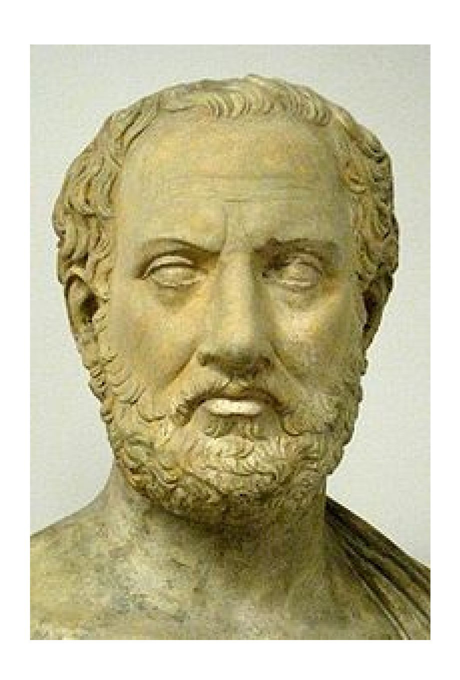
ATENAS, SUS MURALLAS Y EL PIREO

(Según JUDEICH)


MAPA II
GRECIA
MAR
MAR EGEO
LÉUCADE
CEFALENIA
ZACINTO
CITERA
PELOPONESO
ACAYA
ARCADIA
ÉLIDE
MESENIA
LACONIA
EUBEA
SALAMINA
EGINA

MAPA III
TRACIA, MACEDONIA
E ILIRIA
Agrianes
TRACIA
ILIRIA
MACEDONIA
EPIRO
TESALIA
MAR EGEO
CALCÍDICA
BOTIA
ALMOPIA
EORDIA
PIERIA
Lincestas
Orestis
Elimiotas
Parauaeos
Taulantios
CESTRINA
CORCIRA
ANFILOQUIA
DOLOPIA
ACAYA
FTIÓTIDE


MAPA IV
SICILIA
Y SUR DE ITALIA
SIRACUSA Y ALREDEDORES
MAR
TIRRENO
MAR DE
SICILIA
Cumas
OSCOS
Metaponton
Tarento
C. de Yapigia
Crotona
Terina
GOLFO DE TERINA
Lipara
Mylae
Panormo
Solunte
Himera
Segesta
Erice
ÉLIMOS
SICANOS
Selinunte
Acragante
Gela
Camarina
Catana
Siracusa
Leontinos
Regio
Locros
Caulonia
I. HIERA
Naxos


MAPA V
ASIA MENOR
Y LAS CÍCLADAS
REINO PERSA
BITINIA
CARIA
LICIA
PANFILIA
MAR
EGEO
CÍCLADES
Bizancio
Sardes
Mte. Ida
Atramition
Lampsaco
Halicarnaso
Aspendo
Faselide
I. TASOS
I. LEMNOS
I. LESBOS
I. ESCIROS
I. ANDROS
I. TENOS
I. SAMOS
I. NAXOS
I. PAROS
I. MELOS
I. RODAS
Lindos
Panormo



Tucídides (Antigua Atenas, c. 460 a. C. - Tracia, c. ¿396 a. C.?) fue un historiador y militar ateniense. Su obra *Historia de la Guerra del Peloponeso* recuenta la historia de la guerra del siglo V a. C. entre Esparta y Atenas hasta el año 411 a. C. Tucídides ha sido considerado como el padre de la «historiografía científica» debido a sus estrictos estándares de recopilación de pruebas y de sus análisis en términos de causa-efecto sin referencia a la intervención de dioses, tal y como él mismo subraya en su introducción a su obra. También ha sido considerado el padre de la escuela del realismo político, que valora las relaciones entre las naciones en función de su poder, y no en razón de la justicia. Su texto todavía se estudia en academias militares avanzadas de todo el mundo, y el *Diálogo de los melios* continúa siendo una importante obra en el estudio de la teoría de las relaciones internacionales.

Notas

[1] Parece, aunque no es seguro, que el padre de Tucídides es hijo de una hija de Milcíades. <<

[2] Marcelino 17 cita a Polemón Περὶ τῆς ἀκροπόλεως, que la vio. La inscripción sepulcral decía: «Tucídides, hijo de Oloro, del demo de Halimunte». <<

[3] Cf. III, 82 fin. <<

[4] La noticia, proveniente de Polemón, está en Pausanias, I, 23, 9. <<

[5] Recuérdese *Los persas*, de Esquilo, en que son presentadas. <<

[6] Cf. Wilamowitz, *Aristoteles und Athen*, II, pág. 12. <<

[7] Cf. Nestle, «*Thucydides und die Sophistik*», en N. Jhb., XXXIII, págs. 642 y sigs. <<

[8] Classen-Steup, *Thucydides erkärt von…, Einleitung*, págs. LXIV y sigs. <<

[9] Cf. Schmid, *Geschichte der griechischen Literatur*, V, 2, 2, págs. 30 y sigs. <<

[10] En III, 42 y sigs., Diódoto, al contestar a Cleón para pedir que no se mate a los mitilenios, expresamente rehuye las consideraciones morales y se apoya en el principio sofístico de τὸ συμφέρον, «lo conveniente». <<

[11] I, 2-19. <<

[12] La relación con Antifón deriva del pasaje VIII, 88; pero también tal vez de la frecuente confusión de Antifón el orador con el sofista. <<

[13] Cf. sobre todo lo que sigue Cochrane, *Thucydides and the science of history*. El libro debe manejarse con cuidado. <<

[14] Cf. Jaeger, *Paideia*, III, págs. 11 y 34 y sigs. <<

[15] Es difícil traducir con exactitud este uso de πρόφασις. La idea es que los incidentes que degeneraron en la guerra no son más que una manifestación de causas más hondas subyacentes. <<

[16] Cf. Jaeger, *Paideia*, I, págs. 180 y sigs. <<

[17] Cf. Ehlert, *De verborum copia thucydidea*, 1910, págs. 98-124. <<

[18] En muy pequeña medida nos ilustra el estilo de las cartas escritas por personas incultas. Pero su carácter es otro y están llenas de frases hechas convencionales que son repetidas de memoria. <<

[19] Véase, sobre todo, Hans Bogner, *Thukydides und das Wesen der altgriechischen Geschichtsschreibung*, 1939; y Jaeger, *Paideia*, I, págs. 393-420 («Tucídides como pensador político»). <<

[20] Patzer, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thucydides*, pág. 93. <<

[21] Cf. la descripción de la bahía de Pilos en IV, 8, y mi nota a dicho pasaje. <<

[22] Croiset, *Histoire de la Littérature Grecque*, IV, pág. 112.
<<

[23] *Thucydide et l’imperialisme athénien*, París, 1947. <<

[24] Aunque la falta de discursos en el Libro VIII, que es el dato sobre el que más se hace hincapié, se interpreta hoy más bien de otro modo (cf. Schmid, obra citada, pág. 179). <<

[25] Cf. en *Emerita*, XVI, 1948, págs. 313-318, mi reseña del libro de Mme. de Romilly, arriba citado. <<

[26] *Beiträge zur Erklärung des Thukydides*, Hamburgo, 1846.
<<

[27] Una excepción es Schadewaldt, unitario en Homero y analítico en Tucídides. <<

[28] *Thukydides und sein Urkundenmaterial*, 1895. <<

[29] En *Hermes*, 1878, págs. 338 y sigs.; 1902, 308 y sigs.; 1908, 588 y sigs. <<

[30] *Das Geschichtswerk des Thukydides*, 1929. <<

[31] Cf. Schmid, ob. cit., pág. 137, n. 3. <<

[32] Por Grosskinsky, *Das Programm des Thukydides*, 1936.
<<

[33] *Thukydidesstudien*, en *N.G.G.W.*, 1919, págs. 95-138; 1920, 56-82. <<

[34] Ha habido quien ha llegado a hablar de «obra de casi grotesca grandeza» (se refiere al supuesto conjunto de retazos), y también quien asegura que los arreglos, añadiduras, etc., nos impiden conocer el pensamiento final de Tucídides. <<

[35] *Forschungen zur alten Geschichte*, II, pág. 269 y sigs. <<

[36] Ob. cit. <<

[37] «The unity of Thucydides' History», en *Harvard Studies in Class. Phil.*, Suppl., vol. 1, págs. 255-298. <<

[38] Así Cornford, *Thucydides mythistoricus*, Londres, 1907.
<<

[39] Cf. Bruns, *Das literarische Porträt der Griechen*, págs. 3 y sigs. <<

[40] Véase, sobre todo, Blass, *Die attische Beredsamkeit*, I, págs. 203 y sigs.; Norden, *Die antike Kunstprosa*, I, págs. 96 y sigs., y Schmid, ob. cit., págs. 182 y sigs. <<

[41] Procedo únicamente por ejemplos. <<

[42] Ej., III, 95; τῆς Λευκάδος τὴν οὐ περιτείχισιν.. <<

[43] ἔχειν, ποιεῖσθαι,, etc. <<

[44] Ej., I, 2; τῆς γὰρ ἐμπορίης οὐχ οὔσης οὐδ' ἐπιμειγνύντες ἀδεῶς ἀλλήλοις..

<<

[45] Así en II, 37.

χρώμεθα γὰρ πολιτείᾳ οὐ ζηλούσῃ τοὺς τῶν πέλας νόμους, παράδειγμα δὲ μᾶλλον αὐτοὶ ὄντες τισὶν ἢ μιμούμενοι ἑτέρους.

. <<

[46] Ej., VII, 67; ἀργότεραι μὲν ἐς τὸ δρᾶν... ῥᾷσται δὲ ἐς τὸ βλάπτεσθαι. . <<

[47] He aquí una frase que encierra ambas influencias (I, 69):

καὶ μηδεὶς ὑμῶν ἐπ ἔχθρᾳ τὸ πλέον ἢ αἰτίᾳ νομίσῃ τάδε λέγεσθαι αἰτία μὲν γὰρ φίλων ἀνδρῶν ἐστιν ἁμαρτανόντων, κατηγορία δὲ ἐχθρῶν.

. 

[48] Humbert-Benguin, *Histoire illustrée de la littérature grecque*, pág. 223. <<

[49] *De oratore*, II, 56. <<

[50] Cf. Ehlert, ob. cit.; Hoffmann, *Geschichte der griechischen Sprache*, págs. 144 y sigs.; Rosenkranz, *Der lokale Grundton und die persönliche Eigenart in der Sprache des Thukydides und der älteren attischen Redner, I. F.*, 1930, págs. 127 y sigs. <<

[51] Así, σσ y no ττ; ρσ y no ρρ. <<

[52] Maquiavelo ni siquiera es seguro que lo conociera, porque no sabía griego, y Tucídides no estaba aún traducido en su época. En cuanto a Nietzsche, sus coincidencias con Tucídides (la doctrina de la fuerza) dependen parcialmente de otros autores antiguos, que recogen la doctrina sofística que también influyó en Tucídides. <<

[53] Se dice que Carlos V gustaba de leerlo, y, desde luego, a él dedica Diego Gracián su traducción. <<

[54] *Leben, Werk wid Zeitalter des Thucydides* (Gotinga, 1842). <<

[55] Oxford, 1940. <<

[56] Hay tres en la Universidad de Salamanca y otro en la Biblioteca Nacional de Madrid. Uno de los primeros fue estudiado por A. Dain en *Emerita*, X (1942), págs. 1 y sigs.: «Sur un manuscrit grec de Salamanque, Salmant, M. 15», aunque sólo en su aspecto externo; lo fechó hacia 1450. <<

[57] Cf. Sandys, *A history of classical scolarship*, II, pág. 69.
<<

[58] *Ep*. 123. Cf. Sandys, ob. cit., II, pág. 220. <<

[59] Otras dos traducciones antiguas al latín, cuya fecha exacta no puedo dar, son las de Bartolomeo Parthenio y Vitus Winsenius. <<

[60] Encuentro citadas, además, traducciones de Loiseau y Rilliet. <<

[61] Cf. Schiff, *La bibliothèque du Marquis de Santillana*, París, 1906, págs. 16 y sigs. <<

[62] Platón, *La República*, edición bilingüe por J. M. Pabón y M. F. Galiano, págs. CXXVI y sigs. <<

[63] Cf. A. Tovar, *Pausanias. Descripción de Grecia*, traducción del griego, por... Valladolid, 1946), págs. 743-744. Sigo, en general, el mismo sistema de transcripción que este autor. <<

[1] El de Hélade (Ἑλλάς). <<

[2] Helenos. <<

[3] 426 a. C., cf. III, 104. <<

[4] Padre de Helena, que hizo jurar a los pretendientes de ésta (caudillos luego en la guerra contra Troya) que defenderían siempre al elegido. <<

[5] De ellos era uno Euristeo. Crisipo era el hermanastro de Atreo, quien le mató por orden de su madre Hipodamia. <<

[6] Se refiere a una fortificación del primer año de guerra, que no figura en la *Ilíada*. Como lo que sigue, tal vez proceda de las *Ciprias*. <<

[7] No se ve claro aquí, y en pasajes paralelos, si se refiere realmente al final de la guerra del Peloponeso (404) o al de la guerra arquidámica (421). <<

[8] Cf. Hom., *Il.*, II, 570; Pínd., Ol., XIII, 4. <<

[9] Cf. III, 104, 2. <<

[10] Año 600 a. C. <<

[11] En aguas de Cerdeña, cf. Heródoto, I, 166. <<

[12] Los trirremes, como se sabe, llevaban tres filas de remeros, mientras que los barcos antiguos, sin cubiertas, sólo tenían una. Los pentecóntoros son los navíos de cincuenta remeros, «navíos largos» semejantes a los de comercio, pero más largos que ellos, como los propiamente de guerra. <<

[13] 485 a. C. <<

[14] Siglo VII a. C. <<

[15] 546 a. C. <<

[16] 593 a. C. <<

[17] 590 a. C. <<

[18] De Persia, como siempre en adelante. <<

[19] 514 a. C. <<

[20] Templo en honor de las hijas del rey ático Leo, en el Cerámico. <<

[21] Alusión a Heródoto, cf. VI, 57 y IX, 53. <<

[22] Ciudad de Laconia. <<

[23] Se refiere a lecturas públicas en las fiestas. <<

[24] 455 a. C. <<

[25] Cuando una colonia fundaba a su vez otra, traía como «fundador» (se le solían tributar luego honores heroicos) a un miembro de la aristocracia de la metrópoli, que es lo que quiere decir «de los descendientes de Heracles». <<

[26] Fiestas de Corinto a las que podían asistir los habitantes de las colonias. Los privilegios son el envío a la metrópoli de delegados, víctimas, etc. <<

[27] El pelo de la víctima que se cortaba y echaba al fuego antes de empezar el sacrificio para hacerlo legal. Debía hacer el acto ritual un ciudadano de la metrópoli. <<

[28] Según una tradición que no se justifica suficientemente por Homero. <<

[29] Esto es, de los fundadores de Epidamno, que estaban en la ciudad y testimoniaban el parentesco alegado. <<

[30] Aproximadamente, tres dracmas corintias equivalían a dos áticas. <<

[31] Antes se contaron 68 naves; pero se atribuían a los eleos algunas en número indeterminado. En cambio, el número de 2000 hoplitas es incompatible con los 3000 del cap. 29, y allí o aquí debe de haber una corrupción del texto. <<

[32] Los leucadios y ampraciotas del cap. 26. <<

[33] 440 a. C. Cf. I, 115. <<

[34] Se refiere a la prohibición de traficar en los mercados áticos, hecha a los megarenses el año 432. Cf. I, 139. <<

[35] Ἐλαία, no confundirlo con Ἠλεία en el Peloponeso. <<

[36] Con el tiempo disminuyó el número de soldados de infantería a bordo. <<

[37] La operación consiste en pasar por entre los barcos enemigos, causando daños en los remos y remeros. <<

[38] Algunos han entendido que al mezclarse su fuga con la de los corcirenses no los distinguían; pero parece haber una corrupción del texto. <<

[39] Que no habían intervenido en la batalla. <<

[40] Sería el abuelo del orador; pero este nombre está sin duda corrompido. <<

[41] En el continente, enfrente de las islas. <<

[42] El caduceo es distintivo de los heraldos, que sólo se envían al enemigo; a los corintios no les convenía ahora serlo oficialmente de los atenienses. <<

[43] Porque no estaban revestidos de la dignidad de heraldos. <<

[44] Parece deducirse (aunque tal vez haya aquí una glosa) que había una ciudad Sibota en una de las islas de este nombre mencionadas en el cap. 47. <<

[45] Utilizados como remeros. <<

[46] Cf. la realización del plan en III, 70. <<

[47] Con lo cual quedaban indefensos ante un ataque desde el mar. <<

[48] Su primo. <<

[49] Alude a la liga de algunas ciudades de este origen que encabezaba Olinto. <<

[50] Para que no se dispersara el ejército buscando víveres.
<<

[51] Los botieos. <<

[52] Prolongación de la muralla que se adentra en el mar para quitar fuerza a sus embates y resguardarla. <<

[53] País de los botieos. <<

[54] La Asamblea Popular. <<

[55] Unían Atenas con el puerto del Pireo. Cf. I, 107. <<

[56] Estableciendo oligarquías. <<

[57] Parece que se celebraban fuera de Atenas, mientras que los pleitos de sus aliados unos contra otros se veían en Atenas ante tribunales áticos. <<

[58] Con los peloponesios se alude a los miembros de la liga; con los otros vecinos, a Argos. <<

[59] Por la pobreza del Peloponeso. <<

[60] Esto es, precisamente por aquella razón habitamos una ciudad siempre libre y gloriosa. <<

[61] Alusiones a los atenienses. <<

[62] Serie de alusiones al discurso de los corintios. <<

[63] 431 a. C. <<

[64] Egina, Salamina y la Argólide. <<

[65] El Pireo, Zea y Muniquia. <<

[66] 478 a. C. <<

[67] 476 a. C. <<

[68] La palabra griega (φόρος) no tenía en un principio ningún significado molesto. <<

[69] 476 a. C. <<

[70] 466 a. C. <<

[71] 465 a. C. <<

[72] Una importante mina de oro que explotaban en Tracia.
<<

[73] 464 a. C. <<

[74] Monte y fortaleza de Mesenia. <<

[75] Pegas es el puerto de Megara en el golfo de Corintio, y Nisea, el más cercano en el Sarónico. <<

[76] 460 a. C. <<

[77] Monte que separa Corinto de Megara. <<

[78] La capital de la isla, de igual nombre. <<

[79] 457 a. C. <<

[80] La Dóride, en Grecia central. <<

[81] 456 a. C. <<

[82] 455 a. C. <<

[83] Giteon. <<

[84] Situada entre dos de los brazos del Nilo y un canal que los unía. <<

[85] 454 a. C. <<

[86] 454 a. C. <<

[87] 451 a. C. <<

[88] 449 a. C. <<

[89] 447 a. C. <<

[90] 445 a. C. <<

[91] 440 a. C. <<

[92] Probablemente ἐπίσκοποι, inspectores para vigilar el desarrollo de la nueva democracia. <<

[93] Se refiere a las empalizadas que solían defender a una escuadra anclada en un puerto. <<

[94] Tal vez el hijo de Melesias; según algunos, el propio historiador. <<

[95] La sublevación de los hilotas. <<

[96] Juego de palabras intraducible entre καταφρόνησις y ἀφροσύνη.
. <<

[97] Se refiere a sus descendientes. <<

[98] El altar de Atenea Políade. <<

[99] Las Euménides. <<

[100] Los Alcmeónidas. <<

[101] Los aristócratas, que, con ayuda del rey lacedemonio Cleómenes, lograrán derrocar por algún tiempo a Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas. <<

[102] Agarista, sobrina de Clístenes. <<

[103] Pertenecer a dicha familia. <<

[104] Se veneraba en la ciudadela de Esparta, y su templo y estatua eran de bronce, de donde el nombre, que significa «la del templo de bronce». <<

[105] Población de Bitinia capital de la satrapía, que comprendía el norte de Asia Menor. <<

[106] El sello real que llevaba la carta. <<

[107] Instrumento especial usado por los lacedemonios para los mensajes secretos. <<

[108] El dístico fue compuesto por Simónides. <<

[109] Seguramente un esclavo. <<

[110] La muerte de un hombre dentro de un templo lo profana. <<

[111] Un barranco cerca de Esparta. <<

[112] Se refiere a un título honorífico que le habían concedido y que incluía sin duda el derecho de asilo. <<

[113] Según el escoliasta, una petición de alianza. <<

[114] Se refiere a la destrucción de los puentes construidos por Jerjes sobre el Helesponto, que Temístocles aconsejó al menos en principio. <<

[115] De su actuación política. <<

[116] Expresión oriental que aparece en otros historiadores griegos. <<

[117] La tierra sagrada es la consagrada a las diosas de Eleusis, y la no amojonada, la frontera entre atenienses y megarenses, que en algunos puntos aún no estaba trazada por no haber acuerdo. <<

[118] No todos eran dorios (había también beocios, eleos, etc.). <<

[119] Presuntamente aliada de Atenas. <<

[120] Cf. II, 13. <<

[121] Tenían lugar en Esparta de tiempo en tiempo. <<

[1] El verano incluye la primavera, y el invierno, parte del otoño. <<

[2] En el templo de Hera. <<

[3] En los primeros días de marzo. <<

[4] Nombre de los magistrados supremos de la liga beoda. Los dos citados eran de nacionalidad tebana. <<

[5] Y por tanto en luna nueva, dado que los meses griegos eran lunares. <<

[6] Por carecer de βαλανάγρα o llave. <<

[7] Medida de 177,6 metros; por tanto, unos 12 kilómetros, 500 metros. <<

[8] En los templos allí situados, que servían para este objeto.
<<

[9] Entre ellos, el Partenón. <<

[10] Alude al oro de la estatua crisoelefantina de Atena Párteno, por Fidias, en el Partenón. <<

[11] Esto es, el muro exterior del Pireo. Véanse en el plano los muros guarnecidos (línea gruesa) y los que no lo estaban. <<

[12] Son los reyes legendarios de Atenas. <<

[13] Edificios del gobierno. <<

[14] De la Unión, el día 16 del mes Hecatombeón (aproximadamente, julio). <<

[15] Aquí suplo una laguna del texto. <<

[16] Las Antesterias. <<

[17] De los nueve caños. <<

[18] «Ciudad». <<

[19] Una fortificación situada al oeste de la Acrópolis atribuida a los pelasgos, así como la zona que la rodeaba. <<

[20] Fines de mayo o primeros de junio. Téngase en cuenta que el «verano» griego comprende también la primavera. <<

[21] Distritos territoriales y administrativos en que se dividía el territorio ático. Otro de ellos es Cecropia, citado antes. <<

[22] El Pentélico, por otro nombre. <<

[23] Por la antigua ciudad Graia, citada por Hornero (*Il.*, II, 498). <<

[24] Probablemente hay aquí una corrupción del texto. <<

[25] «El Pez». <<

[26] O sea en el plenilunio. <<

[27] Huésped público, que protegía en su país los intereses del que le otorgaba este título. <<

[28] Tucídides combate la conexión que sin duda era idea popular entre Teres, rey de Tracia, y el Tereo de la fábula. Éste, casado con Procne, hija de Pandión, rey de Atenas, sedujo a su cuñada Filomela. Ambas mujeres, por venganza, mataron a Itis, su hijo; Filomela se convirtió en golondrina, Procne en ruiseñor y Tereo en abubilla. Hay otras varias versiones. <<

[29] Téngase en cuenta que, como se indicó, en el verano o buena estación se incluyen la primavera y parte del otoño. <<

[30] Que se recogían después de quemar los cadáveres. <<

[31] Se refiere a las diez tribus de Clístenes. <<

[32] En el Cerámico. <<

[33] Nótense en las contraposiciones las continuas alusiones a Esparta. <<

[34] Las «leyes no escritas» son las leyes naturales. <<

[35] Las colonias y cleruquías, a veces de mal éxito. <<

[36] La guerra por la patria. Son metáforas tomadas de los concursos atléticos. <<

[37] La enfermedad que describe aquí Tucídides parece identificarse con una epidemia de peste, posiblemente de forma pulmonar, a lo cual lleva a pensar la rápida propagación y la tos violenta, siendo las ampollas y llagas de que se llenaba la piel ulceraciones banales o localizaciones cutáneas de la enfermedad. Dato muy interesante es el del comienzo de la epidemia en el Pireo, ya que las ratas que pueblan las sentinas de los barcos son el principal elemento en la propagación de la peste. <<

[38] Manto de lana. <<

[39] Palabras parecidas: λοιμός «peste», y λιμός «hambre». <<

[40] Recuérdese que Apolo envía la peste; cf. la del canto I de la *Ilíada*. <<

[41] La llanura próxima a Atenas, cf. C. 20. <<

[42] El litoral del Ática. <<

[43] Juego de palabras intraducible entre φρονήματι y καταφρονήματι.. <<

[44] Por oposición a los de Ftía (VIII, 3, 1). <<

[45] Argos era neutral. <<

[46] Sátrapa de Frigia. <<

[47] Su hermano Alcmeón había matado a su madre Erifila. Como se comprende, se trata de un relato legendario. <<

[48] O sea, no hablan griego. <<

[49] El moderno golfo de Corinto. <<

[50] «Libertador». <<

[51] Para desde lo alto atacar mejor las murallas. <<

[52] Lacedemonios que en unión del jefe local mandaban los contingentes de cada ciudad aliada. <<

[53] Que sería de piedra. <<

[54] Esto es, la antigua. <<

[55] La parte en que se había aumentado la altura de la antigua. <<

[56] Arietes, que se mencionan aquí por vez primera en los historiadores antiguos. <<

[57] Con respecto al ariete. <<

[58] Hacia el 20 de septiembre. Como se sabe, se trata de una estrella de la constelación del Boyero. <<

[59] Esclavos. <<

[60] Esto es, el país de los botieos. <<

[61] Esto es, las demás tropas que forman el ejército. <<

[62] Uno de los componentes de la infantería ligera, que además constaba de arqueros, honderos, etc. <<

[63] Alude a la coraza, casco y escudo. <<

[64] El moderno golfo de Corinto. <<

[65] Confiado en su habilidad marinera. <<

[66] En Patras, lo que explica que los atenienses les salieran al encuentro al día siguiente, cuando abandonaban este puerto. <<

[67] No del de Corinto, sino del brazo de mar comprendido entre Acaya y Acarnania; más concretamente, entre Patras y Cálcide. <<

[68] Promontorio de Lócride también llamado Antirrío porque hay otro Río enfrente, en Acaya. <<

[69] Dejándola en el recinto sagrado de su templo. Es, naturalmente, una nave apresada. <<

[70] Título honorífico que llevaba anejas funciones semejantes a las de un cónsul (que difiere en que es de la nacionalidad de la nación que representa, aunque también hay casos más exactamente comparables al uso griego). <<

[71] Quizá sea una glosa que hay que eliminar. <<

[72] El mismo citado antes, llamado así por la vecindad de esta ciudad. <<

[73] Los que combatían a bordo de las naves, sin duda. <<

[74] Lección dudosa, corregida de varias maneras. <<

[75] Una vez rota la línea. <<

[76] Pasaje de texto inseguro; el de Hude, que es el que yo sigo, admite aquí varias correcciones. Lo último se entiende en el sentido de que al dar media vuelta las naves, como estaban dispuestas en cuatro líneas, la escuadra formaba una columna de cuatro naves de frente; y la división de la derecha (nombre que sigue empleándose) pasa al frente. <<

[77] Esto es, los habitantes de Naupacto, que estaban en Río con Formión. Los atenienses costean hacia el interior del golfo por su costa Norte, y los peloponesios por la Sur. <<

[78] Más tarde se prolongó por ambos lados la muralla basta el mar, y desde los fuertes de los extremos se podía cerrar el puerto con cadenas. <<

[79] Para sujetar el remo al costado del navío. <<

[80] Estaban en la orilla por ser la estación invernal. <<

[81] Aquí se habla del Pireo en sentido amplio, incluyendo las bahías de Muniquia y Faleron. <<

[82] Según el escoliasta, de dinero. <<

[83] Había sido arrojado por Perdicas de la mitad del reino de Macedonia, que en principio se habían repartido. Filipo es el abuelo de Filipo el conquistador de Grecia. <<

[84] Había muerto en tanto. Amintas es el abuelo de Alejandro Magno. <<

[85] Frase considerada interpolación por Hude. <<

[86] Naturalmente, para la gente del pueblo, puesto que los que tenían la «costumbre» de recibir eran los reyes y nobles, como se desprende del contexto. <<

[87] Μαιδοί, no confundirlos con los conocidos Μῆδοι. <<

[88] Cf. *Hdt*. VIII, 137 y sigs. <<

[89] Cita territorios en vez de pueblos. <<

[90] Es decir, de los del interior, no propiamente súbditos de los teménidas. <<

[91] La expedición que ahora hacía Sitalces la había prometido hacía dos años. <<

[92] Esta ciudad, que en II, 30 está, bajo el dominio corintio, debe haber pasado, en tanto, al ateniense. <<

[93] Iban unos diez en cada una, a más de la tripulación. <<

[94] Aún quedan muchas que son islas, por la gran profundidad del mar. <<

[95] Causados por las Erinias. <<

[96] El nombre de Acarnania. <<

[1] Para estrechar la boca, a fin de dificultar el ataque de una flota enemiga. <<

[2] Eolios como ellos. <<

[3] El nombre parece significar «Protector del ganado». <<

[4] El del Norte y el del Sur de la ciudad. Antes de construir los dos campamentos, el del Norte y el del Sur, extendieron el bloqueo al puerto meridional para defender la obra. <<

[5] Posiblemente corintia. <<

[6] Año 428 a. C. (Olimpíada 88). <<

[7] Lesbos. <<

[8] Esto es, de la confederación de Delos. <<

[9] Esto es, la batalla decisiva de la guerra. <<

[10] O sea que embarcaron, además de los tetes, los zeugitas, clase penúltima de las cuatro de Solón. Normalmente sólo los tetes servían en la marina (con los metecos), y las tres clases superiores lo hacían como hoplitas. <<

[11] Título de los almirantes espartanos. <<

[12] Todo el capítulo 17 es condenado por espúreo por Hude. Hasta el primer punto, la construcción y sentido son embarazosos, y se han propuesto varias correcciones, que Hude, cuyo texto sigo, no acepta. Además, después de ἐνεροί («en servicio»), hay una palabra, καλλει., que no traduzco, visiblemente corrompida. <<

[13] Se trata de mercenarios; cf. II, 33; III, 85. <<

[14] Cf. I, 10. Es una medida para necesitar menos naves. <<

[15] Probablemente, una contribución extraordinaria; según otros, los tributos atrasados. <<

[16] Cerca de cinco metros (un pie griego son casi treinta centímetros). <<

[17] El pie desnudo les impedía resbalar. <<

[18] Con la misión de tomarlas, como, en efecto, sucedió. <<

[19] Desde lo alto de las torres y desde su pie. <<

[20] El que ceñía exteriormente el muro. <<

[21] Para ir de Platea a Atenas hay que atravesar forzosamente el Citerón, siendo la vía natural la que atraviesa el desfiladero de Drioscéfalas («Cabezas de encina»). Los plateenses cruzaron la montaña desde las pequeñas ciudades citadas arriba. <<

[22] Sin duda, roto por la torrentera. <<

[23] Esto es, a los de la flota estacionada en Atenas, cf. cap. 16. <<

[24] Cf. I, 105. <<

[25] Los dos trirremes del estado ateniense, encargados de las comisiones oficiales. <<

[26] Esto es, Colofón. Itámanes es desconocido. <<

[27] Esto es, consideran a Notion como una colonia que ellos fundan ahora, y envían fundadores según el rito tradicional en estos casos. Cf. I, 24. <<

[28] La distinción de sinónimos no es traducible exactamente. <<

[29] Alude a sobornos. <<

[30] Cosas que ocurrían a los que en una acción pública no lograban una quinta parte de los votos de los jueces. Tucídides parece referirse aquí al caso en que una proposición a la Asamblea es denunciada como contraria a las leyes. <<

[31] Se dedicaba su producto al mantenimiento de los templos. <<

[32] No se trata de una colonia, sino de una cleruquía, esto es, los colonos continúan siendo ciudadanos atenienses. <<

[33] Alusión a los tebanos. <<

[34] Alude al derecho de ἰσοπολιτεία, por el cual, si un ciudadano de una de las dos ciudades se establecía en la otra, recibía automáticamente la ciudadanía de ésta. <<

[35] Los vestidos se ofrendaban a veces a los muertos; pero aquí nuestra interpretación no es segura, pues también puede tratarse de que les honraban públicamente vistiéndose de luto y haciendo las ceremonias tradicionales.
<<

[36] Entre los nobles, por supuesto. <<

[37] Cf. III, 55. <<

[38] En otros términos: querían el fin del régimen democrático y la instauración del oligárquico. El texto es inseguro. <<

[39] Como suplicantes. <<

[40] Junto a otros santuarios las había también, por ejemplo, en Epidauro; aquí era ahora tanto más necesaria cuanto que no se podía contar ya con la hospitalidad privada. <<

[41] Sesenta metros. <<

[42] Sin duda se destinaban a la hostería. <<

[43] Año 519 a. C.; la toma fue el 427 a. C. <<

[44] Esto es, sin tener nombramiento oficial actuaba como próxeno. <<

[45] Como se vio en I, 25, los antiguos solían identificar con Corcira el país de los feacios, reino de Alcínoo. <<

[46] Equivalente a cuatro dracmas. <<

[47] Esto es, que la multa se pagara inmediatamente. <<

[48] Hoy Chalikiópulo, según la opinión más probable. <<

[49] En esta época Léucade era una península con un pequeño istmo de arena; el canal que a través de él habían hecho los corintios estaba cegado. Cf. III, 94. <<

[50] Cf. III, 75. <<

[51] A fin de alejar a los aristócratas embarcados de sus amigos que vivían junto al Ágora, en cuyas inmediaciones se hallaba el otro puerto de Corcira. <<

[52] El juramento. <<

[53] Todo el capítulo se suele considerar una interpolación porque es condenado por los gramáticos antiguos, no lo menciona Dionisio de Halicarnaso, y es obelizado por el códice F; además contiene algún uso lingüístico que parece reciente. Sin embargo, hay que confesar que el estilo tucidídeo está bien logrado. <<

[54] Cf. IV, 46 y sigs. con más revoluciones en Corcira. <<

[55] Mesena, Naxos y Catana. El resto de las ciudades de Sicilia eran dorias. <<

[56] Tanto Region como Leontinos eran de fundación calcídica. <<

[57] Hoy día todo el archipiélago (islas Lípari) toma el nombre de ella. <<

[58] Como resto de esta creencia, la isla se llama hoy Volcano; presenta solfataras. Todas las islas tienen huellas de actividad volcánica, y en Estróngila, hoy Stromboli, está el famoso volcán de este nombre. <<

[59] Uno de los pueblos de la isla antes de la llegada de los griegos. De probable origen africano, vivían en el este y norte de Sicilia, y antes habían estado establecidos en Italia.
<<

[60] Se trata, efectivamente, del fenómeno conocido hoy con el nombre de maremoto. El Pritaneo era el edificio oficial del gobierno de las ciudades. <<

[61] Debe referirse fundamentalmente a los indígenas, mientras que con el nombre de sicilianos (Σικελιῶται) designa a los griegos de Sicilia. <<

[62] Requisito preliminar en la fundación de una colonia; pero al aprobar su establecimiento en suelo griego y contra griegos, el dios era parcial a favor de los lacedemonios (cf. I, 118). <<

[63] Traquis era su nombre antiguo. <<

[64] Esto es, los habitantes de Naupacto; más arriba esta palabra designaba a los de Mesena (Sicilia). <<

[65] El equívoco está en que la Nemea más conocida está en Argólide, donde se celebraban los Juegos. Cf. Plutarco, *Sept. sap. conu.*, 19. <<

[66] Ciudad principal de las apodotos. <<

[67] Nombre de la ciudad sobre la que fue fundada Heraclea. Antes se ha hablado de Traquinia o región de Traquis. <<

[68] Es dudoso a qué escuadra se alude aquí; según unos es la de los propios acarnanios, aunque en ningún lado se habla de ella; según otros, de algunas de las naves atenienses que Tucídides (III, 98) hizo regresar a Atenas y que no habrían hecho esto en su totalidad. Desde luego, no puede tratarse de la escuadra mencionada en IV, 105. <<

[69] Antiguamente sólo a Calidón se daba este nombre, que, sin duda, se extendió luego a Pleurón, ciudad que estuvo durante algún tiempo sometida a Calidón. <<

[70] Cf. 1, 7. La finalidad que se buscaba era, sin duda, poner fin a la peste. La muerte y el nacimiento impurifican, y de ahí las medidas que se toman. <<

[71] Esto es, se celebraba un año sí y tres no, según la manera griega de contar. <<

[72] Celebradas en Éfeso en honor de Artemis. <<

[73] Himno homérico a Apolo Delio, versos 146 y sigs. y 166 y sigs. Hoy nadie concede autenticidad homérica a estos himnos, como ocurría en la Antigüedad; del segundo de los dos pasajes citados proviene precisamente la creencia de que Homero era ciego. <<

[74] Traducción, basada únicamente en el contexto, del ininteligible ἀφήμως que dan los manuscritos de Tucídides. Los editores del Himno lo corrigen, por lo general, en ἀμφ’ ἡμέων «refiriéndoos a mí». <<

[75] De las tribus acarnanias, según opinión común, y no de acarnanios y anfiloquios, como quiere Classen, basado en una mala interpretación de un pasaje de Esteban de Bizancio. <<

[76] Fuentes. <<

[1] Año 425 a. C. <<

[2] Mesena estaba muy bien situada para esto último. <<

[3] Sin duda, sólo un partido había llamado a los siracusanos y locrios. <<

[4] Los taxiarcos son los jefes de las diez τάξεις o batallones que componían la infantería ateniense y que procedían cada una de una tribu. Sin duda Demóstenes, mal visto por los generales por su mando extraoficial, trató de ganarse a los soldados a través de los taxiarcos. <<

[5] Este pasaje ha motivado numerosas controversias. El paso septentrional mide ciento cincuenta metros y el meridional mil cuatrocientos, y no hay duda de que los datos de Tucídides están equivocados (un trirreme medía unos seis metros de manga); pero no creo que haya motivo para ciertas interpretaciones topográficas que presentan dificultades gravísimas. <<

[6] O sea tres, una vez descontados los dos que había enviado a Zacinto. <<

[7] Parece que Pilos estaba deshabitado desde la conquista de Mesenia por los lacedemonios. En la época micénica había tenido gran importancia. <<

[8] Un triacóntero es un pequeño barco de treinta remeros colocados en una sola fila; le acompañaba en sus correrías una lancha rápida sin puente. <<

[9] Es decir, los hoplitas y los marineros armados ligeramente. <<

[10] Según Hude, aquí el texto está corrompido. <<

[11] Algo más de dos litros de harina de cebada (los granos, etc., se medían con medidas de capacidad y no por peso) y medio de vino. <<

[12] Por la pérdida de los parientes muertos por los atenienses. <<

[13] La tregua de treinta años. Cf. I, 115. <<

[14] Se utilizaban para sujetar la nave enemiga para pasar al abordaje. <<

[15] Los remolcaban desde tierra animales de tiro. <<

[16] Se refiere a que las naves que bloqueaban la isla no disponían de puerto alguno desde el que pudieran vigilar la parte de la isla que da al mar libre, y por tanto tenían que quedar allí siempre naves de vigilancia. <<

[17] El sentido dista mucho de ser satisfactorio y se sospecha alguna alteración en el texto. <<

[18] En sentido estricto, esto es, ciudadanos de Esparta por oposición a los periecos. <<

[19] Dialectalismo laconio por la palabra traducida a continuación por «flecha». <<

[20] Quersoneso significa «península» y aquí designa el promontorio en que acaba el monte Oneon. <<

[21] Pasaje frecuentemente citado para probar que la migración doria se realizó en gran parte de Grecia sobre un substrato eolio. <<

[22] Forma ática de Metana introducida por el interpolador. <<

[23] Hay en el texto griego un anacoluto bastante fuerte. La construcción normal seguiría: a que se escaparan… <<

[24] Probablemente se refiere a la escritura cuneiforme, de que se servían los persas; la carta estaría escrita en persa. <<

[25] Es el primero de mes; pero Tucídides no concreta que fuese ese día precisamente. <<

[26] Son estateros de oro (de no muy buena calidad, según es fama) equivalentes a 28 dracmas áticas. <<

[27] De ἀκτή, «promontorio», designando la costa de Asia enfrente de Lesbos. En III, 50 se contó cómo las tomaron los atenienses. <<

[28] Juez para Citera. <<

[29] Glosa errónea. <<

[30] Esto es, Citera. <<

[31] Una rebelión de hilotas sin duda alguna. <<

[32] Esto es, el jefe de la guarnición que se retiró a los montes, que por alguna circunstancia se quedó en la ciudad.
<<

[33] No en la isla, que estaba en poder de los atenienses desde el año 427, sino en el continente, junto a los Muros Largos. <<

[34] Πείπολοι: son los efebos áticos que prestaban su servicio militar como guardianes de las fronteras. <<

[35] Que corría paralelo al muro e inmediato a él. <<

[36] Ahora se trata de la muralla de la ciudad de Megara en el trozo comprendido entre los Muros Largos, que aseguraban su unión con el puerto de Nisea y que es donde habían penetrado los atenienses. <<

[37] De Megara. <<

[38] Expresión abreviada para designar los dos muros paralelos que unían Megara y Nisea. <<

[39] Hay un violento anacoluto que deja este sujeto sin verbo. El sentido se reanuda tras el largo inciso al fin del capítulo. <<

[40] Hay sospecha de corrupción del texto en lo que sigue. Se han propuesto varias enmiendas. <<

[41] La confederación beocia comprendía un cierto número de ciudades, de las que dependían otras a su vez. <<

[42] Los minios son los antiguos y fabulosos habitantes de Orcómeno. <<

[43] Estos nuevos guías debieron unírsele más allá de Melitia.
<<

[44] Esto es, a pesar de que imperaba el partido lacedemonio. <<

[45] País de los lincestas. <<

[46] El texto no está claro y Hude sigue una corrección entre las varias propuestas. El sentido parece ser que con lo costoso que es enviar embarcado un ejército tan grande, no iban a hacerlo si además se demostró ser insuficiente. <<

[47] Magistrados de la confederación beocia que según se desprende de este texto se turnaban en el mando del ejército. <<

[48] Más exactamente, los pueblos que formaban con ellos una unidad política; cf. IV, 76 sobre Queronea y Orcómeno. <<

[49] El lago Copais. <<

[50] El mismo llamado en III, 96 golfo Meliaco. <<

[51] Promotor de la revuelta de Mileto contra Darío el año 499 a. C., cuya represión provocó las guerras médicas. <<

[52] Anfípolis ocupaba ambos lados de una colina, alrededor de la cual el río Estrimón formaba un arco abierto hacia el Este. Es aquí donde Hagnón levantó su muralla. <<

[53] A la manera de los que unían Atenas y el Pireo. El puente quedaba por tanto fuera del recinto fortificado. <<

[54] Las minas en cuestión eran propiedad del estado ateniense. <<

[55] Todo lo que antecede deja la clara impresión de que Tucídides, sin perder su tono impersonal, defiende su conducta, que le valió el destierro de Atenas. Aunque no quiere echar directamente la culpa sobre nadie, no hay duda de que para él el responsable fue Eucles, cuyo mando estaba en Anfípolis, mientras que el de Tucídides se hallaba en Tases. <<

[56] Barcos de comercio, que sin duda encontró en Anfípolis.
<<

[57] Nada sabemos de estos personajes ni de los hechos a que se alude. <<

[58] El canal que hizo construir Jerjes cortando el istmo que une al continente el monte Atos, a fin de que su escuadra no tuviera que costearlo. <<

[59] Esto es, que hablan griego además de su lengua nativa.
<<

[60] Todo este pasaje es muy interesante para el conocimiento de los pueblos prehelénicos. Véase en Kretschmer (por ej., *Introducción a la lingüística del griego y del latín*, Madrid, 1946, pág. 147) la hipótesis de un gran grupo de pueblos pelásgicos, del que formarían parte los tirsenos o etruscos. <<

[61] Se entiende que tenía grietas o portillos. <<

[62] Esto es, del lado del puerto, pues el cabo citado está en la península de Palena, que es paralela a aquella otra en que está situada Torona. Es por este lado por el que habían entrado. <<

[63] Equivale cada una a cien dracmas; el total representa una suma muy elevada. <<

[64] Cf. II, 1 y nota. Es el año 423 a. C. <<

[65] Esto es, de los progresos de Brásidas. <<

[66] Los prisioneros de Esfacteria. <<

[67] El documento del armisticio es de redacción algo confusa. Se desprende que los atenienses invitaron a los lacedemonios a tratar sobre un posible armisticio, y que una comisión formada por los lacedemonios y algunos de sus aliados elaboró el proyecto, al que acompaña al final la ratificación de la Asamblea ateniense y la relación de los representantes de ambas partes. <<

[68] Nombre lacedemonio de Pilos. Los dos nombres propios que siguen designan posiblemente dos cabos de la costa de los que no se tiene otra noticia. <<

[69] Minoa. Como se ve, se enumeran las principales conquistas atenienses. Al hablar de Trozene el documento se refiere al istmo de Metana (cf. IV, 45). <<

[70] Cerca de trece toneladas. <<

[71] Los cincuenta miembros de cada una de las diez tribus que las representaban en el Consejo, formaban una especie de comisión permanente con varias prerrogativas, durante treinta y cinco o treinta y seis días los de cada tribu, recibiendo entonces el nombre de pritanos. El secretario, sacado a suerte, desempeñaba este cargo durante una pritanía, y el presidente de los pritanos, sólo durante un día y una noche, siendo una de sus funciones presidir la Asamblea Popular. Laquete era un político destacado del partido moderado, que quería el fin de la guerra. El estilo formulario que aquí vemos es exactamente el de los decretos atenienses. <<

[72] Hacia el veintiuno de abril del año 423 a. C.; se cree que corresponde al doce del mes Gerastio del calendario lacedemonio, de que se habla a continuación. <<

[73] Parece que hay una laguna en el texto. <<

[74] De los lacedemonios y sus aliados. <<

[75] El mito cuenta que esta tormenta, que ocasionó la dispersión de la escuadra aquea y el naufragio de Ayax Oileo, fue provocada par la cólera de Atenea por las impiedades cometidas en la toma de Troya. <<

[76] Esto es, el trirreme. <<

[77] Eliminado por Hude por ilógico. <<

[78] Los lincestas. <<

[79] Conservado parcialmente en una inscripción (*C. I. A.*, 1, 42 y 43). <<

[80] Sin duda haciendo que los tesalios notificaran a Esparta que no le dejarían pasar. <<

[81] Los lacedemonios, tanto por celos como por el recuerdo de Pausanias, temían que Brásidas obrara con demasiada independencia. <<

[82] Su papel era el de adornar el templo. <<

[83] La quema del templo de Hera y el fin del sacerdocio de Crisis son tomados como hitos cronológicos bien conocidos. Cf. I, 1. <<

[84] Para evitar que los centinelas se durmieran iban pasándose de uno a otro una campanilla al tiempo que la agitaban. Otras veces era un soldado especialmente encargado de ello el que iba dando la vuelta a la muralla sonando la campanilla. <<

[1] Durante los principales Juegos de Grecia había una suspensión general de hostilidades. Hay, pues, una inexactitud de expresión en el relato de Tucídides. <<

[2] A Apolo Delio. Se refiere a la purificación de Delos, de que se habla en III, 104, que ahora les parece incompleta por haber consagrado al dios a los habitantes de la isla en vez de expulsarlos de ella. <<

[3] Sátrapa del Helesponto. Cf. II, 67. <<

[4] Esto es, sin formar una colonia con reglamentación política unitaria. <<

[5] El nombre indica que desde él no se oye el ruido de las olas. <<

[6] De la muralla antigua; de extremo a extremo del portillo abierto en ella construyó el muro exterior, que dejaba dentro el arrabal. <<

[7] Contra los siracusanos. <<

[8] Ciudadanos de Locros, en Italia; parece que, una vez expulsados de Mesena, se establecieron en algún lugar por sí mismos, pero bajo la soberanía de Locros, pues les afecta el tratado que esta ciudad hizo con Atenas. Iponion y Medmas son colonias fundadas por Locros. <<

[9] De los siracusanos, se entiende. <<

[10] El Estrimón, que rodea Anfípolis (cf. IV, 102). «El otro lado» es con relación a Anfípolis. <<

[11] Hude sospecha aquí una corrupción del texto. <<

[12] Para tras este movimiento de tanteo dar el golpe decisivo. Son los refuerzos de que se habla en el capítulo 6 y otra vez en el 8. <<

[13] Esto es, en batalla abierta. Creía que el enemigo no se aventuraría a ella y se dejaría poner sitio. <<

[14] Cf. IV, 108. <<

[15] Los ciento cincuenta hoplitas del capítulo 8. <<

[16] El ala izquierda ocupaba la situación más meridional, por encontrarse el ejército ateniense al Este de Anfípolis. <<

[17] El derecho, pues el escudo se llevaba en la mano izquierda. Se imponía que el ala derecha, que tenía que pasar junto a la ciudad, se retirara lentamente sin dejar de dar la cara al enemigo. <<

[18] Construido por Hagnón; defendía la parte de la ciudad no rodeada por el río (cf. IV, 102). Posteriormente hubo modificaciones en las obras fortificadas de Anfípolis. <<

[19] Se cree que se refiere a la que ocuparon los atenienses; cf. capítulo 7. <<

[20] El verdadero fundador de Anfípolis (cf. IV, 102), que como ateniense era ahora poco grato. Las edificaciones de Hagnón son, probablemente, edificios oficiales construidos por él; y «el testimonio» de que se habla, seguramente un Heroon (pequeño templo) erigido en honor de Hagnón como fundador. <<

[21] Aquí hay una palabra intraducible que representa una corrupción del texto, que queda así poco claro. <<

[22] Enviados oficiales de una ciudad para consultar el oráculo (o para una fiesta religiosa, etc.). <<

[23] Como se sabe, los reyes de Esparta pasaban por descendientes de Héracles. <<

[24] Es decir, que habría hambre y alto precio de los víveres, como si se arara con una reja de arado de plata. <<

[25] Cf. I, 114 y II, 21. <<

[26] Parece que se trata de una casa cuya mitad quedaba fuera del recinto para que no fuera profanado con las necesidades de la vida diaria; la huida a él era siempre posible. <<

[27] Con lo cual la podrían mantener en constante estado de inquietud. Es lo que hicieron después, fortificándose en Decelia. <<

[28] Había sido elevado el año 424 sin mediar consulta previa con las ciudades interesadas. <<

[29] Parece que estas ciudades habían hecho defección de Atenas y que sus habitantes se habían trasladado por sinecismo a Olinto. Cf. I, 58. <<

[30] Cf. IV, 123. <<

[31] Con el texto del tratado. <<

[32] En el templo de Poseidón. <<

[33] Hacia mediados de abril. <<

[34] La fiesta más importante en honor de Dionisos, celebrada a mediados del mes Elafebolión (fines de marzo).
<<

[35] Los hilotas. <<

[36] El Partenón. <<

[37] Es decir, que cada diez días cualquiera de las partes podía darla por terminada. <<

[38] Sin duda había un partido filolacedemonio en desacuerdo con la alianza argiva concertada por los mantineos. <<

[39] Descendientes liberados de hilotas, que tenían restringidos los derechos políticos y civiles, entre ellos la libertad de residencia. <<

[40] Habitantes de Díon en el Atos (cf. IV, I09). <<

[41] Para los atenienses. <<

[42] Sólo la mayoría de las delegaciones, como se ve por lo que sigue. <<

[43] El Gran Consejo de la Confederación beocia se dividía en cuatro Consejos, con distintas atribuciones cada uno; para asuntos importantes se reunían todos juntos. <<

[44] Cfr. II, nota 1. Es el año 420 a. C. <<

[45] Esto es, su renovación. <<

[46] Tenía entonces unos treinta años. La afirmación implica que en la Atenas democrática la actividad política comenzaba a veces en edad más temprana de lo común en el resto de Grecia. <<

[47] Por su madre pertenecía a la familia de los Alemeónidas. También su padre era de ilustre progenie. <<

[48] Por parte materna; se llamaba también Alcibíades. <<

[49] La tragedia ática trata varias veces de las relaciones entre Argos y Atenas en la edad mítica. Así, sobre todo, en los *Euménides* de Erquilo, que alude a una alianza entre ambas ciudades. <<

[50] Conservado parcialmente en una lápida de mármol (*I. G.*, 1.^{3} 83). <<

[51] Es decir, aquéllos cuyas funciones se refieren sólo al Ática. <<

[52] Cf. IV, nota 67. <<

[53] La organización política de Argos, Mantinea y Élide es poco conocida y no se saben bien las funciones de los magistrados y autoridades que aquí se citan. <<

[54] Tenían lugar cada cinco años según la manera de contar de los griegos, es decir, con tres años de intervalo. Igual los Juegos Olímpicos, que se celebraban siempre el año siguiente de las Panateneas. <<

[55] Pausanias la vio todavía (V, 12). La estela de la Acrópolis es la que se ha conservado fragmentariamente. <<

[56] Cf. capítulos 37 y 31. <<

[57] Aproximadamente, combinación del boxeo y la lucha libre o grecorromana. <<

[58] Se habla de él en V, 22 y 76; y en VIII, 39, 43, 52, 84 y 87. <<

[59] Especie de policías, armados de varas, que mantenían el orden. <<

[60] Este cargo era electivo y de duración anual: eran nombrados diez generales cada año, y su mando se extendía indistintamente al ejército y a la flota. <<

[61] A semejanza de los de Atenas. Estas medidas tendían a cerrar la entrada del golfo de Corinto, lo que explica que se opusieran a ellas Corinto y Sición. <<

[62] La traducción no es segura. Por lo demás, era corriente que los santuarios arrendaran sus tierras a cambio de la entrega de víctimas para las fiestas. <<

[63] Autoridad discutida al parecer porque el santuario no estaba en Argos, sino en Asina, localidad que los argivos habían destruido, apoderándose de su territorio. <<

[64] Efectivamente, Epidauro es por un lado limítrofe de Corinto (enemiga de Argos y Atenas y amiga suya) y por otro obstaculiza las comunicaciones por mar entre Argos y Atenas. <<

[65] El mes Carneo de los dorios corresponde aproximadamente a agosto y por celebrarse en él las Carneas y otras fiestas solía haber un armisticio en las guerras pendientes. Los argivos recurren entonces al engaño un poco infantil de seguir considerando 27 del mes anterior a toda la duración de la expedición. <<

[66] Soldados de infantería que luchan cada uno junto a un jinete, corriendo al lado de su caballo o colgándose de él Otras veces se les llama «parábatas». <<

[67] Desde Fliunte. <<

[68] Torrente seco cerca de Argos. <<

[69] Por la rapidez de su organización. <<

[70] Los términos castellanos aproximadamente equivalentes son: generales (o coroneles), comandantes (jefes de λόχος o batallón), capitanes (jefes de pentecostis o compañía) y alféreces (jefes de enomotía o sección). Sobre el número de hombres de estas unidades militares véase más adelante.
<<

[71] Infantería ligera reclutada en Esciritide, comarca septentrional de Lacedemonia. Les correspondía iniciar el ataque y gozaban de ciertos privilegios. <<

[72] La más decisiva tradicionalmente; sin duda tenían el mando conforme al tratado. <<

[73] Los comandantes reforzaban sin duda unas enomotías a expensas de otras. Pero como cada una tenía por término medio 32 hombres, resultaban en total 3486 sin contar los esciritas. <<

[74] Sobre sus aliados. <<

[75] Con los lacedemonios. Se refiere a los mitos relacionados con la vuelta de los Heráclidas (invasión dórica). La hegemonía citada antes se refiere a la época de la guerra de Troya. <<

[76] El escudo se llevaba en el brazo izquierdo; el lado derecho quedaba sin defensa. <<

[77] Con el centro de la línea, donde está Agis, que trata de reconstruir la primitiva formación. <<

[78] Hude sospecha corrupción del texto en este pasaje. <<

[79] Hay aquí una ruptura de la construcción, esperándose un segundo miembro que diera cuenta del triunfo lacedemonio en la otra ala, que es a lo que alude el «pues» que inicia el período. En vez de ello, se cierra éste con un punto y se comienza de nuevo, con lo que el «pues» inicial resulta ilógico; pero la gran extensión y complejidad de este primer miembro ha ocasionado el anacoluto. <<

[80] Guardia de los reyes de Esparta, que no solía ir a caballo.
<<

[81] Por donde irrumpen los lacedemonios y por donde los mantineos victoriosos habían perdido el contacto. <<

[82] Para obligar a los argivos y a sus aliados a que pidieran los muertos y al tiempo para erigir tranquilamente el trofeo. Son las dos condiciones usuales para que se reconozca a un ejército haber ganado una batalla. <<

[83] Es decir, conteniendo amenazas para el caso de que quisieran continuar la guerra; el otro mensaje contenía las condiciones de paz. <<

[84] El texto del tratado de paz y el del ulterior de alianza están en el dialecto dorio original. <<

[85] Éstos son prisioneros de guerra; los niños, rehenes. <<

[86] Como rehenes. <<

[87] A saber, retirar su exigencia. Se da, pues, la razón a los epidaurios; pero el texto está muy controvertido. <<

[88] Para su revisión. <<

[89] La política de Lacedemonia consiste en evitar la creación de bloques que le puedan hacer frente; ciudad por ciudad. Esparta era más fuerte que todas. <<

[90] Se refiere a los contingentes que ha de aportar cada ciudad. <<

[91] Un zeugma violento obliga a traducir por dos un verbo del original. <<

[92] Pilos y el inmediato a Epidauro. <<

[93] Cfr. II, 97. <<

[94] A contemplar el espectáculo. Era lo que buscaba Demóstenes. <<

[95] El tratado de paz por cincuenta años en que estaban incluidos los epidaurios como aliados de los lacedemonios. <<

[96] Como en las Carneas, en esta fiesta no podían hacer la guerra. <<

[97] El texto está corrompido, según Hude. <<

[98] Posiblemente paralizando en los puertos de Calcídica el comercio que a través de ellos hacían los macedonios. <<

[99] Esta circunstancia redundaría en descrédito de Atenas si no los sometiera. <<

[100] O sea: por nuestra común manera de pensar, fundada en los lazos de sangre. <<

[101] Posiblemente se alude a los corintios, que tenían una escuadra bastante fuerte. <<

[1] El Júcar. La igualdad de los nombres se suele hoy interpretar en el sentido de que tanto iberos como sicanos son de origen africano. <<

[2] Parece que los élimos proceden de una población asiática que desde el Elam se extendió en el tercer milenio a. C. por Asia Menor y Grecia, donde ha dejado huella en varios topónimos. <<

[3] Dato seguramente legendario <<

[4] Todos los antiguos coinciden en el paso de los sículos desde Italia y, con cierta aproximación, en la fecha. Se trata de un pueblo empujado hacia el Sur por las invasiones indoeuropeas de alrededor del año 1000 a. C. <<

[5] El nombre designa tanto a los fenicios como a los cartagineses. <<

[6] Traduzco el συνοικήσαντες de varios manuscritos en vez del συνοικίσαντες admitido por Hude. <<

[7] Cf. IV, 102, y V, 11. <<

[8] Fecha de fundación de las ciudades griegas de Sicilia: Naxos, 735 a. C.; Siracusa, 733 a. C., Zancla Mesena, 730; Leontinos y Catana, 729; Megara Hiblea, 728; Gela, 688; Acras, 663; Himera, 649; Casmenas, 643; Selinunte, 628; Camarina, 598; Acragante (Agrigento), 580. <<

[9] «Fundador». <<

[10] Enviados a alguna fiesta religiosa o a consultar el oráculo. <<

[11] La isla Ortigia, unida al continente ya en la época de Tucídides y núcleo primero de la ciudad. <<

[12] Es decir, no reconocieron como metrópoli a Calcis. <<

[13] Año 483, aproximadamente. <<

[14] Cf. igual proceder por parte de los corcirenses al fundar Epidamno (I, 4). <<

[15] De la ciudad de Lindos, en Rodas. <<

[16] Mesenia. Aun hoy la ciudad se llama Mesina. <<

[17] Nombre inexplicado. <<

[18] Cf. V, 4. <<

[19] Cf. Libro II, nota 1. <<

[20] Resultaba así una dracma por hombre al día, el doble de la soldada generalmente acostumbrada. <<

[21] La imagen de la nave del estado aparece con frecuencia en la literatura antigua a partir de Alceo (quizá, incluso, de Arquíloco, según intenté probar en otro lugar). <<

[22] Con «sicilianos» (Σικελιῶται) Tucídides designa a los griegos de Sicilia. <<

[23] Nicias exagera y extiende a los egetenses la condición actual de los leontinos. <<

[24] Alusión a Alcibíades. <<

[25] De caballos de carreras; los ricos atenienses ponían en ello su amor propio. Lo que sigue explica la relación de esto con el «interés» de Alcibíades. <<

[26] Costeando hasta Corcira y luego el Sur de Italia. <<

[27] Se refiere al epístata o jefe aquel día de los prítanos (miembros de las diez fracciones en que se dividía el Consejo, las cuales se turnaban, formando cada una una especie de comisión permanente), que tenía la presidencia de la Asamblea. <<

[28] Era ilegal volver en una Asamblea sobre una decisión tomada en la anterior. <<

[29] Cf. Isócrates, XVI, 34 [Demóstenes, XXI, 145]; Plutarco, *Alcibíades*, XI; etc. <<

[30] Un sacrificio de acción de gracias, en que dio de comer a todo el concurso. <<

[31] La coregía, por la que se sufragaba la representación de las tragedias, era una liturgia o contribución de tipo especial al estado. <<

[32] Murallas, carreteras, etc. <<

[33] Siracusa, Selinunte, Gela, Acragante, Mesena, Himera y Camarina. <<

[34] Σιτοποιός significa tanto «panadero» como «molinero». <<

[35] A los que trabajaban en los mismos. <<

[36] Classen y otros corrigen τὸ ὁπλιτικόν en τὸ ἱππικόν., con lo que habría que traducir «la caballería», que, en efecto, difícilmente podrían reclutar los atenienses. <<

[37] Pilares cuadrangulares con una cabeza de Hermes, protector de los caminos, las calles y las puertas. <<

[38] Es decir, el jurado. <<

[39] Pilotos, jefes de remeros, etc. <<

[40] Los remeros del banco superior, que por ser su remo más largo tenían un trabajo más fatigoso. <<

[41] Las listas oficiales de reclutamiento ateniense; al hablar de los mejores, posiblemente se refiere a la edad de los soldados. <<

[42] Descarta la anterior expedición a Sicilia por su poca importancia y la expedición a Egipto (cf. I, 104 y s.) por no ser obra exclusiva de Atenas. <<

[43] Con agua, según la costumbre antigua. <<

[44] Se refiere respectivamente a los tiranos y a los regímenes oligárquicos. <<

[45] Es decir, los ciudadanos todos. <<

[46] Personificada. <<

[47] Στρατός, que traduzco por «ejército», designa al mismo tiempo la flota, del mismo modo que los generales (στρατηγοί) son al propio tiempo almirantes. <<

[48] Cf. Libro I, nota 12. <<

[49] De guerra. <<

[50] Los tetes son la cuarta de las clases en que, con relación a sus ingresos y a los derechos y obligaciones correlativos con ellos, se dividían los atenienses desde Solón. Normalmente no servían como hoplitas, sino sólo como remeros, por lo que aquí se les opone al reclutamiento ordinario, que se hacía según una lista oficial (κατάλογος). <<

[51] Sobre el segundo cf. VII, 16 y sigs. <<

[52] Esto es, griegos de Italia. <<

[53] Parece deducirse que las naves del capítulo 42 habían regresado y habían vuelto a ser enviadas a Egesta. <<

[54] Ἐκπώματα, la vajilla del servicio del vino en general. <<

[55] Pasaje difícil, posiblemente alterado. La idea es que los atenienses pueden hacer un gran botín cayendo sobre los siracusanos mientras éstos están metiendo aún dentro de la ciudad el ganado y cosechas, etc. <<

[56] Después del primer ataque a Siracusa. <<

[57] Cf. capítulo 4. <<

[58] Se celebraba en la plaza de la ciudad. <<

[59] Cf. capítulo 75. <<

[60] Cf. Libro III, nota 23. <<

[61] Cf. en I, 20 una primera discusión sobre los tiranicidas. Es verosímil que la existencia de estos dos pasajes se deba a la falta de revisión final de la obra de Tucídides. <<

[62] Este epigrama, que es un dístico elegíaco, se ha encontrado casi entero en dos fragmentos de mármol junto al Iliso, cerca de la fuente Calirroe (*I. G. I.*^{2}, 761); sin embargo, las letras se leen muy bien por lo que se ha pensado que Tucídides al hablar de su carácter borroso se refiere a la pérdida de la pintura roja que se les solía dar. <<

[63] Las canéforas llevaban en las procesiones sobre su cabeza un canastillo (κανοῦν) con objetos sagrados y cosas necesarias para el sacrificio. Se les exigía conducta intachable y solían pertenecer a la nobleza. Era éste un honor muy estimado, En el friso del Partenón, que, como se sabe, representa la procesión de las Panateneas, es fácil reconocerlas. <<

[64] Cf. Libro I, nota 20. <<

[65] Eufemismo para decir que se le dio una muerte cruel.
<<

[66] En tiempos de Tucídides los ciudadanos atenienses no podían casarse con extranjeros. Añádase que Lampsaco era una ciudad de poca importancia. <<

[67] Aristóteles, *Retórica* 1367*b*, se lo atribuye a Simónides y bien podría ser de él por su perfección formal, que con su intraducible sencillez realza el bello pensamiento que desarrolla. <<

[68] El orador Andócides, en cuyos discursos *Sobre el retorno* y *Sobre los misterios*, que se nos han conservado, se defiende de las imputaciones que se le hacían y explica su delación. Según él, el que le indujo a ella fue su primo Cármides; según Plutarco, *Alcibíades*, 21, Timeo. <<

[69] En el capítulo 27 se vio que los atenienses la prometían a los delatores en este asunto. <<

[70] Templo en honor de Teseo, de situación desconocida para nosotros y que no es el templo situado al pie de la Acrópolis que erróneamente se designa por ese nombre. <<

[71] Los trescientos hombres de V, 84. Sin duda pertenecían a familias distinguidas, y es ésta la razón por la cual resultaban sospechosos. <<

[72] Es probable que el gran número de prisioneros fuera la causa de que se interrumpiera la expedición y de que el ejército hubiera de regresar a pie. Nicias debió continuar con sólo una pequeña parte de las fuerzas expedicionarias. <<

[73] Para distinguirla de Megara Hiblea y de otra Hibla en la costa Sur. <<

[74] Templo de Zeus Olímpico. <<

[75] Esto es, primero a la guardia del campamento y luego a los que pernoctaban en Catana. <<

[76] Hacia el Norte, en dirección a Siracusa, que era adonde llevaba este camino. <<

[77] Τοιοῦτον, corrección de Hude por el τόν αὐτόν «el mismo» de los manuscritos. <<

[78] Los quiotas y metimnenses; cf. capítulo 85 y VII, 57. <<

[79] Comienzo del «invierno» griego, esto es, septiembre u octubre. <<

[80] Más o menos paralelo al que ya existía, pero más lejos de la ciudad. <<

[81] Se refiere o bien al templo de Apolo Temenites o bien al barrio que por entonces comenzaba a surgir en las inmediaciones del templo. Para todo lo concerniente a la topografía de Siracusa véase nuestro plano de la ciudad. <<

[82] Cf. III, 86 y VI, 52. <<

[83] Mediante su sujeción a Atenas (irónico). <<

[84] El pasaje alude a que los camarinenses eran dorios como los siracusanos, mientras que los atenienses eran jonios. <<

[85] En el sentido de ciudad fundadora, literalmente «ciudad madre». Según la leyenda, todas las ciudades jonias eran fundación de Atenas. <<

[86] El año 410, por consejo de Temistocles. <<

[87] Su política imperialista, practicada antes en Jonia y ahora en Sicilia. <<

[88] Como los corcirenses. <<

[89] Alusión a las manifestaciones de Hermócrates en el capítulo 20. <<

[90] Que incluían abundante infantería y caballería, por oposición a las islas del Egeo que apenas tenían más que barcos. <<

[91] Etruria. <<

[92] Cf. V, 43. <<

[93] Los alcmeónidas. Cf. II, 126. <<

[94] O sea, no de un solo partido. Ello explica lo que sigue.
<<

[95] Posiblemente tras «Peloponeso» hay una laguna en el texto, que si no, no tiene fácil interpretación. <<

[96] Para aprovechar al máximo los barcos. <<

[97] Las «riquezas» son aquí las casas, esclavos, árboles, ganado, etc.; al decir que «vendrán por sí mismas» se refiere a los esclavos. <<

[98] De plata. <<

[99] Se refiere a los ingresos derivadas de los juicios de los jonios, que se veían ante los tribunales áticos. Alcibíades supone que al hacerse más apremiantes las necesidades de la guerra no podrá seguir funcionando en Atenas el complicado sistema judicial tan característico allí. <<

[100] Artificio retórico; la segunda parte de la frase quiere decir: no rehúyo prestaros el auxilio que pueda si me escucháis. <<

[101] Se trata de un juego de palabras intraducible que es bien poco probatorio; es un sofisma más en este abyecto discurso en que Tucídides pinta tan bien los equilibrios retóricos que ha de hacer Alcibíades. Es de notar, sin embargo, que no hay ni una sola palabra de censura directa contra Alcibíades; esta oculta simpatía del historiador por Alcibíades, depende sin duda, entre otras cosas, de la analogía de las circunstancias porque ambos pasaron, si bien es de notar que una vez en ellas Tucídides se comportó en forma bien diferente. <<

[102] El 414. <<

[103] «Más elevada» es traducción del griego ἐπιπολῆς, literalmente «por encima». <<

[104] Al norte de Siracusa; así cogen de revés las Epípolas y burlan a los siracusanos, que esperaban que desembarcaran en el Gran Puerto, al sur de la ciudad. <<

[105] Colina situada al oeste de las Epípolas y junto a la cual pasa el camino por donde la subida es más fácil. <<

[106] Éste era el centro del sistema de circunvalación ateniense: de él partirá un muro hacia el Norte y otro hacia el Sur, ambos buscando el mar y aislando Siracusa del interior de Sicilia. <<

[107] Preparando así la ulterior continuación del muro en aquella dirección. <<

[108] Desde Sica al Gran Puerto el muro ateniense había de llevar la dirección NorteSur; el «muro transversal» siracusano arrancaba de enfrente de Sica e iba en dirección Noreste-Sureste para cruzarse con el trazado hipotético del de los atenienses; y como no se sabía aún exactamente el emplazamiento de éste, los siracusanos, antes de construir el citado muro transversal levantaron su empalizada, que cortaba los caminos que iban a Siracusa entre las Epípolas y el Anapo. En cambio, si hubieran trabajado más despacio construyendo al mismo tiempo el muro y queriendo llevarlo solamente hasta el punto de cruce más prcbable, los atenienses habrían podido construir el suyo más al oeste. <<

[109] De Apolo Temenites. <<

[110] Posiblemente un postigo situado en el muro siracusano en el punto de cruce de un camino importante. De esta forma se amenazaba el muro por dos partes distintas y se impedía que los de las tiendas y los demás siracusanos entrasen por el postigo a defenderlo. <<

[111] Cf. cap. 75. <<

[112] Para coger de revés la nueva empalizada. <<

[113] El Anapo, a fin de atravesarlo por el puente que conducía a Eloro (cf. cap. 66), sin duda ya reconstruido, y refugiarse en el Olimpieon, donde había una guarnición siracusana. <<

[114] Unos 300 metros. <<

[115] Los servidores de los hoplitas sin duda (cf. III, 17). <<

[116] Etruria. <<

[1] Esto es, de la poca importancia que concedía a la expedición de Gilipo. Cf. VII, 104. <<

[2] Si se acepta la corrección de Wölflin, que introduce un άπὸ ante κύκλου, la traducción sería: «… del muro que va desde el reducto circular a Trógilo, en el otro mar, habían sido…». <<

[3] Por el barrio del Temenites, donde estaba; cf. VI, 75 y nota. <<

[4] Al muro ateniense. <<

[5] Al otro lado del puerto. <<

[6] El transversal de los siracusanos, de que se habló hace un momento, y el de circunvalación ateniense. <<

[7] Como desertores declarados, pasándose al enemigo; los que vienen a continuación se ocultarían en cualquier lugar de Sicilia aprovechándose de una coyuntura favorable. <<

[8] Véase nota a VI, 43. <<

[9] La tregua de treinta años, por oposición a la paz de Nicias del año 421. <<

[10] Cf. VI, 105. <<

[11] Año 413. <<

[12] Cf. Libro V, nota 39. <<

[13] El primer grupo, que venía del interior del Gran Puerto.
<<

[14] Por tierra y por mar. <<

[15] Unas 250 toneladas, lo que representaba para la época un gran desplazamiento. <<

[16] La traducción es conjetural a partir de «atacar…», habiendo otras propuestas y quien piensa en una alteración del texto. Interpreto que «atacar… un número» se refiere a las fuerzas de Decelia y no a otras hechas venir del Peloponeso; además traduzco ἐξ ἀνάγκης por «como no podía ser menos» (dada la misión del fuerte construido) y no «por propia necesidad» (esto es, para procurarse víveres). <<

[17] Los procedentes de las minas de plata de Laurión, amenazadas desde Decelia. Además, el empobrecimiento de los ciudadanos de resultas del abandono de la campiña repercutía en el del estado. <<

[18] Cf. VI, 91 y nota. <<

[19] Cf. cap. 16. <<

[20] Fue jefe de las escuadras atenienses en el Egeo y el Helesponto entre el 407 y el 405 y se hizo célebre después de la guerra por su victoria sobre la flota espartana en Cnido (394) y la reconstrucción de los muros de Atenas (393). <<

[21] Recuérdese lo dicho en nota a VI, 11. <<

[22] En este pasaje Italia designa sólo Apulia y Lucania, conforme al uso antiguo; Calabria y las zonas cercanas reciben el nombre de Yapigia. Los mesapios son una de las tribus, emparentadas en los ilirios, que habitan esta zona; a veces, por extensión, se llama mesapios a todos estos pueblos. <<

[23] No se ha hablado de ella antes de ahora. <<

[24] La creada al expulsar a los enemigos de los atenienses, lo que colocaba a Turios enfrente de Tarento y de otras ciudades. <<

[25] Se desprende que este almirante sustituyó a Conón y trajo cinco naves de refuerzo. <<

[26] Piezas de madera que sobresalían del casco a ambos lados del espolón, que quedaba así reforzado. De ellas se colgaba el ancla. <<

[27] Los arbotantes penetran en el casco del navío para dar más resistencia a las serviolas que en ellos descansan. Seis codos son 2,75 metros; los arbotantes de ambos flancos seguramente se apoyaban uno contra otro en el interior del casco. <<

[28] Para caer sobre el flanco de la nave enemiga. <<

[29] La palabra ἔμβολον, que traduzco por «espolón», designa además del espolón propiamente dicho las gruesas serviolas, apoyadas en arbotantes, que le dan resistencia. Los cuatro adjetivos que califican los ἔμβολα de siracusanos y atenienses, van dispuestos en quiasmo, y a παχέσι «gruesos» responde κοῖλα, que traduzco por «delgados» y significa más concretamente «cóncavos» (por ambos lados), aludiendo al pequeño tamaño de las serviolas. <<

[30] En uno y otro caso el objetivo era evitar el encuentro con la proa enemiga y atacar por el flanco, bien desviándose primero fuera de la línea enemiga, bien penetrando en ella y desarticulándola. <<

[31] Cerca de 60 metros. <<

[32] Esto es, por fuera de los remos. Los disparos contra los marineros los hacían seguramente a través de los agujeros por donde salían los remos, pues eran bastante grandes. <<

[33] Sobre la verga única del trirreme se colocaban gruesos proyectiles de plomo en forma de delfín para arrojarlos sobre el navío que se acercara. <<

[34] En el capítulo anterior se había hablado con menos precisión de uno. Sin duda fueron establecidos tras la victoria siracusana del capítulo VI a fin de defender el muro transversal. Los 600 jinetes de que se habla a continuación son el cuerpo escogido de VI, 96, reorganizado tras su derrota en VI, 97. <<

[35] Los tres campamentos citados arriba, que estaban fortificados y defendían el muro transversal. <<

[36] El centro del verano. <<

[37] En Consejo y participando en la votación los trierarcos y taxiarcos. <<

[38] Pasaje corrompido; la enmienda que acepta Hude no es tal vez la mejor. <<

[39] La ciudad de Evespírides es la que luego se llamó Berenice, cerca de la gran Sirte. <<

[40] Cerca de Cartago. <<

[41] 27 de agosto del año 453. Tucídides sabe que los eclipses sólo se producen en luna llena. <<

[42] Los adivinos prescribieron esperar un ciclo lunar (cf. Plutarco, *Nicias*, 23), lo que aquí se expresa por una perífrasis poética que sin duda recoge sus propias palabras. <<

[43] La ocupación por los atenienses de Lemnos e Imbros data de la época de Milcíades; sobre la de Egina, cf. II, 26, y sobre la de Hestiea, I, 114. <<

[44] Las dos últimas listas van mezcladas, indicándose el grado de voluntariedad de cada caso particular; la primera se organiza por razas y geográficamente e incluye a los quiotas y metimnenses, aunque destacando su posición especial. <<

[45] Esta última expresión es eliminada por Steup por no responder a la situación de los quiotas y metimnenses; pero puede tratarse de una desigualdad de redacción que remonte al propio Tucídides. <<

[46] Opinión indemostrada, pero util para justificar el imperialismo ateniense. <<

[47] Pueblo prehelénico mal definido, cuya presencia se cita en varios lugares (Dóride, monte Parnaso, Arcadia, etc.). <<

[48] Aquí empieza la segunda lista anunciada. <<

[49] Por oposición a los antiguos, sometidos por los lacedemonios y que perdieron su antiguo nombre, al igual que su país, que pasó a ser territorio lacedemonio. <<

[50] Porque en el año 418 los lacedemonios y argivos les habían impuesto un régimen de gobierno oligárquico, favorable a ellos. Cf. V, 81. <<

[51] Antes del eclipse de luna que hizo cambiar sus intenciones. <<

[52] Los atenienses continúan defendiendo la parte de su muro próxima al mar, y el ángulo que forma con la costa es cerrado con otro muro que ahora se construye. <<

[53] Esto se explica pensando en los comerciantes y demás acompañantes voluntarios del ejército. <<

[54] Cf. Libro IV, nota 11. <<

[55] Los marineros eran en general metecos, esclavos y aliados de Atenas. <<

[56] Es decir, gracias a ello no las sufríais, lo que es la traducción literal si aceptamos con casi todos los editores (excepto Hude) la lección μὴ ἀδικεῖσθαι del manuscrito B. <<

[57] Recién llegada la expedición; cf. capítulo 12. <<

[58] La expresión χερσαῖοι se suele usar oponiendo los animales de tierra a los de mar. <<

[59] El de esclava o vasalla de Atenas. <<

[60] Para que la barrera de barcos no impidiera a los siracusanos el uso de su puerto, se había dejado en ella una salida, que seguramente se cerraría con cadenas, que es a lo que se alude en el capítulo 70 con la palabra «cierres» (κλήσεις). <<

[61] Según la manera griega de contar; en realidad sólo quedó un día intermedio, como se dijo arriba. <<

[62] Era una acción impía dejar sin enterrar a los amigos y parientes. <<

[63] La repetición de la palabra, referida a diferentes soldados, hace pensar en una corrupción del texto. <<

[64] No podemos justificar este número, pero hay que tener en cuenta que carecemos de datos sobre los contingentes de algunos de los participantes. Hay que contar además los esclavos, comerciantes, etc. <<

[65] Maldiciones, lamentos, etc.; es decir, exclamaciones de mal agüero o por oposición a las plegarias y peanes (himnos religiosos). <<

[66] Que en la alocución que precedió a la última batalla naval. <<

[67] Es decir, filas de soldados. <<

[68] Posiblemente el hambre. Creían que al otro lado habría más facilidad para encontrar camino. <<

[69] Los dardos herían y mataban al que caía sobre ellos; el restante equipo (escudos, etc.) les impedía levantarse. <<

[70] Los prisioneros que los soldados ocultaron para sí, con el fin de utilizarlos como esclavos o venderlos. <<

[71] Las famosas latomías (palabra siracusana que no usa Tucídides) excavadas en la pendiente sur de la Acradina y que a veces tienen una profundidad de hasta 30 metros. <<

[72] Antes de llegar la estación en que también de día hace frío. <<

[73] Eufemismo. <<

[74] La cótila era una medida de capacidad equivalente a 0,270 litros. Cf. LV, 16 y nota. <<

[1] En ellos se guardaban los barcos durante el invierno. <<

[2] Previas a la confirmación por el Consejo y la Asamblea. Se trata de una comisión de diez ancianos que centralizan las iniciativas para salvar la ciudad; funcionó desde el año 413 al 411 a. C. <<

[3] Derivada de la fundación de Heraclea. Cf. III, 92, y V, 51.
<<

[4] Cf. VI, 26. <<

[5] Es el nombre dado posteriormente a los jefes de las guarniciones lacedemonias en las ciudades sometidas. Aquí es simplemente un jefe militar para dirigir la insurrección. <<

[6] De la satrapía de Jonia, con capitalidal en Sardes. <<

[7] Antiguo sátrapa de Jonia (Cf. I, 115 y III, 31). <<

[8] Sátrapa del Helesponto. <<

[9] La idea de ξένος implica aquí las de amigo y huésped. <<

[10] Es decir, los nombres de Endio y Alcibíades alternaban en su familia. Sin añadir el nombre del padre, el nombre queda en cierto modo incompleto y de ahí la expresión de Tucídides. <<

[11] La de los propios atenienses. <<

[12] Que comprendía, además de la isla, la parte del continente que está frente a ella. <<

[13] Persas. El muro era una garantía contra ellos; ahora, aliados peloponesios y persas aseguran la fidelidad de Teos derribándolo. <<

[14] Literalmente «Templo de Zeus»; debía de ser un pequeño poblado nacido en torno a un templo. <<

[15] Que quedaba así en posición neutral. <<

[16] Los nobles de antes. <<

[17] Muy probablemente la palabra «peloponesias» es una glosa tardía. <<

[18] Cf. VI, nota 49. Comúnmente la infantería de a bordo no estaba integrada por hoplitas. <<

[19] Posiblemente el cuerpo auxiliar de Tisafernes, compuesto por mercenarios de diversas procedencias. <<

[20] O dárico simplemente, por el rey Darío el Grande, que fue el primero que los acuñó. Equivalían a unas veinte dracmas áticas. <<

[21] Traduzco el texto de los manuscritos. Hude suprime ἐς.
<<

[22] Cf. capítulo 5; en ninguna parte se ha dicho ni es verosímil que las negociaciones tuvieran lugar en Esparta. <<

[23] La mitad de una dracma. <<

[24] Es decir, Tisafernes entregaba el dinero correspondiente a 60 naves y no a 55, contando a razón de tres óbolos por hombre. <<

[25] Seguramente los tripulantes de los barcos de Quíos (cf. capítulo 28). <<

[26] Por la retirada de los atenienses de Mileto y los subsidios pagados por Tisafernes. <<

[27] Mencionadas en dos grupos en el capítulo 23. <<

[28] Cf. capítulo 24. <<

[29] La que había traído Terímenes (cf. capítulos 26, 29, 31 y 38). <<

[30] Como hubiera ocurrido si hubiese continuado hacia Mileto. <<

[31] De Delfinion, en Quíos (cf. capítulo 38). <<

[32] Trayendo víveres para Atenas. <<

[33] El litoral de Asía Menor, que queda así reconocido como de la soberanía del Rey. Sin embargo, el documento está redactado con la intención de no reconocer de derecho esta soberanía como hacía el primer tratado. Aparte de ello, nótese que menciona expresamente la cuestión de los subsidios del Rey. <<

[34] Tucídides sugiere un naufragio. En aquella época del año era una imprudencia ir en bote de Mileto al Peloponeso. <<

[35] Cf. V, 22, 50 y 76. <<

[36] Merópide llama también a Cos Estrabon 701 C. <<

[37] Para prepararse para la batalla, como en el capítulo 27.
<<

[38] Se jactaba de haber seducido a su mujer Timea. <<

[39] Hude sigue a Stahl al creer que aquí hay una laguna. El texto seguiría aproximadamente «y no con regularidad». <<

[40] Quizá mejor: si él no le hacía (el regreso) imposible. <<

[41] En sentido político: los nobles. <<

[42] Esta denominación, al igual que la de «los hombres influyentes», «los poderosos», etc., designa a los miembros de la aristocracia, de tendencias oligárquicas. <<

[43] Alusión a los ποριστaί o arbitristas atenienses, que en tiempos de dificultades económicas ideaban y proponían nuevas medidas, en general impopulares, para llenar la caja del estado. <<

[44] Por los atenienses. Sin embargo, la mayoría de los editores corrige πιστωθῆναι en πεισθῆναι, , con lo que la traducción es «quería dejarse convencer» (por Alcibíades). <<

[45] Cf. capítulo 43. <<

[46] Las dos familias que tradicionalmente tenían a su cargo la celebración de los misterios de Eleusis. <<

[47] Diomedonte y Leonte habían participado el verano anterior en la guerra de Jonia (cf. capítulos 19 y 23), pero sin duda, habían regresado a Atenas en el otoño. <<

[48] Las sociedades secretas o heterías estaban integradas por miembros de las viejas familias que se prestaban mutuo apoyo en los procesos y en las elecciones de magistrados. <<

[49] Como era costumbre en el invierno. <<

[50] Delfinion. <<

[51] Hierámenes es desconocido. Uno de los hijos de Farnaces es Farnabazo, el sátrapa del Helesponto. <<

[52] Cf. capítulo 29. <<

[53] Irónico. <<

[54] Cf. II, nota 1. <<

[55] La traducción de ἐπιβάτης por «lugarteniente», prepuesta par algunos, no tiene fundamento. <<

[56] Cf. capítulo 21. <<

[57] Esto es, había sido elegido estratego por los atenienses y destinado a la región del litoral de Tracia. <<

[58] «Cordura», «buen gobierno», etc., pertenecen al vocabulario con que los oligarcas designaban su propio régimen. <<

[59] Y no a los jueces de los tribunales, a los participantes en la Asamblea Popular, a los miembros del Consejo, etc. <<

[60] Llamado así porque sus miembros eran elegidos por un sorteo efectuado con ayuda de habas. <<

[61] Por la estrechez del lugar y su distancia de Atenas. Con ello se buscaba que la masa de los ciudadanos no acudiera.
<<

[62] Cf. capítulo 65, nota 59. <<

[63] Presidentes del Consejo de que se habla a continuación.
<<

[64] El relato que Aristóteles, en su *Constitución de Atenas*, capítulos 29-32, hace de estos acontecimientos, es bastante diferente. Véase un examen de la cuestión en De Sanctis, *Studi di Storia della Storiografia greca* (Florencia, 1951), págs. 97 y sigs. <<

[65] Antifón, supuestamente maestro de Tucídices (cf. nuestra Introducción, tomo I, pág. 22), es el más antiguo de los oradores atenienses que conocemos. De él conservamos las *Tetralogías*, colección de ejercidos retóricos. <<

[66] Cf. capítulo 21. <<

[67] Cf. capítulo 63. <<

[68] Célebre demagogo ateniense maltratado con frecuencia por Aristófanes. Fue el jefe del partido popular más influyente después de la muerte de Cleón; su ostracismo se cree que data del año 418. <<

[69] O sea, contra los oligarcas. <<

[70] Cf. I, 115-117. <<

[71] Cf. capítulo 42. <<

[72] Falta un verbo en forma personal; puede suplirse «se quedaron allí» o algo semejante. <<

[73] Cf. capítulo 74. <<

[74] Traduzco σὺν τοῖς πρώτοις., sin la innecesaria y molesta corrección de Bekker, aceptada por Hude. <<

[75] El texto está seguramente corrompido, pues falta un verbo griego que corresponda a esta palabra y al «decían» que sigue. <<

[76] De entrada, se entiende. <<

[77] Con esto no se excluyen posibles acuerdos privados con los oligarcas. <<

[78] Los efebos atenienses iniciaban su servicio militar con dos años que pasaban en los fuertes fronterizos (περιπόλια).
<<

[79] Cf. IV, nota 3. <<

[80] Por Aristócrates y demás enemigos de los Cuatrocientos.
<<

[81] La indignación oral de Terámenes es una comedia; en cambio, Aristarco siente ira contra la multitud de gente que en este momento, sinceramente o no, apoya a los Cuatrocientos. <<

[82] Templo de Cástor y Pólux en el que los efebos atenienses prestaban su juramento de fidelidad a la patria. <<

[83] Él y los suyos, se entiende. <<

[84] Tan insuficientes. <<

[85] Cf. I, 114. <<

[86] Miembro de una comisión legislativa encargada de dictaminar sobre las propuestas de ley. <<

[87] Son el cuerpo de policía de Atenas, formado por esclavos de origen extranjero, sobre todo escitas. <<

[88] Los beocios eran eolios al igual que los lesbios. <<

[89] Moneda de valor desconocido, posiblemente media dracma (cuadragésima parte del estatero de oro). <<

[90] Cf. capítulo 99. <<

[91] Lo insólito de la construcción hace que se considere el pasaje como corrompido. <<

[92] Por la excesiva confianza que en ellos habían depositado. <<

[93] Cuando ambas columnas viran para atacarse, la cabeza de la de los peloponesios se convierte en división de la derecha, y la cola, en la de la izquierda; con los atenienses ocurre lo contrario. <<

[94] «Sepulcro de la perra», es decir, de Hécuba, que según la leyenda sufrió esta metamorfosis después de la toma de Troya. <<

[95] Cf. capítulo 104, nota. <<

[96] Cf. capítulo 80. <<

[97] Cf. V, 1. <<

[98] Sobre Mileto cf. capítulo 84. <<

[1] El primer número que sigue a cada nombre designa el mapa en que figura: 1 Plano de Atenas (Tomo I, p. 170); 2 Grecia (Tomo I, fin); 3 Tracia, Macedonia e Iliria (Tomo I, p. 480); 4 Sicilia y Sur de Italia (Tomo II, p. 118) 4 *a* Plano de Siracusa (en el mapa 4); y 5 Asia Menor y las Cícladas (Tomo II, p. 326). Los nombres que carecen de referencia son los que por su situación geográfica no entran en los mapas; en unos pocos casos, sin embargo, ha habido una omisión involuntaria de nombres que deberían figurar en los mapas. Son: Arna, 3 D 4; Caristios, 2 F *2*; Cirro, 3 D 2; Díos, 3 F 1; Egition, *2* C; Eólide, 2 B 2; Espireon, 2 D 3; Etea, 2 C 4; Facion, 3 D 4; Fagrete, 3 F 2; Hesios, 2 C 2; Ipneos, 2 C 2; Polis, 2 C 2; Potidania, 2 C 2; Prasias, 2 D 4; Traquinia, 2 C 1.
El primer número que sigue a cada nombre designa el mapa en que figura: 1 Plano de Atenas (Tomo I, p. 170); 2 Grecia (Tomo I, fin); 3 Tracia, Macedonia e Iliria (Tomo I, p. 480); 4 Sicilia y Sur de Italia (Tomo II, p. 118) 4 *a* Plano de Siracusa (en el mapa 4); y 5 Asia Menor y las Cícladas (Tomo II, p. 326). Los nombres que carecen de referencia son los que por su situación geográfica no entran en los mapas; en unos pocos casos, sin embargo, ha habido una omisión involuntaria de nombres que deberían figurar en los mapas. Son: Arna, 3 D 4; Caristios, 2 F *2*; Cirro, 3 D 2; Díos, 3 F 1; Egition, *2* C; Eólide, 2 B 2; Espireon, 2 D 3; Etea, 2 C 4; Facion, 3 D 4; Fagrete, 3 F 2; Hesios, 2 C 2; Ipneos, 2 C 2; Polis, 2 C 2; Potidania, 2 C 2; Prasias, 2 D 4; Traquinia, 2 C 1.
<<